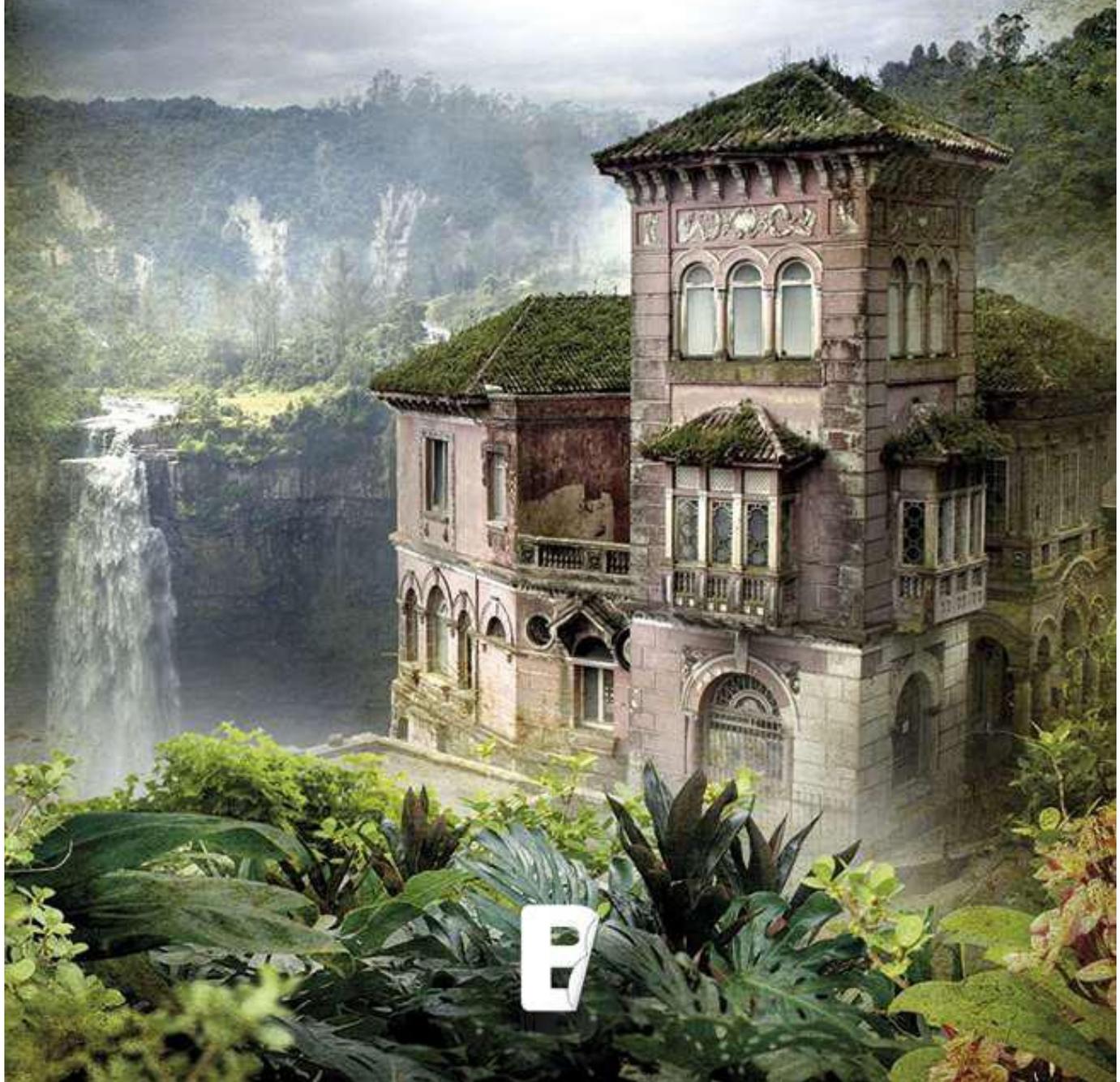


MARGARITA BARBÁCHANO

El Gran Hotel del Salto

Una mujer ante el abismo en la Colombia de principios del siglo XX



B

Margarita Barbáchano



1.ª edición: diciembre, 2014

© Margarita Barbáchano, 2014
© Ediciones B, S. A., 2014
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

DL B 21703-2014

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-911-4

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Lariño, Costa da Morte, Galicia, 1891](#)

[Valle del Cauca, Colombia, 1898](#)

[Lariño, Costa da Morte, Galicia, 1899](#)

[La travesía, 1902 \(Puerto de Vigo\)](#)

[Puerto de Barranquilla, Colombia, 1902](#)

[Bosques de Niebla de los Andes, departamento del Cauca, 1904](#)

[El secreto de Leonardo](#)

[Boqotá, 1906-1907](#)

[Plaza Simón Bolívar, 1911](#)

[La hija de Violeta, 1912-1917](#)

[Selva amazónica colombiana, 1917-1918](#)

[Salto de Tequendama, 1923](#)

[Gran Hotel del Salto, Tequendama, 1928](#)

[Leonardo, 1929 \(Gran Hotel del Salto de Tequendama\)](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

El verano estaba siendo benigno en la Costa da Morte, y los hijos del doctor Saramago aprovechaban el atardecer para jugar en la playa, alargando indolentemente la hora de regresar a casa. Ese tiempo mágico y efímero en su eclosión de colores le encantaba a Violeta: cuando el día muere lentamente y el sol se deja, por fin, mirar y admirar, mostrando toda su hermosura agónica antes de sumergirse en el mar y desaparecer para siempre. Al menos, eso es lo que pensaba cuando era pequeña: que la inmensa bola roja se hundía sin remedio en el fondo del mar y moría. Con el tiempo supo que el sol se marcha pero vuelve todos los días.

Violeta adoraba la playa de Lariño, el pequeño pueblo donde había nacido. Una playa salvaje, dramática por peligrosa y bella. A esas horas del día solo estaban ellos, los hermanos Saramago y sus amigos Inés y Juan, también hermanos e hijos del propietario de la única ferretería del pueblo. La tienda del señor Isidro era un universo de cosas útiles. A sus once años recién cumplidos, Violeta pensaba que la vida en el pueblo se pararía si la ferretería del señor Isidro dejara de existir. Tenía de todo, hasta un traje completo de buzo con su correspondiente escafandra. Inés y Juan contaban que su padre había sido buzo y bajaba a las profundidades del mar en busca de tesoros olvidados en los barcos que naufragaban en esas costas terribles, en esos acantilados imponentes que destruían todo lo que el mar les ofrecía como un ritual antiguo, repetido y vengativo.

Los cuatro niños corrían por la playa jugando a esquivar las olas vencidas pero todavía revueltas en la intensidad del Atlántico. Cuando alguno de ellos era derribado por la fuerza de las olas y caía rebozado de arena y agua, los demás reían sin piedad y seguían corriendo con las camisolas mojadas y pegadas al cuerpo. Luego, exhaustos, se tumbaban en la orilla inclinada y mansa con los brazos y las piernas en cruz. Miraban el cielo y respiraban por la boca. Un cielo cada vez más cubierto y gris con destellos dorados que se despedían anunciando la noche. La marea subía, y la playa de Lariño se iba transformando en lagunas estrechas de agua remansada cada vez más profundas. Si no se apresuraban, Violeta y sus amigos quedarían atrapados y aislados por el agua que, implacable, hacía su trabajo cada tarde a la misma hora. Pero los chicos eran del lugar y sabían perfectamente cómo desafiar los ritmos continuos de las mareas. Ahora tenían que correr rápido al otro extremo de la playa para llegar al faro, para abandonar una playa que se iba achicando por momentos, anunciando la hora de regresar a sus casas. Violeta iba la primera, sorteando las lagunas menos profundas. Cuando llegó cerca del faro puso los brazos en jarras y se volvió desafiante a esperar al resto del grupo, que se acercaba con las cabezas inclinadas y las piernas flojas por el esfuerzo de la carrera y de soportar las prendas de algodón mojadas, pesadas y adheridas a sus cuerpos adolescentes. Sonrió viéndoles llegar agotados y pensó que de buena gana se quitaría la camisola y se zambulliría en el mar, ahora frío y embravecido. No lo hizo. Sabía que el faro que se alzaba a sus espaldas tenía como misión señalar una zona de costa peligrosa, situada entre el cabo Fisterra y el cabo Corrubedo, y que meterse en el mar a esas horas sería una temeridad.

Inés, la segunda en llegar, se detuvo frente a ella y la miró con cara de susto.

—Pero ¿qué te pasa, Violeta? ¡Tus piernas están ensangrentadas!

Violeta bajó la vista y vio cómo unos hilillos rojos se deslizaban por sus piernas hacia los pies rebozados de arena. De forma instintiva, se llevó las manos al pubis y se quedó así, protegiéndose, quieta, asustada, sin pronunciar palabra, mirando la sangre como si fuera una maldición, un castigo, una herida profunda y nueva. Al poco llegaron los chicos. Su hermano pequeño, al verla tan indefensa, le dijo que no se preocupara.

—Te habrás herido con alguna roca sin darte cuenta. En cuanto lleguemos a casa, padre te curará. Vámonos.

Juan se paró en seco y se volvió, respetuoso. Con las manos entre las piernas, Violeta se metió un poco en el mar para limpiarse, pero la resaca estuvo a punto de tirarla y salió rápidamente. Algo en su interior seguía manando sin que pudiera pararlo. Inés le pasó una mano por el hombro y le aconsejó regresar a casa. Juan y el pequeño Andrés iban detrás muy callados, sin entender muy bien qué había pasado, por qué se habían acabado de pronto las risas, los juegos y las carreras, por qué las chicas estaban tan asustadas.

Mientras recorrían el camino del faro hacia las primeras casas de la costa, Violeta supo de pronto que algo había cambiado para siempre y que la infancia empezaba a alejarse de ella, aunque no quisiera, aunque no lo deseara. Sintió un escalofrío y, sin poder evitarlo, un par de lágrimas humedecieron su cara. Inés, a su lado, no paraba de hablar y de decir cuánta suerte tenía.

—Qué bien; ahora ya eres mayor. Seguro que tus padres te dejarán hacer muchas más cosas. Yo estoy deseando que me pase. Tengo ya doce años y aún no me ha venido. ¡Qué rabia!

Pero Violeta no la escuchaba. Habría dado cualquier cosa por seguir como hasta entonces. Con esa despreocupación de la niñez, del verano interminable, de jugar en la playa descalza y casi sin ropa, de poder mirar a Juan como a un igual y pegarse y rodar por la arena en un juego eterno.

—¡Madre, padre! ¡Violeta se ha hecho daño en la playa! —gritó excitado Andrésillo, advirtiendo a sus padres de su llegada.

Rosalía salió de inmediato de la cocina y miró con asombro a los cuatro niños, sucios y empapados. Sus rostros estaban compungidos, temiendo una buena regañina por la tardanza en volver a casa; y, además, trayendo así a Violeta, con esa inesperada herida.

La niña, todavía con las manos entre las piernas, se acercó a su madre y se dejó abrazar tiernamente. Rosalía no necesitaba explicaciones; la cogió de la mano y se la llevó dentro para prepararle un buen baño caliente.

—A partir de ahora, hija mía, tendrás que usar estos paños todos los meses. Ya somos dos mujeres en esta casa. Te acostumbrarás —le dijo. Y a los demás—: Y vosotros, ¿qué hacéis ahí parados? Vamos, vamos, ¿es que no tenéis casa? ¡Ah! Y que sea la última vez que os quedáis en la playa hasta tan tarde. Es una playa muy traicionera. Ya sabéis que no podéis meteros en el mar, y menos a estas horas que no hay nadie por allí. Acordaos de la gente que se ha ahogado en Lariño, y eran de la zona —les advirtió enfadada.

Odilo Saramago llegó poco después, cansado y también empapado por la lluvia torrencial que se había desatado de pronto y parecía que iba a durar toda la noche. Era el médico de cuatro pueblos y dos aldeas, arriba en el monte O Pindo. Todos los vecinos lo respetaban y admiraban por sus conocimientos, y porque era un buen hombre, entregado a aliviar los males físicos y anímicos de esas pequeñas poblaciones gallegas. El doctor Saramago se había retrasado más de lo habitual, algo que siempre ocurría cuando subía a las aldeas del monte. Un lugar sagrado y mágico para los celtas, conocido como el Olimpo Celta, y cuyas leyendas se habían ido transmitiendo de padres a hijos durante generaciones.

Los escasos pobladores de las aldeas lo sabían desde hacía tiempo, pero callaban y no se metían en vidas ajenas. Era una característica muy de esa tierra: saber y callar. Odilo Saramago llevaba varios años visitando la choza de la llamada meiga *do* Pindo, una mujer de oculto pasado, que según rumores había estudiado libros de medicina a escondidas y emigrado a América cuando era muy joven. Al cabo de los años regresó a su Galicia natal, decían que embarazada, y aquí sobrevivió con sus pócimas y tratamientos basados en la naturaleza y el sentido común. Poco a poco se fue extendiendo entre los lugareños que los remedios de la bruja paliaban males comunes, y su clientela aumentó en los reducidos límites de los pobladores autóctonos. Las leyendas referidas a ese monte eran abundantes ya en el siglo XVIII. Se decían mil cosas de lo que había en aquel bosque: que la hierba crecía mucho de la noche a la mañana, que había infinitas plantas medicinales que algunos médicos iban a recoger allí, incluso que los casados estériles e infecundos solían ir en busca de remedio a fin de tener descendencia.

Un día Odilo Saramago, movido por la curiosidad, se acercó a la choza y entabló conversación con la extraña mujer. Quería conocer sus métodos y mezclas —como buen científico, no rechazaba a priori lo desconocido—, y entonces fue cuando descubrió que también habitaba la humilde casa una joven de rasgos y piel mestiza de una belleza indescriptible. Desde aquel día, el doctor Saramago volvía a la choza una vez cada mes. Los tres compartían el secreto y nunca se habló de ello. Las visitas del doctor eran algo callado y aceptado como la noche que llega en silencio o la lluvia que cae; sin condicionamientos culturales ni sociales. Simplemente ocurría.

Su situación era cómoda. Por un lado, quería a su mujer y no podría concebir su vida sin Rosalía y sus hijos; pero bendecía la pasión que sentía cuando estrechaba entre sus brazos el cuerpo menudo y ágil de India. Pensaba que ese amor era un regalo que la vida le concedía y no podía desperdiciarlo. Su mente cartesiana no se complicaba en dilemas morales, mientras no hiciera daño a nadie.

—No sé qué pasa hoy en esta familia, que todos venís empapados y hechos unos zorros. Quitate tú también esa ropa mojada y ponte una bata, hombre, que vas a

coger una pulmonía —le dijo la esposa en cuanto lo vio entrar y dejar el sombrero de ala ancha, totalmente mojado, sobre el *sinfonier* del dormitorio.

Rosalía todavía amaba a su marido y vivía entregada al cuidado del hogar, de los pequeños y de ese hombre grande y tierno que conservaba casi intacto el atractivo que la había engatusado cuando se conocieron. A veces pensaba que envejecía peor que él. Con el segundo embarazo ganó bastante peso y se había convertido en una mujer-madre al gusto de la época. De vez en cuando se embutía en el corsé para realzar su figura, que luchaba por desparramarse incontrolada por arriba y por abajo de las ballenas que reforzaban el incómodo armazón. Pero era feliz y su regordeta humanidad cobijaba y entregaba todo el cariño que era capaz de acumular a su querida familia. Se sentía una mujer muy afortunada.

En cuanto Odilo se instaló en el tresillo para echar una ojeada al periódico *La Gaceta de la Coruña*, Rosalía le sirvió un caldo con gregos que olía a paraíso. Los niños ya estaban acostados, rendidos al sueño infantil después de las intensas correrías por la playa. Le contó la novedad acaecida en el cuerpo de Violeta y cómo la niña se había asustado al ver su propia sangre por primera vez en su corta vida. El matrimonio sonrió y se acariciaron las manos mientras conversaban sobre lo rápido que pasa el tiempo al ver a los hijos crecer de pronto. El padre se quedó pensativo. Conocía muy bien a su hija e intuía que Violeta no había acogido esta novedad con agrado; incluso creía que podía rechazarla de algún modo. Se levantó y abrió con cuidado la puerta del cuarto de su hija. Violeta dormía profundamente. Estaba muy hermosa con su pelo castaño claro trenzado en una larga coleta que reposaba sobre la almohada. Se sentó en una esquina de la cama y pasó un largo rato observándola. Reflexionaba sobre el carácter de su hija. Era igual que él, se parecían mucho en la forma de ser: atrevidos, valientes, luchadores e imprudentes. Estaba muy orgulloso de ella, aunque presentía que su vida no iba a ser precisamente convencional ni tranquila. Cuando se iba a levantar para marcharse vio encima de la mesilla un canto rodado levemente manchado de sangre seca. Sonrió. Le besó la frente y cerró la puerta del dormitorio. Sin poderlo evitar, notó una leve punzada en el estómago. En su pensamiento se cruzó sin permiso la imagen de India cabalgando rítmica sobre su cuerpo maduro. Sintió algo parecido a la vergüenza o la culpabilidad. Se frotó la frente con la mano derecha en un movimiento mecánico, tratando de desechar esos pensamientos inoportunos.

Lo que tanto temía que ocurriera, había ocurrido. No entendía cómo ahora, después de cinco años, le volvían esos pensamientos. Quizá porque fue una negociación muy dura, bastante mezquina, en la que perdió la batalla. Era un riesgo —lo sabía— porque India era joven y sana; pero tomaban precauciones para evitar un embarazo. Así lo habían establecido y hablado las tres personas que cobijaban ese amor prohibido, alargado ya en el tiempo: la madre, la chica y el doctor. No obstante, así sucedieron los hechos.

En la aldea de Fieiro, los pocos lugareños que volvían de sus pequeños huertos y de recoger el ganado se extrañaron de ver pasar al doctor Saramago cabalgando a lomos de su caballo rumbo al monte, a la humilde casa de la curandera. Habitualmente siempre visitaba las aldeas en su calesa por si tenía que trasladar a algún enfermo. Pero ese día al parecer tenía prisa; por eso atravesó el pueblo a galope sin pararse a saludar a nadie. Estaba enfadado con esas dos mujeres: con la madre y la hija, y quería volver a intentar disuadir a India de que, dadas las circunstancias, lo más oportuno era practicar un aborto. No podía dejar de pensar que ambas le habían urdido una trampa para obligarlo a reconocer el fruto de su relación secreta.

Desmontó y entró en la casa para hablar con la meiga de O Pindo. Quería convencer primero a la madre para que hiciera entrar en razón a la hija, ahora que todavía se estaba a tiempo de evitar un escándalo. En cuanto lo vio entrar, India se encerró en su cuarto. No quería verlo, y mucho menos oír otra vez sus argumentos de honrado padre de familia. No podía soportar tanta hipocresía del hombre que amaba.

—Señor Odilo, he hecho lo que he podido, pero la niña no entra en razones. Está como loca. Tal y como usted nos dijo, todos los meses le daba el brebaje que nos indicó, incluso (justo es reconocerlo) añadía alguna hierba de las que acostumbro para estos casos. No sé qué ha podido pasar, pero la niña está preñada. Y no quiere oír ni hablar de que le saquemos eso de ahí. Yo, como usted comprenderá, no estoy para alimentar otra boca. —La mujer hablaba con absoluta convicción, mirando de reojo al doctor Saramago, mientras daba profundas caladas a su pipa, esperando su respuesta con una sonrisa apagada en sus labios arrugados y resecos—. Claro que si contamos con su generosa ayuda, igual nos podríamos arreglar y todo seguiría igual que hasta ahora. Ya me entiende, doctor.

Odilo tenía la mirada perdida en el fuego que ardía en la chimenea. Era inútil tratar de convencer a esa mujer, pues lo tenía todo perfectamente calculado. Ni siquiera perdió el tiempo en contestar. Se levantó bruscamente y entró en el cuartucho donde India se había refugiado. La levantó del suelo, donde permanecía agachada, y la abrazó con ternura. En unos segundos la tensión de la joven se relajó y comenzó a llorar desconsoladamente contra la pechera del doctor. Se encontraba perdida, llena de amor y rabia al mismo tiempo hacia el hombre que suavemente le acariciaba el pelo. Por un lado se sabía fuerte, porque era ella la que dominaba la situación: si quería tener ese hijo nadie se lo podría impedir. Pero, por el otro, intuía que si seguía adelante perdería definitivamente al hombre que amaba. Presentía que no lo volvería a ver, que él dejaría de subir al monte. Porque su familia no era la que estaba a punto de crearse, sino la que permanecía ajena y satisfecha allá abajo, en la costa.

Hablaron de nuevo y Odilo le explicó que había pensado en otra alternativa. Su hermano mayor, Eliodoro, podría ser su salvación. Él fue de los primeros indios en emigrar a las Américas, y desde hacía años era dueño de varias plantaciones de café en Colombia. Le iba a pedir ayuda.

—Sé que quieres tener ese hijo. No insisto más en la posibilidad de interrumpir la gestación. Lo sé, lo sé, tranquila, India, tranquila. Escúchame bien, lo tendrás. Tendrás a tu hijo. Pero para eso deberás salir de aquí, de esta choza, de esta aldea perdida. Viajarás a América y darás a luz allí. Trabajarás para mi hermano en las plantaciones de café, os dará cobijo a los dos en la hacienda, y el niño, o la niña —sonrió Odilo por un instante—, crecerá libre y podrá tener una vida con más posibilidades que aquí, lejos de rumores y habladurías. Y con un futuro.

—Sí, pero también lejos de usted —se quejó India, mirándolo con los ojos todavía húmedos.

—Así es. En la vida tenemos que elegir. No podemos tenerlo todo. Yo también renuncio a tu amor, a tu cuerpo, a la inmensa alegría que me produce verte, a tu belleza, incluso renuncio a ver crecer a ese niño; pero quién sabe, quizá las cosas cambien. Eres muy joven, puedes y debes rehacer tu vida en un lugar mucho más próspero. Debes hacerlo, India. Yo me ocuparé de todo y nunca os faltará nada, te lo juro, amor mío.

India miró hacia la puerta cerrada.

—Sí, por supuesto, también me ocuparé de tu madre —concedió Odilo, consciente del sacrificio que le estaba pidiendo a India, y a punto de volverse atrás en su decisión.

Salió de la choza con una tristeza infinita. Le costaba imaginarse obligar a embarcar a una mujer joven y embarazada en una travesía larga y tremendamente dura en sus circunstancias.

Dentro de la casa, la vieja Trinidad había escuchado a hurtadillas la conversación mantenida entre Odilo e India, las intenciones del doctor de alejar a su hija lo antes posible de su lado. «A este lo único que le preocupa es evitar el escándalo», meditaba preocupada antes de hablar con su hija.

—Lo has hecho muy bien, hija mía. A los hombres hay que atarlos corto. Ya era hora de que te quedaras preñada del doctor. Lleváis muchos años enredados sin tener nada en común. Él nunca dejará a su familia. Lo sabes —enfaticó, mirándola fijamente—. Así que ahora su sangre estará más repartida. ¿Ves qué bien hicimos pasándote por la *pedra Os Cadris*? Ahora lo que tenemos que conseguir es retrasar todo lo que podamos ese viaje a ultramar. Tu hijo se criará aquí, en la choza, con su familia. Y el doctor no tendrá más remedio que consentirlo, si quiere evitar la vergüenza de que se vaya sabiendo por ahí que estás preñada del médico de Lariño.

Y soltó una carcajada llena de triunfo y venganza.

Trinidad, como buena meiga, era conocedora de las propiedades fertilizantes de la enorme piedra *Os Cadris*, y había obligado a su hija a pasar por debajo de su estructura durante varias semanas seguidas. Además le hizo tomar continuos bebedizos que preparaba con las hierbas mágicas del monte O Pindo, con el fin de estimular los ovarios de la muchacha a engendrar vida. De este modo, ambas mujeres hicieron justo lo contrario de lo que les había recomendado el ingenuo doctor Saramago.

India callaba, miró a su madre y se avergonzó de ella, de su fealdad interior y exterior, de su rudeza y sus modos zafios e hipócritas; pero había heredado su sentido práctico de la vida y le seguía la corriente. Sabía que en este sitio no tendrían futuro. Y la maniobra afectiva de intentar que Odilo cargase con un hijo no deseado se había deshecho como la niebla en los valles. Lo había probado, sí, pero sin resultados. No había logrado ablandar el corazón de su maduro amante. En cambio, ahora, analizaba en silencio la alternativa que le había propuesto: una nueva vida, viajar —ella, que nunca había llegado mucho más lejos de la aldea marinera de O Pindo— a mundos desconocidos y lejanos, criar un hijo que llevara la sangre de los Saramago —aunque el padre no lo reconociera ni quisiera saber nada de él—, todo eso le parecía un

camino difícil pero abierto en el horizonte. «Tiene razón mi madre: la sangre es la sangre, y ese hijo siempre será suyo», pensaba India. No le quedaba otra opción que seguir adelante. Además, como gallega que era, sabía que la docilidad, en estos casos, puede mover montañas. O eso creía.

Efectivamente, Violeta temía que hubiera llegado ese momento, advertido por su madre hacía justo un año. Se encontraba tan bien instalada en la infancia, con la seguridad de que todo estaba ordenado alrededor y de que tú solo tenías que obedecer para seguir disfrutando de ese territorio irresponsable y corto, que ahora se le escapaba de las manos.

Esa noche, al acostarse junto al cuerpo caliente y cansado de Rosalía, Odilo se quedó desvelado. Presagiaba que el insomnio le iba a rondar de nuevo, como solía pasarle. Las noticias que había leído en *La Gaceta* le preocupaban. En Madrid habían reprimido salvajemente a pequeños grupos anarquistas. Como persona ilustrada, no era partidario de la vuelta de los Borbones ni le entusiasmaba la Regencia de María Cristina. Y todavía le entristecía más el atraso y aislamiento que sufría su querida Galicia respecto al resto de España. La sangría económica que suponía la emigración en masa a territorios de ultramar estaba dejándola sin manos jóvenes para trabajar la tierra. Suspiró con resignación y se levantó de la cama. Deseaba volver a leer la carta que había llegado una semana antes desde Colombia, de su hermano mayor, Eliodoro. Las cartas de su hermano eran una auténtica fiesta para la familia Saramago, una novedad, una modernidad, un verdadero lujo tener noticias del mundo exterior. Eliodoro había sido uno de los pioneros en emigrar a ultramar. Ahora era dueño y señor de varias plantaciones de café en los valles andinos de Cauca. Tenía cientos, miles de trabajadores en sus cafetales y dirigía con mano dura las plantaciones. Odilo lo admiraba, aunque fueran tan diferentes ideológicamente. A veces le molestaban sus expresiones de desprecio hacia los trabajadores, pero comprendía que no podía juzgarle porque desconocía aquel país y pensaba que tener bajo su mando a tantos campesinos requería autoridad y firmeza.

Violeta había crecido entusiasmada y fascinada con las cartas del tío Eliodoro. Para ella, como para su hermano, eran como cuentos maravillosos leídos al calor del hogar, donde se hablaba de un país lejano, lleno de imágenes grandiosas para unos niños. Términos como plantaciones extensísimas, cultivos que crecían a dos mil metros de altura, cientos de hombres trabajando vestidos de blanco y con grandes sombreros de paja para protegerse del sol, tormentas ensordecedoras y calor asfixiante, sobrecogían su imaginario infantil. Palabras como Andes, Amazonas, selvas húmedas, cóndor, cocodrilos, océanos cálidos y arenas blancas, eran pura magia en la voz del padre cuando, sentado en su sillón de terciopelo granate, releía la última carta, rindiéndose a la petición entusiasta de los chiquillos.

La pequeña, incluso, guardaba en su dormitorio un dibujo, hecho por ella misma cuando tenía siete años, con la silueta de Colombia atravesada, «herida», decía, por la cordillera de los Andes, en el costado occidental del país. La orografía dramática de Colombia cruzada por el arranque de esa imponente cordillera, abierta en tres ramales, siempre le había fascinado. Un día le dijo a su padre: «Pero esa herida, esa especie de chepa que le sale así del suelo, tiene que hacer un daño horrible, ¿no, papá?»

Odilo se quedó sorprendido ante la ocurrencia de su hija; aunque ya empezaba a acostumbrarse a sus comentarios.

—¿A quién le hace daño? Hija, no sé a qué te refieres.

—Pues a quién va a ser... A los que viven ahí —contestó Violeta con absoluta naturalidad. Y señaló con el dedo índice la evidencia del dibujo que había hecho.

Estaba claro que a Violeta, habituada a las suaves ondulaciones galaicas y a la bravura de un mar frío y amenazante, le resultaban muy raros los accidentes geográficos de ese extraño país.

A la vuelta de un mitin en Vigo, adonde había viajado para escuchar las afamadas dotes oratorias de Pablo Iglesias, y convencido por la fuerza de sus argumentos y su gran personalidad, el doctor Saramago decidió afiliarse al partido socialista en esa misma ciudad. Quería dar ese paso y unirse a las ideas de ese gallego que empujaba a los trabajadores a organizarse y salir de su deprimido aislamiento y sumisión. Al fin y al cabo, Odilo se pasaba la vida cuidando y protegiendo a la gente más necesitada y más pobre del ámbito en que ejercía como médico. Cuando, en la intimidad del dormitorio, se lo contó a Rosalía, esta se enfadó; le parecía arriesgado señalarse de esa manera.

—No tienes ninguna necesidad de ir proclamando por ahí que eres socialista o anarquista o lo que sea. Bastante haces por la gente, que te dejas la vida en esos caminos. No me gusta la idea, pero allá tú. Solo espero que no traigas problemas a esta casa.

Odilo no quería discutir con su esposa. La conocía bien y sabía que, a pesar de sus palabras, ya lo había aceptado. Rosalía era una buena mujer; pero, como la mayoría, representaba esa Galicia conservadora que tenía por encima de todo que las cosas cambiaran. Por otra parte, y pese al convencimiento de sus ideales políticos, pensaba que el hecho de pertenecer a un movimiento político, y de asistir a reuniones en Vigo o en Ourense, también le podía servir de coartada para sus escapadas a la aldea del monte O Pindo.

Desde su habitación, Violeta les escuchaba hablar de sus cosas, pero su interés estaba puesto en la playa de Lariño, que se veía en toda su extensión desde su ventana, donde las *marisqueiras* hacían su trabajo aprovechando que el día, aunque había salido nublado, se mantenía cálido y sin llover. Observaba a esas mujeres abnegadas y fuertes, esposas de los pescadores, que para ayudar a la economía familiar esperaban a que bajara la marea y, organizadas en equipos, provistas de grandes cestos y largos rastrillos, se adentraban en el mar con las faldas remangadas hasta las rodillas para arrancar de la arena el marisco. La mayoría de las veces se metían hasta la cintura e iban peinando el fondo arenoso para recoger las preciadas almejas. Otras arrancaban los mejillones de las rocas más cercanas con pequeñas navajas especiales, o se agachaban continuamente en los espacios de la playa donde sabían que respiraban las navajas y las cogían en un movimiento rápido y preciso de sus manos, antes de que se fueran de nuevo hacia dentro. Las mariscadoras, siguiendo un ritmo imparable, llenaban sus cestas de deliciosos moluscos que luego venderían en las lonjas.

Este espectáculo tradicional en Galicia en esa época del año le encantaba a Violeta, que continuaba viéndolas faenar desde la ventana de su cuarto, reprimiendo las ganas de bajar y unirse a ellas. Cuando advirtió que había mujeres de todas las edades, se animó y pidió permiso a su madre para quitarse las botas y con los pies desnudos recorrer la playa con ellas y recoger su «botín» de almejas. Acabó agotada a sus once años. Se sentó en la fina arena para recuperar el aliento y las miró agacharse y levantarse una y otra vez, sin mostrar cansancio, mientras el mar mecía sus figuras encorvadas a contraluz. Ellas dejaban que Violeta las acompañase porque, a fuerza de escaparse para verlas faenar en la orilla del mar calmo, había aprendido cómo hacerlo y no las estorbaba. Además cogía poco marisco, justo el que le cabía en los bolsillos de su delantal azul oscuro.

—Esta chiquilla ¿no es la hija mayor del médico? Pues les ha salido muy rubia y con los mismos ojos verdes que el padre; un hombre muy guapo, el doctorcito ese. A ver si me pongo mala un día de estos y viene a verme —comentó una de las mariscadoras a su compañera de recogida, riéndose a carcajada limpia, mientras no le quitaban ojo a la pequeña Violeta.

—Sí, es verdad, la chica además sirve para este trabajo porque es menuda, pequeña, y tiene nervio. ¡Mira cómo se agacha, una y otra vez! Habrá que decirle que pare, que nos va a dejar sin almejas, la muy... —dijo otra al ver que Violeta llevaba los bolsillos de su bata a rebosar de moluscos.

Al llegar a casa, Violeta entró en la cocina y mostró orgullosa a Rosalía el montón de almejas y alguna que otra navaja que había cogido en la playa. Su madre le reprochó el estado en que venía: con las faldas y enaguas todavía anudadas en las rodillas, descalza y con restos de arena pegada a sus piernas, y esa sonrisa de enorme satisfacción por disfrutar en la playa como una salvaje con las *marisqueiras* que toleraban su presencia.

—Madre, no me riñas. Esta vez te he pedido permiso; además ya sé hacerlo muy bien, las mujeres me enseñan. ¡Mira, mira lo que he traído! Vamos a ponerlo a cocer. Dejaré que lo probéis.

Rosalía cogió el «botín» y después de lavarlo lo echó a una olla hirviendo. Miró a su hija, que estaba secándose las piernas con una toalla, y pensó que había salido muy brava, nada femenina para su edad. «Es como su padre», se dijo, suspirando y moviendo la cabeza resignada.

Evidentemente a Violeta le gustaba el mar, estar con las gentes sencillas del pueblo, mariscar y aprender los sabios consejos que le daban las mujeres entre risas y chanzas cuando se unía a algún grupo en época de recogida, jugar con el pequeño Andrés y sus amigos Inés y Juan en la playa hasta que caía el sol, dibujar en unos cuadernos preciosos que le traía su padre de la ciudad, y escuchar con deleite las cartas que llegaban de Ultramar del tío Eliodoro. No quería renunciar a todo ese desenfadado y hermoso mundo que había constituido su infancia, aunque su madre le repitiera cada dos por tres que ya iba siendo una mocita y tenía que moderar sus modales y vestir de otra manera.

—Que pareces un chico, hija mía —le insistía Rosalía.

Pero Violeta odiaba los vestidos de encajes y los lazos en la cintura que le cosía su madre con esmero. Sencillamente, no se sentía cómoda. A menudo pensaba que le hubiera gustado ser hombre, vestir siempre unos cómodos pantalones y huir de ir emperifollada y con bucles en el pelo. En esos momentos se entristecía porque sabía que la llegada de la menstruación marcaba un antes y un después. Y que hacerse mujer iba a ser una tarea compleja.

Al doctor Saramago se le había ocurrido una excelente idea para animar a Violeta y festejar de algún modo el inicio de su pubertad. El domingo irían a Vigo a ver los enormes buques que salían del puerto cargados de emigrantes rumbo a América. «Es todo un espectáculo», les comentó durante el almuerzo en que la familia probó las deliciosas almejas y navajas recogidas por Violeta. Las almejas cocinadas a la marinera con una apropiada salsa a base de vino blanco con harina y pimienta blanca, y las navajas pasadas ligeramente por la sartén y rociadas con un poco de limón. La familia se chupó los dedos con el marisco recién extraído directamente de la playa, y a todos les pareció una buena sugerencia la excursión a Vigo. Un viaje siempre era algo excitante.

El puerto de Vigo era un auténtico hervidero humano. Los muelles estaban a rebosar de gente que iba a despedir a los familiares que partían en busca de un futuro mejor. Al llegar, Violeta se quedó impresionada de la multitud congregada, casi resultaba imposible encontrar un hueco para ver el buque donde embarcaban los emigrantes. Se llamaba *Shangai* y tenía un aspecto imponente. Acostumbrada a su pequeña aldea, a la playa de Lariño como único horizonte conocido y al faro, aquello le parecía otro mundo. Estaba, como el resto de la familia, deslumbrada. Además sentía una emoción especial, una atracción poderosa que la obligó a coger la mano de su padre y decir:

—Padre, cuando sea mayor quiero ir en un barco como este y conocer América. Por favor, prométame que me dejará, por favor. Es tan emocionante... Ahora mismo me subiría a bordo. ¿Ha visto cuántas chimeneas tiene?

Odilo le pasó la mano por el hombro y la estrechó contra su cuerpo. En ese momento su pensamiento volaba hacia la montaña O Pindo, donde justo una semana atrás había tomado una decisión difícil, relacionada con el escenario que justamente estaban pisando ahora. Se atormentaba recordando lo que había pasado allá arriba, en la montaña, cuando habló con India sobre sus intenciones.

De la escondida casa del monte O Pindo salió un hombre con el corazón encogido. Era consciente de que la próxima vez que subiera al monte India y el niño ya no estarían allí, en ese lugar mísero y hermoso al mismo tiempo. Antes de montar para marcharse, contempló las impresionantes vistas que se divisaban sobre una amplia zona de la costa. Sus ojos repasaban el valle y la extensa playa de Carnota, a lo lejos el cabo Fisterra y la inmensidad del océano, al pie del monte las villas de O Pindo y Ézaro, y al otro lado del camino la impetuosa desembocadura del río Xallas.

—¡La Costa da Morte! —exclamó en voz alta como un tributo a su belleza.

Oteando el soberbio paisaje que se abría a sus pies, no le extrañaba en absoluto que, según una tradición celta, el paraíso estuviera situado en una isla del océano Atlántico; y que para llegar a él fuera preciso que los cuerpos de los muertos navegaran hacia el oeste en busca de ese lugar. En Galicia siempre se ha sabido que Muxía y Fisterra debieron de ser esos destinos. Lugares de culto al sol y la fecundidad. Lugares a los que acudían los muertos para luego ser trasladados a la imaginaria isla *da Xuventude* para disfrutar de una vida eterna. Cerró los ojos y suspiró conmovido. Subió a lomos de *Acantilado* y se alejó al galope.

Antes le había entregado a India una carpeta de piel con documentos, instrucciones y dinero. La situación se había hecho insostenible para Odilo. Habían pasado ya y cinco años desde que pensó embarcar a su amante para que diera a luz al otro lado del Atlántico, pero no había tenido valor para hacerlo. Y ahora un pequeño de rasgos mestizos correteaba por el corral asustando a las gallinas y alegrándose de ver a ese hombre alto que siempre que venía le traía dulces y le pedía que sacara la lengua para mirársela. La decisión ya estaba tomada: dentro de dos días alguien vendría a recoger a India y su hijo y embarcarían para Colombia. Todo estaba dispuesto para la partida, y sería el capataz de su hermano Eliodoro quien los recogería a su llegada al puerto de Barranquilla para trasladarlos a la hacienda.

Al regreso del viaje a Vigo, a Odilo Saramago todavía le resonaban en los oídos la excitación y los comentarios entusiastas e inagotables de la pequeña Violeta al ver los muelles atestados de gente despidiendo a los suyos, la silueta elegante y poderosa del *Shangai* y las caras tímidamente sonrientes o serias y tristes de los tripulantes vestidos con sus mejores ropas para embarcar huyendo de la pobreza hacia lo desconocido. Como hombre de ideas progresistas, le parecía un drama tremendo la sangría humana que producía la emigración en masa de gente joven —sobre todo hombres— que se veía obligada a marcharse, abandonando familia, hogar, amigos, tierra, el país donde habían nacido. Sin más expectativa que un billete de tercera clase y tres meses de travesía. Pero estaba claro, y la prensa de la época lo empezaba a contar en sus titulares, que las difíciles condiciones de vida durante el siglo XIX, provocadas por un sistema agrícola arcaico, un sector pesquero en crisis y la falta de industrialización, unidas al aislamiento ancestral de la zona por la falta de comunicaciones, convertían a Galicia, y más concretamente a esta zona costera, en una de las más atrasadas del país, por lo que la emigración se convertía en la única salida forzosa: el salto al mar, a ciegas. A todo ello se unían dos importantes factores que animaban la emigración: por un lado, la política migratoria de llamada de algunos países de Latinoamérica que pagaban la travesía y alojaban en barracones a los emigrantes recién llegados, dándoles comida y techo hasta que encontraran trabajo; y los denominados «ganchos», que eran agentes de las compañías navieras encargados, sobre todo en Galicia, de engañar a la gente con promesas de trabajo y prosperidad si embarcaban.

Por eso, cuando recordaba la exultante exclamación de Violeta cogiendo su mano con fuerza: «Cuando sea mayor quiero subir a uno de estos barcos y cruzar el océano», sentía un escalofrío. ¿Miedo, culpabilidad, presentimiento, destino? No sabía contestar a sus propias preguntas. Pero notaba el zarpazo de la cobardía al no ser capaz de acompañar en la despedida a su amante y su hijo natural en el mismo muelle que luego visitaba con su familia en una despreocupada excursión turística. No dijo nada, aunque ver partir a su hija en un barco alejándose de todo lo que había constituido su mundo, como había pasado con India y el pequeño porque él lo había dispuesto, sería lo último que desearía. De pronto se reconoció mezquino, lleno de hipocresía, ya que precisamente lo que criticaba y le dolía como problema social, la emigración y el desarraigo, lo acababa de provocar en un asunto íntimo y personal. Y eso le repugnaba. El hecho de que no hubiera querido presenciar esa imagen no significaba que no le persiguiera su recuerdo.

Desde la excursión familiar al puerto de Vigo, Rosalía encontraba a su marido taciturno, preocupado y melancólico. Como si llevara algo dentro que le pesaba mucho. Le había preguntado muy sutilmente en dos ocasiones, pero él no quiso abrir su corazón.

—Son solo estados de ánimo. Me preocupa la situación política del país —respondió para tranquilizarla.

—Pues sí que has hecho buen negocio. Si meterte en política te desazona tanto, mejor te sales —contestó Rosalía con su proverbial sentido común.

Odilo la dejó hablando en voz baja en la cocina y fue a su despacho para estar en paz con sus pensamientos.

Sabía que podía confiar en la discreción de su hermano, que jamás violaría su secreto. En una extensa carta le había contado sus planes para India y su hijo, y le pedía el favor de darle trabajo como una sirvienta más en la plantación, donde debería crecer ese niño sin conocer nunca su procedencia ni origen. También confiaba en la lealtad de su amante y en el pacto que ambos habían suscrito hacía ya cinco años: el niño se criaría en su ambiente natural, con su madre y su abuela, y pasado un tiempo prudencial embarcarían rumbo a América para empezar una nueva vida. De esta forma, se evitaría el riesgo y el escándalo que podría suponer relacionar al pequeño, que iba creciendo y haciéndose más visible, con el médico de Lariño. A pesar de su conciencia, un tanto alborotada, y de sentirse atrapado en ese juego de

mentiras que es la vida, Odilo Saramago estaba convencido de que la decisión era justa, ya que ambas partes habían cedido en sus pretensiones originales: India no había abortado como en un principio había propuesto Odilo, y este evitaba el escándalo alejándolos de su lado un tiempo después.

Fueron pasando los años y Odilo se iba metiendo más en política. Solventada su situación adúltera, ahora entregaba su energía, cuando su trabajo como médico le dejaba tiempo libre, en acudir a reuniones y actos progresistas tanto en el plano político como social. La vuelta de los Borbones, aunque lo disgustaba, supuso cierta estabilidad institucional. En esa época se asentó la construcción de un modelo liberal de Estado y empezaron a tomar protagonismo los movimientos sociales y políticos surgidos al calor de la Revolución Industrial. Pero mientras Europa vivía este fenómeno en todo su apogeo y esplendor, España seguía padeciendo una desigualdad creciente con hambrunas, epidemias y latifundismos estériles. El doctor Saramago solía decir en las tertulias a que acudía regularmente que tardaríamos muchos años en pertenecer a Europa y que España era el vagón de cola de Europa.

—Veamos caballeros, seamos sinceros. Únicamente tenemos industrias florecientes en Cataluña con la implantación del ferrocarril y su industria textil; en las provincias vascongadas con la siderurgia de Bilbao, y Asturias con el carbón; y en Andalucía con las explotaciones mineras de hierro, cobre y plomo. Solo esas regiones se libran de la depresión en que estamos sumidos, aunque muchos no quieran verlo —mantenía con énfasis Odilo cuando algún contertulio defendía los valores patrios sin demasiados argumentos.

En este contexto, Galicia era la región más deprimida y con menor renta de España. Terreno abonado para rentistas, un clero poderoso y con escasa o nula rentabilidad agrícola porque todos eran pequeños propietarios y la tierra permanecía dividida. A Odilo, la situación le sacaba de sus casillas. No se resignaba fácilmente a que Galicia entrara tan tardíamente en el mercado de la industrialización en ese final de siglo. Quería algo mejor para sus hijos. Comenzó a frecuentar los cursos y las conferencias que impartía Emilia Pardo Bazán, la gran dama de las letras españolas y profesora de la Institución Libre de Enseñanza, y se sintió absolutamente identificado con sus postulados progresistas, fuera de los dogmas oficiales en materia religiosa, política o moral. En 1893 logró reunir a un grupo de amigos docentes, formados en los principios de la Institución, y abrir una escuela en la cercana localidad de Muros. Al menos, su hija mayor, Violeta, acudiría a sus aulas dos veces por semana.

A Violeta la idea de su padre le pareció magnífica; a sus catorce años, eso de compartir aula con los chicos le parecía revolucionario. Además, es a lo que estaba acostumbrada: a jugar, a retarse con ellos, a convivir como una igual. Por otra parte, era una alumna aplicada y sacaba unas notas excelentes en escritura, literatura e historia. Estudiar le parecía una forma de conocer mundos diferentes. A su corta edad, presentía que acudir a una escuela de la Institución Libre de Enseñanza suponía un privilegio porque por ahí se introducían las teorías pedagógicas y científicas más avanzadas que se expandían por Europa. Odilo había tenido que vencer la resistencia de Rosalía, que no quería que su hija dejara de acudir a la escuela «normal» de su pequeño pueblo y se señalara con las extravagancias de su inquieto marido. Y como buen negociador —siempre lo había sido—, acordaron que seguiría en la escuela pública de Lariño a excepción de dos días por semana, cuando la llevaría a la escuela fundada en Muros. De esta forma, padre e hija compartían inquietudes comunes y también una alentadora complicidad social y política.

Violeta esperaba con ansiedad el fin de semana para «desbocarse» —como le solía decir su madre— y salir a las playas cercanas y quedar con sus amigos Inés y Juan. El sábado tenían el propósito de acercarse a la villa marinera de Ézaro porque había corrido el rumor de que desde su playa se avistaban ballenas, inmensas y misteriosas, que cruzaban ese mar embravecido, y ellas, imprudentes, se acercaban a sus costas. Habían oído que la zona de Ézaro era el hábitat natural o la zona de paso de los legendarios cetáceos. Esta vez habían conseguido convencer al señor Isidro, el dueño de la ferretería y padre de Inés y Juan, de que los acercara al pueblo. A Isidro le iba bien la propuesta de los chicos ya que aprovecharía el viaje y compraría a los pescadores algunos arpones con los que daban caza a las ballenas, a fin de ampliar el material más exótico de su almacén. Andrés, Violeta, Inés y Juan estaban radiantes con el viaje. Con un poco de suerte, ¡iban a ver ballenas!

Los chiquillos admiraban al señor Isidro, les parecía un héroe reconvertido en comerciante. Todo lo que se estropeaba lo arreglaba en su tienda, las novedades más extrañas se encontraban sobre su alargado mostrador de madera de barco. La ferretería era un lugar oscuro y lleno de misterios, donde apenas había algún espacio libre de chismes y artilugios diversos. Allí no entraba nadie que no fuera él mismo o sus clientes. A sus hijos les tenía prohibido entrar si no estaba presente, y por supuesto no les dejaba tocar un solo objeto. Cuando un producto era requerido por algún vecino, entonces cogía su paño y le quitaba el polvo con un cuidado exquisito. Así que ese día estaban exultantes de emoción y de gratitud hacia el señor Isidro, del que se decía que en su juventud había sido buzo y se adentraba en las profundidades de la Costa da Morte para extraer algún tesoro de los barcos hundidos. Siempre que se lo preguntaban, se limitaba a sonreír levemente mirando a través de los sucios cristales de la ferretería al cercano horizonte marítimo.

Ézaro era un pequeño pueblo precioso y recogido que discurría entre la costa y la imponente desembocadura del río Xallas. Hoy el pueblo estaba ajetreado y varias barcas eran arrastradas al mar por pescadores y gente ansiosa en avistar ballenas. El tío Isidro había hecho valer sus contactos y tenían sitio reservado en un barco pesquero más seguro que las frágiles embarcaciones atestadas de gente que flotaban en un mar algo picado a esas horas del mediodía. A los chicos les había advertido de que no se movieran del lugar asignado en el barco. «Imprudencias, ninguna», les dijo con su voz ronca y oscura. A Violeta el corazón le bombeaba con tanta fuerza que temía que se le saliera del pecho. Tenía cogido de la mano a su hermano Andrés y repasaba con su mirada cada metro de océano para no perderse el espectáculo; si es que las ballenas aparecían.

Mientras observaban detenidamente las olas, escuchaban a los pescadores hablar y decir que hasta doscientas ballenas al año pasaban por esas costas, y que lo propio sería construir rampas en la playa para subir las ballenas capturadas y aprovechar su carne. Las barcas formaban una barrera paralela al horizonte para abarcar más visión. Por fin, asomó el inmenso lomo plateado de un cetáceo y se volvió a hundir produciendo un oleaje tremendo para las inestables embarcaciones, a punto casi de zozobrar.

—¡Allí, allí! —gritó Juan enardecido, señalando con el dedo delante de la proa.

Al unísono, todas las barcas empezaron a tocar unas campanillas para advertir del avistamiento. Era un espectáculo grandioso contemplar la frenética actividad del mar picado, la música de las campanas, y las ballenas emerger a la superficie y volverse a hundir, como en un baile ancestral y único. Se diría que se estaban exhibiendo para el goce y disfrute de los habitantes de Ézaro. Violeta, feliz, entregada a la visión de las ballenas, pensaba que era una suerte que en esta ocasión nadie les clavara sus terribles arpones.

Ese día tuvieron suerte porque no era una ballena, sino varias las que pasaron por la zona atestada de barcas. De lejos parecían enormes manchas plateadas que desaparecían de pronto, para volver a surgir de nuevo juguetonas. Desde la embarcación que encabezaba y dirigía la comitiva se advirtió al resto que se extremase la prudencia y no se acercaran tanto al paso de los cetáceos. Hacían signos enérgicos con los brazos: «¡Atrás, atrás!» El espectáculo resultaba grandioso pero también peligroso, porque las barcas más pequeñas podían ser engullidas por los remolinos que se producían al sumergirse los animales. Lo que se temía acabó por pasar: una de las embarcaciones zozobró y tres jóvenes cayeron al mar. Afortunadamente, un pesquero grande les lanzó salvavidas atados con cuerdas antes de que se fueran al fondo de las negras aguas, bien por el pánico que experimentaban o porque no sabían nadar. Los niños contemplaron la operación de rescate como hipnotizados. Eran conscientes de que si los naufragos no se agarraban enseguida a los salvavidas se hundirían en el abismo. Violeta había oído en alguna ocasión que la mayoría de los pescadores gallegos no sabía nadar, y eso que se pasaban la vida en el mar.

La jornada terminó bien y todas las barcas regresaron a la playa con sus ocupantes sanos y salvos. La gente estaba emocionada y alegre por el avistamiento de un grupo de ballenas con sus crías y por el accidente, con resultado feliz, de la imprudente barca al acercarse demasiado a la estela de los cetáceos. Para celebrar la experiencia y el exitoso salvamento, las mujeres de Ézaro prepararon grandes ollas de congrio con morralla y patatas, en la misma playa, alegre y bulliciosa ahora. Todo el pueblo comía sentados en las rocas o en la arena; para las mujeres más mayores habían bajado taburetes de madera y sillas de las casas. Un grupo de gaiteros amenizaba el rancho costero. El tío Isidro aprovechó el relajado momento de confraternización para cerrar trato con algunos pescadores y encargar cuatro arpones y algunos aparejos de pesca que necesitaba en su ferretería. Mientras tanto, Violeta, Andrés, Inés y Juan iban de grupo en grupo probando las deliciosas calderetas, y algún que otro tazón de vino blanco a escondidas de la mirada de Isidro. Luego, ya tumbados sobre la arena y dejando que las olas mansas lamiesen sus pies desnudos,

hablaban de las toneladas que debían de pesar las ballenas o de cuántos metros medían.

—¿Cuántas habéis visto pasar? —preguntó entusiasmada Violeta—. Yo creo que he visto hasta cinco.

—¡Pues yo he visto más que ninguno! ¡He contado diez ballenas, os lo juro! —exclamó Andresillo orgulloso, provocando las risas del resto.

De vuelta a Lariño, antes de que se pusiera el sol, en el coche de tiro del señor Isidro, Juan se atrevió a coger la mano de Violeta escondida entre sus faldas. No supo muy bien si fue por el vino ingerido o por un impulso de valentía, pero no pudo evitar acariciarle la mano. Si hubieran estado solos, se habría atrevido a besarla. Llevaba años queriendo hacerlo, pero la respetaba demasiado como su mejor amiga de la infancia y no estaba seguro de que no se rompería esa amistad en la que juntos habían crecido como hermanos. A Juan, Violeta le parecía la chica más guapa y divertida de todas las que conocía. A veces, mirando sus ojos verdes como el mar, sentía una paz infinita, un bienestar desconocido. Juan tenía quince años y siempre había estado enamorado de Violeta. Apretujados como iban los cuatro muchachos, más las compras y los arpones —debidamente embalados— atravesando el interior del coche, nadie percibió el escaqueo de Juan acariciando la mano de Violeta, pero ella enrojeció de pronto y notó como un leve y agradable pinchazo, no sabría decir dónde. No se miraron. Disimulaban mientras sus rostros adolescentes se ruborizaban a la par. Inés y el pequeño Andrés, que ya había cumplido diez años, discutían sobre los colores que tenían las ballenas y de un extraño sonido que emitían al subir a la superficie. Fuera, en el pescante, Isidro conducía con brío y estimulaba con su látigo el trote del viejo percherón. Estaba anocheciendo e iba algo retrasado. El tiempo, con tantas emociones y fiestas, se les había echado encima. A Isidro le llegaban las conversaciones de los jóvenes como un murmullo cercano e inaudible, junto con el bronco sonido del mar batiendo contra las rocas, que transcurría en paralelo al camino de vuelta a casa. Hoy estaba feliz. Los chicos, con su entusiasta propuesta, le habían roto la rutina diaria de estar continuamente encerrado en la ferretería.

Al llegar a casa, Violeta corrió a escribir en su diario todo lo que había pasado en ese día maravilloso. Quería recordar todos los detalles del emocionante viaje en la barca pesquera, del avistamiento de las ballenas y su desfile interminable en línea recta, de la succulenta comida ofrecida en enormes ollas marineras y de la alegría compartida de las gentes de Ézaro, del salvamento de los hombres caídos al mar, y del contacto suave y cálido de la mano de Juan cogiendo la suya, que le produjo como una corriente eléctrica. Antes de cerrar el cuaderno, Violeta escribió con letras mayúsculas: «NO QUIERO QUE PAPÁ VUELVA A SUGERIR QUE NOS MARCHEMOS A VIVIR A MADRID. AQUÍ SOY MUY FELIZ. NO CAMBIARÍA ESTO POR NADA DEL MUNDO. BUENO, SÍ, POR COLOMBIA, PERO CUANDO SEA MAYOR DE EDAD.»

Poco a poco, Odilo iba recuperándose de su mala conciencia y del enorme vacío —a pesar suyo— que había dejado India en su vida. Echaba en falta sus escapadas al monte O Pindo, con la excusa de visitar algún enfermo de las aldeas de arriba. Desde que los embarcara en aquel navío había envejecido de pronto. Ya no tenía ese ánimo juvenil que sin duda le contagiaba el amor de la joven mestiza; ya no tenía que hacer el esfuerzo de corresponder a sus energías ni de ponerse a su altura creyéndose todavía en posesión de una juventud eterna. Solo el entusiasmo de Violeta le impedía abandonarse al desánimo. Su hermano Eliodoro seguía enviando cartas a la familia cada tres meses. En ellas contaba las cosas más pintorescas de Colombia, los sucesos sociales y políticos, el devenir de la plantación, y cosas así. En una de estas cartas mencionaba de pasada y de forma muy discreta, porque sabía que eran leídas a la familia como un acontecimiento singular, que «los sirvientes siguen siendo leales y no se unen a los aires revolucionarios de algunos empleados de la plantación. Tengo nuevas sirvientas que han llegado con sus hijos y están contentas con el trabajo aquí». «Perfecto —pensó Odilo con satisfacción—. Al menos, han llegado bien, y parece que se encuentran a gusto allí», se dijo. Esa sería la última vez que Eliodoro hiciera referencia a la mujer y al niño en las cartas enviadas a España. Así se lo había rogado Odilo a su hermano, con estas duras palabras: «Comprenderás, querido hermano, que dadas las circunstancias debo romper amarras y olvidarme de ellos. Empezarán una nueva vida, que ya no dependerá de mí, ni de ti, salvo en lo de procurarles techo y trabajo. Una vez que lleguen a destino, me lo harás saber veladamente, y nunca más volverás a mencionar por carta su existencia.»

Pero la huella del recuerdo era profunda y a veces había pensado en cambiar de aires, en trasladarse a Madrid con la familia. Sobre todo ahora que los chicos iban creciendo y podrían continuar sus estudios con más solvencia en la capital del reino. El último tercio del siglo XIX estaba siendo alentador en el aspecto cultural y en los avances técnicos para un hombre ilustrado como Odilo, y sabía que las novedades más atractivas llegaban primero a Madrid. Sin embargo, cuando le había planteado estas inquietudes a su esposa, Rosalía no había querido escucharle. No quería saber nada de dejar Lariño y mudarse a otro lugar.

—Y mucho menos a esa horrible ciudad caótica, tan grande y llena de vehículos a motor. Donde no conocemos a nadie. Además, no podría vivir sin tener el mar al lado —le respondió, casi asustada ante la posibilidad de un traslado.

—Pero si tú nunca bajas a la playa, no te gusta la arena, te molesta. Siempre lo has dicho. Por otra parte, a los chicos les iría bien un cambio así, ampliarían sus horizontes —le replicó Odilo, aunque sabía que su batalla estaba perdida de antemano por más que insistiera.

—El que no baje a la playa no tiene nada que ver. Pero necesito sentir el mar cerca, olerlo, notar su humedad, y mirarlo allá al fondo cuando abro las ventanas. Hemos nacido aquí, Odilo. No estaríamos bien en un lugar tan seco y ruidoso. Y respecto a los chicos, ¿te parece poco horizonte el que tienen aquí?, si es inmenso. Ellos son felices aquí, y tú lo sabes.

Violeta escuchaba la conversación, sin intervenir, pero estaba totalmente de acuerdo con su madre.

—De todas formas, habrá que ir a Madrid en alguna ocasión, antes de que nos hagamos viejos —insistió Odilo, dándole una palmada en el polsón.

—A Madrid irás tú; lo que es yo, no me muevo de aquí. Tantos días de viaje... ¡Qué cansancio, Dios mío! Solo de pensarlo ya me siento agotada. Tú que eres un culo de mal asiento, vas cuando quieras y te llevas a Violeta, que le gustará conocer la capital y sus excentricidades. Pero de mudarnos, ya no se habla más —sentenció Rosalía, como solía hacer siempre en cualquier conversación, poniendo el punto final.

A Violeta esta última parte de la conversación le pareció muy acertada. Le encantaban los viajes; y la tenían muy intrigada las novedades que llegaban a Madrid y se anunciaban tímidamente en los periódicos gallegos, como el cinematógrafo, los escaparates con la última moda de París, el protagonismo de las mujeres en los salones culturales y los vehículos a motor. Como quien no quiere la cosa, entró en el salón, miró a su padre y le guiñó un ojo, mientras se aprestó a ayudar a su madre a colocar la vajilla de porcelana en la alacena. Odilo sonrió, se levantó de su sillón de terciopelo granate y se dispuso a planificar una escapada a Madrid. Tenía varias razones para programar ese viaje.

En Muros, en la última tertulia a la que acudía con regularidad mientras dejaba a Violeta en la pequeña escuela de la Institución Libre de Enseñanza, hablaron de que la insigne paisana, Emilia Pardo Bazán, iba a pronunciar una disertación en el Ateneo de Madrid. Los miembros de este club de debate estaban entusiasmados con el hecho de que fuese la primera mujer miembro del prestigioso centro madrileño que ofrecería una conferencia. Era un acontecimiento histórico.

—Nos tenemos que movilizar para acudir en su apoyo. Que esos presuntuosos de la capital del reino vean que Galicia exporta sus mejores talentos y sienta cátedra en el mismísimo corazón de España —había dicho, exaltado, el boticario de Muros y presidente de la tertulia literaria.

Odilo estaba de acuerdo; no en vano la escritora coruñesa era miembro de la Institución Libre de Enseñanza y apoyaba sus postulados educativos. Se ofreció, junto con otros colegas, a preparar el viaje a Madrid para arropar a la Bazán en día tan señalado.

De vuelta de las visitas médicas y de atender su pequeño consultorio en Lariño, Odilo tenía la cabeza totalmente ocupada en la planificación del largo viaje a Madrid. De Lariño tendrían que ir a Santiago de Compostela y allí coger el tren que les llevaría a Madrid durante tres interminables días. Pensaba que una ocasión como esa no debía vivirla solo. Recordó las palabras precisas de Rosalía: «Lévate a Violeta, que le gustará conocer la capital y sus excentricidades.» Violeta ya tenía dieciséis años y su curiosidad ante la vida resultaba insaciable. Era el mejor regalo que un padre podía hacer a su joven hija: asistir a la conferencia de Emilia Pardo Bazán en el Ateneo de Madrid.

Cuando se lo dijo, Violeta explotó de alegría, dio vueltas y vueltas bailando por la casa como loca, y besó y abrazó a su padre una y otra vez.

—No me lo puedo creer. ¡Conocer a Emilia Pardo Bazán! ¡Escuchar su voz y su pensamiento! ¡Estar rodeada por la intelectualidad española! —Violeta estaba segura de tener al mejor padre del mundo—. Madre, pero ¿qué me voy a poner? Es que es en Madrid. No tengo nada. No sé cómo es la moda, cómo van vestidas allí. ¡Dios mío!, madre, ¿qué hacemos? —exclamó, agitada de pronto por un ataque de coquetería indumentaria.

Mientras Violeta mostraba su euforia y su nerviosismo ante el viaje a Madrid en el que acompañaría a su padre, y en el que por fin iba a conocer a la intelectualidad madrileña, su hermano Andrés se sentía marginado y celoso de que su hermana siempre fuera el centro de atención de sus padres. Muerto de envidia entró en la conversación.

—Todo lo bueno le toca a ella. No es justo. Yo también quiero ir a Madrid —protestó Andrés enfadado.

—Andrés, escucha, eres demasiado joven todavía. Es un viaje muy largo; y a tu edad resultaría aburrido hacer tantos kilómetros para estar sentado y oír a una señora hablar de cosas que no entenderías. Recuerda que también te propuse acudir un día a la semana a la escuela de Muros, y tú rehusaste porque no querías estudiar más cosas que las que te enseñan aquí, en la escuela de Lariño. No te preocupes, ya habrá ocasión de organizar viajes a Madrid cuando seas un poco mayor —le contestó su padre, tranquilizándolo.

—Vaya, vaya —refunfuñó Rosalía—, ahora resulta que la señorita se interesa por la ropa...

—Madre, es que no se da cuenta: voy a ir a Madrid, a un teatro. Y solo tengo el vestido de los domingos; que, por otra parte, es horroroso y pasado de moda.

Rosalía volvió a intervenir para calmarla. Tenía la solución; afortunadamente quedaba un mes para la cita en Madrid. Más valía que se dieran prisa.

—Miraremos revistas de moda e iremos a ver a la señora Lucila. Es una buena modista y, hasta que se retiró aquí a Lariño, vestía a la *crème de la crème* de la alta sociedad de Santiago. Le encargaremos que te haga algo a medida. Estarás preciosa, hija mía. No sabes la ilusión que me hace, que por fin vayas vestida como Dios manda.

Y se metió a toda prisa en el dormitorio seguida de Violeta para buscar unas revistas de moda guardadas en el armario.

—Pero ¿qué hace madre?, esas revistas son de hace años, están anticuadas. La moda ha cambiado una barbaridad —le explicó la joven, alarmada, y se quedó con las revistas en la mano sin atreverse a abrirlas.

Violeta estaba en lo cierto. La mejor solución era que Odilo aprovechara uno de sus viajes a Vigo o Santiago y comprase las últimas revistas de moda. Cuando llegaron a sus manos, la muchacha leyó con suma atención la descripción de las ilustraciones y se quedó maravillada de los bonitos figurines: «En estos años la vestimenta femenina se ha simplificado mucho. Lo último en la moda es el traje sastre de dos piezas, caracterizado, como se puede comprobar, por la elegancia y el refinamiento. El traje sastre empieza a hacer furor entre las damas de la burguesía. Representa el ideal de la mujer independiente, que lucha a favor del voto femenino y por entrar en el mundo laboral.»

—¡Es justo lo que necesito! —exclamó encantada.

Eligió el modelo más sencillo y acorde con su edad: un elegante traje sastre en color gris claro azulado, que en el figurín iba acompañado de unos preciosos botines de charol negros con un poquito de tacón.

Durante los días anteriores al ansiado viaje a Madrid, Violeta no hablaba de otra cosa con sus amigos Inés y Juan. Estaba excitadísima. Por las noches se probaba su nueva vestimenta y se miraba en el espejo repetidamente. Incluso dejó de comer las deliciosas pastas de mantequilla que su madre preparaba todas las mañanas en el horno, porque no quería engordar «y que luego no me siente bien el traje», pensaba precavida. Las tardes que bajaban a la playa a correr y esquivar olas, Juan le preguntó qué le pasaba. La notaba cambiada.

—No sé por qué te hace tanta ilusión asistir a esa conferencia. Seguro que te aburres en Madrid con toda esa gente mayor, llenos de ínfulas y pedantería. No creo que sea lugar para una chica de dieciséis años —le dijo el chico mientras paseaban por la orilla.

Violeta lo miró extrañada. No le gustaba la reacción de Juan ante su viaje, y le pareció absurdo ese comentario.

—Pues mira, en primer lugar, la cultura nunca es aburrida. Me hace muchísima ilusión conocer a un personaje como Emilia Pardo Bazán. Y, en segundo lugar, tú no eres quién para decirme lo que debo o no debo hacer.

Juan calló. Reconocía que lo que realmente le molestaba de ese viaje era dejar de ver a Violeta durante semanas. Desde que empezó a trabajar en la ferretería de su padre disponía de menos tiempo libre, y ya no bajaban tan a menudo a la playa como cuando eran unos críos. Presentía que se distanciaban: por un lado, Violeta estaba más volcada en los estudios y se pasaba el día escribiendo en esos preciosos cuadernos forrados de telas románticas que le compraba su padre; y por otro, él estaba empezando a llevar las riendas de Casa Isidro, porque su padre no se encontraba muy bien de salud y la artrosis le atacaba los huesos.

Seguía callado, sumido en sus pensamientos nada optimistas, cuando Violeta le cogió la mano, se puso frente a él, y lo abrazó con mucho cariño. Al principio Juan notó que era un abrazo como el que se daban cuando eran pequeños después de luchar cuerpo a cuerpo, rodando por la arena; pero luego se atrevió, dio el paso, y la besó profundamente, casi con desesperación. Violeta se dejó hacer y descubrió que la boca de Juan era un manjar exquisito. Permanecieron así abrazados, besándose ajenos a todo, hasta que se percataron de que la marea estaba subiendo y sus ropas se habían mojado. Menos mal que siempre que bajaban a la playa se descalzaban y dejaban las botas en las rocas que rodeaban el faro, si no ya estarían sumergidas en el agua, que engullía rápida todo lo que encontraba a su alcance. Rieron y echaron a correr salpicándose mutuamente con las olas tranquilas que llegaban a la orilla.

—Va, Juan, una carrera. ¡A ver quién llega antes al faro! —propuso Violeta.

En ese momento ella lo miró desafiante, preparándose para la carrera, y se percató de que el chico tenía lágrimas en los ojos.

—¿Qué pasa, Juan? ¿Por qué lloras? —preguntó extrañada.

—Es que me doy cuenta de que más tarde o más temprano te irás de Lariño, y yo me quedaré aquí en este pueblo pequeño y escondido, encerrado toda mi vida en la ferretería, como mi padre.

Violeta lo abrazó de nuevo, esta vez con más fuerza.

—No digas tonterías. ¡Vamos a echar la carrera! Uno, dos y tres. ¡Yaaa!

Y ambos corrieron con todas sus fuerzas, bordeando el mar, con la mirada puesta en el faro de Lariño que acababa de alumbrar su luz parpadeante y amiga. Juan llegó primero y se echó de espaldas sobre la arena tibia y húmeda con los brazos en cruz y los ojos cruzando las nubes densas y bajas. Violeta llegó después y se acostó a su lado, también con los brazos y las piernas en aspa; como cuando eran niños. En cuanto sus respiraciones se fueron calmando, Violeta lo escuchó decir en voz muy baja, como para sí mismo, sin mirarla:

—De todos modos, yo te esperaré siempre.

Llegó el día tan esperado y Odilo y Violeta entraron en el gran salón de actos del Ateneo madrileño, que estaba a rebosar. Para tranquilidad de Violeta, había bastantes mujeres, algunas incluso sin ningún acompañante, al contrario de lo habitual en la época, pero nadie parecía escandalizarse por ello. Eso sí, la más jovencita era ella, al menos daba esa impresión, aun embutida en su flamante traje sastre recién estrenado que le confería un aire más formal. Rosalía le arregló un sombrero suyo, adaptándolo en forma de gracioso tocado, pero Violeta se negó a ponérselo. Llevaba el pelo largo recogido en un moño trenzado en la nuca. Estaba preciosa. Su padre la miraba orgullosamente mientras buscaban un hueco para sentarse.

Faltaban escasos minutos para que Emilia Pardo Bazán saliera al escenario. Estaba siendo anunciada por dos caballeros de larga barba y bigotes de puntas rizadas que glosaban su extraordinaria trayectoria. Violeta y Odilo encontraron asiento en las últimas filas y la joven se preparaba para divisar la imponente figura de la escritora entre los cientos de cabezas que tenía delante. Por fin los presentadores terminaron sus introducciones, más bien plúmbeas, y salió a escena la condesa ilustrada. Una gran ovación la recibió con el auditorio puesto en pie. Ahí estaba ella, en pose casi triunfal, de pie en el centro del estrado para ofrecer una de esas lecciones magistrales

de la literatura en el Ateneo madrileño, con un dominio absoluto de las dotes oratorias.

Doña Emilia levantaba pasiones y se imponía en un mundo reservado para los hombres. Y no solo despertaba pasiones entre la élite intelectual de finales del siglo XIX, sino también entre sus jóvenes alumnos. Odilo le contó a Violeta, que escuchó atenta lo que le decía su padre en voz baja, que nada menos que 825 alumnos se habían matriculado para seguir las lecciones sobre literatura francesa contemporánea que impartió en los cursos del Ateneo la condesa Pardo Bazán. Cuando terminó la disertación, de nuevo todo el auditorio se puso en pie para aplaudir enardecido. Violeta, harta ya de girar la cabeza a uno y otro lado sin poder ver la figura de su heroína, le dijo a su padre que iba a intentar acercarse a las primeras filas. Quería verla de cerca. Odilo inclinó la cabeza complacido, y observó avanzar tímidamente su figura menuda por uno de los pasillos laterales hacia el estrado, desde donde la Bazán sonría entregada a su público. Ahora sí que la veía bien: era una mujer fuerte y más bien oronda, aunque el corsé hacía su función y le marcaba la silueta en su impecable traje sastre negro; llevaba una estola de piel también oscura sobre los hombros y un pequeño tocado de plumas encima de su pelo recogido; una larga cadenilla que terminaba en un pequeño reloj era el único adorno de su indumentaria.

A Violeta le habría gustado emularla, ser como ella. ¡Cómo la admiraba ahora que la tenía casi frente a sus ojos, allí arriba! Una mujer que había sido la primera catedrática universitaria, además de periodista, ensayista, novelista, crítica literaria y profesora. No entendía cómo Juan había podido insinuar que se aburriría entre gente «petulante y mayor». La Bazán se inclinó elegantemente una vez más mostrando su respeto al auditorio y desapareció entre las enormes cortinas rojas del escenario. Entonces, Violeta volvió la cabeza buscando la figura de su padre entre el gentío que se levantaba y, satisfecho, comentaba en plácido murmullo su parecer sobre la conferencia que acababan de escuchar.

Madrid les pareció una ciudad espectacular. Se asombraban al cruzar las calles, siempre animadas, donde convivían en un tráfico endiablado los coches de caballos con los vehículos a motor. A Violeta le sorprendían las elegantes cafeterías llenas de bullicio y las tiendas con sus escaparates a la última moda que atraían todas las miradas. Estaba en una edad en la que absorbía las novedades con entusiasmo y Odilo se mostraba como un espléndido guía que enseñaba a su hija «las últimas excentricidades», que diría Rosalía haciendo gala de su peculiar carácter conservador. Pero el doctor Saramago todavía tenía una sorpresa reservada para su curiosa hija: el último día de estancia en la capital iban a asistir a una de las primeras proyecciones del cinematógrafo en el cine Doré. Todo un acontecimiento que se iba extendiendo con gran éxito por las principales urbes europeas desde que los hermanos Lumière inventaran el cinematógrafo. Un antiguo amigo suyo, médico también y gran aficionado a la fotografía, le había informado por carta hacía unos meses sobre la interesante posibilidad de asistir a una proyección si se decidían a visitar Madrid. Les había conseguido unas entradas para asistir a una exhibición cinematográfica en los bajos del hotel Rusia, donde se situaba El Doré, ubicado en la Carrera de San Jerónimo.

Una vez en la sala, les costó disimular su emoción de provincianos venidos de un pueblecito de Galicia, y las imágenes en movimiento sobre una gran pantalla les parecían magia. Vieron varias películas de Méliès, uno de los grandes genios del cine mudo con sus sorprendentes efectos especiales llenos de trucos. *Viaje a la luna* les pareció un auténtico milagro. Se sentían protagonistas de la modernidad. Hasta entonces los trucos y la magia eran cosas de teatro ambulante y de ferias locales; sin embargo, ahora estaban viendo en la pantalla imágenes insólitas producto de los más sofisticados trucos. El cine mudo comenzaba a despegar en todo el mundo y ellos eran sus privilegiados espectadores. Estaban fascinados, como el resto de la gente, con el nuevo invento.

Aunque Madrid les resultó una ciudad bulliciosa y excitante, llena de novedades y espectáculos que ver, añoraban regresar a Galicia, a su pequeño pueblo costero, tranquilo y hermoso. Violeta tenía unas ganas inmensas de ver a su hermano Andrés, que se estaba estirando como un junco y todo en él eran brazos y piernas. Y Odilo quería contarles lo que habían presenciado en la capital del reino. Empezaron el regreso cargados de paquetes y regalos. Odilo había comprado los últimos periódicos para ponerse al día de la cuestión política y un coqueto y minúsculo bolso de plata trenzada para su mujer. A Andresillo le llevaba unas postales coloreadas del cinematógrafo y una gorra que había visto lucir en chavales de su edad en la capital del reino.

La vida en Galicia transcurría plácidamente, solamente alterada por las noticias de los periódicos, cuando llegaban, y de las cartas del otro lado del Atlántico. El convulso final del siglo XIX había estado precedido por la Revolución Industrial y las revoluciones burguesas en Europa, con oleadas revolucionarias radicales, que tuvieron su eco en Latinoamérica con los levantamientos indígenas y la emancipación de las antiguas colonias españolas. El tío Eliodoro mostraba en sus cartas preocupación por los nuevos próceres que surgían, promotores de la idea de nación. Nombres como Simón Bolívar, José San Martín, Francisco de Miranda o Bernardo O'Higgins, que se enfrentaban a los intereses de la burguesía local y a los tentáculos del poder europeo. Eran años en los que los conceptos de libertad, independencia, nacionalismo y exaltación de la naturaleza triunfaban entre la población, y convertían a sus líderes en auténticas leyendas vivas. Pero al cabo de unos años, demasiado pocos, estas revoluciones fracasaron a causa de los caudillismos, y los gobiernos tomaron una estructura bipartidista donde proliferaban los golpes de Estado y los fraudes electorales. En esta nueva situación, Eliodoro, conservador a ultranza y déspota, volvió a encontrar la tranquilidad del amo y así se lo hizo saber a su hermano a través de sus cartas, mucho más tranquilizadoras para su causa.

Los dieciocho años de Violeta coincidieron con la pérdida de las últimas colonias de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Pérdidas conocidas en España como «el Desastre» de 1898. Acontecimientos que preocupaban en España pero no especialmente a Violeta, que a esa edad tenía otra guerra personal mucho más cercana de la que ocuparse: su propia identidad y emancipación como mujer. Aspiración que conllevaba continuar con sus estudios y formación en aras a una posible incorporación al ámbito profesional, algo que suponía poner en peligro la tradicional estructura familiar de dependencia y sumisión de la mujer, y más en la retrasada Galicia. Durante un tiempo dudó en orientar sus estudios hacia el magisterio o la medicina, llevada por la influencia de la figura paterna. Pero Odilo le advirtió de las dificultades que supondría esta decisión: las chicas eran vistas como bichos raros en las universidades españolas, máxime en carreras consideradas científicas; por poner un ejemplo, hasta 1896 las féminas no podían asistir a clase aunque estuvieran matriculadas, ni por supuesto podían ejercer una vez obtenido el título. Y hasta 1910 no se reguló el derecho de las mujeres a estudiar en la universidad sin necesitar la autorización paterna o marital. En definitiva, las primeras mujeres que decidieron ampliar sus estudios y obtener un título universitario tuvieron que superar las dificultades y desigualdades de la época. Se tardarían unos años en lograrlo. La mujer estaba considerada el factor cohesionante de la familia, y la Iglesia católica, que dominaba la educación, se mantenía vigilante para que los avances de la escolarización no llegaran a la población femenina. En este ambiente de incertidumbres, Odilo recomendó a Violeta que siguiera asistiendo a las clases de la Institución Libre de Enseñanza, la única que apostaba por la educación femenina y la coeducación en las aulas, hasta que se despejasen los inconvenientes con leyes más acordes con el sentir de la sociedad.

Sin embargo, como todo en la vida, las contradicciones estaban a la orden del día. Lo cierto es que la mujer en esos años adquirió un protagonismo inusitado. En reveladoras palabras de los pensadores en boga: «La mujer es al mismo tiempo una santa, una bruja, un infeliz ser abandonado.» Ante todo, lo que resultaba evidente es que la mujer era, a finales de siglo, un misterio para el hombre al que se dedicaban infinidad de páginas y creaciones artísticas y literarias en toda Europa. También fueron los tímidos inicios del feminismo en todo el mundo y de la inesperada irrupción de las sufragistas en las calles y los salones, sobre todo en Inglaterra y Estados Unidos. Mujeres que llevaban a cabo protestas dramáticamente simbólicas como las huelgas de hambre o que se echaban a los pies de los caballos. Y todo por pedir el voto femenino. En este contexto del recién estrenado movimiento de liberación femenina, Violeta era una entusiasta seguidora de la revista *La biblioteca de la mujer*, auspiciada por Emilia Pardo Bazán en 1892, y de títulos anglosajones relacionados con los anhelos de emancipación como la publicación titulada *La esclavitud femenina*. El feminismo comenzaba a despertar en la sociedad entre dos polos opuestos: el interés de unos y la burla de otros.

Violeta apostó por el interés, dado que su espíritu libre se encontraba más a gusto con las nuevas ideas. Como muestra de ello, tanto ella como su amiga Inés, y otras jovencitas de su entorno, decidieron desprenderse del corsé en su vestimenta habitual como gesto de rebeldía, por comodidad y como protesta contra un símbolo de retraso y sometimiento a la esclavitud de la moda. La llamada «batalla del corsé» en algunas revistas satíricas de la época también llenó páginas entre los reformadores y los reaccionarios, entre las personas preocupadas por lo irracional e insano del atuendo femenino y las defensoras acérrimas de la elegancia y la sofisticación. La verdad es que muchas adolescentes de los pueblos cercanos imitaron su decisión, que por otra parte, era lógica dada la corta edad de sus protagonistas y del ambiente sencillo y en contacto con la naturaleza en que se desenvolvían desde su nacimiento. Este pequeño o gran gesto femenino fue bien acogido por los muchachos de las localidades costeras, ya que permitía un acceso más rápido al cuerpo de la mujer en los iniciáticos coqueteos juveniles.

Finalmente, Violeta desechó los estudios de medicina, que supondrían entre otras cosas abandonar Lariño durante largos años y también alejarse de Juan. Decidió formarse como maestra, ya que el magisterio la conducía hacia un humanismo por el que se sentía más atraída. Seguiría sus estudios a través de la Institución Libre de Enseñanza con los profesores de la escuela de Muros y se examinaría en Santiago. De esa forma permanecería en su ambiente.

Una tarde, alterada, entró en el despacho de su padre blandiendo un periódico que recogía una noticia que la había llenado de indignación.

—Mire padre, esto es un agravio, una indecencia, una injusticia. Se lo voy a leer: «El sueldo y sobresueldo en su caso de las maestras será proporcionalmente las dos terceras partes del sueldo y sobresueldo asignado a los maestros.» Parece ser que lo han aprobado en las Cortes. ¡Y todo por ser mujer! No hay derecho. Se me quitan las ganas de estudiar.

—Sí, ya me había enterado. No te quise decir nada para no desanimarte en tu decisión. Realmente es una injusticia difícil de tolerar; pero piensa que en estos años todo está cambiando muy deprisa y probablemente cuando termines tus estudios la situación habrá mejorado hacia una igualdad de trato profesional entre hombres y mujeres —le dijo Odilo, dándole la razón y tratando de infundirle ánimos.

—Pues mire, ¿sabe lo que pienso?: que tengo ganas de tener la mayoría de edad para marcharme a América. No aguanto este país.

—Violeta, hija mía, no creas que en Colombia las cosas están mejor que aquí. Por lo que cuenta tu tío Eliodoro, en los aspectos sociales están más retrasados que nosotros y la mujer mucho más sometida.

—Sí, ya me lo imagino; pero al menos allí es más fácil hacer la revolución —replicó Violeta, dejando el periódico encima de la mesa de su padre y saliendo de la habitación con aire enfadado y revolucionario, dando un ligero portazo.

Rosalía, que había oído el final de la conversación y el portazo, entró en el despacho de su marido movida por la curiosidad.

—¿Qué le pasa a la niña? —preguntó.

Odilo se lo explicó con aire preocupado, porque conocía bien a su hija y presentía que la idea de marcharse seguía vigente, aunque esperaba que al hacerse mayor se le pasarían esos anhelos. Se equivocaba.

—Tonterías de chiquilla. Lo que tendría que hacer es formalizar su relación con Juan y casarse, que ya va teniendo edad de formar una familia. Ya verías como se le pasaban esas pretensiones tan absurdas de irse a América. Pero ¿qué se le ha perdido allí? Ni que tuviera necesidades de emigrar, si en casa tiene de todo. Es como tú, con la cabeza llena de pájaros —dijo Rosalía, y salió del despacho hablando sola y secándose las manos en el delantal.

Odilo encendió un cigarro y se acercó pensativo al balcón desde el que se divisaba el mar, esa tarde agitado y oscuro. Las palabras de Violeta le trajeron a la memoria a India y su hijo, a su decisión drástica de alejarlos y olvidarse de ellos. Por nada del mundo le gustaría que Violeta cogiera un día un barco para irse tan lejos. Presentía que si lo hacía ya no la volvería a ver. Pero tampoco estaba de acuerdo con la opinión de su mujer. «Ese chico no es para Violeta», pensó, pues creía que Juan no estaba a la altura de Violeta ni intelectual, ni culturalmente ni en cuestión de carácter, y que eran tremendamente opuestos.

Como acostumbraba, nada más dejar de pisar las piedras, Violeta se había quitado los botines y descalza se acercaba a la playa para caminar por la orilla del mar. Siempre que necesitaba desahogarse bajaba allí y metía los pies en el agua, fría como el hielo en esa época del año. Estaba furiosa y necesitaba descargar sus energías recorriendo esa playa virgen y solitaria. Echaba de menos las carreras y los juegos de la niñez con Andrés, Inés y Juan, para luego volver a casa empapados, exhaustos y felices. Andrés ahora iba con un grupo de amigos de su edad, Inés estaba festejando con un pescador que la tenía entregada en cuanto no estaba faenando con su barco, y a Juan apenas lo veía porque cada vez tenía más responsabilidades al frente de la ferretería. Era doloroso crecer, pensaba Violeta.

Por un lado, se sentía culpable y cobarde por no haber dado el paso de irse a Madrid a estudiar medicina. Por el otro, se creía acomodaticia por quedarse en su tierra para seguir su modo de vida relajado y tranquilo, y además deseaba y temía enfrentarse a su decisión anunciada de viajar a Colombia para iniciar allí una nueva etapa de mujer adulta que rompiera con todas sus ataduras familiares y sentimentales. Estaba hecha un lío, como las olas vencidas que lamían sus pies, insensibles casi por la temperatura heladora del agua. Otra vez había vuelto a mancharse las enaguas y el largo vestido. Su madre pondría el grito en el cielo, pero le daba igual. Ese día realmente sentía un caos en su interior y no encontraba a nadie con quien desahogar su ánimo atribulado.

De regreso a casa, ya anocheciendo, quiso probar si la ferretería estaba todavía abierta. Con un poco de suerte, Juan estaría allí cerrando la contabilidad del día. Al llegar encontró la puerta cerrada. Dio la vuelta por el huerto que lindaba con la parte trasera del local y percibió una tenue luz en su interior. Golpeó con los nudillos el cristal de una ventana, rogando que fuera Juan quien estuviera ahí dentro y no el señor Isidro. Ese hombre, cuando se encontraban a solas, la intimidaba, aunque desconocía por qué. Juan se acercó con un candil en una mano y frotó el vaho del cristal para ver quién estaba al otro lado de la ventana. Sonrió al ver el hermoso rostro de Violeta.

—Qué sorpresa más agradable. No esperaba a nadie a estas horas. Pero pasa, pasa, estás helada. Seguro que vienes de la playa. Tienes unas ocurrencias... ¡Con el tiempo tan malo que hace!

Juan alcanzó una manta de las estanterías y se la tendió a Violeta, que empezaba a temblar de frío.

—Quítate esa ropa mojada, vas a coger una pulmonía. Ven, vamos, acércate a la estufa de leña —le dijo, avivando el fuego con unos troncos—. Y ahora cuéntame qué te pasa. ¿Has discutido con tus padres?

—No, no es eso, Juan. No sé realmente lo que me pasa, dudo de todo, no sé qué hacer con mi vida. Siento... —se paró un instante antes de proseguir— como si estuviera malgastando mi vida.

Ante estas palabras profundas, Juan no supo muy bien qué decirle. Era un joven sencillo y práctico que no se complicaba la vida con pensamientos tan existenciales. Se conocían desde niños, habían crecido juntos y sabía que Violeta tendía a la insatisfacción por naturaleza. Que no se conformaba con lo que tenía y siempre quería explorar el otro lado, no importaba de qué. Por eso, quizá, siempre le había gustado, porque era rara, distinta de las demás chicas del pueblo. Pero eso al mismo tiempo la hacía inalcanzable.

Estaban sentados en dos pequeños taburetes, frente a frente, al calor del fuego. Violeta se levantó y fue a la trastienda para quitarse las ropas mojadas por la lluvia y la humedad de la playa, y salió con la manta sobre los hombros, cubriéndose. Cuando llegó a su altura, Juan se levantó y la abrazó impetuoso, ofreciéndole el calor de su cuerpo. Ambos eran casi de la misma altura, porque Juan no era alto pero sí fuerte y bien formado. Ella se abandonó al abrazo, y al cabo de un momento lo retiró suavemente con un gesto de sus manos, dejó caer al suelo la manta y volvió a cobijarse desnuda entre sus brazos. Juan quedó como paralizado y no supo muy bien cómo reaccionar. De momento se quedó así, quieto, abrazándola con inmensa ternura, sin atreverse a mirarla siquiera. Violeta sonreía con la cabeza apoyada en su hombro y le susurró al oído:

—A tu padre no se le ocurrirá bajar a la tienda a estas horas, ¿verdad?

—No, tranquila, hace rato que se ha ido a acostar. Además, sabe que me he quedado cuadrando las cuentas de la semana, y eso lleva tiempo. No bajará nadie.

—Pues entonces tenemos que estar en igualdad de condiciones —repuso Violeta, y empezó a desabrocharle la camisa.

De pie, desnudos ambos, comprobaron que sus cuerpos encajaban a la perfección, que eran como dos piezas de una maquinaria perfecta que empezaba a funcionar en total armonía.

La manta les sirvió de protección cuando se tumbaron en el suelo de madera de la tienda, junto a la estufa. Todo estaba oscuro, salvo el resplandor de sus cuerpos iluminados por las llamas de los leños. Juan desenredó la larga trenza de Violeta y dejó libres sus cabellos dorados y ondulados sobre la manta.

—¡Dios mío! ¡Eres preciosa! —exclamó, extasiado ante su belleza.

Y por primera vez sus cuerpos se buscaron y se encontraron con toda la fuerza y la pasión de su extraordinaria juventud. Se estremecieron, gimieron, temblaron, se abrazaron con fuerza, para pasar luego a las caricias lentas recorriendo sus cuerpos en un conocimiento mutuo y detenido.

Al final del rito de iniciación se vistieron y volvieron al calor de la estufa. Violeta miró alrededor adivinando entre sombras las estanterías llenas de objetos, el largo mostrador en el que tantas veces, de niña, había querido meterse para abrir sus infinitos cajones llenos de clavos, anzuelos, llaves, manillas, cerraduras. Todo un universo de objetos imprescindibles para vivir, tan humildes y sencillos que le provocaron una risa silenciosa.

—Nunca hubiera imaginado que la primera vez lo haría aquí, en la ferretería de tu padre.

—Pues al contrario, yo lo he imaginado muchas veces. Creo que desde que tenía quince años soñaba con este momento. Bueno, era mi fantasía secreta. La fantasía de un chaval de quince años —respondió Juan.

—Pero ¿conmigo? —preguntó ella, haciéndose la ingenua.

—Pues, claro, Violeta. ¿Con quién si no? Siempre me has gustado mucho, desde críos.

Violeta le revolvió el pelo negro y rizado en un gesto cariñoso, y buscó su boca para llevarse el sabor de sus labios y conservarlo el resto de la noche.

Una tormenta de impresionante aparato eléctrico estalló esa noche. Al llegar a casa, Violeta encontró a sus padres alterados en la entrada, dispuestos a salir a buscarla, temerosos de que algo le hubiera sucedido con el temporal.

—¿De dónde vienes a estas horas? Nos tenías muy preocupados —le preguntó su madre mientras recogía el enorme paraguas que le había prestado Juan para que no se mojara de regreso a casa.

Violeta notó que sus padres se daban cuenta de que ese paraguas no era de la casa, así que no tuvo más remedio que decir la verdad.

—Primero bajé a la playa a dar un paseo, y como empezaba a cargarse el cielo y a llover, entré en la ferretería para ver a Juan y hablar un rato con él. No tienen por qué preocuparse, ya no soy una niña. —Y se fue corriendo a su habitación porque no quería dar más explicaciones a sus previsibles preguntas.

Odilo la siguió con la mirada y no le pasó desapercibido el detalle de que su hija llevaba su larga melena suelta, mientras que esa tarde, cuando habían hablado en el despacho, la tenía recogida en una trenza. Las deducciones eran fáciles. El doctor Saramago supo que Violeta había perdido en esa noche tormentosa su virginidad, y también presintió que el circunstancial y juvenil amante había sido Juan. No necesitaba preguntar esas cosas, y no debía, porque su formación liberal le hacía comprender que lo que tiene que pasar, pasa, y era tiempo de que pasara. Simplemente, razonó, «a partir de ahora tendré que estar más vigilante». No quería que el chico de la ferretería sorprendiera a Violeta con la guardia baja y sin darse cuenta oficializaran su relación y se convirtieran en marido y mujer. No, Odilo Saramago tenía para su hija planes mucho más ambiciosos. Confiaba en la inteligencia de Violeta y en su ambición.

Pero esa noche Violeta tenía su mente concentrada en el sabor de los besos de Juan y en el descubrimiento del cuerpo masculino junto al suyo propio. Se durmió enseguida, agotada por el esfuerzo físico del sexo y olvidando la cara de sorpresa que habían puesto sus padres al verla entrar tan acalorada en plena tormenta nocturna.

A la mañana siguiente, una noticia terrible corrió de boca en boca por el pueblo y despertó sobrecogida a la familia Saramago: al norte, en el corazón de la Costa da Morte, en el cabo Vilán, había naufragado un barco inglés. El alcalde de Lariño acudió rápido en busca del doctor Saramago. Todos los hombres de los pueblos costeros de alrededor estaban disponibles para trasladarse a los escarpados acantilados y ayudar en las labores de búsqueda y salvamento. Se hablaba de que podía haber más de doscientos náufragos tratando desesperadamente de salvarse en un mar embravecido batido por las olas. Era una zona conocida y temida por los abundantes bajíos que se formaban por las cadenas rocosas, que se prolongaban mar adentro, inadvertidos para los barcos que cruzaban este litoral temible. A lo largo del día iban llegando hombres que se jugaban la vida en los acantilados y en las rocas echando cuerdas al mar revuelto; y barcas pesqueras que rastreaban el agua buscando alguna señal de vida. Al parecer, el acorazado *The Serpent* había chocado contra las rocas de esta punta del cabo Vilán durante la noche y poco se pudo hacer para evitar la catástrofe.

Cuando Odilo llegó al lugar del suceso se encontró con un espectáculo dantesco. La playa más cercana estaba cubierta de cuerpos sin vida, cuerpos arrastrados por las olas, cuerpos destrozados, cuerpos arrancados al mar por gentes valientes y entregadas, mientras veían aterrorizadas cómo el casco del acorazado, partido en dos, se hundía lentamente, provocando un remolino gigantesco. En la playa se habían instalado varias tiendas de campaña con equipos médicos rudimentarios para socorrer a los posibles supervivientes. Pero después de una jornada de intenso trabajo de recuperación solo se pudieron salvar tres tripulantes; el resto se había hundido con el barco o flotaban en el mar ya cadáveres. Los médicos que habían acudido al lugar, más gentes voluntarias y mujeres que bajaban mantas, examinaban los cuerpos colocados en una interminable y desoladora hilera para comprobar que estaban muertos, que no había señales de respiración ni de latidos ni movimiento alguno. Una vez más el mar se había cobrado su presa; en esta ocasión, 172 tripulantes. Odilo Saramago se arrodilló en la arena y rompió a llorar impotente. No podía hacer nada por devolver la vida o aliviar la muerte de todos esos hombres jóvenes, algunos casi niños, inertes ahora, en aquel frío mes de noviembre.

Esta gran catástrofe marina tuvo una sonada repercusión internacional por la dimensión de la tragedia. Y también críticas al Gobierno español por considerar Inglaterra que el pequeño faro del cabo Vilán no reunía las condiciones técnicas necesarias para alertar con su luz a los barcos que atravesaban aquel peligroso litoral gallego. De hecho, los ingleses tenían parte de razón, ya que el pequeño faro adolecía de poca potencia y disponía de escasas condiciones técnicas. Los cuerpos de la tripulación fueron enterrados en un recinto cerrado con un muro de piedra, al que llamaron «Cementerio de los Ingleses».

Tras tres días de colaborar intensamente en las labores de salvamento, Odilo Saramago recogió en una de las tiendas de campaña su maletín de médico y se despidió de sus colegas y de los solidarios voluntarios de la zona que todavía trabajaban en la playa recogiendo restos del naufragio, cuando de pronto reconoció la silueta familiar de Juan, el hijo del ferretero de Lariño, inclinado sobre uno de los cadáveres. En cuanto vio al doctor, Juan se acercó y le dio un fuerte y sentido abrazo. Sus ojos estaban enrojecidos por el llanto, pero se alegró de encontrarse con Odilo, al que admiraba y respetaba desde niño.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó el doctor, deshaciéndose del abrazo del muchacho.

—Lo mismo que usted, don Odilo. Bueno, lo mismo no. Disculpe, es que todo esto es horrible, cuesta asimilarlo. —Respiró y se limpió las lágrimas—. Me ofrecí voluntario para echar una mano. He estado en un grupo que se encargaba de buscar las carteras y la documentación que llevaban las víctimas para poder identificarlas. Y ya ve, eso es lo que hacía: escribir sus nombres y apellidos en un papel que prendíamos a su ropa.

Antes de decir nada, Odilio sintió la tentación de prevenirle sobre su relación con su hija, pero no era el lugar ni el momento adecuado. Algo contrariado, reconoció que el muchacho era valiente y generoso. Hacía falta mucho valor para presenciar ese drama y, con sus pocos años, enfrentarse a la cara de la muerte en los rostros de los cadáveres que manipulaba para su identificación.

—Juan, si quieres, puedes regresar al pueblo conmigo. Yo me voy ya. Aquí poco podemos hacer. Te haremos sitio en el coche del alcalde.

El muchacho lo miró con gratitud y comprobó que los ojos del doctor Saramago eran los mismos que los de Violeta: verdes profundos, como el mar cuando se revuelve.

—Gracias, don Odilo, pero no quería molestar...

El médico le dio una palmada en la espalda y le dijo que recogiera sus cosas.

Durante el trayecto en el coche a motor del alcalde, Odilo y Juan no cruzaron palabra alguna. Reinaba el silencio entre los tres hombres que regresaban a sus casas abatidos y heridos por la magnitud de la tragedia que habían visto y palpado con sus manos.

Pasaron meses hasta que Galicia se recuperó del suceso, y de nuevo se volvió a hablar del atraso ancestral de esta región de España, sobre todo en la prensa británica. Afortunadamente, y gracias a las presiones internacionales como consecuencia de la catástrofe del *Serpent*, se anunció que se iba a construir un nuevo faro con los últimos adelantos tecnológicos de la época: «Será el primer faro en España que disponga de luz eléctrica y su torre de veinticinco metros de altura se elevará a más de cien sobre el nivel del mar, la potencia de su luz alcanzará cuarenta millas y dispondrá además de sirena y radiofaro», describía la prensa gallega el proyecto aprobado por el Gobierno.

Odilo terminó de leer *La Gaceta de la Coruña* y respiró aliviado. «Al menos esta tragedia ha servido para tener un faro como Dios manda», pensó. Como gallego nacido en esa costa, estaba harto de que se alimentara la leyenda negra que siempre se repetía entre los habitantes de la zona. Leyendas populares que trataban de explicar los numerosos naufragios acaecidos provocados por desalmados piratas, que con intención de embarrancar los barcos que navegaban cerca de la costa, ataban faroles a los cuernos de las reses que andaban por la orilla para que semejaran luces de barcos que navegaban más próximos al litoral, ocasionando las catástrofes. De esta forma, los ladrones asaltaban el barco para apoderarse del botín. Sin embargo, reconocía que la tradición oral se había nutrido en esa tierra suya a base de leyendas que se transmitían de abuelos a nietos para adornar con elementos mágicos la ya de por sí misteriosa Costa da Morte. Sin ir más lejos, recordaba que un día en la

consulta de una de las aldeas del monte O Pindo, una anciana que se había enterado del naufragio del barco le había dicho, mientras él le auscultaba la espalda: «Seguro que siguen poniendo faroles a los bueyes para despistar a los barcos. Hay gente mala por esa zona de los acantilados, gente muy mala, doctor.»

Y por más que él intentó explicarle lo que realmente había pasado, la vieja siguió repitiendo como una letanía lo que había oído desde que era una niña.

Violeta estaba muy orgullosa de su padre y de Juan. Pensaba que habían tenido un comportamiento heroico al acudir en auxilio de la tripulación del buque de guerra inglés. En realidad, todos los pueblos costeros se volcaron en la ayuda solidaria. Acudieron gentes de Camelle, Xaviña, Camariñas, Cereixo, Lira y Lariño; pero el hecho de que el casco de la nave chocara contra las rocas sumergidas en un mar revuelto en plena noche, cerca de la costa y en invierno, fueron circunstancias mortales que impidieron salvar a los marineros cuando la luz del día iluminó la tragedia. La mañana que el alcalde fue a buscar al doctor Saramago a su casa, Violeta estaba todavía plácidamente dormida y no se enteró de su partida; en caso contrario, sus padres habrían tenido que emplearse a fondo para disuadirla de no acompañar a Odilo en la expedición de ayuda. Máxime cuando, al despertar, Rosalía le contó lo ocurrido y que Juan también se había ofrecido voluntario.

Desde entonces notaba a Juan más maduro, como si hubiera crecido de pronto. Violeta le preguntaba por los detalles, igual que a su padre, pero ninguno de ellos quería volver a recordar aquellas imágenes, la impotencia vivida en esas jornadas agotadoras e interminables rodeados de muerte y desolación.

El invierno pasó y los jóvenes se siguieron encontrando cuando Juan cerraba la tienda. Si hacía buen tiempo, con la incipiente primavera en ciernes, bajaban a la playa de Lariño y desde ahí iban caminando hasta Louro, donde les gustaba bañarse en el agua caliente de su laguna. En estas pequeñas excursiones se unían con frecuencia Inés y su novio Antonio, el joven pescador, cuando no estaba en alta mar. El paisaje de la playa de Louro, con el enorme promontorio en un extremo, los pinares al fondo, la laguna de aguas termales y la curva profunda que envolvía el mar, eran de una belleza mágica. Las jóvenes parejas recorrían los ocho kilómetros que separaban ambas playas por la orilla para no perderse el grandioso espectáculo de sus puestas de sol. Y, por otra parte, alejarse un poco del pueblo les permitía algunas licencias amorosas que en Lariño no se atrevían a practicar. Sobre todo Antonio e Inés, que en cuanto llegaban a Louro, si se percataban de que no había nadie por los alrededores, ya que se trataba de una playa muy solitaria y de difícil acceso si no era por la orilla del mar, daban rienda suelta a su pasión sin ningún rubor, llegando hasta la consumación total, sin importarles que sus amigos estuvieran presentes. Esto incomodaba un poco a Violeta y más a Juan, que cuando los veían así de cariñosos se alejaban de la playa discretamente y se bañaban desnudos en la laguna próxima, esperando que sus amigos terminaran sus efusiones amorosas en plena naturaleza. Violeta nunca hubiera imaginado que Inés fuera tan fogosa, pero lo cierto es que desde que había conocido al joven y guapo pescador estaba poseída por sus encantos y totalmente entregada. Un día, hablando de estas cosas con ella, Inés le comentó: «Es que en cuanto lo miro y me mira, deseo acostarme con él. No lo puedo evitar.»

Violeta había reflexionado bastante sobre estas palabras de su amiga y, en cierto modo, tenía envidia de Inés porque no sentía de esa forma cuando estaba con Juan. Juan le gustaba, era su mejor amigo, podía hablar con él con total sinceridad y le contaba sus inquietudes y dudas. Juan sabía escuchar; eso era lo que más le gustaba de él. También le gustaba su cuerpo y su calor, y el sabor de sus besos, pero esa pasión loca de la que hablaba Inés no la encontraba por ningún lado.

En la plantación de Eliodoro estaban alarmados, y con sobradas razones: varios campesinos, empleados en la recolección de los cafetales, habían enfermado de cólera. La epidemia, venida de Asia a través del puerto de Cartagena de Indias, se extendía por la región desde el Caribe hasta la costa del Pacífico. La terrible epidemia duraba ya tres meses y se había cobrado una tercera parte de la población de la ciudad. En la plantación se daban casos aislados, no muchos, pero el contagio se iba extendiendo entre los trabajadores. Una de las sirvientas del amo llevaba días en estado crítico, con síntomas evidentes del cólera: vómitos, diarreas continuas, deshidratación extrema, sudoración fría. Habían llamado al médico de la hacienda y ahora estaba con ella, tratando de encontrar remedio para su lamentable estado; pero esos síntomas presagiaban lo peor. Eliodoro dio orden de aislarla en el pabellón donde se hacinaba el resto de los enfermos y prohibió el paso a todo el mundo, salvo al médico y una anciana que se ocupaba de los contagiados. No quería que la enfermedad diezmará a los empleados de las plantaciones y se extendiera como una plaga, provocando su ruina.

La mujer que yacía en el humilde camastro como un pajarillo abatido y sudoroso, sin fuerzas para protestar, para pedir ayuda o decir que quería ver a su hijo porque se estaba muriendo y solo deseaba despedirse de él, era India. El médico se quedó sorprendido de la belleza de la joven enferma, a pesar de su lastimoso estado. Era una mujer de rasgos mestizos, pero su apariencia no era como la de los demás indígenas empleados en las plantaciones. Intentó darle un bebedizo para calmarle los dolores, pero India, en cuanto pudo tragar, lo vomitó con fuertes convulsiones. No podía hacer nada más. Salió del pabellón secándose el sudor de la frente y la cara con un pañuelo inmaculadamente blanco. India, con una voz muy débil, llamó a la anciana que la cuidaba, y que tenía orden de esperar a que se muriera para notificárselo inmediatamente al señor, y le rogó poder ver a su hijo porque tenía que decirle algo antes de morir. La vieja refunfuñó inquieta pero sintió lástima por esa hermosa mujer y su más que razonable deseo, y marchó a buscar al pequeño, recluso en cuarentena como todos los niños de la plantación para evitar el contagio. Sabía quién era el muchacho. También era diferente al resto, como la madre.

—Vamos, date prisa, tu madre te necesita —le dijo la vieja, cogiéndolo de la mano.

Cuando llegaron junto a la cama donde agonizaba India, el pequeño se desplomó junto a su madre y la abrazó con rabia y fuerza. Al verlo, India recuperó de forma inusitada las fuerzas, sonrió, le acarició el pelo liso y negro como el azabache y le cogió una mano para entregarle una carta que sacó disimuladamente de debajo de la almohada.

—Hijo mío, escúchame bien. Muy pronto voy a dejar de sufrir y voy a descansar para siempre. Guarda esto que te doy y no lo abras ni lo leas hasta que seas un hombre. Mientras tanto, nunca se lo enseñes a nadie, guárdalo bien. Será nuestro secreto. No lo olvides: nuestro secreto.

El niño cogió el pequeño sobre arrugado y volvió a abrazar a su madre.

—Madre, ¡no se vaya, no me deje solo! —exclamó destrozado.

Pero India se había ido, ya no estaba en ese cuartucho sin ventilar y donde el calor húmedo impedía casi respirar. La anciana sirvienta, que se había retirado discretamente, entró y cogió al chico por los hombros para sacarlo de la habitación. Por el camino le dijo:

—Tienes que ser un chico fuerte, ya tienes trece años. Aquí estarás bien, te cuidaremos.

A la media hora del deceso, volvió a entrar el médico de la plantación para certificar la muerte de India.

—Pobre mujer, ya ha dejado de sufrir —murmuró en voz baja, y emprendió el camino hacia la casa noble de la hacienda para comunicarle los detalles a Eliodoro.

Aunque ya se había adelantado la vieja que vigilaba la muerte de la desdichada como un cuervo atento para ir a comunicárselo a su señor.

—¿Y el chico? —preguntó Eliodoro.

—Se lo ha llevado la santera con los demás, donde permanecerá aislado hasta que esta terrible epidemia pase de largo. Lo he visto hace un rato y está bien, es un chico muy guapo y parece fuerte. No creo que tenga problemas para sobrevivir —respondió el doctor, aceptando el cigarro puro que le ofrecía el amo.

Eliodoro encendió el habano del doctor y el suyo y, dando una profunda calada que soltó inmediatamente, esbozó una media sonrisa de satisfacción mientras pensaba: «Claro que tiene que ser guapo; lleva nuestra sangre, y las mezclas, aunque no estén bien vistas, sientan bien. Con la mujer muerta, un problema menos de que preocuparse.» Pero súbitamente se le ocurrió algo que le inquietó y preguntó de nuevo al médico:

—La mujer, antes de morir, ¿dijo algo?

—Apenas podía hablar, estaba muy débil. Por lo que me ha contado la santera, solo ha pedido ver al chico para despedirse.

—Está bien. Salgamos fuera, aquí hace demasiado calor.

Ambos salieron a la galería porticada de la hacienda y posaron su vista en la inmensidad verde que se desplegaba casi infinita ante sus ojos. Las plantas de café, los arbustos y los árboles de hasta diez metros de altura se sucedían en orden perfecto hasta cubrir, a lo lejos, las estribaciones andinas que, majestuosas, cerraban el paisaje.

—Y pensar que toda esta frondosidad verde es café —comentó Eliodoro—. Fíjese que me sigue sorprendiendo como el primer día que llegué a este país, y eso que provengo de la región más húmeda de España.

Cuando entraron de nuevo en los salones de la hacienda, la niebla descendía desde las montañas y cubría por entero las plantaciones.

—Entonces, doctor, ¿me tengo que preocupar o la epidemia de cólera la tenemos controlada? —siguió preguntando Eliodoro.

—En estas circunstancias es muy importante la rapidez del aislamiento en los casos sospechosos. Mi opinión es que en sus plantaciones no va a haber epidemia propiamente dicha. Ha habido contagios puntuales, eso sí, pero nada que ver con lo que está sucediendo en la costa del Caribe. Se dice que en Cartagena han muerto ya más de diez mil personas.

—¡Pues sí que me tranquiliza usted, amigo mío! —se asustó Eliodoro.

—Disculpe, pero aquí la cosa es distinta. El contagio está controlado. De sus dos mil trabajadores, en las plantaciones ha habido solo nueve casos y dos fallecimientos —se apresuró a explicar el médico.

—Bien, en ese caso, pasemos al comedor. La cena está preparada —añadió Eliodoro, dando por zanjada la molesta conversación.

En el comedor les esperaban su mujer, Elvira Zárate de Saramago, una colombiana de la alta burguesía de Santiago de Cali, y sus dos hijos: Diego y Simón, de dieciocho y veintidós años. Tres criados atendían en silencio la mesa y servían la cena. Una de las criadas, en cuanto salió del comedor y regresó a la cocina, comentó al resto de la servidumbre sus impresiones sobre lo que había oído a los comensales durante la cena. Estaban muy alarmados por la situación.

—A India, la mujer que ha muerto esta tarde, se la han llevado pero nadie sabe dónde; era inmigrante, española, y parece ser que aquí no tenía familia, salvo su hijo —explicó la doncella.

—Pues yo sí sé qué van a hacer con ella —terció otro de los sirvientes—. El señor ha dado órdenes de quemar el cadáver; por eso se lo han llevado enseguida. Y eso harán con todos los que mueran de cólera —terminó de informar.

Amaneció en el Valle del Cauca y los pobladores de las vertientes de la cordillera andina salieron de sus humildes casas para trabajar en las plantaciones de Eliodoro. Los campesinos de este eje cafetero desarrollaban las mejores técnicas de cultivo, recolección y procesamiento del grano. Eran laboriosos y mimaban las plantas porque esa era su cultura, de la que dependía la economía de la región y su propia supervivencia. La visión de los cientos y cientos de campesinos vestidos de blanco recogiendo los granos de los arbustos en medio del fértil verdor del paisaje, con los Andes vigilantes al fondo, ofrecía una imagen de una belleza prodigiosa. Sin embargo, en los últimos días los silenciosos y dóciles campesinos estaban menos diligentes que de costumbre. Había rumores de que la epidemia había llegado al valle por algún contagio desde el puerto de Cartagena. Y contaban que una mujer había muerto de cólera a última hora de la tarde, y que al cadáver lo habían quemado a toda prisa. La noticia se extendió de boca en boca por los cafetales y los ánimos estaban revueltos. Tenían miedo y estaban desconcertados, porque nadie les explicaba la situación. Tras ocho horas de trabajo agotador se plantaron y dejaron sus cestos en el suelo. Querían que el patrón les informase qué estaba pasando. Creían estar

enfermos y pensaban que el cólera había llegado para llevárselos.

Informado por uno de los capataces del plante de los campesinos en el valle, Eliodoro llamó a sus hijos para que fueran a las plantaciones y calmaran los ánimos de la gente. Pero, desgraciadamente para el amo, los hijos de Eliodoro carecían de carácter y eran incapaces de enfrentarse a una situación que imaginaban de amotinamiento. Empezaron a poner excusas, no se atrevían a salir y tenían miedo al contagio con los campesinos. Elvira Zárate de Saramago salió en su defensa como una loba y le dijo a Eliodoro que fuera él, que para eso era el amo y al único que respetaban.

—¡Esos desgraciados muertos de hambre! —sentenció, llevándose al interior de la residencia a los polluelos asustados.

Eliodoro se calzó las botas, y junto a cuatro de sus capataces, montó a caballo y se dirigieron a las plantaciones para explicar la situación y tratar de calmar el nerviosismo reinante.

Cuando los primeros trabajadores vieron llegar al amo acompañado de los capataces, se levantaron de la tierra donde pacientemente habían esperado sentados, y en un gesto maquinal y colectivo se quitaron el sombrero de paja que protegía sus cabezas del sol ardiente. Eliodoro y sus subalternos permanecieron montados a caballo, aprovechando así su superioridad, y con voz enérgica el amo habló:

—Todo está controlado. No hay epidemia en las plantaciones. Sí que ha muerto una persona, pero debido a un contagio puntual con alguien que venía del puerto de Cartagena, donde ya sabréis que se extiende una epidemia severa que afortunadamente va remitiendo. He dado orden de extremar la higiene personal y el aislamiento de los que presenten síntomas para que nuestros médicos los visiten y procedan a su curación. La recolección no se puede parar. Esa sería la peor epidemia para todos. No tengo que recordaros que si no trabajáis las horas estipuladas no habrá paga semanal, y si no hay paga semanal, no hay pesos. ¡Al trabajo! ¡Viva Colombia!

Eliodoro no supo por qué, enardecido por el parlamento a los campesinos, había concluido con ese «¡Viva Colombia!», pero surtió un efecto milagroso, y muchos gritaron «¡Viva!» también, en un acto reflejo y multiplicador entre la multitud de brazos caídos. El amo vio como poco a poco los campesinos, algo renuentes, volvían al trabajo todavía sorprendidos y confusos.

Los cinco jinetes tiraron de las bridas de sus caballos para dar media vuelta y al galope cruzaron un océano de frondosidad verde hasta la casa principal de la hacienda. Satisfecho de su arenga, Eliodoro pensó que tenía un par de hijos indolentes y cobardes, a los que difícilmente podría nunca confiar la dirección de las plantaciones.

Por fin había llegado carta de Colombia. Hacía más de un año que Odilo no recibía noticias de su hermano Eliodoro. Aprovechó que estaba solo en casa para abrirla, pues presentía que no traía buenas noticias. En ella le notificaba el fallecimiento de la mujer que «enviaste hace cinco años». No se extendía mucho en detalles porque, al fin y al cabo, lo consideraba un tema menor aunque su hermano debiera enterarse. Le informaba de la horrible epidemia de cólera que estaba asolando al país y que había llegado a su hacienda. «Desafortunadamente, una de las bajas ha sido esta mujer que se contagió del cólera no sabemos cómo, pero murió atendida debidamente por mi médico particular. Para tu información, y por si es de tu interés, el chico no sufrió contagio y sigue en la plantación trabajando en la recolección del café.» La carta se extendía luego en lamentaciones sobre la inutilidad de sus propios hijos, «que han sacado el carácter consentido y caprichoso de su madre; pero que no sirven para el manejo de esta empresa, en la que —ya me perdonarás la expresión, querido hermano— hacen falta cojones para imponerse a unos campesinos ignorantes y cada vez más levantiscos».

Terminó de leerla rápidamente y la tiró al fuego de la chimenea. Esa carta no la podía leer en familia. Acto seguido pensó que debía subir al monte O Pindo para informar a la madre del fallecimiento de India. Hacía ya un año que había sucedido y no podía demorar más el momento de trasladar la triste noticia. Odilo, durante estos años, había seguido subiendo con cierta regularidad para que a la vieja meiga no le faltara nada, dentro de su humilde modo de vida. Estas atenciones las hacía no por gusto sino como una forma inteligente de que mantuviera la boca cerrada y no fuera por ahí contando lo sucedido a oídos ávidos de cotilleos en vidas ajenas. Ante la noticia, la mujer reaccionó con gritos y aullidos desgarradores. Odilo, asustado, abrió su maletín y mojó su pañuelo con unas gotas generosas de láudano que, con sumo cuidado, y diciéndole que la ayudaría a tranquilizarse, le aplicó en la nariz para que lo respirase, se calmara y se adormeciera. El doctor Saramago se quedó en la choza esperando a que la mujer cayera en un sueño reparador. Y mientras se distraía contemplando la miseria y pobreza en que vivía, se le ocurrió una idea brillante: fue a la pequeña habitación que habían ocupado India y el niño y recogió las escasas pertenencias de ambos que aún conservaba la vieja. Obraba de una forma mecánica, sin meditar, obedeciendo a un impulso que se le cruzó como un rayo por la mente: no dejar pruebas de la presencia de India y el niño en la choza. Tampoco encontró muchas cosas, porque lo poco que tenían se lo habían llevado, pero la vieja guardaba un chupete, unas tetillas de caucho y faldones de recién nacido, más una usada toquilla de lana rosa de su hija, todo desvaído por el tiempo. Lo metió en su maletín y volvió a la habitación donde estaba la vieja todavía durmiendo, recostada en el banco al lado del fuego.

—¡Trinidad, Trinidad, despierte! Le tengo que hablar de su nieto. Está bien cuidado y atendido; por ese lado nada hay que temer, gracias a Dios —le dijo al oído para que se fuera espabilando.

Pero la mujer no respondía, no respiraba. Estaba muerta. Él trató de calmarse pensando que no había abusado del láudano. Probablemente la mujer padecía del corazón y con la noticia y la ayuda de la droga había sufrido un infarto mientras dormía. Eso quería creer el doctor Saramago; aunque la relación de los hechos inducía a pensar en un asesinato. Nervioso, volvió a repasar con la vista la habitación para comprobar que no quedaba nada en la choza que pudiera delatar su visita. «Le ha fallado el corazón. Le ha fallado el corazón», exclamó para sus adentros intentando convencerse. Montó en *Acantilado* y abandonó la casa del monte O Pindo, esta vez para siempre.

El descenso del monte al galope serenó un poco sus ánimos atormentados. No sabía realmente si la había matado conscientemente o todo había sido un accidente, un cúmulo de fatales circunstancias en las que se había visto envuelto. La lluvia fina que empezaba a caer al bajar a la costa le ayudó a pensar con método deductivo. Decidió que lo mejor era no informar del accidente y dejar que pasara el tiempo hasta que alguien encontrara el cadáver. La mujer ya era mayor y estaba delicada de salud. El hecho de que hubiera muerto le favorecía, porque así desaparecía cualquier tentación que la bruja hubiera tenido de hacerle chantaje o de irse de la lengua contando su secreto. Todos sus pensamientos iban encaminados a exonerarse del sentimiento de culpa que le asolaba en esos momentos. Evidentemente, con la muerte de la vieja también desaparecía esa amenaza latente que Odilo siempre había temido durante todos esos años.

Antes de ir a su casa, pasó por la consulta de Lariño, encendió la estufa con unos leños secos y echó al fuego las pertenencias de India y su hijo. Se quedó varios minutos con la vista clavada en las llamas hasta que los restos desaparecieron. Solo entonces suspiró aliviado. «Quizás haya sido mejor así», se dijo.

Trancurrieron los días y todo volvió a la normalidad, hasta que una mañana, pasando la consulta en el pueblo, sucedió lo inevitable. Entró el alcalde sobresaltado en el consultorio y le informó de algo horrible que había sucedido arriba en el monte O Pindo.

—Doctor, ¿no se ha enterado usted? Ha muerto la meiga de O Pindo, la vieja Trinidad; pero qué muerte tan horrorosa, ¡por todos los santos! Pobre mujer; en la aldea están todos consternados.

Odilo trató de calmarlo y le ofreció asiento y un vaso de agua. No entendía qué había podido pasar además del hecho de que estuviera muerta y bien muerta. Y le pidió que se explicara por favor.

—No me tenga usted sobre ascuas...

—Por lo visto llevaba varios días muerta, quizá más de una semana, resulta imposible saberlo. Los perros, atraídos por el fuerte olor, entraron en la choza y medio devoraron el cuerpo. ¡Un espectáculo dantesco! Unos cazadores que pasaban cerca notaron el hedor que salía de la casa y al entrar se encontraron con semejante cuadro —explicó el alcalde, todavía consternado.

Saramago se quedó sin habla. No pronunció palabra alguna, mientras intentaba permanecer entero mirando al alcalde como alelado.

—Sí, sí, ya sé que a usted también le afecta. Todo el mundo sabía que subía de vez en cuando y se ocupaba de su salud, y que incluso la ayudaba para que no pasara privaciones. Es usted un buen médico y una bellísima persona, don Odilo. La verdad es que la vida de esta mujer ha sido un drama, un misterio, pero acabar así... Ningún ser humano debería tener ese final. ¡Dios mío!

—Es verdad, no se merecía ese final —dijo por fin Odilo, tratando de recomponerse.

—Bueno, doctor, ya nada se puede hacer. He dado instrucciones a los de la aldea de arriba para que le den cristiana sepultura. A los restos, me refiero.

—Me parece un detalle que le honra, señor alcalde —respondió Odilo.

Tras esa breve conversación se despidieron y Odilo cerró la consulta. Volvió a casa caminando. Necesitaba despejarse, asimilar tanta mala noticia. «Es increíble, desde el naufragio del barco inglés la muerte parece haberse instalado en mi vida, me ronda, y ahora, en menos de un año... India y su madre», meditó. Cuando estuvo cerca de la casa decidió seguir caminando y calmar su excitación bajando a la playa. Mirar el mar siempre le calmaba.

Intentó ordenar sus pensamientos y alejarse de las sombras de la muerte. Entonces le vino el recuerdo de India cuando la conoció. Nunca hubiera imaginado que pudiera existir tanta belleza en unos rasgos y tanta armonía en un cuerpo esbelto y ágil como el suyo. Sus ojos negros acariciaban al mirar y su sonrisa de dientes perfectos y blancos iluminaba la noche sin necesidad de palabras; porque India hablaba poco, lo decía todo con una mirada o con el movimiento de su cuerpo. Fueron unos años en que se sintió feliz. Un tiempo en que experimentó el deseo más ardiente y la pasión desbordada al lado de esa joven y extraña mujer, dócil y callada. Junto a su recuerdo, también sintió los remordimientos por no haber podido —o querido— hacerla feliz. Y no pudo evitar sentirse responsable de su final y del abandono de ese hijo, a fin de cuentas engendrado por él. Se estremeció imaginando el terrible final de la meiga, del que cada vez se sentía menos culpable.

Perdido en sus divagaciones no se dio cuenta de que Violeta venía corriendo hacia él desde el camino del faro.

—¡Padre, padre! Me han mandado a buscarle, que ya vamos a comer y madre está preocupada. Bueno, ya veo que los dos usamos el mismo método para calmar nuestras inquietudes, ¿eh, doctor? —le dijo al llegar junto a él, tirándole de la levita.

Y padre e hija abandonaron la tranquila playa de Lariño cogidos del brazo y caminando lentamente hacia las primeras casas del pueblo. Odilo notaba el calor del cuerpo de su querida hija y se convenció de que todas las mentiras que rodeaban su vida merecían la pena si tenían por objeto la felicidad de Violeta.

Regresaron conversando y Violeta comentó su extrañeza ante la ausencia de cartas del tío Eliodoro.

—Llevamos más de un año sin noticias tuyas. ¿Le habrá pasado algo? —preguntó a su padre, inquieta.

—No, espero que no. Por lo que he oído en las tertulias de Muros, parece ser que hubo una epidemia de cólera, pero en la costa del Caribe. Supongo que eso habrá retrasado las salidas de los buques, y posiblemente habrán decretado la cuarentena de mercancías en los puertos tanto de entrada como de salida. Y esa situación afecta a los correos, como bien sabes —contestó Odilo sobre la marcha.

Rosalía había preparado para comer una deliciosa y reconfortante sopa de pescado, seguida de pulpo cocido acompañado de abundantes cachelos con pimentón. A pesar de los trágicos sucesos acaecidos, Odilo tenía hambre. El paseo por la playa le había abierto el apetito y, ahora mismo, se sentía protegido y relajado contemplando a sus hijos y a Rosalía, y saboreando los manjares dispuestos sobre la mesa. Como es lógico, pensó lo diferente que es la vida para unos y para otros; pero trató de evitar estas reflexiones obvias, y disfrutar de la comida en familia.

—¿Sabéis? Inés está embarazada y se va a casar con su novio pescador. Dicen que la boda se va a celebrar pronto, para que no se note que se pone gorda —comentó de pronto Andrés con cara de pícaro, atrayendo la atención de los comensales.

—Pero ¿qué dices?, ¿cómo te enteras tú de esas cosas?, si eres un crío. ¿Cómo puedes asegurarlo? —dijo Violeta enfadada.

—Pues parece que la que no se entera eres tú, hermanita, y eso que es tu amiga. Además, con la fama que lleva... no es de extrañar que pasara lo que ha pasado —respondió el chaval, haciéndose el enterado.

—¡Madre de Dios bendito! Si es que ahora no se respeta nada —exclamó Rosalía, y miró a Violeta para que captara el mensaje.

—De todas formas, si se casan mejor para ellos. Están locos el uno por el otro, así que tampoco el asunto es para rasgarse las vestiduras —se atrevió a decir Violeta.

—Ya, hija, ya; pero podían haberse esperado... que en este pueblo todo se sabe —puntualizó Rosalía.

Odilo Saramago no intervino y siguió comiendo como si nada. Le alarmó un poco la última frase pronunciada por su esposa, pero supuso que era una frase hecha. Al percatarse de que sus hijos y Rosalía lo empezaban a mirar para ver qué opinaba sobre el asunto, se vio obligado a preguntar:

—Y tú, Violeta, ¿sabías algo?

—Pues no. Son asuntos suyos, no veo por qué tenía que confiarme Inés algo tan privado —contestó la muchacha, tajante.

La conversación sobre el estado de Inés se acabó con la intervención de Violeta, y Odilo, aprovechando el razonamiento de su hija, comenzó a alabar la calidad del pulpo preparado por su esposa.

Nada más terminar la comida, Violeta pidió permiso para retirarse a su cuarto. Trataba de disimularlo, pero estaba algo sorprendida por el comentario de su hermano. Habían pasado los últimos meses viéndose en sus escapadas por las playas cercanas y le extrañaba que Inés no le hubiera dicho nada. Se sintió defraudada por su falta de confianza. «Seguramente no me dijo nada por Juan. Es lógico pensar que lo comentaríamos y que Juan se lo diría a su padre», razonó, sintiéndose más aliviada. Tenía unas ganas tremendas de verla y demostrarle su apoyo; aunque quizá lo primero que debería hacer era preguntarle si era cierta la noticia que había contado su hermano Andrés, cogiéndolos a todos desprevenidos.

A media tarde se acercó a la ferretería para hablar con Juan e indagar sobre el asunto. No quería seguir con esa incertidumbre. La atendió el señor Isidro porque, según le dijo, Juan había salido a hacer unos recados; y a continuación añadió que podía esperarlo en la tienda, no creía que tardara en regresar. Violeta se lo agradeció, pero no estaba cómoda en su presencia, así que optó por salir y esperar en el pequeño huerto que había en la parte trasera de la tienda. Allí se entretuvo viendo el resultado de los cuidados de Juan: había tomates, patatas, pimientos, cebollas y berenjenas. Un pequeño edén que el muchacho había sabido rescatar de la tierra fértil pero abandonada desde siempre por su padre, que nunca tuvo mano ni interés para trabajarla. Al rato, la que apareció por detrás de Violeta, dándole un buen susto porque no hizo el menor ruido y le tapó los ojos, fue Inés, que se alegraba de verla en su territorio. Las dos amigas se sentaron en un banco de madera destartado debajo de una gran parra y hablaron con confianza. Antes, Violeta le preguntó si desde ahí no les oíría su padre.

—No, qué va, cada día está más sordo; además, yo creo que sabe lo que sucede, pero se calla y se hace el tonto —le comentó Inés.

—Pero, entonces ¿es verdad que estás embarazada, Inés? —preguntó Violeta sin poder esperar más.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? Porque yo, no.

—Andrés. Hoy en la comida, delante de mis padres, lo ha comentado. Y si lo sabe un crío como mi hermano y sus amigos, imagino que... —No terminó la frase y cogió la mano de su amiga en gesto amistoso.

—Me da igual que lo sepa todo el mundo. Claro que estoy embarazada. Nos vamos a casar, Violeta. Fue Antonio el que me lo propuso. Sé que se precipitan los acontecimientos, pero mejor así. Antonio dice que ya es mayor, ya sabes que nos lleva ocho años, y que no se lo piensa más. Violeta, estoy como loca de alegría —contestó Inés, abrazando a su amiga.

Y las dos amigas de la infancia permanecieron en el huerto del señor Isidro entregadas a sus confidencias y celebrando la amistad que las unía y la felicidad que sentía Inés en esos momentos. Poco después, Juan regresó a la ferretería y su padre le dijo que Violeta le esperaba en el huerto, junto con Inés.

—Ahí las tienes a las dos, cuchicheando como cotorras.

Cuando lo vieron llegar, las dos amigas comenzaron a reírse como tontas. Parecían dos adolescentes alardeando de sus secretos y deseando compartírselos. Juan les preguntó qué pasaba y entonces le hicieron partícipe de sus confidencias.

Al escuchar a su hermana y ver su cara de felicidad, Juan se alegró, pero a la vez sintió algo parecido a la envidia porque era consciente del amor que se profesaban ella y Antonio. También porque sabía que formaban una buena pareja y que ya tenían su vida encarrilada. Le gustaría estar en esas mismas circunstancias, aunque reconocía que Violeta estaba hecha de otra pasta y que en esos momentos el matrimonio no era su principal prioridad, como ocurría con la mayoría de las jóvenes del pueblo.

—¿Y tu padre qué dice? —preguntó Violeta a Inés.

—Desde que se quedó viudo, anda un poco en su mundo, que yo denomino «submarino». Solo le importan sus aparejos, sus herramientas y sus recuerdos. Pero, sí, creo que lo sabe y que le parece bien. Cuando le presente a Antonio, seguro que congenian. Al fin y al cabo, son dos hombres de mar.

Al rato, Inés se despidió y los dejó solos en el huerto.

—Tengo que hacer muchas cosas antes de que Antonio vuelva de pescar —alegó.

Violeta la vio marchar, encantada de comprobar su exultante felicidad.

—Me alegro mucho por tu hermana. Se la ve muy feliz, ¿no crees? —dijo Violeta, siguiéndola con la mirada.

—Es que lo que ha pasado tenía que pasar. Estaban todo el tiempo enredados. Mi hermana es una imprudente; y, si te soy sincero, creo que ha ido por el camino más fácil para enganchar a Antonio. Cuando yo lo conocí era un hombre libre que no quería saber nada de compromisos, y mira ahora —razonó Juan.

—Pero la gente cambia, Juan. Estoy convencida de que les va a ir muy bien. Ambos desean vivir aquí, formar una familia y ver crecer a sus hijos. Esa es su aspiración en la vida, y parece que la van a conseguir —respondió Violeta, comprensiva.

—Sí, puede que tengas razón. Todos aspiramos a eso; lo único que digo es que Inés se ha precipitado porque está loca por Antonio.

—Bueno, todos no. Yo he dicho que casarse y criar hijos es la aspiración de tu hermana Inés; y bueno, es verdad: ha puesto los medios. Pero no todo el mundo quiere lo mismo —trató de explicarse Violeta, un poco cansada ya de esa conversación.

—O sea, que ¿tú no aspiras a casarte y tener una familia propia? —dijo Juan, algo irritado también.

—Mira, Juan, creo que estamos sacando las cosas de quicio. Vamos a dejar de hablar del embarazo de Inés, me cansa. —Y acariciándole el rostro añadió—: Lo que ocurre es que no todos queremos las cosas al mismo tiempo.

Juan prefirió no preguntarle a qué se refería; ya la conocía, y casi era mejor que no se lo aclarase. Sabía perfectamente que presionarla era la peor opción. Si lo hacía, saldría huyendo como un pájaro al que se intenta retener cuando está empezando a volar.

Llegó el gran día para Inés y Antonio. Habían querido esperar al verano para disfrutar de mejor tiempo y celebrar una boda abierta para todo el pueblo. No les importaba que el vientre de Inés hubiera engordado y se notara su embarazo.

—No serás la primera —le dijo un día el pescador, riéndose y acariciando el vientre de su joven novia.

Tras la ceremonia religiosa en la iglesia de Lariño, Antonio se empeñó en celebrar el banquete de bodas en la playa, aprovechando el buen tiempo y la brisa del mar. Sus compañeros pescadores cerraron con sus pequeñas barcas los dos extremos de la playa y colocaron largas mesas con toda clase de manjares exquisitos. Como es lógico, abundaba el marisco, pero también carnes a la brasa de fuegos improvisados, buenos vinos de la tierra, y bizcochos y tartas de gustos y colores diferentes que las mujeres bajaban de sus casas y dejaban como ofrendas sobre las tablas que hacían de mesas, cubiertas primorosamente con manteles de hilo blanco y adornadas con flores. La marea baja favorecía que el escenario fuera perfecto. Todos los invitados se daban cuenta de que el joven pescador era un hombre muy popular, ya que no faltaba nadie de la cofradía de los pescadores de la Costa da Morte; incluso organizaron un bonito espectáculo —considerado como una sorpresa para el novio— consistente en que al final de la comida seis grandes pesqueros de la flota de Muros pasaron cerca de la playa tocando sus bocinas y echando flores al mar en homenaje a los novios.

Inés se lanzó a los brazos de Antonio, emocionada y desbordada de alegría. Y al señor Isidro, siempre tan taciturno, se le escapó alguna lágrima al ver semejante despliegue de compañerismo y afecto. La familia Saramago asistió al convite complacida, ya que conocían a Inés y Juan desde el nacimiento, y apreciaban mucho a su padre. Lo cierto, es que todo el pueblo celebró esta boda que llenaba de alegría a los vecinos y los reconfortaba después de un invierno triste con el recuerdo del terrible naufragio en el cabo Vilán. Quizás esa fue la razón por la que Inés y Antonio quisieron festejar la vida entre tanta muerte y desolación.

Galicia era un pueblo apegado a las tradiciones, pero se las saltaba en cuanto la ocasión lo requería. Por esa razón el cura del pueblo había consentido en celebrar la boda en la iglesia. Ya le había adelantado el novio a Inés que no iba a ser la primera novia que se casaba embarazada y por la iglesia. Y en la fiesta, precisamente, el cura fue uno de los que más disfrutó del banquete organizado en plena naturaleza. Tanto que hubo que apartar de su lado las botellas de vino que vaciaba sin control alguno. En este día tan especial, Inés quiso rendir un pequeño homenaje a su madre fallecida prematuramente y se puso su vestido de novia. Días antes lo había acertado hasta los tobillos para no arrastrarlo por la playa. Estaba preciosa con aquel vestido blanco que no le marcaba la cintura, sino que caía elegantemente hacia las caderas, con un discreto escote redondo y manga larga pegada a los brazos. Sobre sus cabellos trigueños, un trenzado de flores sujetaba el velo largo hasta los pies. Llevaba medias de algodón blancas y zapatos de color crema. El novio había estrenado por primera vez en su vida de rudo pescador una levita larga negra y un pantalón también oscuro, con camisa blanca abrochada hasta el botón del cuello, que se desabrochó impaciente en cuanto hubo terminado la ceremonia.

Al son de las gaitas gallegas, de un acordeón y un par de violines comenzó el baile en la playa de Lariño. Los mayores escuchaban con deleite la música de la improvisada orquesta sentados en las sillas que habían bajado de sus casas, y los más jóvenes —después de probar con unos cuantos pasos de baile— decidieron despojarse de su calzado y bailar descalzos pisando la suave y cálida arena. Todos reían y bebían a gusto viendo cómo en un momento dado caían las medias de las mujeres y los zapatos lustrosos y primorosos se apartaban a un lado para preservar su reluciente estado.

Violeta fue la primera en desprenderse de las medias y de sus bonitos zapatos de salón para seguir el baile, abierto por los novios, descalza. En los brazos de Juan se sentía feliz dando vueltas y vueltas mientras se oía el murmullo del mar amortiguado por la orquesta. En ese momento Juan aprovechó para preguntarle:

—¿Te imaginas cómo será nuestra boda?

Violeta, que bailaba con los ojos cerrados dejándose llevar por la música, los abrió de pronto y, mirándolo con cara de sorpresa, le respondió:

—Juan, ahora estamos disfrutando de la boda de nuestros amigos. Tenemos solo diecinueve años; bueno, tú veinte. Anda, no estropees este momento y sigue bailando, por favor.

Juan encajó la evasiva y se dio cuenta de que se había precipitado, de que en realidad salían juntos pero no eran novios oficiales; aunque en el pueblo todos los emparejaban. Siguió bailando y él comprendió, una vez más, que Violeta era inalcanzable.

En la mesa del banquete, dos hombres conversaban muy entretenidos mientras contemplaban bailar a los más jóvenes. Eran Odilo Saramago y Alonso Castro de Madariaga. Hablaban de política y de los incipientes movimientos nacionalistas que empezaban a surgir en Cataluña y Galicia, basados en la recuperación histórica y en las tradiciones. Explicaban que en Galicia el movimiento nacionalista se centraba en explorar las raíces en busca de su identidad cultural y lingüística. Alonso Castro era un joven diputado del Partido Progresista, amigo reciente del doctor Saramago, al que había invitado unos días a su casa para que le pusiera al corriente de la actualidad política en la capital del reino. Al coincidir su estancia con la boda de Inés, le pidió que les acompañara a la fiesta en la playa.

—Para que vea cómo se divierte el pueblo por estos pagos —lo animó el doctor Saramago.

El joven político estaba encantado con la sencillez y el ambiente festivo que se respiraba en Lariño y, sobre todo, con la presencia de Violeta, a la que no quitaba ojo en sus evoluciones por la playa. En un momento dado, Alonso, dando un giro improvisado a la conversación, preguntó a su amigo:

—Violeta y el joven con el que baila ¿son novios?

—No, en absoluto, son amigos de la infancia, se conocen desde niños. Prácticamente han crecido juntos. Son todavía unos chiquillos —resumió el doctor.

—Pues les felicito, porque tienen una hija encantadora y muy hermosa —dijo adulator el político.

—Sí, lo cierto es que Violeta es una criatura muy especial. Y todo un carácter —puntualizó Odilo.

Rosalía, que estaba al tanto de la conversación, intervino espontánea y mirando al diputado le animó a salir a bailar.

—Ande, diviértase. Vaya usted con los jóvenes, que la política es muy aburrida y seguro que hoy no van a arreglar el mundo.

Alonso Castro se ruborizó tenuemente ante la espontánea intromisión de la esposa de su amigo y, estirándose el chaleco, se levantó de la mesa y se acercó lentamente hacia el grupo en que estaban recuperando fuerzas Violeta, Juan, Inés y Antonio.

—¿Me permite usted este baile, Violeta? —dijo Alonso ofreciéndole la mano.

La muchacha, un poco confusa ante el atrevimiento del invitado de su padre, asintió con la mirada y dándole la mano se alejaron hacia donde los demás bailaban algo parecido a un vals. Cuando estuvo entre sus brazos, se dio cuenta de lo alto que era ese hombre y se puso de puntillas.

—Espero no pisar esos deliciosos pies descalzos —sonrió Alonso al darse cuenta del coqueto gesto de la joven.

—¿Le gusta nuestro pequeño pueblo, señor? —preguntó Violeta cambiando de conversación, lamentando haberse quitado los zapatos y tratando de dejarse llevar por el diputado, que bailaba de maravilla, incluso sobre la arena húmeda de la playa.

La pareja bailó dos piezas seguidas y cuando terminaron recibieron los aplausos entusiastas de algunos vecinos, admirados por la maestría del desconocido en las artes de la danza. Por supuesto, el grupo formado por los amigos de Violeta permaneció con los brazos cruzados y la mirada hostil.

—Tú, Juan, ándate con cuidado no te vaya a quitar la novia el señorito ese de Madrid —comentó Antonio en tono irónico.

—Pero si podría ser su padre... —respondió Juan en alusión a la edad de Alonso.

—No creas, ese estará por los treinta y tantos. Y debe de tener mucho recorrido —puntualizó Antonio—. Inés, vamos a dar una lección de baile al lechuguino ese de Madrid.

Violeta divertida, al escuchar los aplausos de sus paisanos, se levantó un poco el vestido e hizo una reverencia al público. Alonso Castro de Madariaga, satisfecho, la devolvió al grupo.

A Odilo no le pasó inadvertido el interés de su invitado por Violeta y la estupenda pareja que hacían. «Este sí que sería un buen partido para mi hija; y, además, es un hombre culto, un ilustrado, con una prometedora carrera política por delante. Este sí que la sabría llevar», reflexionó en silencio mientras lo veía acercarse a la mesa.

—Y usted, querido amigo, ¿está comprometido en la actualidad? —le preguntó sin introducción alguna, en cuanto su invitado se sentó a su lado.

—Pues... sí, querido doctor, mi compromiso con el Partido Progresista es muy serio. —Y soltó una sonora carcajada.

Los dos hombres rieron con ganas y se encendieron dos cigarros puros en honor a los novios. Se quedaron unos instantes en silencio mirando el mar que había cambiado de color y ahora lucía un azul oscuro e intenso.

—Ahora en serio, doctor, en estos momentos y sentimentalmente hablando, estoy libre como un pájaro.

—Bien —fue la única respuesta que se le ocurrió a Odilo, algo extrañado de la expresión que había usado para afirmar que en la actualidad no tenía compromiso alguno: «libre como un pájaro».

Las nubes bajas y densas comenzaron a inundar el cielo y las olas se agitaron y se empujaron unas a otras con fuerza. Los vecinos, como si hubiese sonado una sirena, recogieron rápidamente las mesas, la orquesta guardó sus instrumentos, y los jóvenes corrieron a calzarse de nuevo entre risas y empujones. El único que se había quedado dormido sobre la mesa por los efectos del Ribeiro era el párroco de Lariño. Dos vecinos tuvieron que levantarlo y llevarlo casi en volandas hacia las primeras casas porque no se tenía en pie. La tormenta ya estaba encima, y junto a los primeros rayos y truenos la lluvia descargó con toda su intensidad. Todos corrieron hacia los soportales para protegerse del agua cargados de cestas con lo que habían podido recoger del banquete. Las sillas se quedaron en la playa como testigos mudos de la fiesta, y el mar mordió la orilla con fuerza llevándose más de una hacia dentro.

Inés y Antonio, resguardados en los porches de las primeras casas, se besaban apasionadamente. Cerca de ellos, Juan se quitó su chaqueta nueva y se la puso a Violeta sobre los hombros. En ese momento la hubiera besado, pero se sintió inseguro. «Nunca se sabe con ella», pensó. Violeta le pasó una mano por la cintura y acercó su cuerpo al suyo.

—Es un bonito final de fiesta, ¿verdad? —dijo Violeta, mirando la lluvia que chapoteaba a sus pies.

Un poco más lejos, el matrimonio Saramago y Andrés explicaban a su invitado que el clima de Galicia era así de inestable, y más en la costa.

—Eso la hace especialmente hermosa —respondió enigmáticamente Alonso Castro, mientras buscaba con la mirada a Violeta sin encontrarla.

Cuando la tormenta se suavizó, los grupos de gente resguardada en los porches se fueron disolviendo camino de sus casas. Juan y Violeta se despidieron de los novios con la intención de quedarse un rato en la ferretería, pero al encaminarse hacia allí, el señor Isidro se acercó y le dijo a Juan que no se encontraba muy bien y que si le podía acompañar a la casa porque se sentía algo mareado. Así que también se despidieron, y Violeta emprendió el camino hacia la suya un poco retrasada del resto de la familia. Alonso Castro, pendiente de lo que pasaba, se volvió y vio que Violeta caminaba bastante rezagada, cabizbaja y descalza, con los zapatos y las medias en la mano. Rápido, le pidió permiso al doctor Saramago para acompañarla a su casa. Se separó de la familia y esperó bajo la lluvia a que la joven llegase a su altura.

—Lo siento, no llevo paraguas —dijo.

Violeta sonrió y respondió en su estilo más genuino:

—Yo también lo siento: no llevo ni medias ni zapatos.

En ese instante Alonso no se pudo contener y la atrajo hacia sí empujándola suavemente hacia el interior de las arcadas de la plaza. Su excitación era incontrolable: la abrazaba con fuerza y la izó unos centímetros para besarla con más comodidad. Desconcertada, Violeta no opuso resistencia alguna, consciente de que su boca también buscaba la de él con ardor. Los zapatos y las medias cayeron al suelo, porque el abrazo de ella necesitaba de todo su cuerpo para abarcar el de él. Continuaron así, abrazándose y lamiendo sus bocas intensamente durante varios minutos, hasta que Alonso reaccionó al darse cuenta de que no podían seguir de ese modo porque terminarían haciendo el amor en la calle, y la depositó suavemente en el suelo. Violeta se calzó sus zapatos mojados y emprendieron el camino a la casa.

No hablaban, no decían nada, caminaban uno junto al otro sin rozarse; pero Violeta pensó que ese beso lleno de pasión y entrega se lo había robado a Juan. «Debió ser para él», aunque a continuación se justificó pensando que por fin había sentido algo parecido a lo que debía sentir Inés cuando estaba con su pescador.

—¡Dios mío!, ¡cómo se han puesto! Van empapados, ¡maldita lluvia!, siempre tiene que estropear la fiesta —exclamó Rosalía al verlos llegar.

Odilo Saramago, desde el salón, sentado en su sillón de terciopelo granate con el periódico sobre las rodillas sonreía, sabedor de que había pasado lo que él confiaba que pasara. Mientras esperaba a que Alonso se cambiara de ropa, preparó dos orujos secos para reconfortar al improvisado galán de su hija.

—Le agradezco que haya traído a Violeta sana y salva —comentó divertido, y le ofreció el vaso de orujo—. A estas horas las tormentas van cargadas de mucho aparato eléctrico y se tornan peligrosas.

—Para mí ha sido un placer —respondió Alonso Castro con aplomo.

En su cuarto, Violeta no sabía cómo había sucedido todo: esa entrega, la atracción irrefrenable, el deseo que la partía en dos desde el centro de su cuerpo. Y con un desconocido con el que apenas había intercambiado las frases habituales de cortesía. No obstante, reconocía que su mirada no la dejaba indiferente y que, incluso a distancia, notaba cuando sus ojos la buscaban, tanto en el banquete de bodas de sus amigos como en la casa cuando se cruzaban por las habitaciones o en las comidas en familia. No se podría decir que el caballero fuera guapo, pero sí que irradiaba una atracción especial que lo hacía destacar del resto. Con esta nueva experiencia, la muchacha sintió por un lado la plenitud del deseo y por otro el desconcierto de lo que pudiera pasar a partir de ahora: con Juan, con el amigo de su padre, con ella misma.

Pero con diecinueve años las reflexiones duraban poco y Violeta se dejó llevar por las novedosas sensaciones que su cuerpo había sentido, y deseaba volver a sentir, en brazos de aquel hombre. De lo único que se lamentaba era de no poder volcar estas confidencias con Inés; sobre todo por ser la hermana de Juan, al que no quería hacer daño, y porque la joven pareja había emprendido el viaje de novios hacia la vecina Portugal.

Durante los dos días que todavía permaneció Alonso Castro con la familia Saramago antes de regresar a Madrid casi no tuvieron ocasión de verse a solas, ya que tanto Odilo como su esposa estaban vigilantes para que los acontecimientos no se precipitaran más de lo conveniente sin antes haber establecido las reglas del juego; es decir, la voluntad de iniciar un noviazgo por parte del caballero. Como buenos gallegos, no se fiaban del todo, aunque encontraban en el joven político al candidato ideal para casar a su hija. Por fin, el último día de estancia, Alonso habló con el doctor Saramago y solicitó su autorización para escribir a su hija, y su intención de cortejarla aunque fuera a distancia si Violeta accedía. Hablaron de la dificultad añadida de la lejanía y del deseo de la joven de terminar sus estudios de magisterio en Santiago de Compostela para obtener el título y ejercer. Pero todos los inconvenientes que Odilo Saramago ponía encima de la mesa eran neutralizados por la firme voluntad de Alonso de regresar a Lariño al cabo de un año para solicitar su mano y oficializar así su relación. Además, explicó que en el futuro próximo a Violeta no le faltaría de nada en Madrid, ya que su familia disponía de recursos y de una excelente posición social. Los dos hombres estaban programando el futuro de Violeta sin contar con ella, con esa seguridad que otorgaba la costumbre y la tradición para ese tipo de acontecimientos en aquella época.

—Ahora, Alonso, ya puede usted hablar con Violeta y explicarle sus intenciones —concluyó Odilo, satisfecho de planear una boda a la altura de sus aspiraciones. Y como conocía bien a su hija le dio un último consejo—: Hable con ella fuera de la casa, invítela a dar un paseo por la playa, allí se siente más libre. Y tenga en cuenta que Violeta no es una mujer convencional.

Violeta, intrigada, agradeció la propuesta de Alonso de pasear por la playa para hablar. Desde la boda de Inés apenas habían estado solos; circunstancia que había aumentado su impaciencia y su ansiedad, máxime al saber que al día siguiente se marchaba a Madrid. Era consciente de que pertenecían a dos ambientes diferentes aunque la atracción fuera mutua.

—Violeta, como sabe, mañana regreso a mis obligaciones en Madrid. He hablado con su padre para comunicarle mi intención de escribirle, si a usted le parece bien, y de iniciar una relación con el fin de hacerla mi esposa —resumió perfectamente Alonso.

A Violeta tanta concreción la abrumó e incluso la asustó un poco. Esperaba que le dijera que se sentía muy atraído por ella, que se estaba enamorando y cosas así, pero lo de hacerla su esposa le parecían palabras mayores, sobre todo viniendo de un hombre de su experiencia.

—Pero si no nos conocemos. Usted no sabe nada de mí, Alonso; y, sobre todo, yo no sé nada de usted —replicó ella.

—Por eso precisamente nos escribiremos durante un tiempo para conocernos el uno al otro. Además, ya he hablado con su padre, que me conoce desde hace años, de los temas más prosaicos.

Violeta estuvo a punto de enfurecerse ante esa respuesta. Trató de contenerse pero al final lo soltó.

—Pues entonces, cátese usted con mi padre.

En ese momento Alonso Castro recordó que Odilo le había advertido del carácter de su hija. Se echó a reír sinceramente y con absoluta seguridad en sí mismo le tomó una mano y se la besó suavemente.

—*Touché*, señorita Saramago. Reconozco que es usted buena en la esgrima verbal. Tiene toda la razón, pero ya sabe que las normas hay que respetarlas y yo debía hablar con su padre para trasladarle la seriedad de mis intenciones. Pregúnteme todo lo que desee saber. Estoy a su disposición. —Y le hizo una reverencia, muy teatral.

—La verdad, no lo entiendo. Una persona como usted, con su experiencia, ha debido de conocer mujeres mucho más interesantes que yo. Al fin y al cabo, soy una joven pueblerina un poco asilvestrada.

—Así es, he conocido a varias mujeres, pero le aseguro que lo que sentí el otro día cuando nos besamos fue algo muy especial, profundo, difícil de experimentar, se lo aseguro. Además, me gusta su manera de ser, Violeta. Me gusta cómo es: divertida y salvaje. Estoy profundamente enamorado de usted.

Las defensas de Violeta iban cayendo ante las hábiles respuestas de Alonso. No lo conocía, era cierto, pero descubrió que le gustaba la conversación que mantenían, esa especie de duelo dialéctico en el que la inteligencia y la ironía tenían cabida. También le atraía, por extraño que pareciera, ese refinamiento que desprendía al hablar y al comportarse, tan alejado de la naturalidad de las gentes de la costa gallega.

—Bien, pues entonces vamos a hacer una cosa —dijo, poniéndose muy serio y exponiendo el tema como si de un negocio se tratara—. Vamos a probar.. Nos escribiremos y así empezaremos a conocernos, y el tiempo y la distancia que nos separan dirán si nuestra relación tiene futuro o desaparece al estar cada uno en su ambiente. Parece razonable, ¿no?

Alonso admiró la coherencia de la respuesta de la joven Violeta, y su sentido común. Sorprendido por su inesperada propuesta, la rodeó con sus brazos y tras decir «con permiso» la besó apasionadamente. Luego Violeta murmuró en su oído:

—Es una pena que te marches mañana.

Caminaron juntos por la playa mientras ella le explicaba todo lo que le gustaba de ese extraordinario paraje, al que casi consideraba su segunda casa: las piedras grises de todos los tamaños que se arremolinaban bajo el promontorio del faro, la arena suave y fina que se amontonaba a veces formando efímeras dunas, las lagunas espontáneas que creaban las mareas y desaparecían a la mañana siguiente, el litoral recortado e infinito que se divisaba hasta Finisterre, donde se perdía, el techo de nubes amenazantes y de tonalidades diferentes que conformaban el paisaje de las costas gallegas, el bramido rutinario de las olas, y ese mar impenetrable al que solo era posible entrar algunos días del verano. Alonso la escuchaba con curiosidad y pensaba cuánto amaba la muchacha esa tierra enigmática. A punto ya de regresar de su paseo, a Violeta se le ocurrió una idea como despedida.

—¿Y si dentro de un año nos volviéramos a ver aquí, el mismo día, a la misma hora; pase lo que pase en nuestras vidas? —propuso.

—De acuerdo, pequeña, dentro de un año nos volveremos a encontrar aquí. Doce meses es poco tiempo, pero estoy seguro de que me van a parecer una eternidad —contestó sin dudar Alonso.

El día de la marcha de Alonso Castro, la familia Saramago estaba alterada. Todo eran emociones nuevas hacia aquel hombre que una semana atrás entraba como amigo del padre y ahora salía como pretendiente de la hija. Después de lo sucedido, todos ya se tuteaban con jovialidad y confianza, porque entre otras cosas a Violeta le parecía bastante incómodo besar a un hombre y a continuación tratarlo de usted. Rosalía estaba radiante con la esperanza de que su pequeña salvaje comenzara a sentar la cabeza con Alonso Castro de Madariaga. «Un hombre tan serio y tan buen partido», pensaba. Y Odilo trazaba planes de viajes a Madrid para ir introduciendo a su querida hija en las altas esferas de la burguesía madrileña. Todo estaba saliendo según sus planes.

Por su parte, Violeta se sentía como en una nube. Eso sí, temía enfrentarse a la mirada de Juan. «Pero es mi amigo. Lo entenderé», se decía. En cuanto pudo, lo primero que hizo fue hablar con Juan y tratar de explicarle algo que ni ella misma sabía muy bien cómo había pasado. Quería mucho a ese chico, además de como amante, por el valor que concedía a su amistad, por haber crecido y jugado juntos durante toda su infancia y adolescencia. Ese vínculo era algo que los unía poderosamente.

Juan ya presentía algo porque durante esa semana apenas se habían visto y los rumores corrían como el agua por el pueblo.

—Entonces, ¿sois novios? —preguntó a secas.

—Difícilmente podemos ser novios estando tan alejados. Nos vamos a escribir durante un año para conocernos y ver qué pasa. Yo no quiero ir tan deprisa. La verdad es que me siento atraída por él. No sé, estoy hecha un lío. Pero tampoco quiero perderte, Juan —trató de explicarse Violeta.

Juan comprendía que a Violeta había que darle tiempo para que se aclarase y tranquilizara ese mar de sentimientos mezclados que ahora la inundaban. Dejar de verla sería una torpeza por su parte, aunque su orgullo estuviera herido. Tenía que estar a su lado, seguir siendo su amigo y esperar.

—Violeta, un día te dije que te esperaría siempre. Y lo haré. Además, creo que nuestra amistad está por encima del amor, ¿no crees?

La muchacha se emocionó.

—No sabes qué peso me quitas de encima —respondió dándole un abrazo—. Tenía miedo de que te enfadaras y ya no quisieras verme más. No podría soportarlo, Juan.

—De todas formas —puntualizó el chico—, no te dejes influir por tus padres. Me parece a mí que ellos están deseando emparejarnos. Como es un político y un señorito de Madrid, han visto el marido ideal para ti. Lo que llaman un buen partido.

—Pero yo no pienso así, Juan. A mí eso me da lo mismo —contestó en voz muy baja.

Reconfortada por la reacción de Juan, Violeta no quiso seguir hablando de Alonso, le parecía humillante para él. Lo que tenían que decirse ya se lo habían dicho y aclarado; no era necesario insistir más en el tema y profundizar en la herida del muchacho. Ella estaba en una edad en la que no quería renunciar a nada, pero tampoco sentirse atada a un compromiso que no había impulsado y que, más bien, parecía urdido por sus padres. Se despidieron porque Juan tenía clientes en la ferretería y Violeta debía preparar su viaje a Santiago para uno de los exámenes de grado de magisterio.

—¿Podremos seguir viéndonos como hasta ahora? —le preguntó Juan antes de meterse en la tienda.

—Pues claro —sonrió Violeta, revolviéndole el pelo rizado.

Todo volvió a la normalidad en Lariño. Violeta siguió con sus estudios, sus viajes a Santiago, sus paseos y sus encuentros con Juan. Con las visitas prolongadas que hacía a Inés durante las largas ausencias del marido pescador, y esperando como una celebración las cartas que llegaban puntualmente desde Madrid, en las que Alonso le explicaba sus actividades políticas y le resumía los más encendidos debates que protagonizaba en las Cortes, junto con párrafos más tiernos en los que rememoraba el recuerdo de su único y ardiente encuentro.

Sin embargo, fueron pasando los meses y las cartas se espaciaron en el tiempo, hasta que dejaron de llegar. Violeta siguió escribiendo todas las semanas pero no recibía respuesta. Al cabo de un año llegó la noticia de que el joven diputado Alonso Castro de Madariaga iba a contraer nupcias con una condesa de reciente viudedad, un enlace que era la comidilla de todo el Madrid de la época. La alarmante nueva se la trasladaron a Odilo en una de las tertulias a las que acudía regularmente en Muros. Se le cayó el mundo encima. Por su cabeza resonaban palabras como traición, ambición desmesurada, engaño, entretenimiento, cobardía. Pero sobre todo le dolió el tremendo desengaño que iba a sufrir Violeta, la decepción de un personaje de salón «sin hombría para dar la cara», reflexionaba lleno de ira el doctor Saramago, sin darse cuenta de que él mismo había hecho algo bastante parecido unos años atrás, al esconder su relación con India y alejarla de su vida de forma tan abrupta y cruel.

Lo que menos entendió Violeta, cuando su padre le trasladó la noticia, fue que él no le hubiera contado sus planes por carta. No comprendía cómo se podía ser tan cobarde y despreciar de pronto lo que se había amado, o eso seguía diciendo en sus últimas cartas. «Ha estado jugando conmigo cuando no tenía ninguna necesidad de hacerlo, cuando era yo quien no quería ir tan deprisa ni hablar de matrimonio todavía. No puede ser tan cobarde de no acudir a nuestra cita y contármelo todo. No puede hacerlo», se desesperaba ante ese comportamiento lleno de desprecio, de vacío, de silencio culpable y escondido. Sin embargo, aún le quedaba una esperanza: dentro de unos días se cumplía el año desde que concertaran la cita para volverse a encontrar en la playa, pasara lo que pasara. «Alonso acudirá a darme explicaciones al menos. Lo presiento», intentaba convencerse y creer todavía en su palabra.

Llegó el día esperado y Violeta bajó a la playa con temor y esperanza al mismo tiempo. Nadie lo había visto por el pueblo y nadie conocía la cita. La playa solitaria

la acogió con toda su belleza a esa hora de la mañana. Para calmar su ansiedad, la recorrió de una punta a otra; luego se sentó en la orilla de frente al océano y esperó horas sin moverse, sin girar siquiera la cabeza. A medida que pasaba el tiempo reconoció que se había hecho ilusiones, que en el fondo le parecía interesante convertirse en la esposa de un hombre con esa reputación, trasladarse a Madrid y conocer un ambiente lleno de sorpresas y novedades, volver a sentirse pequeña y protegida a su lado. Pero a la vez que la marea subía lentamente, sus deseos se iban desmoronando ante la evidencia de la ausencia de Alonso. No se rindió y volvió por la tarde ante la posibilidad de que hubiera tenido un percance en el largo viaje y no llegara a tiempo. Vio ponerse el sol sobre el mar e inundar de llamaradas rojas el horizonte, y nadie apareció por la playa. Solo las gaviotas, en grandes grupos y siempre asustadizas, la acompañaron en su larga vigilia. Todavía se entretuvo unos minutos más lanzando piedras a las olas como cuando era niña e intentaba hacerlas rebotar en la superficie. De pronto, oyó unas pisadas tras ella y el corazón se le subió a la garganta en un solo latido.

—Vamos, hija mía, no esperes más. Se me parte el corazón de verte así. Ese hombre es un malnacido y no te merece. Vamos a casa.

Y Odilo Saramago la levantó con ternura del suelo y se la llevó de esa playa testigo mudo de sus anhelos. Solo en ese momento Violeta rompió a llorar con un desconsuelo irrefrenable. Ya no pudo reprimir más su humillación ni su dolor. Odilo también reconocía —en silencio— lo equivocado que estaba respecto al político y sus artimañas para embaucar a toda su familia, incluido él, por supuesto. Ahora se daba cuenta de su ambición desmedida y de que sus promesas se habían desmoronado en cuanto le había surgido la ocasión de atraer a una condesa no precisamente arruinada, según había podido saber esos días. Mientras se alejaban de la playa, Odilo pensó en distintas formas de venganza. Quería hacerle daño, ponerle en ridículo, desenmascararlo; pero inmediatamente las rechazó al darse cuenta de que el mejor desprecio era el silencio, y el mejor bálsamo para su querida hija sería el olvido, y no ponerla a ella en evidencia.

—Padre, ahora ya solo me importa saber una cosa —dijo Violeta abatida.

—¿Qué es?, hija mía.

—Me gustaría saber qué aspecto tiene esa mujer que se va a casar con Alonso, cómo es. ¿Lo sabe usted, padre?

—Solo sé que es muy rica. Supongo que ha sacrificado su amor por su ambición —contestó apenado Odilo; aunque sabía que Violeta estaba preguntando por la apariencia física de su rival.

La curiosidad de Violeta también despertó su interés, de modo que en los días sucesivos Odilo se las ingenió para buscar alguna fotografía impresa en los periódicos semanales que llegaban a Vigo; y en los ecos de sociedad encontró una imagen de los animados salones madrileños con la pareja de moda del momento: el diputado del Partido Progresista Alonso Castro de Madariaga junto a su prometida la condesa Carlota Sánchez Bravo. La imagen de grupo no tenía mucha nitidez, pero se podía apreciar que la joven viuda no era muy agraciada físicamente y que la rotundidad de su cuerpo estaba contenida en corsés y pieles y adornada con exageradas joyas. Satisfecho de su hallazgo, guardó el semanario para mostrárselo a Violeta.

Un día, aprovechando la ausencia de su hija, entró en su habitación y dejó el semanario, abierto por la hoja en que aparecía la fotografía de la pareja con más gente en un acto público, sobre la mesilla de noche. Cuando Violeta lo vio, exclamó en voz alta:

—Así que tendrá que cargar toda su vida con esa vaca fea y gorda, por mucho dinero y títulos que tenga.

Y su orgullo de mujer hermosa y joven se sintió en parte restablecido, aunque le iba a costar vencer el recuerdo de aquellos momentos de amor explosivo contenido en un abrazo interminable bajo los porches de la plaza de Lariño en plena tormenta de verano. Además, se sentía doblemente traicionada porque creyó que él cumpliría su promesa de encontrarse al cabo de un año «pasara lo que pasara en nuestras vidas», según los términos de la promesa. Sin embargo, este último incumplimiento le pareció impropio de un caballero, aunque estuviera a las puertas de un matrimonio; le debía una explicación y esa cobardía le dolió tanto o más que su festejado matrimonio de conveniencia. Por todo ello, Violeta se enfrentaba a la primera gran decepción en su vida.

Pasaron los meses y a Violeta le costaba recuperar la alegría y el entusiasmo que la caracterizaban. La herida causada por Alonso no cicatrizaba bien. Al vivir en un pueblo pequeño y ser muy popular, se encontraba en cierto modo señalada por los vecinos; sabía que en los comentarios y corrillos la consideraban rechazada por un pretendiente de altos vuelos, ella, que había despreciado el amor de Juan, un hijo del pueblo. Comenzó a alimentar una peligrosa sensación de humillación ante los demás y ante sí misma, peligrosa y devoradora. Su padre estaba desesperado porque veía que el proceso de destrucción de su joven hija progresaba con el paso del tiempo en vez de debilitarse. Sabía como médico que estaba a un paso de sufrir una fuerte depresión y no encontraba remedio para sacarla de ese ensimismamiento en que parecía haberse instalado. También se sintió culpable por haber alentado ese compromiso convertido en fiasco. ¡Cuánto se había equivocado al creer que aquel joven político y amigo era el candidato ideal para su amada hija! Su plan había fracasado, aunque eso era lo de menos. Lo que no podía soportar era la debilidad que experimentaba Violeta, y esa herida sin cerrar, para la que no encontraba remedio.

Incluso ya no bajaba con tanta frecuencia a su adorada playa. Parecía querer esquivarla y alejarse de esos recuerdos de promesas de futuro asociados siempre con Alonso Castro. Eso sí que era preocupante para el doctor Saramago, porque el desahogo a orillas del mar cercano siempre había sido un calmante para su ánimo atribulado; daba igual que fueran tonterías de adolescente que fracasos de mujer adulta como los que experimentaba ahora.

Juan seguía a su lado y trataba de infundirle ánimos sin mucho éxito. Después de pensarlo mucho y meditarlo con detenimiento, se planteó proponerle matrimonio. Pensó que quizá fuera el momento adecuado, ahora que Alonso Castro había desaparecido de su vida. A lo mejor la preparación de la boda, un proyecto nuevo al que entregarse, la alegría de las familias al organizar el acontecimiento, la sacara del abatimiento en que se encontraba. Alguna vez tenía que atreverse a hacerle esa proposición, él, que llevaba toda su vida enamorado de Violeta y soñaba con hacerla su mujer desde niño.

Aprovechó la preparación de un viaje a la península de Finisterre. Inés le propuso que la acompañase porque Antonio regresaba de faenar y debía permanecer en Finisterre una jornada entera trabajando en la preparación y distribución del pescado recogido. Creyó que era una buena idea proponer a Violeta que se uniera a ellos para sacarla un poco de su enclaustramiento. Finisterre estaba cerca y era un recorrido hermoso y entretenido por la costa. Supuso, además, que volver a encontrarse los cuatro amigos serviría de excusa para levantarle el ánimo. Tanto Inés como Violeta y Juan conocían el lugar ya que habían estado de niños, y la luz lejana del faro siempre era un punto de referencia familiar para los vecinos de todo ese litoral, pero de eso hacía tiempo y les ilusionaba volver. Violeta acogió bien la sugerencia. Alejarse por unos días de Lariño y sus nefastos recuerdos le sentaría estupendamente.

Finisterre era un lugar pequeño, situado junto a una extensa playa, llamada Langosteira, en la que podían fondear los pesqueros, y a partir de ahí distribuir su carga por los pueblecitos de la costa y sus afamadas cetáceas de marisco. Allí esperarían a que llegase la flota de pescadores con Antonio, que sería recibido con alegría por su mujer y sus amigos. Era un buen plan el que preparaban los tres jóvenes con ilusión y la esperanza de que Violeta volviera a ser la de siempre. El viejo Isidro les prestó el coche de tiro con dos buenos caballos para que el recorrido por el litoral se hiciera más rápido. Rosalía y Odilo vieron con satisfacción cómo Violeta se animaba con el viaje. Estaba desconocida: sonreía de nuevo, preparaba con ilusión su pequeña maleta, su capa de invierno y sus botines más cómodos para la ocasión. Incluso le había pedido a Juan que durante el viaje de ida quería ir en el pescante conduciendo los caballos. Propuesta que llenó de terror a Inés, temerosa de la poca experiencia de Violeta en tales menesteres. La discusión se zanjó de la siguiente manera: en la primera parte del recorrido, más suave, llevaría las riendas Violeta, pero cuando empezaran los acantilados y las curvas cerradas, el coche lo conduciría Juan. Todos rieron la acalorada discusión entre las dos mujeres sobre la supuesta impericia de Violeta con los caballos.

—Pues habéis de saber, jovencitos, que Violeta lleva muy bien el coche. En más de una ocasión me ha acompañado en las visitas a las aldeas y sabe cómo hacerlo; os lo puedo asegurar —terció el doctor Saramago, echando un cable a su hija, que le lanzó un beso con la mano libre, porque con la otra ya tenía bien sujetas las bridas de los caballos.

Y así, entre risas y chanzas, los padres de Violeta vieron partir a los muchachos, reconfortados al descubrir, por fin, que su hija parecía recuperar su buen carácter.

—Es un buen chico. No me importaría que la pidiera en matrimonio; se le ve tan enamorado de Violeta... ¿Te has fijado en cómo la mira? —comentó Rosalía a su esposo, con esa perspicacia tan propia de las madres, que a veces parecen adivinar las intenciones de los demás.

—Sí, es un muchacho excelente, y está ayudando mucho a Violeta a recuperarse. Pero ahora, y después de lo que ha pasado, creo que es mejor no adelantar acontecimientos. Dejemos que los chicos decidan.

La situación de Fisterra, en el extremo más occidental del continente europeo, donde la tierra se acababa y el mar infinito se extendía, determinaba su nombre: fin de la tierra. Y desde tiempos antiguos su nombre y su ubicación espolearon los deseos de los hombres de llegar hasta allí para contemplar el mar bravío y temible, sus leyendas y misterios, donde el sol se sumergía en el mar como en una ofrenda sagrada. Cuando llegaron, Inés se quedó cerca de la playa para esperar la llegada de la flota pesquera, no quería cansarse subiendo hasta el faro.

—Estoy harta de curvas. Me quedo aquí tranquilamente a esperar a Antonio —dijo a la pareja, que ya comenzaba la ascensión con ánimo.

La silueta del monte con el faro enfrentado al inmenso mar se asemejaba a la proa de un gran barco a punto de partir lentamente, muy lentamente. Violeta parecía emocionada viendo el paisaje que se abría ante sus ojos. La noción de infinito cobraba auténtica fuerza en ese lugar mítico y antiguo. En estas divagaciones andaba ensimismada Violeta cuando Juan arrancó, algo vacilante, con una frase que llevaba mucho tiempo queriendo pronunciar.

—Violeta, me harías el hombre más feliz del mundo si te casaras conmigo. Lo pasaríamos muy bien juntos.

Ella volvió un poco la cabeza, miró a Juan y sonrió complacida. Luego, volvió a perder su mirada en el azul infinito del mar y más allá de la línea del horizonte. Buscó su mano y la apretó con fuerza antes de hablar.

—Lo sé, Juan. Seguramente estaríamos bien juntos. A veces yo también pienso que envejecer el uno al lado del otro sería lo más natural del mundo, lo que tendría que pasar, y a lo mejor pasa al cabo de un tiempo. No lo sé. Pero lo que ahora mismo veo claro, con total nitidez, es que me tengo que ir, alejarme de aquí, poner fin a una etapa de mi vida. ¡Fíjate, qué curioso! Y lo veo justamente aquí en este punto al que llamamos el final de la tierra. ¿Sabes?, Juan —prosiguió decidida, abriendo su corazón—, he crecido querida, protegida por mi familia, con un padre que es mi modelo de conducta y que durante estos años ha sido como un guía para mí. Nunca me he rebelado ante nada y casi no he tenido que tomar decisiones, porque las tomaban por mí. Ahora me doy cuenta de que necesito madurar, hacerme mayor y abandonar la comodidad en que estoy instalada. Estoy hablando de enfrentarme a la vida por mí misma. Y de descubrir qué hay al otro lado del océano. En estos meses de abatimiento también me he dado cuenta de que ante la primera contrariedad me hundo como esos barcos zarandeados por las olas de nuestras costas. No puedo permitirlo, porque sé que me volvería a pasar. Creo que es tiempo de cambiar y descubrir que soy capaz de vivir una vida distinta, nueva, sin guías y sin modelos, sin caminos marcados de antemano. Y necesito hacerlo sola; ahora que soy joven y tengo fuerzas. No me gustaría pasarme el resto de mi vida aquí, y volver con el paso de los años a enfrentarme a este horizonte de Finisterre siendo consciente de que no me atreví a dar el salto.

Juan la escuchaba con el corazón encogido. Le estaba diciendo que se marchaba al otro lado del océano a emprender una nueva vida. Como si ella tuviera necesidad de hacer esas cosas. Violeta no era ninguna emigrante.

—Pero ¿adónde quieres ir?, América es muy grande y tú no eres una emigrante. No sé qué se te ha perdido allí, sinceramente —dijo, abatido porque Violeta se le escapaba.

—A Colombia, quiero ir a Colombia. Desde que era una niña he soñado con este viaje y con esos paisajes. Necesito vivir esa aventura. Si no salgo ahora de Galicia, no saldré nunca.

—Claro, ya lo entiendo —se lamentó Juan—, en el fondo lo que te pasa es que la ferretería es muy poco para ti. Tu vida no la puedes reducir a vivir a mi lado detrás de un mostrador vendiendo aparejos de pesca o tornillos a los del pueblo. Siempre te ha pasado: desprecias lo que tienes y ambicionas lo desconocido porque piensas que es mejor. —Y aquí Juan se envalentonó y se atrevió a ser algo cruel—. Pues mira lo que te ha pasado por fiarte de un desconocido...

Violeta era consciente de que Juan estaba sufriendo y no quería echar más leña al fuego.

—En parte tienes razón, Juan. Pero yo no te desprecio ni me parece poco la vida que llevamos aquí. Me gusta. Es otra cosa: es como si oyera una llamada lejana que me empuja a alejarme de todo esto —intentó explicarle para que la comprendiera.

Le gustaría haberle dicho que el mundo es muy grande y que con veinte años no se podía conformar con los límites de la niñez. Pero se calló y continuó contemplando el mar.

Bajaron del faro al divisar cerca de la costa la flota de pesqueros de vivos colores. Llegaron a tiempo de ver desembarcar a Antonio, satisfecho y alegre, correr a los brazos de Inés, que se lo comió a besos. Habían hecho una buena captura en los caladeros del Atlántico Norte, en las costas de Portugal e islas Azores, y los pescadores regresaban satisfechos. La playa de Langosteira se convirtió en un alegre barullo de gentes que llegaban con cajas de madera y cestos para recoger el pescado: fundamentalmente bonito, pez espada y algo de marisco. Una vez finalizada la primera etapa de trabajo, Antonio les indicó una taberna donde beber algo y reponer fuerzas. Allí les contó los pormenores de la permanencia en el mar durante una larga semana. Los tres amigos le miraban con expectación y curiosidad. Se notaba que Antonio disfrutaba con su trabajo y con el riesgo añadido de las largas jornadas de pesca. Violeta e Inés estaban extasiadas oyéndole hablar y beber a partes iguales, y Juan escuchaba, aunque su mente se encontraba muy lejos de allí. Pensaba que, por más que lo intentara, Violeta seguía siendo una quimera para él; y que por mucho que la amara, en el fondo eran muy diferentes. Juan no necesitaba cruzar océanos ni conocer otras gentes y culturas para sentirse bien, a gusto con lo que tenía. Su única locura era amar a Violeta y no podersele quitar de la cabeza. Cuando ya llevaba tres o cuatro vasos de vino se atrevió a pensar que quizá le conviniera «conocer a otra mujer para poder superar mi obsesión por Violeta». Juan era un chico bien parecido y con el futuro resuelto con el negocio de su padre. En el pueblo no le iban a faltar candidatas en cuanto insinuara que estaba libre como el viento.

Los cuatro amigos terminaron la jornada exhaustos tras haber ayudado a Antonio en la distribución del pescado, y este, en vista del cansancio generalizado, propuso pasar la noche en Finisterre en el cercano hospital de peregrinos. Pero antes querían cumplir con el rito: subir al faro de nuevo y aguardar la hora del ocaso para ver esconderse el sol en la inmensidad del océano. A todos les pareció acertada la sugerencia de pernoctar en ruta, dado el cansancio acumulado que experimentaban. Además, ya había caído la noche y tenían curiosidad por conocer uno de los lugares de cita y reposo imprescindibles en la ruta de la espiritualidad de la Costa da Morte; ya que, aunque Santiago de Compostela era la meta de las peregrinaciones jacobeanas, la costa del confin de la tierra arrastraba una buena carga de misticismo y hasta allí se extendía el interés de muchos por pisar el lugar más apartado al que se podía llegar, como en otro tiempo hicieran los celtas y los romanos, y conocer lo que llamaban, antes del descubrimiento de América, la última porción habitable del mundo. Durmieron en un dormitorio colectivo, sobre sencillos camastros de madera con colchones de paja, y cayeron rendidos en un sueño profundo y reparador.

En el camino de regreso Juan no pudo evitarlo y comentó a Inés y Antonio la intención de Violeta de conocer el Nuevo Mundo. Al comunicarlo esperaba que tanto su hermana como su cuñado dijeran que era una idea peregrina y que les parecía un viaje peligroso e innecesario, vista su holgada situación social y económica. Pero no contaba con la entusiasta apreciación de Antonio, muy inclinado a la aventura también.

—¿Sabéis?: Violeta tiene intención de abandonarnos, quiere irse nada menos que a Colombia —soltó, esperando la reacción de los otros.

—¿De verdad? Pero ¿estás loca? No tienes ninguna necesidad de irte a esos países salvajes para olvidar lo que te ha pasado —exclamó Inés con espontaneidad.

—Ya veo que eres incapaz de guardar un secreto —recriminó Violeta a Juan, bastante contrariada—. Pero ya que estamos entre amigos, sí, ese es mi plan. Allí está mi tío Eliodoro, hermano mayor de mi padre, que es dueño de unas plantaciones de café donde espero instalarme en los primeros años. Lo único que os ruego es que mantengáis el asunto en secreto, porque todavía no se lo he comunicado a mis padres, y necesito algo de tiempo para hacerlo.

—Haces bien, Violeta —terció Antonio—, todos conocemos historias de los indios, los que emigraron a tierras americanas y han vuelto con fortuna. Yo conozco a más de uno que retornaron al cabo de los años presumiendo de riquezas y prosperidad, ¡y vaya si lo han conseguido! Aquellas son tierras de grandes oportunidades. Y si además tienes allí familia, estarás protegida. Si no fuera porque estoy casado, yo también cogería las maletas y emigraría a la aventura. —Y le guiñó un ojo a Inés, que ya había fruncido el ceño ante las entusiastas palabras de su esposo.

—¡Ah!, y no me voy a América por lo que ha pasado con Alonso. Me voy porque quiero —aclaró Violeta, irritada.

Siguieron hablando de la sorprendente decisión de Violeta y se comprometieron a no comentar nada hasta que su familia fuera conocedora de sus propósitos. Violeta también tranquilizó a sus amigos explicándoles que todo el proceso sería lento porque había que prepararlo, y eso llevaría, pensaba, por lo menos un año.

—Tengo que convencer todavía a mis padres y al tío Eliodoro, que es el que me tiene que acoger —les explicó.

Cuando llegaron a Lariño, Juan se despidió de Violeta con sentimiento de culpa por haber desvelado sus planes sin su aprobación explícita y temiendo que se hubiera enfadado con él por ese motivo.

—Lo siento. Pensé que podría decirlo, no creí que te fuera a molestar —dijo cabizbajo.

—Bueno, ya está hecho, no merece la pena lamentarse por ello. Quizá sea mejor así: ahora ya debo enfrentarme a mi propia decisión y seguramente a la incompreensión de los demás —respondió Violeta. Y como veía la tristeza en el rostro de Juan, añadió—: No te preocupes, tú vas a seguir siendo muy importante en mi vida, y sabes que te necesito.

Violeta no esperó mucho para comunicárselo a sus padres, consciente de que un viaje de tal envergadura había que prepararlo con mucho tiempo y en detalle. Afortunadamente las cartas del tío Eliodoro volvieron a llegar con regularidad y en la más reciente escribía con preocupación sobre la Guerra de los Mil Días, que enfrentaba a conservadores y liberales en una cruenta guerra civil, que ya se había cobrado más de cien mil muertos. Explicaba con amargura que el enfrentamiento estaba debilitando el desarrollo económico del país, y que el tremendo desgaste iba a tener entre otras consecuencias la pérdida del departamento de Panamá. Con estas desalentadoras noticias, la decisión de Violeta de marchar a Colombia se retrasó al menos hasta que la paz regresara al país o se terminaran las respuestas de los liberales que, según contaba Eliodoro, se habían refugiado en la guerra de guerrillas para no rendirse.

—¡Dios mío —exclamó Odilo—, en este país los desastres son siempre a cientos o a miles, qué barbaridad!

Malas noticias para todos, especialmente para Violeta, obligada a aplazar su deseo de empezar una nueva vida en aquel país. Por su parte, Odilo Saramago respiró aliviado porque, dadas las circunstancias, hubiese que esperar a que se serenaran las cosas. Al menos disponía de un tiempo para retener a Violeta o confiar en que se olvidara de ese «capricho», como lo llamaba Rosalía. Aunque Odilo sabía, en el fondo de su corazón, que no se trataba de ningún capricho, sino de una huida hacia delante en la que su hija quería dejar atrás un desengaño amoroso y retarse a sí misma a comenzar la edad adulta en un mundo desconocido. Durante todos esos años había temido que la fascinación que sentía por Colombia desde que era una niña se volviera a reproducir; y ahora había llegado ese momento temido: volvía a estar ahí la llamada, y ya no era una niña para no tomar en cuenta su determinación. Odilo y Rosalía hablaron sobre el asunto con preocupación, aunque eran conscientes de que al menos con ese proyecto había salido de la depresión en que había estado sumida y volvía a ser la de siempre: entusiasta, soñadora y perseverante. No les gustaba la idea de perderla, pero si en el futuro persistía en su plan habría que aceptarlo.

De momento, lo que hizo Odilo Saramago fue escribir a Eliodoro poniéndole en antecedentes del empecinamiento de Violeta en conocer nuevos mundos y dejar atrás el pueblo donde nació, cuando las cosas se calmaran y terminara esa cruenta guerra fratricida entre dos bandos irreconciliables. «A ella le gustaría poder ayudarte en los trabajos de dirección de la hacienda; ya sabes que siempre ha sido muy dispuesta e inteligente, y que nunca se le ha puesto nada por delante. Es buena trabajadora y está formada. Y tengo que reconocerlo: tiene mucho más carácter y liderazgo que su hermano Andrés. Tendrás en ella a una excelente colaboradora, y si le enseñas el manejo de la hacienda se convertirá en tu mano derecha. No te defraudará, y me volverás a hacer un gran favor, porque tu sobrina acaba de sufrir su primer desengaño amoroso y creo que necesita cambiar de aires; aunque se me parta el corazón solo de pensar que se pueda marchar tan lejos», le escribió a su hermano.

Ni una mención en esa carta al pequeño que había mandado a Colombia con solo cinco años. Nada. Odilo Saramago había decidido muchos años atrás olvidarse de que había tenido un hijo, no encariñarse con él, y alejarlo de su lado para que la distancia oceánica borrara el recuerdo. Lo había conseguido a fuerza de disciplina egoísta y de autoengaño. Bastante tenía con aceptar, a regañadientes, los planes de Violeta de embarcarse rumbo a América. Lo que iba a hacer la familia Saramago era empezar a ahorrar todo lo que pudiera para pagar una travesía que la transportaría, cuando llegase el momento, al otro lado del Atlántico con cientos de emigrantes cautivados por el efecto llamada.

En el compás de espera, Violeta aprovechó el tiempo. Sacó con excelentes notas su título de magisterio en Santiago de Compostela y empezó a dar clases en la escuela de la Institución Libre de Enseñanza de Muros. Pasó de alumna a joven profesora en el centro que fundara su padre hacía ya unos años junto con otros amigos defensores de esa clase de enseñanza. Se la veía contenta y entregada en su nuevo cometido, y sus padres confiaban en que con el paso del tiempo fueran quedando atrás sus ansias de viajar a ultramar.

Sin embargo, seguía acariciando su proyecto y como maestra aprovechaba el acceso privilegiado que tenía a los periódicos, revistas y documentos de la época para estar al día de las innovaciones técnicas que estaban revolucionando el transporte de mercancías y personas. De esta forma se informó de que la última década del siglo XIX había asistido al perfeccionamiento de los transatlánticos con sus enormes motores productores de vapor, que podían alcanzar alturas cercanas a un edificio de tres plantas, alimentados por toneladas de carbón que transmitían a sus hélices tal empuje que la duración de la travesía, de Europa al continente americano, se acortaba extraordinariamente. Los periódicos del momento comentaban con admiración que, con los nuevos vapores construidos en los astilleros ingleses, se podía realizar el viaje en veinte o veinticinco días. Las grandes compañías navieras competían en atraer pasajes, reduciendo el precio de los billetes y el tiempo de navegación hasta tierras americanas.

En estos años, mientras Violeta esperaba pacientemente que terminasen los conflictos armados en Colombia, se construyeron enormes barcos de ensueño con cabida para más de dos mil pasajeros, decorados interiores que nada tenían que envidiar a suntuosos palacios, y caprichosos detalles artísticos reservados para la entonces llamada *first-class*. La emigración masiva continuaba siendo un gran negocio para los consignatarios marítimos y el tráfico desde el viejo continente a América Latina crecía sin pausa. La propaganda de la época ayudaba con su efecto llamada adornando las posibilidades de trabajo y prosperidad que ofrecían estos países, desbordados de riquezas naturales y necesitados de mano de obra ávida de encontrar trabajo.

Odilo Saramago tampoco era ajeno a los avances experimentados por el transporte marítimo y en la mejora de las condiciones para los pasajeros. Si Violeta seguía adelante con su proyecto, le tranquilizaba saber que el tiempo de travesía, que en 1850 era de cincuenta días, con los potentes vapores se reducía a menos de la mitad. Y, muy a pesar suyo, ya comenzaba a informarse de que los buques que salían del puerto de Vigo llegaban a Cuba, Veracruz y a Colón en Panamá. Aunque toda esta labor de información no la compartía, de momento, con Violeta, se sentía reconfortado al constatar que su querida hija no tendría que enfrentarse a las incomodidades que había tenido que sufrir India años atrás, circunstancia de la que todavía se sentía culpable.

Con su precoz obstinación, Violeta invirtió los papeles tradicionales, ya que la mujer gallega de las aldeas del mar y del interior había sido siempre un rehén de su tierra, mientras los hombres soñaban desde niños con encarnar la aventura de los indios que regresan triunfantes después de «haber hecho las Américas». Ella también quería vivir ese sueño acariciado desde su infancia y nutrido con las cartas del tío Eliodoro. Si algo tenía claro era que no deseaba ser rehén de nadie, y huía del compromiso que podía suponer el matrimonio propuesto por su querido Juan.

Mientras Violeta se estrenaba con todo su entusiasmo en la docencia con los niños de Muros, Juan empezó a frecuentar a Elisa, una joven de Lariño, con grandes habilidades manuales para los encajes de bolillos o palilleiras, como se las llamaba por la zona. Llevaban saliendo un año y en el pueblo ya les habían adjudicado la oficialidad del noviazgo. Juan necesitaba cortar amarras y la mejor manera de distraer su amor por Violeta era entregándose a los brazos de otra mujer. No se engañaba respecto a sus sentimientos, pero con Elisa se encontraba apoyado y querido. Sabía de antemano cómo iba a ser su vida: tendrían hijos y con el tiempo abriría otra tienda en el pueblo de al lado. Todo sería sosegado, tranquilo, sin sobresaltos; pero también previsible y aburrido, aunque a Juan no le importara. Hubiera preferido pasar el resto de su vida junto a Violeta, a pesar de la incertidumbre que eso supondría; incluso estuvo a punto de decirle que si quería él la acompañaría en su aventura americana. Hasta ese punto estaba loco por ella, pero no se arriesgó a escuchar otra negativa de sus labios. Era absurdo: ese viaje lo debía hacer sola. Ya no se volvería a humillar ante ella. Lo mejor era que cada uno siguiera su camino: él en Galicia y ella preparándose para escapar a Colombia.

El día en que Violeta entró en Casa Isidro para comprar unas manillas de puerta para la escuela de Muros y Juan le dijo que se iba a casar, reconoció que algo se le

rompía por dentro. No contaba con ello. De una forma inconsciente siempre había considerado a Juan como algo suyo, como alguien que siempre estaría a su lado, que le pertenecía. No sabía explicarlo muy bien, pero conceptuó a Elisa como una intrusa. En una palabra, se sintió turbada. A esas horas acababa de irse el último cliente y Juan aprovechó que estaban solos para comunicarle su decisión. Violeta tuvo que hacer un esfuerzo para disimular su sorpresa y felicitarle sin mucha efusividad.

De pronto empezó a mirar la ferretería con otros ojos. Ese espacio oscuro y con maravillosos reflejos de luz que de vez en cuando entraban por los cristales iluminando cachivaches extraños y antiguos junto con objetos sumamente útiles, le pareció mágico, como cuando era niña y quería colocarse detrás del mostrador y abrir los infinitos cajones. Todo iba a cambiar a partir de entonces, pensó. Era como si la infancia de ambos se terminara con aquella boda anunciada.

Entonces Juan dijo:

—¿Te acuerdas de aquella noche que entraste empapada hasta los huesos e hicimos el amor al lado de la estufa?

—Me acuerdo, Juan, me acuerdo. Nunca olvidaré ese momento, formará parte de mi vida esté donde esté.

Ambos se quedaron pensativos, Juan tras el mostrador y Violeta al otro lado. En el instante en que Violeta iba a acariciar el rostro de Juan, la interrumpió el señor Isidro, que salió de la trastienda preguntando a su hijo dónde había colocado unos arpones que había comprado hacía años en Ézaro. Violeta aprovechó entonces para marcharse con el corazón agitado. Había estado a un tris de dejarse llevar por sus impulsos y rogar a Juan: «No te cases, Juan, no te cases aún.» Era como si se diera cuenta ahora de cuánto lo quería y necesitaba, de que nadie los podía separar porque su cariño era diferente al del resto de la gente. Esas cosas pensaba Violeta camino de la playa. Le costaba asimilar la realidad. Le molestaba que Juan hubiese decidido casarse. Todavía resonaban en su cabeza las palabras de Juan: «No te olvides, la boda será dentro de quince días. Y tú no puedes faltar.»

Echó a correr por la playa de sus desahogos y no pudo evitar pensar que el repentino casamiento de Juan era una venganza por haberle rechazado, por preferir abandonar su presente en Lariño y emprender un viaje rumbo a tierras desconocidas. A su manera, más segura y menos arriesgada, también Juan había decidido poner distancia de por medio, como si tuviera la necesidad de alejarse antes de que ella cogiera ese barco y se alejara de él en un momento decisivo de sus vidas.

La boda de Juan y Elisa fue mucho más sencilla y comedida que la de Inés y el pescador. Para Juan era un mero trámite al que se lanzó para salvarse de Violeta, y no quería hacer una farsa, ni una fiesta, ni un acontecimiento colectivo que hubiera que celebrar en el pequeño pueblo. La ceremonia fue en la iglesia y estaban invitados la familia de Elisa, la familia del novio, el señor Isidro, Inés y su marido Antonio, y la familia Saramago. Tan reducido número de invitados había sido voluntad de Juan, que deseaba un acto discreto. Incluso, después de pensarlo mucho, decidió que el festín tras la ceremonia se celebrara en el huerto que se hallaba en la parte posterior de la ferretería, más amplio y luminoso que el resto de la casa.

Para la ocasión, la novia llevaba un vestido largo de encaje color crema, y un velo también de encaje que le cubría el rostro. Violeta juzgó que el vestido era horroroso, recargado y cursi. Conocía a Elisa desde que eran pequeñas, aunque no de trato, y siempre la había considerado vulgar. Una buena mujer, sensata y dócil, que daría muchos hijos a Juan y seguiría haciendo encaje de bolillos toda su vida. Resultaba evidente que no la consideraba adecuada para un hombre como Juan; claro que ella tampoco lo era, y lo reconocía. El novio llevaba el traje de los domingos, con el añadido de una corbata nueva. La seriedad de Juan durante la ceremonia contrastaba con la luminosa satisfacción de Elisa, que se apreció en todo su esplendor cuando se retiró el velo y dejó ver su bonito rostro de mujer morena de pequeños y risueños ojos azules.

—Más que una boda, parece un funeral —susurró Violeta a su padre, sentado a su lado en el banco que ocupaba la familia Saramago.

—No seas cruel —contestó Odilo, sabedor del difícil paso que estaba dando su eterno enamorado al casarse. Lo que sí le sorprendió un poco fue la actitud contrariada de Violeta, como si se sintiera traicionada.

Terminada la ceremonia, todos se acercaron al pequeño huerto de la tienda, adornado para ese día con un par de mesas largas, centros de flores, y deliciosas viandas, entre las que destacaban las bandejas de lacón con grelos; tampoco faltaron las fuentes repletas de marisco cocido y partido en grandes y pequeños trozos para facilitar su manejo a la hora de comerlo. El marisco fresco lo había traído Antonio, el pescador, como regalo a los novios.

Odilo observó que en la iglesia, cuando pasaron a dar la enhorabuena a los novios, Violeta y Juan se fundieron en un largo abrazo sin palabras; y cuando se separaron, Violeta tenía los ojos llorosos. Miró a su querida hija y pensó que quizá sus planes estaban equivocados y que todo se les había ido de las manos: Violeta y el viaje inminente a Colombia, la terrible decepción sufrida con el ambicioso Alonso de Castro, la imprevista boda de Juan, al que siempre había considerado poca cosa para su hija, a la que ahora veía triste, la muerte prematura de India, la extraña muerte de la meiga de O Pindo...

En esa boda no había orquesta. Todos se dedicaban a hablar, reír, comer y beber; hasta que el viejo Isidro desapareció al fondo de la ferretería y volvió a aparecer con un acordeón precioso, con incrustaciones nacaradas y un extraño nombre en francés grabado en uno de los laterales. Sorprendió a todos tocando una melodía pegadiza y animando a los invitados a que apartaran las sillas y bailaran.

—¡Todo el mundo a bailar! Que las bodas sin baile no son bodas —sentenció Isidro.

Juan y Elisa salieron y evolucionaron torpemente sobre el césped del huerto. Violeta los miraba con ternura y por primera vez se dio cuenta de que no tenía con quién bailar. En ese preciso instante su padre la rescató de la tristeza que la embargaba y la sacó a bailar, en el mismo momento en que Inés y Antonio daban vueltas y más vueltas alrededor de los árboles.

—Gracias, padre —dijo en voz baja Violeta.

—De nada, hija. El placer es mío: estoy bailando con la mujer más hermosa de la fiesta.

El jovencito Andrés se sentó junto al señor Isidro para observar de cerca aquel maravilloso y desconocido instrumento. Nunca lo había visto en la tienda. Lleno de curiosidad, le preguntó de dónde había sacado esa «caja de música tan rara». El viejo Isidro le contestó que del fondo de mar; y, enigmático, siguió tocando como si nada.

La travesía, 1902 (Puerto de Vigo)

La imponente mole del *Lusitania* empujaba el puerto de Vigo. El gran buque transoceánico llevaba rato haciendo sonar la sirena para atraer la admiración de la gente que abarrotaba los muelles. Era un auténtico coloso que impresionaba de lejos y de cerca. La información que daban a los pasajeros junto con el billete explicaba que tenía una tripulación de 850 hombres y una capacidad para 2.200 pasajeros distribuidos en tres clases. El barco, construido como casi todos los modernos transatlánticos de la época en los astilleros ingleses de Belfast, tenía cuatro hélices gigantes, cuatro turbinas, cuatro enormes chimeneas y veinticinco calderas que lo movían a toda potencia. El lujo de sus interiores y la velocidad que alcanzaba habían sido poderosas razones para que Odilo Saramago se decidiera por el *Lusitania* para embarcar a su hija con un billete de segunda clase, en el que había invertido parte de los ahorros de los últimos cuatro años.

Violeta estaba fascinada. Este buque no se parecía en nada al que había visto en ese mismo muelle cuando era una niña de trece años y le dijo a su padre, emocionada, que cuando fuera mayor quería subir a un barco así de grande. Casi le imponía subir a bordo, penetrar en esa ciudad flotante y desaparecer de la vista de su querida familia. Tuvo que reunir toda su valentía y todas sus fuerzas para poder despedirse de su madre, de su hermano y de su padre. Rosalía era un mar de lágrimas y estaba tan desconsolada que exclamó abrazándola:

—Hija mía, ya no te volveremos a ver. ¡Te vas tan lejos!

—Madre, no diga eso. Seré yo la que regrese al cabo de unos años, llena de fortuna, como los indios, y con un marido rico y gordo.

Violeta dijo lo primero que se le ocurrió para animar a su madre y hacerla reír en esos momentos de tensa despedida.

—Hermana, escribenos todos los meses y cuéntanos tus andanzas, como hace el tío Eliodoro; pero sobre todo no te metas en líos que ese país es un polvorín —le aconsejó Andrés, que ya había crecido todo lo que tenía que crecer y se había convertido en un apuesto joven.

—Bueno, ya está bien de asustar a Violeta, el uno y la otra. ¡Vaya ánimos que le dais a la viajera! Hija, cuanto antes embarques mejor. Es tu decisión, pero para nosotros es muy duro verte partir —dijo el doctor Saramago, y la acompañó con las maletas a subir la pasarela hasta la primera cubierta.

El último abrazo fue para su padre. Violeta trató de encontrar las palabras adecuadas que desearía transmitirle, pero la emoción le pudo y no las encontró. Solo susurró: «Gracias, padre, por todo.» Odilo volvió a abrazarla queriendo retenerla para siempre, pero la apartó suavemente y se dio media vuelta para descender la escalera y abandonar el buque. Todo había sido tan rápido... Hacía unos meses había llegado la esperada carta de su hermano notificándole el final de la guerra y el período de paz que se abría para el país. En ella, Eliodoro, le decía que le vendría muy bien la ayuda de la joven Violeta para dirigir sus plantaciones, ya que sus hijos, en el transcurso de la guerra, se habían marchado a Estados Unidos, por lo que estaba solo con sus capataces. «Han huido como ratas», fue exactamente la expresión empleada por Eliodoro en la carta, desesperado por el carácter débil y egoísta de sus vástagos. Todo estaba, pues, preparado para recoger a Violeta en el puerto de destino y trasladarla a la hacienda. «Y esta vez lo haré yo personalmente», escribía. Una carta de llamada desde Colombia era lo que necesitaba Violeta para facilitar el papeleo y las autorizaciones pertinentes en estos casos; aunque no era una emigrante al uso, sí que iba a trabajar en un lugar concreto y a residir en un domicilio determinado. Esa feliz coincidencia del deseo de Violeta de partir y la necesidad de su hermano de que su sobrina le ayudase en el manejo de la hacienda, ya que sus hijos habían huido de los problemas, tranquilizaba en gran medida al doctor Saramago.

Desde la cubierta, Violeta observó los muelles del puerto de Vigo y la ciudad desde una altura desconocida hasta entonces. Trató de buscar a su familia, pero le costaba atisbarla entre tanta gente. Sus ojos se topaban con barcas atestadas de emigrantes que subían por otro lado al *Lusitania*, le pareció que no accedían por las escaleras de primera ni de segunda clase. En ellas también iban mujeres jóvenes con pañuelos en la cabeza atados a la nuca y grandes fardos en lugar de maletas, chiquillos con la boina calada hasta las orejas y mirada triste, hombres que se hacían los fuertes y liaban con parsimonia el último cigarrillo de picadura, y otros que llevaban el cigarro enganchado en la oreja. Comenzaba a darse cuenta de que junto a la grandeza y suntuosidad de los barcos transatlánticos aparecía la cara oscura de la emigración de los desposeídos. Había oído que las travesías se transformaban para los emigrantes en una pesadilla de personas sin apenas espacio para descansar, de malos olores, de frío o calor, según las estaciones; y que muchos de esos hombres, mujeres y niños no llegaban nunca a tierra porque enfermaban y morían apañados en las cubiertas o las bodegas de esos grandes ingenios navales. Así era el panorama que veía Violeta. En aquel barco se mezclaban todos los estamentos de la sociedad: los de la clase baja, cargados de esperanza y con sus ahorros gastados en el embarque, junto con polizones y pasajeros ilegales no registrados; y los que hacían viajes turísticos o de negocios, pertenecientes a las clases adineradas y medias, y que ocupaban los camarotes de primera y segunda clase. Era la primera vez que se topaba con esta cruda realidad social delante de sus narices, y bendijo a su padre por haberle comprado un billete de segunda clase.

¡Ahora sí! Violeta acababa de localizarlos.

—¡Padre, madre, Andrés! —gritó y movió los brazos barriendo el aire con entusiasmo.

Pero era inútil porque todo el mundo en las tres cubiertas del buque estaba haciendo lo mismo: despedirse de sus seres queridos con la certeza de que pasarían muchos años hasta que se volvieran a ver, o quizá nunca. El *Lusitania* comenzó a moverse de forma imperceptible, con una extraordinaria suavidad, alejándose del muelle, haciendo tronar la sirena. Violeta distinguía bien las figuras de Rosalía, Odilo y Andrés allá abajo, pero en pocos segundos se convirtieron en puntitos negros en medio de la muchedumbre, hasta que desaparecieron quedando únicamente la silueta del puerto de Vigo, cada vez más pequeña. La tierra suave de Galicia también se convertiría en una sombra tenue hasta desaparecer del todo. El barco comenzó a coger velocidad dirigiéndose seguro hacia la inmensidad del horizonte. En ese momento prácticamente todos los pasajeros, en un gesto casi maquinal, soltaron sus manos de las barandillas y cabizbajos abandonaron la popa del buque para encontrar el sitio asignado según su clase social y su billete. Violeta se quedó un rato más en la popa, pensando en todo lo que dejaba atrás: su familia, su querida playa de Lariño, la escuela de Muros y los pequeños alumnos a los que había enseñado en sus dos años de maestra, sus amigos Inés y Juan, la casa familiar donde había pasado una infancia feliz, la ferretería del viejo Isidro y sus pequeños misterios ocultos, la Costa da Morte y sus paisajes mágicos. En su mano derecha apretaba un pequeño canto rodado de la playa de Lariño que había cogido cuando le bajó la menstruación en esa misma playa, y presintió que la infancia iba a quedar atrás. Siempre lo había guardado en la mesilla de su cuarto, y ahora se lo llevaba a América como un recuerdo, con el deseo de algún día depositarlo en la playa de su niñez.

A quien no había visto Violeta era a Juan, quien, sin decir nada a nadie, había viajado hasta Vigo para verla zarpar. Mezclado entre la muchedumbre de los muelles la había vislumbrado despidiéndose de su familia y luego subir a ese impresionante barco, que ahora ya se deslizaba orgulloso por el océano. Juan quería guardar esa imagen en su memoria para convencerse de que Violeta ya no estaba, y de que ahora podría rehacer su vida al lado de Elisa, tratando de olvidarla. El impulso de despedirse de ella, aunque fuera anónimamente, había sido tan fuerte que no había podido evitar verla partir. Por un extraño cruce de pensamientos, tanto Juan como Violeta pensaron a la vez que ese viaje suponía el adiós definitivo a la infancia que ambos hubiesen querido prolongar hasta lo imposible, para así poder estar juntos, ser felices y despreocupados, caminar al lado de las olas mansas de la playa al atardecer, y jugar a pelearse rodando por la arena toda su vida.

Violeta tenía veintidós años y estaba sola. Con esa evidencia se enfrentaba al viaje y al destino que había elegido desde que era una niña.

Con la ayuda de uno de los mozos de la tripulación buscó la segunda clase y su camarote. En el estamento asignado abundaban los pequeños comerciantes y el clero. Y por lo que pudo observar, en tercera los hombres tenían aspecto de labradores y braceros, hombres que iban a trabajar como peones en el campo, en las tareas de recolección o en las obras del Canal de Panamá. Asimismo, poco después advertiría que la llamada *first-class*, la segunda clase y la tercera clase, estaban separadas por un abismo social: durante el viaje, los pasajeros de primera y segunda eran rigurosamente preservados de las incursiones de los de tercera, mientras que a ellos les estaba permitido irrumpir en el otro territorio; la mayor parte de las veces lo hacían movidos por un morboso deseo de curiosidad. Como es natural, Violeta, durante los últimos meses, había hojeado revistas con fotografías e ilustraciones de los interiores de estos enormes buques, pero ahora que lo veía con sus propios ojos, nada era comparable, todavía era mejor. Su camarote era individual, de reducidas dimensiones pero muy digno y confortable. Tenía una cama alta de madera de aspecto acogedor, lavabo, un mueble tocador con espejo, dos estanterías y un coqueto sillón verde oscuro. ¡Ah!, y un ojo de buey desde el que parecía querer entrar el mar, tapado con una cortinilla corredera de encaje blanco. Se sentó sobre la cama y miró el habitáculo con satisfacción. «Durante casi un mes esta será mi casa», pensó. Ordenó sus escasas pertenencias y decidió salir a investigar los nuevos espacios de esa ciudad flotante. Estaba demasiado excitada como para quedarse tumbada en el camarote a

esperar la hora del almuerzo. Para salir a cubierta decidió ponerse un sombrero de fieltro negro adornado en su lateral derecho con una flor y una discreta pluma, todo en tonos grises oscuros. Empezaba a refrescar y pensó que así estaría más elegante y a la altura de lo que se esperaba de una pasajera de segunda clase. En el poco tiempo que llevaba a bordo se había fijado en que casi todo el mundo llevaba la cabeza cubierta: los hombres con boinas, gorras con visera, bombines, sombreros de ala ancha; y las mujeres con pañuelos, discretos tocados las jóvenes y voluminosos y aparatosos sombreros a la moda las de más edad. Tras caminar por interminables pasillos salió a la luminosa cubierta de segunda clase, donde los pasajeros se miraban unos a otros inclinando ligeramente la cabeza a modo de saludo. Algunos se sentaban en los bancos, otros paseaban como si estuvieran en la calle principal de una ciudad, y otros, apoyados en las barandillas, miraban el horizonte intentando, quizás, adivinar cuál iba a ser su futuro al otro lado de la barrera oceánica. Apenas se encontró con mujeres solas y eso le hizo sentirse vulnerable. Por un instante se preguntó qué hacía allí, en ese inmenso barco, sola, sin nadie con quien compartir sus sensaciones, y sintió un poco de miedo; pero enseguida se sobrepuso al razonar que ella había decidido aquel viaje. Sentada en un banco, reflexionó que Galicia empezaba a quedarse pequeña y comenzaba a agobiarse al pensar que todo iba a ser previsible, repetido y conocido de antemano. Además, la herida y la decepción causada por Alonso Castro de Madariaga todavía no se había cerrado, y a ello añadía la inesperada boda de su querido amigo Juan, y el descubrimiento de que tal hecho le causaba un dolor insospechado. Se sentía rechazada por partida doble, y sabía que en el pueblo se murmuraba a su paso la palabra «rechazada» en más de una ocasión. Y su orgullo no podía soportarlo fácilmente. Ya había conocido el pozo hondo del desánimo y no estaba dispuesta a volver a experimentarlo.

Abandonó sus pensamientos cuando un camarero llamó con una campanilla a los pasajeros, avisando que el comedor ya estaba abierto. «Otro espacio que descubrir», se dijo Violeta, animándose ante la novedad y la perspectiva de saciar su apetito, que a esas horas y con tantas emociones era enorme. El salón comedor era inmenso y muy funcional, con las paredes forradas de madera oscura del mismo tono que las mesas y sillas. Una infinidad de mesas para cuatro personas se repartían entre las filas de columnas de la sala. No sabía muy bien dónde sentarse y, discretamente, se acercó al *maitre* para que le indicara una mesa.

—Es que viajo sola... —dijo a modo de disculpa.

—No se preocupe, señorita. Será un placer buscarle acomodo. ¿Prefiere usted estar sola o prefiere compañía? —le preguntó el *maitre*, solícito.

Ante la disyuntiva, Violeta no supo qué decir. Al ver la expresión dubitativa de la joven, el *maitre* le indicó con el dedo que le siguiera, mientras aclaraba su ofrecimiento.

—Para su primer almuerzo voy a colocarla en una mesa con un matrimonio encantador, y un cuarto comensal que también viaja solo, como usted. Posteriormente, cuando esté más familiarizada con el pasaje, ya decidirá dónde quiere sentarse. ¿Le parece bien?

Asintió agradeciéndole su amabilidad.

El comedor de segunda clase no estaba excesivamente lleno, así que desfilaron entre las mesas hasta llegar a la elegida por el *maitre*, donde estaban sentados un matrimonio de mediana edad y un hombre de unos cuarenta años. Ambos caballeros se levantaron y se presentaron educadamente. El matrimonio era de Vigo y se dirigía a Cuba, ya que él comerciaba con tabaco.

—Puros habanos, los mejores del mundo —señaló orgulloso.

El otro caballero se bajaba en Panamá, donde iba a trabajar en las obras del Canal.

—Que será uno de los proyectos más grandes de ingeniería del mundo, después de Suez, evidentemente —explicó Armand en un más que correcto castellano, quien por su acento parecía francés.

Violeta tímidamente les contó que su destino era Colombia para trabajar en una plantación de café propiedad de su tío Eliodoro, puntualizó.

El almuerzo transcurrió en animada conversación, sobre todo por parte de Segismundo Marzoa, que no paró de hablar de los secaderos de tabaco y las plantaciones que poseía en la provincia de Camagüey. Su esposa lo interrumpía de vez en cuando para puntualizar que ella estaba harta de la isla, de la humedad pegajosa que hacía siempre y de la promiscuidad de la población.

—Las cubanas son todas una lagartas que van a la caza del europeo sin contemplaciones. Como lo oye usted, jovencita. Así que yo una vez al año me embarco para vigilar las andanzas de este indiano desaprensivo, que todavía se cree joven y apuesto, a sus años... —Y soltó una carcajada mientras se abanicaba con garbo y miraba a su marido con displicencia.

Todos rieron la espontaneidad del comentario. Violeta comenzaba a relajarse y sentirse a gusto, casi como en familia. La verdad es que había sido un acierto no sentarse sola en su primer contacto con los pasajeros. El matrimonio resultaba exuberante y divertido a partes iguales, cada uno a su estilo. Y el caballero francés sonreía continuamente, pese a que hablaba poco porque le costaba entender —suponía Violeta— el idioma y la velocidad con que hablaban los Marzoa pese a ser gallegos. Violeta ya empezaba a aventurar lo que iba a suponer este viaje: un deslumbrante camino de descubrimientos de gentes, culturas y comportamientos diferentes a lo conocido hasta ahora.

Terminada la comida, Armand propuso alargar la sobremesa en el Café Parisien, en la cubierta de primera clase. A Violeta le pareció una sugerencia extraordinaria. No sabía que hubiera una cafetería «parisien» en los barcos.

—Y ¿podremos visitar la *first-class*? —preguntó Violeta con admiración.

—Pues claro, señorita Saramago. Lo bueno de viajar en segunda es que somos los únicos que podemos subir y bajar. —Segismundo Marzoa rio con ganas su propia ocurrencia.

Emocionada, Violeta subió las escaleras que conducían a la elegante cubierta de primera clase, detrás del matrimonio y seguida del francés, que esta vez sí había comprendido el juego de palabras de Segismundo y cabeceaba para asentir.

Tras los cafés y los cigarros habanos que los dos hombres habían encendido, Segismundo y Adela Marzoa se retiraron a su camarote a descansar. Violeta estaba fascinada con lo que había contado Armand sobre ese proyecto revolucionario en la ingeniería mundial que supondría la construcción de un canal que franquearía el paso a los buques entre los océanos Atlántico y Pacífico. Deseosa de conocer más de tal gesta, que se desconocía en los reducidos límites de su Galicia natal, le sugirió que se sentaran en las tumbonas plegables alineadas en cubierta y le contara más detalles sobre su trabajo en Panamá. Por su parte, Armand estaba encantado de haber despertado la curiosidad de una joven española tan bella y joven.

Le explicó que era un proyecto francés ideado por un tal Ferdinand Marie Lesseps tras construir el canal de Suez, y que la idea era abrir un canal a través del istmo de Panamá. De momento, Francia y Colombia estaban en negociaciones, aunque con muchos problemas desde la depresión económica colombiana tras la Guerra de los Mil Días y la separación del departamento de Panamá de Colombia, más las intrigas e interés de Estados Unidos por operar en un canal que supondría acortar tiempo y distancia en la comunicación marítima entre dos océanos y dinamizar el comercio y la economía.

—Dado que la vía de tránsito proyectada es corta y relativamente barata para los barcos que lo atraviesen en un futuro no muy lejano, los norteamericanos están como locos y quieren adueñarse del proyecto —explicó muy concentrado Armand.

—Es increíble, pero ¿cómo se puede hacer una cosa así? —lo interrumpió Violeta, maravillada porque, además de la grandiosidad del proyecto, estaba hablando de Colombia, el país donde iba a vivir.

—Bueno, hay controversia entre el proyecto francés y el norteamericano. Mi opinión es que finalmente se hará con el método de esclusas, que consiste en hacer subir y bajar el mar para que puedan pasar los barcos; así de sencillo —contestó el ingeniero, haciendo gestos con las manos, arriba y abajo.

Armand se interrumpió temiendo estar aburriendo a la joven con la pasión expositiva de un gran proyecto en el que parecía estar involucrado, y se disculpó.

—*Je m'excuse, madame*. Seguramente la aburro con estas cuestiones técnicas.

—No, qué va, estoy fascinada. Continúe, por favor.

—Pues primero habría que excavar millones de metros cúbicos de tierra y buscar un lugar donde depositarla, porque las lluvias torrenciales pueden causar continuos deslizamientos de tierra. Ese es un problema. Pero ahí entro yo, que trabajo en el ferrocarril, y gran parte de tierra y roca se podría transportar por este medio y luego utilizarla para rellenar zonas poco profundas entre islas. Piense usted, señorita Saramago, que hay que dragar el fondo de un canal que tendrá cuarenta kilómetros de largo.

Violeta seguía extasiada las explicaciones, así que el francés prosiguió, tratando de impresionarla aún más.

—Piense que cuando el canal se construya, que espero que así sea, permitirá el paso de los grandes barcos evitando el paso de Drake, alrededor del cabo de

Hornos, y ya sabe: la punta de América del Sur. Lo que supondrá un ahorro de ocho mil millas a los buques.

—Debe de ser muy duro trabajar en esas condiciones —apuntó Violeta.

—Ciertamente, nos enfrentamos a los peores enemigos, aparte de Estados Unidos —sonrió Armand—, como la fiebre amarilla y la malaria. Esas enfermedades tropicales están diezmando a los primeros trabajadores que han empezado las obras de prospección en Panamá. En fin, es un proyecto muy difícil y está todavía solo en la mente de los ingenieros más prestigiosos de Francia, Colombia y Estados Unidos. ¡Sabe Dios cómo acabará!

—Y usted está involucrado en esta obra faraónica. ¡Es maravilloso! —señaló Violeta mirándolo con sus enormes ojos verdes, que en ese momento tenían el mismo color que el océano que les rodeaba.

Cuando empezó a refrescar se despidieron, tras constatar que se habían quedado solos, sentados en cubierta, y que las tumbonas vacías estaban mojadas de gotas de humedad. Violeta se encaminó a su acogedor camarote con una sensación de plenitud difícil de describir: conversaciones sobre proyectos pioneros para la humanidad con personas interesantes que tenían vidas y trabajos importantes, excitantes y complicados, que no encontraría en su pequeño pueblo. Desde luego no con Juan, ni con Inés o Antonio; solo su adorado padre podría estar a la altura de lo que encontraba en su escapada a las Américas. Se sintió afortunada y feliz con la decisión adoptada.

Se tumbó en la cama, se quitó los botines y flotó de felicidad. Antes de dormirse profundamente se planteó seguir investigando la primera clase y posteriormente bajar a la tercera.

Por la mañana, ya en el desayuno, Violeta se reunió con sus nuevos amigos en la misma mesa. Todos estuvieron de acuerdo en dar un paseo por los salones de primera clase y constatar las diferencias con la de segunda. Antes de empezar la ascensión, los Marzoa explicaron por si acaso a sus compañeros de viaje:

—Nosotros en las primeras travesías viajábamos en *first-class* porque los barcos eran otra cosa: mucho más peligrosos, incómodos y lentísimos; pero ahora, con los avances de estas máquinas de vapor, lo hacemos en segunda porque, ya verán, apenas se notan las diferencias —sentenció Segismundo, como si alguien le hubiera pedido explicaciones.

Para la ocasión, la señora de Marzoa les pidió un minuto porque quería cambiarse de atuendo y ponerse más elegante.

—¿Me acompaña, querida? Me ayudará a elegir qué ponerme. —Y agarrándola del brazo se la llevó.

Violeta se mostró encantada de la confianza demostrada por doña Adela al poco tiempo de conocerse. Y aceptó.

El camarote del matrimonio gallego-cubano era el doble de espacioso que el suyo, pero apenas podían moverse entre tantos baúles y maletas desperdigadas por el suelo. Adela decidió cambiar su atuendo por un traje de chaqueta largo blanco, «muy cubano», explicó, conjuntado con una gran pamea que, pensó Violeta, si hacía viento saldría volando como una gaviota asustada. En un gesto muy cariñoso, sacó de un baúl un pañuelo de seda con estampados de flores exóticas rosas y fondo verde oscuro y se lo anudó a Violeta alrededor del cuello.

—Le queda ideal, mucho mejor que a mí, que tengo cuello de foca. Es un regalo, señorita Saramago. Usted lo luce muchísimo más. Y ahora vámonos, que nuestros gentiles caballeros se estarán impacientando. Ya sabe cómo son los hombres de intransigentes en lo relativo a los arreglos femeninos.

Violeta sintió el agradable calor que produce la seda en la piel y le pareció precioso al contemplarse en el espejo del tocador. No sabía cómo agradecerse.

—No debería aceptarlo, es un pañuelo muy valioso —dijo.

Pero Adela, sonriendo, le dio un abrazo contundente y luego la empujó con decisión hacia la puerta. Resultaba evidente que Violeta le caía muy bien, y la veía tan desamparada y tan joven que la trataba como a una hija, como la hija que le hubiera gustado tener y no tuvo, porque el matrimonio no tenía descendencia.

Las mujeres se unieron a los caballeros, que esperaban ya impacientes, y comenzaron la expedición por la lujosa primera clase. Como todavía era temprano les permitieron pasar a ver el comedor: impresionante, decorado al estilo jacobino con capacidad para cuatrocientas personas y veinticinco metros de largo, luminoso y con mesas de diversos tamaños. Estaba ubicado en la cubierta principal, entre las chimeneas tercera y cuarta; no de forma casual, sino porque era la parte del buque que al navegar se movía menos, según las precisas explicaciones que Armand Doisneau iba desgranando pausadamente. Todos los muebles, mesas y sillas eran de fina madera de roble, y los suelos estaban cubiertos en su totalidad por alfombras persas. Pero lo que de verdad impresionó a Violeta por su majestuosidad fue la escalera principal: dividida en dos brazos que se abrían en forma de espiral, con lámparas adornadas con sendos querubines y coronada con una gran cúpula de cristal que distribuía la luz natural a lo largo de sus diferentes niveles, y en la pared central un retablo con un reloj inmenso. Mientras recorrían los lujosos salones, Violeta pensó que sí había una gran diferencia entre la primera clase y la segunda, aun siendo esta muy digna y confortable. Dijeran lo que dijeran los señores de Marzoa.

Tanto el matrimonio como el ingeniero francés se sentían contagiados por el entusiasmo y sorpresa que mostraba la joven al ver tanta elegancia y exquisita decoración —a veces algo recargada, pero muy al gusto de la época— de los interiores del barco. Hicieron un alto para descansar en el salón Luis XIV, con su imponente biblioteca acristalada, decorado con réplicas de objetos y elementos del castillo de Versalles. Los cuatro se sentaron en sillones orejeros tapizados con ricas sedas y terciopelos suaves a contemplar el magnífico escenario que se desplegaba ante sus ojos. Columnas, grandes espejos, chimeneas, ojos de buey simulados con primorosas cortinas que caían a peso, lámparas de mesa, arañas de luz en los techos. Y todavía les faltaba por ver el salón de fumadores y el salón de lectura y correspondencia.

—Todo un mundo de lujo y comodidades para quien se lo pueda permitir —sentenció Violeta suspirando. Y añadió que solo le faltaría conocer cómo eran los camarotes.

—Pues imagínese una continuación de los salones en tamaño más reducido, eso sí; aunque todos los camarotes de primera clase se caracterizan por tener su propio gabinete privado —explicó Armand, que por sus detalladas explicaciones parecía que había viajado en esa clase privilegiada toda su vida.

Terminaron su periplo un poco cansados para proseguir recorriendo salones, por lo que decidieron bajar a comer a segunda clase. Tanto lujo les había abierto el apetito. Sobre la mesa ya reservada con sus nombres estaba escrito el menú que iban a degustar ese día: *hors d'ouvres variés, consommé sévigne, vol au vent, roast beef, salmón, chicken a la Maryland, american ice cream y caramel pudding*. Violeta no entendió gran cosa, salvo lo de «salmón», y albergaba dudas sobre si había que pedir todo o elegir entre tanto plato. Como nadie se pronunciaba mientras leían atentamente el menú, cuando se acercó el camarero y miró a Violeta para anotar su pedido, dijo resuelta:

—Parece todo delicioso, así que como se me ha abierto el apetito con tanto paseo, comeré de todo. Gracias.

El camarero se quedó atónito sin saber qué apuntar en su libreta y los tres restantes comensales aplaudieron con ganas la elección de Violeta.

—Querida niña, está claro que usted no entiende de idiomas. Hay que elegir tres platos de entre los primeros, los segundos y los postres. Básicamente se trata de huevos, sopa, hojaldre relleno, carne seca al horno, pescado crudo, pollo, helado o *pudding*, que eso es intraducible —le explicó indulgente Adela, cogiéndole la mano cariñosamente.

Violeta se puso colorada como un tomate, y lamentó haber pedido la primera en lugar de esperar prudentemente a que los otros hicieran su elección, para decir un socorrido «lo mismo, gracias». Armand sonrió discretamente y encontró a Violeta todavía más encantadora que antes. Decidió echarle una mano y le sugirió tomar lo mismo que él eligiera.

—Si me permite aconsejarle, Violeta, le sugiero *hors d'ouvres variés*, salmón *mayonnaible* y el *american ice cream*, que es una copa enorme de helado con nata, sirope y chocolate, muy del gusto de la gente joven como usted.

—Muchas gracias, Armand. Tomaré lo mismo que el señor —rectificó con determinación mirando al camarero, que esta vez sí anotó con rapidez la comanda de Violeta.

Finalizada la comida, se levantaron satisfechos. El matrimonio Marzoa se dirigió hacia su camarote para echarse una placentera siesta que podía durar tres o cuatro horas.

—Porque ya me dirán ustedes qué se puede hacer aquí, rodeados de tanto mar, salvo esperar la hora de la cena —dijo Segismundo, risueño y encantado de la vida a bordo de un transatlántico del nuevo siglo.

Por su parte, Armand y Violeta irían a cubierta para respirar la brisa marina. Pero antes de separarse Violeta comentó con sentido del humor:

—Si he de serles sincera, la comida tampoco ha sido para tanto. Yo, lo confieso, me he quedado con hambre. Vamos, que seguramente hubiera sido capaz de comer

todo el menú.

Todos celebraron con risas esta sutil e inteligente venganza de la joven y se separaron hasta el atardecer.

—Es un espectáculo que no se deben perder bajo ninguna excusa —les advirtió Segismundo a la pareja.

El segundo día de travesía estaba resultando placentero. El mar parecía una balsa de aceite y el coloso de vapor se deslizaba a velocidad de crucero abriendo las aguas sin apenas movimiento. La pareja se apoyaba sobre las barandillas de cubierta y permanecían en silencio contemplando el paisaje. Armand sacó una pitillera de piel y ofreció un cigarrillo a Violeta.

—No, gracias. No fumo.

Estuvo a punto de aceptar, porque empezaba a sentirse una mujer plenamente adulta y le apetecía probar de todo, pero se lo pensó dos veces. No quería volver a hacer el ridículo como en la mesa, demostrando su evidente inexperiencia. Inexperiencia que a Armand le parecía arrebatadoramente sugestiva.

A Violeta le hubiera gustado romper el silencio contemplativo en el que estaban inmersos para preguntarle algo sobre su vida. Llevaban casi dos días juntos y apenas sabía nada de él, salvo el apasionante trabajo que le esperaba en Panamá y que era francés. En las tres ocasiones en que se habían sentado a la mesa en animada conversación, la voz cantante naturalmente la llevaba el matrimonio Marzoa, así que le intrigaba este hombre solitario y extranjero, al que le gustaría considerar su amigo.

—¿Está usted casado, Armand? —le preguntó a bocajarro.

El francés salió de pronto de su ensimismamiento y, dando una profunda calada a su cigarrillo, la miró sorprendido por el atrevimiento de la pregunta, viniendo de una mujer tan joven.

—No se anda usted con rodeos... —Y añadió—: Lo estuve hace tiempo.

—Disculpe si le he molestado. No quería inmiscuirme en su vida privada —respondió Violeta rápidamente al ver que se sentía incómodo con ese tipo de preguntas personales, y cambió de tema—. Parece que el tiempo va a cambiar. No estoy muy segura de que podamos ver el ocaso hoy, como nos ha aconsejado el señor Marzoa.

—Sabe usted mucho acerca del clima. ¿Cómo sabe que el tiempo va a cambiar si ahora está todo despejado y luce el sol?

—Porque nací en un pequeño pueblo de la costa gallega, muy cerca de Finisterre. ¿Lo conoce? Allí todo el mundo sabe cuándo va a caer una tromba de agua. No sé, es algo intuitivo o de mera observación de la naturaleza. Es algo que se huele en el ambiente —contestó satisfecha.

Armand se quedó fascinado ante la naturalidad de la chica, de la misma forma que admiró el giro que había introducido en la conversación al percibir que le molestaba esa intromisión en su vida personal.

—Finisterre. ¡El fin de la tierra! Sí, claro que he oído hablar de ese lugar mágico. Qué interesante que usted proceda de ahí. También pasa cerca el Camino de Santiago, ¿verdad? —preguntó intrigado Armand.

—No. El Camino de Santiago acaba, como su propio nombre indica, en Santiago de Compostela, pero los peregrinos desde hace siglos continúan hasta Fisterra para ver morir el sol y hundirse en el mar. Es un lugar con mucha carga de misticismo, es un fin figurado, un sitio al que todos quieren llegar. También tiene relación con la muerte, con lo que antes se consideraba el final de la tierra habitable, y después... la nada —aclaró con precisión de nativa.

Y tras sus explicaciones, se despidió de Armand, aduciendo que se encontraba cansada y deseaba echarse una siesta, como los Marzoa. Armand la miró alejarse y por primera vez la vio rodeada de cierto misterio. En su camarote, Violeta pensó que el francés debía de tener un oscuro pasado o que simplemente se acababa de separar de su mujer y no deseaba hablar del tema. Lástima, le hubiera gustado conocer su historia.

Los primeros en llegar a cubierta para ver la puesta de sol fueron el matrimonio gallego-cubano, después subió Violeta, y el último en incorporarse fue Armand, que, haciendo caso de los pronósticos de la joven, llevaba colgado del brazo un enorme paraguas negro. El mar estaba picado y las olas rompían contra la quilla del barco con fuerza. En cuestión de minutos el cielo se cubrió de nubes densas y grises que ocultaron el sol. Varios relámpagos cruzaron el cielo en distintas direcciones, y a continuación se oyeron truenos lejanos, cada vez más potentes: la tormenta se acercaba. El personal comenzó a retirarse lentamente de cubierta, aunque ver aquel espectáculo en medio del océano resultaba dramático y hermoso.

—A mí me encantan las tormentas. ¡Son como una ópera de Wagner! —exclamó Segismundo, mirando al cielo a la espera de las primeras gotas de lluvia.

—Querido, pero ¿no te parece que sería más prudente verla desde nuestro camarote, cómodamente instalados? Esto se empieza a mover mucho... —advirtió Adela temerosa.

De pronto se desató un fuerte temporal y todo se volvió negro: el mar y el cielo se oscurecieron como si hubieran entrado en un inmenso túnel. La lluvia cayó en tromba, por los megáfonos advirtieron a los pasajeros que abandonaran las cubiertas de forma inmediata y se resguardaran en sus camarotes. La inmensa mole del *Lusitania* cabeceaba de frente al fuerte oleaje, rompiendo las olas, con las calderas trabajando a buen ritmo. Resultaba impresionante ver cómo la naturaleza se desbordaba con todo su esplendor y cómo el coloso de vapor penetraba en sus entrañas con la potencia de una maquinaria de precisión. Armand abrió como pudo su paraguas para proteger a Violeta de la lluvia que caía en vertical sobre el pasaje del barco, pero el fuerte viento se lo llevó y lo arrastró por la cubierta vacía. Avanzaron como pudieron hacia las puertas de acceso a los camarotes y lograron entrar, completamente mojados, en los interminables pasillos. Rieron al ver sus trajes empapados y pegados al cuerpo.

—Debemos de ser los últimos en dejar la cubierta, somos unos insensatos —dijo Armand, desabrochándose el abrigo.

—Sí, un poco insensatos sí que somos. Yo, que estoy acostumbrada a las tormentas y temporales en la costa gallega, tengo que reconocer que nunca había visto uno como este. Impresiona cuando se está flotando en medio del mar. Da miedo —confesó Violeta.

—No se preocupe. Un barco como el *Lusitania* es un lugar seguro, puede afrontar temporales mucho peores, que esperemos no tener la ocasión de sufrir.

Armand fue el primero en encontrar su camarote. De forma espontánea, la invitó a pasar.

—Si quiere entrar y calentarse un poco... quitándose ese abrigo que lleva completamente mojado —dijo con naturalidad.

Pero Violeta rehusó el ofrecimiento y contestó educadamente:

—Gracias, necesito cambiarme de ropa. Nos veremos después para la cena.

No lo dudó ni un instante porque recordaba que en parecidas circunstancias, y al menos en dos ocasiones, había sucumbido o se había lanzado a los brazos de un hombre. La lluvia y el deseo le parecían una combinación perfecta para entregarse al amor, así que prefirió abstenerse con ese desconocido. Aunque cuando cruzaba otro interminable pasillo para alcanzar su camarote reconoció que le intrigaba bastante conocer su camarote, las cosas que tenía y que podían hablar de su vida. «Tengo muchos días por delante. No vayamos a precipitar las cosas», reflexionó prudentemente.

Lo cierto es que a Violeta le atraía el ingeniero francés, pero también recelaba de los hombres mayores y de su poder de seducción. La seducción que había ejercido sobre ella el diputado Castro terminó en una experiencia dolorosa, decepcionante y humillante. No quería volver a caer en el mismo error.

A la hora de la cena se reunió con el matrimonio. Los Marzoa contaron con buen humor que se habían pasado todo el temporal bebiendo champán para evitar el mareo, dijo pícaro Segismundo Marzoa, un poco achispado por los efectos del espumoso. Violeta, extrañada de no ver a Armand sentado ya en la mesa, preguntó sobre su ausencia.

—No, querida, no ha bajado. Es posible que se haya sentido indispuerto. Como verá, hay bastantes bajas esta noche —contestó Adela, observando alrededor del salón varias mesas vacías.

«No parecía mareado cuando nos separamos esta tarde hasta la hora de la cena. Qué extraño», pensó Violeta. El temporal había remitido pero no cesaba de llover, por lo que el pasaje frecuentaba los salones y la sala de lectura y correspondencia para entretener el tiempo hasta la hora de acostarse. Violeta aprovechó para escribir una carta a sus padres contándoles las primeras experiencias de la travesía; le habían comentado que las cartas enviadas desde un barco llegaban a Europa mucho antes.

Queridos padres y hermano:

Se me partió el corazón cuando les perdí de vista en los muelles de Vigo y el barco zarpaba mar adentro. Al principio me sentí muy sola, como un pajarillo entre la multitud, pero enseguida he hecho amistad con unas personas muy agradables. Nos sentamos juntos a la misma mesa, así que nos vemos varias veces al día. Son un matrimonio gallego que tiene negocios o comercian con Cuba: los señores de Marzoa, de Vigo. Son muy divertidos y ocurrentes, siempre de buen humor y cariñosos. Yo creo que me tratan como a una hija. La señora, que se llama Adela, me ha regalado un precioso fular (me han dicho que se llaman así, si son largos) de seda, que me viene muy bien para protegerme de la brisa marina y es más apropiado que la bufanda de lana que tengo.

¡Gracias, padre!, por haberme pagado un camarote de segunda clase. No se imagina cómo se lo agradezco. Es muy confortable y me siento como en mi propia habitación, mecida por las olas a veces gigantescas del Atlántico. El buque es espectacular por dentro también. Hace unos días fuimos los cuatro de inspección para conocer la *first-class*, ya que a los pasajeros de segunda nos dejan entrar en primera. Resulta difícil describir el lujo y la elegancia de sus salones. Es como si estuvieras en un palacio y no en un barco. Todo decorado con enormes espejos, alfombras de vivos colores, lámparas siempre encendidas, y hasta chimeneas (pero me han dicho que van con electricidad porque, claro, en un barco no se puede hacer fuego).

¡Ah! Se me olvidaba hablarles del cuarto comensal: es francés, un hombre muy atractivo. Y es ingeniero del ferrocarril. Me ha contado que va a trabajar en el proyecto del Canal de Panamá. Una obra audaz que será como un milagro, ya que unirá dos océanos permitiendo el paso de los barcos. ¿Se imaginan? Otro día explicaré los pormenores, porque es algo que me tiene fascinada. Se llama Armand Doisneau y también viaja solo. Somos amigos y como conoce bien América del Sur hablamos mucho y trata de contestar todas las preguntas con que le atosigo. Este hombre es lo más parecido a una enciclopedia que he conocido. Como podrán comprobar por esta carta, hemos formado un grupo estupendo y variado.

Esta misma tarde se ha desatado un temporal impresionante que nos ha obligado a meternos en nuestros camarotes. Ya ha pasado y todo está en calma.

Querida familia, les echo mucho en falta, aunque estoy bien. Me siento más despierta, con los ojos y los oídos siempre alerta captando acentos diferentes, conversaciones interesantes, descubriendo detalles, gestos, personas, todo nuevo para mí. Es maravilloso. Y todavía no he salido del barco... Creo, sinceramente, que necesitaba realizar este viaje para volver a sentirme viva.

Les quiero con toda mi alma y además estoy convencida de que tengo a los mejores padres del mundo, ¡y al mejor y más guapo de los hermanos!

VIOLETA

P.D. Por favor, padre, dígame a Juan que otro día le escribiré, y que le mando muchos recuerdos.

Cuando estaba doblando el papel para introducirlo en el sobre, notó una mano en su hombro, se sobresaltó un poco, y al girarse vio a Armand de pie junto a ella, sonriendo.

—¡Qué susto me ha dado! Le hemos echado en falta en la cena. ¿Se encuentra usted bien?

—Me encuentro estupendamente. Es que no tenía mucho apetito, y además tengo mucho trabajo pendiente que debo preparar en mi camarote antes de desembarcar. Eso es todo.

—Por un momento pensé que se había molestado usted por mi negativa a pasar a su camarote.

—No, en absoluto, mi pequeña Violeta, si me permite que la llame así. Es más, le pido disculpas porque no estuve acertado invitándola a entrar. Fue un error imperdonable. Le ruego que me perdone y que lo olvide.

Violeta iba a responderle que no tenía tanta importancia cuando irrumpieron en el salón los Marzoa totalmente excitados y abriendo los brazos, contentos de encontrarles.

—¡Por fin! Están ustedes aquí. Llevamos un rato buscándoles. ¿No se han enterado? Han anunciado que esta noche tocará una orquesta y habrá baile en el salón Luis XIV. Debe de ser para quitarnos el susto del temporal que todavía sigue azotando ahí fuera —explicó Adela, entusiasmada con la idea del baile.

—Vamos, vamos, jóvenes, ya tendrán tiempo de escribir cartas. Quedan más días que puros habanos en mis maletas. —Y, riéndose, Segismundo añadió—: Voy a pedir una botella de champán para celebrar que no hemos perecido en el primer envite de las olas.

Desde luego era difícil sentir nostalgia con esa pareja tan vitalista que siempre encontraba un motivo para celebrar la vida, por pequeño que fuera. Adela Marzoa tomó a Violeta del brazo y, seguidas por los dos hombres, se encaminaron hacia la majestuosa escalera imperial para bajar al salón de baile. Los primeros acordes de la música sonaron envolventes y deliciosos para los ánimos temerosos que producían las tormentas oceánicas. Fuera, la lluvia golpeaba con fuerza los ojos de buey y la oscuridad era total.

Cuando llegaron al salón, totalmente iluminado con incontables y relucientes arañas de luz colgadas del techo, y vieron los maravillosos y carísimos vestidos que llevaban las damas, Violeta se sintió algo avergonzada al considerar su atuendo demasiado sencillo. «No voy vestida para un baile así», susurró casi imperceptiblemente. De hecho, su maleta solo contenía tres prendas de vestir: dos trajes de chaqueta (uno de invierno y otro de verano) y el abrigo gabardina que había dejado sobre el sillón del camarote para que se secase. Pero Adela Marzoa alejó sus dudas al apuntar con mucho sentido común:

—Querida, no se preocupe usted, el baile ha sido improvisado en vista del cariz que estaba tomando la tormenta y el susto de algunos pasajeros novatos en estas lides. Si se fija, verá que hay damas con trajes de chaqueta como los nuestros, o peores... Además, si nos vamos a cambiar perderemos más de un baile.

Y nada más acabar la frase, cogió a su marido, le apagó el puro que estaba fumando tranquilamente, y lo sacó a bailar al centro de la pista.

—Es una mujer magnífica. ¡Qué energía! —dijo Armand en voz alta.

Y Violeta, imitando a la señora Marzoa, se levantó, hizo una leve inclinación y ofreció su mano a Armand para que la sacara a bailar. La orquesta del *Lusitania* atacó al piano una alegre melodía de Scott Joplin, *The entertainer*, muy en boga en esos años en los que se estaban sentando las bases del jazz con el ragtime de New Orleans. A continuación el grupo formado por cuatro músicos, trompeta, violín, contrabajo y piano, se animó interpretando una música sincopada con un ritmo endiablado totalmente extraños para Violeta, que nunca había escuchado una música así de rara. Miró sorprendida a Armand a la espera de una explicación, dado su vasto conocimiento en todos los temas.

—A mí me encanta esta música, aunque no sea muy apropiada para bailar emparejados. Su origen está en la comunidad afroamericana asentada al sur de Estados Unidos. Básicamente consiste en trasladar la musicalidad de los cantos de los negros a una forma instrumental al piano, mediante líneas melódicas, y como fondo un ritmo constante generalmente tocado con el bajo. Y, como verá, los tempos de ejecución se alteran constantemente o cada cierto tiempo. Es una música muy libre y espontánea, que nace de los sentimientos, acompañada por una extraordinaria habilidad y ejecución técnica —respondió el ingeniero de un tirón, demostrando sus conocimientos respecto a este tipo de música con mucha aceptación en América del Norte.

—En mi vida había oído una música así. No se parece en nada a la suavidad ancestral de las gaitas gallegas, pero me gusta. Hace que se muevan los pies al llevar el compás —respondió Violeta, siguiendo el ritmo con su cuerpo.

Los Marzoa se habían sentado en cuanto la orquesta comenzó con el ragtime. No les agradaba nada esta música de negros.

—Espero que interpreten a los clásicos, sobre todo a los compositores románticos europeos. Estas danzas tribales son como las de Cuba. Se pasan el día dando saltos. ¡Qué horror! —exclamó molesta Adela mientras se abanicaba con energía.

Y como si la banda hubiera oído sus comentarios, los cuatro músicos apaciguaron sus rítmicas melodías y complacieron al auditorio, no muy acostumbrado a estas novedades, con piezas de Ravel, Strauss y Debussy. Violeta y Armand bailaban entregados a la música de los compositores posrománticos envueltos en los brillos y destellos de las lujosas lámparas y de los espejos que reproducían multiplicadas las figuras de los bailarines, ajenos a la tormenta exterior que agotaba ya sus últimos

relámpagos y truenos en la lejanía del horizonte oscuro.

A la semana siguiente, Violeta se dispuso a visitar la tercera clase. Le quedaban ya pocos días de travesía y quería conocer el otro lado del lujo. Se lo comentó a Armand, quien declinó amablemente su invitación. Se quedó sorprendida al comprobar que esta clase era la más densamente poblada de todo el buque. La cubierta de tercera estaba a rebosar de gente, en su mayoría emigrantes que buscaban un rato de sol y de brisa antes de introducirse en sus exiguos camarotes, eso los más afortunados, o en las insalubres bodegas la mayoría de ellos. Antes de bajar tuvo la prudencia de ponerse un pañuelo en la cabeza anudado a la nuca y su traje más modesto, imitando el modo en que vestían las mujeres emigrantes que había visto embarcar en el puerto de Vigo para no llamar la atención y no sentirse demasiado extraña. Le dolía ver tanta miseria, niños y adolescentes con gesto sombrío, agotados por la travesía y el desaliento de haber sido arrancados de su casa y de sus amigos, sin motivo aparente para ellos, aunque sí para sus padres. Escuchaba las conversaciones y la mayoría iban a Cuba o seguían viaje hasta Buenos Aires. A los hombres jóvenes se les notaba más esperanzados, convencidos de que encontrarían una vida mejor.

Aún no eran las doce del mediodía cuando sonó una pequeña sirena que anunciaba a los de tercera clase el almuerzo. Violeta se sorprendió de que comieran tan pronto. Ellos comían en el turno de las dos. «Seguramente será para que queden libres los mozos y camareros que pasan a continuación a atender a los de segunda y primera clase», pensó. Se aproximó a la barandilla, junto a una de las escasas barcasas de salvamento que se podían encontrar en esa cubierta, y se apoyó pensativa. Se había quedado prácticamente sola, ya que todo el mundo se dirigió al comedor colectivo. Una mujer joven de aspecto celta por su piel, su cabello rubio y sus ojos claros, se acodó a su lado y le ofreció de su petaca un cigarrillo liado con esmero.

—¿Quieres uno? —le dijo.

—Bueno, voy a probar... —respondió Violeta para no hacerle un desaire y por experimentar de una vez a qué sabía el tabaco—. ¿No vas al comedor?

—¿Para comer esa bazofia que dan disfrazada de menú? No, gracias. Estoy harta de comer todos los días sopa, tortilla y ensalada con maíz, o patatas hervidas. No te he visto por aquí. ¿De dónde sales? —preguntó la pasajera de tercera clase.

Violeta dudó si mentir, pero la chica parecía lista y después de veinte días de travesía seguro que conocía de vista a todos los pasajeros de tercera. Le contó la verdad. Al fin y al cabo, a los pasajeros de segunda les estaba permitido acceder y fisgar unos metros más abajo.

—Y ¿qué te parece esto? —sonrió con sorna Amelia, que así se llamaba la joven.

—Lo que he visto hasta ahora me ha producido mucha tristeza; sobre todo por el hacinamiento. No imaginaba que se embarcara tanta gente en un barco como este.

—Pues ya ves. El efecto llamada produce sus frutos y las navieras se forran con el precio del billete que nos cobran a los de tercera. Ya sabes el refrán: se saca más robando un poco a muchos pobres que robando mucho a un solo rico. Yo he invertido todos mis ahorros para largarme, pero estoy harta de comer tortilla.

Siguieron conversando y Violeta se quedó azorada cuando Amelia le contó que iba a trabajar en una casa de señoritas en Bogotá.

—Ya sabes, de prostituta —explicó, y añadió para aclarar las cosas a la atónita Violeta—: Es que a las europeas se les paga más, ¿sabes? Y yo ya tengo veinticinco años y estoy harta del marisqueo y de trabajar duro en las lonjas de pescado. Así que me hablaban hace tiempo de esta posibilidad y voy a probar una nueva vida. Tengo todos mis papeles en regla, no creas. Voy con una carta de trabajo de la madama y todo. Quién sabe. Igual vuelvo a Galicia con fortuna y monto un negocio. De todo, menos de pescado. Mira —y le acercó sus manos para que las oliera—, este olor no se quita con nada, ni con lejía. Lo odio.

Por su parte, Violeta le contó su plan de trabajar con su tío en las plantaciones de café de su propiedad, y también le confesó sus aspiraciones de aventura y de conocer otro mundo. «En el fondo —pensó—, las dos vamos en busca de lo mismo.» Ambas jóvenes congeniaron enseguida. Le gustaba Amelia con su belleza suave y clara, y esa determinación que parecía poseer.

Cuando se acercó la hora del almuerzo en segunda clase, a Violeta se le ocurrió invitarla a comer arriba, pasando previamente por su camarote para dejarle su mejor traje de chaqueta y sus botines de repuesto. La chica era guapa y de su misma talla. Pensaba decir al grupo que se habían hecho amigas y que la invitaba a compartir su mesa.

—Probemos. Yo creo que nadie se dará cuenta. Y te aseguro que el menú es exquisito. Te gustará —le dijo para convencerla.

Amelia dudó unos instantes. Temía las consecuencias, pero el entusiasmo de Violeta y la tentación del juego de imposturas también le atraían.

—Total, ¿qué puede pasar?: que me den una patada en el culo y me manden de nuevo a tercera clase...

Ambas jóvenes rieron la ocurrencia y se prepararon para cruzar la frontera hacia la clase media sin levantar sospechas. Lo consiguieron sin problemas y, una vez en el camarote de Violeta, se ocuparon del cambio de vestuario.

La entrada de las chicas en el salón comedor y su acercamiento a la mesa, donde ya estaban esperando con los cubiertos en la mano el matrimonio Marzoa y Armand, resultó tan inesperada como elocuente. Ambos hombres se levantaron y ofrecieron su asiento a Amelia, que lucía espléndida para la ocasión. Acto seguido, Segismundo ordenó a un camarero que acercara otra silla a la mesa.

—Tenemos otra hermosa invitada —añadió risueño mientras Adela Marzoa pensaba en la batería de preguntas que iba a dirigir sin contemplaciones a la «hermosa invitada».

Violeta, hechas las presentaciones, confió plenamente en la inteligencia y astucia de su reciente amiga para salir airosa del envite.

—Es Amelia, una joven también gallega, de La Coruña —dijo, mirando a Adela Marzoa—. Nos hemos encontrado por casualidad hace un momento, y me ha parecido oportuno invitarla a nuestra mesa, con el permiso de ustedes.

—Y ¿cómo es que no nos hemos visto antes, querida? Una joven tan bella como usted no pasa desapercibida —preguntó Adela sin poder contenerse.

—Muy sencillo, señora. Yo viajo en primera —respondió Amelia displicente.

Violeta estuvo a punto de echarse a reír pero se reprimió y se sintió obligada a aclarar que Amelia estaba dando un paseo por segunda para conocer la cubierta, puesto que le habían dicho que era más despejada y amplia que la de primera clase, y de ese modo se habían conocido.

Todos callaron y comenzaron a elegir el menú. Violeta se adelantó y habló en primer lugar.

—La señorita tomará lo mismo que yo —dijo, mirando con aplomo al resto de comensales.

Armand pensó que Violeta aprendía pronto, y sonrió para sus adentros. También se fijó en el extraordinario apetito del que hacía gala la invitada, que prácticamente devoraba la comida, y en sus manos: demasiado estropeadas y enrojecidas para ser una dama que viajaba en primera clase. El francés apenas habló durante el almuerzo, solo observaba a las chicas sin perder detalle.

Por lo demás, Amelia se convirtió en el centro de atención de la mesa y Violeta se lo pasó en grande. Nunca se había divertido tanto escuchando el duelo entre las preguntas de la señora Marzoa y las contestaciones cada vez más ocurrentes y disparatadas de la joven.

Al finalizar, Amelia decidió despedirse y, acompañada por Violeta, volvió a sus orígenes. Antes, pasó por su camarote para cambiarse de ropa.

—No conviene tentar la suerte. He comido estupendamente, ¡menuda diferencia! Gracias, Violeta. Ya sabes dónde estoy. Ven a verme antes de que lleguemos a puerto —le dijo agradecida antes de marcharse.

Los días pasaron con las rutinas habituales en una travesía larga. El calor tropical ya se notaba entre los pasajeros, que aligeraban sus atavíos y el blanco se convirtió en el color dominante, junto con los abanicos de las señoras, que aguantaban mal el sudor y la humedad excesiva que flotaba en el ambiente. Segismundo Marzoa llevaba días refugiado en el salón de lectura y correspondencia, entretenido con la lectura de los periódicos retrasados que se acumulaban sobre las largas mesas desde que el barco zarpara de Vigo. Hojeaba las portadas de los semanarios franceses, su dominio de este idioma era excelente, y le llamó la atención uno de los titulares:

«El extraño caso de la muerte de una rica heredera conmovió a la sociedad francesa.» Siguió leyendo la crónica de sucesos, aunque evidentemente la noticia era antigua. Explicaban que en un principio el caso se cerró dictaminando que la mujer se había suicidado, pero que se estaba abriendo una segunda vía de investigación basada en las sospechas que recaían en el marido, huido de Lyon desde hacía un año, y declarado prófugo de la justicia. Al parecer, la Policía Internacional estaba tras una pista y barajaban la hipótesis de que hubiera podido embarcar rumbo a las Américas. Por lo visto, hacía aproximadamente un mes que los gendarmes controlaban los pasajes de los barcos que salían del puerto de Marsella sin éxito. Junto a la fotografía de la mujer fallecida, publicaban un retrato del marido: un hombre todavía joven con densa barba y bigote tocado con un elegante sombrero de copa. Un tal Dominique Fabres, ingeniero de los ferrocarriles franceses.

Segismundo dio un respingo. Inquieto, miró de nuevo la imagen y concluyó que no encontraba parecido con el joven Armand Doisneau. «Armand es un apuesto joven, bien afeitado, moreno y con cara de buena persona. Muy agradable, para ser francés —pensó; aunque presentía algo raro—. Al fin y a la postre sabemos muy poco de él. Nunca nos ha hablado de su familia ni de su vida privada en Francia —reflexionó sugestionado por la noticia. Cogió el periódico, lo dobló convenientemente y se lo guardó en el bolsillo de la americana—. Se lo tengo que enseñar a Adela, a ver qué opina ella.»

Por los pasillos se cruzó precisamente con Armand, quien le saludó muy cordial.

—Empieza a hacer un calor insoportable. ¿Se encuentra usted bien, señor Marzoa? —preguntó Armand al notarle una ligera palidez, extraña en un hombre tan vitalista.

—Sí, sí, estoy bien. Gracias. Por cierto, seguro que en Lyon no hace tanto calor, ¿verdad? —contestó enigmático Segismundo.

Extrañado por esa respuesta fuera de lugar, Armand pensó que el calor le estaba afectando.

—Pues no sabría decirle, yo resido en París, y allí el calor es siempre bienvenido.

Sin más palabras, cada uno siguió su camino y quedaron en verse después, en la cena.

Armand se encaminó a su camarote preocupado por la mención de Lyon en la breve conversación mantenida con Segismundo, y su evidente estado de excitación. «Y salía del salón de lectura», dedujo a continuación. La deducción le obligó a dirigirse presuroso a la sala de lectura para revisar el montón de periódicos desperdigados sobre la mesa. Se notaba que alguien había estado revisándolos porque se veían desordenados. Miró los franceses y no encontró nada. Eso le tranquilizó, pero seguía con la mosca en la oreja. Quedaba un día para que el barco atracara, primero en La Habana, y a continuación en el puerto de Barranquilla. Su instinto de hombre perseguido le hacía permanecer alerta y con los cinco sentidos en guardia.

Regresó a su camarote y se enfrascó en diversos pensamientos sobre qué podía hacer. Disyuntiva difícil en un barco rodeado de mar. Algo que se convertía en una ratonera perfecta. Se tumbó sobre la litera y pensó en lo que había sucedido cuando su esposa enfermó hacía un año.

Los médicos la habían desahuciado y mitigaban el dolor con morfina y otros sucedáneos. Los últimos meses fueron horribles, ya que al deterioro físico imparable se unía un malestar generalizado que la postraba en cama las veinticuatro horas del día. Su juventud actuaba en su contra porque la leucemia que padecía se agudizaba con toda su virulencia. Dominique no podía soportar verla sufrir de ese modo y sin esperanzas de curación, así que hablaron y decidieron terminar con su agonía. Se informó lo mejor que pudo y administró a su esposa una combinación letal que la anestesió completamente para, a continuación, entrar en parada respiratoria. Eso fue todo, al fin había dejado de sufrir. «Hasta con un perro se tiene más compasión y se actúa en consecuencia», se repetía él para darse valor. Y lo hizo. Tuvo el valor de hacerlo, con el consentimiento de su mujer, que además le alentaba a dar el paso. Pero las cosas se torcieron y tras su muerte las sospechas y algún que otro indicio empezaron a señalarlo. Así que puso tierra de por medio. Tras el fallecimiento de Cécile ya no lo ataba nada a Francia. Supuso que el asunto se calmaría y se equivocó: el caso terminó en busca y captura, y pendiente de un juicio por asesinato.

En su camarote, la ansiedad y el miedo le devoraban. Intuía que al llegar a Panamá la policía lo arrestaría. No tenía escapatoria. Armand (Dominique) había preparado bien la huida de Francia, embarcando fuera de territorio francés. Con buen criterio, viajó a España y en Vigo cogió el transatlántico de moda, el *Lusitania*, con un billete de segunda clase para pasar más inadvertido. Pero ahora, si sus presentimientos estaban fundados, no tenía salida. Lo único que se le ocurría era desembarcar en la primera escala de la travesía, La Habana, donde precisamente bajaba el matrimonio Marzoa, aunque su destino fuera Panamá. Después de mucho pensar decidió hacerlo así: estaría atento y con su equipaje preparado para desembarcar en La Habana, siempre que no viese a la Policía Internacional merodear por el muelle; en ese caso continuaría viaje hasta Barranquilla en Colombia, y desde allí llegaría por ferrocarril a Panamá. Estos eran sus planes de prófugo de la justicia.

A la hora de la cena no tuvo ánimos para bajar al salón restaurante. Temía enfrentarse a la mirada acusadora de sus compañeros de viaje. Estaba seguro de que Segismundo había puesto al corriente de sus pesquisas a su esposa y a la joven Violeta. Era la última cena en el barco y el pasaje estaba muy animado. Al día siguiente atracarían en La Habana, donde bajaría buena parte del pasaje. Efectivamente, Segismundo Marzoa le había contado a su esposa su descubrimiento, «basado en meras especulaciones», le dijo aunque la advirtió de que guardara un prudente silencio y se comportara con total naturalidad.

—A nosotros ni nos va ni nos viene. Si él es el prófugo, imagine que le estarán esperando en el puerto, y si no es, enseguida lo sabremos —comentó a su esposa.

—Lástima, un hombre tan encantador —respondió Adela, dejando escapar un suspiro.

A Violeta no le dijeron nada aunque preguntó por él durante la cena, extrañada por su ausencia.

El matrimonio Marzoa se retiró pronto a su camarote tras despedirse efusivamente de Violeta y darle su dirección en Cuba. Debían prepararse para el desembarco del día siguiente. Violeta, un tanto melancólica ante la separación de sus amigos y la ausencia de Armand, se quedó un rato más en cubierta.

—Buenas noches, Violeta —susurró Armand casi a su espalda.

—¡Armand! Le echamos de menos en la cena. Los Marzoa desembarcan mañana. Me da pena separarme de ellos, se han comportado como unos padres para mí. Son tan agradables...

Armand esbozó una mueca de sonrisa y con un tono cargado de tristeza le dijo que tenía que hablar con ella.

—Señorita Saramago, usted ha representado algo muy importante para mí en esta larga travesía. Su forma de ser me ha cautivado; por eso pretendo no decepcionarla. Es muy probable que mañana, cuando lleguemos a puerto, me detengan acusado de un crimen que no he cometido.

Violeta, que no entendía nada, le interrumpió asustada.

—Pero, Armand, ¿no iba usted a Panamá, a trabajar en ese canal?

—Sí, mi querida niña, esa es mi intención; pero voy a intentar burlar la vigilancia, a la que seguramente me están sometiendo, bajando antes de mi destino. Quiero decirle que mi único delito fue ayudar a morir a mi esposa, que sufría una enfermedad incurable. Me tuve que enfrentar a un dilema moral: dejar que se apagara lentamente y con un dolor insufrible, o terminar de una vez con esa tortura. Por eso me persiguen, y quería que usted lo supiera. A partir de mañana leerá muchas cosas sobre mí, pero no soy ningún monstruo. Me confortaría mucho que me creyera, o al menos que no me juzgue como un asesino. Adiós, Violeta, ha sido un placer haberla conocido y haber podido acompañarla en este viaje. —Y cogió su mano para besarla antes de marcharse.

—Armand, espere, por favor —exclamó Violeta, desconcertada ante su confesión.

Pero el ingeniero francés se alejó decidido hacia su camarote o hacia su destino.

Impotente, ella lo vio alejarse. Le hubiera gustado seguir hablando con él. Tenía muchas cosas que preguntarle... Deseaba creerle pero estaba desconcertada. Había visto la tragedia en sus ojos y su voluntad de huir de todo y de todos; incluso de ella. No insistió. Lo dejó marchar.

La llegada al puerto de La Habana fue alegre y bulliciosa. Estaban en el Caribe. El matrimonio Marzoa, cargado de maletas y baúles que portaban un par de mozos, bajó por la pasarela volviendo la cabeza varias veces para despedirse una vez más de la joven Violeta. También controlaban si se producían movimientos extraños en el puerto... Daba la impresión de que eran los únicos pasajeros, junto con Violeta, conocedores de la existencia de un prófugo que había sido su amigo durante la travesía.

—Vamos, vamos, Adela, no te entretengas, y baja de una vez. No vaya a ser que la policía nos retenga para hacernos preguntas acerca del tal Armand o como diablos se llame —apremió Segismundo a su esposa para que no se demorase, tratando de que nada escapara a su curiosidad.

Mientras los veía marchar y los saludaba efusivamente con la mano, Violeta estaba atenta y con el corazón en un puño buscando la figura del francés. Desde luego, Armand no se encontraba entre los pasajeros que se amontonaban en las pasarelas para desembarcar. Sin embargo, de repente se produjo un movimiento curioso:

cuando ya no quedaba nadie descendiendo, cuatro hombres de paisano subieron precipitadamente por una de las rampas y hablaron brevemente con el capitán del *Lusitania*. Violeta vio que se dirigían hacia la zona de camarotes de segunda clase, acompañados por el capitán.

Dominique Fabres les estaba esperando en su camarote, sentado en el borde de la litera y con el equipaje preparado.

Sus miradas se cruzaron en el breve instante en que bajaba por una de las rampas todavía habilitadas, esposado y escoltado por los cuatro hombres, sin duda policías. El ingeniero francés sintió una vergüenza infinita cuando sus ojos se encontraron con los de Violeta. Fue entonces cuando ella no lo pudo remediar y un grito desesperado y potente salió de su garganta.

—¡Es un error! ¡Ese hombre es inocente! —gritó.

Armand o Dominique intentó girarse para agradecer con la mirada a Violeta su confianza, pero uno de los hombres que le custodiaban le dio un fuerte empujón en la espalda, que casi le hizo caer. A continuación desaparecieron en un coche que esperaba con el motor en marcha. Violeta se quedó con la sensación de que toda la felicidad, descubrimientos y momentos placenteros vividos en esa travesía se diluían en una pena honda que anegaba todos esos recuerdos.

Una hora después el *Lusitania* volvió a zarpar rumbo a su siguiente escala, Barranquilla. «¡Cómo pueden cambiar tanto las cosas, la vida y las personas en un instante!», meditó Violeta viendo aquel coche negro a motor que partía a toda velocidad alejándose del muelle. No se resignaba a tantas preguntas sin respuesta y se dirigió al salón comedor donde estaban preparando las mesas para preguntar al amable *maitre* si tenía noticias sobre la reciente detención de un pasajero en el barco. Efectivamente el *maitre*, como miembro destacado de la tripulación, había sido informado del asunto horas antes de atracar el barco en Cuba, y le contó a Violeta lo que sabía, que era más o menos lo que Segismundo Marzoa había leído en aquel semanario.

—Yo también me llevé una desagradable sorpresa cuando nos lo comunicó el capitán. Parecía un hombre agradable, culto y educado. Lo lamento mucho, señorita, por haberle asignado esa mesa y compartir su compañía —se excusó el hombre, algo contrariado por el escándalo que suponía una detención en el *Lusitania* aunque se hubiera hecho con absoluta discreción.

—No tiene usted que disculparse ante mí. Conocerle y disfrutar de su compañía ha sido lo mejor que me ha pasado en esta travesía. Además, estoy segura de que él no asesinó a su esposa. ¡Ojalá se aclare todo en un juicio! —respondió Violeta convencida.

El *maitre* se quedó extrañado ante la vehemente defensa de la joven, y pensó que el francés la había engatusado con sus encantos.

Violeta lamentó no disponer de una dirección para poder escribirle o saber sobre su futuro. Tenía las señas de los Marzoa pero no de Armand, que era quien más interés le había despertado. Desconcertada aún por los acontecimientos, bajó a tercera clase para ver si encontraba a Amelia. Cuando se vieron, le comentó lo ocurrido para conocer su opinión. La joven gallega estaba al corriente de todo lo sucedido, porque un desembarco en los muelles de La Habana siempre era un espectáculo para los pasajeros de tercera, donde había tan pocas distracciones. Y desde luego que subiera la policía a bordo para detener a un pasajero de segunda no era lo habitual; lo normal era que se llevaran a polizones o gente que viajaba de forma clandestina en tercera. El caso es que en tercera el asunto del francés se conocía, una vez descubierto, casi con pelos y señales.

—A mí, ese francés no me gustó. Se le veía algo turbio. ¿No te fijaste cómo me observaba durante la comida el otro día? Me comía con los ojos. Un mal tipo, te lo digo y o que de hombres entiendo un rato. Ese se ha cargado a la francesita. Fijo —dijo Amelia sin dudarlo.

—No digas barbaridades, mujer. A mí me parece un hombre exquisito e incapaz de cometer un crimen. Me contó su historia la noche anterior a la detención, y yo le creo —repuso con firmeza Violeta.

—Ya. Lo que pasa es que a ti te gustaba, porque atractivo sí que era el gabacho. Eso sí, las cosas como son; pero de fiar: nada de nada. —Y Amelia sacó un papel con sus señas en Bogotá y se lo dio a Violeta—. Por si algún día pasas por Bogotá y me vienes a ver. Nunca se sabe...

Las dos jóvenes se abrazaron por si no tenían ocasión de despedirse al arribar al puerto de Barranquilla.

Inmersa en la aventura, Violeta observó con admiración la llegada del barco a Colombia. Los acontecimientos se sucedían sin pausa, y casi sin darse cuenta el *Lusitania* posó su imponente estructura en los muelles del puerto de Barranquilla: la llamada «puerta» del país; por donde entraban y salían los viajeros, las mercancías y todo lo que conectaba Colombia con el resto del mundo. Su aspecto y su actividad resultaban impresionantes. Durante las largas jornadas en la biblioteca del *Lusitania* había leído que la navegación a vapor hizo de Barranquilla un enclave vital para el país, ya que la ponía en contacto con las poblaciones y ciudades del interior, muy cerradas y aisladas hasta que llegó el ferrocarril. No en vano, la navegación era en la Colombia colonial de finales del XIX y principios del XX la principal plataforma de transporte en un país de topografía difícil. Barranquilla era el puerto marítimo de Colombia y la entrada de la emigración; en particular de árabes del Medio Oriente.

Emocionada, excitada y nerviosa, Violeta fue consciente de que había llegado a su destino: un mundo desconocido, mezcla de razas y etnias, con una actividad endiablada, un calor sofocante y un sol abrasador. Era como si de pronto le cortaran de nuevo el cordón umbilical y saliera del confortable útero materno que hasta ahora la había alimentado y protegido del exterior. Las sirenas del barco emitieron ese sonido sordo, largo y evocador. Los primeros en desembarcar fueron los pasajeros de tercera clase, todos con un fardo a las espaldas y una o dos maletas. Entre la multitud que bajaba le pareció reconocer a su amiga Amelia y le deseó suerte con el pensamiento antes de que fuera engullida por la masa. Ahora debía concentrarse en reconocer al tío Eliodoro, al que nunca había visto y del que solo conocía sus cartas leídas, celebradas y esperadas por la familia Saramago, especialmente por ella desde niña. Empezó a ponerse nerviosa ante la posibilidad de que no se encontraran, de que no llegara a tiempo o que hubiera surgido algún problema. Recordó que en la última carta mandaba una fotografía suya para que le reconociera, pero en medio de aquella multitud resultaba complicado identificar a alguien a quien no había visto en la vida. Bajó impaciente por la pasarela tratando de divisar un gesto familiar desde la altura en que todavía se encontraba, y de pronto vio un cartel grande, cuadrado, sujeto a un palo alto que sobresalía entre las cabezas, en el que se leía: «Eliodoro Saramago.» Soltó un grito de alegría y apretó el paso a su encuentro todo lo que sus dos grandes maletas le permitían.

El abrazo de su tío Eliodoro estuvo a punto de descoyuntarla. Dos empleados criollos cogieron en un gesto rápido sus maletas y la saludaron con una inclinación de la cabeza.

—¡Qué alegría más grande, tío Eliodoro! No se puede imaginar las ganas que tenía de conocerle y de estar aquí. ¡Dios mío! ¡No me lo puedo creer! —exclamó Violeta, todavía estrujada entre sus efusivos abrazos.

—¡Violeta Saramago! Eres igual que tu padre, los mismos ojos, y ese temple valiente y decidido. Bienvenida a Colombia, querida niña. ¿Qué tal ha transcurrido la travesía?, aunque con un buque así debe de ser estupendo dar el salto... Ha hecho bien mi hermano en meterte en este barco. ¡Sí señor! —exclamó Eliodoro efusivo.

También Violeta atisbó rasgos familiares en su tío. Era alto pero mucho más corpulento y grueso que su padre, con grandes mostachos y tocado con un sombrero panamá. Estaba tan emocionada que apenas podía hablar; pensar sí podía, y pensó: «Estoy ante el héroe de mi infancia, ¡el tío Eliodoro!, que con sus cartas me abrió el conocimiento a nuevos mundos. Y ahora estoy aquí, dispuesta a descubrir todo lo que soñé cuando padre leía sus misivas.» Casi no podía contestar a las preguntas seguidas que le hacía su tío sobre su padre, la familia, cómo estaba el pueblo, si había habido temporales en el viaje, la situación política de España, qué tal la comida en el barco; porque cuando iba a contestar una ya le estaba formulando otra. Era un torrente de vitalidad y de mando en plaza, así que optó por escucharle, que por otra parte era mucho más interesante.

—Bien, jovencita, pues esto que ves es la costa del Caribe, con su puerto más internacional, como habrás podido comprobar. Todavía nos queda un largo camino que recorrer para llegar a la costa del Pacífico, en el oeste, y de allí llegaremos a la zona cafetera y al hermoso Valle del Cauca, donde tengo las plantaciones. A ver si abren de una vez el Canal de Panamá para podernos ahorrar todo este recorrido. Si pasaran barcos por allí, el *Lusitania* habría atracado en Puerto Buenaventura, que está justo en el Valle del Cauca, y ahora estaríamos ya en la hacienda. Sueño con ese proyecto, Violeta, porque el café se embarcaría desde casa, pero como se ha metido de por medio la política... no lo verán mis ojos —suspiró Eliodoro al hablar de un tema que conocía bien y le preocupaba para la marcha de su negocio.

—En el barco conocí a un ingeniero francés que iba a trabajar en la construcción del Canal y me explicó cómo van a hacer esa gran obra. ¡Es impresionante! Un trabajo de titanes —contestó Violeta, recordando de nuevo y con pesar la figura inquietante de Armand.

—¿Ah, sí? Qué interesante, ya me contarás cuando lleguemos a la hacienda. Por cierto, ¿sabías que hay gallegos trabajando en las excavaciones y en la construcción de los diques? Necesitan mucha mano de obra porque los trabajadores mueren como mosquitos; sobre todos los indígenas, que no tienen temple para aguantar el trabajo duro que exige esa labor agotadora. Ya lo comprobarás en las plantaciones con tus propios ojos. Los indígenas no sirven para trabajar al ritmo del hombre blanco...

A Violeta le extrañó ese comentario despectivo y racista pero no se atrevió a decir nada, e hizo como si no lo hubiera escuchado.

—Muchas gracias, tío Eliodoro, por venir a recogerme. Sé que está usted muy ocupado, y le agradezco mucho el detalle. —La joven ni se imaginaba todavía cómo eran las extensiones en este país y el recorrido que les esperaba para llegar a las plantaciones de café.

—No hay por qué dadas. La hija de mi hermano es mi hija. Además, en cuanto aprendas el funcionamiento de este negocio, vas a ser mi mano derecha, porque ya te habrá comentado tu padre que tengo dos inútiles por hijos, y me ha confiado a ti para que me ayudes en el manejo de las plantaciones. Esa es la verdad.

Violeta admiró la sinceridad de Eliodoro, que le pareció un poco rudo, pero intuyó que para llevar el mando de tantos hombres se debía tener carácter.

En Barranquilla cogieron el ferrocarril que les llevaría a Bogotá, y desde allí tendrían que coger un tren de mercancías, el que trasladaba el café al puerto de Buenaventura, que les acercaría a las plantaciones. Una vez instalados en el tren, a Violeta le pareció un regalo la oportunidad de contemplar el paisaje que se desplegaba ante sus ojos. Iban a recorrer Colombia de norte a suroeste. En ese nuevo trayecto cambiaba la visión infinita y monótona del océano por los diversos panoramas e imágenes sorprendentes que se sucedían al ritmo lento de la máquina. Violeta, emocionada, empezó a vislumbrar los Andes a lo lejos, y se acordó de cuando siendo niña los había dibujado en uno de sus cuadernos. Tras cambiar de tren en Bogotá por el menos cómodo de mercancías, con un solo vagón destinado a pasajeros, pudo captar desde la ventanilla la belleza con que apareció inesperadamente el Valle del Cauca. El lugar que atravesaban gozaba de un clima especial entre la Región Andina y la Región Pacífica, en un valle geográfico dominado por el río Cauca, que discurría elegante entre las cordilleras occidental y central. De pasada, y torciendo mucho el cuello, contempló el inicio de la selva húmeda y los Farallones de Cali, la tranquila majestuosidad del lago Calima y la inacabable llanura selvática.

—¡Todo esto es de una grandeza y una belleza impresionantes! —exclamó extasiada por las imágenes que la desbordaban.

Eliodoro, al verla tan entregada al descubrimiento del paisaje, le dio un sabio consejo.

—Tómalo con calma, sobrina, que vas a llegar reventada a la finca. Ya tendrás tiempo de visitar las regiones de este país lleno de contrastes. Yo, lo confieso, llevo aquí treinta años y solo conozco el valle, un poco Bogotá, y los dos puertos: el de Barranquilla y Buenaventura, y solo por negocios, claro.

Pero Violeta no quería esperar, no quería perderse ni un segundo de contemplación del paisaje, ni de la luz del día. Ahora mismo disfrutaba de un viaje por tierras desconocidas y llenas de esplendor y no quería cerrar los ojos por nada del mundo, aunque le escocieran y el cansancio estuviera a punto de vencerla.

Cuando llegaron a la mansión, Violeta estaba agotada por el viaje y las emociones, que no le habían dejado respiro. Eliodoro dio órdenes de que la acompañaran a sus aposentos y también él se retiró, cansado por el recorrido de ida y vuelta. La habitación de la muchacha estaba en la primera planta. Era una alcoba alegre y amplia, ahora en penumbra porque había caído la noche. Todavía guardaba la tibieza del calor acumulado durante el día. Sin apenas darse tiempo a desvestirse, se metió en la cama. Solo necesitaba cerrar los ojos y dejar de pensar. Dormir todas las horas que el cuerpo le pidiera. Por la mañana al despertar, sobre el mediodía, el sol entró

atenuado por las contraventanas de madera que filtraban la impetuosa luz diurna. Se sobresaltó al darse cuenta de lo tarde que era, se vistió rápida y salió de su habitación a conocer la casa. No había nadie. Todo el mundo parecía estar fuera. En el salón, enorme y exquisitamente decorado al estilo colonial, vio que sobre la esquina de una mesa cubierta por un mantel blanco habían dejado frutas tropicales, un vaso de leche, panecillos horneados y una cafetera de la que salía un delicioso aroma. Desayunó con apetito y, reconfortada, se dispuso a cruzar el umbral de la puerta principal. Se quedó atónita al contemplar lo que ofrecía el exterior: ante sus ojos, un manto verde casi infinito de plantas crecían a media altura en sucesión permanente, cerrado al fondo por la cordillera andina, imponente y majestuosa, con las laderas pobladas de frondosos cultivos que alcanzaban casi las primeras cumbres. Las palabras que le vinieron a la cabeza ante tan espectacular visión fueron: frondosidad y fertilidad. La tierra aquí exudaba vida por todos los poros. La humedad, la altura y el sol hacían el milagro de que el paisaje se tiñera de verde, de un verde infinito y luminoso. No sabía que el café se encontraba en toda esa sinfonía de plantas: desde pequeños arbustos hasta árboles de más de diez metros. Se fijó en las plantas más cercanas y tocó con suavidad unos granos rojos y verdes que se parecían mucho al acebo que se cogía en Galicia para decorar en Navidad.

—Eso es café, sobrina —oyó decir a su tío, que apareció por un lateral de la galería corrida que rodeaba la casa, fumando un gran puro habano—. Buenos días, Violeta, ¿has descansado bien? Ayer aguantaste como una jabata. Si te pones unas botas, que debe de haber por ahí dentro, te enseño la hacienda. Supongo que sabrás montar a caballo. Tu padre montaba bien, que yo recuerde.

Hacia mucho tiempo que Violeta no montaba a caballo, desde que era una cría, pero no quiso decepcionar a su tío.

—Hace años que no monto, pero vamos allá. Estoy deseando conocer este paraíso.

—Montar a caballo no se olvida nunca. Te daré un caballo dócil e iremos al paso, no te preocupes.

Y Eliodoro, orgulloso y contento de tener a Violeta a su lado, le fue enseñando la cordillera andina en su parte occidental, la parte más húmeda de la región donde se extendía el bosque húmedo tropical atravesando el Valle del Cauca con su excepcional biodiversidad.

—Aquí, gracias a las lluvias torrenciales, crece una extraordinaria flora parásita. Nada menos que cuarenta y cinco mil especies de plantas y más de cincuenta mil clases de flores y diversas plantas carnívoras. También tenemos una asombrosa variedad de orquídeas; por cierto, ¿sabes que la orquídea es la flor de Colombia? —explicó a su sobrina.

—Seguro que el paraíso, si existiera —dijo Violeta—, no sería tan hermoso como esto.

—¡Pues claro que existe! El paraíso es Colombia —respondió Eliodoro, ufano.

A lomos de los caballos atravesaron las plantaciones, sembradas de cientos de hombres vestidos de blanco y cubiertos con sombreros de paja que recogían con delicadeza y maestría los granos y los echaban en cestos cruzados sobre sus hombros. Era una hermosa imagen que se multiplicaba hasta donde se perdía la vista. Parecían puntitos blancos sobre un lienzo verde casi infinito.

—¿Cuánta gente trabaja en estos campos? —preguntó intrigada Violeta.

—Tengo dos mil campesinos laborando en los cafetales. Para cultivarlos se poblaron las vertientes de nuestras cordilleras. ¿Has visto con qué habilidad trabajan? Durante años los campesinos de la zona desarrollaron las mejores técnicas de cultivo, recolección y procesamiento del grano, crearon una cultura y una economía propias, y han conservado las formas de vida y las tradiciones de los primeros colonos. Gracias a Dios, aquí, como en Galicia, los principales valores son la familia, la religión, la palabra y el amor a la tierra —dijo convencido—. Además, ya te irás dando cuenta, la producción del café es muy lenta y se necesita una inversión importante. Fíjate que entre la siembra y la recolección tiene que pasar más de un año. El café es un cultivo lento, muy lento, pero sus frutos son una maravilla. La cafeína es el motor que mueve el mundo.

A su paso, algunos campesinos, saludaban descubriéndose la cabeza, pero la mayoría siguió a lo suyo mirando un poco de reojo a la joven dama desconocida que acompañaba al amo. Violeta se fijó por primera vez en los rostros de los trabajadores: casi todos mestizos, y una parte indígenas procedentes de minorías étnicas. Incluso había hombres de color, puesto que en Colombia a lo largo de los siglos los españoles habían introducido miles de esclavos africanos como mano de obra para reforzar a la diezmada población indígena. Trabajaban hombres de todas las edades, desde viejos hasta adolescentes. Observó que apenas había criollos inclinados sobre las plantas para su recolección.

A una hora determinada, la niebla bajó de los Andes y la plantación quedó cubierta por un inmenso manto de nubes. Eliodoro espoleó un poco su caballo y al de Violeta, pues quería mostrarle la entrada al Bosque de Niebla antes de que se cubriera por completo. Entraron en un lugar frondoso habitado por una niebla suave y enigmática, acompañada por mil sonidos diferentes que sobrecogían a los que lo atravesaban por primera vez. Violeta dio gracias a Dios por estar acompañada de su tío.

Sobre las tres de la tarde regresaron a la hacienda. Eliodoro arrancó al galope como siempre que llegaba la hora del almuerzo, olvidando que su sobrina no montaba desde hacía tiempo; pero Violeta, aunque asustada de verlo alejarse sin avisar, no se arredró y espoleó a su caballo obligándole a galopar también. Al principio botaba como una pelota, pero pronto su cuerpo se acopló al ritmo del caballo y sus piernas apretaron con fuerza sus lomos.

A medida que se acercaban a la finca, Violeta pudo comprobar la sencillez y belleza de las haciendas cafeteras de Colombia, alejadas de la fría suntuosidad arquitectónica de las mansiones. La hacienda era grande, de dos plantas con una galería corrida que recorría toda la casa, sostenida por delgadas columnas. En la amplia terraza había hamacas, mecedoras, cuencos llenos de flores por doquier, hermosas mesas bajas de buena madera, y balcones enrejados en la planta superior. Le maravillaron los vivos colores con que estaban pintadas las fachadas: amarillo, verde, rojo y azul. Pura alegría y luminosidad; todo lo contrario que la monotonía y austeridad de las casas de su Galicia natal, donde predominaba la piedra y el color gris.

Nada más desmontar, observó que en los porches les esperaban dos criados negros con sendos baldes de agua para lavarse las manos y unas toallas inmaculadamente blancas. Violeta vio que su tío se lavaba también la cara y lo imitó. A continuación se dirigieron al salón, donde ya estaba preparada una espléndida mesa. Allí les recibió Elvira Zárate de Saramago, que con mirada escrutadora examinó a Violeta de arriba abajo.

—Querida sobrina, espero que hayas tenido un viaje placentero, además del trote sin piedad al que te ha sometido este hombre recorriendo en la primera mañana de tu estancia las plantaciones, en lugar de descansar y reponerte un poco —argumentó, censurando el comportamiento de su esposo.

Violeta la abrazó y agradeció su hospitalidad con palabras sinceras y llenas de cariño, y añadió que sentía enormemente no poder traer buenos regalos de Galicia, dada la falta de espacio en el equipaje.

—Aunque sí he traído unos pequeños obsequios de parte de mis padres para ustedes. —Y pidió permiso para ir a su habitación y cogerlos de una maleta todavía sin desahacer.

Los regalos eran unos primorosos paños de encaje elaborados por las finas manos de las mujeres de Camariñas y una pequeña reproducción en piedra del faro de Fisterra, y para sus primos las socorridas postales del cinematógrafo.

—¡Me quedo con el faro de Fisterra! —exclamó encantado Eliodoro, provocando la sonrisa de Violeta.

Al nombrarlos Violeta, los primos Diego y Simón se levantaron de la mesa donde habían permanecido hasta entonces sentados demostrando su mala educación, y se acercaron curiosos a ver sus regalos. Violeta los saludó cortésmente pero sin mucha efusividad. Se había percatado de que eran dos chicos taciturnos y mohinos, a los que parecía no hacer ninguna gracia su presencia en la hacienda. A los postres, Eliodoro realizó un brindis en honor de la sobrina recién llegada; y, puesto en pie, mostró a su familia, una vez más, su afición a los discursos. Pletórico, arrancó su parlamento ante la mal disimulada mirada de desaprobación de su esposa e hijos.

—Querida familia, quiero brindar por Violeta, que representa a mi familia gallega, a los Saramago, a mi adorada Galicia y a mi querido hermano Odilo, que nos ha mandado lo mejor y más preciado que tiene para nutrir de savia nueva esta hacienda y sus plantaciones, de las que vivimos todos. —Aquí miró directamente a sus hijos—. El nuevo siglo ha llenado de alegría, esperanza y euforia los corazones de todos nosotros. Por ello estamos esperanzados y confiamos en que Colombia deje de estar sacudida por guerras fratricidas que nos desangran y empobrecen. Y que, contagiada por el espíritu de modernidad que impregna el mundo en estos días, nos llegue la ansiada prosperidad y paz. Violeta es hoy con su juventud y su coraje el símbolo del siglo veinte. ¡Seas bienvenida! —concluyó Eliodoro, levantando su copa.

La muchacha, emocionada, aplaudió con ganas, y a los pocos segundos también lo hizo, forzados por las circunstancias, el resto de la familia Saramago. Desconocía las dotes oratorias de su tío y se sorprendió de que creyera que el viaje había sido idea de su hermano Odilo, a no ser que se tratara de una licencia en su discurso, enardecido por sus propias palabras. Lo cierto es que mientras el cabeza de familia hablaba puesto en pie, Diego y Simón se ruborizaban de rabia y envidia hacia una extraña que parecía haber venido a usurparles la hacienda, pensaban. Y ese pensamiento les brotaba sin reflexión, sin freno, embrutecidos por su ignorancia y por el desprecio con que les trataba en público su padre. Su estupor todavía subió de grado cuando Eliodoro añadió que la próxima semana organizarían una fiesta para celebrar

la llegada de «una Saramago de España» y la entrada del siglo XX con todas sus esperanzas.

—Supongo, estimado esposo, que también celebraremos la llegada de tus hijos desde Estados Unidos para conocer a su prima española —puntualizó doña Elvira sin poderse contener.

Eliodoro gesticuló con las manos abiertas enfatizando la obviedad de la pregunta y su correspondiente respuesta.

—Claro, querida, vamos a celebrar todo lo que quieras. Estoy de un humor excelente. —Y de un solo trago apuró la copa de vino.

Los días siguientes fueron de duro aprendizaje para Violeta. Resultaba evidente que los halagos del tío Eliodoro no eran gratuitos. Esperaría a que la chica conociera el territorio y aprendiera los secretos del cultivo del café antes de introducirla en la dirección de la hacienda. Para ello encargó a uno de sus capataces de confianza que la guiara y enseñara todo lo que había que saber.

—De vez en cuando, te acompañaré yo mismo a la plantación y a los almacenes, pero la verdad es que ya no estoy para esos trotes. Con Dionisio estarás en buenas manos. Será un aprendizaje intenso —le advirtió.

Dionisio era un mulato cincuentón en plena forma, dada su formidable corpulencia, que se mostró encantado de la confianza depositada por su señor, y también por tener la oportunidad de dejar el látigo por un tiempo y dedicarse a mostrar las bellezas de la región a la sobrina del amo hasta que estuviera preparada. A caballo, y madrugando mucho, puesto que se levantaban al alba, recorrieron una de las regiones más variopintas e interesantes del país. El suroeste de Colombia era andino, también africano y precolombino. Una tierra de contrastes que estimulaba los sentidos de la joven. Como pudo comprobar a lomos de su caballo, esa inmensa biodiversidad hacía que se pasara del desierto a la selva o al páramo en un solo día. Dejaron atrás volcanes activos, fuentes termales y cordilleras espectaculares. También visitaron, sin bajarse del caballo, misteriosos yacimientos arqueológicos, y de pasada en la ciudad de Cali su mejor arquitectura colonial.

Si un día lo dedicaban a conocer el territorio que rodeaba las plantaciones, al siguiente Dionisio se centraba en enseñarle el proceso del café. Le explicó que en Colombia solo se cultivaba café arábigo, y que fueron los jesuitas quienes habían traído el café de Venezuela a principios del siglo XVIII. La ubicación de Colombia cerca del ecuador favorecía que el café pudiera plantarse a gran altura, donde los granos maduraban más despacio.

—Por eso tenemos un grano más duro y denso que ofrece ese sabor único y consistente al tostarse. Y, por otro lado, gracias a las frecuentes lluvias de la región los arbustos están casi siempre en flor. Algo muy, muy importante, que nos permite recoger a veces, y con un poco de suerte, hasta dos cosechas al año —explicó Dionisio con pasión de entendido.

Bajaron de los caballos para recorrer las interminables hileras de plantas perfectamente alineadas y apreciar en detalle la recolección.

—Fíjese, señorita, que al madurar los granos de una planta a ritmo distinto, el café colombiano debe recogerse a mano. Una labor totalmente artesanal que realizan ejércitos de recolectores que viajan de región en región según dictan las cosechas. Algún año tenemos hasta guajiros que vienen de lejos, allá en el norte del país en la península de la Guajira, para trabajar en la recolección.

—¿Y cómo se secan los granos si llueve tan a menudo? —preguntó intrigada Violeta.

—Como los granos no pueden secarse al aire libre, se procesan en húmedo o se «lavan», como se dice aquí, y la fruta que rodea al grano se quita antes de secarlo. Este proceso elimina gran parte de la acidez y le da al producto ese aroma más rico. Aunque le voy a decir un secreto, señorita Violeta: fuera de la zona cafetera los colombianos no son grandes cafeteros. Eso hace que gran parte de los mejores granos se recojan para la exportación.

Violeta llegaba rendida a la casa de sus tíos, pero satisfecha del aprendizaje acelerado que la convertía poco a poco en experta de los cafetales. Sin embargo, había algo que le producía pena, y era ver a esos ejércitos de campesinos trabajar de sol a sol, parando solo para comer unas sencillas tortitas que llevaban preparadas en sus sacos y un poco de agua, para proseguir la recolección del grano hasta que el sol se apagaba o la niebla se deslizaba silenciosa desde los Andes. «Como una bendición de los dioses», escuchó que decían agradecidos a las nubes. A veces se encontraba con chicos de trece años, o menos, medio desmayados junto a las plantas, buscando su sombra para aguantar sin caer abatidos por el agotamiento; y al capataz, que al darse cuenta sacaba el látigo para obligarles a reanudar el trabajo. Pensó que todavía era pronto para ponerse en evidencia, haciéndole ver su vergonzosa conducta con aquellos niños. Así que ese día decidió hablar de estos descubrimientos con su tío. Había visto, en estas semanas, demasiados abusos con los campesinos y un trato desprecioso, especialmente con los indígenas que trabajaban en las plantaciones. Y eso le dolía profundamente, al tiempo que había constatado su docilidad, esa especie de melancolía de la raza indígena que les hacía vulnerables y fáciles de dominar.

Al llegar a la finca fue directa a hablar con Eliodoro, que se encontraba en su despacho con una visita. Esperó en el corredor sentada en una silla, secándose el sudor de la dura jornada en las plantaciones andando y después a lomos de caballo. Era consciente de que no estaba presentable para irrumpir en el despacho de su tío, con el traje de montar sucio, las botas embarradas y el pelo suelto y alborotado, pero lo que tenía que decir no podía esperar; al menos eso pensaba. Enseguida se abrió la puerta y vio salir a un hombre maduro, rubio y de acento extranjero, que se despedía amistosamente de su tío.

—Ah, estás aquí, Violeta. Mira, te presento a Mr. Thomas Foster, de la United Fruit Company. Es norteamericano y colaboramos juntos en algunos negocios. Mi sobrina, Violeta Saramago, a la que le estoy enseñando el manejo de la hacienda.

Ella saludó cortésmente y se metió en el despacho mientras Eliodoro acompañaba al visitante hasta la puerta principal de la casa.

—Bien, querida sobrina, ¿qué es eso tan importante que tienes que contarme, que ni siquiera te has cambiado ni lavado para la cena? Se nota, se nota el carácter de los Saramago: ese ímpetu, esa vehemencia que no puede esperar, esas ganas de querer comerse el mundo... Dime, ¿cómo ha ido hoy el día? —le dijo al verla tan apresurada.

Violeta le contó su indignación al observar el modo en que eran tratados y explotados los trabajadores en las plantaciones.

—A veces pienso que se los trata como esclavos —se atrevió a decir.

Eliodoro se tomó el comentario con calma. Encendió nuevamente el habano que reposaba apagado en el cenicero de plata, la miró de forma comprensiva y dijo:

—Sobrina, hay muchas cosas que irás descubriendo. Te darás cuenta de que este país es muy diferente a España. Este gran país es como una bomba de relojería siempre a punto de estallar. Hay que tener cuidado y conocer las claves, tanto para sobrevivir como para triunfar. Desde que la Corona española perdió sus posesiones en América siempre hemos estado en vilo con los levantamientos indígenas, que se suceden cada cierto tiempo. Para tener todo bajo control es bueno que haya en el poder un partido conservador, un Estado centralista y estrictamente católico que ponga las cosas y las personas en su sitio. Como ocurre ahora en 1902, ¡felizmente! Hemos pasado por graves sucesos de amotinamientos y de incendios, sabotajes e intentos de huelgas por parte del campesinado, y, ¿sabes?, he comprobado que lo único que funciona es la mano dura, la autoridad. Y te voy a advertir una cosa: los indígenas, siempre callados y aparentemente sumisos, son los peores: unos hipócritas, porque son los instigadores de las revueltas en las plantaciones. Se van al bosque, a las montañas, y allí les adoctrinan en la resistencia.

—Pero, tío, en el siglo veinte no se puede tratar a las personas como esclavos. He leído que en 1851 el Congreso de la República aprobó la Ley de Manumisión por la que se daba por terminada la esclavitud en Colombia. Y ya han pasado más de cincuenta años... —replicó valiente Violeta.

—¡Y qué sabrás tú de la esclavitud! Ni te imaginas cómo era antes. Ahora tienen de todo, he introducido muchas mejoras. Pero son insaciables, nunca están satisfechos; y para colmo les revuelve la cabeza ese Quintín Lame. Ya lo verás, Violeta, hay que atarlos corto. No obstante, si ves algún exceso de mis capataces me lo haces saber inmediatamente. ¿De acuerdo? Y ahora vamos a cenar; seguro que estarás hambrienta. Yo sí que te trato como a una esclava.

Y, riéndose de su propia ocurrencia, se levantó de la mesa y condujo a su sobrina, enlazada por la cintura, hasta el comedor, donde esperaban con cara de impaciencia Elvira Zárate y sus hijos, Diego y Simón.

«Pues sí que tiene afición a los discursos este hombre», pensó Violeta. De todas formas, observó que aunque muy distintos en el plano ideológico, el tío Eliodoro

se parecía a su padre: «La misma determinación y los mismos intentos de tranquilizar al interlocutor cuando se plantea un problema; son unos encantadores de serpientes.» No obstante, lo que había visto en la plantación no le gustaba y no lo olvidaría fácilmente. Volvería a la carga en cuanto pasara un tiempo prudencial. Primero tendría que ganarse su confianza. Y también la de algunos trabajadores indígenas de la plantación para saber cómo vivían en los Bosques de Niebla, arriba en las montañas, y conocer sus condiciones de trabajo. De momento, se quedó con el nombre que había pronunciado su tío: Quintín Lame.

Dejó pasar unos días y le dijo a Dionisio que quería conocer más a fondo los Bosques de Niebla que rodeaban las plantaciones. Se sentía atraída por el manto de nubes que envolvía las cumbres montañosas de la cordillera andina. Una imagen que se le quedó grabada el primer día que llegó a la plantación: las nubes abajo como si fueran un océano blanco inmenso y sobresaliendo por encima de las cumbres. Le pareció fascinante. Además, la niebla y la humedad le recordaban los paisajes de su tierra, «aunque aquí todo es tremendo, grandioso, desbordante y sobrecogedor», pensó al compararlos. Antes de internarse en el bosque dejaron los caballos atados a un árbol. Echaron a andar y Dionisio le explicó que los bosques estaban envueltos por las nubes la mayor parte del año, y las lluvias descargaban de improviso casi todas las tardes.

—Ahora estamos a más de dos mil metros de altitud y ya se aprecia la humedad, y ¡cómo ha descendido la temperatura!, así que cúbrase con el manto, señorita Violeta —aconsejó el guía.

Enfilaron una especie de senda practicada por los indígenas que poblaban la zona, y Violeta comprobó con curiosidad que cada árbol era un jardín botánico con decenas de especies asociadas, dedicadas a la labor de cosechar esas diminutas gotas de agua que formaban la neblina.

—Como verá, el agua que se escurre por las hojas, las ramas y los troncos contribuye a aumentar el caudal de los ríos y quebradas; incluso a dar origen a nuevos manantiales. Es un sistema perfecto de recogida del agua sin desperdiciar una gota. En la selva húmeda no tenemos necesidad de hacer obras de canalización ni de almacenamiento de agua. Todo lo hace la madre naturaleza —explicó satisfecho Dionisio.

Se adentraron en la espesura del bosque acompañados continuamente por la niebla y la lluvia de los Andes, rodeados de una atmósfera inquietante, secreta y desconocida. Violeta iba detrás del guía, que a veces se abría camino con el machete porque el sotobosque era muy denso y se hacía impracticable. Se admiraba de la cantidad de árboles que crecían altos y delgados para arañar algunos rayos de sol y sobrepasar la niebla omnipresente. Algunos, le contó Dionisio señalando con el dedo, como la palma de cera, el árbol nacional de Colombia, podían alcanzar hasta los diez, los veinte y hasta los sesenta metros de altura. «Parecen fuegos artificiales lanzados al cielo», murmuró Violeta admirada por su belleza. El musgo formaba mullidos colchones sobre el suelo y trepaba y abrazaba los troncos hasta cubrirlos totalmente, produciendo una frondosidad extraordinaria. A pesar de la niebla que les acompañó durante todo el recorrido, a veces fina y a veces tan densa que les impedía ver más allá de sus propias botas, pudo comprobar que el musgo, los líquenes y las orquídeas de múltiples colores daban un colorido inigualable a la vegetación y a la mezcla inagotable de especies. A medida que avanzaban descubrían que siempre tras la niebla seguía estando la belleza. Le parecía un paisaje mágico, como de otro mundo, irreal; y que algo le recordaba a los bosques de su tierra gallega. Violeta no se sentía extranjera en aquel hábitat privilegiado de la naturaleza. Se lo dijo a Dionisio, que de vez en cuando volvía la cabeza para comprobar que ella le seguía a dos pasos, maravillada de tanta diversidad.

—¿Y qué animales grandes hay por aquí? —preguntó Violeta, algo intimidada.

—Tranquila, señorita Violeta, en los Bosques de Niebla no habitan animales peligrosos; esos están más bien en la selva amazónica. Aquí, lo más grandecito que nos podemos encontrar, y es difícil, es el olinguito: una especie de mapache pequeño, muy simpático —sonrió el capataz.

Más sosegada con esta información, la joven prosiguió el camino deseando que en algún momento Dionisio propusiera un breve descanso.

Aprovechando un claro del bosque y un poco de sol que se filtraba entre las nubes y los árboles, Dionisio se paró y señaló a Violeta una piedra donde sentarse. Llevaban más de tres horas de marcha lenta pero continuada. Ella agradeció el descanso, y justo en el momento en que se detuvieron atravesó majestuoso el cielo el gran cóndor de los Andes. Durante el trayecto vieron cantidad de aves diferentes y de vivos colores, incluso algún colibrí, pero el cóndor fue un regalo inesperado porque no se había dejado ver hasta ahora. Reconfortada por la espectacularidad del ave, a Violeta le pareció el momento adecuado para preguntarle algo que le rondaba por la cabeza desde hacía tiempo. No sabía muy bien por qué, pero confiaba en ese hombre. Sentía que podía sincerarse con él.

—Dionisio, ¿quién es Quintín Lame?

Él se quedó sorprendido por la pregunta, y más viniendo de una joven española que no llevaba ni seis meses en la hacienda.

—¿De dónde ha sacado usted ese nombre, señorita? —se atrevió a preguntar, temeroso.

—De mi tío. En una conversación sobre el trabajo en las plantaciones, de pronto lo nombró; creo que comentó que los trabajadores indígenas lo tienen en alta estima porque los defiende, y que les llena la cabeza de ideas peligrosas.

—¿Ah, sí? —contestó apurado Dionisio.

No temas, yo no soy como el amo. Esta conversación es confidencial, tanto por tu parte como de la mía, ¿entiendes? Te doy mi palabra. A mí me interesan las condiciones de trabajo de los campesinos y he observado que se les trata muy mal, sobre todo a los indígenas. Se los ve oprimidos y despreciados como pueblo.

—Lo siento mucho, señorita, pero es que yo debo lealtad al señor Eliodoro. No puedo traicionarle, compéndalo.

Violeta se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y puesto en un aprieto a ese buen hombre, así que intentó tranquilizarlo.

—Solo quería saber quién es y si vive por esta zona. Nada más, Dionisio, tranquilo —repuso.

El hombre reflexionó y al final se decidió a hablarle de Quintín Lame, al que definió como una especie de profeta, un iluminado, al que seguían algunos indígenas de los Bosques del Cauca.

—Pero tiene usted que saber, señorita Violeta, que en estos últimos años han mejorado mucho las condiciones de trabajo y de trato. ¿Sabe?, antes los indios tenían que arrodillarse para saludar al amo —aclaró Dionisio.

Al oír ese comentario, la joven decidió no preguntar más y reanudar la marcha. Le bastaba con la información obtenida. Continuaron, y el bosque se volvió a difuminar bajo un denso manto de niebla, acompañado por una lluvia persistente que empezó a caer sin avisar. La lluvia torrencial era un fenómeno que se repetía al atardecer, debido a que las nubes cargadas con la humedad de costas y selvas ascendían hasta las montañas empujadas por los vientos alisios, y allí se juntaban con las nubes y el calor que emanaba de la vegetación del propio bosque; el proceso culminaba siempre con la aparición imprevista de espectaculares lluvias. Dionisio le indicó el hueco de un árbol inmenso, hacia donde corrieron para cobijarse hasta que parase el aguacero. Afortunadamente no estaban lejos de donde habían dejado los caballos.

Durante su incursión por el Bosque de Niebla, sin que lo advirtieran habían sido vigilados por un grupo de yanaconas, comunidad indígena que, junto con los kokonucos, los gambianos y los nasas, habitaban las montañas del departamento del Cauca. Habitualmente no bajaban tanto, pero alertados al ver caballos a la entrada del bosque sintieron curiosidad y les siguieron para conocer sus intenciones. Eran grupos pacíficos y la mayor parte conocían las plantaciones de café, porque muchos de los suyos bajaban del bosque a trabajar en la recolección del grano. Los yanaconas iban muy vestidos, con ponchos largos de lana de vivos colores debido a las temperaturas frías de las montañas, eran tímidos y poco hospitalarios. Descendían de los incas y su lengua original era el quechua, aunque hablaban el español y lo entendían. Dionisio intentaba llegar hasta las inmediaciones de un poblado cercano para mostrarle a Violeta la peculiaridad de la tribu, pero al preguntar la joven sobre Quintín Lame, cambió de opinión y decidió regresar. Mientras desandaban el camino, Dionisio le explicó que este pueblo indígena se organizaba alrededor de los cabildos; un sistema colectivista muy eficaz en el que preservaban sus tradiciones, afirmaban sus costumbres, controlaban sus tierras, defendían su cultura e intentaban recuperar el territorio usurpado por los terratenientes y los gobiernos locales. Violeta se interesó por su aspecto físico y Dionisio le explicó que la etnia yanacona tenía una piel mestiza, nariz prominente y cabello negro liso y largo.

Violeta había pasado más de un año en la hacienda y ya se encargaba de diversas tareas que le encomendaba el tío Eliodoro, tanto referidas al control del proceso de plantación, como a la recolección, y sobre todo a la parte final: el tratamiento y distribución del café, donde la técnica imperaba y había que enseñar el manejo de las máquinas a los campesinos inexpertos. Trabajaba en jornadas agotadoras, pero le gustaba lo que hacía y sentía una gran responsabilidad al tratar con tantos campesinos a los que daba órdenes y conducía. Además, se preocupaba de controlar los excesos de los capataces, adocotrados por el amo en utilizar el látigo en cuanto aparecía el menor signo de debilidad o pereza entre los trabajadores. Con sutil habilidad gallega, Violeta, convencía a algún que otro capataz de que era mejor no utilizar un instrumento tan anticuado como método para hacerse respetar. Poco a poco fue consiguiendo mejorar el tiempo de descanso de los trabajadores, y se ganó la confianza de los que intuía eran líderes de grupo. Los trabajadores indígenas la llamaban «la mujer dorada», porque cuando la vieron cabalgar con el pelo suelto, que brillaba como el oro a contraluz, decidieron que su raza tan clara se parecía al preciado metal. A ella le gustaba que la llamaran así, le parecía cariñoso y metafórico. Cada vez se sentía más cautivada por la cultura y la forma de ser de los indios que trabajaban en la plantación, y por el soberbio paisaje de esa tierra excesiva en todos los sentidos.

Eliodoro estaba contento con su sobrina. Veía que trabajaba duro y que empezaba a ser respetada en la hacienda; pero no sus hijos, que dado el largo período de paz en el país habían decidido permanecer en la plantación. Les devoraba la envidia y no sabían cómo encauzar su apatía y su falta de objetivos. Al final decidieron confabularse para controlar el trabajo de Violeta y su relación con los trabajadores. Presentían que si la acusaban de algo tendría que defenderse, y siempre habría testigos fáciles de sobornar para que apoyaran una acusación falsa, que al mismo tiempo les cubriera las espaldas. De forma sibilina, empezaron diciendo a su padre que Violeta estaba introduciendo mejoras entre los trabajadores que disminuían el ritmo de producción y, aún peor, que les animaba a hacer públicas sus quejas.

—Les da alas a los indígenas en sus reivindicaciones habituales, algo que puede provocar con el tiempo un levantamiento —advirtieron de mala fe a su padre.

Eliodoro sabía que sus hijos eran mezquinos y que estaban devorados por la envidia, pero siempre escuchaba lo que le contaban y se quedaba con lo que le interesaba. Al principio no les hizo ni caso; aunque la sombra de la duda quedó arrinconada en el fondo de su mente. Estaría atento a los acontecimientos, pero no habló con Violeta sobre el tema. «Qué sabrán ellos, esos inútiles de hijos que tengo, si no pisan la plantación. Seguro que si les pongo al mando se levantan los indígenas, porque se han acostumbrado a la autoridad y los modos suaves de Violeta», pensaba en el fondo.

Esa temporada la cosecha fue bien y Eliodoro decidió dar una fiesta en la hacienda para celebrarlo, ya que cuando llegó Violeta no había podido hacerse porque su esposa se puso enferma muy oportunamente, y dijo que no estaba para preparativos, que ya se haría más tarde, al recoger la cosecha. Mejor así, porque tras un año de estancia en la hacienda todo el mundo conocía y respetaba a la joven sobrina del amo. Ese día la hacienda lucía en todo su esplendor. Parecía un jardín del Edén, adornada con flores y antorchas en el exterior. Dentro, en el salón principal, todo estaba preparado para el placer de los sentidos: enormes candelabros con todas sus velas encendidas en cada rincón, bebidas, música a cargo de una pequeña orquesta contratada en Bogotá, y bandejas repletas de suculentos manjares. Todo el servicio vestía impecables uniformes blancos, y ese era el color que también predominaba entre los invitados, en trajes que correspondían a su clase social; algunos caballeros se atrevieron dando a su atuendo un toque de sofisticación, y vestían de negro al estilo europeo y norteamericano. Las damas de la localidad lucían sus mejores galas: vestidos largos ahuecados con miriñaques, un poco pasados de moda, y de todos los colores posibles; y otras, más cosmopolitas, se atrevieron con vestidos estilo *belle époque*, mucho más elegantes y refinados. Violeta, como no tenía nada adecuado que ponerse, consultó a la gobernanta de la finca sobre cómo vestían las jóvenes de las colonias agrícolas cuando se celebraban fiestas en sus poblados. En una semana tenía confeccionado un juvenil y favorecedor conjunto blanco de dos piezas, de falda vaporosa y blusa escotada, llena de volantes y bordada con colores alegres, ceñida a la cintura con un bonito cinturón de cuero. Previamente había pedido consejo a su tía, sin demasiado éxito porque le respondió, sin ningún entusiasmo, que al tener dos hijos varones, solo podía ofrecerle sus vestidos, que «como es natural no son de tu talla».

Cuando Violeta apareció en el salón, Elvira Zárate de Saramago hizo el siguiente comentario:

—Qué inapropiado, parece una sirvienta en día de fiesta. ¡Cómo se le habrá ocurrido vestirse así!

Sin embargo, atrajo las miradas de buena parte de los caballeros, que la encontraron sencillamente encantadora y, por supuesto, diferente al resto de las damas.

—¡Estás preciosa, muchacha! Llevas un vestido muy colombiano —le dijo Eliodoro al verla acercarse hacia donde estaba de pie con un grupo de amigos.

—Sí. Es un homenaje a la clase trabajadora —contestó Violeta con intención.

—¡Ay!, esta sobrina mía me está saliendo un poco revolucionaria. Hace buenas migas con los campesinos, y reconozco que eso va muy bien en estos tiempos de protestas y ánimos levantiscos entre los trabajadores —contestó Eliodoro a modo de explicación a los tres hombres sonrientes que formaban el reducido grupo.

A uno de ellos ya lo conocía, era el norteamericano que había salido del despacho de su tío aquel día, el empresario de la United Fruit Company, y que ahora le miraba sin ningún recato el escote y sus insinuados senos. Violeta besó a su tío y se marchó hacia una de las mesas para servirse una bebida refrescante. «No me apetece nada estar con estos terratenientes de barriga prominente y mirada libidinosa», pensó mientras observaba encantada bailar a los invitados. Viéndoles girar y girar llevados por la música se acordaba de una fiesta muy diferente: la de la boda de Inés y Antonio en la playa de Lariño. La felicidad que había sentido en los brazos de Juan, su querido amigo Juan, y la turbación que la embargó después entre los brazos de Alonso Castro de Madariaga. También le volvió el recuerdo más reciente del misterioso Armand y la extraña atracción que ejerció sobre ella. «Me estoy volviendo mayor, con tantos recuerdos. Solo tengo recuerdos», reflexionó con la exageración propia de la juventud. Y se dio cuenta de que ahora no tenía amigos con quienes compartir los recuerdos y las confidencias. Arañada por la nostalgia, decidió salir fuera para ver cómo se festejaba en las colonias agrícolas que rodeaban la finca, donde se había decretado dos días de fiesta para celebrar la excelente cosecha de ese año. A medida que avanzaba entre el exuberante paisaje de la plantación comenzó a oír una música distinta a la que salía de la mansión. Esta era una música pegadiza y con un ritmo endiablado. En las calles del poblado todo el mundo se movía con frenesí, bailaban separados sin emparejarse, sin desplazar casi los pies del suelo y meneando las caderas de forma muy sensual. Preguntó y le dijeron que esa música se llamaba salsa, y una mujer negra y vieja empezó a moverse delante de ella para que siguiera el compás.

El poblado estaba formado por un conjunto de casitas bajas, en medio de las frondosas plantaciones de alrededor. Eran construcciones con tapias pegadas unas a otras, levantadas con *bahareque* (muros) y teja de barro, con puertas y ventanas de sólidas maderas de la región, adornadas con calados, tallas y apliques. Sus zaguanes, patios y corredores, siempre decorados con flores, pájaros y aromas silvestres, eran el alma de los poblados de colonización. También observó, mientras caminaba curiosa por el pueblo, que las casas solían tener dos espacios: la vivienda propiamente dicha y el lugar destinado al secado de los granos del café. Le pareció un poblado precioso y alegre; sobre todo con la fiesta que desbordaba sus calles y casas. Le extrañó no haberlo visto antes, pero es que se hallaban camuflados entre la frondosa vegetación de las plantaciones que lo cubría todo.

Se encontró con Dionisio y su extensa familia. Vivían en el poblado y la invitaron muy cortésmente a conocer su casa, enalada y de vistosos colores.

—Pensaba que mi tío invitaba a sus capataces a la fiesta en la finca —comentó Violeta extrañada.

—No, señorita, nunca nos mezclamos. Cada uno tiene su lugar, y ya ve que lo pasamos bien aquí —sonrió Dionisio, y le ofreció de beber un cóctel blancuzco muy dulce y que repentinamente se le subió a la cabeza.

Dedujo que la mujer de Dionisio era india por sus rasgos diferentes, y porque dentro de la casa iba descalza. Un poco mareada por la bebida, salió a la calle, donde continuaba el baile y la música pegadiza. Había grupos que se retorcían como en un rito de catarsis ancestral. Reconoció a varios jóvenes indígenas empleados en la recolección de los cafetales y se puso a hablar con ellos. Al principio se extrañaron de ver a la mujer dorada en el poblado, conversando con naturalidad y tratando de imitar el ritmo perfecto de sus cuerpos en sincronía con la música, pero enseguida contestaron a las preguntas de Violeta.

—¿Vosotros vivís en el pueblo?

—No, señorita, vivimos arriba, en las montañas; pero como hay dos días de fiesta por la cosecha hemos bajado para beber y divertirnos un poco —contestaron respetuosos.

—Me gustaría conocer vuestros famosos cabildos de las montañas. He oído que tenéis una organización excelente. ¿Hay escuela para los niños?

—No, no tenemos nada de eso. Está prohibido —contestó uno de ellos.

De pronto, esta actitud de no permitir la educación a la raza indígena, condenada así a permanecer en el anonimato y la ignorancia, le recordó a la misma táctica empleada durante años por la Iglesia católica en Galicia con las mujeres, a las que se había excluido de la educación de forma sistemática.

—Entonces, ¿vosotros no sabéis leer ni escribir? —se extrañó.

Los jóvenes indios callaron avergonzados y porque vieron llegar a un hombre de considerable estatura, vestido con un poncho oscuro y que transmitía una

innegable autoridad sobre ellos.

—La mayoría del campesinado de las plantaciones no conoce la lectura ni la escritura, aunque ellos no lo tienen prohibido; los indígenas sí —contestó con rotundidad el desconocido, al mismo tiempo que hizo un gesto a los jóvenes para que se marcharan con él.

—Espere, por favor, señor. No se vaya. Me gustaría hablar con usted —rogó Violeta, impresionada por su presencia.

—Nos tenemos que ir, señorita, estos chicos son muy jóvenes y han bebido demasiado, no están acostumbrados, y nos queda un largo camino en la oscuridad para subir a las montañas —respondió el indio.

Enseguida los hombres desaparecieron por el camino que se abría entre las plantaciones. Violeta, confusa, intuyó que ese hombre era un jefe yanacona. Su duda se la aclaró enseguida Dionisio, que llegó corriendo hasta donde se encontraba para decirle excitado:

—¡Ese hombre era Quintín Lame! ¡Ha hablado con Quintín Lame!

—¿De verdad? Tiene un aspecto imponente. Pero ¿qué hacía en el pueblo? —preguntó Violeta, emocionada por el descubrimiento.

—Seguramente ha bajado a buscar a esos chicos, para que no se metan en líos. Hace unos años, en la fiesta de la cosecha de otra hacienda, a un joven yanacona lo acusaron de violar a una campesina. A la semana siguiente apareció muerto entre las plantas de café con el cuerpo y la cara destrozados a golpes. Luego se supo que la mujer había mentado porque estaba embarazada de uno de los capataces, naturalmente casado y padre de familia —le explicó Dionisio.

—¡Dios mío! ¡Cómo pueden aguantar tanta humillación e injusticias! —exclamó Violeta indignada, para añadir—: Los siguen tratando como esclavos.

—Vamos, señorita Violeta, debe usted regresar a la fiesta en la hacienda. No es bueno que la vean aquí, y sobre todo que la vean hablar con Quintín Lame. Es un insurgente peligroso —apremió Dionisio.

Violeta le hizo caso y regresó a la finca con más preocupaciones que las que tenía al salir. Se encontraba algo desconcertada. Consciente de que existía un mundo desconocido, todavía oculto en un clima de hipocresía y encubrimiento respecto a los abusos de los amos. En el salón continuaba el baile y la música, aunque en las mesas ya solo quedaban restos de comida. No tenía humor para quedarse viendo la cara de idiotas que ponían sus primos mientras bailaban con las señoritas de la alta sociedad, y optó por retirarse a su alcoba. Al cruzar el corredor y pasar por el despacho de su tío para darle las buenas noches, oyó las voces de varios hombres en acalorada conversación, uno de ellos Thomas Foster. Se detuvo ante la puerta abierta y escuchó.

—Hay que estar preparados para intervenir, Eliodoro. Si las informaciones que manejas son veraces, no podemos consentir que vayan otra vez a la huelga. La influencia de ese hombre resulta pernicioso. Ya sabemos cómo empiezan estas cosas: primero se plantan en una huelga y a continuación vienen los levantamientos. ¡Hay que sofocarla!

Violeta se retiró sin hacer el más mínimo ruido. Estaba segura de que el americano hablaba de Quintín Lame.

Tardó en conciliar el sueño. «Creía controlar casi todo en las plantaciones, que sabía cómo iban las cosas, y resulta que no me entero de nada: ni dentro ni fuera», reflexionó contrariada. Y así era, porque Eliodoro delegaba en ella una parte de sus responsabilidades, pero no le contaba las intrigas, planes y negocios que llevaba ocultos para apoderarse de nuevas tierras en las laderas de las montañas propiedad de los indígenas, para así extender sus posesiones, ni de la tala ilegal de árboles de los Bosques de Niebla para vender como madera a la United Fruit, cosa que se venía haciendo en secreto desde hacía años ante el estupor e impotencia de los pobladores de las montañas. Y por otra parte, los indígenas y algunos campesinos más concienciados llevaban meses preparando una huelga en silencio para mejorar sus condiciones de trabajo y recibir el mismo sueldo que los trabajadores de las plantaciones de caña de azúcar o de las bananeras. Habían esperado a terminar la recolección y ganar los pesos debidos por su labor para preparar un plante en la carga y distribución de los sacos de café de la hacienda a Puerto Buenaventura, si no aceptaban sus peticiones.

Se durmió inquieta, pensando y atando cabos. La presencia de Mr. Foster en la hacienda y la conversación escuchada le llevaba a deducir la influencia que ejercía ese hombre sobre Eliodoro y sus negocios. Había leído, en los pocos periódicos que llegaban a la finca, que una de las consecuencias de la pérdida de Panamá podría ser el comienzo del imperialismo norteamericano en Colombia y el resto de América del Sur. Eso le recordaba las palabras de Armand Doisneau en el barco sobre el interés norteamericano en construir y gestionar el Canal de Panamá. También le inquietaba la presencia del líder indígena Quintín Lame tan cerca de la hacienda. Empezó a no creerse que solo estuviera allí para recoger a unos jóvenes indios un poco bebidos. Lo cierto es que esa noche había muchos indígenas en el poblado aprovechando la confusión de la fiesta. «¡Igual estaban preparando algo con gente del poblado!», se preguntó antes de caer en el sueño.

A partir de ese día Violeta cambió. Siguió trabajando con toda su entrega en la hacienda y la plantación, pero ya no era la joven ingenua que solo veía lo que tenía delante, ni se creía a salvo de las envidias y recelos de sus primos. Empezó a comprender que todo tenía doble cara: tanto el amo y sus intrigas, como los campesinos y sus maniobras; y que a ella ambas partes solo le mostraban una: la visible y cotidiana. Se volvió desconfiada y aprendió a estar alerta debido a que no sabía muy bien en qué lugar colocarse, ya que nadie le confiaba la verdad sobre los acontecimientos que se iban a desencadenar.

Si que percibió que, una vez acabada la recolección, los campesinos se veían más tensos y que Eliodoro y los capataces, nerviosos, volvían a usar el látigo con soltura. Faltaba una semana para que empezara la recogida en los sacos, la carga y distribución de toda la producción del café. Una fase final importantísima para dar por concluida la cosecha y poder exportar el grano a Europa. Violeta tenía preparadas las cuadrillas en grupos de diez hombres que debían trabajar sin descanso para llenar los sacos y cargarlos en carros y en el ferrocarril, que los llevaría a Puerto Buenaventura. El mismo proceso se vivía en las otras haciendas del Valle del Cauca. Una tarde ya no pudo más y, presintiendo que algo flotaba en el ambiente y la tensión se podía cortar con un cuchillo, decidió preguntar abiertamente al mulato Dionisio.

—Dionisio, por favor, ¿qué va a pasar? Mañana empieza la carga y distribución de toda la producción y noto que se prepara algo. Quizá yo pueda mediar con el amo, no sé... ¡Ayúdame, te lo ruego! No quiero quedarme al margen.

—Señorita Violeta, no puede hacer nada. Lo único que le aconsejo es que mañana no venga a las plantaciones. El trabajo que hay que hacer es cosa de hombres —respondió.

No necesitó saber más. Salió de una de las naves donde se guardaba el grano y corrió hasta la hacienda. Tenía que hablar con su tío. Entró en su despacho sin llamar a la puerta. Estaba realmente preocupada por lo que podía pasar.

—Tío Eliodoro, creo que mañana va a haber un plante. Estoy segura de que no van a llenar los sacos ni se va a poder finalizar la distribución del café. Debería convocarlos y hablar con ellos. Quizás aún estemos a tiempo de parar esto...

Eliodoro levantó los ojos de una carta que estaba escribiendo, la miró atentamente, suspiró y le dijo que se sentara, por favor.

—Querida Violeta, ya lo sé. No te preocupes, todo está controlado. Mañana esos desgraciados, esos ingratos se van a encontrar con la plantación tomada por el Ejército. Los soldados les harán entrar en razón. Ya veremos entonces si llenan los sacos o no —respondió pausadamente y sin perder los nervios.

A Violeta le costó admitir aquello.

—Pero, tío, si entran los soldados en la plantación se puede producir una masacre...

—No, niña, no. En la plantación no quiero sangre. Será solo una medida disuasoria. Hay órdenes de no disparar. Pero te aseguro que la producción saldrá adelante, como me llamo Eliodoro Saramago.

—¿Y si los campesinos no van a la plantación ni a las naves y se quedan en sus casas y en las montañas? —se le ocurrió preguntar sobre la marcha, tratando de parar aquella locura.

—Pues entonces, querida, el Ejército se retira, claro está. Pero... —Eliodoro dudó si seguir hablando o callarse. Decidió finalmente confiar en su sobrina— se pueden producir incendios en las comunidades indígenas de allí arriba. Una pena.

Violeta vio claro que su tío lo tenía todo absolutamente controlado y que poco o nada podía hacer ella ante unos hechos que se iban a desencadenar en pocas horas. Antes de retirarse apenada a su habitación, oyó a su espalda la voz de su tío:

—Espero que sepas de qué lado estás y te comportes como una Saramago.

Violeta giró un poco la cabeza y sin volverse del todo contestó con aplomo:

—Una Saramago jamás haría lo que están ustedes planeando.

Eliodoro se quedó algo perplejo ante la contestación de su sobrina, pero en el fondo admiró su valentía. «Tiene cojones la niña. Algo de lo que carecen mis hijos», pensó. Asimismo, le sorprendió el plural que había utilizado en el reproche: «ustedes». Y se preguntó si sabría más de lo que aparentaba.

En su habitación, Violeta se sintió desolada e impotente. Era consciente de la tragedia que se podía producir el día siguiente. ¡Y ella tenía todas las claves!, por lo menos del lado del opresor. ¡Cómo dormir!, ¡cómo no hacer nada!, a la espera de que amaneciera y los dos bandos se enfrentaran: unos con los brazos caídos y otros con armas cargadas. Por un momento pensó en hacer algo: podría intentar llegar hasta las dependencias de la servidumbre y contarles lo que sabía para que avisaran a los huelguistas. Pero luego recapacitó y se preguntó qué ganaban con esa información; si decidían no ir a las plantaciones para no enfrentarse al Ejército, entonces la represalia se volvería contra los indígenas, quemando sus poblados de las montañas. Además, tuvo que reconocer que no tenía a quién confiarle semejante información entre la servidumbre. Las criadas y los sirvientes eran una mezcla de razas y etnias diferentes pero no había indígenas entre ellos. En una palabra: no eran de fiar. Todavía se debatía entre la lealtad debida a quien le había dado cobijo en su casa y la trataba como a una hija, o intentar ayudar al pueblo oprimido que harto de humillaciones se iba a plantar ante los terratenientes. Un dilema difícil de resolver a esas horas de la noche. Pero no se rendía. Después pensó en otra posibilidad: salir discretamente de la finca y llegarse hasta el poblado cercano para avisar a Dionisio de lo que se avecinaba, seguramente él sabría qué hacer. Se acercó a la puerta pero comprobó que no se abría. La habían cerrado por fuera con llave. Miró a través de los amplios ventanales de su alcoba que daban a la galería corrida de la finca y vio la silueta de dos criados del amo sentados en sendas hamacas, estratégicamente situados a ambos lados del ventanal.

Su nerviosismo le impidió acostarse. No podía permanecer inactiva. Sacó papel del escritorio y escribió una larga carta a su padre. Necesitaba desahogarse con la persona que más quería y admiraba.

Odilo Saramago había terminado las visitas en el pequeño consultorio de Lariño y regresaba a su casa. Suponía que era muy probable que hubiera llegado carta de Ultramar. Desde hacía dos años la familia vivía pendiente de las cartas de Colombia: las de su hermano Eliodoro y las de su hija. Las de Violeta eran más frecuentes. A ella le gustaba escribir y echaba en falta a sus padres. En su última carta describía la ineptitud de sus primos y la envidia que les producía las nuevas responsabilidades que Eliodoro había delegado en ella para manejar la hacienda. Rosalía y Odilo reían con estas cosas y se sentían orgullosos de su hija.

Efectivamente, su intuición no fallaba: había llegado carta de Violeta. Frente al fuego de la chimenea que caldeaba la habitación en un verano extinguido, Odilo abrió el sobre y comenzó a leer en silencio ante la mirada expectante de Rosalía.

—Léela en voz alta, que me tienes sin vivir. ¿Qué nos cuenta Violeta?, ¿pasa algo? —dijo Rosalía apremiando a su esposo.

Queridos padres:

Cuando reciban esta carta es muy posible que todo se haya tranquilizado, pero esta noche estoy inquieta, ofuscada, y necesito contarles lo que está pasando. Llevo aquí más de un año y nunca antes se había planteado una situación así: mañana los empleados de las plantaciones, creo que de cuatro en total (no solo la del tío Eliodoro), van a hacer huelga, y eso supone que no se pueda culminar el proceso de producción del café: un desastre para la hacienda. Eliodoro y los otros propietarios han hecho valer sus influencias con el Gobierno para que el Ejército intervenga y obligue a trabajar a los campesinos. Tengo mucho miedo a lo que pueda pasar mañana. Todo puede explotar, con armas de por medio. Los campesinos son muchos y últimamente parecen muy concienciados; yo calculo que pueden seguir el plante unos seis mil trabajadores de todas las haciendas del Valle del Cauca. Y la represión puede ser atroz. He intentado hablar con el tío, pero no negocia con los empleados. Se refugia en los soldados para que defiendan la cosecha. Me duele decirte esto, padre, pero el tío Eliodoro a veces se comporta como un tirano y trata a los campesinos como a esclavos, ¡en pleno siglo xx! Sobre todo cuando reclaman mejoras en las condiciones de trabajo. Realmente esto es muy diferente a la pequeña y tranquila Galicia. Aquí todo es absorbente, grandioso, tranquilo en apariencia hasta que estalla, y los ánimos están muy exaltados.

¡Cómo me gustaría estar a su lado!, para que me confortaran y me aconsejaran qué hacer en estas circunstancias; aunque sé lo que debo hacer. No se preocupen por mí, que no me voy a meter en líos.

Les quiere mucho,

VIOLETA

Al terminar la lectura, Rosalía casi gritó a su marido:

—¡Dios mío! Violeta tiene que quedarse en la casa y no salir para nada de la finca hasta que todo se calme. La pueden matar. ¿Qué podemos hacer, Odilo? Tenemos que decirle que sea prudente.

Odilo se quedó pensativo, devorado por la preocupación, con la carta sobre las rodillas y una tremenda impotencia.

—Solo podemos esperar —contestó con amargura.

Ambos sabían que el correo era todavía el único sistema de comunicación para la mayoría de las personas, y que tendrían que esperar otro mes para que Violeta recibiera la carta de sus padres aconsejándola que se mantuviera al margen y preservara su integridad y su trabajo en la hacienda de Eliodoro. Entonces sería tarde. En la época existían el telégrafo y el teléfono, pero solo en las grandes capitales y a través de centralitas con operadoras. Odilo no cesaba de pensar en el invento reciente: el teléfono, que servía para hablar a grandes distancias; pero, como todos los grandes hallazgos, al principio resultaba inalcanzable para el común de la población y mucho más en los pueblos pequeños. El teléfono no podría ser usado libre y abiertamente por los ciudadanos hasta años después.

Rosalía no quiso resignarse a esperar, dadas las peligrosas circunstancias que su hija describía en la carta. Resuelta, apremió a Odilo a que se le ocurriera algo.

—No podemos quedarnos con los brazos cruzados. Te lo ruego, mueve todos tus contactos. Si no podemos hablar con ella, que al menos le lleguen nuestros consejos lo antes posible. Temo que se meta en líos, y que se convierta en una abanderada de otra revolución de esas que cada dos por tres estallan en ese país —insistió preocupada.

Odilo seguía tratando de dar con la manera de comunicarse con su hija o con Eliodoro lo más rápido posible. Al final decidió trasladarse a Vigo, pues allí había una oficina de Telégrafos donde al parecer la Western Union tenía conexión a través del Atlántico con Madeira, Fortaleza, Trinidad, La Antigua y Cuba. Podría mandar un cable a Cuba y que desde allí lo remitieran a Bogotá, con la dirección de Eliodoro en el departamento del Cauca. Su hermano era un hacendado importante y el cable urgente llegaría a su destino mucho antes que una carta. Al menos, tenía que intentarlo.

Al regresar de Vigo se lo contó a su esposa para tranquilizarla, pero Rosalía se obstinó en decir que su hija estaba en medio de la selva, y que allí seguro que no llegaba el cable ese que había puesto Odilo con toda su buena intención.

—No la tendríamos que haber dejado marchar. Ese país no es seguro. Salen de una guerra y se meten en otra. ¿Te das cuenta, Odilo? Si no se hubiera ido ahora estaría casada con Juan y tendríamos dos o tres nietos correteando por la casa. —Y se echó a llorar desconsolada.

—Cofiemos en que llegue el cable. Eliodoro es una persona conocida en Bogotá. Y seguro que nos contesta por el mismo medio para informarnos de cómo va todo. Respecto al viaje de Violeta... fue su decisión. Una decisión muy meditada y quizá necesaria en aquel momento de su vida. No hubiéramos adelantado nada prohibiéndole el embarque. Se hubiera ido al año siguiente, con la mayoría de edad, y en peores condiciones. ¿Es que no conoces a tu hija?

—Sí. Es igual que tú. Nunca estáis satisfechos con lo que tenéis. Siempre con la cabeza en otro sitio —respondió ella, secándose las lágrimas.

Odilo no quiso discutir y se retiró, como hacía siempre con Rosalía. Solo confiaba en que su hermano Eliodoro supiera proteger y retener a su lado a Violeta. Pero

su inquietud iba en aumento a medida que releía una y otra vez la carta apurada de su hija. Salió de la casa y montó a *Acantilado*. Necesitaba galopar por la playa para despejar sus presentimientos. Unos presentimientos que le llenaban de temor. Conocía a Violeta y suponía que el hecho de que estuviera el Ejército de por medio la habría llenado de indignación, y que si las cosas se ponían feas, ella tomaría causa a favor de los campesinos porque no podía tolerar las injusticias, incluso pensó que era muy capaz de participar en las revueltas revolucionarias si estas se desencadenaban. Estas reflexiones no las podía compartir con su mujer, y menos con el desasosiego que llevaba encima la pobre, así que espoleó al caballo y recorrió al galope la playa de Lariño hasta Louro para descargar su ansiedad.

Nada más amanecer, Violeta saltó de la cama y corrió hasta la puerta para comprobar si seguía encerrada. Habían quitado la llave. Se vistió deprisa y fue en busca de su tío. En la casa solo estaba el servicio, en silencio y con cara de susto. Preguntó por la señora y la gobernanta le contestó que estaba en sus aposentos encerrada con llave. «Aquí todo el mundo echa la llave...», pensó. Salió apresurada de la casa, montó uno de los caballos del establo y atravesó las primeras líneas de la plantación hasta llegar a la nave principal donde debían cargar el grano. «Debo ir a trabajar como un día normal. Es mi obligación. No debo tener miedo», se repetía mientras desmontaba y el corazón le seguía galopando.

El espectáculo que vio sobrecogía. Dentro de la nave había unos trescientos hombres con los brazos caídos, junto a los contenedores de grano. Estaban rodeados de soldados alertas y con el fusil preparado. Eliodoro, subido en una caja con los brazos en jarras, esperaba retador a que los empleados se movieran y empezaran a trabajar. Violeta miró por encima del hombro y observó que fuera las plantaciones se iban llenando de campesinos que acudían lentamente, y también indígenas que bajaban de las montañas y se unían al resto. Todos los movimientos, lentos y pausados, transcurrían en el más absoluto silencio; pero era una calma tan tensa que se podría interrumpir con el vuelo de una mosca. Los campesinos de fuera avanzaban y eran más que los que permanecían dentro. El verde luminoso de las plantas de café se teñía de blanco a medida que los hombres se acercaban a la nave. Se podía oler el miedo.

Violeta observó más atentamente, sin atreverse a entrar del todo en el almacén, y reconoció a Thomas Foster escondido detrás de unos soldados. Daba la impresión de que no quería significarse demasiado. De pronto la joven oyó la voz potente de Eliodoro.

—¡Violeta, quítate de ahí! Ven aquí y ponte detrás. No tendrías que haber salido de la hacienda —gritó su tío en cuanto se percató de su presencia.

Obedeció, avergonzada porque todo el mundo la miraba. La voz de trueno de su tío había roto el silencio, y ella se había convertido en el centro de atención muy a su pesar. Nadie más se movió. Pasaron otros cinco minutos eternos, angustiosos, en los que se podían oír los latidos de cientos de corazones atemorizados o llenos de cólera. Con un gesto rápido de su mano derecha Eliodoro dio una orden y al menos veinte fusiles dispararon al aire provocando un buen estruendo y haciendo que muchos campesinos se arrojaran al suelo instintivamente. Entonces el amo volvió a hablar:

—La próxima vez los soldados no dispararán al aire. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. ¡Al trabajo todos! Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Uno, dos, cuatro, diez, veinte, así sucesiva y lentamente, vencidos por el poder de las armas, los campesinos se fueron incorporando a su labor de llenar los sacos con los granos de café. Más de la mitad rompieron la huelga de forma inmediata al oír los disparos; un poco más tarde, el resto también lo hizo. Mientras, en la plantación los hombres permanecieron quietos, erguidos aunque doblegados a la fuerza, testigos de la humillación recibida y con el odio concentrado en cada gota de sudor.

El retén de soldados adoptó posición de descanso al ver que los trescientos empleados trabajaban a buen ritmo y con el miedo metido en el cuerpo. Los cuatro capataces de Eliodoro seguían vigilantes y empuñando el látigo por si acaso. Violeta buscó con los ojos a Dionisio y lo encontró con la mirada baja y las mejillas humedecidas por las lágrimas. Eliodoro, de un salto, bajó de la caja de madera, que por cierto estaba marcada con las siglas UFCO (United Fruit Company), y encendió un puro habano con gesto altivo hacia los trabajadores. «Otro gesto más de desprecio innecesario», pensó Violeta al verle encenderlo con chulería. No pudo contenerse más y dirigiéndose al norteamericano, que estaba a su lado, le dijo:

—Y usted, ¿qué hace aquí?

Mr. Thomas Foster, confuso ante la impertinente pregunta de la joven, miró a Eliodoro y contestó cauto.

—Acompañar a su tío en estos momentos difíciles, señorita.

Violeta lo miró desafiante, incapaz de ocultar que aquel individuo le producía asco.

—Exacto, como me acompaña mi querida sobrina en estos momentos en los que hay que poner a salvo la producción de esta excelente cosecha. Una Saramago de los pies hasta su preciosa cabeza —intervino Eliodoro para aliviar la tensión entre ambos.

Al cabo de seis horas todo el grano estaba ensacado y cargado para llevarlo al ferrocarril, donde lo descargarían en Puerto Buenaventura. Violeta llevaba razón al desconfiar de ese hombre, el norteamericano. Un poco más tarde llegaría a saber que la UFCO era una unión de varias compañías norteamericanas, una transnacional que pagaba la instalación de las vías férreas de las plantaciones hasta los puertos de embarque, con la implicación de los Gobiernos de turno, para su exclusivo beneficio empresarial.

Cuando regresaron a la hacienda, Violeta vio como los campesinos que habían permanecido fuera en señal de apoyo se iban diseminando y, abatidos, regresaban a los poblados agrícolas o a los Bosques de Niebla. La huelga había sido sofocada, como decía Mr. Foster.

Llena de tristeza sintió que estaba en el lado equivocado: protegida por el poder, escondida tras la fuerza de las armas, pero no por la razón ni por la justicia, sino por la tiranía. Su apasionada juventud no podía tolerar aquello. Por ese motivo, mientras cabalgaba de regreso junto con Eliodoro y el norteamericano, se había sentido vil y traidora. De buena gana hubiera dado media vuelta para unirse al ejército pacífico de hombres de blanco que reculaba con su dignidad herida.

Al llegar a la finca cruzó el salón comedor donde Elvira Zárate tenía preparado lo que ella denominaba un *lunch*. Se excusó y, retirándose a su alcoba, dijo que no tenía estómago para comer nada. Doña Elvira pensó que a esa muchacha no le habían enseñado modales en su casa española. A continuación llamó a sus hijos, Diego y Simón, y les anunció que su padre ya había llegado y que todo se había solucionado satisfactoriamente.

—¡Chicos! Venid a saludar a vuestro padre y a Mr. Foster. Creo que todo ha ido estupendamente. ¡Gracias a Dios y la Virgen de Santa María de Cali! Menos mal que mis plegarias han servido para algo...

Alrededor de la mesa, llena de excelentes viandas, y tras una jornada agotadora y tensa, los cinco comieron y bebieron con ganas; sobre todo Eliodoro, que había contrarrestado el amotinamiento con éxito y estaba hambriento. Simón, el mayor de sus hijos, se acercó y le susurró al oído:

—Ahora se dará cuenta de que nos tiene que creer cuando hace meses le informamos de que se estaba preparando algo importante. Son unos malnacidos y nos odian, padre. Hay que someterlos y no darles tregua, todo lo contrario de lo que hace Violeta con su comprensión hacia los indígenas y campesinos.

—Dejadme en paz, víboras, que sois unas víboras. Violeta hoy ha estado en la plantación y en la nave, a mi lado, dando la cara y jugándose el tipo. No como vosotros, cobardes, siempre acurrucados en las faldas de vuestra madre —contestó Eliodoro irritado.

Todo parecía haber vuelto a la normalidad. Durante esa semana los empleados fueron a trabajar y daba la sensación de que la huelga se había sofocado definitivamente, hasta que lo volvieran a intentar. Eliodoro conocía a sus empleados y sabía que los levantamientos eran cíclicos, pero hasta ahora nunca había tenido que recurrir al Ejército, aconsejado por el norteamericano. Sin embargo, las apariencias engañaban. Esa semana de normalidad la utilizaron los campesinos para organizarse y convocar una gran manifestación en la ciudad de Buenaventura. Se corrió la voz en el valle para que los empleados de las plantaciones acudieran a concentrarse en la plaza, cercana al puerto: destino final del procesamiento y distribución del café para la exportación.

Habían elegido la última jornada de carga en los barcos para manifestar su pacífica protesta por las pésimas condiciones de trabajo y la humillación sufrida por los huelguistas al intervenir los soldados y disparar al aire, obligándoles a trabajar en la nave de Eliodoro. Ante esa provocación, su respuesta fue reunir a cinco mil

manifestantes concentrados en la plaza de Buenaventura, algunos con sus hijos y familia, a los que se sumaron los indígenas de los Bosques de Niebla andinos. Esta vez estaban decididos a quedarse, aunque el Ejército estuviera desplegado a su alrededor. Los huelguistas eran muchos y estaban desarmados. Solo querían mostrar la fuerza de su presencia. Ya no temían a los soldados. Estaban decididos a permanecer allí aunque disparasen al aire. No claudicarían atemorizados como una semana antes en la plantación de Eliodoro. Los de la cabecera de la manifestación se dieron la mano en un gesto de unión para que todos hicieran lo mismo y se dieran ánimo.

Un nutrido contingente de soldados al mando del general Cortés Vargas se situó en posiciones estratégicas con la intención de rodear la plaza. Trescientos hombres armados atentos al toque de corneta apuntaron sus fusiles, y fue el propio general quien dio la orden de abrir fuego por tres veces consecutivas. Acto seguido se vieron caer cuerpos entre la multitud, pero los soldados siguieron disparando a los manifestantes acorralados en la plaza. Se produjo una estampida general que aumentó aún más la cantidad de muertos a causa de los aplastamientos. Un número indeterminado de personas fueron asesinadas vilmente por trescientos hombres obligados a matar. La plaza se tiñó de rojo.

Esta acción sin precedentes en la historia contemporánea de Colombia se llamó la Masacre de los Cafetales. Nunca se supo a ciencia cierta la cifra total de víctimas porque fueron arrojadas al mar. La versión oficial del Gobierno hablaba de quince fallecidos entre los huelguistas, pero las familias dijeron que fueron cientos los asesinados a sangre fría. El general que dio la orden de disparar argumentó días después que lo había hecho, entre otros motivos, porque tenía información de que la armada norteamericana estaba cerca de la costa lista para desembarcar tropas en defensa de los intereses comerciales de la United Fruit Company, y que de no haber dado la orden, Estados Unidos habría invadido tierras colombianas. Esta masacre no le generó ninguna responsabilidad penal ni política. El Gobierno no solo le mantuvo el rango, sino que posteriormente fue ascendido y nombrado comandante de la Policía en Bogotá.

La difusión de la masacre tuvo una amplia cobertura en la prensa de la época y provocó innumerables debates éticos y políticos en la sociedad y en el Congreso de Colombia, donde se presentaron mociones de repudio y se exigieron responsabilidades por la decisión de disparar contra una manifestación desarmada donde, además, se encontraban mujeres y niños. Otro de los temas discutidos y sacados a la luz abiertamente fue la influencia de las multinacionales en las altas esferas del Gobierno; en especial de la United Fruit Company, y se logró demostrar que el general Cortés Vargas mantenía relaciones directas con la compañía. También se supo que durante la masacre, y aprovechando la enorme confusión provocada por el tiroteo indiscriminado, fueron ejecutados por el Ejército colombiano tres líderes indígenas: Rubén, Nelson y Jairo Serrano.

La Masacre de los Cafetales conmocionó a Violeta y al país entero. Después de lo ocurrido discutió con su tío al descubrir que él también tenía negocios turbios con la UFCO, compañía relacionada directamente con el general corrupto y la matanza de Buenaventura. Ya no podía mantenerse al margen. Cada mes que pasaba le costaba más seguir viviendo en la hacienda y darse cuenta de los oscuros manejos de su tío con ese hombre, el norteamericano, asiduo visitante y amigo de la familia. Sentía cariño por Eliodoro, desde pequeña lo había admirado y deseado conocer al pionero de la familia, al hombre valiente que fue de los primeros en emigrar en busca de fortuna y trabajo, pero los recientes acontecimientos la superaban y pensaba que ya no podía permanecer a su lado sin sentirse cómplice de esos crímenes.

Violeta había logrado averiguar, preguntando a los trabajadores, que Quintín Lame no estaba entre las víctimas de la masacre. Respiró aliviada. Apenas lo conocía, pero verlo aquella noche en la fiesta del poblado y cruzar cuatro palabras con él le había dejado una honda impresión. Preparaba un plan: ya habían pasado dos años desde su llegada a la hacienda y pensaba que, tras los dramáticos sucesos, no le servía de ayuda a su tío, o que —dicho de otra forma— no quería verse involucrada en más atropellos, abusos, o asesinatos directa o indirectamente encubiertos o consentidos por los terratenientes del Valle del Cauca. No quería trabajar para un tirano, aunque perteneciera a su familia. Tras la terrible matanza, Dionisio, el capataz, abandonó la hacienda y se unió a las revueltas de los campesinos que, como reacción, se sucedían periódicamente. Al enterarse de la marcha de Dionisio, la joven se alegró mucho y se acercó al poblado para hablar con él. Su mujer le dijo que no estaba, que había subido a las montañas para unirse al levantamiento que dirigía Quintín Lame, pero que cuando bajara al pueblo le transmitiría su mensaje. Violeta estaba decidida a participar en las revueltas revolucionarias provocadas por las huelgas de los trabajadores en todo el Valle del Cauca. Pero esperaba a que Dionisio la introdujera en las montañas hasta llegar a Quintín Lame. Temía ser rechazada. Volvió a la hacienda a esperar a que el antiguo capataz contactara con ella.

Los nervios se habían desatado y muchos terratenientes, apoyados por las autoridades civiles, políticas y eclesiásticas del departamento del Cauca arremetieron violentamente contra las comunidades indígenas, asaltando sus poblados, incendiando sus casas y asesinando a sus gentes. Los mismos terratenientes que habían usurpado históricamente los territorios, los bienes y la fuerza del trabajo indígena pretendían hacer creer que los nativos habían sido los instigadores de las huelgas y revueltas que se sucedían en las plantaciones. Y el nombre del indio Quintín Lame corrió de boca en boca convirtiéndose en una leyenda.

Violeta intentó de nuevo hablar con su tío, pero no la recibía. Estaba todo el tiempo ocupado en su despacho recibiendo a militares y al insoportable Thomas Foster. Por su parte, doña Elvira le insistía reiteradamente a su marido para que Violeta abandonara la hacienda.

—No es de fiar, te lo dicen tus hijos y te lo digo yo. Últimamente baja mucho al poblado y a saber con quién se ve allí. Cualquiera día te traiciona, Eliodoro. Haz un poco de caso a tu familia, querido —le dijo en cuanto tuvo ocasión de estar a solas con él.

—Violeta también es mi familia, y hasta ahora ha sido leal conmigo y con nuestros intereses —respondió convencido Eliodoro.

Por fin, un día consiguió hablar con su tío. Era una mañana de domingo en la que no se trabajaba en las plantaciones. Violeta aprovechó que Eliodoro salía a montar para despejarse un poco del cerco cada vez más intenso al que le sometían el norteamericano, su esposa y sus hijos, y le siguió con su caballo a prudente distancia. Cuando estuvieron lejos de miradas curiosas, se acercó a su lado y desmontaron.

—Tío, tengo que hablarle. La situación es insostenible. Esta barbarie ha llegado demasiado lejos, le están utilizando y no se da cuenta. Me cuesta preguntarle esto: ¿está usted relacionado con las incursiones a las montañas contra los indígenas? Todo el mundo habla de ello.

—¿Quién eres tú para hacerme preguntas acusatorias? —replicó Eliodoro visiblemente irritado.

—Discúlpeme, pero hasta ahora he estado trabajando junto a usted en la hacienda. Y si fuera así, yo no quiero participar, ni siquiera por omisión, en esta clase de represalias contra los poblados. Se está exterminando al pueblo indígena. Y esta vez no es el Ejército el que sube a los bosques... —respondió con valentía. Ya sabía que iba a abandonar la hacienda, así que ahora no tenía miedo a hablarle directamente.

Eliodoro no contestó a las dudas de Violeta. Se limitó a sacar de uno de los bolsillos de su chaqueta de lino un papel y se lo tendió para que lo leyera.

—Es un cable telegráfico de tu padre que llegó hace unos días de Bogotá. Están muy preocupados y verás que me piden que te proteja y te retenga a mi lado. No sé qué historias les habrás contado, pero este país es así, Violeta: cuando las cosas se tuercen hay que enderezarlas con autoridad y dureza. Al que le tiemble la mano, fracasa o sobrevive sometido.

Violeta cogió el papel y antes de leer respondió con rotundidad.

—Y, según usted, enderezar las cosas con autoridad y dureza ¿incluye los asesinatos?

—Yo no he asesinado a nadie. Solo protejo mis intereses —se defendió Eliodoro.

—Sí, pero da la impresión de que para protegerlos permite que otros asesinen, incendien y arrasen los cabildos de los Bosques de Niebla —se obstinó su sobrina.

Eliodoro le respondió enfadado que no podía tolerar que le hablara en ese tono, y la apremió a que leyera la carta de sus padres. Violeta lo hizo y se imaginó lo angustiada que debía estar su familia al mandar ese cable urgente fechado diez días atrás en Vigo. Pero las cosas habían empeorado tanto que ya no podía negar las evidencias ni hacer caso de los consejos de sus padres. Se la guardó y, mirando con tristeza a su tío, le rogó que hiciera algo por ella, como un último favor.

—Tío Eliodoro, me voy. Dejo la plantación. Le ruego que conteste a este cable y les diga a mis padres que estoy bien, pero que deseo descubrir otros horizontes menos contaminados, y que ya me pondré en contacto con ellos cuando fije mi residencia en... otro lugar. Le pido este favor porque usted tiene los medios para usar el servicio telegráfico en Bogotá, y que les llegue cuanto antes.

—¿Adónde vas a ir, Violeta? No puedes abandonar la hacienda. Ahí fuera estarás desprotegida. —Eliodoro se sintió en la obligación de disuadir a su sobrina, pero sabía que era terca y obstinada, y que no iba a claudicar después de la matanza en Buenaventura.

A Violeta no le quedó más remedio que contestar improvisando una mentira para tranquilizar a su tío y no desvelar sus planes.

—Hice amistad con una joven gallega que viajaba en el *Lusitania* e iba a trabajar en Bogotá. Trataré de encontrarla. Sinceramente, tío Eliodoro, tal como están las cosas, usted ya no me necesita aquí, y yo necesito cambiar de aires.

Cuando regresaron a la hacienda, uno de los hijos pequeños de Dionisio la estaba esperando escondido tras unas plantas en la galería principal de la casa, cerca de los ventanales que daban a su habitación. El niño esperó a que entraran, y al cabo de un rato golpeó con los nudillos el cristal de la balconada. Violeta miró y vio al chiquillo haciéndole señas para que saliera un momento.

—Padre me ha dicho que le diga que la espera al anochecer, cuando oscurezca, en la entrada del pueblo. Lleve usted poco equipaje, señorita. Allí donde van hacen falta muy pocas cosas... —le dijo, y desapareció entre la vegetación.

Violeta comprendió que ya había llegado la hora de abandonar la hacienda sin despedirse de nadie. Salvo su tío, tampoco le quedaba nadie allí digno de amistad para una despedida. Por otra parte, pensaba que eran momentos de huida más que de despedidas, de lo contrario se arriesgaba a que Eliodoro mandara echar la llave de nuevo para intentar retenerla. Preparó con calma la mochila de basto algodón que elaboraban los indígenas del valle que se llevaría al caer la noche: dos libros, su diario, algo de ropa y la pequeña piedra de la playa de Lariño que siempre la acompañaba. Tumbada sobre la cama, contempló la acogedora alcoba donde había sido feliz durante esos dos años, el escritorio donde preparaba las órdenes de trabajo, los ventanales por donde se filtraba la naturaleza en estado puro, y a lo lejos la niebla que comenzaba a bajar al valle. Acarició la colcha estampada de flores alegres y se quedó mirando los destellos de luz que la cubrían. Todo ese confort desaparecería en unas horas. Se despidió mentalmente de la hermosa finca con sus colores llenos de vida, de las flores que decoraban cada rincón de las fachadas, de los muebles señoriales, de la hamaca colgada en la galería, donde los domingos se permitía echar una siesta aspirando la suave fragancia de las rosas hasta que se dormía. La tristeza la embargaba. Presintió que nunca volvería.

Esa noche durmió en el pueblo agrícola, en la casa de Dionisio, donde le habían preparado una colchoneta junto al fuego de la cocina. Saldrían hacia los Bosques de Niebla al amanecer.

Como cada vez que partía hacia otro destino, sentía excitación y temor al mismo tiempo. En cuanto se pusieron en marcha montados a caballo le preguntó a Dionisio si podría conocer a Quintín Lame, ya que su mayor deseo era poder ayudar a la causa indígena y luchar contra el exterminio al que sometían a su pueblo. Dionisio, aunque poco hablador, en esta ocasión sí que la puso en antecedentes.

—Quintín Lame ya sabe quién es usted, señorita. Yo le hablé de que abandonaba la hacienda y a su tío, y que estaba de nuestro lado. Él la conoce como la mujer dorada valiente, y me dio autorización para llevarla a donde vamos. Es un hombre que aprecia mucho la instrucción y seguramente querrá tenerla a su lado para que le enseñe a leer y escribir —explicó el mulato.

La joven sonrió satisfecha. Era justo lo que deseaba hacer y para lo que estaba preparada. En un par de horas, atravesando la niebla que les había envuelto todo el camino, llegaron a un claro donde estaba el poblado yanacona. Sus viviendas eran de tipo campesino aunque más modestas. Las pequeñas casas se levantaban en suelo de tierra, con techo a dos aguas, paredes de caña entretejida y una sola puerta. Por lo que pudo observar en el camino tras la espesura del bosque, comprobó que producían algo de café, plátano, yuca, caña de azúcar y diversos frutales. Dionisio le explicó que más arriba se cultivaba papa, maíz, frijol y calabaza.

—Como verá, los yanaconas viven de la tierra, como nosotros; y hasta hace poco muchos trabajaban como jornaleros fuera del resguardo en las plantaciones de su tío —puntualizó con pena.

—¿Qué son los resguardos, Dionisio? —preguntó Violeta, ya que había oído esa expresión pero no la distinguía de los cabildos.

—El cabildo es la manifestación del gobierno indígena. Los cabildos históricamente han luchado por conservar el territorio de los resguardos y preservar su identidad indígena. Es una lucha constante, señorita, ya que tanto el Gobierno como los terratenientes siempre han estado interesados en abolir los resguardos para usurpar sus tierras y lograr la extinción de la población aborígen. Digamos que los resguardos son los territorios donde viven las distintas comunidades indígenas de Colombia. Los hay aquí, en el norte, en La Guajira y en toda la Amazonia colombiana —le informó, satisfecho del interés mostrado por Violeta.

Se acercaron a una de las casas, que por su aspecto más grande parecía la principal del poblado. A la entrada unas gallinas picoteaban el suelo.

—Bueno, señorita Violeta, ha llegado la hora de presentarle a Quintín Lame. Creo que vivirá usted aquí, en esta casa —explicó Dionisio sonriente.

—Pero se trata de un malentendido. Yo no puedo vivir en esta casa, Dionisio. Por favor, ¡díselo! —acertó a decir Violeta, indignada y temerosa de que el líder indígena se creyera que se iba a convertir en su amante o algo similar.

Dionisio se paró antes de entrar en la casa, que más bien parecía una choza grande y espaciosa, y rio con ganas mirando la cara de asombro que había puesto Violeta.

—No, mujer, no es eso que piensa. Quintín Lame está casado con Belinda León, pero aquí el espacio se comparte. No tema, tendrá su privacidad. Supongo... —añadió divertido.

Pasaron el umbral. Sentado en una mecedora de buena madera, trabajada a mano en forma artesanal, vieron un hombre todavía joven pero en plena madurez, con un puro en la boca; un largo pelo negro le rebasaba los hombros, escrupulosamente peinado con una raya que le dividía la cabeza en dos. Su aspecto era sumamente serio, como cuando lo había conocido en la fiesta de la cosecha hacía ya un mes. Su presencia era imponente. A su lado, sentada en el suelo, estaba su mujer, también de etnia yanacona, que le sonrió amistosa al verla entrar acompañada de Dionisio.

La joven gallega y la leyenda viva de las montañas hablaron, y ella le escuchó extasiada. Le parecía imposible que un hombre que no sabía leer ni escribir se expresara con tanta elegancia y claridad de ideas. Quintín Lame le preguntó si había venido para quedarse. Ella contestó afirmativamente y señaló su petate. Entonces él le explicó la situación.

—Mi pueblo está siendo exterminado. Ya no podemos trabajar en las plantaciones porque somos perseguidos y asesinados, pero tampoco podemos seguir huyendo después de la matanza de los cafetales. La Asamblea Nacional con el presidente Rafael Reyes a la cabeza acaba de ratificar la legalidad de los procesos expropiatorios que durante años han sustraído las tierras a las comunidades de los resguardos aduciendo que hay que amparar el proceso de mestizaje de las poblaciones indígenas y alentar las necesidades de los campesinos de acceder a nuestras tierras. Quieren crearnos enemigos. A usted la necesito para que me ayude a dar a conocer lo que está pasando con nosotros, para que me enseñe a enviar mensajes a la sociedad no indígena a fin de que sepan que los pueblos indígenas están al borde de la desaparición. Quiero construir escuelas para niños de la tierra guananú. Y me gustaría que usted, mujer dorada, me ayudase en este empeño. —Quintín Lame le abrió su corazón.

—Estoy dispuesta a ayudar a su pueblo, al menos lo intentaré. En España era maestra y enseñaba a los niños —contestó emocionada.

Días después Violeta ya sabía casi todo lo que había que saber sobre Quintín Lame. Supo que tiempo atrás había liderado un levantamiento indígena en el Cauca, y se le acusó entonces de fundar una república de indígenas. Fue arrestado y permaneció un año en prisión con grilletes en los pies e incomunicado. Pero nunca consiguieron doblegar su voluntad. Volvió a las montañas para liderar un movimiento que había crecido hasta convertirse en una verdadera guerra racial. Quintín Lame resumía todo eso en una frase maravillosa: «Las luchas del indio que bajó de la montaña al valle de la civilización.»

Lo que más le llamaba la atención era su afán de conocimiento y la sabiduría natural de ese hombre al que seguían con fe ciega los yanaconas y otros pueblos autóctonos de Colombia. Se dio cuenta de que quería aprender rápido para leer libros de leyes y poder defenderse de los ataques constantes contra el pueblo indígena; y no tenía mucho tiempo ya que estaba organizando otro levantamiento con seis mil indios que se rebelarían para exigir dignidad en el trabajo, en defensa de sus territorios, de su cultura y su autonomía. Así que Violeta convivió con la familia de Quintín Lame y sus seis hijos, en su misma casa, donde Belinda le acondicionó un cuarto de forma provisional, unido a una especie de corral donde dormían los animales, a fin de que pudiera estar cerca de Quintín Lame y le enseñara a leer y escribir en los escasos momentos en que permanecía en la casa.

Al líder indígena era fácil enseñarle porque aprendía enseguida. Tenía una inteligencia sobresaliente y Violeta se sintió muy reconfortada al ver los frutos de su magisterio en un abrir y cerrar de ojos. Por esta razón, y porque disponía de bastante tiempo libre, le pidió permiso para comenzar la construcción de una escuela para los niños del poblado. La ayudarían los hombres más viejos, las mujeres y los adolescentes que todavía no se habían incorporado a los grupos rebeldes. Violeta estaba feliz. Se sentía realizada con este nuevo cometido en su vida: enseñar a los niños indígenas le parecía una labor hermosa, útil, eficaz e importante para que salieran de la ignorancia conservando y protegiendo a la vez su cultura autóctona. Recordó la escuela de Muros y sus alumnos, y pensó que era lo mismo, que se enfrentaba a la misma situación. Eso sí, debía suplir con imaginación y mucho entusiasmo la falta de material escolar en plena selva húmeda. Pero no le importaba. Había visto a Manuel Quintín Lame utilizar la tierra, las paredes de la casa y las hojas de palmicha para ejercitar sus delectos. Mientras no tuviera otra cosa, haría lo mismo con los

niños.

Aprovechaba los momentos en los que se veía con Quintín Lame para pedirle que cuando bajara al valle, o hicieran incursiones por las plantaciones, sus hombres no se olvidaran de requisar lapiceros y cuadernos. Dijo «requisar» porque no se atrevió a decir «robar» directamente. Quintín Lame, que lo quería saber todo, le preguntó por el significado de esa palabra.

—Requisar es lo mismo que coger sin permiso —le explicó Violeta sonriendo.

—Entonces es robar. Como hacen con nuestras tierras —contestó Quintín lúcidamente, y añadió—: Entonces no robaremos. Pediremos en las escuelas de los blancos y si no nos los dan, los compraremos. No te preocupes, tú pon en un papel lo necesario para enseñarles a leer libros, y nosotros lo traeremos.

A Violeta le pareció toda una lección de honradez la que acababa de recibir de ese hombre cabal. «Qué distinto del sinuoso Mr. Thomas Foster y sus maniobras oscuras», pensó admirando el comportamiento del indio. Estaba intrigada porque todas las noches observaba que Quintín Lame pasaba las horas desvelado escribiendo en el cuaderno escolar que le había dejado para que ejercitara la escritura. Una noche, se atrevió a preguntarle. Le preocupaba que robara horas al sueño reparador con la vida que llevaba dirigiendo el levantamiento y recabando adhesiones en las otras tribus, para, según creía ella, mejorar su caligrafía. Cuando el hombre le mostró el cuaderno completamente escrito con una letra diminuta y apretada, aprovechando los márgenes y cualquier espacio en blanco, se quedó asombrada.

—Estoy escribiendo un libro. Se titulará *El pensamiento del indio que se educó en las selvas colombianas* —contestó él.

No se lo pudo creer. Se quedó tan emocionada que lo hubiera abrazado. Lo miró con admiración y ternura y pensó que abandonar la hacienda, subir a las montañas y conocer a ese gran hombre era la mejor decisión que había adoptado.

—Y tú, mujer dorada y valiente, me has enseñado a hacerlo. Te estaré siempre agradecido —le dijo, acariciándole levemente la mano.

Violeta se retiró a su humilde cuarto con una sensación de plenitud difícil de explicar. Cuando el indio terminó de escribir su libro, recorrió infatigable pueblos y resguardos para adoctrinar a su gente y fundar escuelas. Manuel Quintín Lame estaba convencido de que era un libro para ser leído por generaciones futuras porque solo así sabrían cómo enfrentarse al hombre blanco.

Alumno y maestra mantuvieron largas conversaciones en las que ambos llenaban los vacíos sobre la cultura y la civilización del otro. Un día Violeta le preguntó de dónde procedía su afán por saber, si algún familiar suyo tenía estudios y le había transmitido esa curiosidad desde niño.

—Yo no puedo enorgullecerme con sofismas de que hice detenidos estudios en una escuela, pues mi escuela fue la fe. Con un entusiasmo incansable me acuerdo que le pedí a mi padre la educación; es decir, que me mandara a la escuela, pero lo que me consiguió fue una pala, un hacha, un machete, una hoz y un agüinche, y me mandó con siete hermanos a excavar y derribar montañas. Pero yo, con ese entusiasmo que me sobrepujaba en mi interior, me llegó el pensamiento de que debía escribir en una tabla con un carbón, y que la pluma debía ser la aguja en la hoja del árbol. La muestra fue que a sabiendas le tomé varios papeles que tenía mi anciano tío Leonardo Chantre. Y de allí hasta aquí, que he logrado al final la instrucción al lado de la mujer dorada. —Y rio complacido.

—O sea, que finalmente ha tenido que ser la odiada mujer blanca la que le ha enseñado a leer y escribir... —respondió Violeta con ironía.

—Tú eres una mujer dorada buena y valiente. Me gusta tu compañía —dijo Quintín Lame, mirándola con gratitud.

Pero Violeta no solo enseñaba, sino que también aprendía de los indígenas su cultura, basada en la naturaleza como fuente de sabiduría. Los yanaconas eran religiosos y devotos de la Virgen María. Una figura que se fundía con la concepción amerindia de la Naturaleza como Madre de todo lo que existía. Según la cosmovisión de los yanaconas, el cosmos se dividía en tres mundos: el de abajo, donde viven los *tapucos*, el intermedio donde viven las personas, plantas y animales, y el de arriba, que corresponde a Dios y los Santos. A Violeta le pareció muy curiosa esa devoción de los indios por las vírgenes *remanecidas*, reconocidas como las patronas de las comunidades donde aparecieron. Estas ocupaban un lugar de gran importancia dentro de su cultura, y cada virgen era la fundadora de su pueblo, resolvía conflictos y tenía capacidad de acción sobre el destino de la comunidad. El mismo Quintín Lame, con toda su racionalidad y pragmatismo, era un hombre profundamente religioso. Creía en una religión poblada de misticismo y nutrida por la naturaleza.

Movida por la curiosidad sobre el libro que estaba escribiendo en horas robadas al sueño, Violeta osó preguntarle sobre estas creencias religiosas. Quintín Lame le enseñó entonces una parte del cuaderno escolar y le dijo que leñera, porque él había tenido una aparición cuando era un niño y eso le había dado siempre mucha fuerza en momentos difíciles.

Fue en un roble viejo y corpulento cultivado por la Naturaleza, digo la naturaleza porque sobre él había un jardín de flores, de las que los civilizados llaman parásitas, y nosotros los indígenas chitemas, en el dialecto de mis antiguos Páez. Sobre dicho roble a la edad de seis años, trepado sobre él, alcancé a contemplar un árbol elevado; es decir, con una copa altanera y orgullosa que coronaba las vírgenes selvas que me habían visto nacer, tanto a mí como a mis antepasados. Y este árbol llamado Cedro del Líbano parecía que saludaba a las Omnipotencias, una humana y otra divina, al pasar los cuatro vientos que tiene la tierra. Me llegó un pensamiento que así de altas debían quedar colocadas mis ideas en la nación colombiana, cuando yo bajara del monte al valle a defender mi raza indígena proscrita, perseguida, despreciada, robada, asesinada por los hombres no indígenas.

Violeta se quedó deslumbrada por la forma de escribir de este hombre que se sentía iluminado por el arsenal espiritual de su raza. A su lado comprendió que se mostraba como un espíritu místico-rebelde, fiel al pensamiento indígena que le animaba y reconfortaba a lo largo de su dura lucha. Un hombre al que había que entender en la confluencia entre el mito y la historia. En definitiva, un hombre fronterizo.

La escuela del poblado ya estaba en marcha y a los niños les encantaba asistir, porque para ellos representaba una gran novedad en la monotonía de la selva. Eran dóciles y enormemente receptivos. Sobre todo les gustaba que Violeta les contara historias mágicas de su querida Galicia; y tenía un buen repertorio solo con las leyendas de la Costa da Morte. Un día se sorprendió al ver a Quintín Lame entrar en la escuela, sentarse en el último banco y esperar pacientemente a que ella terminara su clase.

—Quiero que me enseñes a enviar mensajes a la sociedad no indígena —le dijo después, muy serio.

—Claro, Manuel, por supuesto, pero para eso tendrá que contarme las acciones que están preparando y lo que quiere transmitir ahí fuera.

De esta forma, Violeta, además de maestra del poblado yanacona, ayudó en la difusión exterior de sus reivindicaciones y conoció de primera mano el sentimiento de opresión que les embargaba y su aspiración de volver a ser libres. A veces, divertida, pensaba que se estaba convirtiendo en la cronista del pueblo indígena. Y eso le gustaba mucho.

La formación adquirida por Quintín Lame con la ayuda de la joven maestra, unida a su ambición y liderazgo, hizo que su trayectoria se engrandeciera en poco tiempo. Fue elegido representante y defensor de los cabildos indígenas del Cauca, y se dedicó de forma autodidacta al estudio de las leyes colombianas. Estudió las cédulas reales de los resguardos para conocer los derechos que les amparaban en los escritos y, no obstante, eran sistemáticamente vulnerados en la práctica por la ambición de los propietarios de las plantaciones, de algunos campesinos, y de los gobiernos locales que se saltaban las leyes sin temor. Un día le confesó a Violeta que estaba cansado de los levantamientos y de la lucha violenta para defenderse, y acariciaba la idea de presentarse al Congreso. Su sueño era llegar a la Asamblea Constituyente y que hubiera delegados indígenas para hacer oír su voz.

Violeta agradeció la amistad y confianza que le brindaba el líder indígena y se sintió halagada por ello. Por supuesto, lo animó para llegar al Congreso colombiano con el objetivo de salvaguardar la identidad étnica de su pueblo. Esa idea le pareció mucho más razonable que incentivar la guerra de guerrillas que libraban cada cierto

tiempo, y que acababa diezmado a los indios. Él le traía libros de derecho y los estudiaban juntos, aprendían mutuamente, y ella se sentía útil, a la vez que ampliaba sus conocimientos al lado de ese hombre insaciable en su afán de saber. A menudo, durante sus largas caminatas por el bosque y contemplando la naturaleza que la rodeaba, comparaba su pensamiento al de un río que se desbordaba. Nada lo podía detener.

Un buen día pensó en poner en orden sus ideas acerca del hombre al que admiraba profundamente, y empezó a escribir sobre su figura. Quería reseñar uno de los aspectos más dignos de su persona: su valor para enfrentarse a las figuras más poderosas de la sociedad colombiana, su valor para denunciar con nombres propios sus crímenes y atropellos, y ensalzar su capacidad inquebrantable para soportar la persecución, la cárcel, la tortura y la humillación a la que estuvo sometido. Violeta quería dejar constancia escrita del hombre que estaba dedicando su vida a la defensa de los indígenas del Cauca. Y lo hizo en silencio y a escondidas, en cuadernos escolares que le traía Quintín Lame de las haciendas de los poderosos. La maestra imitaba el mismo método de su alumno más aventajado. Hasta entonces había seguido escribiendo sus vivencias, muy de vez en cuando, en los cuadernos preciosos de su niñez, pero ahora se trataba de otra cosa: sabía que se encontraba ante un hombre excepcional, y eso tenía que escribirlo para que no se le olvidaran los detalles con el tiempo.

Según Violeta, lo que distinguía a Manuel Quintín Lame de otros dirigentes indígenas era algo más que la claridad para hilvanar las reivindicaciones sentidas por su pueblo; radicaba, sobre todo, en su inigualable capacidad para motivar y movilizar a las comunidades indígenas. En su habilidad para acudir a la memoria colectiva y despertarles la ambición de volver a ser libres.

«Estoy creando mi gobierno chiquito, con el que me enfrentaré al gobierno grande de los blancos», le dijo una vez, y a ella se le quedó grabado.

La vida de Violeta en la húmeda selva de los Andes dejó de ser ociosa. En los últimos meses construyeron otra escuela solo para niñas, porque a Quintín Lame le pareció mejor separarlos por sexos. Violeta opinaba lo contrario, pero comprendió que no podía trasladar sus ideales educativos a la selva andina de forma inmediata. Su tiempo se repartía entre las dos escuelas, el asesoramiento a Quintín Lame cada vez que la llamaba para pedirle consejo y, en sus ratos libres, la escritura de lo que aspiraba a ser una biografía del líder indígena. Aprovechando la construcción de la nueva escuela, se reservó un pequeño habitáculo como vivienda. Así que a partir de entonces viviría en la escuela y tendría su propia habitación y su mesa de trabajo. Le pareció un lujo espléndido recuperar su privacidad; aunque había tenido que convencer a toda la familia de Quintín Lame, partidaria de retenerla a su lado; sobre todo a los seis hijos de Manuel, que la seguían a todas partes y la consideraban casi de su propiedad.

La forma de vestir de Violeta también cambió desde que empezó a vivir en los bosques andinos. Por fin había logrado una de sus aspiraciones de adolescente. Ahora vestía cómodamente, como los indios: pantalones y un poncho de lana de colores alegres que la cubría casi por completo. Las faldas, de momento, las dejó desterradas para cuando bajara de las montañas. A menudo soltaba su larga melena dorada ahuecada en ondulaciones naturales, y las niñas de la escuela se maravillaban de aquel pelo extraño que retenía el sol y le hacían trenzas por toda la cabellera, entre las risas cómplices de todas.

El primer día de clase en la escuela para niñas, Quintín Lame se acercó hasta allí para inaugurarla, pero antes le dijo a Violeta algo que consideró muy importante.

—El padre de familia indígena que le nazca un niño dotado de inteligencia debe conseguir mi libro para que le sirva a ese joven de espejo y que nunca se deje engañar por las aves de rapiña de nuestros enemigos —dijo a modo de advertencia educativa.

Una preocupación constante en la vida de Quintín Lame era el interés por la educación, por dotar al pueblo indígena de una instrucción que le permitiera enfrentarse en pie de igualdad al ciudadano letrado de la sociedad colombiana, especialmente a las figuras del poder, y lograr así un lugar justo y diferenciado. Por eso su afán por construir escuelas. Violeta compartía esa inquietud, pero se desesperaba porque no llegaban a todo. Por ejemplo, del libro de Manuel solo tenían el manuscrito original, y de tanto leerlo y usarlo en las clases estaba a punto de romperse en pedazos. Violeta sabía que abajo, en el Valle del Cauca, en cualquier ciudad podría buscar una imprenta y encargar varios ejemplares, pero de momento no podía porque resultaba peligroso bajar de los Bosques de Niebla. Las incursiones, los incendios y las batidas continuaban. Para solventar el tema que la acuciaba solo se le ocurrió pedir a Quintín Lame que copiara su libro en otro ejemplar de cuaderno escolar y ella haría lo mismo. Al menos, dispondrían de tres ejemplares para tenerlos en circulación. Le preguntó a Manuel si Belinda sabía escribir y si podría dedicarse también a la labor de copista, pero él negó rápido con la cabeza.

—No. Saber, sabe, pero no tiene una letra elegante. No nos sirve —dijo convencido.

Y así fue como, copiando y copiando una y otra vez el libro de cabecera de Quintín Lame, Violeta descubrió hechos que la hicieron comprender y admirarlo todavía más.

El señor Álvarez Guzmán, alcalde municipal de Ortega, dio órdenes que me quemaran las tres casas grandes del caserío de Llanogrande. Una era escuela de varones y otra era escuela de niñas. Esto sucedió después de un violento ataque y abaleo que hicieron contra mi persona, siendo víctimas de muerte algunos indígenas de los asaltos y atropellamientos cometidos por los partidos políticos Liberal y Conservador tradicionales, contra la Raza de huestes indígenas de la tierra Guananí. Esa negativa de permitir la educación en la raza indígena, condenada a permanecer en el analfabetismo y la ignorancia, para que tuvieran que arrodillarse los indios para saludar a un blanco. Yo soy el indígena que fue educado en las selvas por medio de la Voz del Silencio, allá en la casa del tesoro de los humildes, donde me eduqué para la defensa del indiecito ante las calumnias de mis enemigos blancos.

No podía entender tanto odio contra los nativos. Casi un año llevaba viviendo con ellos y seguía asombrada de esa raza de hombres y mujeres amables, sonrientes, inocentes, confiados, y con una gran espiritualidad, que lo daban todo si los respetaban, que abrían sus humildes chozas y sus casas para ofrecer lo que tenían sin preguntar ni pedir nada a cambio. Los veía felices cultivando la tierra, criando a sus numerosos hijos, resistiendo en un espacio duro y hostil como era la selva, a la que lograban arrancar todos los frutos del paraíso. Eran hermosos como raza y como personas. No podía entender por qué ese ahínco en exterminarlos como pueblo. «Son tan colombianos como el que más; y, sin embargo, algunos como mi tío Eliodoro se dejan embaucar por extranjeros indeseables y retorcidos como ese empleado de la United Fruit», reflexionó Violeta enfadada con la situación.

Irritada con esos pensamientos, cogió un caballo y salió a galopar por el bosque. ¡Cuánto echaba de menos el mar! Llevaba mucho tiempo sin verlo, sin olerlo, sin sentirlo. Se acordaba de su playa de Lariño y de las carreras agotadoras por la orilla hasta llegar al faro. Se preguntaba si su tío Eliodoro habría cumplido su encargo de mandar respuesta a sus padres, sin saber si habría servido para tranquilizarlos o para todo lo contrario. Pero no se arrepentía de haber subido a los Bosques de Niebla y convivir con su gente. Un pueblo peculiar al que había aprendido a amar.

Se disponía a desandar el camino para volver al poblado cuando le pareció oír unos cascotes tras su caballo. Volvió la cabeza asustada y se relajó al comprobar que era Dionisio el que se acercaba.

—Qué alegría, Dionisio. ¡Cuánto tiempo sin saber nada de ti! ¿Cómo van las cosas por las plantaciones? ¿Cómo está tu familia? —preguntó Violeta con la curiosidad propia por el tiempo transcurrido.

—Despacio, despacio, señorita Violeta. No me atosigue, que ya soy mayor y esta última cabalgada me ha dejado sin resuello. Vayamos por partes. La veo distinta, luce muy bien, señorita —contestó el mulato, siempre amable y halagador.

Y le explicó que no había podido subir porque su esposa había enfermado, aunque ya estaba recuperada, y porque los controles y vigilancias de los soldados a las órdenes de los propietarios de las plantaciones eran cada vez más severos.

—No quieren que los campesinos del valle nos mezclemos con los indios; y yo me encuentro en una situación delicada, porque, como bien sabe, después de la Masacre de los Cafetales abandoné la hacienda, y el señor Eliodoro eso no lo olvida. Pero mantengo mis contactos entre algunos que trabajan cerca de él.

—¿Mi tío sabe dónde estoy? —preguntó preocupada.

—Pues no sé decirle, pero no lo creo. Me dijeron que nada más usted marcharse de la hacienda, el señor se fue a Bogotá y que anduvo entretenido en la oficina de

Telégrafos mandando un cable al extranjero. Y que en la ciudad preguntó aquí y allá por jóvenes señoritas gallegas que hubieran desembarcado en Barranquilla hace tres años. Todo muy extraño, señorita Violeta, muy extraño. Los hijos han vuelto a Estados Unidos al ver el panorama, y la señora Elvira se pasa el día rezando en un altar que ha dispuesto en sus aposentos.

—¿Y qué pasa con el norteamericano de la UFCO? ¿Sigue yendo a la hacienda?

—Va, pero menos. Por lo que cuentan, lo han nombrado no sé qué cargo en la compañía, más alto, ¡claro! Y ahora anda echando sus tentáculos en el norte, en el municipio de Ciénaga. Por lo visto, se dedica a las plantaciones bananeras que surten a su compañía.

—Mejor así. Ese hombre era un cáncer para el Valle del Cauca —replicó Violeta, apenada de que continuara su senda de muerte y esclavitud en nombre del creciente imperialismo norteamericano.

—Y... el señor Eliodoro, ¿cómo está? —se atrevió a preguntar por fin.

—Pues... dicen que anda triste. Yo creo que la echa a usted de menos, a pesar de todo lo que ha pasado, señorita.

Ella no contestó a esa confidencia del antiguo capataz de la finca de su tío. Ya tenía información suficiente para hacerse cargo de los hechos. «De todas formas, los saqueos y hostigamientos de los resguardos siguen; así que mientras no acabe esta espiral de violencia no bajaré al valle, ni perdonaré a mi tío», se dijo convencida.

Hicieron juntos el resto del camino hasta el poblado. Violeta estaba contenta de volverlo a ver y de que le hubiese dado noticias del valle. Todos en las casas se alegraron de ver de nuevo al mulato, que pasaría con ellos una temporada. Dionisio se quedó admirado de los progresos: las dos escuelas ya en marcha, la vivienda sencilla de Violeta, el libro escrito por Manuel que recorría la selva como una biblia indígena.

Violeta estaba tan a gusto en su compañía que le confió que era su cumpleaños.

—Casi se me había olvidado. Alejada de mi familia, con tantos cambios y novedades en mi vida... ni me acordaba de la fecha —suspiró resignada, mientras entraba en la escuela para dar su clase a los niños.

Pero el comentario no cayó en saco roto. Dionisio, consciente de que la joven sentía nostalgia de su familia española, se lo comentó a Belinda León para que la joven gallega tuviera su regalo en día tan señalado. Era costumbre entre los yanaconas hacer un regalo especial, un *chichuca*, en momentos importantes de la vida de los de su tribu. Belinda agradeció la información y le dijo a Dionisio que no se preocupara, porque la joven Violeta tendría su *chichuca* esa noche. A la salida de la escuela, Belinda la fue a recoger y la invitó a la casa familiar para agasajarla con una cena especial por su veinticuatro cumpleaños. Dionisio también compartió la velada, junto a Belinda y sus seis hijos. Quintín Lame estaba de recorrido por otros poblados y no volvería en una semana. «Lástima», pensó Violeta. Comieron tortillas de maíz, frijoles, bananas y un delicioso café cultivado por ellos mismos. Conversaron y rieron con los cotilleos que Dionisio traía del valle. Antes de retirarse Violeta, Belinda le ofreció una bebida muy dulce.

—Te hará dormir como una niña y tendrás hermosos sueños —le explicó con cariño.

Al llegar a su casa y entrar en la humilde alcoba, la joven vio que la cama estaba cubierta de pétalos de flores y un aroma embriagador inundaba la pequeña habitación. Sonrió emocionada y notó que el sueño la rendía como si estuviera drogada. Se acostó y se durmió profundamente.

Poco después entró un joven indígena amparado en la oscuridad de la aldea. Todos dormían y solo se oían los ladridos de un perro y de otros que le contestaban a lo lejos. El indio comprobó que la chica dormía. La habitación estaba tenuemente iluminada por la luz de la luna que se colaba por un pequeño ventanuco practicado en el muro. Con extrema suavidad le colocó una venda en los ojos, aunque no habría hecho falta porque Violeta había caído en un profundo sueño, retiró las mantas que la cubrían, se desnudó completamente y se metió en el camastro. Con exquisita delicadeza y tras comprobar que sus manos estaban calientes, comenzó a acariciar el cuerpo de Violeta. Empezó por los pies y fue subiendo poco a poco recorriendo con sus palmas cálidas las piernas, el vientre, los brazos, los senos altivos, las manos inertes, el rostro, su pelo. Se demoró largo rato sin que sus cuerpos entraran en contacto, solo sus manos acariciando con suavidad el cuerpo de ella. El joven indio era un experto en estas ceremonias porque su cuerpo nunca se posaba sobre el de la agraciada. Esperó pacientemente a que la mujer comenzara a susurrar en sueños palabras ininteligibles y a mover su cuerpo rítmicamente hasta comprobar que estaba húmeda donde tenía que estarlo. Solo entonces su sexo comenzó a abrirse camino lentamente, con calma, hasta el fondo de su vagina. A partir de ahí se produjo la danza ancestral del deseo entre dos pieles que se encuentran. El joven indio cuando se percató de que Violeta alcanzaba el placer e iba a gritar, puso una mano en su boca y apagó el aullido salvaje. Se retiró con la misma suavidad que había entrado, se cubrió con el poncho oscuro y salió de la escuela como una sombra en la noche yanacona.

El *chichuca* era una tradición entre el pueblo yanacona. Un regalo que se ofrecía a las mujeres jóvenes o viejas, no importaba la edad, cuando la ocasión lo merecía y lo determinaban las mujeres de la aldea que tenían autoridad para ello. Belinda había querido regalar a Violeta la ofrenda de amor de un joven indio, elegido para la ocasión, y que quedaría en secreto por su parte. Violeta creería que había tenido un sueño placentero, y el joven indio mantendría sellada su boca. Tradicionalmente, para ofrecer el *chichuca* se elegían a jóvenes indígenas bien dotados, diestros en las artes amatorias y con cuerpos ágiles y espectaculares. Ellos se sentían halagados al ser elegidos, y las mujeres que recibían el regalo desconocían al hombre encargado de darles placer. Así funcionaba el *chichuca*.

Para esta ocasión, Belinda León eligió a un joven de la tribu que se encontraba más abajo, para que el anonimato funcionara mejor y no se despertaran tentaciones de reconocimiento, al tratarse además de la mujer dorada. Mientras observaba cómo una sombra ágil salía del cuarto de Violeta, sonrió satisfecha y recordó, al calor de la fogata que mantenía encendida en la casa, cómo este sistema daba consuelo a mujeres que habían perdido al marido, se hacían viejas y no eran deseadas por nadie, o eran feas y no encontraban pareja ni en su tribu ni en las de los alrededores. En su origen, el *chichuca* se utilizaba solamente como método de iniciación de las adolescentes para desvirgarlas cuando la sangre de su menstruación indicaba la llegada de la pubertad, pero su práctica se había abandonado hacía muchos años porque, a fin de cuentas, no tenía sentido, ya que las adolescentes indias siempre habían sabido arreglárselas sin necesidad de rituales amañados. Otra de las condiciones que tenía tan curioso rito era que los jóvenes indios elegidos para ofrecer el regalo no debían eyacular dentro ni fuera de las mujeres. No debían dejar rastro.

A la mañana siguiente, Violeta estaba resplandeciente. Eso sí, sentía agujetas por todo el cuerpo, como si hubiera montado a caballo toda la noche. Pero le gustó sentir esa sensación de pequeño dolor en cada músculo de su cuerpo. Se encontraba todavía un poco aletargada, por efecto de la droga, y recordaba con intensidad un sueño en el que hacía el amor con un desconocido y experimentaba una sensación brutal, como si su cuerpo explotase de placer. «Debió de ser la bebida que me dio Belinda. ¡Menudo efecto!», pensó divertida.

Cuando se espabiló del todo corrió a la casa de Quintín Lame para agradecer a Belinda su regalo.

—Gracias, muchas gracias, Belinda. Cuando entré en mi habitación y vi las flores en la cama y por todos los rincones, me emocioné. Ha sido el regalo más bonito que he tenido en mi vida.

Belinda la miró complacida y pensó que el joven indio había cumplido muy bien con su encargo.

—Todavía hay otro regalo para ti. Hoy tienes que ir a los baños de mujeres para la depuración del cuerpo y el alma. ¿Los has probado ya? —le preguntó la india.

—Entré una vez a verlos movida por la curiosidad, pero no me atreví a pasar. Pensé que no debía hacerlo. Habitualmente me lavo en casa, caliente agua en un balde y, ya sabe, voy por partes —contestó Violeta con humildad.

—Te acompañaré. Las mujeres de la tribu vamos una vez al mes. Verás que es un lugar muy agradable. También es un lugar sagrado, ¿sabes?, y solo para nosotras. —Belinda rio pícaro.

Los baños se utilizaban cuando las temperaturas bajaban en las montañas. En verano se bañaban en las pozas y los ríos. La construcción era una choza alta y enorme de forma circular e interior diáfano y cálido. Varias hogueras caldeaban el ambiente y servían para calentar los recipientes llenos de agua, que se vaciaban constantemente. En el suelo de tierra, con láminas de madera encima, habían excavado varios pozos con forma de asiento, que se cubrían de agua caliente, y en su parte superior para que el cuello reposara había otra especie de hundimiento donde las mujeres se lavaban unas a otras el cabello. Era un sistema ingenioso que permitía que seis mujeres utilizaran los baños a la vez. Y que unas a otras se ayudaran en el lavado de las cabezas, tarea ardua ya que las indígenas yanaconas llevaban el pelo muy largo.

Todas las mujeres estaban desnudas, y al entrar Violeta se giraron asombradas al comprobar la blancura de su cuerpo sin ropa. Se echaron a reír, divertidas, y se

dijeron cosas al oído. Violeta, por su parte, admiró el color tostado de sus cuerpos, «parece que fueran como de chocolate», pensó. Por indicación de Belinda, se sumergió en uno de los baños y la embargó una agradable sensación de bienestar. ¡Hacia un año que no tomaba un baño como Dios manda! Cerró los ojos e inclinó la cabeza justo sobre el hoyo. Belinda le echó agua caliente sobre la cabeza mientras enjabonaba sus cabellos con delicadeza. Otra india, al pasar junto a ella, echó unas hojas que al contacto con el agua caliente desprendieron un aroma delicioso.

—¡Qué felicidad! —exclamó Violeta en voz alta.

Cuando las mujeres salían de los pozos se calentaban junto a las hogueras y se secaban unas a otras con paños blancos de suave algodón hechos por ellas mismas.

—Tienes un hermoso cuerpo —le dijo Belinda, ayudándola a secarse.

—Gracias, Belinda; usted me parece una mujer muy bella. Me gusta mucho el color de la piel de su raza —contestó Violeta.

—Lo fui, lo fui, hija mía, pero después de haber parido seis hijos todas las carnes se me aflojaron... y ya nunca volvieron a su lugar —suspiró Belinda, sosteniéndose sus grandes pechos.

Efectivamente, Violeta echó una mirada a su alrededor y comprobó como se distinguían los cuerpos esbeltos y prietos de las indias jóvenes, de los pechos caídos y enormes y los vientres abultados de las indias que habían procreado a varios hijos. Aunque esa mañana de aseo profundo todas eran igualmente felices contemplando sus cuerpos y tocándose con naturalidad envidiable. Con la confianza propia de los gineceos, algunas indias se acercaron a Violeta para palpar su cuerpo, extrañadas por la blancura de su piel. Decían que parecía transparente. Violeta sonrió y se dejó manosear por las indias.

Ese día observó que en la escuela algunas niñas cuchicheaban y se reían más de la cuenta al entrar en la clase. «Será por el baño», pensó un tanto extrañada. Lo que no sabía todavía es que las niñas más mayores conocían lo que era el *chichuca*, y al parecer ya se habían enterado de que la otra noche su maestra había recibido el regalo. Pasó algún tiempo hasta que Violeta supo de qué se trataba el ritual de consuelo que practicaban las mujeres de la aldea. Como es natural, le hizo mucha gracia y pensó que la cultura indígena estaba mucho más adelantada que la, a veces mal llamada, civilización. Cayó en la cuenta de que en yanacona *chichuca* era una palabra de uso cotidiano que quería decir «caliente», además de nombrar así al regalo secreto que se ofrecía a la mujer. Empezó a sospechar que ella también había recibido su regalo la noche de su cumpleaños. De aquella noche, dormida y semiinconsciente por el efecto de la droga, había conservado el olor corporal del joven indio. Ahora que sabía que no había sido un sueño, recordaba perfectamente su aroma.

Quintín Lame regresó de sus incursiones por Huila y Tolima con muchas energías. Habló con Violeta porque necesitaba más libros para extender su pensamiento y llevar a otros poblados lo que él llamaba «consolidar nuestra memoria histórica originaria de la sociedad andina». Violeta lo escuchó atentamente y comprendió su vehemencia, pero le dijo que los niños de las escuelas todavía tenían una caligrafía titubeante para hacer de copistas de su libro, y que en la aldea los que sabían escribir ya lo estaban haciendo, pero muy lentamente. Al oír los inconvenientes expuestos por Violeta, el líder dio profundas caladas a su cigarro pensando en cómo solucionar el problema hasta que pudieran bajar a una ciudad donde hubiera una imprenta.

—Como hace cualquier ser humano. Me gustaría encargar que copien ejemplares y pagarlos, porque aún tenemos pesos y un poco de oro escondido, pero no podemos hacerlo porque somos indios y no tenemos ese derecho —se quejó a Violeta apesadumbrado.

»Ya sé lo que vamos a hacer —continuó, de pronto exaltado—. Voy a convocar a todos los hombres de las tribus cercanas que sepan leer y escribir para elegir a los que tengan mejor letra y que se pongan a trabajar. ¿Qué te parece? En poco tiempo podremos tener nuestra propia imprenta.

—¿No piensa convocar a las mujeres, Manuel? —inquirió Violeta.

—Sí, también, pero es que hay muy pocas que sepan leer y escribir, hasta que tú les enseñes —respondió.

Violeta comprendió la realidad de la situación y asintió con la cabeza. No le parecía mala la idea.

—Yo los traeré aquí, a las escuelas, y tú elegirás a los más rápidos y que tengan una letra elegante —determinó el indio.

Y así, en las semanas siguientes la enseñanza en las dos escuelas de la aldea se paralizó y se llenó de hombres, la mayoría jóvenes, que acudieron a la llamada de Quintín. Al prometerles que se les pagaría con sacos de café y maíz se formó una larga fila que salía holgadamente del poblado. Violeta y Quintín Lame se asombraron contentos al comprobar el éxito de la convocatoria entre las aldeas vecinas.

—No sabía que en los Bosques de Niebla hubiera tanta gente letrada —dijo Violeta, que a veces sacaba a relucir su sentido del humor, sobre todo con Manuel, que lo captaba todo.

—No te fíes de los indios. No es oro todo lo que reluce —replicó él riendo.

A Violeta la esperaban jornadas agotadoras revisando la letra de los candidatos para elegir a los más diestros. Para no agotar el escaso papel del que disponían, se le ocurrió que primero escribieran una palabra en las paredes de las escuelas. De esta forma sabría quiénes podían pasar a utilizar los cuadernos escolares y quiénes serían desechados de forma inmediata. En esa criba inicial, ayudaron Belinda, su hijo mayor, Quintín Lame, al que se le oía gritar «¡fuera!» muy a menudo, y dos ancianos de la tribu cuyo pulso ya no era bueno para escribir pero sí su criterio para seleccionar a los que tenían aptitudes.

Al final de una larga jornada quedaron diez hombres jóvenes que se sentaron en los bancos para, sobre unas tablillas de madera con los cuadernos escolares encima, intentar pasar la prueba definitiva: escribir la primera frase del libro de Manuel Quintín Lame. Violeta se sentía importante. Recordó los exámenes en Santiago de Compostela para obtener su título de Magisterio, y cómo sudaba de nervios y temor a no superar las pruebas. Al pasar se inclinaba sobre cada uno de los muchachos para observar el trazo, la rapidez de ejecución y la comprensión de la escritura. Al inclinarse sobre el último percibió el olor del hombre que había sido su regalo de cumpleaños. Recordaba ese olor especial de su piel, y se irguió alerta, pensativa. Lo estaba viendo de espaldas, veía su mano derecha segura y suelta que escribía con letra elegante la primera frase del libro de Quintín. Avanzó un paso para ver su rostro, al tiempo que le decía que lo estaba haciendo muy bien y que iban a contar con él. El muchacho levantó la vista del cuaderno y la miró con unos increíbles ojos verdes profundos. Era muy joven, aparentaba unos dieciocho o diecinueve años, mestizo de aspecto indígena, pero no parecía pertenecer a ninguna de las etnias de las montañas. Un poco ruborizada, Violeta lo volvió a mirar y le pareció el hombre más hermoso que había visto en su vida. Tenía un rostro serio y una actitud reconcentrada; bastante más alto que el resto de sus compañeros, su cuerpo bajo el poncho se adivinaba bien formado y atlético. Todavía conmocionada por el descubrimiento, se retiró para informar a Quintín Lame que los diez hombres ya estaban seleccionados y dispuestos para oír su arenga y comenzar a trabajar en la copia del manuscrito.

El secreto de Leonardo

Al morir India, Leonardo se quedó solo en el mundo y siguió viviendo en la plantación, trabajando como el resto de adolescentes en la recolección de los granos y al servicio de la santera que lo utilizaba como recadero para llevar mensajes o para limpiar la asquerosa nave que sirvió de hospital de campaña durante los meses del cólera. Nadie se hizo cargo de un chico de trece años que pertenecía a la hacienda como trabajador a pesar de su corta edad, y que sabía desenvolverse bastante bien y que era el ambiente en que se había criado como inmigrante desde que llegara con su madre. Era un chico callado y sombrío, como debía corresponder probablemente a una criatura que estaba creciendo en soledad y que la mayor parte del tiempo era tratado como un esclavo. Una vez muerta la madre, Eliodoro nunca quiso saber nada del muchacho. No quería meterse en líos y no le pasó por la cabeza meterlo en la hacienda como sirviente. Hizo como su hermano Odilo: olvidarse de su existencia. Pero a los quince años Leonardo ya sabía demasiado de huelgas, levantamientos indígenas contra los patrones, opresión, abusos y maltrato. Un día pensó que no tenía nada que perder y se unió a la causa indigenista y revolucionaria. Los indios eran los únicos que lo trataban como a un ser humano y le habían cogido cariño. Conocían su triste historia, y cuando lo vieron atravesar los Bosques de Niebla y subir a las montañas lo acogieron como a un igual. Desde entonces, Leonardo era un joven más que vivía en uno de los poblados yanaconas. Y, además, era respetado por conocer la lectura y escritura, instrucción que le había enseñado su madre desde bien pequeño.

Cumplidos los dieciocho años, Leonardo sintió la necesidad de abrir el sobre arrugado y sucio que conservaba como un tesoro desde que falleciera India. Recordaba sus palabras: «Guarda esto que te doy y no lo abras ni lo leas hasta que seas un hombre. Mientras tanto, nunca se lo enseñes a nadie, guárdalo bien. Será nuestro secreto. No lo olvides: nuestro secreto.» Leonardo había empezado una nueva vida en la aldea indígena y se sentía plenamente integrado. Ahora ya era un hombre, justo en la edad en que los yanaconas pueden luchar y entrar en combate para defenderse de sus adversarios e incluso morir. Era pues el momento de abrir el sobre y conocer su secreto. Su madre antes de morir había escrito:

Leonardo, aunque no lleves su apellido, sino el mío, tú eres un Saramago. Tu padre es Odilo Saramago: aquel médico que subía a la montaña de O Pindo y te daba caramelos y siempre te hacía sacar la lengua para mirarla, ¿te acuerdas? Eras tan pequeño que puede que no te acuerdes. Pero eres el hijo del médico de Lariño. No quiso reconocerte o no pudo, tenía familia y nos alejó de su lado para evitar el escándalo. Ahora, ya lo sabes. Te quiere, tu madre India.

Leonardo se alejó de la aldea para abrir el sobre y leer su contenido. Estaba sentado sobre el musgo al lado de un riachuelo que bajaba alegre de las montañas. Leyó dos veces las palabras de India y toda su corta vida pasó como una ráfaga por su mente: la belleza y el amor de su madre, la larga y extenuante travesía en barco, la muerte de ella, el miedo al cólera, el trabajo humillante en la plantación, la soledad que siempre había sentido, la huida a las montañas. Estrujó el papel en su puño al tiempo que sentía un odio inmenso, doloroso, casi físico. Acababa de descubrir su origen, quién era y de dónde provenía. Y esa certeza le revolvió por dentro, le hacía daño y le provocaba un deseo terrible de venganza. «Mi madre fue repudiada y obligada a huir conmigo, un niño pequeño. Él nos metió en una travesía interminable donde vimos a la gente morir de enfermedades y de hacinamiento antes de llegar a puerto. El poco tiempo que vivió lo hizo como una esclava en la plantación de su hermano. ¿Y ese monstruo es mi padre?», reflexionó Leonardo lleno de rencor. Lloró amargamente en la soledad de la selva, y también intentó recordar cuando tenía tres, cuatro, cinco años, al hombre que subía hasta la casa de India y le daba golosinas y le hacía sacar la lengua para comprobar que estaba sano y fuerte. «¡Claro que me acuerdo de ese hombre!», se dijo. Recordaba que era alto y fuerte y que él se alegraba mucho y se echaba a sus brazos, como su madre, cuando llegaba de visita a la choza.

La fuerza y la intensidad de la juventud de Leonardo hicieron que los únicos sentimientos que brotaran al conocer su secreto fueran el odio y la venganza hacia quien había expulsado a su madre y a él mismo de su lado. Consideró a Odilo Saramago responsable de la muerte de India, desahuciada por el cólera en una plantación de los Andes, tan lejos de su casa y repudiada por su amante. Estuvo a punto de arrojar al río el papel arrugado con su secreto, pero el instinto de venganza le paralizó el gesto y lo guardó en un saquito de piel que siempre llevaba colgado al cuello junto con otros abalorios indígenas.

Como es natural, Leonardo, desde que fue conocedor del secreto que tan fielmente guardaba su madre, consideró a los Saramago como unos auténticos monstruos de hipocresía y maldad, solo preocupados por las apariencias sociales, la corrección de las costumbres y la primacía de la familia tradicional sobre todas las cosas; y eso incluía el asesinato, la explotación, la corrupción, el abandono de los más débiles y la falta de compasión. Y su desprecio, como era lógico, se extendía al patrón Eliodoro Saramago que les había dado techo y comida, como a los perros, a cambio de explotarlos trabajando duro en la plantación para él. «De lo único que se preocupó fue de quemar rápidamente el cadáver de mi madre, para no dejar huellas», recordó con amargura.

Al principio y para dar rienda suelta al odio que acumulaba su atormentado corazón, Leonardo combatió contra el Gobierno en las selvas de Colombia y se postuló siempre voluntario en las incursiones y levantamientos indígenas que tenían como objetivo las plantaciones del Valle del Cauca, con más fiereza si eran propiedad de Eliodoro Saramago. La causa indigenista dio cauce para descargar sus ansiedades y el ímpetu de su juventud.

El día que Belinda bajó a la aldea del río para elegir un joven para el cumpleaños de Violeta, el azar enredó y el destino hizo el resto. De los tres muchachos buscados por la curandera para el ritual, Belinda escogió a Leonardo porque le pareció el más guapo. Le explicó que sobre las doce de la noche debía subir hasta su aldea y entrar en la escuela de niñas. Una vez allí, buscaría una puerta en la que habría colgadas unas orquídeas rojas. En esa habitación señalada practicaría el *chichuca*. Y le advirtió de que no debía olvidarse de tapar los ojos de la mujer, que se encontraría dormida en la cama.

Leonardo era un experto en ese rito amoroso. En lo que iba de año había consolado a varias viudas de los poblados vecinos. Para los jóvenes yanaconas era un honor ser elegidos para estos encuentros basados en el secreto y el anonimato de los intervinientes. Aquel día Leonardo cumplió con su cometido como otras veces, con habilidad y discreción. El cuarto estaba oscuro y solo se filtraba un rayo de luna que no iluminaba directamente la cama. Tapó los ojos de la mujer dormida con un pañuelo y le pareció una joven muy hermosa y algo pálida de piel; pero estaba acostumbrado a que sus hábiles manos acariciasen tanto a mujeres con cuerpos espléndidos como a viejas arrugadas que se excitaban de placer casi igual que las jóvenes. Él se concentraba para que las mujeres gozaran, al mismo tiempo que debía contenerse y marcharse con el máximo sigilo.

Aquella noche Violeta y Leonardo yacieron juntos sin conocerse y de forma anónima y casual. Tal y como debía ser el *chichuca*.

Los diez hombres elegidos para copiar el manuscrito de Quintín Lame fueron alojados en el poblado durante el tiempo que les llevara escribirlo. El líder indígena tenía prisa en adoctrinar a las comunidades cercanas y quería que manejaran su libro como guía espiritual e ideológica. Violeta estaba inquieta porque sabía que había que respetar el *chichuca*, y por ningún motivo indagar sobre la persona que lo ofrecía ni en quién lo recibía. Pero cada vez que estaba cerca del joven mestizo el aroma de su piel lo delataba. No podía evitar gozar de un olfato excelente, más acentuado si cabe al vivir en la selva. Por su parte, Leonardo en un primer momento no relacionó a la bella maestra blanca con la mujer que había consolado unos meses atrás en una noche oscura. Pero a medida que pasaban los días y la confianza y el trato con los jóvenes copistas avanzaba, la identidad de ambos se empezó a desvelar. Ella dio el primer paso porque ya los conocía por su nombre, y un día se atrevió a preguntarle:

—Tu nombre, Leonardo, ¿no es un poco extraño por estas latitudes? Parece más bien un nombre español.

—Tú también eres extraña para ser de aquí. Demasiado blanca, demasiado rubia —contestó el chico con sequedad, a la defensiva y hoscamente.

—No te quería molestar, perdona. Sí, soy española, y como habrás podido comprobar soy la maestra de las escuelas de esta aldea —dijo Violeta, rehaciéndose con autoridad.

Leonardo percibió que la mujer se había ofendido con su rudeza, y dio marcha atrás intentando comprobar algo que empezaba a presentir y que le desasosegaba tremendamente.

—Me he criado en la plantación de café de allá abajo. Tras morir mi madre, con quince años me uní a la causa indigenista porque toda mi vida me he sentido explotado por los blancos. Esta es mi familia y me siento uno de los suyos —dijo, moviendo un brazo para abarcar el espacio circundante.

Violeta no se pudo creer tanta casualidad y se sintió radiante de alegría, no por lo que le contaba el pobre muchacho, sino porque los dos provenían del mismo

lugar: la plantación del tío Eliodoro.

—¡Es increíble! Yo también he pasado dos años en esa plantación, hasta que me harté de los sucios manejos de los que dirigen la hacienda y de cómo trataban a los trabajadores. Tras la Masacre de los Cafetales abandoné la plantación y busqué a Quintín Lame para ayudarlo con las escuelas. Ellos también son mi familia —explicó.

El corazón de Leonardo latía a un ritmo vertiginoso cuando le preguntó directamente:

—Y ¿tú quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Violeta, Violeta Saramago. —Y añadió avergonzada—: Y Eliodoro Saramago es... mi tío.

Leonardo cayó en un profundo silencio. Dejó de mirarla, tratando de poner en orden sus presentimientos y también sus certezas. Se quedó totalmente abatido, como si un tornado hubiera pasado por su cabeza. Quiso salir de allí, correr hasta lo más profundo del bosque, huir de ese destino que parecía perseguirle desde que descubriera su secreto. No pudo aguantar más la tensión del momento. Se levantó del banco de la escuela, donde ambos estaban sentados, y salió fuera para no desbordar su dolor en lágrimas.

Violeta no entendió qué le pasaba, por qué reaccionaba así. Supuso que debió de haberlo pasado muy mal en la plantación y que seguramente los esbirros de su tío lo habían tratado siempre como a un niño esclavo, esos chiquillos que ella conoció abatidos por el agotamiento en las plantaciones, a los que volvían a poner en pie a latigazos. Sintió una atracción irrefrenable hacia Leonardo. Le hubiera gustado consolarlo y reconfortarlo en su desolación, conocerlo más y decirle que no estaba solo. Le parecía un hombre marcado por la desgracia en plena juventud, y ese misterio que ocultaba la atraía cada vez más. Miró el cuaderno escolar que había dejado sobre la tablilla y comprobó que llevaba la copia muy avanzada. Su escritura era de trazo seguro y limpio. Se entristeció al darse cuenta de que, dada la celeridad con que copiaba, ya no podría verlo mucho tiempo sentado junto a los otros muchachos en los bancos de la escuela. Al mismo tiempo pensó que era mejor así. «Es muy joven, no está bien que seduzca a un muchacho.» Pero no estaba muy segura de que pudiera refrenar su deseo en cuanto lo volviera a ver.

Al día siguiente Leonardo no acudió a la escuela y eso preocupó a Violeta, porque le quedaban muy pocas páginas para terminar el manuscrito. Preguntó a los otros hombres si conocían dónde vivía y le dijeron que en las comunidades indígenas río abajo. A la mañana siguiente montó a caballo y fue en su búsqueda. Lo encontró cortando leña cerca del río. Desmontó procurando que no la viera y lo contempló un poco apartada. El muchacho, sudado y agotado por el esfuerzo, se quitó el poncho y la camisa y se metió en el río para refrescarse. Violeta lo vio salir del agua a contraluz y le pareció un dios. Admiró su cuerpo, que tenía la textura propia de las pieles sagradas. Su pelo largo y negro, liso y mojado, acentuaba todavía más el color de sus ojos verdes, extraños en un indio. A Violeta le costó interrumpir la contemplación de tanta belleza y el momento de paz del que gozaba Leonardo; pero pensó en el trabajo por hacer y en su obligación como maestra. Se acercó a él y casi lo asustó sin pretenderlo.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? —saltó Leonardo, sorprendido de verla en su territorio.

—Estaba preocupada. Como has faltado un día y te queda tan poco para acabar de copiar el libro, he venido a buscarte. Te necesitamos.

—¿Quintín Lame sabe que he faltado al trabajo? —preguntó inquieto.

—No, no creo. Yo tengo que avisarle cuando estén acabadas las diez copias. Entonces os verá y pagará lo convenido. Si quieres puedes subir ahora conmigo y adelantar el retraso —añadió Violeta, tratando de persuadirlo mientras él se secaba con el poncho y se cubría el torso con la camisa.

El chico dudó un instante y a continuación montó en el caballo de Violeta y le ofreció un brazo para ayudarla a auparse a la grupa. Ella se abrazó a su cuerpo con suavidad y aspiró el olor embriagador de su piel húmeda y caliente.

—Cuando acabe mi trabajo arriba, volveré a recoger la leña que he cortado. Es para la aldea —dijo a modo de explicación al pasar por una pila de troncos.

—Entonces —preguntó intrigada Violeta—, ¿tú naciste en Colombia? ¿Tus padres también eran indios?

—Mi madre era india, se llamaba así, India, y era una mujer muy bella. Siempre he estado en la plantación. Y mi padre... no lo sé, nunca lo conocí —respondió Leonardo un poco abrumado.

—Tu madre debió de ser una mujer hermosa, porque eres un chico muy guapo. —Y con naturalidad apretó su cuerpo contra la espalda del joven para sentirlo mejor y mostrarle su afecto.

Él calló y llevó al paso el caballo hacia el poblado de arriba. Su desconcierto inicial al conocer a su supuesta hermana pasó a convertirse en odio hacia todo lo relacionado con el apellido Saramago, y ese sentimiento primaba sobre los demás que se agolpaban desordenadamente en su joven corazón. Leonardo comenzó a fraguar una sutil venganza. Tenía que mantener la cabeza fría si no quería acabar siendo una víctima como su madre. Por una parte, sabía que Violeta gozaba de la absoluta confianza de Quintín Lame y que, por tanto, debía obedecerla en todo. Y, por la otra, obviamente se percataba del interés que demostraba ella hacia su persona. Dedujo que tenía que aprovecharse de ambas circunstancias para conseguir sus propósitos. Vengar la memoria de India era su principal objetivo desde que conociera su secreto.

Terminado el trabajo de los copistas, Quintín Lame les agradeció su entrega a la causa indigenista y les pagó lo acordado: un saco de grano de café y otro de maíz, a la vez que los exhortó a divulgar su libro en sus respectivas comunidades. Violeta se despidió de todos y cuando se acercó a Leonardo le dijo que deseaba acompañarlo hasta su aldea. El buen tiempo había llegado a los bosques, y el río que corría por las inmediaciones del poblado era el lugar idóneo para bañarse y refrescarse cuando el sol apretaba. Violeta quería volver a ver el cuerpo de Leonardo saliendo del agua y los rayos de sol jugueteando con su dorada piel mestiza.

Después del baño se secaron al sol tumbados sobre el musgo, y Violeta tuvo que contener un intenso deseo de besarlo en la boca. Lo miró embelesada, recostada a su lado, sin rozarlo a la espera de su reacción de hombre. Fue entonces cuando Leonardo la atrajo y la besó apasionadamente. En ese instante, el joven no pensaba en venganzas ni en odios, solo respondía a los impulsos irrefrenables de su cuerpo. Y Violeta, por fin, pudo, de modo consciente esta vez, acariciar, tocar, besar esa piel sagrada que le recordaba a los dioses precolombinos.

Vivieron un amor apasionado y Violeta conoció junto a Leonardo cada rincón de la selva andina y lugares de una belleza sobrecogedora. Algo que agradeció, porque hasta entonces se había volcado en las escuelas del poblado y apenas conocía esos paisajes de los que tanto había oído hablar y que ansiaba descubrir. Sobre todo, quería ver el mar. Lo echaba de menos rodeada de tanta selva y frondosidad, necesitaba la amplitud de los espacios de la costa del Pacífico, respirar la brisa del mar, tan cercano a los Bosques de Niebla. Habló con Leonardo y prepararon una escapada. Se entusiasmó cuando el joven le dijo que la parte de la costa a la que irían era famosa por su belleza y por el avistamiento de ballenas.

—¡Como en Ézaro! —exclamó llena de alegría por la coincidencia, y le contó a su joven amante aquella lejana excursión en Galicia con sus amigos Inés y Juan y su hermano Andrés para ver el paso de las ballenas por la Costa da Morte.

—No sé cómo será en tu tierra de origen, pero donde vamos, a veces, las ballenas se acercan tanto a la orilla que pueden verse desde la playa o desde las colinas. Es un espectáculo grandioso —le explicó orgulloso Leonardo.

Partieron hacia la zona costera del Pacífico conocida como la ensenada de Utría, a mitad de camino entre el Valle y Nuquí, enclaves obligados de conocer especialmente durante la temporada de cría de las ballenas, que por increíble que pareciera jugaban en una angosta ensenada a pocos cientos de metros de la costa. Leonardo le explicó que todos los años las ballenas que vivían cerca de las aguas antárticas de Chile hacían un viaje de más de ochocientos kilómetros a la costa pacífica de Colombia para dar a luz y criar a sus ballenatos en aguas cálidas.

—Aquí se les llama rorcuales, también conocidas como yubartas o jorobadas. Dicen que ha llegado a haber hasta ochocientos ejemplares frente a la costa colombiana. Las ballenas que llegan alcanzan los dieciocho metros de largo y pesan hasta veinticinco toneladas, son enormes. Su presencia impresiona, ya verás qué espectáculo —dijo el muchacho, contento de enseñarle parajes que conocía bien.

Y Violeta pensó emocionada que en este país todas las cosas hermosas estaban al alcance de la mano.

—Es como si brotaran a un paso, a tus pies. —Se refería, claro está, a la vegetación que brotaba hasta invadirlo todo, a las orquídeas de mil colores diferentes, a los pájaros extraños, a las ballenas que llegaban hasta las playas para ser admiradas, a la belleza de las etnias indígenas.

Cuando llegaron, Violeta comprobó que las explicaciones de Leonardo se habían quedado cortas. En la ensenada de Utría no hacía falta coger ningún barco para verlas. Estaban ahí mismo, cerca de la tierra. Los cetáceos penetraban en la ensenada y se ponían a jugar muy cerca de la costa. Entonces pensó que pocas cosas había más tiernas que ver a un ballenato del tamaño de un vagón asomando el morro en la superficie o cogiendo impulso para dar un magnífico salto e introducirse en el mar luciendo su espléndida cola antes de hundirse de nuevo. Después de contemplar a las ballenas, la pareja emprendió varios recorridos cortos para perderse entre la vegetación exuberante, húmeda y prodigiosa de color de los manglares cercanos.

—Si estamos atentos —dijo Leonardo—, al caer la noche quizá podamos ver setas que se iluminan en la oscuridad.

—¿De verdad? Parece increíble —comentó Violeta.

Cogida de su mano, parecía la chiquilla de diecinueve años que fue, titubeante ante la presencia segura y experta de Leonardo, que con su machete se abría camino y le indicaba por dónde pasar para no mojarse demasiado o no caer en aguas empantanadas donde un cuerpo podía hundirse en cuestión de minutos. El espíritu aventurero de Violeta estaba plenamente colmado con los paisajes y lugares cada vez más hermosos y misteriosos que le mostraba su joven amante. En Jobí, en los alrededores de Nuquí, se hicieron con una canoa de tronco tallado, que prestaban los indígenas de la zona para llegar hasta las cascadas de Chontadura y Antaral. Esta última alimentaba una gran poza a sus pies y se animaron a darse un baño para quitarse el barro de los manglares y el calor sofocante de la jornada. Violeta se quitó la ropa y se lanzó al agua con un estilo impecable. Era buena nadadora y atravesó la poza con brazadas rítmicas y consecutivas. Leonardo la observó admirado desde la roca a que se encaramó para verla mejor. Pensó que parecía un pez.

—¡Venga! Tírate al agua. No seas cobarde. Está caliente. De verdad, está deliciosa —gritó Violeta desde el otro lado de la poza, de unos veinticinco metros de circunferencia.

Leonardo sonrió y se lo pensó. No es que tuviera miedo; era que sabía nadar lo justo para no ahogarse, consciente de que su estilo era lo más parecido al de un perro, manteniendo la cabeza fuera y batiendo brazos y piernas sin armonía alguna para no hundirse, decidió permanecer en la roca. No quería hacer el ridículo delante de ella. Cuando Violeta regresó a su lado y lo abrazó para mojarlo intencionadamente, Leonardo le dijo:

—Nadas como un pez. Yo nado muy mal. Bueno, como todos los indios de los Bosques de Niebla. No vivimos cerca del mar —aclaró a modo de justificación por no haberse tirado a la poza. No quería quedar como un cobarde.

—Es que yo nací cerca del mar, al lado. La playa de Lariño, en Galicia, era como el huerto de la casa, para que te hagas una idea. Y mi padre nos enseñó a nadar desde muy pequeños a mi hermano y a mí, porque el mar en Galicia es tremendo, muy peligroso, y conviene saber flotar o defenderse de su oleaje. Pero es verdad lo que dices: la mayor parte de los pescadores gallegos no saben nadar. Es absurdo, ¿no? En los naufragios hay gente que muere por no saber nadar —le contó Violeta.

Leonardo la escuchaba pero su pensamiento había entrado en ese agujero escondido lleno de odio que guardaba su corazón al oír sus palabras: «Mi padre nos enseñó a nadar desde muy pequeños a mi hermano y a mí.» Se volvió a sentir excluido de todo lo que le hubiera podido corresponder: un padre que le enseñara a nadar desde pequeño, unos hermanos con los que jugar en su infancia, una casa junto al mar. Trató de recordar esa tierra lejana: Galicia, en la que también le hubiera correspondido crecer y hacerse un hombre, pero solo conservaba vagos recuerdos de su madre en una casa arriba de la montaña y de otra mujer vieja y fea, seguramente su abuela. Trató de hurgar más en su memoria y recordó que siempre había estado solo, junto a esas dos mujeres que le cuidaban y le protegían, sin amigos y sin hermanos. Y luego, de eso sí que se acordaba porque lo pasaron mal, la interminable travesía en un barco donde dormían sobre sus ropas y maletas, hacinados como animales, pasando hambre y frío, siempre rodeados de mar por todas partes. Por eso no le gustaba el mar. No le traía buenos recuerdos.

—¿Qué pasa? A veces caes en unos silencios... Es como si te hundieras en un mundo en el que nadie puede entrar. ¿He dicho algo que te haya molestado? —preguntó Violeta, inquieta ante su silencio, porque empezaba a observar que esas «ausencias», como ella las llamaba, le ocurrían a menudo.

No contestó. Le cogió la mano y se lanzaron a la poza. Al salir a la superficie Leonardo reía, la abrazaba y la besaba, mientras se hundían en el agua y volvían a flotar para respirar entre beso y beso.

Se secaron al sol y, aprovechando la canoa prestada, se desplazaron hasta Punta Huína. Leonardo propuso pasar la noche en un lugar que supuso le gustaría. La travesía en canoa duraba treinta minutos entre paisajes paradisíacos hasta alcanzar una playa preciosa, con una mezcla de arena dorada y negra, bordeada de cocoteros y chozas donde vivían pequeñas comunidades indígenas, junto con descendientes de esclavos africanos. Leonardo conocía su lengua y sabía que los acogerían por una noche en ese lugar privilegiado.

Uno de los signos de hospitalidad de estas pequeñas tribus indígenas consistía en reunirse junto a las hogueras cerca de la playa cobriza para cantar algo parecido a extraños lamentos y tocar pequeños tambores, todo en honor de los visitantes. Violeta estaba feliz. Liberada de las extenuantes clases en la selva tras enseñar a leer y escribir a los niños del poblado, con el permiso obtenido por Quintín Lame para que se tomara unas vacaciones y acompañada de Leonardo descubriendo lugares de ensueño, pensaba que la realidad era mejor que los sueños que abrigaba desde niña. Daba palmas y seguía el compás de esa música endiablada de sus anfitriones mirando sonriente la belleza serena del muchacho que la acompañaba. No se cansaba de contemplarlo. Siempre le decía en los momentos de intimidad:

—Eres como un dios, tan hermoso como un dios, Leonardo.

Y, en esas ocasiones, Leonardo le replicaba incrédulo.

—Y qué sabrás tú cómo son los dioses.

Entonces ambos se reían y se acariciaban con ardor.

Frente a ellos, en el círculo alrededor de la hoguera, un hombre prieto, de raza negra, hacía rato que los observaba detenidamente. Se acercó y se sentó a su lado sonriente, mientras fumaba un tabaco de olor dulzón y penetrante.

—Vosotros tenéis los mismos ojos, la misma mirada, el mar metido ahí dentro. Pero sois muy diferentes, de razas distintas. Sois unas extrañas criaturas. ¡Bienvenidos! —Y les dio la mano, sin preguntarles nada respecto a su procedencia.

Leonardo y Violeta se miraron extrañados por el comentario del hombre y sonrieron halagados.

—Sí, es verdad, tenemos los ojos del mismo color. ¡Qué coincidencia! —comentó Violeta mirando a Leonardo como si lo acabara de descubrir en ese momento.

Después se acercaron unos niños nativos que llevaban collares de cabalongas, unos frutos secos que se cultivaban en el Chocó para protegerse del mal de ojo, maldición que según la creencia popular podían echar algunas ancianas, y les pusieron un collar alrededor del cuello. Violeta se rio de la cantidad de collares y cosas que llevaba en el cuello Leonardo, y que nunca se quitaba. Y, curiosa, le preguntó:

—Y ese saquito de piel que llevas siempre colgado, ¿qué es?

—Es un secreto —contestó él, lacónico.

—Ya... seguro que es algún tipo de droga —respondió Violeta, haciéndose la enterada.

Después de pernoctar una noche continuaron la ruta preparada por Leonardo. La verdad es que había pocos destinos tan salvajes y espectaculares como la región pacífica de Colombia. Allí, más que toparse con el mar, la jungla se metía de cabeza en él. Descubrieron maravillados cascadas que caían desde riscos cubiertos de bosque y rompían en espléndidas playas de arena gris. Se bañaron en auténticas piscinas termales que yacían ocultas entre la espesa selva. Y gozaron de la hospitalidad de diminutas aldeas indígenas que se aferraban como hormigas a las riberas de los ríos. Esos lugares paradisíacos también eran elegidos por los delfines y las ballenas para jugar cerca de la costa, y por las majestuosas tortugas marinas, que se acercaban aún más para el gozo de los humanos que llegaban hasta allí para observarlas.

Como Violeta nunca había visto una tortuga marina, Leonardo quería mostrárselas. Para llegar a ellas, la manera más segura era caminando por la playa y vadeando un par de ríos con el agua hasta la cintura. La otra opción era por la jungla, a través de un sendero agreste muy cerrado. Optaron por el camino del agua y el esfuerzo mereció la pena, al encontrarse las tortugas marinas en plena temporada de desove. Llegaban de junio a diciembre para poner sus huevos en la playa, y el mejor momento para verlas era por la noche. Así que Leonardo y Violeta se tumbaron en la arena, un tanto alejados de la orilla, a la espera del anochecer. El espectáculo de la

puesta de sol en el Pacífico era una buena excusa para tumbarse y esperar tranquilamente a que la oscuridad la hiciera salir del agua. Mientras este milagro de la naturaleza se producía, Violeta, tumbada sobre la arena, abrió sus brazos y sus piernas en cruz y sus ojos atravesaron el cielo rojizo sin nubes, como hacía con Juan para recobrar el aliento después de recorrer la playa a la carrera. Leonardo le preguntó intrigado por la postura que había adoptado.

—¿Qué haces?

—Nada especial. Cuando era una cría descansábamos así después de hacer carreras por la playa con mi hermano y mis amigos. No sé, cuando estoy bien, como ahora contigo, me acuerdo de Galicia. No lo puedo evitar —contestó sin dejar de mirar al cielo.

—Tienes suerte de tener recuerdos. Yo tengo pocos, y no son buenos —comentó el muchacho, apesadumbrado.

—Por favor, Leonardo, no te vuelvas a poner triste —rogó Violeta con voz mimosa—. Algún día me tendrás que contar tu vida, te sentirás mejor.

—Si seguimos hablando ahuyentaremos a las tortugas. Chiss, ¡cállate!

—Pero al menos dime una cosa: ¿eres feliz cuando estás conmigo?

Por toda respuesta, Leonardo se colocó encima de ella, acarició su pelo mojado por el sudor y la penetró suavemente. Mientras hacían el amor se oyó un sonido de arrastre lento y pesado: eran las tortugas que se acercaban confiadas a la playa para comenzar el ciclo de la vida.

Llevaban una semana de viaje recorriendo esa parte de la costa del Pacífico, la más cercana al Valle del Cauca, y Leonardo pensó que como final de viaje antes de regresar a los Bosques de Niebla, Violeta debía conocer una playa que a él le había gustado mucho cuando se la enseñaron: la de Guachalito. Era una playa larga y limpia, de aguas transparentes y tranquilas. Decorada de orquídeas y platanillos en abundancia, estaba prácticamente invadida por la jungla. Entre tanta exuberancia se encontraban champiñones como platos que crecían en los árboles, y las palmeras cocoteras se mecían dócilmente sobre la arena gris. Allí se bañaron de nuevo, corrieron y jugaron como jóvenes cachalotes revolcándose en la arena, hasta que sus cuerpos asemejaban esculturas de barro. Se miraron, rieron y se lanzaron al agua para limpiarse. Eran completamente felices.

De regreso a las montañas del Cauca les embargó una sensación de plenitud. Violeta pudo saciar su necesidad de ver, oler, sentir el mar y los paisajes increíbles que lo rodeaban en ese punto del universo. También había colmado la atracción irresistible que le provocaba Leonardo, y que no se atrevía a satisfacer en el poblado ante las miradas curiosas de los demás. Era consciente de que, pese a sus hechuras de hombre, Leonardo era un muchacho todavía, y ella una mujer de veinticuatro años. No quería que en la aldea la juzgaran como una seductora de jóvenes indígenas. Lo que ignoraba todavía era que la sociedad yanacona era mucho más abierta y permisiva que la suya. En cuestiones relacionadas con el sexo y el amor, los indígenas no solían poner límites ni barreras y eran más libres que en el llamado mundo civilizado. Incluso había tribus donde los hermanos practicaban el sexo entre ellos y desconocían el significado de la palabra «incesto». Pero Leonardo, aunque se había criado buena parte de su corta vida en este ambiente permisivo, procedía de una cultura distinta que le hacía debatirse constantemente en un dilema moral, aun sin ser consciente de ello.

Para un joven de diecinueve años resultaba difícil encauzar el cúmulo de sentimientos que representaba Violeta. No olvidaba que era la sobrina del patrón, que era su hermana, que seguramente representaba lo máspreciado y querido por Odilo Saramago y que sentía un incontenible deseo hacia ella. En esos días de convivencia se dio cuenta de que estaba perdidamente enamorado de ella, y de que ya no tenían pensados sus planes iniciales de vengarse de Odilo Saramago a través de su hija. Cuando supo quién era Violeta pensó en contarle el secreto que les unía para desenmascarar a su padre y volcar así todo su odio, pero al conocerla fue incapaz de hacerlo. Le pudo más el amor que le profesaba y no quiso perderla. Así que optó por abandonarse a sus sentimientos y gozar de la felicidad que encontraba en ella.

La divulgación del pensamiento de Quintín Lame surtió efecto y los adictos a su causa no cesaban de aumentar. Su libro se extendió por las tribus y aldeas de los Bosques de Niebla y su liderazgo se fortaleció. Ahora que Violeta había regresado, quiso que le ayudase también a difundir en el exterior sus reivindicaciones. «Tenemos que convencer a los otros para que aprendan a respetarnos. Vamos a luchar con sus mismas armas», le explicó para convencerla.

Violeta le ayudó a dar forma a sus palabras para resumir su pensamiento en textos en los que Quintín Lame exponía la delicada situación de los pueblos indígenas al borde del exterminio, con el objetivo de que cesaran las apropiaciones ilegales de sus tierras, los saqueos y la explotación de los indios que trabajaban como jornaleros en las plantaciones. Violeta sugirió distribuirlos por el Valle del Cauca y esperar la reacción de los dueños de las plantaciones y las compañías norteamericanas, que como una mancha de aceite silenciosa extendían su poder e influencia por las regiones con más recursos de Colombia. Incluso se ofreció a bajar al valle, visitar la hacienda e investigar cómo estaba la situación.

—Nadie mejor que yo para eso, Manuel. Pasaré mucho más inadvertida que cualquiera de vosotros. Mi familia no sabe dónde he estado todo este tiempo. Se creen que ando por Bogotá —dijo persuasiva.

A Quintín Lame no le satisfizo la idea.

—Puede ser peligroso. No me gusta que una mujer se arriesgue tanto. Eso es cosa de hombres —respondió.

Violeta hizo como si no hubiera oído el comentario. Quintín Lame era un gran hombre, pero en su fuero interno seguía pensando que las mujeres debían estar protegidas por los hombres y no podían ocuparse de ciertas cosas.

—Puedo aprovechar el viaje y llegar hasta Cali para que se impriman estos escritos —se le ocurrió sobre la marcha, porque cada vez estaba más ansiosa por enterarse qué estaba pasando en la hacienda.

—Bien, pero avisaremos primero a Dionisio para que te acompañe hasta el valle —decidió Manuel.

A Violeta le pareció razonable.

Había pasado ya un año desde que abandonara la finca, y necesitaba saber si habían llegado cartas de su padre, ya que la dirección de la hacienda era el único lugar donde podían llegar noticias de su familia. Supuso que su tío las guardaba a la espera de que ella diera señales de vida. No obstante, había un problema menor, pero problema al fin y al cabo: no podía presentarse en la hacienda ni en la ciudad de Cali vestida como una india, por más «mujer dorada» que fuese. Se descubriría de dónde venía, y eso de momento no le interesaba. Para solucionarlo mandó un mensaje a Dionisio: cuando subiera a las montañas debía traerle un vestido adecuado para la ocasión. Todavía guardaba sus viejos botines y unas medias en su mochila. Afortunadamente era verano y no necesitaba mucha ropa.

Leonardo subía cada noche para dormir junto a Violeta. Cuando le informó de sus planes, se alteró. Le pareció una idea arriesgada y, sobre todo, temió que al llegar al valle se quedara allí y no regresara nunca a los Bosques de Niebla.

—Tu tío es una mala persona. ¿No has pensado que puede tomarte como rehén y obligar a Quintín Lame a rendirse? —le advirtió.

—Leonardo, mi tío no sabe dónde estoy. Si lo supiera ya me hubiera llegado alguna noticia en todos estos meses de ausencia. Además, yo no voy de mensajera de Quintín Lame, mi cometido es otro.

—¿Cuál? —preguntó inquieto el muchacho.

Ella suspiró al comprobar la ingenuidad de Leonardo. Él debería saber que lo que planeaban, hablaran o determinaran Quintín Lame y ella era asunto confidencial, no podía saberlo nadie más. Solo así se mantendría la operación a salvo.

—No te lo puedo decir, lo siento. Pero no te preocupes. Sé lo que hago —se excusó.

—Entonces, ya no volverás... —dijo el chico, triste, sin atreverse a mirarla.

—Pero ¿qué tontería estás diciendo? ¡Claro que volveré! Recuerda que soy la maestra de dos escuelas, y todavía hay mucho trabajo por hacer —contestó Violeta, y acarició su espalda con ternura.

Pero Leonardo había caído en uno de sus pozos de silencio. Se incorporó de la cama, se vistió y, sin volverse, salió de la escuela. Se alejó por el bosque envuelto en

la niebla convencido de que Violeta le iba a abandonar. Violeta no lo llamó, no intentó retenerlo. Estaba muy cansada tras una dura jornada de trabajo en las escuelas y después de ultimar los detalles de su misión con Quintín Lame. Solo quería dormir, y casi agradeció poder hacerlo sola. Antes de caer rendida por el sueño pensó que Leonardo reaccionaba, a veces, como un crío inmaduro, desconfiado y vulnerable.

Llegó el día de partir y Violeta se encontró un poco extraña vestida otra vez de señorita, con faldas, botines de piel y medias. Se recogió la melena en la nuca y se pintó los labios con un carmín que le trajo Dionisio de parte de su mujer. Dionisio la acompañó a caballo hasta los lindes de la plantación por senderos que solo conocían los indios de las montañas. Desde allí llegaron al poblado donde dejaron los caballos. No convenía dejar pistas. A medida que Violeta se acercaba a pie a la finca, el corazón le latía más deprisa. No estaba muy segura de tener respuestas para todas las previsible preguntas de su tío después de abandonarle, pero tenía que intentarlo. Atravesó las interminables filas de plantas de café hasta divisar la finca. «Sigue tan bonita como siempre», pensó al contemplar el amarillo, verde, rojo y azul de las fachadas, con sus flores colgadas en los balcones. Llevaba bien amarrado un bolso antiguo y viejo —demasiado viejo para el simulacro— que también le había traído Dionisio, donde llevaba envueltos en un pañuelo los textos que pretendía encargar en una imprenta de Cali. Un chiquillo negro la reconoció al verla atravesar la plantación y corrió como una bala hacia la hacienda para avisar al señor que la señorita Violeta había regresado.

—¡La señorita Violeta ha llegado! ¡La señorita Violeta está aquí!

Al oír los gritos del chaval, Eliodoro salió al pórtico de la mansión con el habano entre los labios, oteando el horizonte. Tras él, Elvira Zárate de Saramago con gesto de desagrado y sorpresa murmuró:

—Qué se le habrá perdido aquí. Nada bueno, seguro.

Violeta atisbó sus siluetas y se llenó de coraje para enfrentar la situación. «¿Me habrá perdonado el modo en que me marché sin despedirme? ¿Sabrá que he estado en las montañas con los indígenas? ¿Me echará de casa nada más verme?», pensaba. De su tía, claro está, no esperaba nada. Nunca congeniaron, y sabía que siempre la había visto como a una extraña, como una usurpadora del papel que sus hijos eran incapaces de representar. Pero a su tío Eliodoro le seguía teniendo afecto a pesar de comportarse como un negrero con los trabajadores. Sus cartas iluminaron y acompañaron su infancia, y eso era difícil de olvidar. Esperó no equivocarse con el recibimiento.

—¡La hija pródiga ha vuelto! Tienes buen aspecto, querida. Dame un abrazo. —Y abrió sus brazos para acoger el esbelto cuerpo de su sobrina.

Violeta suspiró aliviada y se dejó mecer por el corpachón de su tío, que, al igual que cuando había llegado tres años atrás al puerto de Barranquilla, la apretó hasta dejarla sin respiración en señal de bienvenida. Doña Elvira esbozó un amago de sonrisa de compromiso y la volvió a inspeccionar de arriba abajo, deteniéndose en el bolso demasiado grande y viejo para una señorita que, al parecer, venía de Bogotá.

—Gracias por recibirme de nuevo. Aunque no me despedí formalmente la noche en que me marché, ya le había contado mis intenciones. No quise hacerlo más doloroso —dijo Violeta agradecida.

—¿Y tus maletas? ¿No traes equipaje esta vez? —preguntó intrigada doña Elvira.

—No, tía. No vengo para quedarme. Estaré aquí hasta mañana, que debo ir a Cali. Es solo una visita que hago a la familia.

—De eso nada. ¡Cómo que de visita! Una Saramago nunca está de visita. Esta es tu casa. Anda, entremos que tengo tres cartas de tu padre. Está enormemente preocupado, y con razón, Violeta. No se puede desaparecer así de un día para otro —le reprochó su tío.

Era lo que más deseaba hacer: leer las cartas de su padre en la intimidad de su antigua habitación. Pero todavía no había llegado el momento.

—Bueno, señorita, pasemos al despacho. Me tienes que contar muchas cosas, supongo.

Mientras cruzaban el salón con sus hermosos muebles coloniales y su intensa luz tamizada por las cortinas, Violeta trató de preparar una respuesta coherente para su tío. Le contó una historia sobre la muchacha gallega que había conocido en el barco, con la que había estado viviendo hasta entonces, que iba a cambiarse de domicilio, y por esa razón no tenía todavía una dirección que darle. Prometió que en cuanto tuviera acomodo en Bogotá le escribiría notificándole su paradero. Le explicó lo primero que se le ocurrió: que tenía intención de estudiar leyes en Bogotá, y que se había ido muy enfadada por todo lo sucedido en las huelgas de los cafetales.

—Estoy bien, tío Eliodoro —añadió—. No debe preocuparse por mí. Además, comprenderá que no voy a pasarme la vida encerrada en las plantaciones. Colombia es un país que merece la pena descubrir y tengo intención de hacerlo —explicó convencida.

—Bien. Lo pasado, pasado está. Las cosas han cambiado un poco en la hacienda. Ya te contaré con calma durante la cena —dijo sin entrar en detalles.

Eliodoro Saramago le entregó las cartas de su padre, y le confirmó que eran la respuesta al cable que ella le había pedido que le enviara a su hermano cuando decidió abandonar la hacienda tras los disturbios de los cafetales. También le reprochó haber desaparecido durante un año teniendo en vilo a toda su familia en Galicia y a él mismo, que al fin y al cabo era responsable de su seguridad.

—Ah, y sigues teniendo tu habitación preparada. Tal y como la dejaste —le comunicó antes de salir del despacho.

Violeta las cogió con ansiedad y advirtió que no habían sido abiertas. «Todo un detalle por su parte», pensó y se retiró rápidamente a su habitación. Estaba deseando ver la letra de su padre.

En el salón, doña Elvira Zárate abordó a su marido para hacerle una serie de observaciones sobre la visita de Violeta.

—¿Te has fijado? Esa muchacha viene muy bronceada para vivir en Bogotá. Y su aspecto deja mucho que desear. Ese vestido, ese bolso... No viste como una señorita y está más delgada. ¿No te has dado cuenta? Yo creo que nos engaña. A saber dónde ha estado y con quién se junta.

—Tú siempre pensando bien de todo el mundo —le contestó él en tono irónico—. Más te valdría pensar en lo inútiles que son tus hijos, y los mantengo. Violeta ya es toda una mujer y quiere ser independiente. ¿Tan difícil de entender es eso?

—Bueno, si se va pronto, mejor. Así no seremos responsables de lo que haga estando fuera de esta casa. ¿Ya no te acuerdas de las cosas que te dijo, de cómo te trató? A tus hijos no les hubieras permitido que te levantaran la voz. En fin, sigo pensando que anda metida en líos. No hay más que verla...

Tras leer las cartas en su habitación, Violeta admiró de nuevo los pequeños detalles que la hacían tan acogedora: la cama mullida con el cabecero de barrotes dorados, la colcha de colores suaves, los cojines bordados con hermosas filigranas, el balcón por el que se filtraba una luz atenuada y cálida, el escritorio de madera noble sobre el que estaba ahorrada releendo una y otra vez las cartas de su querido padre. Le alcoba olía a flores y a limpio. «Es un lugar donde se está bien. Un lugar para quedarse», meditó por un instante al compararla con su humilde cuarto en la selva andina.

Odilo Saramago le expresaba su gran preocupación por haber abandonado ella la hacienda y la casa de Eliodoro. Le rogaba e insistía en que, estuviera donde estuviese, escribiera y les contara lo que había pasado, porque solo tenían la versión de su hermano, que naturalmente había continuado su correspondencia con Odilo. Solo al final de la tercera carta aparecían las frases que tanto esperaba leer:

De todas formas, hija mía, si te has marchado de allí sé que tendrás tus motivos, que incluso puedo llegar a imaginarme. No obstante, ten mucho cuidado allí donde estés. Colombia es un país peligroso y no queremos que te pase nada malo. Creo que te mueve la juventud y tu generosidad para con los más débiles; pero, por favor, Violeta, no rompas el vínculo familiar con tu tío Eliodoro, por si algún día lo necesitas; nosotros estamos demasiado lejos para ayudarte. Solo podemos hacerlo con palabras y con nuestro inmenso cariño y confianza en ti.

Se le enrojecieron los ojos de lágrimas al recordar a su amado padre y comprobar su sufrimiento por no saber nada de ella durante tanto tiempo.

Antes de bajar al comedor para la cena escribió una larga carta a sus padres y hermano, para tranquilizarlos. En cuanto llegara a Cali la franquearía en la oficina de

Correos. Contaba la verdad, aunque rogaba a su padre que de momento no desvelara su paradero al tío Eliodoro. Violeta había llegado a la conclusión de que sus padres estarían más inquietos sin noticias suyas que si les confesaba la realidad. Y así lo hizo, explicando que vivía en los Bosques de Niebla de los Andes, donde trabajaba como maestra enseñando a los pequeños indígenas a leer y escribir. Y que abrazaba la causa indigenista frente a los abusos —no los detallaba para no preocuparlos más— del Gobierno, la Iglesia, las autoridades locales y los terratenientes. Esperaba que Odilo estuviera orgulloso de ella cuando supiera en qué andaba. Se sintió mucho mejor después de escribir la carta y meterla en el bolso junto con los escritos de Quintín Lame para la civilización. Acto seguido, se arregló frente al espejo del pequeño lavamanos de su habitación y bajó al comedor dispuesta a obtener una buena información para la causa.

Por suerte, Diego y Simón no estaban en la finca. Su padre los tenía ocupados en Puerto Buenaventura cargando el grano en el barco que exportaba el café a América del Norte. Desde la marcha de Violeta no había tenido más remedio que ponerlos a trabajar a su lado, eso sí, bajo un severo control. Violeta se encontraba animada y, antes de que doña Elvira desplegara su batería de preguntas, abrió fuego de forma directa.

—Y ¿qué ha sido de su amigo norteamericano? ¿Sigue por aquí? —fue la primera pregunta.

—Hace ya unos meses que la United lo destinó al departamento del Magdalena, en la región del Caribe. Ahora se dedica a la producción bananera, que como sabes es la base de la floreciente economía de la zona. Nos vemos una vez al mes en Bogotá si coincidimos por negocios —contestó Eliodoro, un poco obligado.

—Ya me imagino. Cambia de rumbo para explotar otra zona rica del país. Yo pensé que después de lo ocurrido aquí habría desaparecido del mapa, pero por lo visto sigue expoliando Colombia con vuestro beneplácito —respondió valiente Violeta, buscando provocar a su tío para sonsacarle más información.

Sin dar tiempo a que respondiera su marido, doña Elvira, presa de un alboramamiento que se le notaba incluso en el tono colorado de su cara, intervino indignada:

—Mr. Thomas Foster es todo un caballero, y en esta casa se le debe mucho; porque si la plantación continúa es gracias a su ayuda en momentos de enorme dificultad. Hombres emprendedores como él son los que necesita este país, no los vagos y anticuados indígenas que solo quieren seguir viviendo como salvajes sin producir, sin desarrollarse y evitando que Colombia entre por derecho propio en el siglo veinte.

Violeta no podía creerse que su tía estuviera defendiendo a un hombre que había llamado al Ejército para que disparara contra los huelguistas, y que había sido el gran urdidor de la Masacre de los Cafetales. Le dieron ganas de levantarse y marcharse de nuevo, pero se contuvo porque estaba allí con una misión y debía controlarse ante «esa vaca ignorante y presuntuosa».

—Sería más oportuno que cambiáramos de tema, ¿no les parece a las señoras? —terció Eliodoro, conciliador.

Continuaron la conversación en un tono más apaciguado, y Violeta averiguó que casi toda la recolección de la hacienda se exportaba ahora a Estados Unidos y que como jornaleros apenas contrataban a campesinos indígenas de la zona, sino a africanos que trabajaban prácticamente por techo y comida. También preguntó a su tío si sabía dónde estaba Dionisio desde que se marchara de la hacienda.

—Pues no sé nada de él, ni me importa. Es un alma sensible, como tú, que desde las huelgas no pudo aguantar la presión y se fue. Creo que sigue viviendo en el poblado y trabaja en lo que sale para dar de comer a sus hijos. Una pena, era un buen capataz —dijo Eliodoro.

A Violeta la tranquilizó saber que también ignoraba que Dionisio trabajaba para la causa de Quintín Lame.

Eliodoro alabó la intención de su sobrina de dedicarse al estudio de las leyes colombianas. Y llegados a ese punto, y de forma casual, la joven obtuvo una información muy útil para Quintín Lame.

—Con el tiempo deberías dedicarte a la política, Violeta. Creo que vales para ello: tienes coraje, preparación y vocación de servicio. Además, por lo que se oye en los círculos de Bogotá, están abriendo mucho la mano y la Asamblea Nacional Constituyente quiere aires de renovación y de representación de distintos grupos sociales. Incluso hablan de dar entrada a delegados indígenas. Me gustaría que una Saramago llegara al Congreso. ¡Una mujer! Y una mujer de armas tomar... —Y rio su propio comentario.

—Ni se me ocurriría entrar en la política. Mis deseos van encaminados hacia otros horizontes —contestó Violeta.

—¿Y se puede saber qué horizontes son esos? —volvió a la carga doña Elvira.

—Sí, claro, cómo no. Me gusta la enseñanza. Recuerde, tía, que yo era maestra en Galicia. Me parece algo muy loable transmitir los conocimientos propios a los demás. Es una hermosa tarea.

—Querida sobrina, tú te puedes dedicar a lo que quieras. Pero insisto: creo que la política se pierde a todo un personaje —insistió Eliodoro.

De esta conversación Violeta sacó en claro que podría ser el momento oportuno para que Quintín Lame se postulase a la Asamblea Nacional. Recordaba que cuando llegó a las montañas le escuchó hablar de que abrigaba ese sueño. «Seguro que se convertiría en representante de las comunidades indígenas. Se lo tengo que contar en cuanto regrese a las montañas», se dijo satisfecha.

Terminada la cena, hablaron de su visita a la ciudad de Cali y Violeta logró disuadir a su tío de que la acompañara.

—La mayor parte del tiempo la voy a dedicar a recorrer tiendas de ropa, porque quiero renovar mi vestuario, y mi amiga de Bogotá me ha dicho que allí está todo mucho más barato —comentó rápida Violeta, para añadir a continuación—: Seguro que te aburrirías, tío.

Ante ese comentario, Eliodoro desistió de acompañarla, mientras que su esposa pensó que buena falta le hacía hacerse con un vestuario más acorde con su posición, porque iba vestida igual que una campesina en domingo.

Violeta en esta ocasión embarcó en uno de los buques a vapor que navegaban por el río Cauca para llegar a su destino. Cali era una ciudad interior dura y abrasadora, con pasión por la vida. Solo se disipaba el calor del día por las noches, cuando llegaba la fresca brisa de la montaña. Era entonces cuando sus habitantes parecían salir del sopor y revivían en multitud de lugares dedicados a la música. La ciudad entera se movía a ritmo de salsa cuando llegaba la noche, sin importar el barrio de procedencia. Al caminar por sus calles, Violeta apreció el rico legado afrocolombiano de etnias y razas. Cuando la había visitado de pasada con el mulato Dionisio no se había fijado tanto en sus gentes. En ningún otro rincón del país resultaba tan evidente la diversidad y armonía racial de Colombia. Hacía tiempo había leído que a lo largo de los siglos los españoles enviaron a miles de esclavos africanos para que trabajaran en las plantaciones de caña de azúcar y algodón del valle, y en las zonas más altas producir café y uva. Le pareció una ciudad divertida y sin pretensiones; aunque a ella, que venía de los Bosques de Niebla, todo le resultaba ruidoso y extravagante. Lo primero que hizo al llegar fue acercarse a una oficina de correos y telégrafos para enviar la carta a su padre. Solo con eso dio por bien empleado el haber bajado de las montañas. Ahora tenía que preguntar por una imprenta para encargar copias de los textos de Quintín Lame. En un pequeño café donde hizo un alto para descansar un poco le indicaron que, si el trabajo no era extenso, lo mejor sería que se acercara al edificio del periódico local *El Caleño*, donde podrían imprimirle lo que necesitaba. No había pensado en esa posibilidad y le pareció una excelente idea.

El periódico local era en realidad un semanario que constaba de cuatro páginas enormes, «sábanas» llamaban a este formato, y su sede estaba en un modesto edificio de planta baja con un exiguo mostrador en el que no había nadie atendiendo, aunque al fondo se oía el ruido monótono de la rotativa en constante actividad. Ese sonido la tranquilizó y esperó a que alguien entrara o saliera para hacer su encargo. Sacó del bolso y del pañuelo que las envolvía las hojas manuscritas con la letra de Manuel Quintín Lame y las sujetó con precaución. Al rato apareció un hombre joven, moreno, de nariz grande de indio, poblado bigote, pelo ensortijado, espesas cejas encima de unos ojos sonrientes y una deslumbrante sonrisa enmarcada en unos labios carnosos. A Violeta le pareció el rostro más simpático que nunca había visto. Pensó que con una sonrisa tan espectacular era fácil sentirse bienvenida. Tras los saludos iniciales de cortesía, extendió sobre el mostrador los textos del líder indígena y le explicó lo que deseaba.

—Sé que esto no es una imprenta propiamente dicha, pero he pensado que en una imprenta podrían rechazarlos por considerarlos propaganda contra el Gobierno. Además —se atrevió a decirlo todo—, necesito las copias hoy mismo.

Y rezó para que la sonrisa y los dientes blancos de ese hombre tan afable no desaparecieran de inmediato.

Gabriel García Ponce pasó de la mirada admirativa hacia la joven que estaba al otro lado del pequeño mostrador a la atenta revisión de unos textos firmados por un tal Quintín Lame. Apoyó las manos a ambos extremos del mostrador y preguntó asombrado:

—¿Esta es la firma de Manuel Quintín Lame? ¿El líder indígena del Valle del Cauca?

—Sí.

—¿Cuántas copias necesita?

—No sé —dudó Violeta, porque ese detalle Manuel lo había dejado a su elección—. Con cien será suficiente, de momento.

—Señorita, estos textos son una bomba. Ha hecho bien en no intentarlo en la imprenta, allí los hubieran censurado o requisado. Mire, le voy a sugerir algo mejor: vamos a publicarlos en el semanario con todo alarde editorial, será una gran exclusiva: «Quintín Lame se dirige a la nación por primera vez.» ¿Qué le parece? —propuso entusiasmado el periodista, que ya se imaginaba los grandes titulares.

Violeta se sintió desbordada por la iniciativa del joven, pero en la selva había aprendido a ser precavida, y además tenía que cumplir las órdenes de Quintín Lame, que se reducían a tener copias suficientes para repartir en determinados núcleos indígenas, plantaciones, jornaleros y haciendas.

—Se lo agradezco mucho, señor, pero no estoy autorizada a que estos textos se publiquen en un periódico. Quizá sea demasiado pronto para eso. Le agradecería mucho si pudieran hacer las cien copias y pasaría luego a recogerlas. Pagando lo que se deba, por supuesto —consiguió articular, porque en el fondo y si por ella fuera hubiera aceptado la brillante propuesta del periodista, que no era otra cosa que lo que pretendía Quintín Lame: «La difusión en el exterior de nuestras reivindicaciones.» Pero no se atrevió a hacerlo sin consultarlo con Manuel.

El joven periodista no se rindió y defendió con elocuencia su propuesta tratando de convencer a Violeta. Hasta que ella, paseando su mirada envolvente por el local, le preguntó muy atinadamente.

—¿Qué tiraje tiene su periódico local? ¿Se distribuye únicamente en Cali?

—Entiendo su preocupación, señorita. Somos un pequeño periódico local que no va más allá de Cali. Eso es verdad, pero el impacto sería espectacular —replicó Gabriel, resignado.

Al ver que a ella no le convencían sus dotes persuasivas y consciente del valor del material que tenía en sus manos, claudicó y accedió a realizar su encargo.

—Lo he intentado, pero es usted dura de pelar —suspiró Gabriel y recuperó la sonrisa luminosa y afable—. Imprimir las cien copias llevará su tiempo. Habrá que esperar a la madrugada para hacerlo, cuando el periódico se haya impreso y las máquinas estén paradas. Me tocará convencer a algún aprendiz de que me ayude en la tarea. Podría venir a recogerlos mañana a primera hora.

El rostro de Violeta se entristeció, consciente de que le estaba pidiendo demasiado a ese amable hombre, pero no podía esperar a mañana. Al día siguiente tenía que estar ya en la aldea. Quintín Lame la esperaba.

—Lo siento. Sé que es mucho pedir, pero me resulta imposible esperar a mañana. No vivo en Cali, y tengo que viajar a los Bosques de Niebla para entregar el encargo —dijo, bajando la mirada.

—Pues entonces, haremos una cosa. Como de todas formas hay que esperar a la madrugada para imprimirlos, tómese el día libre y al atardecer se viene por acá, la invito a cenar y a descubrir los locales musicales de esta ciudad que nunca duerme. Es un buen plan. Piénselo —dijo el periodista, inasequible al desaliento.

Violeta salió de *El Caleño* contenta. Ese tal Gabriel García Ponce le había causado buena impresión y parecía inclinado a defender los intereses de los indígenas colombianos. Y lo más importante, se fiaba de él. Al fin y al cabo, le había entregado el pensamiento de Quintín Lame. Reconoció que había sudado lo suyo ahí dentro, y a punto había estado de decirle que adelante, que publicaran en el periódico los textos, pero ahora creía que había obrado bien. Siempre podrían hacerlo más tarde con autorización del líder indígena.

Aprovechó el resto del día, asfixiante a esas horas de la tarde, para darse una vuelta por el centro, mirar tiendas y comprarse algo bonito para la cita de la noche. Le gustaba la sensación de verse de nuevo en la civilización, con los retos del progreso al alcance de la mano, y con la perspectiva de la agradable compañía de un hombre no mucho mayor que ella, apuesto, con el que se podía hablar de cualquier tema, y con una profesión que le parecía uno de los oficios más hermosos del mundo. «Un contacto excelente que podremos utilizar para la causa», pensó también con el sentido práctico que la caracterizaba. Y, todo hay que decirlo, con la firme intención de practicar el juego de la seducción con un hombre con el que podía batirse intelectualmente. Por un instante se le apareció la imagen de Leonardo, su hermoso rostro mestizo, y le volvieron los deseos de amarlo, pero la cita para la que se preparaba era distinta. Tenía que ver más con el galanteo entre dos culturas parecidas que con el deseo o la atracción sexual que sentía por el muchacho.

Miró el dinero que le restaba después de descontar el importe que calculaba le podían cobrar por los folletos, y se permitió el lujo de entrar en una tienda regentada por orientales, donde eligió una falda larga ajustada a las caderas que se ensanchaba a medida que bajaba hasta los tobillos, de color crudo, y se encaprichó de una blusa de estilo japonés abotonada en diagonal, de cuello alto y cerrado y con mangas que solo cubrían el comienzo de los hombros, de fondo negro y flores exóticas bordadas en diversos colores. Estaba preciosa y con un toque de sofisticación muy moderno. También compró —no lo pudo evitar— un saquito de terciopelo granate que se cerraba anudado por un cordel dorado, y lo metió en el bolsón junto con el resto de las ropas que se había quitado para cambiarse.

Caminó por las calles de Cali orgullosa de su aspecto. Hacía tiempo que no se miraba en un espejo de cuerpo entero y se vio hermosa. Los hombres volvían la cabeza cuando se cruzaban con ella, y las mujeres también porque la encontraban extraña, quizá porque no iba a la moda. Violeta iba a su aire.

Al atardecer se acercó a *El Caleño* para recoger a Gabriel García Ponce, que justo salía del cuarto de máquinas donde se estaban componiendo las galeradas del semanario cuando ella entró.

—Si me da unos minutos termino una corrección y enseguida estaré libre —le dijo desde la puerta entreabierta del fondo. El periodista se percató del cambio de vestuario de la joven y de lo guapa y elegante que iba. No se creía la suerte que tenía: le había llegado un documento excepcional de manos de una mujer hermosa, «con la que voy a cenar y rumbear ahorita mismo», pensó alegre.

Cuando Violeta lo vio salir a su encuentro le rogó que le guardara el bolso grande en el local mientras iban a cenar por ahí. Por fin se sintió liberada de aquel complemento anticuado y viejo, que después le sería muy útil para cargar con los papeles, y lucir con coquetería femenina el saquito de terciopelo comprado para la ocasión.

—¡Está usted deslumbrante, Violeta! ¡Qué suerte tengo de acompañarla! Le enseñaré algunos locales de la ciudad —exclamó entusiasmado Gabriel.

—Yo sí que estoy agradecida por su ayuda y sus atenciones —respondió ella.

Se encaminaron hacia una casa de comidas del centro de Cali, un pequeño local llevado por una familia. Allí pidieron tamales, sancocho y empanadas. Violeta, acostumbrada a las arepas que todos los días comía en la selva, también quiso probarlas allí. Estaban buenísimas. Se chupó literalmente los dedos con el tamal que le sirvieron, deliciosamente preparado: envuelto en hojas de plátano, con masa de harina de maíz, relleno de arroz, pollo y verduras.

—Es el mejor tamal que he comido desde que estoy en Colombia —comentó hambrienta y casi con la boca llena.

Gabriel disfrutaba viendo el apetito de Violeta y la dejaba saciarse con todos los platos dispuestos sobre la mesa.

Estaba ansioso por hacerle preguntas sobre quién era, si era una mensajera —como parecía— de Quintín Lame, cómo se habían conocido y en qué situación se encontraba el movimiento indígena del Valle del Cauca. Ardía en deseos de conocer la historia de esta sorprendente mujer, a todas luces extranjera, y saber qué se le había perdido en Colombia ayudando a los insurgentes indios. Sobre todo, quería que le contara cómo era Quintín Lame. Ese personaje que ya empezaba a ser una leyenda en los ámbitos urbanos. Pero esperó pacientemente el momento adecuado, mientras la contemplaba comer embelesado por su naturalidad y belleza.

—Hacia tiempo que no comía tan bien. ¡Qué felicidad! —dijo Violeta una vez saciada y satisfecha.

Los dos rieron el comentario. A continuación contestó las preguntas de Gabriel con tranquilidad y confianza. Con ese hombre le pasaba lo mismo que con el mulato Dionisio: podía confiar en su palabra y su honestidad, aunque fuera un periodista. Gabriel le había jurado que no usaría el material que le había dejado para hacer copias, y que no publicaría nada hasta que le llegara un aviso con la autorización expresa de Quintín Lame. Ese fue el acuerdo, y ella supo que él lo respetaría. En resumen, le contó la historia de su vida: el salto a ultramar para conocer Colombia, sus años en la plantación, la brutal represión de las huelgas en los cafetales, la huida a

las montañas y su trabajo al lado de Quintín Lame, que la acogió como a una hija y al que ayudaba en la recuperación de los derechos de su pueblo. Se encontraba estupidamente contando su recorrido vital a aquel desconocido de simpático rostro y sonrisa cautivadora, que iba tirándole del hilo con maestría profesional mientras se mostraba hipnotizado con su historia.

—O sea, que es usted española, y todo empezó, por lo que me cuenta, con la fascinación que le producían siendo niña las cartas de su tío Eliodoro desde Colombia. Es increíble el poder de las palabras escritas y la huella que dejan —reflexionó Gabriel a modo de resumen.

—Así debe de ser... Pero eso usted lo sabrá mejor, que se gana la vida escribiendo —le contestó Violeta sonriendo.

—Cierto. Escribir es como una droga. Cuando no escribo, me muero; y cuando lo hago, también —explicó García Ponce resumidamente los desasosiegos por los que pasaba el escritor en su acto creativo. Empezaba a abrirse ante el interés que mostraba ella.

Salieron del pequeño restaurante cuando las calles comenzaban a animarse con gente que se sacudía el agobiante calor del día para vivir la noche y el lenguaje común de la música. Violeta estaba fascinada con la vitalidad nocturna de esa ciudad tan cercana al Valle del Cauca, a la que apenas conocía. Entraron en un local abierto a la calle donde sonaba una salsa cautivadora y sensual. Pidieron algo de beber.

—La noche es larga, Violeta. Hay que beber y bailar —dijo Gabriel, ofreciéndole asiento en unos taburetes de madera arrimados a la puerta, desde donde veían cómo las parejas se movían con un ritmo envidiable.

Bebieron *chicha*, la cerveza de maíz fermentada con la que se embriagaba todo el mundo en Colombia.

—Bueno, pues me parece que ya he hablado demasiado, y aún no sé nada de usted. Creo que ahora le toca desvelar un poco el misterio que le rodea, Gabriel —dijo Violeta mientras se quitaba con gesto coqueto los prendedores que sujetaban su pelo en un moño y soltaba su espléndida melena de color oro viejo, que cayó sobre sus hombros.

Gabriel se quedó un instante mudo, turbado por la imagen de la joven con el pelo suelto. Se recompuso como pudo, y comenzó a hablar de su pasión por la escritura y de su gusto por la música. Una pasión que cultivaba desde hacía años con relatos que escribía y guardaba para cuando se decidiera a enseñarlos. Mientras tanto, daba rienda suelta a su excelente pluma escribiendo para periódicos locales historias reales, no inventadas. Evidenciando el amor a su oficio, explicó que la realidad siempre superaba la ficción más increíble que uno se inventara.

—Sobre todo en un país tan intenso y de tan marcados contrastes como el nuestro —se sinceró con la joven, y le confesó que estaba escribiendo, a ratos sueltos, robando el tiempo aquí y allá, un libro que podría titularse *El huracán*, aunque aún no estaba seguro.

Y, animado por el interés de la joven, prosiguió con sus confidencias literarias.

—Escribo para que me quieran más. Creo que es una de las aspiraciones fundamentales de cualquier escritor —dijo, y se atrevió a acariciar la mano de Violeta. Se le veía entusiasmado con su proyecto literario.

La joven gallega lo escuchaba hablar y sentía una profunda admiración por aquel hombre. Todo en él rezumaba vitalidad y fuerza: su modo de mirar, de expresarse, de escuchar, de comer, de beber, de vivir. Estaba convencida de que dentro de unos años Gabriel sería un escritor importante.

Pasearon, descansaron en cafés, conversaron insaciables queriendo saber más el uno del otro, bailaron mezclados con el gentío salsero de Cali, y tuvieron que percatarse de la hora que era para reaccionar y correr hacia el local del periódico para imprimir durante el resto de la noche los textos de Quintín Lame.

Gabriel la hizo pasar a un pequeño gabinete y le señaló un tresillo destartado donde podría descabezar un sueño. Él desapareció en el cuarto de máquinas junto con el aprendiz para poner en funcionamiento la rotativa. Violeta se durmió arrullada por el sonido rítmico de la linotipia, que le recordaba al traqueteo sedante de un tren.

Al cabo de unas horas apareció Gabriel en el gabinete con su blanca guayabera cubana totalmente sudada, pegada al cuerpo, y despertó a Violeta con mimo, ya que yacía en una postura incómoda pero profundamente dormida. Para que reaccionara le pasó por la nariz las hojas recién cortadas y con olor a tinta húmeda todavía, a fin de que se percatase de la realidad.

—¡Dios mío!, Gabriel, ya están copiadas. ¡Qué maravilla! —exclamó Violeta, abriendo los ojos y desentumeciéndose por la postura forzada que había tenido que adoptar en el tresillo para poder conciliar el sueño.

—Aquí están. El papel recién impreso huele a gloria bendita. Dígale a Quintín Lame que ha sido un placer realizar su encargo. Y que si me necesita, ya sabe su mensajera que estoy dispuesto a hacer públicos su pensamiento y sus demandas —repuso Gabriel, satisfecho del trabajo realizado para la causa.

No aceptó el dinero que le ofreció Violeta por el trabajo, pero le dijo que le diera algo al aprendiz que le había ayudado a esas altas horas de la madrugada con las máquinas.

—No debemos hacer cómplice de nuestras pasiones al trabajador al que he sacado de la cama a horas intempestivas —dijo solidario.

Se despidieron en el local de *El Caleño* porque Violeta debía embarcar de nuevo en el vapor fluvial que la llevaría a las plantaciones del Cauca. No le quedaba mucho tiempo, y reconoció que le apenaba apartarse de su lado. Se fundieron en un largo abrazo y Gabriel buscó su boca para besarla con deseo. Violeta sintió el contacto suave del poblado mostacho del periodista y escritor pidiendo permiso para ir más allá.

—Te voy a mojar esa preciosa blusa que llevas. Estoy sudado —le dijo Gabriel tuteándola con naturalidad, dadas las circunstancias.

Violeta se despegó un momento de sus labios para responderle con el mismo tono cercano.

—Me encantan tu sudor y tu olor. Al menos, me llevaré algo tuyo de recuerdo.

Estaba amaneciendo cuando subió las escalerillas que conducían a los pasajeros a la segunda cubierta, donde se situaban los camarotes, el restaurante y la cabina del capitán, cargada con el pesado bolso donde llevaba su preciado botín literario y propagandístico. Plenamente consciente de que había estado a punto de darse media vuelta y correr como una loca hasta el local de *El Caleño* para seguir besando a ese hombre al que había empezado a amar sin darse cuenta. Agotada por las prisas y las emociones se acodó en la barandilla admirando la enorme rueda de paletas que sobresalía de la popa y empezaba a girar lentamente removiendo las aguas tranquilas del río Cauca. Ese vapor iba directo, sin paradas, hasta el último puerto fluvial del valle donde se las arreglaría para llegar hasta las plantaciones. Entonces dio rienda suelta a sus fantasías pronunciando aquel nombre una y otra vez: «Gabriel García Ponce, Gabriel García Ponce. A lo mejor algún día leo un libro suyo y me encuentro con que uno de los personajes se parece a mí.» Y sintió una gran satisfacción por haberlo conocido.

Minutos después al pasar por el espacioso restaurante en dirección a su camarote vio diversos ejemplares de *El Caleño* sobre las mesas. Cogió algunos y los hojeó para entretenerse. En casi todos había crónicas políticas firmadas por García Ponce. Se detuvo a leer una titulada «Historia de Colombia». En ella contaba que la historia de Colombia era una historia de guerra y derramamiento de sangre, ya fuera por la crueldad de la conquista española, por la lucha por la independencia o por las cruentas guerras civiles entre conservadores y liberales que habían dividido al país en dos bloques irreconciliables. La feroz rivalidad entre ambas fuerzas tuvo siempre como consecuencia insurrecciones y guerras fratricidas que se sucedieron cíclicamente. Durante el siglo XIX Colombia sufrió hasta ocho guerras civiles. Solo entre 1863 y 1885 hubo más de cincuenta sublevaciones antigubernamentales. Hablaba en su crónica de cómo una revuelta liberal había desembocado en la reciente Guerra de los Mil Días, que concluyó con la victoria de los conservadores y un brutal saldo de cien mil víctimas. Más adelante explicaba que, recientemente, Estados Unidos se había valido de las luchas internas para alentar un movimiento secesionista en Panamá —hasta 1903, departamento colombiano—, y que con la creación de una estimulada república independiente los norteamericanos consiguieron el control para construir el ansiado canal a través del istmo central, garantizando de esta forma su conclusión y sus enormes beneficios.

«El despertar del siglo XX, firmada la paz, trajo dos efectos: un país arruinado que precipitó la separación de Panamá y la aparición de la figura del general Rafael Reyes como una esperanza para mejorar el país. Seamos optimistas, puesto que la economía ha comenzado a prosperar, sobre todo gracias al café y las infraestructuras impulsadas por Reyes en un período de paz que esperemos dure mucho tiempo. La paz es como la felicidad. Se dispone de ella solamente a plazos y se sabe lo que se

tenía después de que se ha perdido», finalizaba el cronista.

Violeta leyó todas sus crónicas con avidez, y así se puso al día de la situación política en Colombia desde un punto de vista más objetivo y ecuánime que las opiniones partidistas de su tío Eliodoro o las apasionadas reclamaciones de Quintín Lame. Cogió varios ejemplares y los guardó en el viejo bolso, que ya estaba a reventar. Pensó que constituía un buen material para sus amigos indígenas y para la enseñanza en las escuelas de los Andes.

Cuando llegó a la aldea cercana a la hacienda de su tío y se encontró con Dionisio, le entregó parte de los impresos para que los repartiera entre el campesinado. Estaba cumpliendo la segunda parte del plan encomendado por Quintín Lame.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó Dionisio, y se extrañó de verla vestida tan elegante, aunque con la ropa un poco arrugada por el viaje, con esa blusa rara oriental y esa falda ajustada en las caderas y larga hasta los pies, con su hermoso pelo suelto.

—Bien, ha ido todo bien, Dionisio. Eliodoro parece no sospechar nada, aunque tampoco puedo poner la mano en el fuego, porque los gallegos somos muy dados a disimular lo que realmente pensamos. Pero en principio no me relaciona con las sublevaciones indígenas ni con Quintín Lame. Hablando con él he obtenido una valiosa información de cómo están las cosas en Bogotá y por aquí. Por cierto, salió tu nombre en la conversación —explicó Violeta, mirando con picardía el rostro intrigado del mulato.

—¿Y qué dijo el amo?

—Dionisio —le recriminó la muchacha—, Eliodoro ya no es tu amo. Pues me dijo que eras un buen capataz pero débil, como yo, por habernos marchado de la hacienda cuando se produjo la Masacre de los Cafetales. No sabe muy bien qué haces ahora ni a qué te dedicas. Parece que no le importa mucho; así que puedes aprovechar su falta de interés para divulgar y repartir los escritos de Quintín Lame por las plantaciones del Cauca. Pero ¡ten mucho cuidado! No te arriesgues innecesariamente. Tienes mujer y muchos hijos a los que cuidar.

—Gracias, Violeta. Lo tendré en cuenta. Ya sabrá que por aquí no contratan campesinos indígenas para la plantación ni para la recolección del café. Su tío lleva tiempo esclavizando solo a los africanos que trabajan como jornaleros por techo y comida.

—Sí, lo sé. Me lo ha contado él mismo —reconoció con tristeza.

Le habría gustado contarle que había conocido a un hombre excepcional que, además, podría ayudarlos en la divulgación de su ideario. Necesitaba hablar a alguien sobre Gabriel García Ponce, comunicar los sentimientos nuevos que había experimentado a su lado, pero se reprimió porque primero debía saberlo Quintín Lame. Prepararon los caballos para subir hasta el poblado yanacona antes de que bajara la niebla y la temperatura se instalara en los diez grados. Antes, en la casa de Dionisio, se había cambiado de ropa y vuelto a poner su desgastado vestido de campesina. En la selva no quería llamar la atención.

Quintín Lame y su grupo de notables estaban masticando hojas de coca cuando vieron llegar a Violeta con el bolso repleto de impresos. Eufórico, el líder la abrazó y la meció entre sus enormes brazos como si fuera una niña. Ella nunca lo había visto tan contento. El indio se emocionó al ver sus textos en letra de imprenta.

—¡Como los bandos o los edictos! —exclamó orgulloso. Y los enseñó muy ufano al resto del grupo.

Violeta le dijo que tenía que hablar con él de toda la información obtenida en su breve viaje fuera de las montañas, y le devolvió los pesos que le había dado para pagar la imprenta más algunas monedas de oro que le entregó el indio antes de partir, por si acaso las necesitaba para algún imprevisto.

—La mujer dorada hace milagros o resultados muy convincente —exclamó entusiasmado Manuel, cogiendo el dinero y el oro.

—No, simplemente es que encontré en Cali a una persona que lo admira y se encargó de imprimirlos en el periódico donde trabaja. No quiso cobrar por ayudar a su causa —dijo con humildad.

El hecho de que a Manuel lo conocieran en una ciudad pareció llenarlo de vanidad y de curiosidad. Violeta le contó al detalle su encuentro con el periodista y su disposición a publicar sus escritos cuando lo estimase oportuno.

—Nos puede ser de gran ayuda para conseguir adeptos y desenmascarar a los tiranos que oprimen a mi pueblo —reconoció Quintín Lame, para añadir algo que Violeta estaba deseando oír—. Pero has hecho bien siendo paciente. Ahora no es el momento. Primero tenemos que sembrar y que conozcan más los pensamientos del hombre que se creó en la selva; el segundo paso será verlos publicados en un periódico, pero de Bogotá.

Violeta sonrió pensando que el asunto no era tan fácil, pero ya se lo explicaría cuando llegase el momento. Sobre todo quería informarle con detalle sobre el comentario que se le había escapado a su tío en la hacienda: la posibilidad de que Manuel Quintín Lame se presentara a la Asamblea Nacional Constituyente y lograra una representación. Sinceramente, lo veía capacitado para entrar en política y arrastrar a más delegados indígenas.

—Sí, ya te entiendo: quieres decir que es mejor luchar con la palabra que con las armas. Pero para eso tengo que estudiar las leyes, no solo las de los resguardos, tengo que conocer las leyes de Colombia. Es un largo camino... —dijo Manuel.

—Así es —respondió Violeta.

Belinda se acercó a los hombres para saludar a Violeta y agradecerle su entrega. De paso, le pidió permiso a su marido para llevársela a pasear porque tenía algo que decirle. La preocupaba la actitud del muchacho del poblado de abajo durante su ausencia. Violeta, algo alarmada, calló y la miró con sorpresa. Belinda bajó sus hermosos ojos oscuros y sonrió quitando importancia a la confianza.

—Durante tu ausencia subió todas las noches y se quedó sentado a la puerta de tu dormitorio, cada noche, sin moverse. Cuando llegaba el alba, se levantaba y se marchaba a su aldea. Creo que a veces lloraba en silencio.

Violeta comprendió que su relación era un hecho conocido en la aldea, como no podía ser de otro modo. Tampoco tenía nada que esconder, pero había procurado ser discreta con su vida sexual. No le gustaba exhibir sus sentimientos delante de los demás, y más en un ambiente y una sociedad tan diferentes a los suyos, aunque estuviera fascinada por la cultura y la forma de ser de los indígenas que la habían acogido. Antes de darle las gracias por la confianza, oyó a su espalda la voz grave de Manuel, que la llamaba y agitaba una pequeña bolsa de cuero en una mano.

—¡Violeta! ¡Violeta! Esto es para ti. Si luchamos para que nos paguen de manera justa por nuestro trabajo y no nos exploten, tú debes ser pagada por tu trabajo como maestra. No es todo lo que mereces, pero es tuyo, amiga mía. Algún día lo necesitarás.

En la bolsita que le entregaba Quintín Lame estaba el dinero que le acababa de devolver, más varias monedas de oro y un sencillo colgante de cordón de piel con una pequeña esmeralda atravesada en el centro.

Mientras lo abría ansiosa, ante la mirada risueña de Belinda, vio como Manuel se retiraba a grandes zancadas.

—Es demasiado, no lo puedo aceptar. ¡Es una fortuna! —exclamó mientras acariciaba entre sus dedos la piedra preciosa de color verde intenso, a la vez que preguntaba si era una esmeralda, porque no la había visto en su vida.

—Sí, es la piedra verde de los muiscas. Ellos explotan los yacimientos de estas piedras. Remueven la tierra con trozos de madera resistentes y hacen correr el agua, con el fin de recoger las piedras brillantes. La extracción se realiza en la estación de las lluvias. Ha habido épocas en que las tribus vecinas cambiaban el oro por las esmeraldas, mantas y algodón de los muiscas. Todavía se hace, aunque quedan menos yacimientos porque el hombre blanco llega y arrasa la tierra en su búsqueda. Manuel ha dicho que la piedra es del mismo color que tus ojos —le explicó Belinda mientras la ayudaba a colgársela del cuello.

Violeta la abrazó con ternura y dijo que la aceptaba con orgullo, viniendo de ellos.

—Me siento muy honrada de poder estar a vuestro lado y servirlos de utilidad en la escuela. Gracias, muchas gracias, me hacéis muy feliz con este regalo. —Al contacto de la esmeralda con su piel sintió una oleada de calor que la invadía por dentro—. Ahora me tengo que ir —le dijo a Belinda, despidiéndose de ella.

La mujer de Quintín Lame intuyó hacia dónde encaminaba sus pasos.

Llegó a la choza donde habitualmente estaba Leonardo en el poblado de abajo y vio salir a una joven india cubierta con el poncho que solía utilizar el hombre. Ella la miró desafiante al cruzarse. Encontró a Leonardo desnudo y tumbado boca arriba sobre una esterilla. Ni siquiera se movió cuando la vio entrar en su habitáculo. Solo cerró los ojos. Violeta se acercó a él, y se acuclilló a su lado para hablarle suavemente. Antes admiró su cuerpo, sus proporciones perfectas, el tono meloso de su piel, sus músculos —en ese momento tensos—, y pensó que era el hombre más hermoso que podía existir. «Un milagro de la naturaleza», se dijo. Tomó una de sus manos cerrada en un puño y la abrió para relajar la tensión que acumulaba.

—Leonardo —susurró—, estoy aquí.

—Pensé que ya no volverías, que te habías quedado en la hacienda para siempre —dijo él, abriendo los ojos.

Por toda respuesta, la joven le acarició el rostro y besó sus ojos, que parecían lagos profundos. Luego tocó su sexo erguido y se montó encima para colmarse y agradecerle su amor. Ese amor callado y vigilante que Leonardo le profesaba de forma incontrolable y desbordante.

Una vez saciada su pasión, le explicó que Quintín Lame le había encomendado otra misión: la difusión de los papeles que había traído de Cali. Diez personas serían las encargadas de repartir los escritos por diferentes zonas donde hubiera grupos indígenas y plantaciones, y una de ellas era Violeta.

—He pensado que me puedes acompañar y así podremos estar juntos mientras dure la misión, como cuando fuimos a ver las ballenas. ¿Te gusta la idea? —preguntó Violeta con coquetería.

—Podríamos ir al valle del Magdalena, a Tierradentro y a las tierras al sur del Huila. No están lejos y esa zona la conozco bien. Están separados por unos montes que se pueden cruzar y los ríos son las vías de comunicación. Son lugares sagrados y misteriosos, y a ti eso te gusta, lo sé —dijo convencido Leonardo—. Hay más de quinientas estatuas grandes, ídolos, que salen de la tierra volcánica. Son monstruos que hablan en el silencio de los bosques. Además, se pueden recorrer los valles a caballo por senderos entre cascadas, ríos y cañones. —Leonardo estaba contento con la idea de pasar unos días a solas con Violeta, sin tener que compartirla con nadie, como cuando viajaron a la costa del Pacífico.

A Violeta le agradaba cómo hablaba Leonardo de la religión y los ritos funerarios. Había oído hablar de las antiguas estatuas de San Agustín distribuidas por ondulantes colinas verdes y en medio de la selva, donde de forma sorprendente aparecían enigmáticas figuras. Sabía que era una de las zonas de más valor arqueológico de Colombia y que atesoraban los restos más importantes de la cultura precolombina. Estaba deseando descubrir esos paisajes mágicos. Pero antes debía consultar con Quintín Lame las rutas asignadas a cada uno de los diez emisarios de sus mensajes.

—Ese colgante que llevas en el cuello es nuevo. ¿De dónde lo has sacado? Debe de ser muy valioso —se interesó inesperadamente Leonardo.

—Me lo acaba de dar Manuel por ayudarme en su trabajo. Es una esmeralda. Dice que es del color de mis ojos —contestó Violeta como obligada a dar explicaciones. Eso no le gustaba. No le gustaba el tono que a veces empleaba Leonardo para dirigirse a ella.

Para su sorpresa, Quintín Lame se unió a la expedición por las tierras al sur del Huila. El espíritu religioso de Manuel apreciaba mucho una cultura que vivía, y todavía vive, en armonía con el cosmos y la naturaleza. Tenía en alta estima el pensamiento cosmológico que había inspirado aquellas tallas de piedra, y aunque hacía años había recorrido algunos de esos monumentos funerarios, quería regresar y adoctrinar a los grupos nativos, los Páez, con sus escritos de orgullo autóctono impresos en papel de imprenta.

—Cuando era muchacho viajé con mi padre, que era chamán, al valle del Magdalena para conocer las estatuas de San Agustín. Mi padre me transmitió todo su saber sobre esas culturas primitivas que han vivido siempre en los valles fluviales del Magdalena y el Cauca. Ya comprobaréis que los antiguos poblados de San Agustín conservan intacto este legado. Es un lugar místico que nos habla de lo que somos como pueblo andino, y en un paisaje demoledor. Os serviré de guía, me gustará volver allí —dijo emocionado Quintín Lame.

—No podríamos tener mejor guía —contestó Violeta, y le preguntó tímidamente si les podía acompañar Leonardo.

—¡Ah! Ese chico de la aldea de abajo al que le gusta la mujer dorada. Que venga también. Ha hecho un buen trabajo de copista. Nos ayudará en nuestro propósito. El viaje dura tres días, iremos a caballo.

Violeta sonrió al mismo tiempo que enrojecía de vergüenza.

A Leonardo, sin embargo, no le gustó la noticia de que el jefe los acompañara en su itinerario. Su carácter introvertido y desconfiado le obligaría a guardar distancias con Violeta. No se atrevería a manifestar su amor por ella en presencia de Quintín Lame.

Las rocas volcánicas arrojadas a grandes distancias por los volcanes de la zona habían resultado irresistibles para los indígenas más hábiles, que las transformaron en imponentes monumentos. El fruto de su trabajo a lo largo del tiempo fueron más de quinientas estatuas de tamaño natural, la mayor de siete metros de altura, distribuidas por las colinas que rodeaban San Agustín, y algunas que aparecían vigilantes en medio de la selva. Muchas de ellas eran figuras antropomórficas, muy realistas, y otras parecían monstruos enmascarados, como las describió Leonardo.

El recorrido resultó excitante, más teniendo como anfitrión a Manuel, que se apasionaba explicando las historias que le contaba su padre cuando era niño. De vez en cuando bajaba del caballo, se arrodillaba ante aquellos ídolos y permanecía un rato en silencio, concentrado y absorto, respetando la huella de sus antepasados y los mensajes que sin duda le transmitían los gigantes de piedra. Mientras tanto, ni Violeta ni Leonardo se atrevían casi a respirar porque comprendían que Quintín Lame había entrado en comunión con los espíritus. Realmente, los tres estaban haciendo un viaje místico.

A Violeta le impactó una misteriosa figura femenina en avanzado estado de gestación y otra extraordinariamente realista que parecía representar un parto. En ella se veía claramente a un hombre que levantaba por los pies a una criatura recién nacida. También se encontraron con estatuas que representaban animales sagrados, como el águila, el jaguar y la rana, todas de gran tamaño, y que surgían repentinamente entre la frondosidad de la selva. Como siempre le solía suceder en estas ocasiones, Violeta daba gracias a Dios de ir acompañada por dos hombres de la tierra, porque a veces se estremecía de miedo ante la fuerza y magnetismo que irradiaban aquellos monumentos.

Cuando llegaron a una de las estatuas más conocidas en la zona, un gigante de siete metros llamado el Doble Yo, Quintín Lame pidió a Leonardo y Violeta que observaran atentamente para distinguir las cuatro figuras talladas en la estatua. Les explicó que ese gigante vigilante representaba el día y la noche, el bien y el mal, la vida y la muerte. Leonardo lo escuchó atentamente y comprendió que a él le pasaba lo mismo: su vida se debatía entre dos fuerzas opuestas que le hacían sufrir constantemente y le impedían encontrar la paz. Pensaba en su amor casi obsesivo por aquella hermanastra, y en el odio que se mantenía encendido, como las brasas, hacia el padre que los engendró a ambos. Ese rencor le volvía desconfiado y vengativo, y al mismo tiempo infeliz.

Quintín Lame sugirió por fin que hicieran un alto en el camino para que descansaran los caballos y ellos.

—Os voy a llevar a un espacio sagrado de adoración y culto donde se realizan los baños rituales y las ceremonias para seguir con la tradición de la purificación de la tierra —anunció. Y les dijo que una vez allí debían descalzarse e introducir los pies en las fuentes ceremoniales conocidas como Lavapatatas.

Leonardo no conocía ese lugar, y, cuando llegaron, Violeta se quedó impresionada de la belleza del sitio y del ingenioso proceso de su creación. Estaban ante un complejo laberinto de conductos y pequeñas balsas a diferentes niveles, con figuras talladas en el lecho rocoso del río, decorado con imágenes de serpientes, lagartos y figuras humanas. Manuel les explicó que esos baños se usaban para las abluciones rituales y la adoración de las deidades acuáticas.

—Quienes lo hicieron y aprovecharon la erosión del agua para construir este cuidadoso sistema de canales y piletas eran sabios ingenieros que no sabían leer ni escribir —explicó orgulloso el líder indígena.

—La decoración de las pinturas y los relieves es maravillosa, se aprecian todavía los colores de las representaciones antropomorfas. ¡Es puro arte! —exclamó Violeta, sumergiendo los pies entre las piedras suaves y adornadas con figuras bañadas constantemente por el agua.

—Y es una prueba más de la relación tan estrecha que existe entre todos los seres de la naturaleza —comentó Manuel, mojándose también los pies, alegre como un niño.

Los tres viajeros gozaron de este descanso reparador entre el murmullo del agua y las balsas que refrescaban sus pies. Era un momento de plenitud envueltos en la belleza de un entorno matizado con olores y formas, con la evidencia abrumadora de presencias mágicas y la energía de las huellas que habían trascendido el paso del tiempo. Y como apuntaba Quintín Lame, esas huellas los llevaban del pasado al presente. El indio aprovechó el alto en el camino para sacar de su mochila unas hojas de coca y se puso a masticarlas. Les ofreció a Leonardo, que las aceptó sin vacilar, y a Violeta, que rehusó porque desconocía su efecto y pensaba que no era momento de experimentaciones. Todavía les quedaba mucho recorrido por delante.

—Deberías probar, son plantas de uso medicinal y estimulante. Van muy bien contra el cansancio y quitan el hambre —le explicó en tono paternalista Quintín Lame.

Reanudaron el camino y al salir de la selva se toparon con las paredes montañosas de La Chaquira y sus espectaculares imágenes de deidades talladas en las paredes de la montaña sobre la imponente garganta del río Magdalena. Violeta tuvo que frotarse los ojos para creerse lo que estaba viendo. Eran tremendas figuras con los brazos y los pies hacia los lados como señalando los puntos cardinales. Se preguntó qué métodos habían utilizado para poder tallar en la montaña con el abismo a sus pies. «Es imposible», musitó en voz baja.

Al ver la cara de asombro de los muchachos, el líder indígena explicó:

—Esta imagen corresponde a la representación de un chamán unida a la de un felino, y simboliza el poder de la sabiduría de los chamanes. También hay ahí escrito sobre la roca —añadió señalando con el dedo— una revelación cósmica que nos habla del nacimiento y la ocultación del sol, de los ciclos de la naturaleza y de su gran influencia en los fenómenos cotidianos.

—Estamos en plena sacralización de la naturaleza —reflexionó Violeta, esta vez en voz alta.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó intrigado Leonardo.

—Pues que los dioses están aquí —contestó rápida Violeta.

Quintín Lame soltó una carcajada, satisfecho por la ocurrente respuesta de la mujer dorada.

Al caer la tarde se aproximaron a un poblado nativo para entregar los escritos de Quintín Lame y reunirse con los notables de los clanes vecinos. Manuel tenía que explicar su doctrina y captar adeptos. Esa noche dormirían allí y por la mañana continuarían viaje hacia Tierradentro. Los anfitriones acomodaron a los tres visitantes en una choza de barro con techo de hojas de palma. Les proporcionaron esterillas y mantas para la noche, cuando la temperatura bajaba considerablemente. Quintín Lame se acurrucó en un rincón y a los pocos segundos su respiración se convirtió en un prolongado ronquido. Violeta y Leonardo, que habían aproximado sus esterillas, rieron bajito y se asombraron de semejante potencia sonora. La muchacha, un poco molesta por el ruido constante, le dijo al oído a Leonardo que no iba a poder dormir con tal concierto. Él la abrazó por detrás y, así enlazado a su espalda, le dijo:

—No pienses en eso. Cierra los ojos y siente el calor de mi cuerpo. Te dormirás pronto.

Efectivamente, a los pocos minutos Violeta notó cómo su cuerpo desaparecía y se fundía en la calidez del de Leonardo. Y se durmió profundamente.

Cuando empezaba a amanecer, Quintín Lame se levantó y al ver a los jóvenes abrazados y dormidos como troncos se los quedó mirando y pensó que hacían buena pareja, «son dos hermosos ejemplares». A continuación tocó en el hombro a Leonardo para que se despertara. Había que partir.

Para llegar a Tierradentro caminaron por senderos más duros y difíciles hasta descubrir las sobrecogedoras tumbas subterráneas. Hasta entonces se había desenterrado un centenar de estas curiosas estructuras funerarias, únicas en toda América. Estaban excavadas en tierra volcánica y su profundidad variaba en función de la autoridad en vida del fallecido. Algunas alcanzaban hasta los nueve metros de profundidad. Los techos abovedados de las tumbas más grandes se apoyaban en enormes pilares. Muchas estaban pintadas con motivos geométricos rojos y negros sobre fondo blanco, y ante ellas montaban guardia imponentes estatuas que tenían como misión ahuyentar a los profanadores de tumbas.

—¿Os dais cuenta de que los que poblaron las tierras húmedas tenían avanzados conocimientos matemáticos para enterrar a sus muertos? —les dijo Quintín Lame.

A medida que recorrían las tumbas apreciaron las diferencias de los símbolos y sus extraños significados. Ambos jóvenes esperaban que Quintín Lame lo explicara, pero el líder entraba en trance en cada espacio fúnebre y permanecía unos minutos en silencio abducido por los espíritus de los muertos. Respetuosamente, los chicos esperaban fuera de la tumba, algo cohibidos por la presencia de las estatuas que guardaban y protegían su interior. Violeta volvió a sentirse hechizada por esa cultura primitiva llena de sabiduría y misterio. En el recorrido por Tierradentro percibieron que las tumbas además de enterramientos a los muertos eran, asimismo, una exaltación a la vida. Así lo demostraban las imágenes representadas con úteros, falos erectos, mujeres en gestación, representaciones solares, animales sagrados, etc. Por fin, tras cuatro horas de recorrido Quintín Lame salió de su autismo místico y comentó que en todo lo que habían visto había un pensamiento cosmológico que inspiraba las tallas en la piedra.

—La nuestra es una cultura que vive en armonía con el cosmos y la naturaleza. Los símbolos que adornan las tumbas nos cuentan la vida que llevaban los primitivos pobladores de estos lugares: cómo cazaban, cómo eran sus viviendas, y la importancia del agua para vivir y trasladarse de unos lugares a otros. Por eso, ante tanta belleza hay que luchar por salvar nuestra identidad étnica —argumentó Quintín Lame.

De regreso, Violeta observó que había notado diferencias étnicas entre los pobladores indígenas de los territorios que iban cruzando, y le preguntó a Manuel sobre ello.

—Así es, los grupos indígenas que conservan su modo de vida tradicional se encuentran en los montes meridionales cerca de Ecuador (como nosotros, los yanaconas), en Sierra Nevada de Santa Marta y en el Amazonas. Somos distintos entre nosotros por varias causas, sobre todo por el grado o la falta de contaminación con la civilización de los blancos, por el clima y por el terreno donde nos instalemos. Los que viven cerca del mar Caribe son distintos a los que estamos en la selva andina o a los indios del Amazonas. Supongo que será igual en tu país —concluyó Manuel.

Violeta lo pensó, pero se dio cuenta de que en España no había viajado lo suficiente como para poder apreciar las diferencias entre los pobladores de distintas latitudes. «Solo conozco Galicia y una semana que estuve en Madrid», pensó. De todas formas, contestó que eran dos países que no se podían comparar.

—Es que en mi país no hay grupos indígenas diferentes, Manuel.

—¿Quiere decir que sois todos iguales? —preguntó sorprendido Quintín Lame.

—Étnicamente sí, somos todos de la misma raza indoeuropea; aunque muy diferentes dependiendo de las mismas razones que usted ha enumerado: el norte, el sur, las montañas, el mar. Todas esas cosas influyen en la forma de ser de sus habitantes —trató de explicarle.

Leonardo se quedó pensativo, intentando seguir la conversación sobre las razas y la apariencia física, y, aunque algo cohibido, apuntó:

—También tendrá que ver la mezcla de sangre entre unos y otros. Yo, por ejemplo, creo que soy criollo porque mi madre era mestiza y mi padre blanco europeo, aunque nunca lo conocí —se atrevió a añadir.

—Debe de ser así, muchacho. Ahora entiendo mejor tu piel oscura y tus ojos claros —dijo con naturalidad Quintín Lame—. Bueno, dejémonos de conversación que nos queda un largo trecho para regresar a casa —concluyó.

Violeta miró con ternura a Leonardo. Comprendió que su comentario era mitad orgullo y mitad tristeza. Esa tristeza que le invadía cuando mencionaba sus orígenes y la pena por un padre ausente de su vida. Intuyó que guardaba un misterio que ni él mismo conocía y del que nunca hablaría. Pero optó por hacer como Quintín Lame: no darle importancia y dejar que el muchacho madurase y abandonara ese negro nubarrón que de vez en cuando ensombrecía su vida.

Subieron a los caballos que esperaban en las cercanías de Huila y cabalgaron sin interrupción hasta el Valle del Cauca. Por el camino Violeta agradeció a Quintín

Lame su compañía en ese recorrido casi religioso por San Agustín y Tierradentro.

—Hemos aprendido muchísimo a su lado. Y ahora todavía admiro más su cultura y su civilización —reconoció sinceramente.

—Aún te queda mucho que visitar, Violeta; pero es verdad que Colombia es un país principalmente andino. La mayor parte de la población habita en las montañas de Bogotá, Medellín y Cali. La costa caribeña ya es otra cosa, porque ha recibido muchas influencias durante siglos y su ritmo de vida es más lento. Los costeños son más tranquilos, menos laboriosos que nosotros, y hablan un español poco claro —dijo riéndose Manuel—. Nuestro castellano es más puro.

—Pues uno de mis sueños es conocer el Caribe y sus maravillosas playas de agua cálida. Algún día iré —se explayó Violeta.

—Estoy seguro de que lo harás. Creo que a la mujer dorada no se le pone nada por delante. Como también sé que algún día abandonarás los Bosques de Niebla —respondió Manuel.

Al oír estas palabras, Leonardo calló dolido, y los tres siguieron cabalgando y atravesando paisajes sobrecogedores aunque esta vez sin detenerse.

Una vez en la aldea, volvió la rutina de la vida cotidiana, pero Quintín Lame estaba espoleado por la sugerencia de Violeta sobre intentar dar el salto a la política representando el voto indígena. No lo había echado en saco roto y le daba vueltas y más vueltas. Ya había conseguido la representación de los resguardos; ahora se trataba de dar un paso más. Conseguiría textos y libros y estudiaría las leyes de Colombia. Para ello contaba con la ayuda de Violeta. Incluso irían a Bogotá para sacar libros prestados de la Biblioteca Departamental y los asimilaría en la selva. A Quintín le gustaban los retos y se le veía ilusionado con este último. «Una forma de lucha pacífica para que nuestro pensamiento y cultura salgan de los bosques y las selvas y lleguen a quienes deciden qué es bueno y qué malo», reflexionó a su modo el indio.

Sin embargo, los planes de Quintín Lame hacían peligrar la permanencia de Violeta cerca de Leonardo, quien temía que la gran ciudad de Bogotá la absorbiera y no regresara nunca a los Bosques de Niebla. Por otra parte, era consciente de que él no tenía cabida en esos viajes instructivos que preparaba el líder indígena, no contarían con él. Debía pensar en alguna estrategia que cautivara la atención de Violeta. Preocupado por estos presagios fue a consultar a la santera de su aldea, una especie de chamán y curandera que atesoraba grandes conocimientos de cómo eran los pueblos indígenas antes de la conquista española. Era una anciana descendiente de los legendarios muisca. Nadie conocía exactamente su edad, ni ella misma, pero parecía que siempre había estado ahí y nunca había sido una muchacha joven. Todos los niños y jóvenes de los poblados vecinos la conocían y acudían de vez en cuando a su choza para escuchar sus fabulosas historias. Desde su llegada a los bosques huyendo de la plantación, Leonardo la había ayudado en la recogida de plantas y en la elaboración de ungüentos sanatorios. Sin ser consciente de ello, era como si reprodujera sus primeros años de infancia con la abuela meiga en el monte O Pindo. Valentina, que así se llamaba la vieja india, lo acogió como una madre y le transmitió su sabiduría sobre el pueblo muisca.

Ahora lo escuchó con atención. Comprendía sus tribulaciones y la inquietud de su corazón enamorado. Sabía que Leonardo acudía en busca de consejo que lo guiara porque no quería perder a la chica.

—¿Y dices que preparan viaje a Bogotá? En ese caso háblale de El Dorado y de los sacrificios humanos que practicaban mis antepasados, los muisca. Lo sabes casi todo de ellos. Cuando llegaste aquí te conté su historia como si fueran cuentos, pero sabes que es la realidad de ese gran pueblo que fueron los primeros habitantes del altiplano colombiano. Quedan todavía algunas tribus concentradas en la sabana de Bogotá; a la mujer dorada le gustará conocerlas, y tú serás el mejor guía. Prepara el terreno, háblale del oro, de las ceremonias y los sacrificios rituales. Le fascinará conocerlo y querrá saber más. Es entonces cuando tendrás que acompañarla —le aconsejó Valentina.

Claro que se acordaba. Recordaba que los muisca eran el mayor grupo indígena, junto con los mayas y los incas, en la época de la conquista española. Ellos inspiraron los mitos de El Dorado con sus ofrendas de oro, *tunjos*, los llamaban, y su chicha, con la que se embriagaban hasta perder el sentido. En su imaginario infantil todavía conservaba las imágenes del misterioso reino selvático rebosante de tesoros, rodeado de montañas de oro y esmeraldas.

La vieja le había contado que los muisca eran magníficos orfebres. Fabricaban figuras y objetos de adorno como diademas, collares, narigueras, tiaras, pulseras, pectorales, máscaras y los famosos y codiciados *tunjos*, que eran piezas decoradas con hilos de oro. En general, fabricaban figuras antropomorfas y zoomorfas planas, como la espectacular Balsa Muisca de la que tenía que hablar a Violeta para despertar su interés.

Valentina enseguida notó que a Leonardo le parecía bien la idea de atrapar el interés de la chica con la cultura de los muisca. Lo observó pensativo, acucillado a su lado en la choza oscura y llena de los misterios que guardaba celosamente. En un momento dado, levantó su cuerpo enjuto y seco, que parecía a punto de partirse en dos, y cogió algo guardado en una especie de cofre que siempre tenía cubierto con una piel de jaguar. Era una pequeña tiara de oro, muy fina y plana, que parecía adecuada para la cabeza de un infante. Se la mostró a Leonardo.

—Toma. Cuando llegue el momento, se la enseñas a la mujer dorada y le cuentas lo que te voy a confiar ahora. Al verla, ella sabrá que es verdad la historia que encierra este objeto sagrado.

Los diminutos ojos oscuros de Valentina brillaron como dos flechas de fuego cuando comenzó a contarle su historia.

—Cuando llegaste aquí siendo todavía un niño, pensé que los dioses te habían enviado para compensarme del sacrificio de mi hijo. Nunca te conté esta historia, Leonardo, porque eras muy joven y venías herido por la muerte de tu madre. A tu corazón no le cabía más dolor. Debías crecer libre de rencor y aprender a amar nuestra cultura, que es la tuya. Ahora ya eres un hombre y debes conocerla, porque solo así sacaré mi pena y podré morir en paz.

»Como sabes, en la religión de los muisca los sacrificios humanos eran un ritual sagrado que se hacía para aplacar a los dioses. El sol necesitaba de alimento humano. Cada familia debía ofrecer un hijo a los sacerdotes; el mejor, el más perfecto, no debía tener ningún defecto físico. A partir de ese momento, ese niño era criado por ellos en unos aposentos especiales, con buen trato y buena comida, como una persona sagrada hasta la edad de quince años. Entonces era sacrificado a Xue, y este sacrificio era un honor para la familia y para la víctima, por haber sido elegido para la ceremonia. Los sacerdotes se formaban desde la infancia, pues eran los responsables de dirigir las ceremonias religiosas. Nadie más que ellos podía entrar en el interior del Templo del Sol. Se pintaban el cuerpo y se embriagaban con chicha durante el día más largo del año, el veintiuno de junio, cuando el sol muestra toda su energía y poder. Era la fecha indicada para rendir culto a Xue a base de sacrificios humanos muy sangrientos. Consumían los ojos de los niños, que eran extraídos en el momento mismo del ritual. Todo eso se hacía en la Ciudad del Sol para adorarle. Mi hijo fue sacrificado y lo entregué a la edad de cinco años. Fue el elegido. Lo único que me queda de él es esta pequeña tiara que le pusieron sobre la cabeza cuando se lo llevaron al Templo del Sol.

»Por eso, cuando llegaste a la aldea a la edad de quince años pensé que Xue me devolvía a mi hijo, y te acogí y te enseñé todo lo que sé, que no es mucho porque soy una pobre y vieja india, cansada de vivir tan largo. Hoy, mi pena pesa menos porque la he sacado de mi corazón.

La anciana Valentina terminó de contar su historia y sintió un cansancio infinito. Acercó la tiara con manos temblorosas al joven y añadió:

—Pronto moriré. Leonardo, ahora tú eres la reencarnación de mi hijo y por eso te entrego su tiara. Debes buscar la felicidad y abandonar el rencor que todavía anida en tu corazón. Eres hermoso y fuerte, no te consumas en el odio y disfruta la vida junto a la mujer dorada. ¡Ve y háblale de los muisca! De lo bueno y de lo malo. Te seguiré.

Leonardo la miró con cariño. Le habría gustado abrazarla pero no se atrevió a hacerlo. No imaginaba que la vieja Valentina tuviera una historia tan cruel y dramática. Estaba como paralizado por el relato. De pronto reaccionó y le preguntó si en el territorio muisca se seguían celebrando ceremoniales con sacrificios humanos.

—No creo. Hace tantos años que no salgo de esta aldea, que no lo puedo asegurar. Pregúntaselo a Quintín Lame. Él lo sabrá —contestó.

—¿Y por qué te fuiste de la tribu muisca?

—Cuando mi hijo fue sacrificado pensé que me consolaría ese honor para nuestra religión, pero fui débil, no pude soportar más sacrificios de niños y cómo los entregaban sus madres, como hice yo. Sentí un vacío muy hondo y abandoné el altiplano antes de que me repudiaran. Y ya está bien de preguntas —dijo la vieja, cansada ya de recordar—. Prepara una infusión de hojas de coca que necesito reponerme. ¡Y luego déjame sola!

Leonardo salió de la choza tras haberle preparado el estimulante brebaje. Fuera respiró hondo la humedad de la selva y pensó que debería contarle a la vieja hechicera su secreto, igual que había hecho ella con él. Se sentiría más aliviado y le aconsejaría el modo de proceder. Pero no esa noche. Esa noche la anciana estaba agotada y quería estar sola. Vaciar su corazón de recuerdos le había supuesto, a su edad, un tremendo esfuerzo.

Esa misma noche, Leonardo, estimulado por el relato de Valentina, comenzó a contarle la leyenda de El Dorado a la joven.

—Cuando termines la labor que te ha encomendado Quintín Lame en la ciudad podríamos recorrer esos lugares míticos de los muiscas en los alrededores de Bogotá —le propuso para asegurarse de que volvería.

A Violeta le pareció una idea atractiva. Pero después dijo que lo pensaría, porque no sabía cuándo iba a regresar.

—¿Y tú has estado en esos territorios? —preguntó Violeta intrigada.

—No, esa zona no la conozco, pero la vieja chamán de mi aldea es muisca y me ha contado todo lo que sabe de su cultura y de su cruel religión. Me gustaría conocerla contigo —respondió Leonardo, que todavía no le había hablado de los sacrificios humanos ni le había enseñado la tiara de oro que le había dado Valentina.

A ella le sorprendió que Leonardo hablara de una anciana chamán de su poblado y sintió curiosidad por conocerla, pues nunca antes la había mencionado. Le dijo que antes de partir con Quintín Lame para Bogotá le gustaría verla y hablar con ella. El chico, sabedor de la insaciable curiosidad de Violeta, aceptó encantado.

Nada más entrar en la choza, encontraron a Valentina envuelta en una manta colorada, inmóvil y con los ojos cerrados. A Leonardo le extrañó que la anciana chamán estuviera dormida a esas horas del día, en las que siempre andaba trajinando con los pucheros y las plantas que recogía en el bosque. Se acercó temeroso y comprobó que su cuerpo estaba frío. Probablemente había muerto la noche anterior, después de la larga conversación que mantuvieron sobre su pasado.

—¡Dios mío! —exclamó Violeta, y permaneció unos pasos atrás, conmocionada por la muerte de la mujer que quería conocer.

Vio cómo Leonardo se arrodillaba junto al cadáver y le acariciaba el rostro curtido y arrugado. Valentina tenía una expresión tranquila, no daba la sensación de haber sufrido, sino de haber encontrado por fin el descanso que ansiaba. El muchacho se fijó en la ropa que llevaba puesta, que era distinta a la de todos los días. Parecía claro que Valentina había preparado minuciosamente su propia muerte. Se había envuelto en una fina manta de algodón blanco pintada con motivos geométricos de carácter simbólico y cubierto por encima con la gruesa manta roja en señal de luto.

—Es un ritual muisca. Ella me contó que así envolvían los cadáveres —acertó a decir Leonardo.

Violeta se daba cuenta de la desolación de Leonardo y callaba, abrumada por esa muerte imprevista.

—Se ha ido. Ella quería irse, le costaba seguir viviendo cargada de años y achaques. No sé cómo no me di cuenta anoche cuando me pidió que la dejara sola. Me hubiese gustado despedirme de ella, agradecerle sus cuidados cuando me recogió y todo lo que me ha enseñado en estos años. Nunca le di las gracias, nunca le demostré el cariño que le tenía —gimió Leonardo sin poder contenerse.

Los dos jóvenes permanecieron arrodillados largo rato junto al cuerpo consumido de Valentina, velando su espíritu y deseándole un feliz viaje allá donde se hubiera ido. Después, encendieron antorchas en las cuatro esquinas de la choza y quemaron incienso. Solo entonces, con la luz del fuego, se dieron cuenta de que entre las manos cruzadas sobre el pecho de la anciana sobresalía algo brillante: era la pequeña tiara de oro que le había dado a Leonardo.

—¿Qué es eso que tiene ahí? —preguntó Violeta.

Entonces Leonardo recordó las palabras de la anciana, «háblale de los muiscas», y le contó la pérdida del hijo sacrificado para aplacar al dios Sol y cómo se desarrollaba el rito.

—El sacrificio tenía lugar en las altas cumbres que miran al este. Los sacerdotes conducían ceremonialmente a la criatura y la colocaban en el suelo sobre una manta fina. Con cuchillas de caña degollaban al niño y recogían su sangre en totumas para untar con ella las piedras donde caían los primeros rayos de sol del amanecer. Después, el cuerpo de la víctima recibía sepultura o era dejado expuesto a Xue para que los rayos lo quemaran. Estos sacrificios macabros tenían su sentido para aplacar al sol, y eran ceremonias populares de gran importancia en los pueblos muiscas. En su cultura se sucedían a menudo y se acompañaban de procesiones rituales con mucho lujo y ostentación. Este objeto de oro se lo pusieron a su hijo en la cabeza cuando con cinco años se lo llevaron los sacerdotes para criarlo hasta su sacrificio en la Ciudad del Sol. Es el único recuerdo que le quedaba de su hijo —continuó explicando—, y ayer por la noche me lo entregó después de contarme su triste historia.

Violeta lo escuchó estremeceada y con lágrimas incontenibles.

—Pobre mujer, pensar que tuvo que pasar por todo eso. No sabía que estos ritos tan crueles se siguieran practicando aquí. Yo estudié que en las religiones celtas se mataba ritualmente a las víctimas para aplacar a los dioses, pero ¡en la edad del Bronce!, no en la actualidad.

—No puedo quedarme con esto, pero tampoco puedo rechazarlo —dijo de pronto Leonardo—. Me quema en las manos. Siento que Valentina me ha mandado un mensaje... Se lo debo. Tengo que cumplir este presentimiento. —Y se levantó para arrodillarse de nuevo junto al cuerpo de la anciana, como esperando una respuesta a su desconcierto.

—¿A qué te refieres? No te entiendo —se alarmó Violeta.

—Debo ir al altiplano y buscar el Templo del Sol. Allí enterraré la tiara bien hondo en la tierra sagrada para que nunca más se vuelvan a celebrar sacrificios humanos —contestó rotundo Leonardo sin apartar los ojos del cadáver.

En ese momento Violeta comprendió que debía acompañarlo a la tierra de los muiscas para cumplir el último deseo de Valentina. «Me las arreglaré con Quintín Lame, pero ahora es Leonardo quien me necesita», pensó.

Habló con Manuel, que enseguida comprendió que su viaje de «iniciación política», como él lo llamaba, podía esperar. Quintín Lame conocía a la anciana Valentina y la respetaba mucho. Lamentó su muerte y ordenó que las aldeas vecinas se unieran en la celebración del funeral de la hechicera.

—Será despedida como se merece. Fue una gran mujer, con un pasado terrible —dijo.

Violeta lo escuchó y pensó que Quintín Lame nunca le había hablado de los terribles sacrificios humanos que se practicaban en Colombia, así como en las culturas azteca, maya e inca. Lo entendió y no preguntó nada. Fue en otra época, y sabía que el líder indígena huía de los descreídos que conllevaban esos ritos ancestrales que la civilización tildaba de salvajes y los extendía, intencionadamente, a toda su cultura autóctona.

Enterraron a Valentina en pleno bosque, con los mismos ropajes que se había puesto para morir, cerca de la aldea donde había vivido muchos años. Se decía que tenía más de ciento veinte años pero nadie estaba seguro de su edad. Por orden de Quintín Lame cavaron un pequeño habitáculo profundo en la tierra y lo decoraron con símbolos muiscas y yanacasas, y lo cerraron con una gran piedra que representaba la dignidad que la anciana mantuvo en vida. Durante tres días toda la aldea guardó el duelo, que consistía en colocar en su choza flores frescas, exóticas orquídeas cogidas en lo más profundo del bosque, y cuencos de chicha para consolar a sus allegados. Y durante las tres noches se clavaron dos antorchas a la entrada de la choza para mostrar la autoridad de quien allí había residido.

Pasado el duelo, fue el propio Quintín Lame quien aconsejó a Violeta que acompañara al muchacho a cumplir con la última voluntad de la fallecida. Ella se lo agradeció muchísimo, porque demostraba una vez más la generosidad de su carácter; y, fiel a su espíritu práctico, le dijo con total espontaneidad:

—Podemos aprovechar el viaje a tierras de los muiscas para llevar sus escritos y repartirlos entre la población, ahora que se prepara para entrar en la política.

Quintín Lame sonrió ante el comentario de Violeta y, pasados unos segundos, dijo:

—Lo cortés no quita lo valiente, como decís vosotros los españoles con buen sentido de la oportunidad. Sí, puedes llevar unos cuantos.

Y partieron hacia una de las culturas prehispánicas más antiguas. Los muiscas eran uno de los mayores pueblos autóctonos de Colombia, unos seiscientos mil a la llegada de los españoles. Ocupaban Boyacá y Cundinamarca, cerca de Bogotá. En esa época el territorio muisca abarcaba las cuencas y valles de los ríos Bogotá, Negro, Guavio, Garagoa, Chicamocha y del río Suárez hasta Vélez. Sin embargo, ahora el territorio muisca quedaba reducido a la sabana de Bogotá, donde se concentraban varias aldeas que todavía mantenían el antiguo estilo de construcción. A esta parte se dirigieron Leonardo y Violeta, hacia el valle de los Alcázares, llamado así porque los muiscas edificaban palacios compuestos por bahíos rodeados por dos o tres empalizadas concéntricas, semejantes a los alcázares árabes del sur de España.

Llegaron al valle, que ofrecía una magnífica visión con las sierras nevadas de la cordillera Central en el horizonte. Estaban en lo que los nativos llamaban el núcleo del cacicazgo de Bogotá, gobernado por los zipas. Leonardo le explicó que el cacique de Bogotá había opuesto resistencia a la conquista de los españoles, pero muchos temían su poder y prefirieron sacudirse su dominio aliándose con los europeos. A Violeta le pareció muy avanzado el modo de construcción de sus poblados, comparados con las sencillas aldeas yanaconas.

Al muchacho se le veía feliz haciendo gala de sus conocimientos ante Violeta, que le escuchaba fascinada tras descubrir los territorios de una cultura tan rica como cruel. Hablaron con los nativos que encontraban en su viaje hacia el Templo del Sol, y apreciaron que guardaban pequeños discos de oro, utilizados antes como moneda y ahora conservados como tesoros de sus antepasados. Una mujer muisca se quedó mirando el colgante con la esmeralda que llevaba Violeta y les explicó que actualmente la mayor parte de la población vivía de la extracción de esas piedras verdes.

Colombia era el primer productor mundial de esmeraldas y sus minas contenían todavía hasta el noventa por ciento de las reservas mundiales. Leonardo quiso conocer el proceso de extracción y se encaminaron hacia las principales zonas mineras en Muzo, Coscuez, La Pita y Chivor, todas en el departamento de Boyacá. Les acompañó un nativo minero, con la amabilidad característica de la gente colombiana, y les contó que aunque los muiscas ya extraían esmeraldas en la época precolombina, los colonizadores españoles, enloquecidos por aquellas piedras verdes, habían esclavizado a los indígenas para extraerlas y acabaron sustituyéndolos por mano de obra esclava procedente de África. A Violeta le sonaba esa historia tantas veces escuchada en diferentes lugares y que, muchos años después, tiranos como su tío seguían practicando en las plantaciones de café.

—Muchos de los mineros que están entre nosotros son descendientes de aquellos esclavos, y no se crean ustedes, viven solo un poco mejor que sus antepasados —contó el indio muisca con una leve sonrisa de resignación en sus labios.

Jerónimo, que así se llamaba el minero, dijo que los ricos depósitos de esa región eran la causa de muchos problemas sociales y también de la continua destrucción de la naturaleza.

—Porque las excavaciones aumentan y cambian el paisaje. No cesamos de penetrar en la selva para buscar piedras verdes, y vamos arrasando todo a nuestro paso. Por eso a esta riqueza la llamamos la «Fiebre Verde», porque vuelve locas a las personas —explicó.

Violeta no pudo evitar pensar que los norteamericanos pronto llegarían hasta allí para explotar la riqueza natural de los muiscas con más crueldad e injusticia que las luchas tribales que en ocasiones se producían entre aldeas por la extracción de ese mineral precioso. Jerónimo les enseñó un yacimiento cercano en la ladera de una montaña, donde pudieron apreciar como si de un milagro se tratara las vetas de mineral verde o azulado incrustadas en la roca y que, limpiando un poco con agua o pasando simplemente la mano, aparecían deslumbrantes y cegadoras.

Luego le preguntaron por El Dorado, ese lugar mítico ubicado en la parte central de Nueva Granada, donde se suponía que los muiscas tenían grandes reservas de oro.

—Queremos llegar a la laguna de Guatavita y conocer esos paisajes —aclaró Leonardo.

El minero entonces se agachó en la tierra para descansar y los miró incrédulo y nuevamente sonriente.

—Ustedes vienen creyendo que van a encontrar oro en nuestros territorios. Hace muchos años que ya no hay oro. Quedan las leyendas y las historias de nuestros antepasados. Aquello pasó hace mucho tiempo y se terminó con la llegada de los conquistadores. Se lo llevaron todo. Al menos quedan, o eso dicen, algunos objetos preciosos hechos por los muiscas, pero no se sabe dónde. Yo creo que se hallan escondidos y alguna vez saldrán a la luz.

—¿Se refiere a la Balsa Muisca? —preguntó ilusionado Leonardo.

—Sí, entre otros objetos de nuestra cultura. Pero ustedes son muy jóvenes para andar por ahí expoliando tesoros. No pierdan su tiempo, muchachos —aconsejó el minero muisca.

—No, no es eso. Nosotros venimos para cumplir con la última voluntad de... mi abuela —improvisó Leonardo sobre la marcha para evitar dar más explicaciones—, que descendía de los muiscas, y debemos oficiar un rito en el Templo del Sol. Ella nos lo pidió y por eso estamos aquí.

—Ah, pues siendo así... ¿Conocen los rituales que se realizaban allí? —preguntó con intención el nativo.

Violeta y Leonardo se miraron algo desconcertados porque percibían cierta ironía en sus palabras.

—Conocemos los sacrificios humanos que el pueblo muisca hacía para aplacar a Xue; pero nosotros solo vamos a cumplir con la última voluntad de nuestra abuela, y le aseguro que nada tiene que ver con esos antiguos rituales de muerte —contestó Violeta, tomando la iniciativa.

Leonardo se estremeció al escuchar en boca de Violeta «nuestra abuela». Sabía que lo había dicho por seguir con el engaño y no dar más explicaciones acerca del motivo de su presencia allí, pero en ese posesivo sintió la hermandad que les unía y que ella ignoraba.

—Entonces ya sabrán que El Dorado nace de la antigua tradición del zipa de ofrendar dones a la diosa Guatavita en su laguna —repuso Jerónimo, retomando el tema de la laguna que los viajeros querían visitar.

Una vez señalado el camino, se despidieron del minero y agradecieron su ayuda. Ya conocían el camino para llegar hasta lo que durante muchos años fuera un lago sagrado. Antaño muchos creían que El Dorado se encontraba en esa laguna circular situada solo a cincuenta kilómetros de Bogotá, rodeada de montañas y centro ritual de los muiscas. Donde hacía trescientos años el zipa, su cacique o gobernante, cubierto de oro en polvo arrojaba valiosas ofrendas en el lago desde su piragua ceremonial y después se sumergía en sus aguas para ganarse el poder divino.

La visión de la laguna resultaba preciosa y todavía conservaba un aura de magia cuando llegaron al atardecer, antes de ocultarse el sol. El paisaje circundante era imponente, con una sensación de atmósfera sobrenatural. Se sentaron en la orilla en silencio, tratando de revivir el pasado. Leonardo, transcurrido un tiempo de respeto, explicó lo que sabía por boca de Valentina.

—El baño en oro se hacía únicamente cuando se proclamaba como cacique a la persona elegida, que debía llegar totalmente pura de pensamiento, aplicarse ungüentos y oro en polvo sobre la piel, para luego penetrar en la laguna, y al salir... era un hombre sabio. Después se ofrecía a la laguna oro, los famosos *tunjos*, esmeraldas y otras piedras preciosas...

—¡Qué maravilla, Leonardo! Por eso la legendaria imagen de El Dorado era realmente una ceremonia fastuosa de carácter mágico-religioso que solo acontecía con motivo de la investidura del cacique de Guatavita. No era pues algo frecuente. —La muchacha estaba extasiada con el desarrollo de la historia mientras contemplaba las aguas tranquilas de la laguna sagrada.

—Valentina me contó que todo acto que afectara a la naturaleza debía tener su equilibrio, y esta era la forma en que los muiscas devolvían lo mejor que tenían al lugar sagrado. Y yo debo hacer algo parecido: enterrar la tiara de oro y devolverla a la naturaleza —dijo muy serio Leonardo.

—Estoy tratando de imaginar cómo era la Balsa Muisca, pero no me hago mucho a la idea. ¿Tú lo sabes?

—Valentina guardaba un dibujo hecho por un campesino muisca en una piel de cuero después de verla con sus propios ojos. Cuentan que era preciosa, de oro, y que deslumbraba al mirarla. Era una figura plana que hablaba de la leyenda de El Dorado, y en ella se representaba al cacique en el centro de la balsa puesto en pie, ricamente adornado, y a los remeros que deslizaban la balsa despacio, muy despacio por el lago, también engalanados con suntuosos collares y tiaras de oro. La vieja decía que era una pieza pequeña, de dos palmos de largo por uno de ancho —recordaba Leonardo la descripción de la chamán.

«Esperemos que alguien con sensibilidad la haya puesto a buen recaudo y no se haya destruido o vendido a algún ignorante», pensó Violeta con preocupación.

Ya solo les quedaba llegar a la Ciudad del Sol y conocer su templo, que todavía se mantenía en pie y cumplía su función religiosa, aunque sin la crueldad de los sacrificios humanos. Era una construcción tradicional de los muiscas pero más grande. Tenía forma cónica y estaba levantado con materiales de caña y barro, rodeado de columnas estrechas y altas que sostenían la techumbre circular. Desde lejos parecía más pequeño, pero a medida que se acercaban aumentaban sus dimensiones y producía una sensación de grandeza pese a su sencillez. En su interior se tamizaba una luz cenital que iluminaba el centro donde se situaba una especie de mesa donde en

tiempos se debía de inmolar a los niños sacrificados al dios Sol. Violeta y Leonardo sintieron un escalofrío al comprobar en la piedra del altar marcas que hablaban de las horribles torturas a que se sometía a la víctima. La base de la piedra conservaba un tono marrón, de sangre antigua, que los siglos no habían borrado. Salieron del templo sobrecogidos.

Esperaron el amanecer para ver dónde señalaban los primeros rayos del sol y, mirando al Este, como hacían los muiscas en sus enterramientos, excavaron un hoyo cerca del templo. Leonardo introdujo con sumo cuidado, envuelta en un paño de algodón, la tiara de oro del hijo de Valentina y la enterraron. Con este gesto Leonardo quiso desprenderse del horrible recuerdo de un niño inocente que fue sacrificado al cumplir los quince años, y también rendir un homenaje a Valentina para que nunca se volvieran a repetir rituales tan macabros. Cumplida la tarea, se abrazaron y lloraron emocionados en un acto íntimo de purificación.

De vuelta hacia los Bosques de Niebla, repartieron los impresos de Quintín Lame por las aldeas que encontraron a su paso y hablaron con los caciques más abiertos a la idea de que uno de los suyos ostentara la representación indígena en las altas esferas de Bogotá. En este recorrido por los territorios muisca Violeta conoció una faceta de Leonardo que ignoraba: su lealtad a la memoria de la vieja chamán y también su amor, aunque a él le costara reconocer ese sentimiento. Admiró su decisión de enterrar la tiara de oro y no quedarse con un objeto tan valioso. Regresaron al poblado más unidos que nunca y con la sensación del deber cumplido.

Al llegar, Quintín Lame le dijo a Leonardo que se podía quedar con la choza de la anciana Valentina.

—Es tuya. Eras el ser más cercano y querido por ella, es justo que vivas allí si lo deseas.

La verdad es que era bastante más espaciosa que la pequeña cabaña donde vivía el joven, así que aceptó gustoso.

—¿No te da miedo vivir aquí? —le dijo Violeta.

—¿Por qué me iba a dar miedo? —contestó molesto Leonardo.

—No sé, como era hechicera y murió aquí... Pero igual tienes razón y solo son prejuicios míos. Yo nunca podría vivir aquí dentro —reconoció la muchacha, y salió al exterior a respirar aire fresco.

Leonardo se mordió la lengua. En un instante Violeta había roto la ilusión que empezaba a acariciar en silencio: proponerle más adelante vivir juntos en la choza de Valentina. Pero se dio cuenta de que pertenecían a dos mundos distintos a pesar de que la mujer dorada llevara dos largos años en la selva. Ella no sabía que Leonardo había vivido un tiempo en esa choza cuando llegó a la selva siendo un adolescente, cuidado por la vieja chamán. Tampoco sabía que esa choza con sus olores, su penumbra, su atmósfera especial, le evocaba las mismas sensaciones que había experimentado en la cabaña de su abuela, la meiga del monte O Pindo; y que aunque entonces tuviera solo cinco años su subconsciente guardaba ese pasado y lo revivía sin querer. Aun así, Leonardo insistió un poco más, y antes de que se marchara a la aldea de arriba para atender las escuelas le pidió algo.

—Entra conmigo y verás que se está bien —dijo persuasivo.

Violeta sonrió al ver el hermoso rostro de Leonardo suplicando. Sabía muy bien lo que quería, pero no podía complacerle, era superior a sus fuerzas.

—No puedo, Leonardo. No podría hacerlo. Debo atender las escuelas, he estado demasiado tiempo fuera —repuso, y salió corriendo.

Los niños del poblado de Quintín Lame la recibieron con alegría. La echaban de menos y le contaron que todos esos días, en su ausencia, habían seguido yendo a la escuela para escribir en sus cuadernos y hacer dibujos en las paredes. Al entrar seguida de un montón de chiquillas y chiquillos risueños comprobó sorprendida que todo estaba ordenado, y que en el lugar donde ella solía sentarse habían dispuesto un manto de flores. Emocionada trató de abrazarlos y les dijo que ella también los había echado muchísimo de menos. Violeta pensaba que esos niños eran lo mejor de la selva y que cuando se marchara los iba a añorar allí donde fuera. Los pequeños no la soltaban y le pedían que les contara cosas de su viaje a la tierra de los muiscas.

—Como si fuera un cuento —dijo uno de los pequeños tirándole de la falda.

Extrañada, la joven se preguntó cómo sabían los niños dónde había ido, y enseguida cayó en la cuenta de que en el aula estaban dos de los hijos pequeños de Quintín Lame.

Con el paso del tiempo, una de las novedades que introdujo fue mezclar niños y niñas en sus clases. De este modo aprovechó la nueva escuela para sentar allí a los más mayores, a los que intentó inculcar conocimientos más adecuados a su edad. Desde el primer día los niños admitieron el cambio con naturalidad, y ningún padre o madre se acercó a protestar por la decisión adoptada. Admiró el respeto que mostraban los indígenas por su trabajo y, cada vez que pensaba en ellos, los consideraba más civilizados y permisivos que la sociedad de la que ella procedía.

Esperó que esa noche Leonardo subiera para dormir juntos, pero pasaron las horas y el muchacho no apareció. Extrañada y aprovechando que no hacía demasiado frío, se echó el poncho por encima y dando un paseo bajó hasta el río a su encuentro. Quizás había estado algo brusca cuando opinó con naturalidad sobre la choza de la vieja Valentina, y notó la tristeza en sus ojos. Quiso disculparse, aunque tenía claro que no podría acostarse con él en ese lugar. Le daba aprensión. El poco tiempo que había estado allí notó un olor raro: el olor de los viejos.

A pocos pasos de la choza se paró en seco. Una silueta de mujer acababa de entrar. Era la joven indígena que ya había visto tiempo atrás en la cabaña de Leonardo. «Parece que a ella no le da aprensión estar en la casa de la anciana», pensó Violeta. No quería sacar conclusiones precipitadas, así que, escondida entre los árboles, esperó a que saliera; pero al parecer no se trataba de una visita rápida ni de un recado. El paso del tiempo hizo evidente el motivo de la presencia de la joven india. Se dio media vuelta y subió entre la niebla caída y la noche oscura hacia la escuela.

Esa noche no pegó ojo pese al cansancio acumulado. Aunque era consciente de que dos personas libres y sin compromiso, como ellos, podían estar con quien desearan, se sentía molesta. Era su forma de pensar y, por tanto, no podía exigir a Leonardo fidelidad; pero tampoco engañarse tratando de aparentar que no le dolía su comportamiento. «Además, los indígenas son mucho más libres en sus relaciones sexuales, y eso debo entenderlo. No tiene mayor importancia», trató de convencerse. Poco a poco sucumbió al sueño y dejó de pensar en la piel dorada de Leonardo, que sin duda ahora estaría gozando otra mujer.

Los días posteriores no le dejaron mucho tiempo para pensar en Leonardo, porque Quintín Lame tenía todo listo para ir a Bogotá en busca de libros de leyes; se había estado preparando y acariciaba la idea de llegar al Congreso para representar a los suyos.

—Todo cambia, Violeta, y en este nuevo siglo creo que debemos recorrer otros caminos, sin olvidar los levantamientos como modo de mostrar nuestra fuerza. Pero quiero probar la política de los blancos antes de hacerme viejo —le dijo con convicción a Violeta.

—Entonces, ese levantamiento que lleva tiempo preparando para juntar a seis mil indígenas ¿no va a producirse? —preguntó ella, esperanzada.

—Hay que mantener la amenaza. Esa será una de nuestras bazas frente a los hostigamientos del hombre blanco —replicó astutamente el indio.

La inteligencia y astucia de Manuel siempre la sorprendían. «Sin duda es un hombre dotado por los dioses para conducir a su pueblo», pensó. No obstante, y aun reconociendo estas cualidades en el líder y amigo, debía decirle algo que le producía cierto temor ante su posible reacción. Pensó, con buena lógica, que no podía ir a la capital vestido como en los Bosques de Niebla. Bueno, poder claro que podía, y en Bogotá seguro que algunos indios paseaban así por sus calles poniendo un toque de exotismo a la gran urbe; pero Violeta quería que le respetaran desde el primer momento. Había estado en Cali y sabía lo que pasaba: la gente sonreía despectiva cuando veía a los indígenas emborracharse en las tabernas. Se atrevió y en medio de la conversación le mencionó algo relacionado con un cambio de vestuario para la ocasión. Su respuesta orgullosa no admitió dudas.

—Si no puedo entrar vestido como lo que soy en una biblioteca de mi país, entonces no merece la pena hacer el esfuerzo de participar en la política.

Violeta no discutió —empezaba a hacer como su padre— y pensó en dar un rodeo a su sugerencia. Habló con Belinda León, a ver si entre las dos lograban convencerlo.

—Él nunca se va a disfrazar de lo que no es —argumentó Belinda.

—No se trata de ponerse un disfraz, Belinda. Simplemente es que cambiamos de territorio y conviene respetar las normas que rigen en ese territorio urbano. Recuerda que cuando fui a Cali cambié de ropa y me vestí como van allí las mujeres, para no llamar la atención. Solo es eso —intentó razonar Violeta.

—¿Y cómo tendría que vestirse? —replicó Belinda, entrando ya en el terreno de discusión.

—Pues yo creo que tendríamos que llamar de nuevo a Dionisio y que subiera un traje de su talla. Ya sabe, chaqueta y pantalón y zapatos. Y respecto al pelo... —aquí Violeta pensó con cuidado qué decir— bastará con que se lo sujete con un cordel en la nuca.

—Pero tendrá que llevar su poncho. En Bogotá hace frío —repuso preocupada la esposa.

—Claro —asintió Violeta, y se imaginó rápidamente el aspecto curioso que tendría un hombre de su envergadura vestido como un caballero y con un poncho encima.

La estrategia envolvente surtió efecto y a las pocas semanas Manuel Quintín Lame, a regañadientes, apareció vestido con el traje que le había subido Dionisio, unos botines de buen cuero, camisa blanca, y encima su poncho de excelente lana marrón oscuro.

—Por si hace frío —musitó en voz baja.

—¡Está guapísimo! —exclamó Violeta, dando una vuelta alrededor de él.

Belinda, con las manos cruzadas sobre el vientre, lo miraba y remiraba sin atreverse a pronunciarse. Al final dijo que lo veía raro.

Leonardo subió a despedirse de ambos. Presentía que ese viaje iba a ser más largo que los otros. Violeta le explicó que tenían varias visitas que hacer en la ciudad, informarse bien y hablar con gente que les pudiera aconsejar en su propósito de introducir a Manuel en los círculos políticos.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó cabizbajo.

—No sé, depende de que encontremos a la gente, de que nos reciban... Es una gran ciudad y llevará su tiempo. Pero si lo que quieres saber es si volveré, claro que volveré: no tengo otro sitio donde ir. Además, no podría pasar mucho tiempo lejos de tu lado —le dijo Violeta, acariciándole el pelo brillante y negro como una lámina de agua en la noche oscura.

Días antes de la partida, Violeta dedicó bastante tiempo a reflexionar sobre su vida en la selva. Se daba cuenta de que recluida en el aislamiento de las montañas se estaba perdiendo algo. En Cali ya había percibido la vitalidad de la ciudad, cómo todo el mundo celebraba la entrada en el siglo xx con sus esperanzas de progreso y modernidad; esa especie de euforia colectiva ante el porvenir que mostraban las gentes, incluso las menos favorecidas por la fortuna. Era como un contagio alegre y optimista que invadía todas las esferas sociales. Por eso estaba ansiosa por llegar a Bogotá y perderse en la gran ciudad para vivir esos cambios. Presintió que su etapa en los Bosques de Niebla tocaba a su fin y necesitaba nuevos horizontes. Deseaba a Leonardo, pero era consciente de que la diferencia de edad y de cultura constituían realidades que los separarían en algún momento, y que cuanto más tiempo pasara peor sería para el muchacho. La obsesión que a veces parecía manifestar el joven por ella empezaba a agobiarla y no deseaba una dependencia de esa naturaleza. No tuvo valor para despedirse de Leonardo ni para contarle sus inquietudes; prefirió dejar las cosas como estaban y esperar a que el azar o las circunstancias en Bogotá decidieran y le marcaran el camino.

Tuvo que reunir fuerzas y disimular sus sentimientos cuando en la escuela se despidió «temporalmente» de los niños, porque en el fondo sabía que quizá no volvería a verlos. Se emocionó cuando Belinda León le dijo que cuidara de su hombre en la gran ciudad, y que regresaran pronto.

Mientras bajaban de los montes envueltos en la densa niebla, Violeta se acordó de cuando subió por primera vez en busca de Quintín Lame, llena de incertidumbres y miedos. Entonces no tenía muy claro si sería capaz de vivir en la selva, alejada de todas las comodidades conocidas y sin un cometido concreto en el que apoyarse. Y ahora, cabalgaba junto a Quintín Lame convertida en su amiga y consejera.

—¿Qué piensas, Violeta? Te veo muy reconcentrada —dijo el líder indígena volviéndose hacia ella, ya que iba delante abriendo el camino con su machete.

La muchacha interrumpió sus reflexiones y acercó su caballo a la altura del de Manuel.

—Estaba pensando en cuando llegué aquí. ¡Ya han pasado dos años!

—Sí. Esas cosas se piensan cuando se va a abandonar un lugar. Has hecho una gran labor con las escuelas, conmigo y con la causa indígena. Debes sentirte orgullosa. Yo estoy muy orgulloso de ti. Quizá ya es hora de que pienses en lo que te gustaría hacer, es un buen momento para empezar.

A veces Manuel Quintín Lame le hablaba como un padre. Sus palabras le hacían bien. Era como si le adivinara el pensamiento.

—Gracias, Manuel. Estoy muy bien con vosotros y no tengo ni idea de lo que me gustaría hacer; pero es verdad, puede que tenga razón y sea el momento de cambiar. Ya veremos. Pero ahora lo que me preocupa es qué vamos a hacer cuando lleguemos a Bogotá. He estado pensando y no se me ocurre nada, salvo ir a la biblioteca a mirar libros, pero yo no sabré aconsejarle sobre su utilidad para el objetivo que buscamos. Eso me tiene inquieta.

—Pues no te atormentes porque yo sí sé dónde ir. Iremos a ver a Diego Luis Córdoba, un abogado de Bogotá que trabaja en la defensa de los derechos humanos, en especial para las comunidades negras, indígenas y campesinas. Es nuestro hombre. Tengo su dirección. Lo buscaremos y hablaremos con él. Él nos guiará en esta nueva selva de papeles, leyes y normas, hasta que encontremos un camino que nos ilumine.

Violeta respiró aliviada, y admiró la habilidad de Manuel para encontrar soluciones a casi todos los problemas. En su mochila llevaba también la dirección de Amelia, la joven gallega que había conocido en el *Lusitania*. Tenía intención de ir a visitarla si es que todavía continuaba dedicada a ese oficio que le confesó con toda naturalidad en el barco. Tampoco se olvidó de llevar la piedra de la playa de Lariño; esa especie de amuleto que la acompañaba siempre, y más ahora que intuía que iba a comenzar una nueva etapa en su vida.

Manuel Quintín Lame y Violeta Saramago se mostraban asombrados y algo anonadados ante la intensidad de la capital de Colombia. Les desconcertó el tranvía que cruzaba por mitad del camino, aparecía y desaparecía por la ciudad, repleto de gentes que parecían tener siempre prisa. Les llamó la atención el nuevo trazado de las vías férreas que llegaban hasta La Dorada y Girardot para facilitar la comunicación entre la ciudad y los puertos del río Magdalena; lo llamaban el Ferrocarril de la Sabana. Les pareció un milagro la electricidad que iluminaba las plazas y el centro de la ciudad, y les gustó el ánimo bullicioso que se respiraba en el corazón palpitante del país. Todo era nuevo para ellos; sobre todo para Manuel, que no había visto un tranvía en su vida y se sorprendía cuando al caer la tarde las farolas eléctricas iluminaban las calles. Realmente hacía frío en Bogotá, por su gran altitud, y Quintín Lame se alegró de tener a mano su poncho oscuro de buena lana. La cordillera de los Andes imponía su presencia y prácticamente desde cualquier calle se podían ver los gélidos picos andinos, muchas veces nevados.

—Estamos igual que en la selva, rodeados de los Andes. Eso me gusta, pero hace más frío aquí —dijo Manuel ante la mirada complaciente de Violeta.

Buscaron la dirección del abogado recomendado y se encaminaron esperanzados hacia la «carrera» indicada en un papel arrugado que llevaba Manuel en la mano. A ambos les extrañó que a las calles en Bogotá las llamasen «carreras» y que en vez de nombres les hubieran puesto números para identificarlas. Inesperadamente percibieron que les costaba respirar, no tanto por el cansancio del viaje sino por el llamado «mal de altura»; y mientras caminaban observaron que los propios bogotanos de vez en cuando respiraban hondo, como para coger aire, pero ellos estaban acostumbrados. Afortunadamente, el despacho del abogado estaba cerca de La Candelaria, el centro colonial de la ciudad, desde el que se había proyectado el trazado urbano. Era un barrio bullicioso, lleno de comercios, cafés y casas muy antiguas. Al atravesar sus calles empedradas admiraron los edificios antiguos de los siglos XVII y XVIII, la mayor parte preciosas iglesias levantadas por los españoles y los jesuitas. Quintín Lame volvió a sorprender a Violeta cuando al pasar por delante de los monumentos comentó:

—Mucho antes de la conquista española, la sabana de Bogotá estaba habitada por los muisca. Fue la primera gran ciudad muisca y se llamaba Bacatá. Los conquistadores destruyeron sus lugares de culto y sobre los restos construyeron estas iglesias que están ahora por todas partes.

La visita a Diego Luis Córdoba resultó cordial y el abogado se sintió honrado de conocer al «héroe indígena» del que tanto había oído hablar. Ni Violeta ni por supuesto Manuel conocían que su fama había llegado hasta la capital.

—La leyenda le precede, amigo mío —le dijo el abogado, ofreciéndole un cigarrillo.

Quintín Lame rehusó y sacó despacio del bolsillo de su levita una cajita de madera, hermosamente grabada a navaja, de la que extrajo un puro de los que fumaba habitualmente en la selva.

—Estos son mejores —dijo mientras el abogado le daba fuego.

Durante dos horas le explicaron el motivo de su viaje y la pretensión que tenía de formarse para presentarse a la Asamblea Nacional Constituyente. Violeta le preguntó abiertamente si consideraba que era un buen momento para ir pensando en esa posibilidad.

—Ciertamente corren nuevos aires en el Congreso y muchos delegados están por la labor de dar entrada a representantes de las comunidades indígenas. Y usted, señor Quintín Lame, es un referente que sin duda arrastrará votos entre su pueblo, y esperemos que también entre los ciudadanos menos reaccionarios de este país, en el que a los indios se les sigue considerando salvajes. Pero le advierto que el camino será largo y tortuoso —contestó el abogado con un tono de cierta superioridad.

—Conozco las dificultades y la tortura. Estuve encarcelado y con grilletes en los tobillos. Espero que con el paso del tiempo el lado cruel de mis carceleros haya desaparecido, y yo pueda representar a mi pueblo —replicó Quintín Lame con la paciencia y dignidad que le caracterizaban.

Al finalizar la entrevista, quedaron en que el abogado les facilitaría una lista con libros adecuados para el fin perseguido, y además les pondría en contacto con un estudiante de Derecho.

—Muy afecto a la causa —dijo—, con mucho tiempo libre y que les podrá acompañar en sus investigaciones por las bibliotecas. Es un joven brillante, con un gran futuro, y les puede ser a ustedes de gran ayuda para desenvolverse por Bogotá. Se llama Rodrigo Galán —puntualizó Diego Luis Córdoba al tiempo que se despidió porque esperaba otra visita, esta concertada de antemano.

El abogado le pareció a Violeta algo pedante y bastante pagado de sí mismo.

—Ni siquiera nos ha preguntado si tenemos dónde alojarnos —comentó molesta al salir.

—Nos ha dado una lista de los libros que he de estudiar: ese es un buen consejo, y nos ha indicado dónde encontrar a ese joven estudiante de leyes para que nos guíe de su parte. ¿Qué más quieres? A mí me parece un hombre bueno. Se le ve muy ocupado, ya me advirtieron eso —respondió comprensivo Quintín Lame.

Aun así, a Violeta no le gustó el tono empleado por el señor Córdoba con Quintín Lame. Y lamentó no haberse atrevido a preguntarle dónde podrían alojarse por unos días, ya que no conocían la ciudad.

—No te preocupes, mujer. Vamos a buscar algo antes de que anochezca y mañana iremos a la Universidad de los Andes a buscar a ese estudiante —la tranquilizó Manuel.

Ella sonrió al pensar que para Manuel el anochecer era como en los Bosques de Niebla, donde había que buscar abrigo rápidamente antes de que desapareciera la luz. De cualquier modo, tenía razón, estaban cansados del viaje. Lo mejor sería alejarse del centro colonial y buscar algún hospedaje en algún barrio barato. En ese momento recordó la dirección que le había dado Amelia. Buscó en la mochila y se acordó de que le había dicho que era un barrio bogotano: el de Perseverancia. Le gustó el nombre y se encaminaron hacia allí. Mientras, le explicó a Manuel que se trataba de una amiga que había conocido en el barco que la trajo a Colombia, y que ella les podría aconsejar un alojamiento en ese barrio. Se ahorró el resto de los detalles.

Al llegar a la dirección le rogó que la esperase fuera porque había pasado mucho tiempo y no sabía si la muchacha seguiría trabajando allí. No quería explicarle que su amiga trabajaba en un prostíbulo. Lugares, por otra parte, muy habituales en la gran ciudad.

En Bogotá, como en Medellín, el crecimiento urbano, la emigración de mujeres campesinas, la falta de empleo, los bajos salarios de las obreras y otras trabajadoras urbanas contribuían al incremento de la prostitución. A todo ello se unía el problema de encontrar un sitio digno donde alojarse. Violeta se enfrentaba a la misma situación que algunas campesinas recién llegadas que debían refugiarse en casas de inquilinato o pensiones donde el hacinamiento y la falta de privacidad facilitaban el camino hacia la prostitución. La prensa ya empezaba a denunciar la existencia de personas sin escrúpulos dedicadas a la trata de blancas en la estación del tren, aprovechándose de la ingenuidad de las campesinas al llegar por primera vez a Bogotá. Por otra parte, el burdel se había convertido en un lugar importante de sociabilidad masculina. En sus salones no solo se hacían tratos sexuales, sino que eran también refugio de intelectuales, bohemios y prósperos hombres de negocios que buscaban nuevos espacios para desahogarse, libres del rígido control social que las costumbres y la moral católica trataban de imponer en las ciudades. Con el tiempo, Violeta lo experimentaría personalmente.

El edificio por fuera era discreto y nada había que indicara el oficio que desempeñaban sus moradoras. Sin embargo, dentro todo cambiaba: lujo y decoración abigarrada, espejos con marcos dorados, *chaises longues*, mesitas bajas con luces tenues, y sinuosas escaleras que llevaban a los pisos de arriba. La madama la recibió intrigada y le informó de que, en efecto, Amelia trabajaba allí, solo que ahora estaba ocupada, y que podía esperar en el salón a que terminara su turno. De paso, le echó un vistazo y le dijo antes de desaparecer:

—Si quieres trabajo, preciosa, me buscas luego y hablamos. Las mujeres rubias por aquí son muy apreciadas.

Violeta se sonrojó como un tomate y le contestó que solo había venido a ver a su amiga.

Al cabo de media hora bajó por la escalera Amelia, ahora convertida en una mujer pelirroja, con un precioso y entalladísimo vestido largo verde esmeralda y un moño a medio recoger, despeinado, sujeto con horquillas doradas y con pequeñas piedras brillantes. Las dos mujeres se reconocieron enseguida y se abrazaron.

contentas de volverse a ver. Se sentaron en un tresillo de terciopelo rojo y se contaron brevemente su vida durante todo ese tiempo en Colombia.

—Yo te hacía casada con un colombiano rico de las plantaciones esas de café donde fuiste y con criaturas pequeñas incordiando a tu alrededor —le dijo sorprendida Amelia al observar su sencillo y gastado traje sastrero.

—No, nada de eso. Es un poco largo de explicar. Ahora te necesito para que nos orientes un poco en Bogotá. Voy a quedarme un tiempo aquí y de momento necesitamos un lugar donde pernoctar.

—¿Has venido acompañada de un hombre? —preguntó Amelia, y se asomó a uno de los balcones para mirar. Al otro lado de la calle vio a Manuel Quintín Lame, que esperaba tranquilamente fumando uno de sus habituales puros—. ¡Qué hombretón! Y parece indígena. Hija, qué gustos más raros tienes, y eso que pareces una mosquita muerta... ¿Por qué no lo haces pasar? Va a coger frío ahí fuera.

Violeta soltó una carcajada ante los comentarios de su amiga. La verdad es que no se imaginaba a Quintín Lame en un burdel, aunque fuera lujoso como este. No le quedó más remedio que explicarle la naturaleza de su estancia en Bogotá, resumida en que estaba ayudando a la causa indigenista y que ese hombre era un líder que dentro de unos años llegaría a ser el representante político de los pueblos nativos del país.

—Pero, entonces, ¿no estáis liados? —insistió Amelia.

—Que no, mujer, que no. Para mí es como un padre y yo soy una especie de consejera —trató de aclarar Violeta.

—Qué cosas más extrañas hacéis la gente de vuestra clase social. Siempre complicándoos la vida. Claro, como siempre lo habéis tenido todo tan fácil, ¡hala!, a buscar complicaciones.

—No te digo que no tengas razón, Amelia. Pero ahora aconséjanos un lugar para alojarnos. Estamos agotados, llevamos todo el día andando y mañana tenemos que estar a primera hora en la Universidad de los Andes.

Amelia le dijo que si la esperaba unos minutos, cuando terminara su turno, les podría acompañar a una pensión «muy honrada» que se encontraba justo a dos carreras de allí. De paso le informó que el barrio de Perseverancia era muy popular en Bogotá, conocido por ser el principal lugar de producción de chicha; y que justamente en esos días se celebraba el Festival de la Chicha, el Maíz, la Vida y la Dicha, llamado así en honor a las tradiciones ancestrales de alegría e identidad de los bogotanos.

—Así que has caído en el momento apropiado. A tu amigo el indio le encantará. —Y se alejó balanceando las caderas mientras subía las escaleras para cambiarse de ropa.

Violeta esperó y dedujo que a su amiga le había ido bien durante esos años. Al parecer el negocio de la alta prostitución había florecido gracias a las ganas de celebrar el nuevo siglo con el hedonismo, los placeres y la alegría que proporcionaban esos lugares a quienes se los podían permitir.

Cuando Amelia regresó parecía otra persona. Había cambiado su vestimenta provocativa por un traje sastrero negro de corte impecable y recogido su escandalosa melena rizada dentro de un sombrero lila, tocado con dos plumas negras en un lado.

Hechas las presentaciones, Amelia le ofreció a Manuel la mano enguantada para que se la besara, pero él solo inclinó levemente la cabeza, como solían hacer los indios para saludar. Violeta sonrió divertida ante los gestos altivos de su amiga.

Se encaminaron hacia el alojamiento elegido para reponer fuerzas. A la entrada del hostel se despidieron y quedaron en volverse a ver para que Amelia, en su tiempo libre, les enseñara la ciudad de Bogotá y algunos de sus secretos.

Por la mañana se dirigieron a la Universidad de los Andes y Violeta agradeció encontrarse de nuevo en ambientes universitarios. Llevaban la carta de presentación que les había entregado el abogado como referencia. Preguntaron por un estudiante de Derecho llamado Rodrigo Galán, imaginando que no sería fácil encontrarlo entre tantos estudiantes, pero se equivocaron: todo el mundo conocía al joven Rodrigo, pues era uno de los líderes estudiantiles más activos y comprometidos con las protestas contra el Gobierno. En uno de los amplios pasillos de la facultad de Derecho les indicaron que estaban reunidos en asamblea, y que podían entrar si querían.

—Es el que está hablando en estos momentos —indicó un simpático estudiante que pasaba por allí, señalando la puerta abierta.

Entraron un poco cohibidos y se colocaron atrás para no molestar. La sala era enorme y dentro habría unos trescientos estudiantes y algún que otro profesor. Sobre la tarima, un joven moreno de rostro inteligente y verbo encendido enardecía al auditorio con sus proclamas y su oratoria brillante. Al escucharle, Violeta se estremeció. Tenía una voz potente y dulce, y al mismo tiempo transmitía autoridad. Desde su llegada a Bogotá notaba el suave español que hablaban en la capital, sin fuerte acento, muy dulce y cálido. No obstante, y para asegurarse de que era el chico que buscaban, preguntó cómo se llamaba el orador.

—Es Rodrigo Galán —contestó el chico que estaba a su lado, extrañado de que no lo conociera.

A Manuel Quintín Lame le gustaba lo que estaba oyendo. Sus mismas ideas, su mismo pensamiento, pero en boca de un joven que por edad podría ser su hijo.

—Tenemos suerte, Violeta, los dioses nos están iluminando el camino. Este joven nos ayudará en nuestros propósitos —le susurró al oído.

Ella asintió también emocionada; por ahora todo estaba saliendo bien, y además se sentían arropados por la hospitalidad y amabilidad bogotana. No esperaban que la gran ciudad resultara tan acogedora y cordial con ellos. Escuchó atenta sus palabras y observó como pudo, porque le tapaban las cabezas que tenía delante, el porte atractivo del líder estudiantil. Cuando terminó la arenga, estallaron los aplausos del auditorio y los silbidos entusiastas. Momento que aprovecharon para acercarse, sorteando el entusiasmo juvenil, a Rodrigo Galán, que se hallaba rodeado de sus incondicionales. Violeta fue abriéndose paso con Quintín Lame tras ella. Por fin, lograron subir al entarimado y Manuel, desde su estatura, le dio un golpecito en el hombro al estudiante para que se volviera y se percatara de su presencia. Entonces Violeta, en medio del bullicio ensordecedor, pues todos hablaban al mismo tiempo, le tendió la carta del abogado Diego Luis Córdoba.

Rodrigo Galán los miró algo extrañado por la curiosa pareja que hacían Violeta y Manuel, y leyó rápido la nota en la que le ponía en antecedentes de quiénes eran sus portadores. Mientras el joven leía, Violeta se fijó en sus gruesas cejas negras, que enmarcaban unos ojos de mirada intensa y penetrante. Tan intensa que se vio obligada a bajar los suyos por un instante cuando la miró. Supuso que cuando ese chico sonriera resultaría menos intimidatorio que con expresión seria.

—Por favor, me place mucho atenderlos. Vamos a un lugar más tranquilo —dijo Rodrigo, haciendo un gesto de cortesía con la mano para indicarles la salida.

Los tres salieron a los jardines de la universidad y hablaron detenidamente sobre el asunto que les había llevado hasta allí. El joven no conocía a Manuel Quintín Lame ni había oído hablar de él, pero le bastó con las referencias del abogado para ponerse a su entera disposición en todo lo que necesitaran. Además, Quintín Lame le dijo que sus palabras le habían llegado al corazón.

—Somos como el árbol viejo y el árbol joven que crecen juntos en la selva y se alzan erguidos para recoger la luz del sol.

Rodrigo sonrió complacido al escuchar estas palabras y agradeció el cumplido. Fue entonces cuando Violeta descubrió que su rostro se iluminaba con la sonrisa y su mirada se volvía tierna y envolvente.

Como las clases habían terminado, Rodrigo propuso pasear hasta el centro neurálgico de Bogotá: la plaza Simón Bolívar, desde donde se partía siempre a descubrir la ciudad. Allí admiraron la estatua del Libertador, el primer monumento público de la ciudad realizado en bronce por el escultor italiano Pietro Tenerani.

—En este país casi todos los monumentos y edificios importantes los han hecho o los siguen haciendo los extranjeros. Ahora la moda es contar con arquitectos e ingenieros franceses para todo, dejando a un lado a los propios colombianos —explicó el muchacho con ligera crítica.

—Yo soy extranjera, española, aunque no he levantado ningún monumento todavía —dijo Violeta en voz baja y tono irónico.

Sin dejar responder al muchacho, Manuel Quintín Lame replicó con excelente sentido del humor.

—¡Cómo que no! Tú me ayudas a levantar el monumento de la dignidad del pueblo indígena.

Rodrigo Galán volvió a sonreír de esa forma en que se transformaba y respondió a Violeta:

—Ya me he dado cuenta de que usted no es colombiana, señorita. Su acento, su piel y sus ojos hablan por sí mismos. Y muy bien, por cierto.

Ante aquellas palabras, la muchacha no pudo evitar volver a sonrojarse. Fue como si Rodrigo la acariciara mientras las pronunciaba, y la fastidiaba mucho ser así de vulnerable, porque no soportaba ponerse en evidencia.

Quintín Lame rompió la tensión del momento proponiendo ir a comer algo, pues estaba hambriento. Se acercaron a una esquina de la plaza Bolívar donde había una

taberna en la que servían el ajiaco, comida típica de la región andina, consistente en una reconfortante sopa a base de pollo, maíz, patatas, aguacate y guasca (una hierba local). Y para celebrar el encuentro terminaron el almuerzo improvisado con un *canelazo*, bebida que también proveía de energía a base de aguardiente, caña de azúcar, canela y lima. Esa misma tarde se acercaron a la Biblioteca Departamental para echar un vistazo a los libros sugeridos por el abogado Córdoba. Rodrigo, como todos los estudiantes, era un asiduo del lugar y les orientó en la búsqueda y en la posibilidad de préstamo.

Violeta le explicó las intenciones de Quintín Lame de presentarse a la Asamblea Nacional Constituyente, y al joven le pareció una estrategia perfecta. Les dio confianza saber que podían contar con todo su entusiasmo juvenil para la causa indigenista. La tarde se les pasó en la biblioteca intercambiando información: Quintín Lame hablando sobre su lucha y el estudiante acerca de la fuerte contestación que se vivía en Bogotá contra el ambiente de corrupción generalizada de la administración pública. Manuel y Violeta le escuchaban entusiasmados y preocupados al mismo tiempo. La conclusión fue que no solo los indígenas y los campesinos eran reprimidos, sino que el descontento se ampliaba a los obreros e incluso a los comerciantes de Bogotá, hartos del compadreo escandaloso de la clase política. Rodrigo se encontraba a gusto con ellos. Eso se notaba porque les dedicó toda la jornada.

Terminaron en el barrio de Perseverancia, cerca del hostel donde se alojaban, tomando una de sus afamadas chichas como acompañamiento ideal en el momento de las confidencias más personales. El joven estudiante se soltó la lengua ante las preguntas de Violeta, cada vez más interesada en su persona. Tenía veintitrés años —aunque su apariencia era de más edad— y dedujeron, por lo que contaba, que era hijo de la élite bogotana: su padre era un empresario dueño de una planta eléctrica, y su madre, Leticia Gallardo, una dama de la alta burguesía de la ciudad. Más tarde sabrían que además sus padres eran amigos personales del presidente.

Pero estaba claro que Rodrigo Galán no presumía del estamento social del que procedía, sino todo lo contrario. Durante la conversación hubo momentos en los que se percibió cierto tono de desprecio hacia su familia. Lo que resultaba evidente era el carisma del joven como líder del movimiento estudiantil, y eso era precisamente de lo que se sentía más orgulloso.

—Cuando llegue el momento, ¿podré contar con vuestro apoyo para nuestra causa? Sería muy bueno que en la gran ciudad conozcan nuestro sufrimiento como pueblo —preguntó Manuel, animado por la chicha.

—Por supuesto, su lucha es nuestra lucha, amigo mío. Lo más importante es que nos unamos todos: los indígenas, los trabajadores, los estudiantes, en un objetivo común. Si somos muchos nos respetarán, si somos pocos nos seguirán explotando. Es así desde la prehistoria —razonó Rodrigo mientras, en un gesto habitual en él cuando hablaba, se pasaba la mano por su indomable flequillo negro que le caía todo el rato sobre los ojos.

A Violeta le gustaba escuchar su voz aterciopelada y las cosas que decía. Empezó a plantearse iniciar estudios de Derecho como una forma de ampliar conocimientos y de ayudar a Quintín Lame en sus propósitos. El ambiente universitario que había conocido por la mañana la atrajo y pensó que para empezar era un modo de ocupar su tiempo en Bogotá hasta que encontrara un trabajo con que ganarse la vida.

Tras pasar una semana en Bogotá, el líder indígena decidió volver a la selva con los suyos. Quería estudiar en la tranquilidad de los bosques los libros que habían sacado de la biblioteca a nombre de Rodrigo Galán, para evitar problemas, y prepararse para los pasos que debía dar si quería convencer a las comunidades indígenas de que fuera su representante en el Congreso colombiano. Pasados unos meses volvería a Bogotá, se reuniría con Rodrigo y Violeta, y si fuera preciso con el abogado Diego Luis Córdoba, para establecer el seguimiento de su preparación y comprobar los apoyos recabados hasta el momento. Por otra parte, Manuel se percató de que Violeta quería probar suerte en la gran ciudad, y que se la veía atraída por el estudiante. Además, tenía una buena amiga con la que contar si necesitaba ayuda, y por tanto consideró que podía dejarla sola. Se las arreglaría en ese ambiente bullicioso y lleno de tensiones revolucionarias a punto de estallar.

—Debo volver, Violeta. En Bogotá me distraigo mucho. Siempre estáis proponiendo cosas y me siento un poco abrumado, echo de menos la tranquilidad de los Bosques de Niebla. Tú ya tienes nuevos amigos aquí, y no estarás sola. Seguiremos en contacto, como decís vosotros los jóvenes. Además, me tenéis que examinar pronto de todo este equipaje que llevo para estudiar. Eso sí, echaré en falta la bombilla por la noche cuando lea los libros. —Y soltó una carcajada llena de fuerza y de promesas de futuro.

Esta vez Violeta lo abrazó. Quería a ese gran hombre como a un padre, y sabía que iba a notar su ausencia durante los meses que permaneciera en las montañas andinas.

—Por favor, Manuel, despídame de los niños del poblado y de su mujer. ¡Ojalá los vuelva a ver pronto! Y... para Leonardo le entrego esta carta, para que se la dé cuando lo vea.

—El muchacho va a sufrir, lo sabes... —murmuró el indio, cogiendo la carta.

La muchacha bajó los ojos compungida. Estaba visto que para el indio ella era como un libro abierto donde podía leer sus sentimientos y sus planes. Por eso creyó que ya era hora de sincerarse antes de que él se marchara.

—Manuel, le voy a abrir mi corazón, como dicen los indios. A Leonardo lo quiero y siento una fuerte atracción por él; pero pienso que no estamos hechos para compartir todos los aspectos de la vida. A veces, él se muestra demasiado obsesionado conmigo y eso me ahoga. Sé que no le gusta que yo sea una mujer libre. Supongo que le resultará difícil comprender mi forma de ser, Manuel; pero hay mujeres que necesitan sentirse libres incluso cuando están enamoradas. Esa es la cultura que reconozco como mía y la que mi padre me inculcó desde pequeña.

Quintín Lame la escuchó atentamente, le cogió las manos, que desaparecieron entre las suyas, enormes, y se las llevó a su corazón.

—Mujer dorada, sí que comprendo como eres. Necesitas volar alto como el cóndor —respondió.

Al escuchar estas palabras, Violeta supo que él la entendía a pesar de las diferencias que los separaban; y se sintió agradecida porque el destino le hubiera dado la oportunidad de conocerle. Lo acompañó hasta el ferrocarril de la sabana y cuando lo vio partir estaba decidida a reanudar la escritura de su biografía. «Ese va a ser mi principal proyecto en Bogotá», se prometió para sus adentros.

Violeta se sintió feliz de encontrarse sola en la gran ciudad, con nuevos amigos y nuevos planes que abordar. Lo desconocido nunca la había asustado, sino más bien todo lo contrario: le atraía, formaba parte esencial de su carácter arriesgado y aventurero. Ahora su prioridad consistía en encontrar una ocupación que le reportara algún dinero para sobrevivir y buscar un alojamiento propio. De momento abandonó el hostel porque no podía permitirse pagar una habitación allí, aunque fuera en el barrio de Perseverancia. Mientras buscaba trabajo, Amelia le insistió en que viviera en su casa, una pequeña pero coqueta vivienda de dos plantas con un minúsculo patio trasero lleno de flores, que había comprado hacía más de un año en el mismo barrio donde trabajaba de prostituta.

—No seas remilgada, Violeta. Ahora soy yo la que viaja en segunda clase, y tú, querida, la que viaja en tercera. Así que vivirás conmigo hasta que encuentres algo, y me harás un favor porque no estaré sola y tendré una amiga con la que compartir mis pocos momentos de vida normal, ya me entiendes —le dijo Amelia con absoluta sinceridad, pero con su habitual tono de pretendida indiferencia.

—Gracias, Amelia. Estaba deseando que me lo dijeras.

—Comprenderás que no te iba a ofrecer antes mi casa con ese indio enorme que llevabas pegado a tus faldas. Una, aunque no lo parezca, tiene su reputación...

Violeta no pudo menos que reírse ante la ocurrente respuesta de su amiga. Tampoco era ajena al sentimiento de origen común que le despertaba Amelia. Ardía en deseos de estar en la casa las dos juntas hablando y recordando el paisaje de la Costa da Morte, sus lugares comunes, sus tradiciones, su tierra. Eso le parecía el mejor regalo que le podían ofrecer: recordar Galicia otra vez como si estuvieran allí, olvidando la lejanía de un inmenso océano que separaba ambos territorios. Por fin, tenía una amiga con la que poder compartir confidencias, y no le importaba absolutamente nada a qué se dedicaba para poder ganarse la vida. Y bastante bien, por cierto.

En la casa de Amelia convivían dos pajaritos enjaulados, dos gatos y un perro. Al verlos, Violeta pensó que había más fauna que en la selva. Los gatos no le

gustaban nada, aunque estos eran preciosos. Con el perro seguro que haría buenas migas. De hecho, nada más tomar posesión del cuarto donde la instaló, el perro, que se llamaba *Cholo*, se coló en la habitación para pasar la noche a los pies de su cama, costumbre que repetiría todas las noches. Las dos jóvenes solían compartir las mañanas, aunque Amelia se levantaba muy tarde, casi a la hora del almuerzo.

Violeta decidió inscribirse en la facultad de Derecho y ponerse a disposición de la Asociación de Estudiantes, muy poderosa en Bogotá, para ayudarles en la divulgación de sus panfletos, reparto de propaganda y redacción de textos.

Una vez cumplido el trámite, Violeta y Rodrigo se veían todos los días y se hicieron inseparables. Se involucró cada vez más en las protestas estudiantiles contra el Gobierno conservador y escribió crónicas en gacetas universitarias.

El ambiente en la calle era explosivo, con fuertes movimientos sociales que clamaban contra el Gobierno y los trabajadores que enlazaban una huelga con otra. A la presión social se unió la política migratoria de llamada, y la ciudad se vio desbordada de campesinos y gentes en busca de trabajo, con lo que el índice de paro y pobreza aumentó considerablemente. Durante esos días fue noticia en los periódicos los muertos por hambre en Bogotá. Sobre todo, la gente estaba harta de los políticos que manejaban la administración local otorgando prebendas personales a sus más cercanos colaboradores. En este marco se sucedían las protestas contra esa camarilla de privilegiados y aumentaban las movilizaciones que contaban con el apoyo de los grupos liberales, de algunos sectores del partido conservador e incluso del clero. La creciente ola de escándalos financieros y administrativos movió al flamante alcalde de Bogotá a descabezar «la rosca» destituyendo a varios gerentes de importantes concesiones públicas.

En este ambiente de manifestaciones casi diarias y de brutal represión, el tumulto se agigantaba con la participación de obreros, empleados y otras gentes del pueblo. La terrible lucha callejera enardecía a los universitarios, que tomaron la dirección del movimiento en Bogotá. Rodrigo Galán afianzó su liderazgo y su implicación al frente de la Asociación Nacional de Estudiantes, y Violeta se involucró con entusiasmo apoyándole.

Entre las clases, el estudio, la redacción de la biografía de Quintín Lame y las manifestaciones estudiantiles, a Violeta el tiempo se le pasaba volando. También influía el hecho de compartir muchas horas de trabajo y de conversación con Rodrigo. A su lado se sentía tan cómoda como si lo conociera desde siempre. Algunas noches en que Amelia no trabajaba, si no había disturbios pasaban a recogerla y se perdían por La Candelaria derrochando juventud y amistad. Formaban un trío curioso: la extranjera llegada de la selva, el estudiante revolucionario y la prostituta pelirroja. Rodrigo alguna vez comentó a Violeta la posibilidad de vivir juntos, pero lo postergaban debido a que, al estar fichado por la Policía y cambiar constantemente de domicilio, la situación no les iba a resultar cómoda para iniciar una relación de pareja. Violeta lo prefería así, ya que se encontraba muy a gusto en casa de su amiga, donde gozaba de libertad de movimientos y podía recibir a Rodrigo cuando ambos lo desearan. De hecho, ni siquiera sabía si Rodrigo vivía en la casa de sus padres o compartía piso con otros estudiantes. Sabía que iba y venía, y que no tenía domicilio fijo. Lo único que tenía claro es que no podía escapar, ni quería, a la intensa mirada de sus ojos negros, que la dejaban paralizada cuando hablaba con su habitual vehemencia, y que se transformaban dulces y tiernos en la sonrisa. Violeta había encontrado en Rodrigo la inquietud intelectual y política, y a su lado vivió una época de esplendor. A veces, la sombra de Leonardo aparecía inoportuna, pero su recuerdo desaparecía rápido en los brazos de Rodrigo, al que consideraba un compañero perfecto para compartir sus ideales de justicia e igualdad.

Estaban tan unidos que en los círculos universitarios ya se les conocía como «la pareja roja». A menudo Amelia le aconsejaba que tuviera cuidado porque cualquier día podía llevarse un disgusto. No comprendía el comportamiento de Violeta.

—La verdad es que no os entiendo muy bien. Yo en tu lugar, teniendo un novio que pertenece a la burguesía de esta ciudad, con unos padres ricos y cercanos al presidente, me olvidaría de tanta manifestación en la calle y tensaría la cuerda para casarme cuanto antes. No sabes lo que te pierdes. Esos salones deben de ser una maravilla y no es fácil entrar ahí, ¿si lo sabré yo! Pero tú has tenido la suerte de encontrarte con un novio guapo, que bebe los vientos por ti y pertenece a ese ambiente. ¡Hija!, no sé qué se te ha perdido por las calles hostigando a la Policía —le soltó un día.

—Pero, Amelia, ya hemos hablado otras veces de esto, y tú siempre has mantenido que son todos unos corruptos y que si no fuera por tu trabajo también saldrías a gritar contra los de la rosca —replicó Violeta, confundida por sus palabras.

—Sí, sí, y lo mantengo; pero te estás metiendo mucho, me da miedo por ti y por Rodrigo. Hay tiros por las calles, ya no es solo un capricho de estudiantes jugando a hacer la revolución. Esta gente que está en el poder es muy peligrosa. Si lo sabré yo... que los tengo como clientes.

—Mira, si alguna vez entro en los salones de la alta sociedad bogotana me gustaría hacerlo por mis propios méritos, no por estar casada o ser la novia de Rodrigo. Y no te apures, que tenemos cuidado, sabemos lo que hacemos, no nos arriesgamos inútilmente —repuso Violeta con cariño ante su preocupación.

Para celebrar el final del curso en que se había inscrito Violeta, con excelentes resultados académicos, Rodrigo la invitó al restaurante de moda en la ciudad, recientemente abierto, Las Margaritas. Una magnífica y sencilla casa de comidas regentada por Ángel y Margarita Arenas y sus hijas. La señora Margarita heredó de sus abuelos toda una tradición culinaria y gracias a estos conocimientos decidió montar hacia 1890 una empresa de banquetes —oficio femenino muy común a finales del siglo XIX, que consistía en preparar comidas por encargo a las damas de la sociedad—. Tras el éxito de estos encargos, Margarita se trasladó con sus hijas y sus recetas tradicionales a una antigua cigarrería en el barrio Chapitero. Allí arrendaron una casita en la calle Galán, una curiosa coincidencia que siempre le hacía gracia a Rodrigo, y comenzaron a hacerse con una clientela fiel vendiendo deliciosas empanadas calientes a la salida de la misa de los domingos. Las ya famosas empanadas gustaban tanto que los domingos acudían los feligreses a comprarlas. Hasta que en 1902 abrieron el restaurante. Solo abrían los sábados, domingos y festivos porque los propietarios se esmeraban en elaborar ellos mismos los condimentos y productos que después servían.

Para llegarse hasta allí cogieron una calesa y entraron en el afamado restaurante con muchas ganas de probar el puchero bogotano, las sobrebarrigadas Las Margaritas, un sustancioso guiso de carne, y el ajíaco santafereño. Rodrigo quiso contarle algo muy especial a Violeta. El local estaba lleno ese domingo y tuvieron que acomodarse en una mesa pequeña donde apenas cabían los platos que comandaron, y debían moverse con cuidado si no querían acabar metiendo un codo en alguno; pero la pareja era joven, estaban enamorados y eran felices; así que no les importaban las incomodidades porque todavía estaban estrenando la vida y sus excitantes novedades, como ese restaurante tan reputado en la ciudad. Violeta se reía de la postura esquinada que tuvo que adoptar Rodrigo, que era un buen mozo, sentado en la mesita, controlando sus brazos y sus piernas para no tropezar con nada. Una estufa de carbón caldeaba el ambiente y esa mañana entraba una luz espléndida por los ventanales que daban a un espacioso patio interior repleto de flores y macetas. Rodrigo se pasó la mano por el flequillo lacio con tendencia a caer sobre cejas y clavó sus ojos intensos en los de la muchacha.

—Quería decirte que como este año termino mis estudios de Derecho y ya nos llaman «la pareja roja» —sonrió iluminando su cara—, podríamos oficializar nuestra relación y no sé... quizás hacernos novios. Es que tengo ganas de que todo el mundo lo sepa, gritarlo en las calles, nombrarte con orgullo, incluso cuando llegue el momento presentarte a mis padres como mi prometida. Me sentiría muy honrado si aceptaras, Violeta.

Ella lo miró con una inmensa ternura y se habría arrojado a sus brazos de no haber tenido una mesa llena de platos entre ambos. Llevaban tiempo juntos y parecían hechos el uno para el otro. También sabía que cuando conoció a Rodrigo este salía con una medio novia, una colombiana hermosísima, estudiante como él y perteneciente a la buena sociedad de la ciudad, hija de un notario. Pero cuando se habían encontrado en aquella asamblea surgió algo que les marcó, porque desde entonces no habían dejado de verse todos los días, sin excepción.

—Rodrigo, sabes, porque te lo he contado, que he conocido a algunos hombres, no muchos, y siempre noté que me faltaba algo. No sabría decir qué. Sin embargo, contigo siento que puedo compartir la vida. Eres mi amante, mi compañero y mi amigo. Te quiero muchísimo. ¡Cómo no iba a aceptar! —contestó Violeta.

—Pienso lo mismo que tú. Desde el primer día me quedé enredado o sumergido en el fondo de tus ojos verdes. ¡Vamos a brindar! —exclamó el joven, levantando su copa y acariciando el rostro de su amada.

Estaba deseando llegar a casa de Amelia y escribir una carta a sus padres contándoles lo bien que le iban las cosas en Bogotá. Ahora podrían estar tranquilos: ya había abandonado los Bosques de Niebla y sus peligros, sonrió. Tenía novio formal y era un chico de buena familia, como diría su madre Rosalía encantada de la vida. Había empezado nuevos estudios, y a partir de ahora disponía de una dirección a la que podrían enviar sus cartas. Pensó que era mejor no decir nada de los convulsos movimientos sociales que se vivían en Bogotá ni de su participación en ellos para no volver a preocuparlos. Era feliz en este momento de su vida, plenamente, y quería que su familia lo percibiera con un retrato que pensaba hacerse con Rodrigo en el estudio de un fotógrafo de la ciudad. En cuanto tuviera la fotografía les mandaría la carta, convertida en la presentación formal de su prometido a sus padres. Le encantaba la idea.

Esa noche, como le pasaba cuando estaba excitada, le costó conciliar el sueño. Se levantó y buscó en su mochila el cuaderno en el que estaba escribiendo la biografía de Manuel Quintín Lame. Así aprovecharía el tiempo, pasando a limpio las notas desperdigadas que había ido tomando durante el último año. A sus pies estaba el fiel *Cholo*, enroscado y a punto de caer en un placentero sueño. Se oyó el ruido de la puerta al abrirse. Era Amelia, que esa noche había terminado antes de lo habitual. Su antifriona se extrañó de verla levantada a esas horas de la madrugada.

—Tengo novedades que contarte —le dijo Violeta, mientras la miraba despojarse de sus vestidos ceñidos con corsé, ¡todavía!, y bastante escotados. Vio cómo se quitaba con gesto cansado las enaguas y las medias, quedándose cubierta solo con un bonito batín de seda turquesa.

—¡Qué bien! Menos mal que alguien trae buenas noticias. Vengo agotada y hasta las narices de aguantar a hombres que me aplastan literalmente con sus barrigas grasientas, y me dan ganas de vomitar con el mal aliento de sus asquerosas bocas —suspiró Amelia, dejándose caer como un fardo sobre la cama de Violeta.

Este comentario le recordó el duro oficio de su amiga, y por un momento le pareció casi obsceno contarle la maravillosa propuesta de Rodrigo. Dudó un poco antes de hablar.

—Bueno, mujer, no te pares ahora. De vez en cuando me llevo una alegría al cuerpo con algún que otro caballero, no creas... —sonrió pícaro Amelia, animándola a contarle las buenas nuevas.

Una vez enterada de la noticia, se alegró sinceramente y soltó «¡Bravo por Rodrigo!» con entusiasmo.

—¡Ya te veo en los salones al lado del presidente y señora! Está muy bien que sentéis la cabeza, que los años van pasando, y ya no somos unas adolescentes: ni tú ni yo —sentenció. Acto seguido se levantó de la cama, se acercó a un armario y sacó una botella de champán y dos copas de cristal tallado con el borde dorado—. Esto hay que celebrarlo, querida. Noticias así no se oyen todos los días, por lo menos en mi ambiente. Te lo puedo asegurar —dijo descorchando la botella con habilidad.

Las dos amigas estuvieron hablando hasta el amanecer, animadas por el champán que se estaban acabando mano a mano. En un momento dado Amelia recordó que se le había olvidado comentarle algo asombroso que le había sucedido el día anterior.

—No te lo vas a creer —le advirtió, misteriosa—. Ayer nos visitó un cliente muy elegante y de buen porte, y francés: pues era ¡Armand Doisneau! ¿Te acuerdas? Sí, sí, el mismo, el del barco, con el que compartías mesa y a mí me miraba todo el rato las manos, que por aquel entonces no eran de señorita sino bastas y rojas de limpiar pescado a todas horas. El mismo que después vimos cómo se lo llevaba la Policía en el puerto de La Habana. En cuanto lo vi, le dije a la madama que yo haría el servicio.

Violeta no daba crédito. La miró con los ojos muy abiertos, sin perder detalle del relato.

—Por favor, cuéntamelo todo, sin omitir ningún detalle —le rogó a su amiga. Y se tumbó en la cama junto a ella. *Cholo*, al verlas tan contentas, hizo lo propio y de un salto se encaramó también a la cama.

—La verdad es que al principio no me reconoció. Claro, imagínate, ahora soy pelirroja por todas partes. Cuando entramos en el reservado le debía de sonar mi cara, pero no dijo nada; eso sí, se le notaba algo cohibido. El caso es que después de estar juntos, le entré directamente y entonces me aclaró todo lo que le había pasado. ¡Qué drama, pobre hombre!

Y le relató la historia que Violeta ya conocía por el propio Armand.

—Pero ¿cómo es que la Policía lo soltó? —preguntó Violeta, impaciente.

—Pues eso me contó: que se lo llevaron a Francia y allí fue juzgado por el asesinato de su esposa, pero al final resultó declarado no culpable y se determinó que había sido un suicidio. Aunque el mal estaba hecho y su vida quedó destrozada, tanto personal como profesionalmente. Se marchó de Francia y volvió a Colombia para intentar rehabilitarse profesionalmente. No sé qué me dijo de que estuvo trabajando para un proyecto muy raro en Panamá, pero que salió mal porque ahora lo llevan los norteamericanos, y que luego se implicó en el Ferrocarril del Sur. Ahora está muy ilusionado con la idea de construir un hotel en El Salto del Tequendama. Fíjate que solo de oírlo me dio miedo. Bueno, la verdad es que ya no me acuerdo. Pero me pareció de locos construir un hotel al lado de un cortado frente a un salto de agua del río Bogotá que cae en picado no sé cuántos metros. Se mostró muy locuaz, como si quisiera desahogarse.

—¿Te reconoció entonces como la chica del barco de tercera clase? —sonrió Violeta con un deje de malicia.

—Por supuesto, comenzamos hablando de eso, de cómo yo había acabado aquí. Pero le dije, muy digna, que en mi caso desde el principio venía a Colombia a lo que venía, que lo tenía muy claro desde que embarqué en el puerto de Vigo —contestó Amelia sin inmutarse.

—Y ¿no te preguntó por mí?

—Sí. En algún momento de la conversación me preguntó por ti. Y le dije que por extrañas coincidencias de la vida ahora estabas en Bogotá, sin entrar en detalles... —dijo, haciéndose de rogar.

—Me gustaría verlo de nuevo. Era un hombre muy enigmático, y con un pasado trágico. Ya te dije que me lo contó antes de desembarcar. Yo entonces creí en él. Me parecía un hombre incapaz de asesinar a su esposa —reconoció Violeta.

—Sí, ya me fijé en el barco cómo te miraba el francés. Tú le gustabas mucho, se notaba de lejos.

—No digas tonterías, Amelia.

—Sabes que es verdad. Hubo algo entre vosotros. Una fuerte atracción no resuelta. Ya me entiendes...

Violeta no contestó, no quiso seguir por ese camino, le interesaba más el presente y saber que el francés estaba bien e intentaba rehabilitarse empezando una nueva vida, con cambio de nombre incluido, porque desde que terminó el juicio y puso los pies en América volvió a ser Armand Doisneau, cerrando así la anterior página de su historia. Según le explicó Amelia, quedaron en que volvería al burdel a no mucho tardar, y que vivía en Bogotá pero no le había dado su dirección.

Ante el gesto de decepción de Violeta, Amelia le aclaró:

—Violeta, has de saber que lo último que dan los hombres a una puta es su dirección.

Exhaustas de alcohol y conversación acabaron durmiéndose encima de la cama cuando ya el sol de la mañana calentaba los cristales del dormitorio, y *Cholo* ladraba con brío porque era hora de sacarlo a hacer sus necesidades.

Cuando Violeta se levantó, Amelia todavía seguía dormida envuelta en la tenue bata de seda. La cubrió con la colcha y sacó al perro a la calle. Seguía pensando en Armand, el misterioso Armand Doisneau, y en ese otro proyecto ambicioso y complicado de levantar un hotel al borde de un abismo. «Debe de ser tan difícil como lo que me explicó de las esclusas del canal de Panamá. Ojalá lo consiga, porque parece que le van los proyectos imposibles», pensó y reconoció que le gustaría volver a verlo algún día.

No tardó en producirse el encuentro a través de Amelia. El hombre volvió a la casa de citas y esta vez preguntó directamente por Violeta. Por iniciativa de Armand quedaron en encontrarse en el Cerro de Monserrate, uno de los símbolos de Bogotá y punto de referencia orientativo para los que no conocían la ciudad, ya que gracias a su elevada altitud se veía desde todas partes. Alcanzaba los 3.150 metros y estaba coronado por una iglesia blanca. Desde su cima las vistas eran espectaculares. Armand pensó que, si Violeta llevaba poco tiempo en Bogotá, merecía la pena que visitara ese lugar, porque desde arriba la vista abarcaba toda la sabana y la ciudad se convertía en un inmenso plano desplegado. Al ver la cara de sorpresa que puso Amelia por la elección del lugar, Armand se vio obligado a explicarle que se podía ascender en un funicular y que él esperaba a Violeta abajo, en la estación desde donde el tren vertical, como lo llamaba, ascendía despacio y seguro.

—Lo que son las cosas, yo llevo cinco años en Bogotá y ni sabía que se podía subir en un funicular. Siempre me habían echado para atrás los mil quinientos

escalones que dicen que hay hasta arriba del todo —comentó Amelia, incrédula.

—Si usted nos quiere acompañar será un placer servirles de cicerone —contestó Armand, obligado al ofrecimiento.

Pero Amelia sabía que los dos tenían ganas de encontrarse de nuevo y que en esa cita ella sobraba.

A Violeta también le extrañó un poco el lugar propuesto, cuando todo el mundo hubiera elegido para encontrarse la plaza de la Candelaria o la plaza Bolívar, pero recordó que el francés era un ser especial que, como ingeniero, sentía pasión por todo lo relacionado con el ferrocarril, y un funicular no deja de ser un vagón de tren para salvar grandes pendientes. ¡Nada menos que 3.150 metros! Al pensarlo, lo entendió mejor y le despertó un enorme interés conocer el impresionante y legendario cerro colombiano. La cita fue al atardecer y Violeta se encaminó hacia allí expectante. Supuso que lo reconocería entre tanta gente; aunque Armand era ya un hombre en plena madurez, no creía que hubiera cambiado mucho en los cuatro últimos años. Sabiamente había elegido para la cita un día laborable porque durante los festivos el cerro se llenaba de visitantes y resultaban agobiantes las colas obligadas, tanto para subir el interminable sendero de peldaños como para coger el moderno funicular inaugurado a finales del XIX. En la estación de abajo apenas había veinte personas a esa hora de la tarde. Violeta intentó reconocer a Doisneau por su apariencia extranjera y pareció identificarlo en un hombre vestido con elegancia y el pelo prematuramente encanecido. «¡Cómo ha envejecido en estos pocos años!», pensó mientras apretaba el paso hacia él, a quien por el contrario no le costó ni un segundo reconocer la belleza y juventud de Violeta intactas en el tiempo.

—Violeta, ¡cómo le agradezco que haya venido! Está usted más hermosa aún que cuando la conocí en el *Lusitania* —exclamó, contento de reencontrarla.

—¡Qué feliz coincidencia! Encontrarnos precisamente en Bogotá, cuando nuestros puntos de partida eran tan lejanos. Me alegro mucho de verle, Armand. Ya me ha contado Amelia la feliz resolución de todo el proceso judicial. Me entristeció mucho ver cómo se lo llevaban detenido, y me desconcertó, lo reconozco —se sinceró Violeta.

—Por fin le puedo agradecer sus gritos de apoyo desde la cubierta del barco. No sabe, Violeta, el bien que me hizo que alguien como usted creyera en mí. Sus palabras me han acompañado durante todos estos años. —Armand besó sus manos y la invitó a subir al vagón del funicular.

Una vez dentro, Armand recuperó su tono profesoral y comenzó a explicarle que aquella magnífica obra de ingeniería se había construido a finales del siglo pasado.

—El primer funicular fue inaugurado en Lyon accionado por una máquina de vapor. Y yo fui uno de los ingenieros que trabajó en su construcción —explicó orgulloso.

—Ya me parecía a mí que la elección del lugar no era casual. Usted es un enamorado de todo lo que tiene que ver con el ferrocarril. ¡Esto es impresionante! ¡Qué altura! Me da un poco de vértigo mirar abajo. No se caerá este cacharro, ¿verdad? —dijo en voz baja agarrándose al brazo de Armand por si acaso, mientras él sonreía satisfecho de tenerla tan cerca.

Cuando llegaron arriba, toda Bogotá se extendió ante sus ojos y el tiempo pareció detenerse en la cima del cerro con la caída del sol. El santuario blanco y solitario tenía un aire místico para los visitantes. Violeta y Armand recorrieron el cerro paseando y parándose cada poco para identificar la localización de un barrio o una plaza. Desde esa altura se percibía limpiamente el trazado urbano del norte acaulado y del sur apretado como un damero donde residían los obreros. La ciudad parecía inmensa, inabordable desde esa altura. Los dos se preguntaron sobre sus vidas y sus proyectos en ese lugar del mundo en que se encontraban. Violeta supo que el ingeniero francés estaba trabajando en la estación terminal del Ferrocarril del Sur, con parada en el sobrecogedor Salto del Tequendama: una cascada natural de 157 metros sobre el abismo rocoso, que solamente se formaba cuando el río Bogotá iba crecido y se precipitaba perpendicularmente y de un solo salto al vacío.

—Es un lugar mágico, misterioso y con algo de atracción por el abismo —explicó Armand, añadiendo para enfatizar el misterio del lugar que se encontraba en territorio muisca—. Y la leyenda habla de que Bochica, deidad asociada al sol, rompió las montañas para desbordar las aguas que inundaban peligrosamente la sabana de Bogotá y canalizarlas hacia el actual Salto de Tequendama. De esta forma se salvó a la población de sufrir terribles inundaciones.

—Me ha contado Amelia que proyectaba construir un hotel allí —preguntó Violeta intrigada.

—De momento lo que hay en el Salto de Tequendama es una parada con una pequeña caseta, pero el sitio es tan espectacular que los viajeros siempre se bajan del tren para ver el salto y escuchar el estruendo que produce. Lo cierto es que cuesta que vuelvan al tren, se quedan como hipnotizados contemplando la caída del agua a escasos metros del mirador. Mi idea es convencer a socios con dinero para levantar un hotel de lujo allí mismo, sobre el precipicio. Creo que sería un buen negocio por su singularidad y belleza.

—¡Dios mío! Me estremezco solo de pensar estar allí. No sé si podría... —reconoció la joven imaginándose el lugar.

—Sí, lo sé, pero hay muchas personas a las que les gusta enfrentarse a la naturaleza o estar cerca de situaciones de riesgo. Sería un hotel pensado para esa gente muy rica y muy aburrida a la que le gusta mezclar el lujo más sofisticado con un poco de naturaleza salvaje; desde luego, contemplada desde un mirador o desde los cristales de un confortable dormitorio. De todas formas, es solo un proyecto descabellado que no sé si verán mis ojos —matizó.

—Parece un proyecto ambicioso; seguro que consigue financiación. Las ideas extravagantes en Colombia suelen triunfar —dijo Violeta, animándole.

Armand Doisneau dio gracias al cielo por oírle hablar, moverse, escucharla y volver a estar cerca de esa criatura que lo llenaba de una extraña paz. Le gustaría atreverse a acariciar su pelo, besar sus ojos y explorar su boca para perderse en su sabor, que intuía delicioso. Pero le paralizaba pensar que le doblaba la edad. Era un hombre acabado y marcado por el destino. Había fracasado demasiadas veces en su vida para enfrentarse a un nuevo rechazo. Prefirió seguir gozando de una amistad cargada de erotismo reprimido y contentarse con verla, disfrutar de su inteligencia y hermosura.

—¿Y qué es de su vida? No me diga que sigue sin compromiso una mujer tan bella y tan lista como usted; sería imperdonable.

Entonces Violeta le contó lo que había hecho en esos últimos años en las plantaciones de café, en los bosques de los Andes, y ahora en Bogotá, donde cursaba estudios de Derecho y estaba escribiendo la biografía de un gran líder indígena.

—No ha perdido usted el tiempo; se nota que es una mujer despierta y comprometida: una mujer del siglo veinte, sin duda. Pero no me ha contestado a la pregunta de si está usted comprometida, señorita Saramago —insistió el francés.

Antes de contestar, Violeta sonrió y pensó que hacía mucho tiempo que ya nadie la llamaba así: «Señorita Saramago.»

—Sí, ahora estoy comprometida con un joven de Bogotá, también estudiante de Derecho. Es muy reciente, casi no soy consciente de ello. Es una persona maravillosa: un revolucionario consecuente con sus ideales.

—Vaya, parece que esta vez he llegado tarde. No tengo mucha suerte —dijo él en un tono que tanto podía parecer serio como frívolo.

Lógicamente, Violeta lo tomó por el lado frívolo y se rio del comentario.

Pasaron la tarde encantados de haberse vuelto a encontrar e intercambiaron sus señas respectivas para verse en otra ocasión. Al despedirse, en el portal de la casa de Amelia, Violeta percibió tristeza en la mirada de Armand, y le apenó comprobar lo mal que la vida le había tratado. Ya antes, caminando por las calles de Perseverancia se hizo el firme propósito de presentarle a Rodrigo para quedar próximamente los cuatro, junto con Amelia, para comer o tomar unas chichas por el entramado colonial de la ciudad. Le seguía dando la impresión de que estaba muy solo.

Al llegar a casa de su amiga, le sorprendió la presencia de Rodrigo, sentado tan tranquilo en el borde de su cama con la compañía de los dos gatos, a los que acariciaba suavemente. Tenía llave pero no solía presentarse en la casa sin quedar antes. A Violeta se le iluminó la cara al verlo, y se lanzó a sus brazos, dando a continuación un empujón a los gatos para que se largaran de la habitación. No soportaba su presencia cerca.

—Rodrigo, si me quieres abrazar, antes tienes que lavarte las manos, tengo alergia a estos animales. Sabes que no me gustan —le advirtió.

—¿No serán celos lo que tú tienes...? —Y la cogió y rodó con ella por la cama besándola intensamente.

—Por cierto, tenemos que hacernos un retrato en un estudio fotográfico. Quiero mandar una carta a mis padres y que te conozcan, que vean lo guapo y buen mozo que eres —le dijo Violeta entre beso y beso.

—¿Quién era ese hombre que te acompañaba? No lo conozco, parece extranjero, como tú —preguntó con intención Rodrigo.

—Ah, se llama Armand Doisneau. Luego te contaré su historia. Lo conocí en el barco que me trajo aquí. Pero ahora, mi querido novio, tenemos que preparar la cena, Amelia vendrá muerta de hambre del trabajo. —Y se liberó de sus brazos, lanzándole un almohadón sobre la cara.

Rodrigo corrió tras ella por el pasillo. Jugaron y se persiguieron por la casa como dos adolescentes.

La noción de juego, unida al amor, era una de las cosas que Violeta más apreciaba en una relación de pareja. Le gustaba volver a sentirse niña y luchar cuerpo a cuerpo con el hombre al que amaba, como hacía con Juan e Inés y con su hermano Andrés en la playa de Lariño. Curiosamente con Leonardo, pese a su juventud, no solían enredarse así, como chiquillos, salvo cuando habían estado en las playas del Pacífico. Sin embargo, con Rodrigo había recuperado ese placer infantil, esa camaradería que les hacía estar más unidos todavía.

Cenaron los tres juntos en la cocina y Violeta les explicó su encuentro con el misterioso francés y su intención de quedar los cuatro para sacarlo un poco de su soledad.

—Me da pena. La vida no le ha tratado demasiado bien. Además, es una persona muy culta, sabe de todo, resulta agradable estar con él —dijo.

—Por mí encantada, aunque me sigue pareciendo un hombre un poco turbio. Pero sea bienvenido todo lo que sea tratar a un hombre fuera de las luces rojas de mi oficio —dijo Amelia suspirando.

—Y por mí, sin problemas. Me gustaría saber más sobre ese extraño hotel de lujo que quiere construir en Tequendama. ¡Qué locura! —comentó Rodrigo.

Lejos de allí, en la choza de la vieja Valentina, Leonardo releyó la carta de Violeta. Hacía meses que se la había entregado Quintín Lame, y la leía todas las noches antes de acostarse, como un ritual masoquista y doloroso. Estaba claro que era su despedida y que no tenía intención de regresar a los Bosques de Niebla, pero él buscaba un resquicio, una palabra que iluminara la esperanza de volver a estar a su lado. Recordó lo que le dijo cuando se fue a Bogotá: «No podría estar mucho tiempo lejos de ti», aunque eso no lo había escrito en esa breve carta que le ardía entre las manos. Resultaba evidente que quería empezar de nuevo en Bogotá, que estaba harta de la selva, del barro en sus pies, de las incomodidades. Pensó que la hermosa mujer dorada se había cansado de los indígenas, «igual que se ha cansado de mi cuerpo». Se torturó pensando que había sido una experiencia más para una mujer atrevida y caprichosa, que lo sedujo para abandonarlo después sin atreverse a dar la cara, a decirle la verdad. Que lo había utilizado como Odilo Saramago utilizó a su madre hasta que se cansó de ella. Todo el odio y el rencor apagado durante ese tiempo de amor y convivencia con Violeta prendieron de nuevo en su corazón, con más resentimiento todavía. Con más fuerza. Se sintió traicionado y engañado. Le gustaría preguntarle a Quintín Lame si ella pensaba volver, si le había dicho algo al respecto; pero no se atrevió. Su orgullo infantil le impedía hacerlo. Para una persona como Leonardo, preguntar suponía rebajarse, humillarse delante del gran jefe, y no pensaba hacerlo. Prefería consumirse cada noche releendo esa carta que se sabía de memoria y que significaba la pérdida de la mujer amada.

En esos pensamientos andaba sumido Leonardo cuando se abrió la puerta de la choza y entró la joven yanacona que le acompañaba a veces en silencio. Ella vio su rostro crispado y triste y se acercó a consolarlo, pero Leonardo la rechazó de un empujón, estrujó el papel en un puño y lo echó al fuego con un gesto violento. Sin volverse a mirarla le dijo que se fuera.

—Esta noche quiero estar solo.

Armand, Amelia, Violeta y Rodrigo se vieron en dos o tres ocasiones más antes de que Armand tuviera que incorporarse como ingeniero al Ferrocarril del Sur y estudiar con detenimiento el Salto de Tequendama. Ese lugar le fascinaba y quería adelantar el proyecto para conocer las posibilidades de construir un hotel al lado de la impresionante catarata. Antes de partir les anunció sus intenciones.

—Cuando regrese les invitaré a visitar la zona. Es un hermoso y corto viaje en tren hasta la parada en el mismo salto. Allí, in situ, verán que mi idea tiene posibilidades.

A los tres les pareció una idea excelente conocer aquel lugar extraño y mítico. Pero aún debía pasar tiempo para que pudieran realizar ese viaje.

Quintín Lame no tardaría mucho en aparecer por Bogotá para devolver los libros y actualizar su propósito de entrar en política, y Rodrigo y Violeta deberían ayudarlo en su consecución. Siguieron acudiendo semanalmente a la Biblioteca Departamental de Bogotá para estudiar las leyes y poder aconsejar con fundamento al líder indígena. Por su parte, Violeta llevaba muy adelantada la biografía y pensaba con buen criterio que si Manuel consiguiera presentarse en el Congreso sería un magnífico final para su libro.

Una de esas tardes tranquilas y de estudio se toparon con una joven, María de los Ángeles Cano, que ya empezaba a ser conocida en los ambientes revolucionarios de Medellín. Era solo algo mayor que ellos, y enseguida se sintieron atraídos por su figura. Esa tarde estaba rodeada de trabajadores que habían acudido a la biblioteca para escucharla. Les leía párrafos de los grandes filósofos de la Revolución Francesa, y los obreros la escuchaban enardecidos. Por lo visto, la joven agitadora frecuentaba la biblioteca de Bogotá desde hacía poco y había solicitado permiso para convertirse en lectora de un grupo de obreros interesados por los libros, y con ese argumento tan razonable obtuvo la autorización para celebrar reuniones en las instalaciones de la biblioteca. Rodrigo había oído hablar de ella y sabía que la llamaban «la Flor del Trabajo» por su apoyo a las huelgas del proletariado minero y por su defensa de las luchas indígenas y estudiantiles.

—Qué hermosa casualidad haberla encontrado aquí, porque me han dicho que vive en Medellín. Tenemos que presentarnos y conocerla. Es una aguerrida combatiente por las libertades. Estoy seguro de que llegará a convertirse en toda una leyenda —dijo Rodrigo entusiasmado, acercándose al grupo.

—Nos servirá de gran ayuda si también apoya a Quintín Lame en su objetivo —añadió Violeta, observando la figura pequeña y vibrante de esa mujer que tenía a todo el mundo encandilado en la habitualmente silenciosa biblioteca.

Ninguno de los dos jóvenes era consciente en esos momentos de la importancia que iba a tener para ambos el encuentro con María de los Ángeles Cano. Para Rodrigo suponía la reafirmación de sus ideales revolucionarios y un tremendo apoyo para la Asociación Nacional de Estudiantes, cada vez más unida a las reivindicaciones de los obreros y también más hostigada por la Policía. Y para Violeta significaría la entrada de su mano en el mundo del periodismo.

Terminada la lectura, María Ángeles fue invitada a los barrios obreros para que pronunciara allí sus afamados discursos que movilizaban a las masas. Violeta y Rodrigo se acercaron para presentarse y, si accedía, acompañarla a los suburbios del sur de Bogotá.

—Mi compañera y yo formamos parte del movimiento estudiantil y es un grandísimo honor conocerla y escucharla. Nos gustaría poder acompañarla esta noche y ofrecerle nuestro apoyo más sincero. No se imagina lo que supone para nosotros ponernos a su disposición para lo que necesite en esta ciudad —dijo un educado Rodrigo.

—¡Estamos encantados de conocerla! Hay tantas cosas de las que nos gustaría hablar con usted y que nos diera su consejo... —intervino Violeta, que siempre que podía iba directa al grano.

—Será un placer, muchachos, podéis venir con nosotros. —Y la Cano, complacida, se reunió con el grupo de obreros que parecían tener el dominio de la situación.

La Flor del Trabajo tenía treinta y ocho años y era hija de una familia de clase media ilustrada, su padre era educador, y sobrina del célebre Fidel Cano, fundador de *El Espectador*, el periódico más influyente de Colombia. Provenía, pues, de un ambiente cultural lleno de lecturas y tertulias a las que asistían habitualmente los intelectuales y artistas más conocidos. Creció en una familia que pertenecía a la estirpe del radicalismo liberal y con gustos literarios afrancesados muy influidos por Victor Hugo, Lamartine y los enciclopedistas. Una mujer, en suma, de ideales muy parecidos a los de Violeta. Es decir: hija de su tiempo, de espíritu inquieto y con una disposición abierta a comprometerse con las contradicciones de la época; y, por supuesto, contra el proceso de extensión del capitalismo bajo los nuevos bríos de

Estados Unidos, que en ese inicio del nuevo siglo eran cada vez más ambiciosos.

Violeta fijaba su atención en ella. Por fin encontraba a una mujer joven que sobresalía y era públicamente reconocida y adorada, al menos por las clases más oprimidas de la sociedad, que eran mayoría. Observó que no usaba ningún artificio de belleza facial ni corsé ni faja alguna. Tenía un talle fino y era delgada pero negligente en el vestir. Se advertía que no perdía mucho tiempo en la elección del color ni del modelo del vestido que llevaba. Sin embargo, su actitud era arrogante cuando hablaba al público que la escuchaba. Dotada de una extraordinaria facilidad de palabra, se apreciaba su amplia cultura, y sus discursos los enriquecía con matices brillantes y elocuentes contenidos. Violeta sintió admiración por ella, por su fragilidad aparente, con su traje sastre oscuro nada favorecedor y un sombrero calado hasta las orejas que encerraba su hermoso pelo negro. Le gustaba su arrogancia cuando era necesario practicarla y su timidez en la cercanía del trato individual. Le atrajo su valentía al defender a los trabajadores de las minas, del petróleo y de las bananeras; así como su apoyo a las luchas indígenas y estudiantiles, que iban a ser la clave —aunque todavía no lo supieran— para la derrota de la hegemonía del régimen conservador.

Así fue como encontró en la Flor del Trabajo un modelo de conducta mucho más cercano a su edad y sus circunstancias. Igual le había sucedido cuando siendo una jovencita conoció a Emilia Pardo Bazán en Madrid. Violeta supo que la Cano había empezado su andadura periodística y literaria escribiendo poesía, hasta que cambió todo eso por la agitación social contra la minoría de privilegiados que manejaban el poder en su exclusivo beneficio. Le contaron que estaba recorriendo Colombia de norte a sur practicando la política a su manera cercana al pueblo. Estaba enardecida por esta mujer y se leyó todo lo que hasta entonces se había escrito sobre ella. Una noche, al llegar a la casa de Amelia leyó en voz alta a Rodrigo lo que había escrito un tal Torres Giraldo sobre la Flor del Trabajo: «María Cano es la única mujer de Colombia y de América que ha logrado encarnar en un momento de la historia toda la angustia y los anhelos de su pueblo. De mar a mar y del macizo andino hasta la Sierra Nevada de Santa Marta lleva su voz, como campana de oro, despertando a las gentes del largo sueño del colonialismo español y del nuevo dominio del imperialismo yanqui.»

Estaban decididos. En cuando llegara Manuel Quintín Lame tratarían de concertar una reunión con María Cano para que apoyara su causa. Necesitaban unir la fuerza y la modernidad de esos dos imanes poderosos que luchaban por las mismas ideas. Cansados de maquinar ideas, de trabajar, y de haber acompañado a su nueva heroína en su periplo por los barrios obreros de Bogotá, se tumbaron en la estrecha cama de Violeta y, antes de caer rendidos por el sueño, Violeta le confesó.

—¡Menos mal que María no es una belleza espectacular!, como muchas mujeres colombianas, aunque tiene mucho encanto, de lo contrario estoy segura de que te hubieras enamorado de ella. Si no lo estás ya...

—Hay que reconocer que es muy atractiva. Es una gran mujer; pero yo ya ando ocupado enamorándome perdidamente de una española aventurera que cayó por Bogotá, y no la voy a dejar escapar por mucho que se empeñe en enredarme. Y ahora durmamos, por favor, que estoy agotado —respondió Rodrigo dándose la vuelta para dormir, y a punto de caerse de la cama.

Con el paso del tiempo, tanto Rodrigo como Violeta comenzaron a sentir la necesidad de disponer de un espacio en común para vivir. Rodrigo empezó a trabajar como ayudante en el despacho del abogado Córdoba y ganaba unos pesos, pero no los suficientes para afrontar un alquiler en una zona decente de Bogotá. Su intensa dedicación al movimiento estudiantil, que lideraba en Bogotá, le hizo perder varios cursos y convertirse en un estudiante tardío más volcado en la revolución que en finalizar su carrera de Derecho. Por su parte, Violeta ya tenía casi ultimada la biografía de Quintín Lame, y al enterarse de que María Cano era sobrina del famoso periodista Fidel Cano Gutiérrez, fundador de *El Espectador*, le solicitó el favor de hablar a su tío sobre ese asunto. Para preparar el camino le entregó una serie de pequeñas crónicas que había escrito sobre el movimiento estudiantil y que se distribuían por la calle, y los escritos propagandísticos sobre la figura de Quintín Lame que todavía se repartían entre las comunidades indígenas. Con esos avales, le pidió que tanteara la posibilidad de una entrevista con su tío. No quería hacerse ilusiones, pero soñar también formaba parte de la vida, así que Violeta esperó impaciente que la entrevista con Fidel Cano se concretara.

El Espectador se había fundado en 1887 a pesar de las dificultades por las que atravesaba la prensa independiente en aquellos años. Era un diario muy comprometido con el progresismo y su circulación fue suspendida en varias ocasiones por considerarlo subversivo. El director estuvo en prisión más de una vez por este motivo. Para Violeta, conocer a Fidel Cano y poder escribir para el diario suponía su mayor aspiración. Un sueño inalcanzable que a través de los buenos oficios de la Flor del Trabajo podría abordar. María Cano cumplió con el favor solicitado y entregó a su tío los textos de Violeta. Además, le contó que estaba escribiendo sobre la vida de Manuel Quintín Lame. Este último extremo le interesó mucho al editor. Hojeó los papeles entregados por su sobrina y le gustó.

—Tienen frescura, son directos, y están redactados en un español neutro, correcto y escueto, sin los adornos y las florituras tan al gusto de por acá —manifestó al tiempo que aceptó concertar una entrevista.

Violeta se vistió con sus mejores galas y llevó consigo los cuadernos donde escribía la biografía de Quintín Lame, aún sin terminar, para mostrárselos al director. La entrevista resultó un éxito, pero no en el sentido que esperaba de entrar a trabajar en el diario, sino que Fidel Cano le propuso publicar por entregas la biografía de Manuel Quintín Lame. Y, por supuesto, el acuerdo conllevaba una contraprestación económica muy razonable. «Está claro que a los periodistas solo les interesa la exclusiva del líder indígena. Lo mismo que me propuso Gabriel García Ponce en Cali», pensó Violeta un tanto decepcionada. Aun así, era una buena oferta y aceptó siempre que obtuviera la autorización de Manuel Quintín Lame.

—Es un primer paso muy interesante para usted. Lo vamos a publicar con su firma y cada semana saldrá una entrega de sus escritos. Naturalmente, habrá que pulirlos un poco, pero no se preocupe por ello. Eso es cosa nuestra. Piense en la gran repercusión que va a tener la biografía en toda Colombia. Espero que Quintín Lame acceda a su publicación; ayudará a la causa indigenista y al proyecto que persigue de presentarse a la Asamblea Nacional Constituyente —concluyó Cano, que sabía de las intenciones del líder yanacona tras la larga conversación mantenida con la joven.

Violeta intentó preguntarle si cabría la posibilidad de entrar a trabajar en el diario. Necesitaba un trabajo y ganar dinero para poder vivir con Rodrigo con independencia. Pero le imponía un poco la fama de aquel hombre de trayectoria impecable, los espesos bigotes que poblaban sus mejillas y su porte seguro y firme. Al final no se atrevió. Pensó que ella ni siquiera tenía estudios relacionados con el periodismo, era solo una maestra que estaba hablando con toda una leyenda del periodismo colombiano. Sabía que si no estuviera la biografía de Quintín Lame de por medio ni siquiera habría tenido lugar aquella entrevista. Pero Fidel Cano, como buen conocedor de la naturaleza humana, intuyó la desazón de su interlocutora y aclaró:

—No se entristezca. Ahora me es imposible contratarla, aunque me gusta cómo escribe. Eso vaya por delante, señorita Saramago. Lo que me trae vale mucho para cualquier periódico. Es una gran exclusiva si el señor Quintín Lame da su beneplácito, claro está. Pero lo que le propongo es el inicio de una colaboración que puede dar otros frutos en el futuro. No lo descarte en modo alguno. Por lo que hemos hablado, tiene usted profundos conocimientos de los núcleos indígenas, de la vida en las plantaciones de café, y su origen español es una baza para el diario, no lo voy a negar; así que váyase contenta. Ah, y cada semana pásese por administración para recibir sus emolumentos. El resto corre de mi cuenta.

Ya estaba todo dicho. Violeta debía entregar sus cuadernos tal y como estaban escritos a Fidel Cano, y la redacción del diario se encargaría de «trocearlos» y mantener la atención de los lectores cada semana con una nueva entrega. No podía perder esta oportunidad; era la segunda vez que veían una gran exclusiva en la vida de Quintín Lame, y no podía rechazarlo. Hablaría con él en cuanto llegara a Bogotá y seguro que estaría de acuerdo. «Es perfecto. Tengo que decirle a Manuel que es perfecto, ahora que ya nos estamos preparando para el gran salto a la política, resulta que el mayor periódico de Colombia va a publicar su vida y su pensamiento. Es lo que me pedía siempre en los Bosques de Niebla: quiero que me ayudes a difundir mi pensamiento en el exterior. Pues ahora se lo ofrecen a través mío en bandeja», reflexionó al entregarle sus cuadernos al editor.

Antes de despedirse de Fidel Cano se atrevió a pedir un adelanto por la entrega de los cuadernos. Ya que no había conseguido un trabajo remunerado con

dedicación diaria como soñaba, al menos quería salir de la entrevista con unos pesos que le permitieran tanto a ella como a Rodrigo emprender una vida juntos. Cuando salió a la calle vio entrar en la redacción a jóvenes entusiastas, entregados y seguros de sí mismos, y les envidió. Había estado muy cerca de conseguirlo.

La llegada de Quintín Lame fue celebrada con inmensa alegría por Violeta y Rodrigo. Ella le informó de la oferta que le había hecho *El Espectador* como una gran ocasión para dar a conocer su ideario. Sin dudarle, esta vez Quintín accedió y se alegró de que Violeta hubiera conseguido un trabajo que le permitiera su independencia. Estaba plétórico de optimismo porque había conseguido nuevas adhesiones de distintas comunidades indígenas que confiaban ciegamente en su persona para representar sus intereses en la Asamblea.

—No obstante, estoy cansado porque he caminado mucho, he vuelto a recorrer poblados al norte y al sur para anunciarles mis intenciones. Si tú, mujer dorada, dices que es bueno que hablen de mí en los periódicos, entonces adelante. Lo que tú escribas es como si lo hiciera yo —afirmó Manuel.

Aprovecharon su estancia en Bogotá para que María de los Ángeles Cano lo conociera y para preparar la búsqueda de apoyos políticos. Durante semanas los cuatro amigos se reunieron en la Biblioteca Departamental para preparar la campaña que debería llevarle al Congreso colombiano. Quintín Lame, en esas largas horas de discusión y de estrategias, se sentía más cansado que cuando luchaba en las guerrillas de la selva. En cuanto transcurría una hora de intensos debates desaparecía de pronto, salía a la calle, daba unas vueltas por los alrededores y volvía a sentarse, entonces ya dócil como un cordero. Todos comprendían su agotamiento pero quedaban pocos días para la investidura de los nuevos delegatarios de la Asamblea Nacional Constituyente y todos los cabos debían atarse convenientemente. Mientras tanto, para ir calentando motores y dar a conocer su figura al gran público de la ciudad, vieron la luz varios artículos en *El Espectador* firmados por Violeta Saramago sobre la vida del jefe yanacona.

Violeta, Rodrigo, María Cano y Manuel se emocionaron cuando leyeron la última entrega publicada en el diario bogotano. En uno de sus párrafos se leía: «Su obra ha adquirido con el tiempo una dimensión inusitada, de modo que es posible afirmar que aquel indio despreciado, perseguido, encarcelado, humillado por un sector de la sociedad colombiana e ignorado por la mayoría, se ha ido revelando como una de las figuras más importante, influyente y decisiva en la transformación de nuestro país en los últimos años.» El artículo hablaba del espíritu rebelde e inquieto de Manuel Quintín Lame que le había servido para llegar a las puertas del Congreso de Colombia.

—Son palabras hermosas, que me llenan de una gran responsabilidad para con mi pueblo. Parece que hablen de otra persona, me siento extraño con las cosas que dicen —dijo halagado y confuso el indio.

Todos sonrieron y le animaron a seguir hasta el final, ahora que ya faltaba tan poco para conseguirlo.

—Estas palabras podrán parecerle extrañas viéndolas impresas, Manuel, pero están reconociendo su gigantesca labor, su esfuerzo sin tregua por reconstituir los Círculos arrasados, su preocupación constante por dar una educación a su gente, su propio afán por aprender. Y es el momento de que se recojan los frutos de todo su inmenso trabajo —le respondió Violeta llena de admiración, enseñándole un editorial escrito por el director de *El Espectador* con el título de «Un hombre fronterizo».

Lo que más llama la atención de los pensamientos del indio que se educó en las selvas colombianas es su interés por la educación, no solo por su autoformación personal, sino por dotar al pueblo indígena de una instrumentación académica que le permita enfrentarse en pie de igualdad al ciudadano letrado de la sociedad colombiana, especialmente a las figuras de poder, y lograr así un lugar justo y diferenciado en la sociedad mayoritaria de blancos.

Con la publicación de la biografía de Quintín Lame por entregas, Violeta se sintió muy orgullosa. Por primera vez en mucho tiempo se sentía además importante. Era una extraña sensación ver impreso por vez primera su nombre y apellido en un periódico. Satisfacción, era la palabra que mejor describiría esa sensación, y le gustaba. Le gustaba mucho. Además, Fidel Cano no escatimó en alardes editoriales y cada artículo se ilustraba con un magnífico dibujo del rostro de Quintín Lame de perfil. Para celebrar que estaban todos reunidos fueron al nuevo alojamiento alquilado por Violeta y Rodrigo. Era pequeño pero la amistad cabía en cualquier espacio donde hubiera ganas de encontrarse y conversar. Amelia se incorporó cuando terminó sus horas de trabajo. La verdad es que sentía que Violeta abandonara su casa, pero entendía perfectamente los deseos de intimidad de la pareja.

La nueva vivienda de Rodrigo y Violeta se encontraba en La Candelaria, en la parte más antigua. Era un segundo piso de una casa vieja de dos plantas que ellos pintaron de alegres colores colombianos. Gozaba de mucha luz y estaba en una zona céntrica y bulliciosa. De momento, y con el dinero adelantado por el editor, Violeta pudo pagar seis meses de alquiler, y aún le quedó algo para gastos. Rodrigo colaboró con los escasos emolumentos que le pagaba el abogado Córdoba hasta que finalizara sus estudios de doctorado. En la entretenida conversación que mantenían sentados sobre una alfombra, ya que todavía escaseaban los muebles, Violeta se enteró por boca de Rodrigo que sus padres se habían ofrecido a amueblar el piso con muebles que no tenían uso en su enorme mansión, pero él lo había rechazado.

—Podemos perfectamente vivir por nuestra cuenta, y no a costa de mis padres —dijo convencido.

A Violeta la cogió por sorpresa que no se lo hubiese comentado antes, pero comprendió que en las últimas semanas habían estado ocupados en demasiadas cosas con la llegada de Quintín Lame, las reuniones con la Flor del Trabajo y la preparación de «asaltar la Asamblea con los indios», como solía decir Rodrigo —nunca delante de Quintín Lame— con su peculiar y juvenil sentido del humor. Pensó que si se lo hubiera consultado hubiera aceptado encantada, porque la casa necesitaba muebles, y porque empezaba a desear conocer a los padres de su prometido; algo que Rodrigo dilataba en el tiempo. Llamaron a la puerta con el toque de nudillos característico de Amelia, y Rodrigo se levantó del suelo para abrir. No venía sola. Traía atado de una linda correa dorada a *Cholo*, que corrió hacia Violeta y se instaló a sus pies, ronroneando de satisfacción como un gato.

—Buenas tardes a todos, lamento venir acompañada del chuchó, pero es que —y se dirigió a Violeta— desde que te has ido de casa el pobre está muy triste, no come y se pasa el día encima de tu cama. Así que he pensado que os lo quedéis; además, tú lo cuidas mucho mejor que yo. Lo mío son los gatos, lo reconozco —explicó Amelia, quitándose las pieles que cubrían su cuello y el aparatoso sombrero verde que recogía su pelo rojo.

María Cano trató de disimular la sorpresa que le produjo la entrada de aquella mujer tan extravagante, exageradamente pintada y vestida como si fuera a una fiesta de disfraces. Violeta se dio cuenta enseguida de que ambas mujeres no iban a congeniar, eran absolutamente opuestas. Procedió a presentarlas; el resto ya conocía a Amelia.

—Pero bueno, ¿es que en esta casa no hay sillas? —exclamó Amelia, contrariada al tener que sentarse sobre la alfombra y arrugar su precioso vestido de tafetán rojo.

Violeta miró a Rodrigo enarcando las cejas como diciéndole que podría haber aceptado el ofrecimiento de sus padres; y, a la vez que abrazaba al perro, encantada de quedárselo, comentó:

—Querida amiga, ahora la última moda en Bogotá es sentarse sobre una alfombra. ¿No te habías enterado? —Y rio con ganas, mientras que Manuel, extraño, lo consideró una excentricidad urbana.

—Muy graciosa. Ya veré si me sobra alguna silla en casa y la traigo, aunque solo sea para poder sentarme como Dios manda cuando venga a visitaros.

Y Amelia cambió de tema para informarles de que le había costado llegar hasta la casa porque cruzando la plaza Bolívar, destino final de todas las manifestaciones en Bogotá, se encontró con el lugar bloqueado por la fuerza pública y una multitud de obreros y estudiantes que marchaban hacia la Asamblea Nacional. Rodrigo la interrumpió para preguntarle si había oído disparos.

—Yo no he oído nada, pero es que en cuanto he visto la que se estaba organizando di media vuelta y me metí por la carrera Nueve para llegar hasta aquí. ¡Menudo rodeo he tenido que dar! —suspiró Amelia.

María Cano se levantó como impulsada por un resorte, seguida de Rodrigo y de Quintín Lame. Los tres se acercaron a la puerta y se despidieron apresuradamente.

—Tenemos que ver qué está sucediendo —explicó nerviosa María.

Violeta hizo ademán de acompañarlos, pero Rodrigo le rogó que se quedara en casa con Amelia y *Cholo*.

—No tardaremos —dijo María.

Violeta se acercó al balcón y los vio alejarse a la carrera. Sintió un escalofrío.

—Esta manifestación no la teníamos controlada. No sabíamos que se iba a producir. Parece que se están complicando las cosas —dijo, volviéndose hacia Amelia.

—Por lo que se oye, hay órdenes de reprimir cualquier alboroto. Andaos con cuidado tú y tus amigos. Sobre todo ahora que empezáis una vida en común, procurad no meteros en líos, que bastante tenemos con tirar adelante cada uno con lo suyo —le aconsejó su amiga.

—¡Dios mío! Si perdiera a Rodrigo no podría soportarlo —susurró Violeta en voz muy baja.

No sabía por qué estaba tan intranquila esa tarde. Eran muchos en manifestaciones de protesta, habían ido a muchas y tenían programadas unas cuantas para esos meses. Sabían medir bien el peligro y en cuanto veían armas de fuego se retiraban. Sin embargo, ahora ya no lo podía evitar: sentía un mal presagio que no se disipaba con el paso del tiempo y la conversación tranquilizadora de Amelia. El silencio en la calle era denso y no anunciaba nada bueno en un barrio tan alegre como La Candelaria.

Por fin, tres horas más tarde regresaron Rodrigo y Quintín Lame. Se retrasaron porque habían acompañado a María Cano hasta la casa de su tío. Al día siguiente partía para Medellín. En cuanto apareció Rodrigo por la puerta, Violeta se le lanzó al cuello y lo cubrió de besos.

—Temí que pasara algo. Tenía mucho miedo por vosotros.

Rodrigo contó que el ambiente estaba realmente tenso, con detenciones de estudiantes y obreros. Se habían disparado armas, pero no intervino el Ejército, y no se sabía muy bien de dónde procedían los tiros.

—Ahí está el peligro: que empiecen a disparar indiscriminadamente. Esas no son formas de reprimir una marcha de protesta —explicó Rodrigo alterado.

A Violeta todo eso le sonaba a la matanza de los cafetales.

Afortunadamente los meses siguientes fueron más tranquilos y los ánimos se calmaron por una temporada, aunque las revueltas callejeras y las huelgas siguieron agitando a la sociedad de Bogotá de manera cíclica con subidas y bajadas de intensidad. Entretanto, Manuel Quintín Lame se presentó en el Congreso y llegó a la Asamblea Nacional Constituyente, en la que obtuvieron escaño tres delegatarios indígenas. Con el tiempo, y gracias a sus innegables conocimientos de los códigos y las leyes, estudiados siempre de forma autodidacta, logró que se transformara la Constitución, que comenzó tímidamente a recoger algunas de las reivindicaciones históricas de los pueblos indígenas colombianos. De esta forma, el líder de la guerrilla indígena que operaba en el departamento del Cauca, y que llegó a reunir a seis mil indios para hacer valer sus derechos, consiguió entrar en la política con las mismas armas que el hombre blanco y abandonar la lucha en las montañas, siempre que se respetase su pensamiento que él resumía en su consigna de lucha: «Unidad, tierra, cultura y autonomía.» Ese glorioso día, el diario *El Espectador* le dedicó su portada y una larga entrevista con el hombre fronterizo que se había educado en la selva y llegó a dominar los libros de leyes para aplicarlas en el respeto y el reconocimiento a su pueblo.

Tanto Quintín Lame como Violeta y Rodrigo sabían que se había dado un gran paso, aunque el camino era de largo recorrido. A partir de ahora, los delegatarios indígenas tendrían que prepararse para luchar duramente en la Asamblea Nacional Constituyente para hacerse respetar en esa otra jungla más peligrosa, la de la clase política.

Antes de volver a los Bosques de Niebla del Cauca, el líder indígena quiso demostrar su agradecimiento a Violeta y Rodrigo con algo que él conocía y deseaba enseñarles, siempre en el más absoluto de los secretos. Confiaba en aquellos jóvenes a los que ya consideraba como sus hijos, y sabía que lo mantendrían oculto. Hacía ya tiempo, en la selva, le había hablado a Violeta sobre las llamadas culturas doradas. Pueblos que sacaban el oro de las montañas y los ríos. Tribus como los tayronas, los muiscas, los quimbayas y los zenúes, y en menor medida las culturas calima, yotoco y nariño, pero sobre todo los muiscas —como buenos orfebres que eran— consiguieron guardar y proteger algunas piezas de oro anteriores a la llegada de los europeos. Al ser Bogotá antiguo territorio muisca, solo debía recordar y situar en qué parte del altiplano estaba el lugar que él conocía bien. Aunque había pasado mucho tiempo, confiaba en la buena salud del chamán muisca amigo suyo que guardaba el espléndido tesoro de las diferentes culturas indígenas.

—Deseo mostraros una parte del tesoro de los muiscas que pocos saben dónde se guarda enterrado para evitar su expolio. Hemos conseguido salvarlo hasta de los españoles. —Aquí miró a Violeta y soltó una sonora carcajada—. Y solo cinco chamanes conocen la ubicación de las piezas. Hay un pacto por el cual cuando uno muere, el siguiente se ocupa de su custodia y de su transmisión a otro más joven. Es un pacto que hace muchos años se selló rindiendo culto al sol, la luna, el agua y la tierra. Y entre estos cuatro elementos se encuentra en lugar seguro. Mi regalo es que lo veáis, y si algún día la llamada civilización llega hasta allí y lo expolia, vosotros debéis defender su procedencia, que no es otra que la del pueblo muisca —les explicó Manuel.

Rodrigo y Violeta se miraron emocionados ante la importancia de semejante revelación y la confianza demostrada.

—¿Acaso está hablando de la balsa Muisca? —preguntó Rodrigo sin poderse reprimir.

—Sí, entre otros objetos de gran valor para nuestro pueblo.

—Leonardo y yo estuvimos en la laguna Guatavita y me contó la leyenda de El Dorado. Entonces, ¿es verdad que existe? —intervino Violeta.

—Lo vais a ver con vuestros propios ojos, pero debéis guardar silencio.

Los tres cogieron el tren que recorría la sabana de Bogotá y los paisajes del altiplano de forma tranquila y agradable. Los muchachos se encontraban felices por compartir la visión de ese legado con uno de sus guardianes: Quintín Lame. Cuando llegaron a un pequeño poblado alejado de las antiguas minas, ya sin explotar, Manuel se adelantó y preguntó por el viejo chamán Agustín. Vivía todavía, aunque ya ciego. Había alcanzado la edad de cien años, por lo que no salía de su choza hasta que llegaba el buen tiempo y el invierno se disipaba. En cuanto Quintín Lame entró en la oscura habitación, el chamán lo reconoció por el olor. Desde que había perdido poco a poco la vista, Agustín había agudizado un sentido del olfato privilegiado que le permitía reconocer a las personas por su olor corporal. No importaban los años transcurridos desde la última vez que se hubiesen visto, sabía perfectamente que ese hombre que todavía no había proferido sonido alguno era Quintín Lame. Se saludaron emocionados de reencontrarse y Quintín se acuclilló a su lado, ofreciéndole uno de sus habituales puros, que Agustín aceptó encantado. Entonces le contó el objeto de su visita: ver una vez más el tesoro de los muiscas. Y le pidió su permiso para enseñarlo a los dos jóvenes que le acompañaban y que tanto le habían ayudado en la difusión de su pensamiento. El viejo Agustín afirmó que si Quintín confiaba en ellos, él también lo haría.

Los cuatro se encaminaron por un sendero que conducía a una mina de oro abandonada y cerrada por peligro de desprendimientos. Quintín Lame casi no recordaba el camino que debían seguir para llegar al lugar donde permanecía oculto el tesoro, por lo que el chamán los guio con sumo cuidado. Dejaron a un lado las galerías abiertas y apuntaladas y se adentraron en un estrecho pasadizo por el que tuvieron que reptar a cuatro patas para llegar a una especie de sala de seis metros de ancho por tres de alto. Agustín les aguardó fuera sentado en una roca de la galería. Al principio no se veía nada, la oscuridad era total, pero al menos podían ponerse de pie y respirar sin dificultad. El chamán les dijo que esperasen en silencio y sin encender fuego alguno, pues pasados unos minutos sus ojos se acostumbrarían a la oscuridad y verían brillos intensos que salían de las piedras. Solo entonces podrían descubrir las relucientes piezas de oro escondidas entre las rocas.

Se quedaron maravillados al contemplar las piezas. En primer término aparecieron figuritas precolombinas de mujeres zenúes del norte, que atestiguaban el importante papel desempeñado por la mujer en las ceremonias de culto. También encontraron las pequeñas figuras ornamentales de guerreros, los famosos *tunjos*, que se arrojaban a la laguna de Guatavita. Pero cuando los ojos ya empezaban a acostumbrarse a la escasa luz de la sala de «La Ofrenda», un poco más atrás, se toparon asombrados con la preciosa estatuilla del Cacique quimbaya, realizada íntegramente en oro. Era una figura de hombre sentado con las piernas abiertas y las manos reposando en sus rodillas. Llevaba colgado al cuello lo que podría ser un *poporo*, y tenía el rostro de un hombre joven de torso atlético con marcados rasgos de la etnia quimbaya. Quintín Lame les explicó que esa pieza provenía de la zona del eje cafetero, al norte del Valle del Cauca. El Cacique quimbaya era de tamaño reducido, como

casi todas las piezas escondidas, medía unos 22 centímetros de alto por 13 de ancho. Fijándose más, descubrieron otra pieza reluciente y asombrosa: el Poporo quimbaya, un objeto que se utilizaba para beber infusiones de coca, solo que este estaba realizado en oro y era de una singular belleza de líneas y volúmenes. Violeta se atrevió a coger entre sus manos una curiosa figurita que parecía un pájaro, realizado con maestría, de forma esquemática y con incrustaciones geométricas.

—Es uno de los numerosos artefactos que fabricaban los quimbayas —le explicó Quintín Lame, misterioso.

El momento esperado llegó cuando apareció ante sus ojos, encima de una roca perfectamente plana y segura, la balsa Muisca. Brillaba con una intensidad deslumbrante y su fragilidad llamaba la atención. Junto a la famosa pieza había un manuscrito guardado en una piel que Manuel sacó con delicadeza y antes de comenzar a leer les dijo que se trataba de un escrito fechado en 1638, obra de Juan Rodríguez Freyle. Luego leyó:

—«En aquella laguna de Guatavita hacían una gran balsa de juncos, adornada lo más vistosa que podían. Estaba toda la laguna coronada de indios y por toda la circunferencia el humo de los fuegos y sahumeros impedía la luz del sol. Desnudaban al heredero del cacique y lo untaban y rociaban todo con oro polvo, de tal manera que iba todo cubierto de ese metal. Metíanlo en la balsa, derecho, y a los pies le ponían un gran montón de oro y esmeraldas para que las ofreciera a su Dios. Partiendo la balsa sonaban cornetas y fotutos, con un gran vocerío que atronaba montes y valles, y al llegar al medio de la laguna hacían señal de silencio. Hacía el indio dorado su ofrecimiento echando todo el oro y esmeraldas que llevaba en medio de la laguna. Concluida la ceremonia comenzaba la grita con grandes corros de bailes y danzas a su modo. De esta ceremonia se tomó el nombre de El Dorado.»

Los tres permanecieron extasiados ante la belleza de la narración y miraron con devoción la pieza dorada con sus ricas filigranas de oro brillante y luminoso. Extrañamente, a medida que aparecían ante sus ojos los objetos del tesoro, la sala se iluminaba y podían discernir con claridad los detalles de las piezas realizadas por estas culturas indígenas con habilidad y maestría.

—¡Es portentoso! ¡Las figuras son preciosas! —exclamó emocionada Violeta.

—Gracias, Manuel, por mostrarnos la herencia de nuestros antepasados. Nos sentimos muy halagados y honrados. Es una suerte que las hayan podido preservar durante tanto tiempo a salvo de la codicia de los profanadores de tumbas —añadió Rodrigo, agradecido.

—Aquí es donde mejor están hasta que llegue el momento en que la luz alumbre con justicia la mente de los gobernantes y se puedan mostrar al pueblo en lugar adecuado y seguro, como merece nuestro legado cultural. Mientras tanto, comprenderéis que hay que mantenerlo oculto —dijo Quintín Lame.

Totalmente de acuerdo con mantener en secreto el tesoro de las culturas indígenas, agradecieron a Quintín Lame el preciado regalo que les había ofrecido. Rodrigo y Violeta llevarían en su corazón el recuerdo de esa visión magnífica que les acompañaría siempre, pero que no podrían transmitir a nadie.

Esa mañana en la casa de la familia Saramago reinaba la alegría. Había llegado la última carta de Violeta con las noticias de su nueva vida en Bogotá y la foto en que aparecía con su prometido. Odilo leía despacio, disfrutando con cada frase, mientras Rosalía y Andrés escuchaban con una sonrisa en los labios. En la fotografía, realizada en un estudio de Bogotá, se veía a Rodrigo sentado en un banco de madera, con una mano apoyada en la rodilla y con la otra tomando la mano de Violeta, que aparecía de pie tras él, levemente separados por el banco, con una espléndida sonrisa de orgullo mirando retadora a la cámara. Rodrigo también miraba a la cámara, pero su rostro se veía serio y concentrado en una pose de dignidad. Llevaba su peculiar flequillo domado hacia atrás y vestía un impecable traje negro con corbata y cuello duro. Violeta lucía hermosa con un vestido de color claro entallado a la cintura con un bonito cinturón de pedrería, cerrado hasta arriba del cuello con blonda de encaje y con mangas abollonadas en los hombros a la moda del momento, sin sombrero y con el pelo recogido en la nuca. Posaban delante de un fondo habitual en los estudios de la época: un paisaje romántico de nubes, columnas y árboles agitados por la brisa. Formaban una buena pareja y se notaba que irradiaban felicidad.

—¡Qué guapos están! Violeta ha cambiado en estos años, se ha hecho más mayor. Está preciosa, pero se nota la transformación, ya no es la chiquilla alocada que se pasaba el día corriendo descalza por la playa. Ahora es toda una mujer. Y el novio es un buen mozo. ¡Qué ojos tiene el colombiano! Y qué moreno es. ¡Ay, Dios mío! Tendrán unos hijos hermosos, ya los estoy viendo. ¡Qué alegría más grande! —dijo Rosalía, que, emocionada, no paraba de hablar y de mirar la fotografía una y otra vez en busca de algún detalle perdido.

—Parece que mi hermanita ha sentado la cabeza. Mejor así. Sí que es verdad, madre: se les ve felices. Y por fin ha dejado la selva, que no era lugar para ella —añadió su hermano Andrés.

Odilo Saramago continuó releendo la carta, que era como un bálsamo para su ánimo, después de tantos años preocupado por las andanzas de su hija. Apreció que Violeta se sentía realizada, con proyectos de trabajo interesantes y que había encontrado de nuevo el amor, pero esta vez al lado de un hombre cabal. «No como el miserable de Alonso Castro de Madariaga y sus viles engaños de conquistador trasnochado», pensó. Le pidió la fotografía a su esposa y miró otra vez, con más detenimiento, el rostro de Rodrigo Galán.

—Tiene la mirada dura pero limpia. Creo que este joven sabrá cuidar y amar a nuestra Violeta. —Lanzó un profundo suspiro de alivio y se encendió un puro para celebrar las buenas nuevas llegadas, por fin, desde Colombia. En ese momento sintió que no había felicidad mayor que tener buenas noticias de los hijos, notar su plenitud, sus logros y sus energías—. Violeta merece encontrar sosiego y estabilidad en su vida. Es una mujer generosa y valiente. Ahora le toca a ella ser feliz —dijo, retirándose hacia su despacho.

El 8 de junio de 1911 estaba convocada una manifestación de estudiantes y profesores de la Universidad Nacional de Colombia, junto con trabajadores y algunos campesinos venidos de los alrededores para conmemorar como todos los años la fecha de la cruel matanza de los cafetales. Estaba convocada al atardecer y partiría hacia la plaza Bolívar. Violeta le dijo a Rodrigo que si Amelia se encontraba mejor se reuniría con ellos por la noche en la plaza, en una esquina acordada. El caso es que Amelia llevaba días enferma en cama con mucha fiebre y necesitaba sus cuidados. Dudó hasta el último momento si ir con Rodrigo a la concentración o acudir a cuidar a su amiga. Para ella era importante esa fecha porque rememoraba el horror de una masacre que no había olvidado; pero Rodrigo la disuadió y le dijo que Amelia la necesitaría más, dadas las circunstancias.

—Nos veremos luego. Dale muchos recuerdos y que se cure pronto. Me voy, llego tarde. Llévate a *Cholo*, os hará compañía —dijo, riéndose desde la puerta del piso.

Violeta cogió al perro y le puso la correa. Se encaminó hacia el barrio de Perseverancia, pero al ver que las calles se empezaban a llenar de manifestantes, que salían en animados grupos hacia el centro de la ciudad, decidió dar un rodeo para caminar más ligera con *Cholo* a su lado. «La que se está preparando, esta concentración va a ser fuerte», reflexionó mientras caminaba apresurada. Y tenía razón, porque la gente estaba ya harta del ambiente generalizado de corrupción y deshonestidad que regía en la administración pública. Conmemorar la Masacre de los Cafetales era una ocasión propicia para desfogar toda la rabia contenida y alzar la voz contra los que mal gobernaban el país rodeados de abusos y privilegios, mientras el paro aumentaba y en los barrios del sur de Bogotá reinaba el hambre y la miseria.

Cuando los manifestantes llegaron al centro de la capital fueron recibidos por ráfagas de los guardias del palacio presidencial. Se produjo una confusión tremenda, pero la masa de concentrados era enorme y no se dejaron intimidar por los disparos al aire. Los gritos y la tensión aumentaban y los manifestantes siguieron avanzando enardecidos por la ira de encontrarse con una represión tan desproporcionada. Los disparos produjeron el efecto contrario, y en vez de resultar disuasorios les dieron el coraje necesario para estallar de indignación. Algunos empezaron a lanzar piedras contra los cristales del palacio presidencial. A las diez de la noche Rodrigo se encontraba en la calle entre las carreras Ocho y Nueve, cerca del Congreso, cuando cayó asesinado por disparos de la Policía Nacional. Un tiro en la espalda le alcanzó de lleno y murió en el acto. Se produjo una desbandada general y la gente, presa del pánico, corrió despavorida en todas las direcciones. En la estampida algunos pisaron el cuerpo de Rodrigo Galán que yacía inerte en medio de la calle. Los minutos siguientes fueron de total confusión. Nadie era consciente todavía de la magnitud de la tragedia que se acababa de producir.

Esa noche el azar, el destino o la mala suerte se unieron para que se produjeran dos terribles coincidencias: por un lado se conmemoraba el aniversario de la Masacre de los Cafetales, y el tiro que había acabado con la vida de Rodrigo Galán salió de la Policía Nacional, cuyo comandante era Cortés Vargas, apodado cínicamente «el héroe de la Masacre de los Cafetales», y que fue él quien había dado la orden de abrir fuego hacia seis años en la manifestación de Puerto Buenaventura, donde murieron trescientas personas.

Justo en el momento en que Rodrigo fue abatido por la espalda se estaba retirando para reunirse con Violeta en una de las esquinas de la plaza Bolívar. Instantes antes del disparo mortal había oído las campanadas de una iglesia cercana dar las diez de la noche, y ya se apresuraba para no llegar demasiado tarde, por eso corría. No le dio tiempo a analizar lo que le pasaba. Notó una fuerte sacudida en la espalda y se desplomó hacia un lado, tratando de protegerse. Solo tuvo tiempo de pensar en Violeta, en que llegaba tarde, en que lo buscaría preocupada por la plaza todavía abarrotada de gente. Y en ese instante se le escapó la vida.

Pasado un tiempo los amigos de Rodrigo le echaron en falta y se movilizaron para buscarlo en grupos. Los disparos se habían dejado de oír, pero reinaba el miedo y el desconcierto. Una lluvia intensa comenzó a caer sobre la plaza Bolívar. Los manifestantes se disolvieron en grupos, disuadidos por la tormenta. En medio del barullo general tres estudiantes encontraron el cuerpo de Rodrigo donde había caído, entre las carreras Ocho y Nueve. Lo recogieron empapado de lluvia y sangre y lo cubrieron con sus prendas. Unas calles más abajo, Violeta llevaba una hora esperando en el lugar convenido. Desesperada, recorrió la plaza ya casi vacía preguntando a todo el mundo si habían visto a Rodrigo Galán, ¿en qué carrera?, ¿cuánto hacía?, ¿a qué hora?, ¿con quién iba? Las respuestas no concretaban nada. Un estudiante amigo le dijo que se estaba corriendo la voz de acudir todos a la Casa del Estudiante.

—Algo debe de estar pasando. —Y la apremió para que no se mojaran más y fueran hacia allí, porque la tormenta arreciaba y el sonido de los truenos amplificado por las montañas cercanas multiplicaba la sensación de pánico.

Violeta empezó a temerse lo peor. Su corazón latía tan deprisa y tan fuerte que le dolían los oídos y le costaba respirar. Corrió cogida de la mano de su amigo hasta la Casa del Estudiante, que se encontraba en pleno centro. Dentro del local abarrotado se produjo un respetuoso silencio al llegar Violeta.

—¿Dónde está Rodrigo? —preguntó angustiada.

No hubo respuestas. En un movimiento colectivo, los estudiantes y profesores reunidos en asamblea fueron abriendo un pasillo para que Violeta pasara. Habían colocado el cadáver sobre dos mesas unidas, y con mucho cariño habían limpiado su cara y adecentado sus ropas sucias de barro, sangre y pisadas. Los congregados lloraban impotentes. El dolor se apoderó de sus jóvenes corazones anestesiados hasta entonces por la tragedia. Violeta se acercó a su lado, serena, sin lágrimas, mirándolo con una inmensa ternura. Le pasó la mano por el mechón de pelo rebelde y se lo retiró de la cara, como siempre hacía él. A continuación pidió una manta y se la colocó enrollada debajo de la cabeza. «Así estará mejor», susurró. Alguien le acercó una silla y Violeta se sentó. Le tomó las manos, ya frías, y las acarició para que entrasen en calor. Luego preguntó cuánto tiempo hacía que lo habían traído. Sabía que estaba muerto pero quería que le dijeran cuándo había expirado. Le contestaron que cuando lo encontraron, hacía unas tres horas, ya estaba muerto.

Los amigos más íntimos de Rodrigo, que a esas alturas de la noche ya conocían cómo habían sucedido los hechos, permanecieron en silencio, pendientes de Violeta. No querían interrumpir con más explicaciones y detalles esos momentos de encuentro y despedida. Esperaron con una extraordinaria delicadeza a que ella preguntara, hasta que uno de ellos hizo una señal para que todos se retiraran y los dejaran solos. Violeta agradeció la intimidación ofrecida por sus compañeros para estar con Rodrigo y besarle suavemente en la boca, en los ojos, en las cejas, en su frente noble, en las mejillas apagadas, en su pelo negro. Solo entonces se permitió abrazarlo y decirle un montón de cosas al oído. Esas palabras que a todos nos gustaría decir a la persona amada antes de que fuera demasiado tarde, cuando todavía hay tiempo.

—Y ahora, por favor, contadme lo que ha pasado, sin omitir ningún detalle. Quiero saber quiénes han sido los mal nacidos que han asesinado a Rodrigo —dijo Violeta por fin con una serenidad ejemplar, sin dejar de mirar el rostro de su prometido y sin soltar en ningún momento sus manos.

Explicaron lo que sabían y le informaron que habían decidido en asamblea acordar un paro general para el día siguiente, paralizar la universidad, sabotear el tranvía municipal, convocar a los comerciantes para que cerraran también en señal de protesta.

—Y todavía nos quedan horas de noche para organizar el solemne funeral que merece nuestro mártir. Mañana toda Bogotá va a tener el aspecto de una ciudad muerta. Vamos a vengar y rendir homenaje a Rodrigo Galán, que a partir de ahora es nuestro símbolo, el símbolo del movimiento estudiantil colombiano —explicaron los estudiantes.

Violeta les escuchaba sin apartar los ojos de Rodrigo. Notaba cómo la ira y la rabia de los presentes se iba sobreponiendo al dolor, y cómo esa fuerza y ánimo de venganza se volvían incontenibles. No había nada que los detuviera y le parecía bien que así fuera. Fue entonces, a medida que las voces de los congregados en la asamblea aumentaban de volumen, y las intervenciones se sucedían imparables porque cada cual quería aportar su idea, su plan, su estrategia para responder al vil asesinato por la espalda del líder estudiantil, cuando Violeta se quebró y rompió a llorar en silencio, como si sus ojos fueran un río que se desborda.

Al día siguiente la reacción fue impresionante. Los estudiantes se movilizaron para que todo el mundo conociera lo sucedido y se denunciara en la calle la represión de las fuerzas gubernamentales. La manifestación convocada se agigantó con la participación de obreros, empleados, comerciantes y gentes del pueblo. La terrible refriega callejera que aún continuaba por la mañana temprano enardeció a los estudiantes, que tomaron la dirección de las manifestaciones y de los paros generalizados en toda Bogotá. «La ciudad entera rinde homenaje a los restos de Rodrigo Galán y la más hermosa manifestación que haya presenciado Bogotá acompaña al cadáver hasta la Asociación Nacional de Estudiantes, donde permanecerá instalada su capilla ardiente», escribieron ese día los periódicos.

Nada más solemne que el funeral del joven estudiante, al que acudieron ciudadanos de todos los estamentos sociales. Desde la iglesia de San Ignacio hasta el cementerio, las calles se llenaron de gente que desfilara con coronas y banderas. En medio del sentimiento de luto general, convivía la furia por el cobarde asesinato, y la población la emprendió contra los tranvías, contra la Policía, contra los funcionarios y hasta con los parientes del presidente Abadía, quien, atemorizado por la repercusión pública del asesinato, ordenó tres días de duelo en la ciudad. La imagen del sepelio sobrecogía por el respeto y el dolor acumulado y por la masiva afluencia de asistentes. El cadáver de Rodrigo Galán, conducido a paso lento y acompañado por una inmensa manifestación de rechazo al poder en las calles, fue custodiado por una guardia de honor que lo acompañó hasta la basílica en procesión encabezada por la Asociación de Estudiantes. Todos vestidos de riguroso negro.

La fatalidad quiso que Violeta y los padres de Rodrigo se conocieran en esos momentos de dolorosa pérdida. Durante el tiempo que el cuerpo del joven permaneció en la capilla ardiente, Violeta estuvo en primera fila, junto con sus compañeros, velando su cadáver rodeado de flores, ramos y banderas. Sin preocuparse de pensar en nadie más que en Rodrigo, sobrepasada y aturdida por las muestras masivas de cariño y de pena, tratando de mostrar la dignidad y la entereza que su memoria merecía. Todo había ocurrido tan deprisa, de forma tan inesperada, que fueron los propios estudiantes los que se hicieron cargo de que Rodrigo Galán tuviera una despedida pública con la dimensión de un héroe estudiantil; y los padres no tuvieron más remedio que enterarse cuando el protocolo ya estaba en marcha. Casi sin capacidad de reacción.

Los padres de Rodrigo, ayudados por alguno de los profesores, pudieron entrar no sin dificultades en el local de la Asociación de Estudiantes, donde no cabía un alfiler, y abriéndose paso entre la multitud llegaron hasta el ataúd abierto donde reposaba su hijo, dignamente vestido con el traje y corbata oscuros que había estrenado el día que se hicieron la fotografía en un estudio de Bogotá para enviar a los padres de Violeta. Fue ella quien se encargó de vestirlo, ayudada por Amelia y sus amigos. Rodrigo estaba guapo. Su rostro no reflejaba crispación, parecía dormido. No obstante, sobrecogía ver un cuerpo de veintiocho años sin vida. Violeta seguía sin apartar sus ojos enrojecidos de la figura de Rodrigo. No quería perder ni un solo instante de contemplación. Sabía que eran los últimos. Luego, cuando la capilla ardiente concluyera, cerrarían la caja y nunca más en vida volvería a verlo. Era lo único que le quedaba, lo único que le habían dejado: un muerto joven. Le parecía tan cruel, que con gusto se rebelaría y se quedaría a su lado para siempre.

Los padres de Rodrigo permanecieron de pie, solemnes e inmóviles, junto al cuerpo de su hijo. Lo contemplaban con esa mirada incrédula de no creerse que la vida ya nunca regresará. Iban elegantes y de riguroso luto, y ni siquiera se atrevieron a tocarlo. Doña Leticia, en cierto momento, se tuvo que apoyar en el brazo de su marido porque a punto estuvo de desvanecerse. La noticia les había llegado por la mañana, al alba. No habían tenido tiempo de hacerse a la idea de todo el torbellino vivido en esas últimas horas. Su elevada clase social les sirvió para comportarse con un distanciamiento protocolario que ocultaba sus sentimientos, aunque estuvieran rotos por dentro. Así aguantaron cinco largas horas, hasta que la cola de personas que querían despedirse de Rodrigo se adelgazó, y los organizadores prepararon el siguiente acto: la marcha fúnebre por las calles enlutadas de Bogotá. En ese breve intervalo de tiempo hubo un momento en que las miradas de Violeta y los padres de Rodrigo se cruzaron y se detuvieron en el reconocimiento. Un instante. Fue entonces cuando Violeta se aproximó al ataúd y, antes de que lo cerraran, besó a Rodrigo en la frente.

—Adiós, mi amor. Gracias por haberte conocido —le dijo en voz apenas audible.

A Julián Galán y Leticia Gallardo no se les escapó ese gesto breve e íntimo de la joven. Dedujeron que debía ser la muchacha española de la que les había hablado su hijo con entusiasmo unos meses atrás. Por su parte, Violeta, al incorporarse a su sitio, a la derecha del féretro, notó cómo los padres de Rodrigo la miraban con curiosidad, pero nadie se movió del lugar asignado. «Qué ironía del destino —pensaba Violeta—, cuando nos prometimos yo estaba deseando conocer a sus padres. Rodrigo me comentó que los estaba preparando porque eran muy especiales y deseaban que primero se estableciera como abogado o en la empresa de su padre, antes de hablar de compromisos o de posible boda. Y ahora nos conocemos en tu funeral... Te has ido demasiado pronto.»

La salida a las calles fue apoteósica: la gente gritaba vivas al estudiante asesinado y muerte al Gobierno represor. El clamor aumentaba a medida que la marcha fúnebre recorría el camino a paso lento entre una multitud enardecida y desbordante de emociones y sentimientos. Los estudiantes arrojaban a Violeta en todo momento. Los gritos de «¡García Vargas asesino!» se empezaron a corear con rabia y los padres de Rodrigo se sintieron sobrepasados por la dimensión que estaba tomando el sepelio. No se podían imaginar la popularidad que tenía su hijo y el cariño que le demostraban sus compañeros. Creían que el resto de la muchedumbre se unía para dar rienda suelta a su hartazgo, y que el asesinato de Rodrigo les servía de excusa para lanzarse a las calles y denunciar la represión. Tenían miedo, nunca se habían encontrado en una situación así. Violeta se dio cuenta y tomó la iniciativa para que se sintieran más protegidos y comprendieran —si podían— de qué iba toda esta historia. Les dijo a sus compañeros de la Asociación de Estudiantes que colocaran a los padres de Rodrigo justo detrás de los diez jóvenes, cinco a cada lado, portadores del féretro.

—Les corresponde ese lugar, se les ve temerosos de que la manifestación desborde al funeral y todo estalle. Hay que protegerlos. Traedlos aquí y yo me pondré a su lado o detrás. Vamos, ¡deprisa, deprisa! —ordenó Violeta, haciéndose cargo de la situación.

Cuatro estudiantes los condujeron hasta la cabeza del cortejo y los situaron en lugar destacado, junto a Violeta, protegidos a ambos lados por miembros de la Federación. Don Julián y doña Leticia agradecieron el gesto con la mirada y se tranquilizaron un poco al ser rescatados del gentío que cada vez apretaba más para avanzar y colocarse delante. Nadie dijo nada. No era momento para presentaciones ni para agradecimientos. La tensión era tan fuerte que se limitaban a andar al paso tratando de contener los atronadores latidos de sus corazones. Violeta caminó al lado de los padres de Rodrigo y se sintió orgullosa de semejante manifestación, de cómo hervía la ciudad de Bogotá al paso del cadáver de Rodrigo Galán, de cómo la gente defendía sus derechos pisoteados, de la protesta masiva porque habían segado la vida de un joven que no había hecho nada malo. «Rodrigo, te gustaría verlo. Es todo un espectáculo», pensó.

A pesar de la intensidad de la marcha hacia el cementerio, el orden se mantuvo milagrosamente. Los organizadores lograron que se impusiera el respeto al joven asesinado y que la última ceremonia se desarrollara con la misma brillantez. En el camposanto, uno de los secretarios personales del presidente hizo acto de presencia muy discretamente para acercarse a los padres de Rodrigo y ponerles en antecedentes de lo sucedido la noche anterior. Tenía que dar la versión oficial de los hechos para encubrir todo el horror de la violencia desatada contra la población.

—Don Julián, doña Leticia, todo ha sido un desgraciado y lamentable accidente. Los manifestantes estaban atacando el palacio presidencial y la Policía Nacional tuvo que intervenir con disparos disuasorios. La fatalidad quiso que una bala perdida alcanzara la espalda de su hijo —informó en voz baja y temblorosa el servil ayudante del presidente mientras se celebraba la misa funeral por el eterno descanso de Rodrigo.

Leticia Gallardo no abrió la boca pero clavó sus ojos en el mensajero con un odio y un desprecio infinitos, al tiempo que su marido le respondía:

—Pero ¿a quién se le ocurre sofocar una gran manifestación a tiros? Nos vamos a enterar de quién dio la orden de disparar y voy a pedir su cabeza. Ha sido un asesinato en toda regla, un vil asesinato que no va a quedar impune, se lo aseguro. Dígaselo al presidente.

Un par de amigos de Rodrigo que observaron la escena intuyeron los sucios manejos del secretario, se acercaron y cogiéndole por el codo le invitaron a salir de la iglesia.

—Cómo se atreve usted, sanguijuela, a manchar el nombre de Rodrigo Galán y ofender a sus padres con mentiras. Largo de aquí, si no quiere que se produzca un linchamiento en pleno funeral. ¡Fuera!

Terminado el funeral y en medio de un silencio solemne, doña Leticia se acercó a Violeta, que permanecía rodeada de amigos y de Amelia, que aguantaba la fiebre y el malestar como podía porque en esos momentos debía estar junto a su amiga, y se presentó como la madre de Rodrigo.

—Usted es Violeta, ¿verdad? Rodrigo nos habló con mucho entusiasmo de usted. ¡Qué tragedia tan grande! Tenía tanta vida, tantos planes. Me gustaría saber si estaba usted a su lado cuando ocurrió...

Violeta reconoció en su hermoso rostro los rasgos fuertes y expresivos de Rodrigo. Era una mujer morena, esbelta y de fuerte complexión, una belleza colombiana que todavía conservaba la tersura de la juventud. Dudó unos instantes si debía abrazarla o no procedía. La vio con un dominio tan absoluto de la situación, a pesar de su dolor, que no lo hizo y simplemente le tendió la mano a modo de saludo cortés.

—Sí, me llamo Violeta Saramago. Y no estaba a su lado cuando lo mataron. Habíamos quedado en encontrarnos sobre las diez en los alrededores de la plaza Bolívar después de la manifestación —dijo cogiendo aire para hablar con entereza—. Lamento mucho su pérdida y les acompaño en el sentimiento.

Le gustaría haber tenido el valor suficiente para decirle que su hijo era una gran persona y que lo amaba profundamente. También se quedó con ganas de decirle que iban a seguir luchando y protestando para que los culpables pagaran su ignominioso comportamiento y vengar así la muerte de Rodrigo. Y que se sentía orgullosa de la imponente reacción de la ciudad ante su asesinato. Pero las emociones eran tan fuertes que se le apoderaban y las palabras auténticas no le salían.

De improviso Amelia irrumpió en la escena y, sin poder aguantarse, le pasó a Violeta un brazo por los hombros, como protegiéndola, y mirando de frente a doña Leticia le dijo con su desparpajo habitual:

—Le doy mi más sentido pésame, señora. Y quizá le convendría saber que Rodrigo y Violeta eran novios, estaban prometidos, vivían juntos desde hacía tiempo y se adoraban. Formaban una pareja perfecta, que esos desalmados cobardes han roto sin motivo. Y por si no lo sabían, porque a veces los padres son los últimos en enterarse de estas cosas —añadió intencionadamente—, su hijo pensaba casarse este mismo año con mi amiga.

Doña Leticia la escuchó atentamente pero con distanciamiento. Volvió la cabeza buscando ansiosamente a su marido y en cuanto vio que se dirigía hacia ellas, se despidió educadamente de las dos chicas para ir rápida a su encuentro, un poco confundida.

Violeta la vio alejarse y comprendió que la mujer estaba sobrepasada por los acontecimientos. Acto seguido regañó cariñosamente a Amelia por haberse metido donde no la llamaban.

—Lo tenía que saber, Violeta. A ver si esta dama de la alta sociedad con sus modales exquisitos, más fría que un témpano, se cree que eras una cualquiera. Tú eres la mujer de Rodrigo y te deben el mismo respeto o más que tú a ellos por ser sus padres. Ahora ya lo saben —se justificó Amelia, y como excusa arguyó que se le había subido la fiebre a la cabeza y que por esa razón se atrevió a hablarle así.

Violeta sonrió por primera vez en todo el largo día mientras se encaminaban hacia donde las esperaban los íntimos de Rodrigo. Debían informarlas de todo lo que se preparaba para mañana. En Colombia, ya se sabía, todo era a lo grande, excesivo, cuando el daño apretaba. Al salir del cementerio Violeta pensó en todos los planes que tenían de vivir juntos, y se sintió vacía sin Rodrigo a su lado.

—Vamos, Violeta, a Rodrigo le hubiera gustado que siguieras metida en los líos en los que te metes siempre —le dijo Amelia al ver la tristeza instalada en sus ojos cansados.

Al día siguiente funcionó el efecto llamada y cerca de diez mil estudiantes de diversas facultades marcharon nuevamente hacia el centro de Bogotá, y su paso fue bloqueado por la fuerza pública. Intervino el Ejército, que ordenó una brutal represión y los soldados comenzaron a disparar contra los estudiantes. Nueve víctimas más se sumaron al sacrificio de Rodrigo Galán. Como resultado de estas muertes aumentó la rebelión de los trabajadores y los estudiantes y se generaron violentas revueltas en las calles. El 9 de junio se reunieron en el Gun Club de Bogotá el presidente de la República y representantes de la élite política. Discutieron los acontecimientos y decidieron pedir la renuncia a los funcionarios de «la rosca». También fueron forzados a abandonar sus cargos el ministro de la Seguridad y el general Cortés Vargas. Con estas destituciones políticas, la calle y algunos diarios bogotanos censuraron que lo que no se hizo con la muerte de muchos obreros meses antes, sí se hacía ahora con la muerte de un estudiante de la élite bogotana, quien además era hijo de un amigo personal del presidente de la República. El malestar social alcanzó sus niveles más altos cuando desde la presidencia se difundieron comunicados argumentando que las muertes de los diez estudiantes «fueron actos de legítima defensa».

Los estudiantes, espoleados por la hipócrita manipulación propagandística, declararon la jornada sangrienta del 9 de junio como «el Día del Estudiante» en Colombia. «Y desde entonces este día servirá para recordar a sus mártires; a todos aquellos que han perecido por causa de sus convicciones y que han luchado por hacer realidad el sueño de una Patria más equitativa», tal y como escribió en su editorial el diario *El Tiempo* ese mismo día. Por su parte, *El Espectador* llevó a su portada en grandes titulares: «Líder estudiantil asesinado por las balas de Cortés Vargas»; y su director, Fidel Cano, se puso en contacto con Violeta para expresarle sus profundas condolencias a la vez que le ofrecía un puesto como cronista siempre que estuviera dispuesta a viajar por las distintas regiones de Colombia. La Flor del Trabajo, María Ángeles Cano, enterada de la tragedia, había mediado ante su tío para que ayudara a Violeta a superar la muerte de Rodrigo entregándose a un trabajo para el que parecía especialmente dotada.

Los días posteriores, cuando la calma regresó a la ciudad y el cuerpo de Rodrigo descansaba bajo tierra, fueron los peores para Violeta. Recorría su pequeño piso encontrándose su olor y sus cosas por todas partes. El dolor se le hacía insoportable y tenía que salir a la calle, perderse por las carreras siempre animadas que se abrían desde La Candelaria para cerciorarse de que había vida tras el sufrimiento agudo que la embargaba. Afortunadamente, el fiel *Cholo* le hacía compañía y no se separaba de su lado. Recordaba que a veces pensaba que iba todo tan bien en su vida que algo tenía que torcerse, romperse la felicidad por algún sitio. El desánimo junto al agotamiento físico la embargaron y durante tres días permaneció en la casa sin salir, erosionada, tumbada en la cama en la que durante cuatro años compartieron tantas noches de amor, conversación, confidencias y risas. Echaba tanto de menos su risa ante cualquier comentario suyo, su alegría contagiosa y ese ímpetu arrollador para proponer siempre algo, ya fuera salir a dar un paseo por el barrio al anochecer, preparar una manifestación con cualquier excusa —¡y había tantas para hacerlo!—, convencer a los jóvenes profesores con los que preparaba el doctorado para que se involucraran en los movimientos de protesta, viajar a Ciudad Perdida, organizar comités de apoyo para los representantes indígenas, terminar la carrera... A Rodrigo le faltaba tiempo para vivir todo lo que quería hacer, las veinticuatro horas del día le resultaban insuficientes. Nunca hubiera imaginado que aquel día en que junto a Quintín Lame había conocido al joven estudiante de voz cautivadora dirigiéndose a un auditorio entregado, ese mismo joven llegaría a ser el hombre con el que habría querido pasar el resto de su vida. Sin embargo, qué poco tiempo le habían dejado a su lado. Ya no quería imaginarse —como hacía a menudo— cómo serían los siguientes años con Rodrigo. Esa felicidad soñada, anhelada, la desechaba rápidamente de sus pensamientos, porque si no lo hacía, el dolor resultaría insoportable.

Amelia dejó de dormir por las mañanas en su casa, y cuando salía del prostíbulo se acercaba al piso de Violeta para hacerle compañía. Se interesaba por todo, le preguntaba si comía, si dormía un poco, si salía a que le diera el aire, tratando de sacarla del sopor que la invadía como una niebla densa que le impedía ver lo que había al otro lado de su pena. Sintió una punzada en el corazón el día que Violeta, ante sus intentos de animarla, le dijo:

—La melancolía es la felicidad de estar triste.

Esta frase le reveló que su amiga empezaba a sumergirse en un pozo sin fondo, pero Amelia no sabía a quién acudir para que la ayudara a sacarla de ahí. A Violeta le estaba pasando lo mismo que cuando había sufrido el desengaño con Alonso Castro de Madariaga, solo que entonces era una joven de diecinueve años sin experiencia en enamoramientos repentinos, y ahora la pérdida era mucho más honda porque estaba convencida de que Rodrigo era el compañero perfecto para pasar la vida juntos, y eso tan difícil de encontrar, ella lo había perdido. Amelia era consciente de que había entrado en un proceso de ruina, de desgarramiento y aislamiento del que convenía rescatarla.

—No debes dejarte abatir por la tristeza. A Rodrigo no le gustaría nada verte así, Violeta. Hay mucha gente que te quiere y que te espera: todos vuestros amigos están deseando que te pases por la Asociación Nacional de Estudiantes. Sé que están preparando un homenaje a Rodrigo y cuentan contigo. Seguro que un día de estos aparece por esa puerta el grandullón de Manuel Quintín Lame para darte un abrazo de oso, porque ya se habrá enterado de lo que ha sucedido aunque esté viviendo en la selva. Lo mismo pienso del francés, que no tardará en llegar, con lo que te aprecia ese hombre, y toda la gente que conoces y te admira tanto. Por cierto, ¿sabes algo de los padres de Rodrigo? Me extraña que no se hayan acercado a verte, a recoger sus pertenencias. No sé, pero me parece raro. No lo entiendo —añadió Amelia.

—Yo no espero que vengan. En todo caso mandarán a alguien por las cosas de Rodrigo. De todas formas, hay cosas de él que me gustaría conservar. Creo, Amelia —le confesó con tristeza—, que ellos me consideran un accidente en la vida de su hijo, alguien que acrecentó la distancia que ya había entre ellos.

—Puede ser. Me parecieron muy estirados. De cualquier forma, ellos se lo pierden. Sabes lo que pienso al respecto: que la gente de la alta sociedad es muy remilgada con las costumbres. Estoy segura de que si os hubierais casado, ahora te aceptarían como a una hija, y solo por un papel firmado, porque vosotros llevabais juntos cuatro años. Erais como un matrimonio.

Violeta le dijo que lo dejara, que no quería seguir hablando mal de los padres de Rodrigo.

—Ellos estarán sufriendo su pérdida igual que yo. —Y de un cajón sacó una carta con membrete de la dirección de *El Espectador* en la que le ofrecían la posibilidad de tener un trabajo como cronista.

—¡Magnífico! Es lo que tú querías: trabajar en ese periódico. Además te vendrá muy bien estar activa y dejar de darle vueltas a la cabeza. ¡Qué buena noticia! —Estuvo a punto de añadir que qué suerte que tenía, pero se dio cuenta de lo inoportuno del comentario y se calló.

—Pero no es para trabajar aquí en Bogotá. Solo me ofrecen una colaboración para viajar a zonas de población indígena y luego escribir sobre lo que he visto. O sea, crónicas de viaje. Y en las actuales circunstancias no tengo ganas de viajar, ni de irme de Bogotá ni de volver a llenarme los pies de barro. Además, si me lo ofrecen es por la mediación de María Cano a causa del asesinato de Rodrigo. No es por mis propios méritos.

—Hija, qué negativa estás. ¿Y cómo te crees tú que se consiguen las cosas? Pues por contactos y luego demostrando que se vale o no se vale. A ver cómo crees que conseguí yo este trabajo. Primero tenía la dirección de la madama y una referencia de alguien para entrar allí, que no cogen a cualquiera. No te creas. Después toca trabajar bien y duro, porque si no te vas a la calle, y no están los tiempos para rechazar un trabajo, ni el mío ni el tuyo —respondió Amelia con su demoledor sentido común.

Las intuiciones de Violeta eran ciertas. Los padres de Rodrigo sentían la inconcebible pérdida del hijo en plena juventud; y el desgarramiento del asesinato o del tiro fortuito lo consideraban una consecuencia de las malas influencias de sus amistades. Y aunque no lo expresaban, culpaban a Violeta de la implicación revolucionaria de su hijo. Querían verlo así, como si él no fuera responsable de sus actos. Se lamentaban de que no hubiera terminado sus estudios a causa de su dedicación al movimiento estudiantil. Deseaban tenerlo como abogado trabajando en la empresa del padre y casado con su hermosa novia colombiana, a la que conocían desde que habían empezado juntos a estudiar Derecho. Consideraban que la extranjera lo había enredado para apartarlo del camino recto que habían diseñado para su único y querido hijo. No querían ver —porque dolía demasiado— que antes de aparecer Violeta en su vida, Rodrigo despreciaba la clase social que representaban sus padres y sus ínfulas de grandeza. Rodrigo pensaba que pertenecer a la élite, con todos sus privilegios y comodidades al alcance de la mano, hacía que solo mirasen lo cercano, su círculo de amistades, los iguales, e ignorasen al resto. Por eso mantenía con sus padres una relación de respeto y educación, pero alejada completamente de su vida. Incluso, a veces, como le había contado a Violeta en alguna ocasión, se avergonzaba de ellos, de su aire de suficiencia y superioridad manifiesta frente a todos los que no formaban parte de su club social.

Tras lo ocurrido, los padres del joven se encerraron en su dolor en lugar de señalar con el dedo a los culpables de su asesinato, quienes, por jugarretas del destino, pertenecían a su misma casta social. Ellos eran quienes se lo habían arrebatado. Pero no alcanzaban a ver la evidencia ni la contradicción. Estaban ciegos ante el clamor que había despertado su asesinato en toda Bogotá. Ni siquiera eran conscientes de la grandeza de un joven que era más popular y querido que los ambiciosos políticos de turno que intentaban obtener la consideración del pueblo sin conseguirlo, o solo se imponían con la violencia de las armas y de leyes inhumanas e injustas. Don Julián y doña Leticia creían que la muerte de Rodrigo había sido utilizada como un detonante para las revueltas que mantuvieron a la ciudad en vilo durante una larga semana. Era triste comprobar la ceguera de quien no quiere ver lo que ocurre al otro lado de su portal o fuera de sus salones.

Violeta no los conocía, pero intuyó su forma de ser nada más verlos en la marcha fúnebre por las calles de Bogotá y posteriormente en las palabras que cruzó con la madre en el funeral.

Doña Leticia Gallardo por su parte no olvidaba la insolencia de aquella mujer, al parecer amiga de Violeta y tremendamente vulgar, que había interrumpido su conversación para informarle de que Rodrigo y la joven rubia extranjera —que parecía destrozada— vivían juntos desde hacía tiempo y que pensaban en el matrimonio. A su marido únicamente le dijo, cuando le preguntó en el funeral con quién hablaba, que Violeta era una amiga de Rodrigo. Omitió el resto de la información suministrada por Amelia. Pero pasaban los días y sintió curiosidad por conocer dónde vivía su hijo. También creyó que debía ocuparse de sus pertenencias. «Al fin y al cabo somos sus padres.» Dudaba si mandar a sus criados al domicilio o pasarse ella misma. Recordaba que hacía pocos meses cuando Rodrigo les comunicó que ya tenía un domicilio fijo en el barrio de La Candelaria, ella le ofreció varios muebles de los muchos que sobraban en la casa familiar; pero no hablaron de su novia, y Rodrigo, como solía hacer, rechazó la oferta de su madre. Lo cierto es que doña Leticia se sentía confusa, con sentimientos opuestos, llena de contradicciones. Optó por una medida prudente: mandó a dos criados para que recogieran las cosas de su hijo, con el permiso de Violeta, y le comunicaran su próxima visita para dentro de dos días. Pensaba que de ese modo el terreno ya estaría abonado para cuando ella llegara.

Las pertenencias de Rodrigo se resumían en un montón de libros y de cuadernos escritos de su puño y letra, sus calificaciones académicas, su documentación, panfletos del movimiento estudiantil, ropa, una colección de mariposas encerradas en una preciosa caja con tapa de cristal que guardaba desde que era niño y que Violeta odiaba porque no soportaba ver la muerte disecada y exhibida en un expositor, tres pares de zapatos, un reloj de bolsillo de oro, probablemente regalo de sus padres, y algunas fotografías de su familia, más el reciente retrato hecho con Violeta. Antes de que se presentasen los criados en su casa repasó las escasas pertenencias de Rodrigo, las envolvió bien y decidió quedarse únicamente con una fotografía de él cuando era niño con sus padres y la más reciente en la que aparecían juntos como diciendo al mundo: «Aquí estamos y somos felices porque deseamos las mismas cosas.» También se quedó con unas prendas para recordar su olor y algunos libros y cuadernos con su letra, que le parecieron el mejor legado que podía conservar. En un arrebato espontáneo, limpió cada rincón del pequeño piso y compró flores; al principio le pareció un detalle frívolo, pero lo hizo porque quería que la madre de Rodrigo se llevara una buena impresión del lugar que habían compartido en vida de su hijo. Con el tiempo habían ido amueblando el apartamento con sencillez pero con gracia y toques de elegancia juvenil en los pequeños detalles.

Una vez los dos criados se llevaron las cosas, Violeta se encontraba algo nerviosa ante la inminente visita de la madre de Rodrigo. Se imaginaba que iba a pasar por una inspección en toda regla, aunque fuera hecha con absoluta discreción. Amelia, solidaria como siempre, se ofreció a acompañarla en cuanto se enteró, pero Violeta respondió que debía afrontar la visita sola.

—Además, ya tengo a *Cholo* para que me defienda —bromeó.

Amelia vio en esa respuesta ingeniosa, tan propia de ella, la esperanza de su recuperación. Presintió que pronto volvería a ser la de siempre, aunque la herida de la pérdida de Rodrigo no cicatrizará nunca.

Cuando doña Leticia llegó al portal se quedó mirando la fachada del humilde edificio antiguo con gesto desaprobatorio. Subió los dos tramos de escalera hasta el segundo piso y oyó los ladridos de un perro. «No sabía que a Rodrigo le gustaran los perros. Nunca lo hubiera imaginado», pensó antes de llamar a la puerta. Iba vestida de riguroso luto y un velo de seda casi transparente colgaba de su sombrero desdibujando sus facciones. El negro total que la envolvía endurecía su expresión, sin sonreír en el saludo, permaneciendo inmutable, incluso cuando al entrar se retiró educadamente el velo hacia atrás, descubriendo su bello rostro serio que tanto recordaba al de Rodrigo. *Cholo* se acercó a olisquearle sus faldas largas y los botines de excelente piel que asomaban discretamente por debajo. Violeta lo llamó para que se alejara de ella y no molestara. Advirtió, por su actitud rígida con el chuchó, que no le agradaban los perros. *Cholo* era un perro criollo, mestizo, pequeño, de color blanco y canela en la cabeza y orejas caídas, de pelaje corto y mirada inteligente y cariñosa. Se alejó y corrió a refugiarse al lado de Violeta con un breve gruñido de resignación. Violeta le ofreció a la mujer el mejor asiento de la casa: una butaca que habían comprado de cuarta mano en un viejo anticuario del barrio, pero que lucía espléndida con su terciopelo granate recién tapizado. La compraron porque a Violeta le recordaba el asiento preferido de su padre y le evocaba toda su infancia y adolescencia en Galicia.

—¿*Cholo*? Nunca había oído ese nombre en un perro. ¿No es algo despectivo? —preguntó doña Leticia para romper el hielo.

Violeta se quedó desconcertada. No esperaba ese comienzo de conversación, precisamente. Y como solía pasarle cuando la cogían desprevenida, su preciosa cara enrojeció súbitamente. Se agachó un poco, sentada como estaba frente a su fallida suegra, y acarició la cabeza del perro.

—Ya tenía nombre cuando me lo dio mi amiga Amelia. Era su perro, pero me lo regaló porque no podía atenderlo y se pasaba el día solo. Como usted sabe, *Cholo* quiere decir mestizo, mezclado, indio. A mí me parece un nombre simpático para un perro, que además es mestizo —explicó Violeta.

—Sí, es cierto, suena bien. Recuerdo que Rodrigo cuando era niño pidió una vez un perro, pero no insistió y no le hicimos caso; porque tener un animal en casa conlleva cierta esclavitud de hábitos.

Concluida la breve conversación sobre el perro —algo que siempre daba mucho juego para empezar a hablar—, un molesto silencio se instaló entre las dos mujeres. Violeta lo rompió levantándose para ofrecerle un café recién preparado y unas pastas que apresuradamente bajó a comprar a la panadería de la esquina al darse cuenta de que no tenía nada que ofrecer. Esos minutos los aprovechó doña Leticia para pasear su mirada por el reducido saloncito que daba a la cocina y a otra habitación, cuya puerta estaba abierta y que bien podía ser el dormitorio. Se dio cuenta de que había flores frescas en un jarrón al lado de la ventana, y disponían de una nutrida biblioteca con volúmenes de leyes, ensayos, novela y poesía. La visión de los libros en un sitial de honor le agradó. Una casa con libros, y más si se ven utilizados, siempre es una buena señal, pensó. Se acercó a la estantería para hojear unos tomos bastante gruesos que le llamaron la atención: *La Costa da Morte* y *La emigración gallega en el siglo XIX*. Con su mano todavía enguantada cogió uno y pasó las hojas lentamente.

A Violeta, que acababa de entrar con la bandeja para servir el café, le pareció un buen síntoma que la visita se hubiera levantado para hojear los libros. Mientras le vertía con calma el café en su taza esperó la pregunta que sabía iba a hacerle a continuación.

—Entonces, ¿usted proviene de Galicia?, de esa zona batida por el océano. Seguro que tendrá nostalgia de ese mar tan hermoso y bravo —dijo doña Leticia, dejando el libro en su sitio y sentándose para tomar el café que olía deliciosamente.

Al hablar sobre su tierra y sus orígenes, Violeta se relajó y empezó a sentirse cómoda en presencia de la madre de Rodrigo, cuyas defensas también se iban aflojando poco a poco. Habló de su familia y le explicó que su padre era médico, y tenía un hermano al que no veía desde hacía nueve años.

—Seguro que ya no lo reconocería —dijo Violeta.

Así transcurrió buena parte de la visita, entre las hábiles preguntas de doña Leticia y las sinceras explicaciones de Violeta sobre su vida. En cierto momento, la madre de Rodrigo preguntó:

—¿Puedo ver la casa? Discúlpeme, sé que no es muy cortés, pero me gustaría conocer el lugar donde vivió mi hijo estos últimos años.

—Sí, claro, cómo no. El piso es muy pequeño, lo verá enseguida. Acompáñeme, por favor.

Violeta se felicitó por haber dejado la casa como los chorros del oro y ordenado sus escasas posesiones; porque ni ella ni Rodrigo se caracterizaban por mantener el orden cuando estaban juntos. Una vez a la semana sí hacían una limpieza a fondo, pero el resto del tiempo lo empleaban en ir y venir de sus respectivas ocupaciones, reunirse con amigos, amarse hasta el agotamiento y jugar por el pequeño pasillo lanzándose los cojines que ese día reposaban tranquilos, ordenadamente, encima de la cama. Sus prioridades estaban fuera de la casa, no dentro.

Al entrar en la diminuta cocina, doña Leticia se sorprendió de cómo se podía cocinar en tan reducido espacio.

—Rodrigo siempre acababa rompiendo alguna copa porque al ser tan grande no controlaba muy bien sus movimientos —le explicó Violeta entre triste y risueña, recordando lo torpe que era su amado.

Pasaron luego al dormitorio, donde el espacio era mayor que en el saloncito, y doña Leticia comprobó que tenía doble uso, como lugar de estudio y trabajo con su amplio escritorio lleno de periódicos, hojas de propaganda, panfletos al lado del balcón, y como dormitorio propiamente dicho.

—Muy práctico —comentó. Y observó cómo *Cholo*, dando un rápido salto, se subía a la cama y se acomodaba feliz entre los cojines de diversos colores. También había flores en un jarroncito plateado encima del escritorio, en una esquina, que recibían toda la luz del sol que en ese momento se filtraba por los cristales—. Y ahora, si me permite la pregunta, ¿qué va a hacer usted? ¿Piensa regresar a España? —inquirió a bocajarro.

La pregunta le hizo daño a Violeta, no se la esperaba en esos momentos de tregua. Sonaba como si la quisiera echar de su vida, hacerla desaparecer ahora que su hijo había muerto. Sintió que se enfadaba y que su carácter iba a salir a flote. Ella no quería nada de los padres de Rodrigo; solo esperaba que la respetaran y la dejaran vivir su vida en paz. Tardó unos segundos en contestar para hacerlo con educación, sin demasiada acritud.

—Tengo planes. Los mismos planes que tenía cuando vivía Rodrigo. Me han ofrecido trabajo como cronista en *El Espectador* para viajar por Colombia, y estoy pensando aceptarlo. Seguramente no lo sabe, pero estoy escribiendo un libro sobre las comunidades indígenas y su líder yanacona, Quintín Lame, y su biografía se ha publicado por entregas en el diario de mayor tirada del país. —Entonces cogió uno de los diarios que reposaban sobre el escritorio, lo abrió por una hoja impar y señaló con el dedo su firma—. Empiezo a tener un crédito profesional y social, y no pienso irme de este país, que considero mío. Además, sigo en el mismo frente de lucha que Rodrigo Galán para denunciar la corrupción, la falta de honestidad y la cruel represión que asola a Colombia y que muchos no toleramos. Como verá, tengo muchas cosas que hacer, por mí misma y por la memoria de Rodrigo.

Por fin había dicho lo que ansiaba decir a esa mujer altiva y fría «como un témpano», que diría su amiga Amelia. Doña Leticia se levantó de la butaca, se colocó despacio los guantes de piel, cogió el bolso que había dejado sobre la mesita al entrar, y se dispuso a marcharse.

—Lamento haberla ofendido, Violeta. Le aseguro que no era mi intención —dijo sin más comentarios.

Cuando ya estaba en la escalera y Violeta la despedía agradeciéndole la visita, doña Leticia se volvió como recordando algo.

—Ah, se me olvidaba comentarle que nos ha entregado demasiadas pertenencias de Rodrigo. ¿Está segura de que no desea quedarse con algo más?

—No necesito nada más. Muchas gracias de todos modos —contestó Violeta, a la vez que pensaba que llevaba a Rodrigo tan dentro de sí que la colmaba totalmente. Era como si todavía lo notara dentro de ella. Sonrió mientras la veía marchar erguida como una diosa doliente.

En la calle, antes de llamar a una calesa para que la llevara a la mansión donde vivían, muy cerca del palacio presidencial y del lugar donde cayó abatido por un disparo su hijo esa noche fatídica de junio recién estrenado el verano en Bogotá, Leticia Gallardo caminó y respiró hondo porque también a ella le faltaba el aire. Mantener la serenidad y el aplomo conllevaba a veces el riesgo de ahogarse en las propias represiones o en las meras apariencias. Pensó que vaya genio tenía la española mientras recuperaba el aliento, algo que los bogotanos hacían a menudo por el mal de altura. «Parecía muy suave al principio, pero en cuanto percibió su orgullo herido ha respondido con fuerza y vehemencia. Es una mujer valiente, eso parece claro.» Empezaba a comprender por qué su hijo se había enamorado de esa mujer independiente y resuelta. «En eso, eran dos almas gemelas.»

Tras la respuesta un tanto contundente de Violeta, en la que había dejado perfectamente claro quién era, Leticia tuvo que aceptar que le gustaba esa mujer. Le gustaba el pequeño y sencillo piso en el que Rodrigo debía de haber sido feliz. Esa sensación la tuvo con un simple vistazo, ya que pensaba que la elegancia se encontraba en los detalles, nunca en la ostentación. «Es una casa acogedora en su sencillez, llena de luz y armonía. Un espacio habitado por dos seres que se amaban. Un lugar donde se ve trabajo, esfuerzo, esperanza y juventud», todo eso pensaba la madre de Rodrigo al cruzar las calles ya alborotadas de gente a esas horas de la tarde, cuando se encendían las farolas y la noche empezaba a descender lentamente desde los Andes. Y al pensar en lo agradable que le había parecido aquel piso no pudo contener las lágrimas y lloró por primera vez de forma incontenible y liberadora desde el funeral de su hijo. Doña Leticia se echó el velo negro de seda sobre el rostro y llamó a un cochero que pasaba cerca para regresar a su casa. Sentada en la calesa, cayó en la cuenta de que llevaba en el bolso una cajita con una sortija de oro engarzada con un pequeño brillante. Siempre la había tenido para entregársela a su hijo cuando se fuera a casar. En un acto casi reflejo, antes de salir de la mansión, la había echado al bolso; y allí había permanecido durante la visita a Violeta, sin atreverse a entregársela por prudencia, porque no sabía con qué se iba a encontrar, porque todavía no estaba preparada para abrazar a nadie que no fuera su propio hijo, y él ya no estaba. Se lo habían arrebatado para siempre.

Le dijo al cochero la dirección y se secó disimuladamente las lágrimas con un pañuelo. Estaba decidida a hablar con su esposo y contarle sus impresiones sobre esa chica. Si le parecía bien, le iba a sugerir que en un tiempo prudencial Violeta Saramago fuera invitada para conocer al padre de Rodrigo. «Entonces a lo mejor sea el momento de entregarle la alianza de compromiso. No estoy muy segura, pero lo hablaré con Julián y lo decidiremos juntos», pensó. Con la decisión tomada se empezó a encontrar mejor, a respirar con normalidad y a notar que todo el aire fresco y limpio de la cordillera andina entraba libre en sus pulmones.

La visita de la madre de Rodrigo fue para Violeta como un revulsivo que la obligó a salir a flote. Fueron días de intensa actividad que la alejaron del abatimiento.

Comprendió que necesitaba huir de Bogotá por un tiempo para no sucumbir a la tristeza infinita de no encontrar a Rodrigo en el piso compartido, en la Casa del Estudiante, en la universidad o en las asambleas con los amigos y compañeros. Aceptó la oferta de Fidel Cano, quien la recibió con los brazos abiertos, encantado de contar con ella para comenzar una serie de crónicas sobre lugares misteriosos de Colombia, siempre bajo el prisma de la mirada extranjera. Algo que a Violeta le pareció muy razonable, ya que no era experta en nada y menos en un país de contrastes tan acusados. En esos días también recibió la visita de Quintín Lame, quien, todavía aturdido por la noticia del asesinato de Rodrigo, lamentó no haber podido asistir a los ritos funerarios al encontrarse en la Amazonia como emisario de la Asamblea Nacional en apoyo de las tribus indígenas más recónditas y sin contacto con la civilización, quienes solo accedieron a mostrarse y hablar con él en persona. Manuel le dijo a Violeta que quería despedirse de Rodrigo y se encaminaron hacia el cementerio de Bogotá donde los padres habían levantado un pequeño mausoleo. El espacio estaba rodeado de coronas de guirnaldas y flores frescas que todos los días llevaban jóvenes estudiantes para honrar su memoria. En una placa de mármol lucía una leyenda: «Al mártir del movimiento estudiantil colombiano.» Quintín Lame se arrodilló junto a la lápida y permaneció un rato murmurando en voz muy baja sus oraciones en quechua. Luego se volvió hacia Violeta, que permanecía arrodillada a su lado, y dijo enigmático:

—Rodrigo está ahora en el mundo de arriba, donde viven Dios y los Santos, y su espíritu pronto volverá al punto de partida, cuando se cumpla el ciclo y llegue el proceso de nacimiento.

Violeta no lo entendió.

—Deberían haber levantado la tumba debajo de un buen árbol —añadió Manuel, a la vez que sacaba de su mochila un montoncito de tierra todavía húmeda, casi en forma de bola de barro, y lo depositaba con delicadeza sobre la lápida. Miró a Violeta, que permanecía callada pero con cara de curiosidad, y le explicó el concepto de religiosidad que tenía el pueblo yanacona—: Sabes que el pueblo yanacona no practica ninguna religión en sí misma, como vosotros los católicos. Nuestra religión es la naturaleza, a la que agradecemos todo lo que nos da a lo largo del año. Rodrigo forma parte de esa naturaleza y te acompañará siempre. Para el pueblo yanacona la muerte es conectarse con el más allá, por eso realizamos una ofrenda de productos a los muertos y se selecciona la mejor comida que les gustaba en vida y se les coloca debajo de un árbol. El proceso de vida para los yanaconas es una espiral: cuando se llega al final se vuelve al punto de partida (el nacimiento) para cumplir un nuevo ciclo. La muerte es la vida para nosotros, por eso cuando alguien muere hay que trasladarlo de un espacio físico a uno espiritual. No se puede desconectar uno del otro. ¿Lo entiendes ahora?

—Creo que sí, Manuel. Es muy hermoso lo que dice. Supongo que me ayudará a cumplir el ciclo de la vida y la muerte —respondió Violeta.

El indio se levantó fatigosamente y se quejó de dolor en las rodillas.

—La edad no perdona, y los médicos tampoco. —Entonces le preguntó si conocía lo que significaba en lengua quechua «yanacona».

—No, no lo sé.

—Pues quiere decir «servirse mutuamente en tiempo de oscuridad».

Violeta lo miró con cariño y le cogió una de sus manazas para notar su calor.

—Su presencia siempre me ha dado una gran sensación de paz. Gracias, Manuel, por haber venido.

Las enigmáticas palabras de Manuel la ayudaron a sobrellevar el duelo. Pensaba que su argumentación era verdad: si nosotros formamos parte de la naturaleza, Rodrigo también era parte de ella aunque hubiera terminado su ciclo en la tierra. Y seguiría acompañándola en el aire, en el agua, en el sol, en las estrellas, comenzando de esta forma un nuevo ciclo más etéreo y espiritual a su lado.

Invirtió una semana escasa en preparar el viaje a uno de los espacios más extraordinarios de América: las montañas de Sierra Nevada de Santa Marta, por donde discurría la ruta hacia el antiguo poblado tayrona, conocido como Ciudad Perdida, al norte de Colombia. Era la ruta que le había marcado Fidel Cano para iniciar sus crónicas sobre antiguos asentamientos indígenas; en este caso de la cultura tayrona, una civilización perdida y casi exterminada por la conquista española. Se pasaba todas las tardes por las oficinas de *El Espectador* para documentarse bien y hablar con veteranos periodistas que en sus tiempos jóvenes habían andado por esos parajes insólitos. Ellos le aconsejaron el itinerario a seguir y le advirtieron de las dificultades del recorrido. También le dieron un par de contactos en Cañaveral y Pueblito por si los necesitaba, contactos que le podrían servir también como guías, y uno de ellos como fotógrafo con su cámara de campo para acompañarla un par de días a Ciudad Perdida y sacar placas del sofisticado urbanismo de los tayronas. Violeta era consciente de que, pese a su experiencia en los Bosques de Niebla y en la selva húmeda, ahora iba a enfrentarse sola a un territorio desconocido. Echaría de menos la compañía del mulato Dionisio, de Quintín Lame y de Leonardo. Sus consejos, su sabiduría, su conocimiento del terreno. De todas formas, la tranquilizaba saber que contaba con el respaldo del periódico y que le habían programado con eficacia el viaje a las tierras del Caribe y la montaña sagrada de Santa Marta. Comprobó, asimismo, que desde la muerte de Rodrigo todos en la redacción la trataban con respeto y consideración, y que, aunque no lo manifestaran abiertamente, admiraban su valentía por emprender un viaje en solitario en circunstancias tan tristes como las que le tocaba sufrir.

Cuando se despidió de Amelia, le devolvió a *Cholo* para que lo cuidara ya que iba a estar fuera un mes o dos, dependiendo de cómo le fueran las cosas. Amelia vio con agrado cómo Violeta volvía a ser la misma, con una herida profunda pero dispuesta a poner su interés en lo que la rodeaba y buscar nuevos horizontes. No obstante, le recriminó un poco que se alejara tanto.

—Me alegra que hayas cambiado de opinión y que aceptes este trabajo; pero irte tan lejos, otra vez a la selva, no me parece razonable, la verdad. Ahora que tenías el piso amueblado y tan alegre, con tanto gusto puesto, lo dejas todo y te vas de nuevo con los indígenas, a meterte en el fango hasta la cintura y pasar peligros innecesarios en esos parajes primitivos. Con lo bien que estaríamos juntas en Bogotá.

—No seas exagerada, Amelia. No me voy al fin del mundo. Tienes que entender que ahora mismo vivir aquí notando la ausencia de Rodrigo en cada rincón de la casa me resulta muy doloroso. Es que abro un armario y me echo a llorar, me siento en el escritorio y noto su olor, entro en la cocina y es como si lo llamara y no acudiera. Es mejor que me sitúe en otro escenario. Además, no tengo otra opción de trabajo para ganarme la vida que esta de *El Espectador*, y conlleva la selva, como tú dices. Ya ves, ¡una gallega describiendo la jungla!

—Tienes razón, igual es mejor que cambies de aires. Oye, que no había caído yo en eso. Tú te vas a hacer famosa escribiendo en los periódicos. «La exploradora europea que descubrió a los indígenas y sus secretos», ya estoy viendo los titulares cuando regreses.

Violeta meneó la cabeza como diciendo «qué exagerada eres», y le entregó una llave para que cuidara de la casa durante su ausencia y le dio unos pesos para que pagara la renta a la casera.

—Voy a echarte de menos, querida amiga, y a este perrito faldero también —dijo Violeta, acariciando a *Cholo*.

Amelia contestó que ya sabía dónde la encontraría cuando regresara.

—A mí ya no me ofertan nada nuevo. Yo seguiré aquí dedicada al oficio más antiguo del mundo. —Y a continuación añadió muy seria—: De cualquier manera, si la propuesta fuera ir a la selva, que no contarán conmigo. Las cosas como son. —Y sonriendo emocionada abrazó a su amiga.

La tarde anterior a su marcha llamaron a la puerta. Era Armand Doisneau con un pequeño ramillete de rosas rojas y su mirada triste y melancólica. Se descubrió en cuanto Violeta lo hizo pasar, contenta de verle, y se excusó por no haber podido acompañarla en los funerales ni presentarle sus respetos y condolencias en el momento apropiado.

—Estoy desolado por la noticia. La vida es tremendamente injusta y cruel. Un muchacho tan joven y brillante, tan lleno de vida y entusiasmo, no merecía este final inoportuno, inesperado y que extiende su dolor a todos los que hemos tenido el privilegio de tratarlo —siguió hablando de pie con las flores en una mano y el sombrero

en la otra, como si pronunciara una homilía—. Violeta, vengo avergonzado por la tardanza y para ponerme a su disposición para ayudarla en lo que necesite, y para decirle que quizás ahora, que ya han pasado unos días, sea el momento oportuno de distraerla superficialmente de su dolor y proponerle que me acompañe a conocer el Salto de Tequendama, donde como sabe estoy trabajando en la estación del Ferrocarril del Sur. Pecaría de vanidoso si afirmara que ese pequeño y corto viaje le haría bien a su espíritu atormentando. Y, como sabe, hablo por experiencia. Tristemente.

Violeta le ofreció asiento, cogió su sombrero para dejarlo sobre el aparador de la entrada y puso las flores en un jarrón con agua.

—Son preciosas, Armand, no tenía por qué haberse molestado.

Respecto a su propuesta, no supo cómo decirle que cada vez que él hablaba o describía ese lugar ella sentía un temor irracional. No era vértigo ni mucho menos, porque no sufría esa fobia, sino que se lo imaginaba como un lugar que ejercía un magnetismo abismal, y eso le daba miedo. Le explicó que se lo agradecía mucho, pero que ya se había adelantado a la idea de viajar para no ahogarse en el recuerdo.

—Mire, ya tengo las maletas preparadas —le dijo, señalando un rincón del salón—. Parto mañana hacia Ciudad Perdida. Me han encargado un trabajo como cronista en el diario de mayor tirada de Colombia. Creo que me sentará bien lanzarme de nuevo a la aventura por un tiempo. No para olvidar, que no quiero ni puedo olvidar a Rodrigo, pero sí para seguir prestando atención a la vida que me rodea.

—Vaya, ya veo. Una vez más llego tarde —susurró a media voz Armand, bajando la cabeza sin atreverse a mirarla. Porque estaba enamorado de aquella muchacha desde que la conociera en el barco, y la distancia y los años transcurridos no habían hecho sino incrementar sus sentimientos. Porque Armand se había creado la necesidad de amarla y protegerla. De esta forma creía que tenía una misión que cumplir, aunque fuera larga y resignada. Era como si se alimentara de esa esperanza.

—Estoy segura de que algún día iré a conocer ese lugar encantado, y será un placer hacerlo en su compañía. No llega tarde a nada, Armand, y debería alegrarse de que por fin haya encontrado un trabajo remunerado. —Y le preguntó cómo iban sus alocados planes de construir un hotel junto a aquel precipicio.

Armand se recompuso y la felicitó sinceramente por ese trabajo tan interesante que iba a emprender para *El Espectador*, y a continuación le explicó los pormenores de su plan, no tan descabellado, de levantar un hotel de lujo justo al lado de la sobrecogedora cascada de Tequendama.

—Ya hay precedentes, querida Violeta. En 1853 se empezó una atrevida construcción que dura todavía en el tiempo, y está a punto de finalizarse. Se trata del santuario de Nuestra Señora de las Lajas, en el sur de Colombia, cerca de Nariño. Es de estilo neogótico y está edificado en los Andes sobre la pendiente de un río, a unos siete kilómetros de Ipiales. De ahí parte mi idea para el hotel, porque el santuario, que es una de las maravillas de Colombia, está situado en el cañón del río Guaitara, en el corregimiento de las Lajas, a solo diez kilómetros de la frontera con Ecuador. Es impresionante: se asoma sobre el precipicio y lleva ya tres etapas de construcción. Está previsto que dentro de cinco años se termine la construcción de un puente que salve el río y el precipicio uniendo el santuario con la otra pendiente. A esta iglesia fantástica se la conoce como «el milagro de Dios en el abismo». Y para mi proyecto en Tequendama me falta todavía conseguir capital y vencer a los posibles socios de la viabilidad de la propuesta. Pero no me doy por vencido, estoy seguro de que se construirá aunque mis ojos ya no lo vean.

—¿Por qué dice esas cosas tan derrotistas? ¿Por qué no lo va a ver con sus propios ojos? —protestó Violeta.

Armand Doisneau suspiró y miró con cariño aquellos ojos verdes que le miraban intensamente y se rebelaban contra su pesimismo.

—Porque la juventud hace tiempo que me abandonó, y no disfruto de buena salud. Sé por experiencia profesional que estas obras son largas en el tiempo y necesitan del acuerdo de muchas personas. La idea es buena. Me conformaría con que algún día usted brillara con su hermosura e inteligencia en los salones del hotel y fuera feliz en ese momento.

Ella se dio cuenta de que Armand Doisneau la quería bien, era un buen amigo y seguramente también la amaba en silencio. Como era tarde y tenía que madrugar, agradeció su visita y se levantó para acompañarle hasta la puerta mientras le decía animosa:

—Querido amigo, no me parece justo que sea yo la que tenga que darle ánimos en estos momentos, pero estoy convencida de que usted y yo brindaremos en la inauguración de ese hotel. Tampoco es usted tan mayor. Y ahora, si me disculpa, tengo que escribir una larga carta a mis padres comunicándoles el fallecimiento de Rodrigo. Hasta ahora no me he atrevido a hacerlo.

Una vez a solas, miró las rosas rojas que emanaban un olor penetrante y entonces cayó en la cuenta de que, al menos en España, las rosas rojas simbolizaban el amor. Sonrió cansada y empezó a contar a sus padres la traumática pérdida de Rodrigo. No lo había hecho antes porque no quería preocuparlos una vez más con sus problemas, y ahora se trataba de una terrible desgracia inesperada.

Se acordaba, ¡cómo no se iba a acordar!, de que uno de los planes de Rodrigo era que ambos llegaran hasta Ciudad Perdida para descubrir los misterios de ese sitio abandonado, refugio de los últimos tayronas. Y hacia allí se encaminó llevando a Rodrigo en su corazón. Violeta sabía que este sorprendente lugar fue construido por los tayronas —pertenecientes a la familia lingüística de los muiscas— en las laderas norte de la Sierra Nevada de Santa Marta y constituyó una de las ciudades precolombinas más antiguas y grandes de América. Se erigió entre los siglos *XI* y *XIV*, aunque sus orígenes se remontaban mucho más atrás. En su origen fue un importante centro político y económico y llegaron a poblarla entre dos mil y cuatro mil personas. Violeta no iba a encontrar muchos asentamientos indígenas en este viaje porque durante la conquista los españoles los habían aniquilado y desaparecieron sin dejar rastro bajo la exuberante vegetación tropical. Era consciente de que no le iba a resultar fácil, ya que el hecho de ser española produciría seguramente el rechazo de la población indígena, pero contaba con ello y con su experiencia de años al lado de Quintín Lame.

En Cañaveral, lo primero que hizo fue contactar con el guía aconsejado por el periódico, que la acompañaría en la primera etapa del viaje hasta la majestuosa Sierra de Santa Marta, con sus dos picos más altos: Colón y Bolívar, de 5.775 metros cada uno; aunque el guía, un arhuaco de pequeña estatura y pocas palabras, le advirtió puntilloso que uno era un metro más alto que el otro. Afortunadamente para Violeta, los arhuacos formaban un grupo indígena extremadamente pacífico. Iban muy vestidos con túnicas blancas y gorros altos también blancos que cubrían sus orejas, eran tímidos y poco hospitalarios. Así que agradeció la compañía del guía, del que procuró no separarse hasta llegar a los valles altos. Tomás, que así se llamaba el nativo, explicó que iban a llegar a un destino mágico.

—En Santa Marta confluyen la sabiduría de la naturaleza y la indígena. Estamos en un lugar sagrado. Para los indígenas, la Sierra Nevada es como una casa ceremonial, es el lugar que concentra el centro del universo, es el lugar donde se vigila y se custodia lo sagrado y lo vital para el planeta, es la base y unión con lo espiritual. La unión con la Madre —explicó el arhuaco, y estas palabras le recordaron a Violeta el pensamiento de Quintín Lame.

Estaban en la mayor elevación al lado del mar Caribe. Si Violeta miraba hacia arriba podía ver las nieves perpetuas de Sierra Nevada con sus cerca de seis mil metros de altitud; y si miraba hacia abajo encontraba el espectáculo tranquilizador de las playas cálidas del Caribe a poco más de cuarenta kilómetros de los picos nevados. El contraste era impresionante en esa imponente montaña al norte de Colombia ya que albergaba todos los grados térmicos: desde el cálido hasta el gélido con nieves perpetuas. Por esa zona discurrían además veintinueve ríos principales, paraíso natural de innumerables aves y monos aulladores que la ensordecían cada vez que pasaban cerca de sus dominios.

El contraste resultaba tan inusual que ahora entendía por qué esas playas maravillosas que se divisaban allá abajo se llamaban precisamente «playas blancas de Sierra Nevada». Ante esa visión prodigiosa pensó, una vez más, que Colombia era un país de excesos, donde la belleza no tenía límites, no se acababa nunca y siempre sorprendía al siguiente paso. Pero ahora tocaba ascender para llegar a Ciudad Perdida, aunque de buena gana emprendería la bajada para tumbarse en esas playas paradisíacas, aunque ya tendría tiempo de hacerlo más tarde.

Continuaron la ruta a veces recorriendo a gatas vertiginosas riberas, agarrada como podía a las enredaderas o lianas, que en muchas ocasiones eran más gruesas que el hueco de su mano. También experimentó el fango espeso que se le pegaba a las botas y le entorpecía el avance, redoblando su fatiga. Otras veces, Tomás advertía que convenía dar un buen rodeo porque con las lluvias la única pasarela de lianas se había desplomado. Descansaban en los *ecohabs*, las chozas altas que aparecían en medio de la selva. Esas chozas, que a Violeta le parecían palacios dado el agotamiento que acumulaba su cuerpo, eran el hogar permanente de varias comunidades indígenas. Agradeció el descanso porque apenas se tenía en pie. La ascensión fue más dura de lo que esperaba y hacía más de una hora que las fuerzas la habían abandonado. ¡Cuánto echaba de menos en esas caminatas por la selva la mano amiga de Manuel, que siempre miraba hacia atrás y, si la veía resoplar, decía que él también estaba cansado y mandaba parar! Y no digamos la compañía enamorada de Leonardo, siempre pendiente de ella; pero en este viaje tenía que enfrentarse a sus propias fuerzas

y, sobre todo, medirlas si no quería enfermar. Se tumbó dentro del *ecohabs* y se cubrió con una manta blanca para no perder el calor, mezclado con el sudor del cuerpo agotado. Por un momento creyó que se iba a desmayar antes de caer dormida, no sabía muy bien qué le estaba pasando. Antes de cerrar los ojos algo mareada, vio entrar a Tomás con un cuenco de comida caliente que olía bien y un poporo con la infusión de coca.

—Debe comer, señorita. Ahora debe comer y beberse la infusión, para coger fuerzas, en caso contrario va a enfermar y no llegará mañana a Ciudad Perdida.

Violeta solo quería dormirse, descansar, estaba agotada y le dolía todo el cuerpo. Ver la comida le produjo náuseas; pero el guía tenía razón, debía comer esa especie de ajíaco que le habían preparado y probar la coca para resistir. Mientras comía de mala gana y recuperaba poco a poco el color, llegó a pensar si no estaría embarazada de Rodrigo. Al poco tiempo entró en la choza para darle la bienvenida el Mamo, la máxima autoridad del poblado. La figura del Mamo, le explicó el guía, era la del anciano que encarnaba el saber ancestral y heredaba la sabiduría de sus mayores, ejercía el poder religioso y era el puente entre lo espiritual y lo terrenal. Él la acompañó en el rito de bienvenida con una caracola en la mano, de la que bebía a pequeños sorbos su contenido de coca, mientras trataba de explicarle cómo había que prepararse para continuar el camino. Los indígenas de esa zona consideraban a la Sierra de Santa Marta como el ombligo del mundo, y el mundo lo miraban desde tres puntos de vista representados en tres círculos: el exterior era la tierra roja, el del medio la tierra blanca, y el del centro la madre tierra. A continuación pronunció en voz baja una oración corta en su lengua nativa, y salió del *ecohabs*.

Tras escuchar del Mamo la explicación de los círculos, Violeta notó que le volvía el mareo, pero también que recuperaba las fuerzas y que la mala gana se le iba pasando. Tenía mucho sueño. Antes de cerrar los ojos le preguntó a Tomás si podía dormir un poco antes de emprender el camino.

—Puede dormir todo lo que quiera. Se tiene que recuperar y no tenemos prisa. La estación de las lluvias llegará en dos o tres semanas. Saldremos mañana tres horas después del amanecer. Descanse y reponga fuerzas, que las va a necesitar —dijo Tomás, saliendo de la choza.

Violeta se tumbó definitivamente y notó como su cuerpo flotaba. Había desaparecido el dolor y cayó en un profundo sueño.

Por la mañana se encontró totalmente recuperada, con agujetas en las piernas de tanto andar, pero con el ánimo recobrado. Dio una vuelta por el poblado y contempló las preciosas artesanías que las mujeres hacían con la riqueza que la sierra les proporcionaba. Creaban objetos de gran belleza con materiales sencillos obtenidos de la naturaleza. Casi todos los niños y las mujeres se adornaban con unos collares largos de pequeñas piezas de colores muy vivos, rojos, azules, amarillos. Para su elaboración utilizaban coco, semillas, caracoles y huesos. Atenta y maravillada por la habilidad de sus manos, observó el proceso de elaboración de los *tutu*, las famosas mochilas tayronas que simbolizaban la creación de la vida. Estaban tejidos con lana, fique y algodón, y eran preciosos. Violeta compró uno a una joven india, pero la muchacha se negó a aceptar dinero y le regaló además una bonita sonrisa de dientes blanquísimos.

Reanudaron el ascenso, que era brutal por el calor infernal de la jungla cuando el sol quemaba. Luego cruzaron el río Buritaca, en varias ocasiones con el agua hasta la cintura, y después treparon o rodearon como pudieron unas enormes piedras estratégicamente colocadas por los tayronas para preservar sus misteriosos asentamientos. En el tramo final, cuando ya les quedaba poco para llegar a Ciudad Perdida, todavía tuvieron que ascender penosamente las místicas escaleras de piedra alfombradas de musgo, 1.260 peldaños en total, que llevaban al destino deseado.

En medio de la densa flora de la Sierra de Santa Marta y de las enormes dificultades del recorrido, salvando ríos, pendientes acusadas, gigantescas piedras que impedían el paso, y el inacabable ascenso por las escaleras sagradas, se encontraba Ciudad Perdida, situada en las empinadas laderas del valle alto del río Buritaca, a más de mil metros de altitud. Allí encontraron los restos de una misteriosa civilización, ya que aunque las casas de madera de los tayronas habían desaparecido hacía tiempo, las estructuras de piedra, incluidas terrazas y escaleras, se conservaban en sorprendente buen estado. Violeta pudo así contemplar el espectáculo laborioso de la superposición de terrazas circulares, utilizadas como cimientos para levantar las casas. Tomás le explicó que había más de doscientas terrazas, la mayor parte cubiertas por la maleza. Aquello otorgaba a la ciudad un aire secreto, oculto por la exuberante vegetación.

—¡Espero que no quiera verlas todas, señorita! Hágase una idea, todas son iguales —añadió Tomás, ante el ímpetu que de pronto se había apoderado de la mujer, y acostumbrada a las muchas infusiones de coca que tomaban los indios, y que ella había comenzado a probar.

Lo que más impresionó a Violeta fue la complejidad de la arquitectura y su sentido urbano. Habían sido capaces de levantar escaleras interminables, ¡lo había comprobado!, canales, viviendas de una racionalidad prodigiosa, caminos y muros de contención. El sistema de canalizaciones para transportar el agua de lluvia era muy desarrollado y las terrazas mantenían la fertilidad del suelo. También descubrió que los diversos pueblos indígenas de la sierra se comunicaban por medio de caminos de piedra y habitaban bohíos circulares sin ventanas y con techos de palma sobre terrazas circulares de piedra. Se quedó fascinada ante una civilización extraordinaria que ella tenía el privilegio de pisar y admirar, con una compleja organización política y social y una ingeniería avanzada. Comprendió entonces con absoluta claridad que, debido a lo accidentado del terreno, se hubieran visto obligados a construir gran número de bancales para sus asentamientos, unidos por una red de escaleras y senderos de losas de piedra que convertían el enclave en una especie de laberinto.

Los antiguos asentamientos de los indios tayronas en Ciudad Perdida se levantaban sobre terrazas escalonadas, hechas de piedra formando anillos de cinco a ocho metros de diámetro. Ciudad Perdida estaba conformada por más de doscientas terrazas distribuidas en ocho «barrios» que servían para vivir, trabajar y realizar ceremonias religiosas. Los barrios se comunicaban a través de una red de caminos empedrados y escaleras mordidas en las laderas de las montañas, y de esa forma se garantizaban el acceso a los campos de cultivo. A medida que Violeta avanzaba por las terrazas, más admiraba su arquitectura. Se percató de que el éxito de sus construcciones consistía en evitar la erosión causada por las lluvias en las pendientes de las laderas, gracias a una red inteligente de distribución de lluvias que permitía un eficaz control de las aguas. Los indígenas construían, asimismo, muros de doce metros de altura que sostenían los múltiples caminos que atravesaban la ciudad. «Esto le volvería loco de alegría a Armand Doisneau. Él, que adora la ingeniería y las construcciones ingeniosas. Se lo tengo que contar para que venga a verlo. Es impresionante», pensó, admirando la ciudad sumergida en el verdor de la selva.

«A Ciudad Perdida se accede atravesando bosques llenos de exótica fauna y flora, puentes colgantes, montañas y cascadas. Allí entre una selva tropical y árboles que pueden sobrepasar los 40 o 50 metros de altura se encuentran las ruinas del gran Imperio tayrona, caracterizado por una sofisticada integración entre la naturaleza y la civilización, y una excepcional arquitectura en piedra. La tayrona fue la primera cultura indígena avanzada que los españoles encontraron en el Nuevo Mundo en 1499. Fue aquí, en Sierra Nevada, donde los conquistadores se quedaron deslumbrados por el oro de sus minas y el que exhibían los indígenas en sus atuendos, y así nació el mito de El Dorado. Los españoles surcaron Sierra Nevada de Santa Marta, pero hallaron una fuerte resistencia por parte de los nativos. Los tayronas se defendieron con uñas y dientes, pero los años de guerra continuada los acabaron diezmando. Un puñado de supervivientes abandonó sus hogares —de una armonía constructiva prodigiosa— y huyeron a las zonas más altas de la sierra. Su rastro se perdió para siempre. Pero Ciudad Perdida, en su día capital tayrona construida hace muchos siglos, continúa siendo hoy una de las urbes más antiguas, misteriosas y bien conservadas del continente. Y actualmente es refugio de cinco grupos étnicos que sobreviven desde hace tres mil años», escribió Violeta con entusiasmo en su cuaderno de viaje.

Abandonaron la legendaria Ciudad Perdida y comenzaron el descenso con lentitud, con la satisfacción de la tarea realizada. La experiencia de atravesar la selva tropical había resultado dura, y Violeta estuvo varias veces al borde de la extenuación y de decirle al guía que renunciaba a continuar. Las peores experiencias fueron la inseparable y constante compañía de los mosquitos, las serpientes que aparecían deslizándose allá donde mirara, y enterarse por Tomás que algunos indios refugiados en los asentamientos seguían utilizando flechas envenenadas.

Descansaron en varios poblados para reponerse de la agotadora expedición.

Ya de regreso, Violeta tuvo que volver a Cañaveral para reunirse con el fotógrafo que en los próximos días subiría por su cuenta y con su cámara a Ciudad Perdida —por una buena suma de pesos adelantados por el diario— a fin de sacar placas de los lugares que previamente ella le señalaría en un mapa. El fotógrafo en cuestión, contactado cuando llegó Violeta a Cañaveral por primera vez, había rehusado acompañarla en la expedición, aduciendo que él trabajaba mejor solo, y añadió que su cámara de campo pesaba bastante y hubiera entorpecido la ascensión de ella y de su guía. Violeta dudaba de si podría fiarse de él y entregarle el dinero acordado. Pero, dadas las circunstancias y estando en territorio desconocido, no le quedaba más remedio que confiar en el hombre y en que cumpliría con el trabajo encomendado.

La ruta de regreso iba a resultar mucho más cómoda porque Violeta tenía intención de pasar unos días en la costa del Caribe y conocer las playas de ensueño que se extendían a escasos kilómetros de Santa Marta. Las mismas que había visto durante el ascenso a las montañas sagradas cuando miraba hacia abajo cautivada por su

belleza. Tenía unas enormes ganas de pisar esas playas que abrazaban la costa al pie de Sierra Nevada de Santa Marta. En Cañaveral, tras hacer las gestiones con el fotógrafo, alquiló una habitación para reponerse y descansar antes de disfrutar de las playas cercanas. Compró ropa nueva, ya que la que llevaba en la selva estaba destrozada, se curó las picaduras de mosquitos y comió decentemente, después de muchos días, en la única tabernita que había en el pequeño poblado. El día era apacible y decidió comer fuera del establecimiento para disfrutar de la espléndida vista de la sierra. Por un momento le pareció ver a lo lejos una figura familiar cruzando un camino de tierra ancho que conducía a las casas principales del poblado.

La noticia del asesinato del prometido de Violeta llegó hasta los Bosques de Niebla con bastante retraso. La conocieron a través del propio Quintín Lame a su regreso de Bogotá, después de haber estado con Violeta visitando la tumba de Rodrigo. Al enterarse de lo ocurrido, Leonardo decidió ir a Bogotá para visitarla y expresarle sus condolencias. Le pudo más el amor y el cariño que todavía sentía por ella que la amarga sensación de abandono experimentada cuando se marchó sin despedirse de él. Leonardo no preguntó nada ni habló con Quintín Lame sobre el tema, pero como buen indio sabía seguir un rastro y no perderlo, aunque fuera en la ciudad. No la encontró en Bogotá porque Violeta ya había partido hacia el norte del país. No desesperó y continuó la búsqueda hasta llegar primero a Pueblito y luego a Cañaveral. Seguir las huellas de Violeta fue tarea fácil para alguien como Leonardo. En ese pueblo no tardaron en informarle de que una mujer extranjera había llegado hacia semanas preguntando por el guía Tomás para subir hasta Ciudad Perdida. Solo era cuestión de esperar que bajaran de la sierra. Cañaveral era el único lugar donde se podía repostar si se continuaba el camino hacia las cercanas playas del Caribe, y Leonardo sabía que Violeta no se iría sin pisarlas. Conocía su pasión por el mar y su deseo de conocer esas playas cálidas y blancas. Llevaba días al acecho en Cañaveral.

Sus presentimientos se confirmaron. De vuelta a su alojamiento, encontró a Leonardo esperando en la entrada con la misma actitud seria y contenida de siempre. Se sobresaltó al verlo. No se lo podía creer. «Era él la figura que cruzaba la calle», razonó a toda velocidad. Y su corazón se aceleró sin poder evitarlo.

—Leonardo, ¿eres tú! Pero ¿qué haces aquí, tan lejos de los Bosques de Niebla? —dijo sorprendida.

—Quería verte y decirte que siento mucho lo que ha ocurrido. Me enteré tarde, allá en los bosques... He estado en Bogotá pero ya te habías marchado —respondió. Y la miró apenado, como pidiendo perdón por estar allí, por querer verla y consolarla en su dolor, por volver a sentirse un intruso en su vida.

Violeta advirtió que Leonardo había cambiado en estos años. Parecía más hombre. Distinto. Se había cortado su pelo largo de indio y vestía chaqueta blanca y pantalones también claros. Estaba guapo, como siempre. Y por un instante su porte vestido de ciudad, algo en sus rasgos, le recordó a la figura de su padre. Superando su desconcierto inicial, lo invitó a que pasara dentro y se acomodara. Todavía no se podía creer que ese hombre la hubiera seguido hasta el norte de Colombia para darle el pésame. Una mezcla extraña de alegría y temor la invadió.

Hablaron un poco de lo que había pasado en sus vidas durante esos años. Leonardo no le reprochó que se hubiera ido a Bogotá sin despedirse. Solo la escuchaba hablar y hablar, porque estaba nerviosa y confusa ante su presencia. La tarde fue cayendo y Violeta sintió la necesidad de contarle la trágica muerte de Rodrigo y sus planes para pasar el resto de su vida juntos. Planes que se habían truncado abruptamente.

—Era casi tan joven como tú ahora. Era una persona brillante, hermosa y buena. Trato de ser fuerte, Leonardo, pero a veces pienso que nada tiene sentido —dijo, y entonces se hundió, tapándose la cara para ocultar su llanto. Ya no quería fingir fortaleza ni superación. Solo deseaba que Leonardo la abrazara con fuerza para dejar de sufrir durante un tiempo.

Y eso hizo el joven mestizo, cogió sus manos y se las apartó con delicadeza de la cara. La besó en los ojos mojados y le acarició el pelo dorado, trenzado en una larga coleta. Sus bocas se juntaron en besos cálidos y prolongados, interminables e insaciables. Poco a poco, Leonardo se atrevió a desnudarla, sin prisas y con infinita paciencia, como si el tiempo se hubiera detenido en esa habitación, como si solo existieran ellos en el mundo. Violeta no pensó, se dejó llevar por un deseo que la invadía de forma abrumadora, de los pies a la cabeza. También empezó a desnudarlo para encontrar esa piel dorada amiga y el olor inigualable de su cuerpo.

A la mañana siguiente, Violeta era plenamente consciente de que había sido una noche de amor desesperado. Observó a Leonardo dormir como un niño, seguro, tranquilo, satisfecho —suponía— de haberla encontrado. Pero no quería caer de nuevo en la atracción que ejercía sobre ella cuando lo veía, cuando sabía que estaba cerca y la buscaba con esa especie de sumisión y certeza en su aceptación. Había tomado una decisión cuando dejó las montañas, y su vida había cambiado, aunque Rodrigo ya no estuviera a su lado. Tenía un trabajo que terminar y a ello iba a dedicar su tiempo y sus energías. Le dolía, le dolía mucho tener que decepcionarle de nuevo, porque presentía que su orgullo no iba a entender esa nueva separación. Pero esta vez no iba a huir para no enfrentarse a sus ojos enamorados. Se quedó en la habitación preparando sus mochilas, esperando que se despertara para hablar con él y explicarle lo inexplicable.

Por fin, Leonardo despertó y a través de la mosquitera que envolvía la cama vio a Violeta sentada en una silla con el equipaje preparado a su lado, y sin ninguna sonrisa en su cara triste.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás ahí sentada mirándome? —preguntó, despreciándose.

—Me voy, Leonardo. Tengo un trabajo que hacer por esta zona y luego debo regresar a Bogotá. Nuestras vidas se separan aquí. Me cuesta mucho decírtelo. De hecho no sé cómo decirlo, pero lo voy a intentar: te quiero mucho pero ya no podría vivir a tu lado. Han pasado muchas cosas en estos años; he cambiado y sé lo que quiero hacer con mi vida.

—No te entiendo. Sé que me quieres y me deseas, lo noto en cuanto te toco. Yo puedo buscar un trabajo en Bogotá si no quieres volver a los Bosques de Niebla. Podemos estar juntos en la gran ciudad. Yo haría eso por ti. Puedes volver a ser feliz conmigo, como lo fuimos en las montañas.

—Sé que harías eso por mí: dejar los bosques, dejar la selva, que es tu hogar, el espacio que dominas y donde estás bien, donde eres respetado y querido; pero no lo puedo permitir. Sería un fracaso en poco tiempo. Lo sé, Leonardo. Debes entender que las cosas tienen un tiempo de duración y que es mejor no prolongarlas. Es mejor quedarnos con el recuerdo de nuestro cariño, sin forzar las cosas, sin que se estropeen —intentó razonar Violeta.

—Yo no quiero recordar. Yo quiero amarte y estar a tu lado —replicó él, contundente.

Entonces Violeta comprendió que era inútil razonar ni seguir hablando, porque si continuaba con sus argumentos podía hacerle más daño todavía. Estaba a punto de decirle «pero es que yo no quiero estar a tu lado siempre», pero se contuvo para no herirlo más. Le costaba levantarse de la silla y recoger sus cosas para irse de la habitación y dejarlo ahí desnudo en la cama, enfadado con ella, con el mundo, y con los ojos a punto de estallar en lágrimas. Esperó unos segundos más reteniendo su imagen.

—La mujer dorada solo quiere que la hagan gozar de vez en cuando. En eso consiste su amor hacia mí —dijo él casi en voz baja, cruelmente, mientras se levantaba de la cama y comenzaba a vestirse sin mirarla.

Violeta abandonó la habitación dolida con el eco de esas palabras. Al salir a la intensa luz de la calle volvió a sentir un mareo que a punto estuvo de tumbarla. Se apoyó en el muro y sintió una profunda lástima por Leonardo. Comprendió, cómo no lo iba a entender, que él se estaba enfrentando a la pérdida, igual que ella con Rodrigo, pero de otra manera.

Mientras se encaminaba hacia las playas de Tayrona para completar su primera crónica, Leonardo abandonó el alojamiento de Cañaveral destrozado por el rechazo definitivo de Violeta. Era consciente de que ese último intento de recuperarla, de ofrecerle todo, incluso de buscar un miserable trabajo en la ciudad para estar junto a ella, consolándola en su dolor, no había servido para nada. Leonardo albergaba esperanzas de que pudieran volver a estar juntos a la muerte de Rodrigo, como cuando cinco años atrás se habían conocido en la selva. Porque en esos años no había podido ni querido olvidarla. Sin embargo, con esta última negativa de Violeta se sintió frustrado, humillado y utilizado como un objeto de placer, y regresó a la selva con más furia y odio acumulados que tristeza en su corazón. Estaba vacío de amor, solo la venganza volvería a regir su vida de ahora en adelante.

La arena blanca y las aguas transparentes y quietas como el cristal consolaron a Violeta del paso dado. Estaba confusa y se sentía inmensamente sola. También era consciente de que si no existiera esa presencia tan fuerte de Rodrigo en su memoria habría dejado que Leonardo la acompañara en estas costas de ensueño. Como un regalo de despedida. Pero no podía y no debía mezclar sentimientos tan recientes. Porque luego la separación sería todavía más cruel.

Las aguas de Tayrona discurrían entre un fondo selvático que descendía en frondosa avalancha desde la Sierra Nevada, la cordillera de litoral más alta del mundo, aseguraban los nativos. Era como un milagro de la naturaleza contemplar semejante contraste de paisajes opuestos. Ahora comprendía Violeta porque esas playas de arena blanca repletas de palmeras y protegidas por la altura imponente de la sierra eran las más bellas de Colombia. Se dio al placer de bañarse en el mar tranquilo y cálido y de tumbarse al sol, que cicatrizaba las pequeñas costras de las picaduras de mosquito que se extendían por su cuerpo. Quiso conocer también la playa Brava, donde le habían advertido que no se le ocurriera entrar en sus aguas porque el mar siempre estaba embravecido y las olas rompían con fuerza devastadora. A Violeta esa playa le pareció de una belleza prodigiosa y pasó largas horas contemplando el ir y venir del furioso oleaje. La playa Brava era de difícil acceso y a que estaba protegida en sus entradas laterales por gigantescas rocas que semejaban enormes ballenas varadas. La fuerza de las olas era tan tremenda que el agua había ido puliendo las rocas a lo largo de los siglos hasta hacerlas suaves y blancas, con la apariencia desde lejos de inmensas ballenas blancas que hubieran ido allí a morir. Sentada en la arena, mirando el gran espectáculo de la naturaleza y alejada del batir de las olas, sintió de pronto un fuerte pinchazo en el vientre que la obligó a doblarse y permanecer un rato acurrucada, protegiéndose con sus brazos y sus piernas, respirando hondo para calmarse. Se asustó un poco porque arriba, hacía unos días, en lo más frondoso de la selva, subiendo hacia Ciudad Perdida, se mareaba con cierta frecuencia, y hacía poco en Cañaveral también le había pasado lo mismo. Al final se repuso, pero se encontraba débil y preocupada por su salud, así que desistió de proseguir el viaje programado hacia la península de La Guajira para entablar contacto con los grandes e incorruptos guajiros que vivían en pequeñas aldeas familiares llamadas «rancherías», en la punta del continente.

Consciente de su debilidad, emprendió el regreso, y en Pueblito, uno de los asentamientos más antiguos de la zona, preguntó por alguien que tuviera conocimientos en curaciones porque volvía a sentirse mareada y lo poco que comía lo vomitaba en el acto. Una curandera la examinó con habilidad y le palpó la barriga en varios sitios, también le pidió que le enseñara los pechos. Y tras la exploración le dijo:

—No está enferma, está preñada. Y parece cansada, necesita reposo. Parece una mujer fuerte y sana a pesar de su fragilidad, pero si quiere tener ese hijo descanse. Si no lo quiere, puedo prepararle un brebaje. Está de muy poco tiempo.

A Violeta se le iluminó la cara de felicidad. Estaba convencida de que su retraso en la menstruación se debía al cansancio y la fatiga de la expedición. Otras veces también le había pasado. No era muy regular con sus períodos. Sin poder reprimirse, cogió las manos de la mujer y las besó una y otra vez, agradecida por la rotundidad de su diagnóstico, del que no dudó ni por un instante. Estaba tan segura de sus palabras como si las hubiera pronunciado su padre, el doctor Odilo Saramago.

—¡Qué alegría más grande! Rodrigo, si pudieras escuchar... si pudieras saber que estoy embarazada, que espero un hijo tuyo, te volverías loco de contento. Ya estoy imaginando tu cara. Tus ojos intensos sorprendidos, tu juventud estallando de alegría. Seguro que abrirías las ventanas para gritar al mundo que ibas a ser padre, y luego me abrazarías —dijo, poniendo voz a sus pensamientos.

La curandera movió la cabeza y frunció el ceño.

—¿Y por qué no va y se lo cuenta a ese tal Rodrigo?

Violeta la miró con dulzura, le sonrió y contestó.

—Porque no puedo hacerlo. Hace más de un mes me lo mataron. Tenía veintiocho años y toda una vida por recorrer a mi lado.

—Entonces su Rodrigo se enterará si se lo va contando como ha hecho ahora. Eso la ayudará —contestó la mujer enigmáticamente.

Salió de la choza como si fuera otra mujer, llena de energía y plenitud. «Tenía razón Quintín Lame. Ha terminado un ciclo y empieza otro. Rodrigo ha vencido a la muerte. Vive dentro de mí. Ha empezado una nueva vida en este ser que se está formando en mi cuerpo», pensó, recordando aquellas palabras de Manuel cuyo significado ella no había llegado a comprender del todo. Estaba ansiosa por regresar a Bogotá y dar una alegría a todas las personas que la querían y seguían apenadas por la muerte de Rodrigo. También pensó en los padres de Rodrigo, en aquella mujer tan altiva y tan hermosa que la fue a visitar, y a la que había puesto en su sitio, y en su esposo, al que ni siquiera conocía porque no cruzó con ella ni una sola palabra. Pensó en la alegría que por fin podía dar a sus padres en Galicia, tras la tragedia. En Amelia, su fiel amiga; en Quintín Lame, en Armand Doisneau, en los compañeros de Rodrigo, en tantos amigos que había hecho a lo largo de los años en las plantaciones del Cauca, en los Bosques de Niebla, en Bogotá. También pensó en Leonardo, pero la rotunda presencia de Rodrigo disipaba el recuerdo intermitente del joven mestizo al que había amado apasionadamente tras haberse cruzado inesperadamente en su vida.

Además, Violeta era consciente de que con treinta y dos años no podía perder esa oportunidad de ser madre. «Es una bendición de los dioses», se dijo una y otra vez, entusiasmada. Durante los años en los Bosques de Niebla hacía lo que practicaban las indias para no quedarse embarazadas. Por eso no se había extrañado de las palabras de la curandera. En las comunidades indígenas era la mujer la que decidía cuándo quería tener los hijos. Aun así, decidió que en cuanto llegara a la ciudad visitaría a un médico para que confirmara su embarazo y comprobase su estado físico. Ahora que ya conocía su estado no quería correr ningún riesgo.

El viaje de vuelta se lo tomó con mucha calma y sin prisas. Llevaba sus cuadernos llenos de anotaciones y de cuidadosos dibujos situando los asentamientos indígenas, más los valiosos testimonios de las gentes con las que había hablado a lo largo del recorrido. Escribir sus impresiones sobre los territorios explorados le iba a venir bien en Bogotá mientras su embarazo iba progresando. Al menos eso esperaba, que el director del diario comprendiera su situación y no rescindiera su compromiso con ella al no poder emprender otra incursión a parajes peligrosos.

En cuanto llegó a Bogotá, Fidel Cano echó una ojeada al material que había traído y le pareció excelente. El fotógrafo contratado había contactado ya con el periódico y en una semana estarían las placas reveladas con las imágenes más buscadas de Ciudad Perdida. Violeta respiró aliviada. Después de explicar sus andanzas, se excusó por no haber llegado a la península de La Guajira, por motivos de salud.

—No me encontraba muy fuerte, fui a que me viera una curandera en Pueblito y resulta que estoy embarazada. —Hizo una pausa—. Me recomendó reposo y por eso emprendí el viaje de vuelta antes de lo previsto. Espero que no le defraude por ello —dijo de un tirón para quitarse la preocupación.

Fidel Cano miró asombrado a aquella mujer de apariencia frágil que había cruzado media Colombia para internarse sola en la selva tropical, había hecho un trabajo espectacular, estaba embarazada, había estado a punto de enfermar en medio de la jungla, y todavía se excusaba por no haber culminado la ruta establecida.

—¿Y me pregunta si estoy defraudado? Lo que estoy es maravillado de su fortaleza, tenacidad y valentía. Imagino que ha sido duro llegar hasta donde ha llegado. Permítame que se lo diga, pero su aspecto muestra las secuelas del recorrido, y ahora debe descansar. Por lo tanto, le doy a usted una semana de retiro para que se reponga. Después ya vendrá por aquí y nos pondremos a trabajar con todo el material de sus cuadernos. Es una orden, señorita Saramago —dijo taxativo el director—. Y enhorabuena, ha hecho un buen trabajo. Seguimos contando con usted. Tenga por seguro que no la vamos a dejar marchar.

Salió del periódico como flotando en una nube de satisfacción. «Todo va bien, Rodrigo, todo va bien. Lo estoy consiguiendo», pensó. Quería hacer caso a su admirado Quintín Lame y sentir que Rodrigo le hacía compañía y estaba a su lado de otra forma. Por eso, cuando la ocasión lo merecía le hablaba en silencio. «Eso le hará bien», le había dicho la curandera de Pueblito.

Por su parte, Fidel Cano tenía muy claro que quien escribiera sobre los asentamientos indígenas debía ser alguien que lo hiciera desde la mirada del extranjero, sin los prejuicios de los colombianos hacia los pueblos nativos de su propio país. Cano sabía, como buen conocedor de la naturaleza humana, que la mirada del extranjero —en este caso de Violeta— era más limpia y curiosa, se detenía a ver y descubrir cosas que los propios no veían, de tan sabidas que las tenían; porque al estar tan cerca no les daban valor. «Falta perspectiva para juzgar lo insólito», solía resumir el director. Por eso le gustaba Violeta y su innata capacidad de asombro ante la cultura indígena, unida a su experiencia de vida con ellos. Además, la biografía de Manuel Quintín Lame, publicada por entregas en el diario, había resultado un rotundo éxito. Así que, aunque Violeta no fuera consciente de ello, empezaba a tener una reputación como escritora; y, desde luego, Fidel Cano esperaba contar con sus colaboraciones.

Cumplidas sus obligaciones de trabajo en *El Espectador*, fue en busca de Amelia al burdel. Quería darle una sorpresa presentándose allí sin avisar y anunciarle la buena nueva. A Violeta le encantaban ese tipo de sorpresas, comprobar la cara de asombro y satisfacción de la gente amiga cuando había algo bueno que compartir. Sobre todo tras el sufrimiento por la trágica muerte de Rodrigo, que pareció envolver a la ciudad en un silencio sobrecogedor durante varios días tras las revueltas en la calle. Debía esperar a que terminase un servicio, le dijo la madama. Y como conocía a Violeta de otras veces, le indicó amablemente que podía esperar en uno de los saloncitos de recibir a que su amiga bajara. Se situó discretamente en una de las esquinas del salón y observó divertida las idas y venidas de las chicas con sus clientes. Se quedó atónita cuando vio bajar las escaleras a un hombre de aspecto conocido, seguido de Amelia, que se ajustaba el corpiño con gestos de hartazgo. «¡Dios mío! Es Thomas Foster, ¡el americano!» Rápidamente, se dio la vuelta y se escondió tras una lámpara de mesa para que a Amelia no se le ocurriera presentárselo. Era muy capaz de hacerlo, entre otras cosas porque ella nunca le había hablado de él, lo despreciaba tanto que siempre lo había considerado fuera de su vida. Afortunadamente, el norteamericano se marchó despedido efusivamente por Amelia, que no se percató de la presencia de su amiga.

—Hasta cuando quiera, Mr. Foster, ya sabe que en esta casa siempre será bien recibido —dijo Amelia y cerró la puerta.

Acto seguido cambió de cara, soltó una especie de bufido y se abanicó con energía.

—¡Amelia! —llamó suavemente Violeta, saliendo de su improvisado escondite.

—¡Violeta! ¡Estás aquí! Pero ¿cuándo has llegado? ¡Qué grata sorpresa! Ven aquí, intrépida exploradora de selvas. Deja que te vea. —Y dio una vuelta a su alrededor—. Muy bronceada te has puesto en el Caribe. Pareces una india, hija. Tienes que cuidarte más esa piel celta que tenemos y que todas por aquí nos envidian...

Como siempre pasaba cuando se encontraban, Violeta sonrió con sus comentarios. ¡Eran tan distintas! Sin embargo, lo que tenían en común las unía con una amistad sólida, sin fisuras, sin sombra de competencia entre ambas; precisamente el hecho de pertenecer a dos mundos totalmente opuestos las acercaba más. Haberse conocido en una travesía transoceánica y proceder de la misma tierra también estrechaba el vínculo de su cariño.

—Tengo que contarte algo muy importante. ¿Tienes tiempo o debes subir ya? —le preguntó Violeta, que dudaba si contarle primero su embarazo o preguntarle directamente por ese odioso hombre que acababa de salir.

—Aunque me estuviera esperando el quinto regimiento de caballería, tú primero me cuentas eso tan importante que está bailando en tus ojos —apremió Amelia.

—Estoy embarazada, Amelia. ¡Estoy embarazada de Rodrigo! —Y rompió a llorar emocionada, para liberar la tremenda tensión que había acumulado durante las últimas semanas haciéndose la fuerte.

Ambas se sentaron en uno de los sofás de terciopelo rojo del salón, y Amelia, mientras la abrazaba y la dejaba desahogarse a gusto, pensó que lo necesitaba, con todo lo que llevaba encima.

—Es el mejor regalo que podía haberte dejado Rodrigo. ¡Gracias, Dios mío! Tenía razón mi abuela de Lira cuando decía que «cuando una puerta se cierra, otra se abre enseguida». —Y casi sin darse cuenta, mientras la mecía en el abrazo, percibió que también ella estaba llorando como una idiota.

Una vez repuestas y tras haber aclarado los pormenores de su reciente embarazo, por el que Amelia no paraba de preguntar detalles, Violeta sacó el tema del norteamericano. La impaciencia la devoraba, no podía esperar más.

—¿Conoces a ese hombre con el que acabas de estar? ¿Sabes quién es? —preguntó.

Amelia la miró un tanto desconcertada.

—Sí, claro que sé quién es. Se llama Thomas Foster, es un yanqui de esos forrados hasta las cejas. Un próspero hombre de negocios de Santa Marta metido en las concesiones del ferrocarril, en las plantaciones de fruta. Pero ¿por qué lo preguntas?

—Y... ¿hace mucho que viene por aquí?

—Pues no sé, un año o así. Deja buenas propinas. Eso te lo puedo asegurar. Habitualmente lo atiendo yo; pero de vez en cuando quiere cambios y solicita un servicio de jovencitas. Ya sabes a lo que me refiero. Una vez pidió a la madama una menor, una indiecita menor de edad; el muy perverso. Y como esta es una casa decente, la señora le dijo que aquí todas las chicas son adultas, que lo sentía mucho pero que esos servicios «especiales» los buscara fuera. Igual siguió viniendo.

—¿Y dices que tiene sus negocios por Santa Marta? Seguro que se dedica a las bananeras... —reflexionó Violeta.

—Ya me estás contando de qué te viene semejante interés por ese hombre. No voy a entrar en detalles porque soy una profesional y nunca hablo de mis clientes, pero es un tipo bastante repugnante. Me tienes intrigada. Cuéntame.

—Disculpa, Amelia. Ese hombre es un asesino. Fue el instigador de la Masacre de los Cafetales, el que animó a que interviniera el Ejército en aquella concentración de campesinos en la plaza de Buenaventura y mataran a trescientas personas desarmadas, entre ellos mujeres y niños. Fue una auténtica carnicería en la que participaron el entonces general Cortés Vargas, que dio la orden de disparar a la multitud, algunos políticos, y el representante de la UFCO, que es la compañía que se lleva los beneficios. Es decir, Mr. Foster.

—¿Te refieres al general Cortés Vargas, el jefe de la Policía de Bogotá destituido recientemente a raíz del asesinato de Rodrigo? —preguntó inquieta Amelia.

—El mismo.

—Violeta, esto es muy serio, yo no quiero problemas. Solo hago mi trabajo y nunca pregunto. Suelen ser ellos los que cuando beben y se quedan a gusto se ponen a hablar de sus asquerosos trabajos, como si necesitaran que la puta además los escuche. Sé que hay algunos depravados, pero yo ahí no entro. Esa parte de sus vidas queda al margen del servicio.

—Te entiendo. Tienes razón, pero solo de verlo se me revuelve el estómago. Al fin y al cabo el día de la manifestación en que mataron a Rodrigo se conmemoraba un nuevo aniversario de la Masacre de los Cafetales, con los mismos instigadores tan ricamente instalados en Bogotá. Para mí, Cortés Vargas y Thomas Foster son la misma escoria. Trabajan juntos, asesinan juntos, se enriquecen juntos —dijo con su dulce acento gallego no exento de contundencia.

Se quedaron calladas durante unos segundos, analizando el tema de conversación. Violeta llena de ira y odio hacia aquel cliente habitual del prostíbulo, y Amelia desconcertada y preocupada ante la revelación de su amiga.

—¡Venga, venga, venga! Señoritas, háganme ustedes el favor de moverse, que esto no es una tertulia literaria ni de intimidades amistosas. Aquí se viene a trabajar. Apúrense. Los clientes esperan —la urgió la madama al verlas tan tranquilas conversando en el sofá.

Violeta se levantó rápidamente y se disculpó, mientras que Amelia subía las escaleras para realizar el servicio siguiente. Antes de desaparecer por las cortinas que cerraban la escalera principal, Amelia le dijo en voz alta:

—Ahora tienes que cuidarte mucho y dejar de preocuparte por esas cosas. Ya hablaremos.

Pero Violeta no olvidaba. Sabía que ese norteamericano era un manipulador que consideraba a los colombianos siervos útiles para los intereses del imperio. Y las coincidencias de la vida habían hecho que se volvieran a encontrar en Bogotá. No se quitaba de la cabeza aquella mueca prepotente dibujada en sus labios al bajar las escaleras del prostíbulo. La misma que recordaba de cuando, años atrás, los soldados dispararon al aire en la plantación de su tío por sugerencia suya y los campesinos, humillados y aterrorizados, volvieron a cargar los sacos de grano. Tipos como él conocían las teclas que debían tocar para conseguir sus propósitos, y cuando veían que un sitio empezaba a estar quemado, se trasladaban a otro para utilizar las mismas tácticas de invasión y, si era preciso, de exterminio. En su febril razonamiento, dudaba de si ese personaje estaba detrás del asesinato de Rodrigo. Al fin y al cabo, el jefe de Policía de Bogotá era su amigo, el general Cortés Vargas, a quien asesoraba en el Valle del Cauca, y quién sabe si también lo seguía haciendo ahora en la capital. Su mentalidad analítica tampoco olvidaba que Amelia había mencionado que Mr. Foster estaba vinculado a las concesiones del ferrocarril en Santa Marta y en las bananeras. Dato que le llevaba inmediatamente a pensar en el ingeniero francés, Armand Doisneau. «Seguro que él sabe algo de las andanzas de este tipo por allí arriba.» Lamentó no haber dispuesto de esa información cuando estuvo por la zona para indagar un poco sobre sus actividades más recientes. «Me encantaría desenmascarlo si pudiera, pero debe de ser demasiado poderoso», pensó con vehemencia. No obstante, se hizo el firme propósito de ponerse en contacto con Armand Doisneau sobre el particular. Estaba segura de que, tratándose del ferrocarril, conocería las vinculaciones del norteamericano.

Salió a la calle tratando de calmarse. Se acarició el vientre y recordó las recientes palabras de Amelia: «Ahora debes cuidarte y no preocuparte por esas cosas.» Al llegar a su casa vio un sobre que asomaba por debajo de la puerta. Pensó que sería carta de Galicia, pero el papel de color crudo se veía demasiado elegante e impecable para haber cruzado el Atlántico en una saca de correo. El remite aclaró sus dudas. En letras doradas estaba escrito el nombre y apellidos de los padres de Rodrigo con su dirección. Era una simple nota en la que amablemente la invitaban a visitarlos en fechas próximas. «Todo empieza a encajar. Ahora es el momento de que sepan que

espero un hijo de Rodrigo. Perfecto, así no me considerarán una extraña.»

Cuando Violeta cruzaba la verja del jardín de los Galán Gallardo notó como nunca antes la ausencia de Rodrigo. «Faltas tú, cogido de mi mano, entrando contento, orgulloso y protector, para presentarme a tus padres. Esos padres a los que querías pero con los que no te llevabas muy bien.» Y se sintió absurdamente sola, con el vacío inmenso que había dejado Rodrigo en su vida, enfrentada a esa bonita mansión colonial en la que iba a entrar por primera vez, todavía insegura. Respiró hondo y avanzó, pensando que Quintín Lame le diría que no iba sola, que siempre iba a estar acompañada.

Un mayordomo sonriente y mestizo la recibió y acompañó hasta la biblioteca, donde la esperaban Julián Galán y Leticia Gallardo, de riguroso luto. Violeta no vestía de negro. Pensaba, y con razón, que el negro no pegaba con su vida. No quería dar lástima a nadie, y mucho menos a los asesinos de su prometido cuando la vieran por las calles, aunque ella no lo supiera. Consideró que Rodrigo hubiera desaprobado el luto como uniforme durante largos años como indicaba el manual de duelo social. Además, ella iba a ser madre, y ese era motivo suficiente para festejar la vida con colores alegres y vistosos. Para la ocasión, eligió un precioso vestido en tonos rosa pastel, de talle alto y bordados grises en el escote cerrado hasta la garganta en forma de triángulo invertido, bordado repetido en la parte inferior de la falda, pero en forma de triángulo sin invertir. Las mangas eran tres cuartos cerradas con botones de nácar. La moda en esos años previos al estallido de la Primera Guerra Mundial obedecía a creaciones caprichosas en las que, por un lado, imperaba la desorientación, y por el otro, los modelos vertiginosos de inspiración helénica u oriental. Las damas habían descartado definitivamente el incómodo corsé de su atuendo habitual, pero seguían llevando sombreros enormes y llamativos, adornados con plumas de avestruz, cintas, lazos o cualquier objeto que se atrevieran a incluir en su tocado. Por supuesto, y como siempre había hecho, Violeta llevaba la cabeza descubierta y mostraba su pelo dorado recogido con prendedores y raya en medio. El largo de su falda hasta los tobillos dejaba al descubierto unos zapatos beige de medio tacón.

Se saludaron cortésmente y el padre de Rodrigo admiró la suave belleza de la joven y su exquisita educación. Hablaron sobre el trabajo de Violeta y alabaron la biografía de Quintín Lame que habían tenido la cortesía de leer por entregas en *El Espectador*. Violeta les explicó que acababa de regresar de Ciudad Perdida, enviada por el diario para informar sobre el modo de vida de los antiguos y escasos nativos tayronas aislados en lo más profundo de la selva tropical. Y agradeció su interés por ese tema, pues la ayudaba a vencer su inseguridad inicial ante la presencia contundente de los padres de Rodrigo y el lujo en que vivían. Al ver la exquisita decoración de la mansión, supuso que doña Leticia se habría quedado sorprendida cuando comprobó la humildad del piso que Violeta había compartido con Rodrigo. Solo de pensarlo se sonrojó, como era habitual en ella; pero se rehizo enseguida pensando que su querido Rodrigo había preferido vivir en unos escasos metros cuadrados con las paredes pintadas por ellos mismos de vibrantes colores colombianos que entre la opulencia barroca de los salones donde se había criado.

En cierto momento en que la conversación se estancó, Julián Galán preguntó por preguntar:

—¿Y qué planes tiene para el futuro próximo, Violeta?

La joven no contestó inmediatamente. Dudó de si lo que en realidad quería preguntar el padre de Rodrigo era si pensaba volver a España tras la pérdida sufrida con la muerte de su querido hijo. Recordó que su esposa ya le había planteado idéntica pregunta cuando la visitó en su humilde piso. Se armó de valor y se encomendó a Rodrigo para contestar con toda la dulzura de su tierra natal:

—Ahora, con el embarazo, debo dejar de viajar e internarme en las selvas para el trabajo que me han encargado. Durante un tiempo me quedaré en Bogotá, terminaré las memorias de Manuel Quintín Lame, e iré escribiendo las crónicas de Santa Marta, sin prisas. De momento me encuentro bien... —Calló y miró las caras de asombro de ambos a la espera de su reacción.

—¿Está usted embarazada? ¿De cuánto tiempo? —preguntó sin contenerse doña Leticia; y se levantó de la *chaise longue* como impulsada por un resorte.

—Creo que de dos meses y medio. Y el hijo o la hija que espero es de Rodrigo, naturalmente.

Julián Galán y su esposa se miraron, azorados y confusos ante la inesperada noticia que les daba esa mujer extraña que ni siquiera era capaz de guardar luto por su novio fallecido. Se quedaron unos segundos como paralizados, asimilando las palabras de Violeta, tratando de contener sus emociones, como mandaba la buena educación o, como diría Violeta, «la educación convencional que a veces de buena no tiene nada».

Viéndolos ahí parados sin decir nada, con cara de estupor e incredulidad, le resultaron raros, lejanos. ¡Echaba tanto en falta a sus padres! Pensó en cómo hubiera sido su reacción ante el conocimiento de su embarazo, en su alegría desbordante. En ese momento Violeta necesitaba abrazos y besos amigos, familiares, cercanos, sinceros. Y, en cambio, tenía ante sí a un par de seres humanos vestidos de negro y paralizados en su lujosa biblioteca, tratando de digerir una buena noticia. Se levantó rápidamente de la butaca y, conteniendo las lágrimas, dijo:

—Bueno, se me hace un poco tarde. Si me disculpan. Han sido muy amables en recibirme. Muchas gracias. —Y, nerviosa, se puso los guantes para dirigirse hacia la salida con una leve inclinación de la cabeza.

Julián Galán le rozó suavemente el brazo derecho parándola en su casi carrera hacia la salida y la abrazó en silencio. Y doña Leticia por fin exclamó, rompiendo la contención de las normas:

—¡Qué alegría más inesperada en medio de esta tristeza desoladora que nos embarga desde hace dos meses! ¡Dios mío, un hijo de Rodrigo! ¡Bendita seas, hija mía! —E hizo sonar la campanilla que había sobre una mesita de mármol, llamando a la servidumbre para que conocieran la buena nueva y a la prometida de Rodrigo. A continuación la abrazó y le entregó algo que sacó de un bolsillo de su falda de terciopelo negro—. Esta sortija estaba destinada para la esposa de Rodrigo. Es tuya, Violeta. Te tengo que confesar un secreto. Cuando te visité para conocerte la llevaba en el bolso, pero no me atreví a dártela, aunque debí hacerlo. Quizás entonces me pareció precipitado; y pensé que cuando te invitáramos a nuestra casa sería el momento oportuno. Me gustaste entonces sin saber que estabas embarazada, y me gustas ahora todavía más. —Y cogiéndole la mano, le quitó el guante y le puso el anillo en su dedo anular—. Tú eres la mujer de Rodrigo a todos los efectos, querida niña, y nosotros te cuidaremos.

En ese momento iba llegando el servicio, formado por cuatro personas, que se pusieron en fila, muy sonrientes, intuyendo ya y desde hacía rato las palabras que iban a pronunciar los señores.

Desde entonces, las visitas de Violeta a la mansión de los Galán Gallardo se sucedieron cada cierto tiempo. Los padres de Rodrigo querían controlar la evolución del embarazo y demostrarle su afecto y sus atenciones. En esas visitas, Violeta fue descubriendo la infancia de Rodrigo, su habitación y su cuarto de juegos, la ropa primorosamente guardada de recién nacido y después las de un niño despierto y sociable, siempre ansioso de tener cerca a sus amigos. No se podía imaginar que su madre guardara todo ese universo infantil y adolescente casi en secreto, con tanto amor y cuidado. Gozaba enormemente de las sesiones de fotografías que doña Leticia le mostraba con orgullo, sus diplomas de estudiante, sus trofeos de consumado ciclista, ya que Rodrigo había ganado varios torneos de ciclismo y solía desplazarse por las calles de Bogotá en bicicleta, el transporte individual favorito de los colombianos. A través de los recuerdos de sus padres conoció una parte de la vida de Rodrigo que ignoraba, la del adolescente criado en un ambiente cómodo y protegido de la alta burguesía colombiana, que se rebelaba a su manera y quería conocer otros límites para encontrarse y definirse como persona. Pensó que en cierta forma, y a la misma edad, él en Bogotá y ella en un pueblecito de Galicia, reaccionaron igual y decidieron alejarse de la familia para identificarse como seres humanos buscando nuevos horizontes. Al pensar en ello, una punzada de dolor le atravesó el costado. «Estábamos destinados a encontrarnos, encajábamos bien para afrontar la vida juntos, y sin embargo te mataron en plena juventud, truncando algo que podría haber sido grandioso.» Esa separación le parecía injusta, inhumana y cruel. Volvió a sentir un enorme odio hacia los que manejaban los hilos para que otros disparasen sus fusiles como autómatas en una feria de tiro.

Los meses de embarazo fueron tranquilos. Trabajaba en la biografía de Quintín Lame, esta vez en forma de libro, y disfrutó del encuentro con los amigos de la Asociación Nacional de Estudiantes, a los que llenó de alegría al informarles de su estado. A Manuel Quintín Lame y Armand Doisneau los veía cada vez que estaban en la ciudad, por motivos de trabajo el francés, y para acudir a las sesiones parlamentarias el líder indígena. Violeta todavía recordaba la cara de felicidad que puso el indio cuando le llegó la noticia y bajó raudo de los Bosques de Niebla para verla y comprobar que, una vez más, su pensamiento era acertado: los ciclos de la vida terminaban y volvían a empezar en una sucesión magnética. «La mujer dorada se merece esta felicidad y salir de ese tiempo de oscuridad», recordaba que le dijo. Se dejó cuidar por

los padres de Rodrigo, a los que había empezado a querer como a su propia familia, y porque sabía que ella era ahora quien llenaba ese tremendo vacío que había dejado en sus vidas la muerte del hijo. Aprovechaba su tiempo libre y de reposo, y siempre que podía se acercaba a una de las dos salas de cine que había en Bogotá, inauguradas en 1903 ante la entusiasta expectación de la población, acordándose de aquel viaje a Madrid con su padre para conocer el cinematógrafo.

La dulce espera de Violeta en los últimos meses de 1911 coincidió con el ambiente social que se experimentaba en aquel mundo marcado por la *belle époque*. Por un lado se vivía una alegría desbordante ante los avances de la modernidad, simbolizada en los grandes descubrimientos científicos y avances tecnológicos, y en inventos como el cine, el automóvil o la aviación que revolucionaron a la sociedad. Al mismo tiempo, se producía una auténtica competición para ampliar las extensiones de los imperios, ya que las fábricas europeas requerían materias primas y nuevos mercados para sus productos. Esa carrera colonial creó tensiones bélicas y provocó una escalada armamentística que iba a llevar a las principales potencias al borde de una guerra general. Por otro lado, aumentaba el descontento social y se multiplicaban las revueltas contra la desigualdad y la corrupción que ciclicamente agitaban a la población, que en su mayoría no podía disfrutar de esas maravillas de la ciencia. Eran años llenos de excitación y avances del ingenio humano que, sin embargo, no iban a impedir que se precipitara el horror de la Primera Guerra Mundial.

Desde que Armand Doisneau supo del embarazo de Violeta se ilusionó de nuevo con la idea de frecuentarla más a menudo y ofrecerle todo su apoyo. En uno de sus viajes a Bogotá le propuso ir a ver la primera película filmada en Colombia: un cortometraje de diez minutos de duración sobre la excursión del entonces presidente Rafael Reyes al Salto de Tequendama. Aceptó encantada porque el cine le seguía pareciendo un milagro, y sobre todo porque intuía que a su amigo el famoso y terrible Salto de Tequendama le tenía subyugado, aunque ella siempre había puesto pegas para conocer el lugar. Además, asistir a una sesión de cinematógrafo en la inmensa sala Olympia de Bogotá era en sí mismo todo un espectáculo. El gran teatro Olympia tenía capacidad para cinco mil espectadores.

—En Colombia todo a lo grande —volvió a decir Violeta riéndose, a la vez que se miraba en los espejos del vestíbulo y dudaba de si cabría en el asiento con ese embarazo tan avanzado que lucía.

—Ya ve, Violeta, hasta los presidentes de la República salen como protagonistas de la primera película nacional de Colombia en este lugar mágico, y a usted no consigo arrastrarla hasta allí. Así que he pensado invitarla al cine para verlo aunque sea en una pantalla.

—No me lo recrimine usted; ya sé que siempre estoy retrasando esa visita, pero hasta que no nazca la criatura, tenga por seguro que no me acerco a ningún abismo —contestó con la mirada fija en la pantalla.

Al salir del Olympia y pisar la calle sintieron temblar el suelo bajo sus pies. Era la primera vez que Violeta experimentaba esa sensación de pequeñas sacudidas desde que estaba en Bogotá y se asustó mucho, dado además su avanzado estado de gestación. Los temblores y terremotos siempre habían sacudido el suelo colombiano. La tierra nunca había dejado de agitarse; aunque, todo había que decirlo, con más benevolencia que en otras latitudes. Corrieron sin rumbo fijo y sin saber muy bien cómo protegerse de esa débil inestabilidad que producía un tremendo desasosiego.

—Dios mío, Armand, ¿qué es esto?, parece que los Andes se han enfadado y aprietan fuerte, es como si quisieran expandirse y ocupar la ciudad —dijo Violeta, asustada y confiando en que el ingeniero la tranquilizara con su calma y temple habitual.

—No es fuerte, no se preocupe, pasará en unos segundos. Son avisos de la tierra, que nos dice que está viva. Y, efectivamente, sin saberlo usted ha dado en el clavo: la cercanía de la cordillera y sus tremendos pliegues producen este tipo de reacciones. Hace años, aquí en Bogotá, hubo un temblor que duró seis días. Los bogotanos lo llamaban «la Tembladera» —explicó Armand tratando de calmarla, mientras llegaban a una cantina al otro lado de la carrera para que Violeta bebiera un vaso de agua y él una chicha bien fuerte para pasar el susto.

Allí sentados, esperaron a que el suelo dejara de latir, observando cómo la gente comentaba el suceso como si se tratara de una fuerte tormenta, sin más preocupación. Estaban habituados a que la tierra se moviera bajo sus pies. Ya repuesta, la joven se interesó por cómo iba el proyecto del hotel en el Salto de Tequendama. Armand sonrió satisfecho ante el interés de su amiga y le contó que sus contactos con el capital francés no prosperaban lo suficiente, aunque la idea había gustado mucho. Parecía esperanzado en conseguir capital alemán para levantar el hotel en lo que ahora era la estación terminal del Ferrocarril del Sur.

—Lo que ocurre es que Europa está muy agitada últimamente —explicó con gesto serio—. Y Alemania y su expansión imperialista hacen temblar al resto de países; sobre todo a Francia e Inglaterra. No sé muy bien cómo puede acabar o empezar todo esto, lo reconozco. Y desde luego, si estalla una contienda bélica mi proyecto se retrasará. De eso sí estoy seguro, lamentablemente.

—La verdad, Armand, estoy deseando que mi hijo nazca. Percibo mucha inestabilidad en el ambiente, y no solo lo digo por este temblor de ahora, sino por lo que me cuenta usted; por los rumores que llegan del otro lado del mar. Mientras que aquí parece que no pasa nada. La gente sigue preocupada por los problemas de siempre: los políticos por hacer negocios con los norteamericanos y aceptar sobornos, y el pueblo luchando por acabar con la corrupción y mantenerse para vivir al día con un poco de dignidad.

—Mi querida Violeta, ahora usted solo debe ocuparse de lo que viene. Afortunadamente es una mujer fuerte y todo saldrá bien. Olvidese del resto del mundo, aunque solo sea por un par de meses. Usted sola no puede borrar la ambición humana ni acabar con la injusticia. —Y la miró con devoción; admiraba su coraje para enfrentarse a todo lo que se ponía por delante. Armand Doisneau estaba decidido a protegerla de todos los males; al menos de los que él pudiera evitar con su afecto, consciente de que el destino ya le había pasado factura llevándose por delante a su prometido. En estos momentos debía concentrarse en un único objetivo, y si él la podía ayudar, la ayudaría, sin duda alguna.

—Tiene usted razón, seré buena chica y me quedaré quieta hasta que culmine mi embarazo, sin preocuparme demasiado de cómo va el mundo, pero dígame una cosa. Tengo que preguntarle si conoce a un tal Thomas Foster, un norteamericano vinculado a la concesión del ferrocarril de Santa Marta.

Armand se quedó unos segundos pensativo, sorprendido del inesperado giro en la conversación. Claro que conocía a ese hombre, entre otras cosas era el culpable de que la compañía francesa para la que trabajaba se hubiera quedado sin poder abordar una gran obra que Armand sugirió realizar contando con la colaboración del Gobierno colombiano. Una empresa ambiciosa que garantizaría el progreso de las comunicaciones en Colombia. Una línea férrea que debía recorrer todo el valle del río Magdalena para llegar hasta Bogotá atravesando las tierras más ricas del país sobre la vertiente Atlántica. Un proyecto de construcción fácil que podría ser emprendido desde varios frentes a la vez. En definitiva, explicaba Armand, el ferrocarril llegaría hasta el valle del río Negro, por donde tendría acceso a la sabana de Bogotá. Eran temas de trabajo de índole técnica y política que nunca había hablado con Violeta, pero en los que el francés andaba metido desde que se rehabilitara profesionalmente. El proyecto del hotel en el Salto era su sueño personal más preciado, pero la operación del ferrocarril de Santa Marta tenía una envergadura política en la que él solamente era un pequeño eslabón de una cadena en que la diplomacia, los negocios e incluso la milicia se complementaban en Colombia para repartirse las concesiones más sabrosas. En este asunto, Armand había sufrido los sucios manejos de Mr. Foster, un hombre al que temía con la misma intensidad que despreciaba.

—Sí, lo conozco, por desgracia. Aunque si me permite le voy a hacer una breve introducción, ya que veo que está usted bien informada. Como sabe, dentro del reparto del mundo en zonas de influencia, América es para los americanos. Por tanto, el capital francés tiene que esforzarse mucho y buscar aliados para invertir en Colombia, obtener contratos sustanciosos y no quedarse sin parte del pastel. Las concesiones de líneas de ferrocarril han estado reservadas casi exclusivamente a sociedades norteamericanas e inglesas que no han respondido a la confianza de hacer una obra útil y benéfica para la sociedad. Por el contrario —añadió—, como usted conoce bien, solo andan preocupadas en obtener grandes beneficios en poco tiempo, incumpliendo vergonzosamente los contratos. Su explotación ha sido una larga sucesión de escándalos al estar comprometido cierto número de personalidades políticas colombianas de todos los colores que se han sucedido en el poder en los últimos años. El resultado de haber dejado en manos de norteamericanos e ingleses las vías férreas es lamentable, un fiasco. Se ha gastado mucho dinero, más del necesario, para dotar al país de un sistema incompleto de ferrocarril, que apenas posee setecientos kilómetros divididos en una decena de pequeños enclaves sin conexión. ¿Y dónde aparece Mr. Foster?, se preguntará usted. Pues como el gran urdidor de las actividades que despliega en el puerto de Santa Marta la sociedad norteamericana UFCO y la compañía inglesa Railway, cuyo capital mayoritario pertenece a la UFCO, además de encargarse de sobornar a los funcionarios colombianos para realizar el trazado que solo interesa a la compañía. Es decir, poder controlar el sistema de transporte y la comercialización del producto, en este caso las bananas a mayor gloria de Norteamérica. Hecha la introducción le diré, querida Violeta, que este individuo ha intentado por todos los medios desacreditarme ante la compañía francesa que optaba a la concesión, y cuya representación yo ostentaba en esta operación, desplegando todo su veneno acerca de la dolorosa imputación de la que fui

victima con ocasión de la muerte de mi esposa.

—¿Y lo ha conseguido? —preguntó Violeta ansiosa.

—Así es, la región de Santa Marta es explotada por estas dos empresas: la compañía inglesa de ferrocarril y la norteamericana, la United Fruit, y no admiten competencia. Mr. Foster ha conseguido que la United posea el noventa por ciento de los terrenos de la región bananera. Nos ha hecho una guerra despiadada y nos ha arrebatado la clientela comprando a los particulares los terrenos y sus cultivos bananeros. Y, en mi caso, ha logrado que me destituyan como ingeniero jefe del proyecto en Santa Marta que iba a ser tan útil para las comunicaciones de Colombia. No quiero aburrirla con mis problemas, Violeta, pero si el Gobierno cede a sus pretensiones, será como entregar la llave de Colombia a los norteamericanos.

—Pero supongo que en esa zona al menos la opinión pública será hostil a las pretensiones de la United —apuntó Violeta indignada.

—Según mis informes —Armand tenía contacto con un diplomático francés que le pasaba información—, un grupo de colombianos de Bogotá y Medellín presiona al Gobierno para que se decida a no renovar la concesión a la United y retomar la empresa de construcción de ese ferrocarril que sería de gran importancia para el país, pero si el Gobierno cede a las presiones de los norteamericanos... no habrá nada que hacer. Arrasan con todo lo que se les pone por delante, amenazan a la gente, nadie quiere conocer la verdad mientras haya dinero de por medio. Lo sobornos funcionan. Han funcionado siempre —reconoció el francés, apesadumbrado y cansado de ir de fracaso en fracaso.

—¿Y por qué los periódicos no dan cuenta de todo este escándalo y desenmascaran a Thomas Foster de una vez?

—No debo entrar en detalles que podrían comprometer su seguridad, Violeta. Únicamente le diré que mi amigo diplomático enseñó documentos a la prensa en los que se detallaban las actividades de la compañía norteamericana, y allí aparecían todos los elementos que se han querido ocultar al país. Me refiero a cómo acapara la tierra, la mano de obra, el comercio, las vías de comunicación y la actitud cómplice del Gobierno y los funcionarios colombianos. Pues bien, no ha servido de nada. Todos los voceros oficiales dijeron que lo denunciado no era más que propaganda subversiva. —Armand abrió las manos en señal de impotencia.

Violeta meditaba sobre las graves acusaciones que le estaba comentando Armand, y se atrevió a contarle que había conocido a ese hombre en las plantaciones de café del Cauca, y que ahora, por las extrañas casualidades de la vida, lo había visto aquí, en Bogotá, saliendo del prostíbulo donde trabajaba Amelia.

—Es uno de sus clientes fijos —le comentó circunspecta. Pero a continuación se dio cuenta de que su amigo también iba por allí, así que aunque se arrepintió de su comentario, prosiguió—. Hay personas que deberían desaparecer de la faz de la tierra. Solo saben hacer daño. A veces pienso que tuvo algo que ver con los disparos en la noche que mataron a Rodrigo.

—Sí, la entiendo. Mr. Foster merecería un escarmiento, pero lamentablemente, hoy por hoy resulta intocable —contestó el francés.

Cesaron los temblores y las calles volvieron a llenarse con un trasiego de gente que retomaba su ritmo habitual. Armand y Violeta caminaron en silencio hacia la casa de ella. Ambos reflexionaban sobre la conversación mantenida sin atreverse a expresar lo que realmente pensaban, a decir más de lo que habían dicho. Antes de despedirse, el francés rompió el silencio.

—Creo adivinar sus pensamientos, Violeta. Voy a estar unos meses fuera de Bogotá, viajando con el Ferrocarril del Sur. A mi regreso podremos retomar esta conversación, si usted lo desea. Mientras tanto, y si confía en su amiga Amelia, puede sugerirle que la tenga al corriente de los pasos de ese hombre. Y ahora, mi querida amiga, cuídese mucho en esta recta final. Cuando nos veamos ya serán dos. ¡Es asombroso cómo son los milagros de la naturaleza!

La hija de Violeta, 1912-1917

En vísperas de la Gran Guerra, la lucha entre las potencias imperialistas había alcanzado su punto álgido. En Europa, Alemania era la potencia dominante, pero sus avances en el dominio del mapa estaban mal vistos por los otros dos estados imperialistas europeos: Inglaterra y Francia. De momento Estados Unidos se reservaba América Latina, a la espera de una coyuntura que les permitiera entrar a disputar la hegemonía mundial. En 1913 los imperialismos inglés y francés comenzaron a verse desplazados de América Latina por los norteamericanos, por lo que la mejor defensa que concibieron para sus intereses fue unirse para frenarlos, a la vez que necesitaban la colaboración americana en su lucha contra el enemigo alemán. En esa política expansionista, los pueblos latinoamericanos contaban únicamente como fichas del ajedrez mundial movidas desde el exterior, con el visto bueno expreso o tácito de sus gobiernos. Colombia no era una excepción y, como le había explicado Armand Doisneau, todos querían su trozo de pastel, las sustanciosas contratas en tierras ricas por explotar.

En este ambiente prebélico a nivel europeo nació América, la hija de Violeta. Cuando supo que era una niña, la madre quiso hacer un homenaje a su tierra de adopción y la llamó América, como todo el continente. A los padres de Rodrigo, les pareció extraño ponerle a una niña el nombre de un trozo de mapa, pero Violeta se mostró inflexible con las otras opciones que doña Leticia se empeñaba en proponer. Nombres habituales en Colombia que a Violeta le parecían cursis, como María Gabriela, María Emilia, o Camila de los Santos. Por lo demás, su nacimiento fue celebrado con inmensa alegría por todos los allegados a la madre, máxime cuando la niña vino al mundo tras la trágica pérdida del padre.

A medida que iba creciendo, la pequeña América mostraba la belleza de los rasgos de sus progenitores, mezclados en un atrevido mestizaje: los ojos verdes profundos de la madre, pero no su piel, que era tostada como la de Rodrigo, y morena de pelo como el padre.

Al principio Violeta pensó en hacer el viaje que tantas veces había planeado. Coger un barco que la llevara a Galicia para que sus padres conocieran a la pequeña. Se merecían la felicidad de abrazar a su nieta, ya que no habían podido conocer a Rodrigo personalmente, solo en una fotografía en blanco y negro; pero la inminencia de la guerra desaconsejaba cruzar el océano hacia Europa. Odilo Saramago, con dolor en su corazón, se lo desaconsejó en los cables que se mandaban con cierta asiduidad desde el feliz embarazo de Violeta.

Las consecuencias de la Primera Guerra Mundial repercutieron como un eco ensordecedor en Colombia y en toda Latinoamérica. La primera consecuencia fue el cierre del comercio exterior con Europa y la inactividad de los puertos al no haber importaciones. Todo ello seguido de una fuerte migración interna con políticas migratorias de llamada para los pobres, crecimiento demográfico, paro y gérmenes cada vez más potentes de conflictividad social. La parte buena era que Colombia no estaba en guerra y, por tanto, a la gente le iba bien o mal según su posición en la escala social a la que pertenecía. Pero las ciudades como Bogotá y Medellín se poblaron de legiones de inmigrantes, hombres y mujeres que ya no tenían trabajo en las plantaciones, o procedentes de donde el trabajo escaseaba, y buscaban en las ciudades el modo de ganarse la vida. El incremento significativo de la población urbana durante las primeras décadas del siglo XX se debió en gran parte a la migración campesina de las zonas cercanas a las ciudades. Muchos de estos inmigrantes eran mujeres solas que no encontraban trabajo en las grandes haciendas, donde se prefería el trabajo de los hombres. Algunas encontraban ocupación en fábricas o en talleres artesanales, pero la gran mayoría se empleó en el servicio doméstico de las damas de la burguesía. Incluso sucedía que muchos padres campesinos preferían entregar a sus hijas como sirvientas antes que verlas empleadas como obreras en las fábricas, algo que asociaban con libertinaje y perdición.

En este clima social de llegada masiva de campesinas a la ciudad, tanto Violeta como Amelia se lamentaban de la triste situación por la que atravesaban muchas de sus congéneres. Los abusos estaban a la orden del día. Incluso en algunos sectores sociales y en varias regiones del país también correspondía a la sirvienta la iniciación sexual de los jóvenes de la casa y la satisfacción del señor, muchas veces frustrado ante la fría sexualidad de su esposa. Esto sacaba de quicio a Amelia, que solía protestar enérgicamente porque le hacía competencia desleal a su oficio, debido a que los señores muchas veces preferían a las criadas para su alivio, ya que se evitaban el posible contagio de una enfermedad venérea, más fácil de contraer en los prostíbulos. La vida de las empleadas domésticas fue dura en aquellos años. Muchas ni siquiera recibían salario por sus servicios, y cuando se les pagaba, era bastante más bajo que el de las obreras, ya de por sí miserable.

La pobreza se extendía como una mancha de aceite, junto con estallidos de violencia social cada vez más frecuentes. Otra consecuencia de la atmósfera prebélica fue que todo el proceso urbanístico que se abordaba en las ciudades resultaba una copia del modelo europeo, primordialmente al gusto arquitectónico francés. Por lo que Armand Doisneau no tiraba la toalla respecto a sus pretensiones de construir algún día su soñado hotel en el Salto de Tequendama. Atesoraba una extraordinaria colección de dibujos hechos por él mismo, diseños y proyecciones de cómo imaginaba el alzado del hotel, totalmente afrancesado en su estilo, desafiando las leyes de la física en su arriesgada cercanía a la catarata del río Bogotá y en medio de la selva húmeda tropical.

Violeta, al no poder embarcarse para España, sintió deseos de estar cerca del mar y criar a su hija en un ambiente más relajado que Bogotá. Tomó la decisión de abandonar la ciudad y trasladarse a Cartagena de Indias, cuando la mañana del 14 de octubre de 1914 asesinaron al líder del Partido Liberal colombiano, Rafael Uribe Uribe, en plena acera del Capitolio, de una forma terriblemente cruenta ya que le destrozaron el cráneo con dos hachas de carpintero. Los agresores, dos tipos vulgares sin vinculaciones políticas aparentes, fueron capturados enseguida, apenas huir del lugar de los hechos. El general Uribe iba andando desde su casa hacia el Capitolio para asistir a una sesión del Senado cuando al atravesar la plaza Bolívar en la carrera Siete con la calle Diez lo asaltó un hombre por delante y le asestó un hachazo en la cabeza que lo derribó. Acto seguido, un segundo hombre llegó por detrás y le asestó otro hachazo por la espalda. El general quedó abatido en el suelo, herido de muerte, y aún tardaría horas en morir.

La sociedad bogotana, indignada y dolorida, leyó los detalles del brutal atentado al día siguiente en el diario de la mañana, *El Liberal Ilustrado*, del que era director político Rafael Uribe Uribe. «Una multitud como jamás se había visto colmó la plaza Bolívar para asistir, en un acto de dolor colectivo, a los funerales de Uribe en la Catedral Primada.» A Violeta esas frases le resultaban amargamente conocidas. Releyó la noticia con avidez y se dio cuenta de que al general Uribe le atacaron en el mismo escenario donde fuera abatido su prometido, en las inmediaciones de la plaza Bolívar, en las mismas calles, y el político también recibió por la espalda el golpe de gracia. No pudo soportar más violencia ni que le volvieran los recuerdos de Rodrigo muerto en medio de la calle. Por si el cobarde atentado fuera poco, se indignó doblemente cuando al mes de producirse el asesinato del prestigioso político un diario de Nueva York publicó sus dudas: «La muerte del general Uribe Uribe permanece envuelta en el misterio más profundo. Colombia no le ha dicho al mundo, clara y terminantemente, qué móviles siniestros pusieron en manos de los verdugos el hacha infame que suprimió en breves horas una vida tan útil y tan buena.» Y acertaba el diario norteamericano, porque durante semanas la prensa colombiana únicamente apuntó a que la razón del crimen se encontraba en el «fanatismo político», sin indagar en la preparación de un atentado a plena luz del día en las cercanías del Capitolio por dos hombres que en los interrogatorios no aportaron ninguna luz sobre los motivos del mismo, solo que las hachas las habían cogido de la carpintería que uno de ellos regentaba. Por esa razón, en el artículo del diario de Nueva York se planteaban abiertamente una serie de interrogantes: «¿Quién, quiénes fueron los autores intelectuales del crimen? ¿Qué figuras políticas lo prepararon en la sombra y armaron el brazo de los dos autómatas que lo consumaron? ¿Por qué el pueblo colombiano se contenta con magnos funerales, llenos de ostentación y lágrimas, para acallar la verdad oculta? ¿Por qué hacen todo un espectáculo de la detención y posterior traslado a prisión de uno de los asesinos?» O como escribió acertadamente Gil Blas, uno de los comentaristas más reputados de la prensa colombiana, días después: «Es ridículo, supremamente ridículo, hacer creer al público que porque trescientos policías y cuarenta jinetes hicieran guardia a uno de los asesinos para impedir que se fugue, ya ha quedado resulto el crimen. La ostentación es a veces el principio de la farsa.»

Idénticos interrogantes se planteaba Violeta respecto al asesinato de Rodrigo. Sentía rabia y una tremenda frustración ya que intuía que los verdaderos cerebros de ambos asesinatos estaban vinculados, se conocían o eran los mismos que no toleraban que hubiera líderes contrarios a sus idearios conservadores y corruptos. Daba lo mismo que se tratara de un joven estudiante de veintiocho años que de un respetado político liberal. Los dos enardecían a las masas con su oratoria y su entrega ejemplar a las causas justas, y por eso había que eliminarlos.

Fue un crimen que estremeció al país y cambió el curso de la historia de Colombia. Tras ese brutal magnicidio, a Violeta le volvieron los recuerdos del asesinato impune de Rodrigo y necesitó poner distancia llevándose a la niña a Cartagena, huyendo de tanta barbarie para educarla en una atmósfera sin tanta violencia. Mientras preparaba su traslado hubo momentos en que la figura repulsiva de Thomas Foster cruzaba su mente como un rayo. Presentía que ese personaje podía estar detrás de la preparación del atentado contra el general Uribe. Durante esos días había leído todo lo que caía en sus manos y recordaba que en algún artículo se mencionaba el hecho de que Rafael Uribe Uribe tenía intención de presentar en el Senado un plan para frenar la expansión imperialista de la United Fruit Company y su política invasiva

alrededor de los pueblos de la región bananera, donde ya no quedaba terreno propiedad de los campesinos, obligados a marcharse a las montañas. Violeta esperó un tiempo para ver si se relacionaban los hechos, pero nadie parecía interesado en señalar con el dedo a los poderosos que manejaban los hilos, o investigar a fondo los porqués del atentado. Sentía vértigo cuando pensaba que ella sí podría urdir un plan para quitar de en medio a Mr. Foster.

En Cartagena de Indias se volcó en la crianza de la pequeña América y trató de alejarse del dolor y la conflictividad que se vivía en las calles de Bogotá. Tampoco le faltó trabajo, ya que Fidel Cano le había encargado que siguiera con sus crónicas sobre parajes insólitos colombianos, y además tenía que poner punto final al libro sobre Quintín Lame. Violeta Saramago había conseguido en esos años un reconocimiento social y profesional sobresaliente, y el periódico *El Espectador* le pagaba unos honorarios que le iban a permitir vivir sin lujos pero con cierta comodidad en la hermosa ciudad colonial rodeada del mar Caribe. Los padres de Rodrigo intentaron convencerla de que permaneciera cerca de ellos para ver crecer a su nieta, pero Violeta necesitaba desprenderse de todos los recuerdos cruentos de Bogotá y de esos últimos acontecimientos que la estaban marcando demasiado. Quería educar a la niña sin odios, sin rencores, sin sentimientos ocultos de venganza. Necesitaba la proximidad del mar para suavizar su ánimo inquieto y su corazón imprudente. Además, había percibido que tanto doña Leticia como don Julián mimaban y consentían demasiado a la pequeña América y pensaba que ese ambiente tan protector no le habría gustado a Rodrigo para su hija.

Cartagena le pareció una ciudad alegre, luminosa, donde el color amarillo imperaba en todos los muros. Sus balcones de tonos claros rebosaban de buganvillas, y toda la arquitectura colonial en el trazado de sus calles, en las iglesias y plazas, recordaba la construcción española. ¡Cómo agradecía contemplar la raya azul del horizonte marítimo! No importaba el lugar donde se encontrara, porque siempre aparecía el mar cuando sus ojos sobrepasaban los edificios, en lugar de los imponentes picos nevados de los Andes de su querida Bogotá. Paseando por sus calles y plazas animadas de mercados, recordaba las palabras siempre sabias de Quintín Lame cuando le dijo que el ritmo de la vida caribeña era más lento, y que los costeños de natural eran más tranquilos y hablaban en un español «poco claro y de acento muy marcado». Sonrió al comprobar la realidad del comentario del indio que había bajado de las montañas. Estaba segura de que había acertado al elegir ese lugar apacible y cálido para ver crecer a América. Una ciudad de vida sosegada en las calles y de múltiples puestos callejeros de comida, de artesanía, de cuencos de flores colgados en los soportales de la villa amurallada, de niños jugando medio desnudos por las plazas calientes y de venta de pescado recién extraído de enormes barcazas de colores.

Se instalaron en una casita de planta baja con patio sombreado en la parte de atrás, en el barrio histórico de San Diego, al noreste de la ciudad amurallada. Violeta disfrutaba enseñando la ciudad a la niña y descubriéndola ella misma. Al deambular por sus calles comprendió por qué era la reina indiscutible de la costa caribeña. Estaban en una ciudad de cuento de hadas, rebosante de leyendas, de historias de piratas, de romances, y orgullosa de mostrar al mundo su impresionante tramo de trece kilómetros de muros coloniales construidos por los españoles para protegerla de los ataques piratas. Con gusto hizo un esfuerzo para costear un alquiler un poco más elevado que le permitiría gozar de la belleza del casco antiguo, un laberinto de callejuelas adoquinadas, balcones desbordantes de flores y vastas iglesias que proyectaban sus imponentes sombras sobre las plazas. Sombra que en Cartagena se agradecía como una bendición durante las horas de sol, tiempo en el que era conveniente detenerse en cualquiera de las numerosas cantinas para resistir el calor y la humedad del Caribe; aunque Violeta, que era de natural friolera, prefería el calor y la humedad asfixiante procedentes de la cercanía del mar al clima frío de Bogotá.

La historia de la ciudad pesaba sobre las calles y su dinámico puerto, que desde el siglo XVI había sido el principal puerto español de la costa caribeña y el más importante acceso desde el norte a América del Sur. Violeta le contaba a su hija la historia de la ciudad como si fuera un cuento. Le explicaba que había sido un gran almacén de tesoros expoliados a la población hasta que los galeones los transportaban a España, y eso la había convertido en objetivo de todo tipo de bucaneros que operaban en el Caribe. La pequeña América abría mucho sus enormes ojos oceánicos como el mar que tenían enfrente, y seguía con atención la historia que le relataba su madre.

—Solo en el siglo XVI Cartagena fue sitiada por piratas en cinco ocasiones. El más terrible y famoso fue el asedio liderado por el corsario inglés Francis Drake, que saqueó este puerto en 1586, y demostró algo de clemencia al no arrasarlo a cambio de un botín de diez millones de pesos, que se llevó de regreso a Inglaterra. Allí fue recibido con honores y nombrado Sir por traer tan preciado botín. Como respuesta a los continuos ataques, los españoles construyeron fuertes por toda la ciudad, que la salvarían de posteriores ataques. En uno de sus repetidos asedios, los piratas ingleses se tuvieron que enfrentar a un curioso personaje, Blas de Lezo, un oficial español que ya había perdido un brazo, una pierna y un ojo en anteriores batallas, y aun así capitaneó la defensa de Cartagena y venció a los ingleses. Cuentan que con solo dos mil quinientos hombres poco adiestrados y mal equipados repelió a veinticinco mil soldados ingleses y a una flota de ciento ochenta y seis buques. En la batalla perdió su otra pierna, y murió poco después. Hoy está considerado el salvador de Cartagena de Indias y su estatua se alza en el exterior del castillo de San Felipe.

Entusiasmada, la niña miró a lo lejos el castillo que tenía a sus espaldas y le dijo a su madre, tirándole de la falda, que quería ir allí.

—Quiero ver a ese señor tan valiente sin piernas. Por favor, vamos a verlo.

—Otro día, cariño. Está en un castillo-fortaleza y hay que subir hasta la cima de la colina de San Lázaro. Esperaremos a que crezcas un poco y no te canses. Pero entretanto te contaré la historia de esa fortaleza llena de inventos, también construida por los españoles, y que nunca fue conquistada a pesar de los numerosos intentos por asaltarla. Escucha bien porque explica las grandes obras que puede hacer el hombre cuando utiliza bien su ingenio y está dotado para ello, claro.

»La fortaleza es tan grande que ocupa toda la montaña. Por debajo tenía un complejo sistema de túneles conectados con puntos estratégicos del interior para distribuir provisiones y facilitar la evacuación si era necesario en caso de ataque. Los túneles estaban construidos de tal manera que cualquier ruido reverberaba por todo su recorrido, como un eco, y eso permitía oír hasta el más mínimo movimiento de los enemigos, además de facilitar la comunicación en su interior. Este castillo-fortaleza se construyó bajo la dirección de un ingeniero militar llamado Antonio de Arévalo —le explicó Violeta, mientras América seguía fascinada por la historia y volvía la cabeza para divisar a lo lejos la fortaleza que, imponente, despuntaba sobre la colina de Cartagena.

Al atardecer, cuando el sol se apagaba, salían a pasear por Las Bóvedas, siempre llenas de gente que vendía en puestos o pequeñas tiendas la artesanía ofrecida por los nativos caribeños de la zona. Las Bóvedas también fueron utilizadas en aquella época por los españoles como almacén de municiones y luego se convirtieron en mazmorras donde metían a los esclavos negros. Al caminar por sus hermosos soportales se producía un estallido de luminosidad de tonos ocres y amarillos que deslumbraban por su intensidad. Una de esas tardes mágicas y de calor agobiante, Violeta conoció a Luz Marina, una negra prieta que rondaba la cincuentena, rebosante de carnes envueltas en vestidos como en un arco iris de colores, y siempre con pañuelos enroscados en su cabeza, invariablemente de tonos rosas. Desde el primer momento que la vio le gustó esa mujer y pensó en abordarla para ofrecerle un trato. El conocimiento surgió cuando la pequeña América echó a correr tras un loro que se había escapado de la jaula, colgada de una de las farolas de los soportales. En la carrera se cayó a los pies de la mujer, que estaba sentada en una banqueta minúscula junto a su puesto de artesanía. Levantó a la niña del suelo y la sentó sobre su enorme regazo, calmando sus lloros con abrazos, arrumacos y canciones del Caribe. Al llegar asustada, Violeta contempló la escena y comprobó que su hija se encontraba muy a gusto entre los brazos de esa mujer voluminosa y adornada con collares multicolores, con los que la niña jugueteaba entre risas cómplices. Le agradeció el gesto maternal de ayudar a su hija y se pusieron a hablar sin prisas. Cuando la caribe le dijo que se llamaba Luz Marina, una corriente de simpatía invadió a Violeta. Nunca había oído ese nombre en Colombia y realmente era algo que contrastaba con el oscuro color de su piel. Sonrió encantada y pensó en proponerle algo.

—Tiene un nombre precioso. Nunca lo había oído, aunque tampoco es extraño, porque no soy colombiana de nacimiento.

—Es un nombre caribe. Mis padres me llamaron así por la cercanía del mar. Toda mi familia ha nacido en la playa; y aunque salí la más oscura de los hermanos, llevo con orgullo mi nombre. La luz es algo que también se lleva dentro, ¿no cree, señorita? —Y la negra rio con ganas mientras acariciaba el pelo de la pequeña, que se negaba a abandonar tan cómodo asiento.

—Por supuesto, y usted es luminosa como su nombre indica. ¡Vamos, América! Nos tenemos que marchar. Dale un beso a esta señora tan amable y las gracias. —Hizo un gesto a la niña para que se levantara y regresaran a casa; pero la pequeña se abrazó con fuerza a Luz Marina y se negó a moverse.

—Mamá, mamá, yo quiero que Luz Marina se venga a vivir con nosotras. Por favor, mamá, por favor —exclamó, agarrándose todavía más fuerte al cuerpo

acogedor de la mujer.

Violeta le dijo que no fuera caprichosa, que obedeciera y comprendiera que la señora tenía su propia casa. El final de este pequeño encuentro tuvo como resultado que Luz Marina se mostró dispuesta a trabajar durante unos días a la semana en casa de Violeta para cuidar a la pequeña cuando fuera necesario.

—Si su hija se llama América y mi nombre es Luz Marina, tenemos que estar juntas, señorita. Me gustará cuidarla cuando usted tenga que atender a sus obligaciones —dijo la caribe.

El acuerdo parecía satisfactorio para ambas partes: a Violeta le permitiría dedicarse más tiempo a finalizar el libro de Quintín Lame y Luz Marina dejaba el puesto de venta de artesanía a una de sus hijas y entraba gustosa a servir en la casa de la «extranjera» por unos pesos que le vendrían muy bien para su economía familiar. Además, se había encaprichado con la pequeña América y se sentía feliz de hacer otra cosa que no fuera estar todo el día en la calle a la espera de vender un objeto, que se encontraba por igual en cualquier tenderete de Las Bóvedas.

Con el tiempo, la mujer se instaló definitivamente en la casa porque dijo que se encontraba más a gusto que en la suya, donde eran siete personas y no tenía sitio para su propia intimidad.

—Sí, señorita. Aquí no tengo que aguantar a mi marido, que no hace nada en todo el día y encima tengo que atenderle. Mucho mejor, se lo digo de verdad —explicó la caribe para convencer a una Violeta que ya estaba convencida.

Y como sus hijos ya eran mayores, Luz Marina iba y venía de una casa a otra, encantada de sus paseos y de disponer de su propia habitación en la casa de Violeta.

La presencia de Luz Marina llenó la estancia de olores a deliciosas comidas colombianas —algo que Violeta apreciaba dado que no era muy hábil con los fogones ni con las recetas—, de canciones y murmullos en voz alta porque siempre estaba hablando: o sola, o a la niña, o a Violeta. Y al mismo tiempo su presencia las introdujo en la cultura de sus antepasados con leyendas fantásticas en las que resultaba difícil saber dónde empezaba la invención y dónde acababa la realidad. Al cabo de unas semanas, reconoció que había sido una bendición conocer a esa mujer siempre risueña y dispuesta, con la que su hija tenía la mejor escuela en esos primeros años de infancia. Gracias al tiempo libre del que disponía en esos meses, terminó la biografía de Quintín Lame y la envió a su editor, Fidel Cano, para que la publicaran esta vez en forma de libro. Se emocionó realmente al escribir el último párrafo: «Al final decidió retirarse del departamento del Cauca porque estaba en riesgo su vida si continuaba su acción liberadora. Y buscó otros territorios para seguir adoctrinando a los indios de Huila y Tolima.»

La edición de su libro fue bien acogida por la sociedad colombiana, sobre todo entre los intelectuales y los ambientes más progresistas, que empezaron a descubrir y respetar la grandeza de aquel indio educado en la selva, y que ahora, además de voz y representantes en la Asamblea Nacional Constituyente del país, contaba con un libro donde se narraba su historia desde la cercanía del conocimiento. Fidel Cano le escribió reclamando su presencia en cuanto le fuera posible en Bogotá para que disfrutara de su éxito como autora del libro, pero Violeta se excusó y procuró retrasar lo más posible ese regreso a Bogotá. «Ahora debo pensar también en una personita que depende totalmente de mí, y América es feliz en Cartagena, en este ambiente tranquilo y cálido. No quiero romper esta etapa de su infancia cuando ya se ha adaptado totalmente a la ciudad, al mar y sus playas. Estamos muy bien acá, y además cuento con una ayuda doméstica, una mujer caribe maravillosa, que me permitirá seguir cumpliendo con los encargos que me haga el diario, si no son muy aventureros, y si usted tiene a bien encomendarme», le respondió.

Fidel Cano comprendió y esperó su regreso. Sabía que Violeta había sufrido una gran pérdida y entendía que en esos primeros años deseara volcarse íntegramente en su hija para que no echara demasiado en falta la figura paterna.

Por otra parte, el reconocimiento de Violeta Saramago iba en aumento, como lo atestiguaban las cartas de los lectores que llegaban a diario al periódico y que el director le remitía a vuelta de correo a Cartagena.

En este compás de espera tuvieron lugar dos acontecimientos que trastocaron la tranquilidad de Violeta. Un día leyó un anuncio en un diario local en el que se promocionaban como una gran novedad los primeros viajes de prueba en hidroavión de Barranquilla a Puerto Barrio sobrevolando el río Magdalena. El corazón le empezó a palpar de excitación. «Eso debe ser increíble. Volar y pasar por encima de esa inmensidad que es el Magdalena. Tengo que intentarlo», pensó. Y acto seguido escribió a Fidel Cano para que la autorizara y acreditara a fin de realizar ese viaje pionero en hidroavión, una de las novedades de la época. Se pusieron en contacto a través de la central telefónica de Barranquilla y, cuando pudieron hablar, la conversación fue la siguiente:

—Violeta, no la entiendo del todo. He estado aguantándome las ganas de no encargarle «trabajos aventureros», como usted me dijo en su última carta, y ahora se me descuelga con que quiere subirse a un hidroavión para sobrevolar el Magdalena... —refunfuñó el editor.

—Es que esto es diferente. Es una ocasión única en la vida. Puedo mandarle luego la crónica del viaje. ¡Es un hito! ¡Es el inicio de la aviación comercial en Colombia! Si usted se encarga de los permisos y papeleo yo dejo a la niña al cuidado de Luz Marina y en veinticuatro horas estoy de regreso en mi casa. Creo que es una buena idea, considérela antes de que me arrepienta, porque realmente sí que es contradictorio con lo anterior que le dije. Lo reconozco —sonrió Violeta al otro lado de la línea, imaginándose la cara de estupor de Fidel Cano.

—¡Mujeres! No hay quien las entienda —suspiró el editor. Y le dijo que de acuerdo, que se preparase para el vuelo y él arreglaría el papeleo.

Y así, Violeta hizo el primer viaje en hidroavión realizado en Colombia en aquellos años. Se trataba de uno de los cuatro viajes de prueba que hacía este aparato, un Junkers de fabricación colombo-alemana que iba a suponer el despegue de la aviación comercial del país. Un gran avance en los transportes de pasajeros y en la rapidez del servicio de correos. El aparato iba tripulado por el piloto y un mecánico, y Violeta se quedó asombrada cuando comprobó que ella no era la única pasajera. Encima de una de las alas, exhibiéndose para la fotografía como una modelo de revista, había una mujer con zapatos de tacón, bolso de mano, pañuelo blanco al cuello flotando al viento y sombrero *belle époque*. Era la novia del piloto, según le explicaron una vez acomodados en el interior. Se quedó extrañada de la indumentaria de la joven, ya que iba vestida como si fuera a pasear por la avenida principal de Barranquilla, pero admiró su valentía.

Así comenzaba la crónica del bautismo aéreo para *El Espectador*: «Venciendo todo tipo de dificultades, la compañía colombo-alemana Scadta ha logrado fabricar un tipo adecuado de hidroaviones capaces de llevar hasta seis pasajeros y una tonelada de correspondencia y equipaje. En sus viajes, los hidroaviones seguirán exclusivamente el curso del río Magdalena, salvando de este modo los inconvenientes que generaría la creación de campos de aterrizaje intermedios. Es emocionante salvar la elevada orografía del terreno y luego descender por el río casi rozando sus aguas. Siguiendo el curso del inmenso cauce fluvial, la tripulación es recibida por calurosas ovaciones cada vez que pasamos cerca de una zona poblada. El administrador de Telégrafos, general Zaporta, ha hecho avisar a todos los telegrafistas de las poblaciones situadas sobre el Magdalena del viaje del hidroavión *Colombia* para que envíen datos sobre su paso. Estamos asistiendo a uno de los grandes milagros de la modernidad: la aviación comercial que acortará distancias y el tiempo de recibir la correspondencia. Todo un avance del siglo XX.»

El otro acontecimiento que interrumpió la reanudada paz de Violeta al regresar a Cartagena tras su bautismo aéreo fue mucho más terrenal y tuvo que ver con una antigua amistad. Entre la abundante correspondencia que recibía desde Bogotá, sobre todo de los defensores de la causa indigenista, hubo una carta especial que le causó una contenida emoción al leer su remitente y la dirección postal. Era de Gabriel García Ponce, el periodista amable y sonriente que conoció en Cali cuando llevó los textos de Quintín Lame para que se imprimieran por primera vez en panfletos de una octavilla. Al parecer estaba de paso en Aracataca, su pueblo natal, muy cerca de Cartagena de Indias. Rápidamente le vino a la memoria el rostro de ese hombre y su poblado mostacho que le hacía cosquillas cuando se besaron en los locales del periódico. Casi lo había olvidado, pero ahora, con la carta entre sus manos, también recordaba que cuando subió al vapor que la devolvió al Valle del Cauca se sentía medio enamorada de él, y que le había causado una grata impresión. «¡Cuánto tiempo ha pasado y cuántas cosas!», pensó con nostalgia.

En la carta le comentaba que se había hecho muy popular con sus escritos sobre Quintín Lame y las crónicas de Ciudad Perdida, y le explicaba que al principio le costó relacionar la muerte del líder estudiantil bogotano con ella. Después ató cabos y descubrió que la hermosa joven europea que le abordó en *El Caleño* era la reputada biógrafa del líder indígena, y la viuda —así lo puso, y ella lo agradeció al leerlo— del mártir del movimiento estudiantil. Se extendía en condolencias y le sugería la posibilidad de visitarla en Cartagena antes de partir para Cali. Violeta conservaba excelentes recuerdos de aquel hombre que tanto les había ayudado y que mantuvo su promesa de no publicar nada sin el consentimiento de Manuel. Incluso se sintió en deuda con él porque prefirió la importancia de *El Espectador* para publicar esa

historia que la del humilde periódico de provincias. Pero Gabriel García Ponce no se lo reprochaba, al contrario, aplaudió su decisión, que había logrado dar una mayor difusión y cobertura a la trayectoria del personaje.

Violeta lo invitó a comer en su casa para que conociera a América y Luz Marina, quien, mientras conversaban en el saloncito, preparaba unas deliciosas empanadas y pescado a la parrilla. Pasaron una jornada deliciosa repasando los momentos vividos en Cali a la espera de poder imprimir los originales en las máquinas. Y de cómo él se quedó prendado de su determinación y belleza.

—Tengo que reconocerle que durante los años siguientes anduve esperanzado en que la volvería a ver por Cali con la autorización de Quintín Lame para publicar su historia, pero el tiempo pasó y de los barcos y trenes que llegaban del Cauca no se bajaba nunca una mujer como usted. Así que dejé de esperarla —confesó Gabriel—. Y con el tiempo me olvidé de usted, hasta que los periódicos de Bogotá publicaron en primera plana la vida y pensamiento del indio, con su firma debajo. Y volvió a aparecerse con toda la intensidad con la que la recordaba. Luego ocurrió el asesinato de Rodrigo Galán, su marido, y ahora me la encuentro en Cartagena como feliz madre de una niña preciosa que se le parece mucho, por cierto —se sinceró Gabriel, dándose cuenta, mientras hablaba, de que no la tuteaba como había hecho años atrás, cuando se despidieron besándose apasionadamente. Ahora no le pareció oportuno.

—No, qué va, es clavadita a su padre, la intensidad de su mirada, las cejas pobladas, su pelo negro y abundante, que no sé cómo doblegarlo para que no vaya siempre despeinada. Los ojos claros es lo único que ha sacado de mi familia. Es más Galán que Saramago —explicó Violeta mirándola jugar con sus juguetes, ajena a todo, sentada en el patio sombreado de la casa.

Pasaron la tarde charlando amigablemente y, por lo que Violeta pudo adivinar, el periodista se había convertido en un escritor importante que iniciaba una exitosa carrera literaria. Al anochecer le acompañó hasta la estación del ferrocarril en medio de una intensa tormenta tropical que les empapó hasta los huesos. Se despidieron en el andén y cuando el último vagón empezaba a ponerse en marcha, sin mediar palabra sus labios se volvieron a juntar en un beso largamente aplazado. Un beso lleno de pasión, admiración y respeto mutuo. Se separaron en silencio y de nuevo Violeta sintió el mismo impulso de seguir a su lado que había tenido en Cali, pero se contuvo. No dijeron nada. Se miraron sin atreverse a expresar sus deseos. Gabriel le había regalado un libro titulado *Cien años de melancolía*. Desde el vagón miró su figura menuda y quieta hasta que se perdió entre las luces de la estación.

Violeta vio alejarse el tren y sintió un nudo en el estómago. Trataba de ser coherente con su vida, era lo que más admiraba en los demás; pero no podía evitar dejarse llevar por las contradicciones. Sentía las caricias de Rodrigo y la huella de su cuerpo no la había borrado todavía. Pero la atracción que le despertaba ese hombre resultaba una evidencia difícil de rechazar. La lluvia tropical seguía cayendo sobre Cartagena y llegó empapada a casa. Sin saber por qué, se acordó de Galicia, de ella entrando en casa y su madre, Rosalía, exclamando: «Esta familia siempre viene empapada a casa; como si no se hubieran inventado los paraguas.» Agradeció que Luz Marina estuviera por la cocina canturreando bajito sus murmullos mientras preparaba algo de cena. La pequeña América hacía rato que dormía plácidamente, entregada al sueño, como hacen los niños. Entró en su habitación y se sentó con cuidado a su lado, mirándola con orgullo de madre. Antes de salir le retiró un mechón de pelo negro y brillante que le tapaba media cara. «Igual que Rodrigo», pensó. Oyó a la caribe decirle desde la cocina que se cambiase de ropa o cogería un buen refriado, y que la cena ya estaba lista. Se quitó el vestido mojado y se puso una bata, abrió un cajón de la cómoda y sacó un jersey de Rodrigo. Se lo puso por encima. «Necesitaba ponerme algo tuyo para que me hicieras compañía esta noche.» En la cocina, las dos mujeres tomaron la sopa caliente que había preparado Luz Marina y cenaron durante un buen rato en silencio.

El retiro de Violeta en Cartagena de Indias duró cinco años. No pudo dilatarlo más porque sus suegros reclamaban insistentemente a su nieta, y tenían todo el derecho de hacerlo. Por otra parte, necesitaba afianzar su trayectoria profesional, y Fidel Cano estaba ansioso de tenerla a su disposición, sobre todo ahora que tenía un nombre y era reconocida en Bogotá por ser la viuda de Rodrigo Galán, que había vuelto con su hija, y por sus propios méritos como escritora especializada en las comunidades indígenas. Pronto se puso al día y pudo comprobar que las cosas en Bogotá seguían como siempre. En cinco años no se había avanzado ni un ápice sobre la autoría intelectual del atentado a Rafael Uribe Uribe. Los verdugos continuaban en prisión y la sociedad parecía respirar tranquila, aunque no se hubiera desvelado la autoría del caso.

Su encuentro con Amelia resultó caluroso y lleno de efusividad, con algún que otro reproche por parte de Violeta al recriminarle que en cinco años no hubiera ido a verlas a Cartagena.

—Que tampoco está tan lejos, para una gallega viajera como tú —le dijo después de los abrazos y las alegrías del reencuentro.

—No he podido, querida amiga. Nada más irte con la niña, la madama me nombró encargada del burdel. Bueno, ahora se llama «casa de citas», que les parece más fino. Y tuve que aceptar porque gano más dinero y tengo que aguantar menos, ya me entiendes... Por así decirlo, me ocupó de la organización de la casa y el *planning* de servicios. Yo solo hago dos o tres al día, si me solicitan los clientes expresamente. Si no, nada de nada. ¡Qué cambio! No te lo puedes imaginar. ¡Que trabajen las más jóvenes! Aquí donde me ves, ahora soy casi una empresaria. Aunque sigo conservando mis clientes hijos.

Violeta le preguntó si Armand Doisneau y Thomas Foster seguían siendo clientes del burdel y si los atendía ella.

—Ya empezamos con las averiguaciones. Se nota que a ti la tranquilidad y las playas paradisíacas te aburren un poco, porque has venido con un ímpetu que... —Y la miró moviendo la cabeza, que continuaba pelirroja—. Pues sí, los dos me siguen reclamando. Vienen poco, cuando están por la ciudad. Como bien sabrás, uno está en el norte y el otro más al sur.

—¿Recuerdas que antes de irme a Cartagena te comenté que intentarás, dentro de tus posibilidades, averiguar los pasos del norteamericano, no perderle la pista, anotar si te hablaba de algo relacionado con sus negocios, con la política? —insistió Violeta, presionando a su amiga.

—¡Qué pesada eres cuando te pones así! Ya te dije que ese hombre es un mal bicho, pero es cliente y yo no decido a quién se le permite la entrada o no.

—Por favor —imploró Violeta, segura de que Amelia sabía bastante más de lo que aparentaba.

—A la semana del atentado del general Uribe vino por aquí, pidió una botella de champán francés del más caro y mientras me sodomizaba, brindaba él solo, el muy cerdo (yo no podía, como comprenderás) y decía: «¡Por la victoria! Ya hemos logrado parar en el Senado el plan de Uribe. Los carpinteros hicieron bien su trabajo. Sí, señor.» Se me quedaron grabadas sus palabras. Yo no entendí nada, pero el político ese, el liberal asesinado, me era simpático, parecía un buen tipo con su cara de pájaro y sus bigotes en punta. Creo que defendía bien los intereses de este país corrompido. Vamos, ya me entiendes. Quiero decir que defendía al país de la corrupción en que estamos metidos hasta las cejas. ¡Y mira cómo acabó!

—¡Dios mío! Sabía que estaba detrás del atentado. Lo sabía —dijo Violeta, excitada.

—Lo que te he contado no prueba nada, Violeta. Y menos con las pocas ganas que tiene el Gobierno de mover el asunto después de cinco años, cuando no lo hicieron en su momento —respondió Amelia, tajante y con un punto de ironía.

—¿Y a ti te parece bien que este personaje siga tan campante, como si nada de todo esto fuera con él? —contestó una Violeta enfadada con la actitud conformista de Amelia.

—No me hagas hablar más —suspiró contrariada—. Si pudiera lo mataría con mis propias manos. ¿Sabes lo que hizo a una de las chicas más jóvenes que solo llevaba un par de meses aquí? Pues al enterarse de que era nueva y se estrenaba en estas lides, pidió su servicio y la maltrató. Le dejó heridas y marcas por todo el cuerpo. Luego se disculpó ante la madama, por si acaso, y le entregó una fuerte suma de dinero. Hace dos meses que no viene, pero seguro que está al caer. Ese hombre lo lleva todo programado, hasta cuándo va de putas.

A Violeta la cabeza le trabajaba a un ritmo endiablado, la sangre le hervía en las venas, consciente de estar ante una oportunidad que se le brindaba en bandeja y no iba a dejar escapar. Volvió a sentir vértigo ante el plan que en más de una ocasión había imaginado al detalle para eliminar a Mr. Foster. Deseaba borrarlo definitivamente de su mente y de la vida para que no pudiera hacer daño a nadie más. Nunca.

Amelia bajó la cabeza, cruzó las manos sobre el regazo y mirándola fijamente le dijo:

—En una semana vendrá por aquí, seguro. Es metódico, siempre viene los viernes por la noche. Invariablemente, como un reloj.

No disponían de mucho tiempo para organizar el plan. De momento había logrado convencer a Amelia de que el único escenario posible era la habitación del

prostitúlo. Por supuesto, Amelia contaría con la inestimable colaboración de Armand Doisneau, que había regresado por unos días a Bogotá tras haber pasado un tiempo trabajando en el Ferrocarril del Sur, y con quien ya había hablado Violeta y estaba de acuerdo en dar su merecido a tan oscuro personaje.

—Hace años, cuando hablamos de Mr. Foster, ya le dije que creí adivinar sus pensamientos, y que a nuestro regreso podríamos retomar el tema si era su deseo. Veo, mi estimada amiga, que ha llegado el momento. Su desaparición no será una gran pérdida para la humanidad. Durante su retiro en el Caribe, los tentáculos de este hombre y las actividades de la United han ido encaminados a amenazar al pueblo y presionar a los campesinos hasta conseguir que vendieran sus tierras a la compañía. La única esperanza que quedaba era que Uribe llegara a presentar en el Senado su oposición a la expansión norteamericana. Sé de buena fuente que tenía garantizados los votos para sacar adelante el proyecto, pero se lo impidieron con ese burdo atentado.

—¿Usted también cree que Thomas Foster estaba detrás del atentado? —preguntó Violeta, esperando una respuesta afirmativa de su amigo.

—Quiero creer que sí, pero nunca lo podremos probar ni es ese nuestro cometido —dijo el francés, sincero.

Una vez acordado el plan de actuación, tanto Armand como Amelia decidieron dejar fuera del escenario a Violeta. Ambos creían que se debía a una hija pequeña a quien cuidar y que, además, en el lugar de los hechos estorbaría y su presencia no tendría ninguna justificación.

—Tú dedícate a pensar para que no haya ningún fallo, que para eso eres el cerebro —apuntó Amelia.

Por su parte, Armand Doisneau le recordó que bastante había perdido en el camino como para significarse ahora en la desaparición de aquel individuo.

—Si las cosas se tuercen, que no creo, mejor que permanezca al margen —concluyó.

Violeta les hizo caso. Siguiendo sus consejos, el día fijado lo pasaría en casa de sus suegros con América.

El plan era sencillo. El viernes por la tarde Armand Doisneau visitaría el prostíbulo un poco antes de la llegada del norteamericano, y estaría en una habitación contigua a la de Amelia con otra joven. Amelia confiaba en que Thomas Foster solicitara sus servicios, pero para asegurarse bajaría a la entrada de la casa de citas y lo engatusaría para que no cambiara de opinión; porque en el caso de que solicitara a otra mujer, el plan se frustraría.

Mr. Foster llegó a la hora prevista y Amelia salió a recibirle, aparentando entusiasmo por volverlo a ver. Lo cogió del brazo y subieron las escaleras mientras le iba diciendo, mimosa, que esa noche tenía preparado algo especial para él que le haría ver la gloria.

—Solo tiene que dejarse llevar y disfrutar. Son técnicas gallegas que consiguen un grado de excitación masculina increíble. ¿Quiere que lo probemos? —le dijo, empleando sus mejores artes de seducción.

—Por supuesto. Esta noche soy todo tuyo. Me dejaré llevar, por una vez —respondió Thomas Foster—. Pero antes quiero beber algo. ¿Qué me ofreces, gatita pelirroja?

Ni en la mejor de las suposiciones imaginó Amelia que el inicio pudiera haber ido mejor. Todo marchaba según el plan previsto. Descorchó una botella de vino blanco espumoso, algo dulce, al que previamente Armand había introducido mediante una jeringuilla clavada en el corcho unas gotas de una sustancia que adormecía y dejaba los músculos sin fuerza. Llenó su copa y él se la bebió de un trago. Amelia, por supuesto no probó la suya, que había dejado a su lado en la mesilla de noche. Empujó suavemente al norteamericano sobre la cama y empezó a desnudarse con toda la sensualidad de que era capaz, aunque por dentro estaba temblando como un flan. Cuando estaba a horcajadas sobre él y comprobó que la sustancia empezaba a hacer efecto, sacó unos pañuelos de seda del cajón de la mesilla y le ató las manos por las muñecas a los barrotes de la cama. Se tranquilizó al observar que él se dejaba hacer totalmente relajado, aunque consciente de las maniobras cada vez más excitantes de las que era objeto. Pasados unos minutos jugueteando con el hombre, tuvo que poner en práctica el segundo paso, aún más arriesgado, consistente en hacerle oler un precioso pañuelo de encaje impregnado con un perfume fortísimo, y también de un potente anestésico, que bien inhalado le haría perder el conocimiento.

—Mi amor, mira qué bien huele este pañuelo. Es un elixir de amor que aumentará tu potencia sexual —le dijo Amelia tuteándolo descaradamente, abierta de piernas sobre su vientre, moviéndose sensualmente e inclinada sobre su cara tapándole la visión con su larga y rizada melena caoba, a la vez que le aplicaba con delicadeza el pañuelo en la nariz—. Respira hondo, relájate, entra en el éxtasis del deseo, como lo hicieron mis antepasados gallegos en tierras lejanas durante siglos —susurró.

El hombre de negocios, al oler el pañuelo, quedó totalmente inconsciente pero con una potente erección que destacaba por encima de sus pantalones bajados. En ese momento, Amelia se incorporó y dio unos golpecitos con los nudillos en la pared. Era la señal acordada. Armand Doisneau entró y miró con cara de asombro el espectáculo.

—Ahora le toca a usted —dijo Amelia, alejándose de la cama y volviéndose de espaldas para no mirar. Se mantuvo cerca de la puerta cerrada y atenta al pasillo.

Armand Doisneau volvió a mirar con gesto de asco al hombre que yacía inconsciente sobre la cama. Cogió uno de los almohadones, se lo puso sobre la cara y empujó con toda la fuerza del odio y la venganza. En unos segundos todo había acabado para Mr. Foster, quien no había tenido una mala muerte después de todo, según diría Amelia pasados unos días.

Lo que sucedió a continuación también estaba previsto en el plan. Armand regresó a la habitación que minutos antes había abandonado, no sin antes adormecer a la chica con el mismo método del pañuelo pero con una dosis menor, y Amelia se deshizo del contenido de la botella y las copas, lavó bien estas en el lavabo —ya que todas las habitaciones disponían de cuarto de baño tras las reformas emprendidas— y ahuecó el almohadón. Luego salió prácticamente en cueros al pasillo gritando como una loca, informando a todo el mundo que al parecer a su cliente le había dado un ataque al corazón.

Cuando llegó arriba la madama, seguida por unas cuantas chicas asustadas, lo primero que hizo fue desatar a Mr. Foster y guardarse los pañuelos de seda en su generoso escote. Acto seguido miró con desaprobación a Amelia.

—Amelia, estos métodos no son apropiados para un hombre de su edad —le dijo—. Los excitas demasiado y luego pasa lo que pasa. Cuando vengan los guardias ni se te ocurra decir que lo habías atado. ¿Me oyes? Y ahora vamos a subirle los pantalones a este pobre desgraciado. ¡Santa María, madre de Dios!

En mitad del revuelo organizado con el descubrimiento del cuerpo, ya cadáver, Armand Doisneau aprovechó la confusión para salir tranquilamente de la casa de citas, tras pagar honorarios extras a la joven con la que había simulado hacer el amor, algo que le hubiera resultado imposible dadas las circunstancias.

En la calle respiró profundamente. Acababa de matar a un hombre y no se sentía mal. Pensaba, y con razón, que la vida era un cambalache: «A mí me persiguieron y fui proscrito durante años al acusarme de un asesinato que no cometí, y hoy que he matado a un hombre nadie me va a relacionar con este crimen, con toda probabilidad. ¡Ironías de la vida!» Encendió un cigarrillo y se deleitó exhalando el humo en la fría noche de Bogotá.

Luego los pensamientos se le agolparon en la mente, uno tras otro, sin poderlos detener. Pensó en cómo ese hombre lo había desacreditado revelando su pasado en Francia a sus superiores, que le desposeyeron del proyecto del ferrocarril. Pensó en la Masacre de los Cafetales, en el traicionero disparo al joven Rodrigo Galán, en el desprecio del americano a las mujeres y los indígenas, en su habilidad para manipular voluntades, en el oscuro atentado contra el político más esperanzador de Colombia. Su mente trataba de justificar la acción que acababa de ejecutar hacía unos minutos en un burdel de lujo.

Sintió cierto desasosiego y entró en una de las cantinas del barrio de Perseverancia que aún permanecía abierta a esas horas de la noche. Le hubiera gustado que Violeta estuviera a su lado para contarle lo sucedido. Tranquilizarla diciéndole que todo había ido bien, sin fallos ni imprevistos. Tal y como lo habían planeado. Pero sabía que durante semanas no se podrían ver. Lo exigía la más elemental prudencia. Así que se encaminó hacia la oficina de Correos y Telégrafos más cercana, y allí mismo, en sus instalaciones, escribió una carta a la dirección de *El Espectador* dirigida a Violeta Saramago. Por supuesto sin remite. Desde que la había conocido en el barco supo que jamás le sería indiferente. Previamente habían acordado comunicarse de esta forma, ya que Violeta seguía recibiendo cartas semanales de admiradores o seguidores de la causa indigenista; por lo que una carta más no levantaría sospecha alguna. Tampoco era conveniente que Amelia se pusiera en contacto con ella durante un tiempo.

El primer día tras los hechos fue de una inquietud insoportable para Violeta. Sin noticias de ninguno de sus amigos. Sin poderse acercar al lugar de trabajo de su amiga, más por miedo que por imprudencia, ya que la conocían de sobra y no sería la primera vez que acudiera a hablar con Amelia allí. Solo se tranquilizó un poco cuando al segundo día se pasó por el diario para saludar a Fidel Cano y recoger las cartas a su nombre. Afortunadamente la de Armand no era la única. Un aprendiz le

dio varias que habían llegado los últimos días. Nada más salir del edificio la leyó con nerviosismo y respiró aliviada al confirmar de forma muy escueta, sin entrar en detalles, que todo había ido según el plan.

Al tercer día compró todos los periódicos de Bogotá para ver si se hacían eco del fallecimiento de Mr. Foster. Comprobó con alivio que todos silenciaban las circunstancias de su muerte. Únicamente mereció una breve nota en dos diarios de la capital, *El Espectador* y *El Tiempo*. El asunto se había despachado con un párrafo en el que se informaba de la muerte repentina del empresario norteamericano Thomas Foster, delegado en la zona de Santa Marta de la United Fruit Company. Explicaban que al parecer padecía del corazón y tuvo un inesperado fallo cardíaco a consecuencia de su apretado ritmo de trabajo. «Se han movido pronto para ocultar que murió en la cama de un prostíbulo de Bogotá», pensó Violeta, satisfecha en esta ocasión de que los tentáculos del poder llegaran a la prensa y esta, dócil, transcribiera las órdenes recibidas sin mediar investigación alguna sobre el particular.

Dio un largo paseo para calmar los latidos de su corazón y agradeció que en estas circunstancias estuviera viviendo en la mansión de sus suegros. Sería todo mucho más difícil y angustioso si estuviera sola con la pequeña América en su piso, dándole todo el día vueltas a lo sucedido. Con doña Leticia y don Julián se distraía viendo cómo mimaban y protegían, en exceso, a su nieta, de la que no se cansaban de decir cada vez que la miraban embobados que era el vivo retrato de su padre. A la única que echaba mucho en falta era a la caribe Luz Marina; y sobre todo la niña, que no cesaba de preguntar cuándo iba a venir la negra a vivir a esa casa tan grande de los abuelos. A Violeta también le habría gustado tenerla a su lado. Cuando regresaron a Bogotá le ofreció la posibilidad de venirse con ellas, pero Luz Marina respondió que tenía una familia que atender y no soportaría el clima frío o de otoño eterno de Bogotá. «Señorita Violeta —recordaba que le dijo al despedirse—, si no sudo y recibo el sol todos los días me apago como una vela.» No sabría explicarlo, pero la caribe le recordaba a su madre Rosalía. Cada vez que la veía rondar por la casa canturreando sus canciones sentía paz y sosiego. Y cuando su cuerpo enorme la abrazaba le parecía estar entre las carnes generosas de su madre, entonces cerraba los ojos y volvía a la infancia en Galicia.

—¡Violeta! ¡Violeta! ¡Venid a casa! ¡Se levanta un fuerte temporal! —gritaba Rosalía desde el camino del faro al mismo tiempo que hacía gestos enérgicos con la mano para que la vieran. Era inútil, sus voces eran ensordecidas por el bramido del mar. Eran las seis de la tarde, y a esa hora subía la marea comiéndose la playa hasta las rocas. Los chicos ya deberían haber regresado con el temporal que se avecinaba pero no los divisaba.

Violeta, Andrés, Inés y Juan salían todas las tardes después de comer a jugar a la playa de Lariño, excepto cuando hacía mal tiempo porque lo tenían prohibido. Rosalía no pisaba la playa. Temía al mar, no se fiaba de él, aunque no pudiera vivir lejos de la costa. Regresó inquieta al pueblo, pero antes entró en la ferretería de Isidro.

—Creí que los chiquillos podían estar jugando en la trastienda, ¡con el tiempo que hace! —Pero tampoco estaban allí.

—No se inquiete, mujer, ya se saben cuidar. Estarán lejos de las olas. Seguro —trató de tranquilizarla Isidro sin dejar de atender a dos pescadores interesados en arpones para cazar ballenas en Ézaro.

—Pero ¿usted los ha visto encaminarse hacia la playa? —preguntó antes de irse.

—Hace dos horas vi a Juan salir corriendo y a su hermana detrás. No me pareció que cogieran el camino del faro —contestó.

—Pues ya tendrían que haber regresado, que el mar está rompiendo fuerte —repuso Rosalía antes de salir y cerrar la puerta de la tienda con estrépito debido al vendaval.

Al cruzar los soportales de la plaza mayor se quedó horrorizada al ver a la gente correr para resguardarse dentro de los arcos de unas olas gigantes de más de nueve metros de altura que arrastraban barcas, piedras y todo lo que encontraban a su paso desde la costa. Todavía no llovía, pero el viento doblegaba los cuerpos impidiéndoles sostenerse en pie. El temporal había explotado con todo su poderío y Lariño quedó casi inundada por el agua. Por fin, exhausta, Rosalía logró alcanzar la casa con el temor de que a sus hijos les hubiera arrastrado una ola. Odilo Saramago había llegado a la par y su cara también mostraba la preocupación y la angustia de no tener noticias de los chicos. Rosalía le contó que los había ido a buscar hasta el faro pero no se les veía por allí, que tampoco Isidro los había visto, aunque sí dos horas antes salir de la ferretería con rumbo desconocido.

—Voy a buscarlos. No puedo quedarme esperando —dijo resuelto Odilo, mientras veía cómo Rosalía arrodillada frente a la ventana y con las manos entrelazadas rezaba y lloraba desconsolada.

El doctor Saramago montó en *Acantilado* y salió a enfrentarse con el temporal tratando de alejarse de la costa. Resultaba suicida acercarse al litoral con unas olas cargadas de fuerza que rompían y devoraban todo lo que encontraban a su paso. Mientras cabalgaba por el camino paralelo a las playas confiaba en el sentido común de alguno de los chiquillos. «Al menos Violeta sabe que cuando estalla el temporal no hay que acercarse al mar, que es muy peligroso en esta zona», pensaba. Pero también sabía que los temporales despertaban la curiosidad y muchos habían sido arrastrados y engullidos por el mar por la imprudencia de querer ver las olas romper demasiado cerca, aun creyéndose a salvo. Ese pensamiento le hizo dirigirse hacia Louro. Un sexto sentido le empujaba hacia el monte de Louro, desde donde se divisaban todas las playas cercanas y a veces el mar batía enfurecido salpicando la cima, por increíble que pareciera. Cuando llegó arriba el espectáculo era sobrecogedor. El cielo y el mar compartían el mismo color gris oscuro, el viento huracanado engordaba las olas gigantes que se montaban unas encima de otras y se empujaban alcanzando una altura que lamía la montaña. Odilo se tuvo que agachar cuando desmontó para no ser derribado por el fuerte viento. Precavido, se quedó unos segundos paralizado, admirando la belleza de la naturaleza cuando explotaba con todo su poderío. Miró alrededor escudriñando cada metro de suelo, pero no vio a los niños. Había oído que en Valdoviño cuatro miembros de una misma familia habían sido sorprendidos por el mar, arrastrados por las olas desde tierra firme. De momento estaban todos desaparecidos. Con estos pensamientos su desesperación iba en aumento. Rastreó como pudo la cima del monte por si se habían escondido en algún rincón rocoso, si es que habían ido allí a ver el oleaje. Nada. Decidió bajar por la pendiente que daba al mar jugándose la vida para mirar detrás de una inmensa roca batida por las olas.

—¡Padre! ¡Padreeeee! ¡Estamos aquí! —gritó Violeta a pleno pulmón.

Los cuatro niños estaban acurrucados a la espalda del montículo rocoso contra el que rompía constantemente el oleaje. Protegidos por la inmensa roca, sin atreverse a moverse.

—¡No os mováis! Os iré sacando de ahí de uno en uno, entre ola y ola. Atentos: os iré nombrando y os tenderé la mano. Tranquilos. Ni se os ocurra salir de ahí hasta que yo os lo diga. ¿De acuerdo? —ordenó.

Y esperó con temple de acero a que el temporal amainara un poco para poder rescatarlos sin que el mar se los tragara a los cinco, incluido él. Pasaron diez minutos que le parecieron una eternidad, pero sabía que era lo más prudente para sacar a los niños de allí. Los cuatro lloraban asustados, y Violeta sujetaba con fuerza al pequeño Andrés para que no saliera corriendo hacia su padre.

—¡Vamos a morir! —gritó Andrés presa del pánico.

El agua les rodeaba por todas partes menos por detrás, ya que el montículo rocoso era lo suficientemente alto para romper las olas, pero el efecto de retirada del agua también arrastraba con fuerza. Los cuatro permanecían muy juntos, agarrados entre sí y con los ojos fijos en la figura tensa del hombre que estaba a solo unos metros de ellos, agachado también, controlando las idas y venidas de las olas asesinas. Por dentro Odilo rezaba a los dioses para no perder a ninguno de ellos.

Por fin logró rescatarlos. El último fue Juan, que tenía las palmas de las manos ensangrentadas, tan fuerte se había agarrado al acantilado. Subió a los cuatro niños al caballo y tirando de las bridas marchó a pie alejándose de la costa. De camino a casa no hablaban. Estaban agotados, tiritando de frío, tratando de que el pánico desapareciera de sus rostros infantiles. Odilo dejó a Juan e Inés en la tienda de Isidro, no sin antes decirles:

—Os habéis jugado la vida. Sois unos imprudentes. ¿A quién se le ha ocurrido la idea de ir hasta Louro con este temporal? —preguntó muy serio a Juan, que era el mayor del grupo.

—Señor, fue idea de todos... para ver desde arriba de la montaña el oleaje; pensábamos que no corríamos peligro —contestó Juan mirando al suelo, arrepentido.

—¡No es verdad! ¡No es verdad! Fue Violeta, que dijo que desde el monte veríamos el temporal estupendamente y sin mojarnos —terció Andrés, enfadado y acusando a su hermana.

Odilo miró a Violeta y a punto estuvo de darle una bofetada —que es lo que hubiera hecho su propio padre en iguales circunstancias—, pero se contuvo. Violeta tenía trece años y no quería humillarla delante de sus amigos y su hermano.

—Hablaremos en casa —respondió sin más.

Al verlos llegar sanos y salvos, Rosalía los abrazó, los besó, los riñó, los secó con toallas de algodón y les ordenó que se quitaran la ropa mojada, mientras exclamaba con gran agitación nerviosa:

—¡Virgen santísima, gracias por escuchar mis plegarias! Creí que había perdido a toda mi familia. Gracias, gracias, querido esposo por traer a mis hijos a casa. Pensé morir de angustia aquí sola, esperando, mientras el mar rugía ahí fuera. Que sea la última vez en vuestra vida que os marcháis con un temporal así. Hasta la flota pesquera lleva dos días amarrada sin salir a faenar. Ya no sois niños de teta para hacer estas tonterías. Un día de estos me va a dar un ataque al corazón sin salir de la cocina. ¡Dios mío, qué familia tengo! Siempre buscando el peligro...

Rosalía tenía razón: a Violeta, a quien le cayó una buena reprimenda de sus padres, además de estar castigada durante todo el fin de semana sin salir de casa, le atraía el riesgo. Era audaz. Todavía no era consciente de ello pero le gustaba enfrentarse al peligro creyendo que lo podía vencer. Por eso esa tarde se le había ocurrido contemplar el temporal desde un lugar privilegiado y a resguardo de las olas. Lo que no sabía, porque era muy joven todavía, es que la naturaleza no se puede controlar, resulta imprevisible y las situaciones de riesgo conviene evitarlas por si acaso.

De noche, ya acostada en la cama, agradeció ese olor familiar de la ropa limpia y recién planchada. Ahora, entre las sábanas y las mantas, se sentía a resguardo del miedo a morir arrastrada por una ola, y de las recriminaciones de sus padres, temerosos de perderla. Se estremeció al pensar que todos podían haber muerto por su culpa. No podía dormir agitada por los remordimientos. Minutos después Rosalía entró con un ladrillo refractario calentado en el fuego de la chimenea y envuelto en una toalla, y se lo puso en los pies.

—Los tienes helados todavía, hija mía —le dijo al verla despierta. Se inclinó sobre ella y la besó en la frente—. Duérmete. Todo ha pasado ya. A partir de ahora ten mucho cuidado con tu vida; no podría vivir sin ti, cariño mío —añadió, y Violeta cerró los ojos aspirando el olor de su madre, el olor del camisón limpio y gozando del calor que poco a poco descongelaba sus pies helados.

Los suegros de Violeta habían decidido que América, que iba a cumplir seis años, debía ser escolarizada y comenzar su instrucción en una de las mejores escuelas para niñas de Bogotá. La niña sabía leer y escribir porque se lo había enseñado su madre, como muchas otras cosas, durante su estancia en Cartagena, y aunque a Violeta le costaba reconocerlo comprendía que tenían razón. América debía estar con niñas de su edad. Hasta ahora siempre había estado rodeada de adultos. La iniciativa de Leticia y Julián coincidió además con la propuesta de Fidel Cano de enviarla como reportera en plantilla del diario a la selva amazónica. Se sintió halagada profesionalmente. Siempre había deseado formar parte de la redacción de *El Espectador*, y comprendió que Cano había esperado el tiempo prudencial para que pudiera criar a su hija alejada de la gran ciudad. Pero ahora no aceptaría más dilaciones.

—El trabajo no espera, Violeta. O lo tomas o lo dejas. Y sentiría que no aceptaras, ahora que todavía gozas de una excelente reputación como escritora —le dijo el director para enfrentarla a la realidad de los hechos.

Violeta se enfrentaba de nuevo al dilema de sacrificar el trabajo por ejercer una maternidad a tiempo completo o aceptar la oferta del diario. Ponderó la situación y habló con sus suegros, que sorprendentemente le aconsejaron la opción laboral.

—Una oportunidad así no se te va a presentar otra vez, siendo mujer y con treinta y ocho años... *El Espectador* es un gran periódico, y a ti te va la aventura. No deberías dudar, Violeta —le dijo su suegro.

Y a continuación doña Leticia añadió para terminar de convencerla:

—Por América no te preocupes. Va a estar estupendamente en este colegio de monjas, La Enseñanza, muy avanzado en educación porque como sabes la orden es una fundación francesa. Aprenderá idiomas y para nosotros será una bendición ocuparnos de tu hija. Ella está a gusto en esta casa, que es la casa donde se crio Rodrigo.

Violeta pensó que tenían razón. Al fin y al cabo era su lugar natural, volver a la casa del padre. «Conmigo iría de un lugar a otro como una maleta.» Eso terminó de decidirla.

Antes de partir quiso conocer el colegio y el tipo de educación que iba a recibir su hija. Era consciente de que escolarizar a una niña en un buen colegio era un privilegio al que solo tenían acceso las clases medias, con esfuerzo, y las altas de la burguesía bogotana. Ella, como maestra, conocía los inconvenientes de ser mujer para recibir una buena instrucción. Lo había vivido en España y ahora lo experimentaba en Colombia con algún tiempo de retraso. Hubiera preferido para su hija la formación que ella había recibido en la Institución Libre de Enseñanza, pero eso de momento era impensable en Colombia. El colegio tenía un aspecto magnífico, grandes jardines, aulas espaciosas y soleadas, salón de actos para conferencias y disertaciones destinadas a las mayores, y lo que más le gustaba era que las religiosas contrataban también a profesorado seglar para impartir determinadas materias más científicas. La pequeña América estaba ilusionadísima de ir a un «colegio de señoritas», como decía su abuela, y estrenar un uniforme elegante que la hacía sentirse mayor. El primer día la llevó Violeta y se sintió orgullosa de ver a su pequeña desenvolverse con naturalidad en ese ambiente escolar elitista. Por un momento pensó que la infancia de América estaba siendo totalmente distinta a la suya, más salvaje y libre en aquel pueblecito de la Costa da Morte. Aunque al ver a la niña sonriente y coqueta con su uniforme azul marino y un enorme lazo que sujetaba el mechón rebelde de su pelo —puesto por su abuela— en la fila correspondiente al primer curso, comprendió que el camino de su hija era otro.

—Mamá, a mí me gusta este colegio, y quiero estar con los abuelos. Tú ven pronto y me traes muchos regalos de la selva —le dijo América al oído cuando Violeta se agachó para darle un beso de despedida.

Se quedó unos minutos más para verla entrar en el edificio, formando parte de esa fila de niñas perfectamente uniformadas y obedientes. América se giró para enviarle un beso con la mano.

Violeta cruzó el inmenso jardín llorando sin poder contenerse. Notaba un remordimiento inoportuno, una sensación incómoda, como si la abandonara. Se secó las lágrimas con un pañuelo que sacó rápidamente del bolso e intentó convencerse de que sus remordimientos no se correspondían con la realidad. «Es absurdo. No podemos reproducir nuestra vida en la de nuestros hijos.»

También se preguntó qué hubiera pasado si Rodrigo viviera. Seguramente la hubiera animado a emprender ese viaje por el Amazonas y a continuar una carrera que parecía encauzarse con éxito. Más tranquila con este razonamiento, que respaldaba su decisión, dio gracias al cielo por el apoyo que estaba encontrando en sus suegros, que la habían aceptado y se comportaban como unos padres para ella. Rememoró las palabras de Quintín Lame: «Rodrigo no se ha ido, seguirá viviendo en vosotras dos.» Además, para doña Leticia y don Julián, ellas ocupaban el lugar del hijo ausente. La mansión de los Galán Gallardo se había vaciado de silencio y de luto, y se había llenado de voces infantiles, de risas y gritos, de llamadas, de vestidos alegres, de juguetes, de preparar baños calientes, y de todo ese trajín imparible que comporta la vida cuando un niño habita una casa.

Dejó una nota para Amelia en la casa de citas. Quería despedirse de ella antes de partir rumbo al Amazonas. Desde la muerte de Mr. Foster por asfixia en sus dependencias no había habido ningún indicio que hiciera sospechar de la intencionalidad del deceso. Hacía tanto tiempo que no se veían que estaban deseando encontrarse. Violeta sabía que tenía una deuda impagable con su amiga. Dieron un paseo por el barrio de Perseverancia, siempre animado a esas horas del mediodía. Pese al paso del tiempo, ambas seguían conservando un sentido de la amistad que las convertía en más que hermanas. Eran leales y se apoyaban en todo lo que podían. Conocían sus defectos y sus cualidades y no se engañaban al respecto. Eran sinceras entre ellas.

—Por fin puedo decirte cuánto admiro tu valentía y resolución; y también tu generosidad. Espero que lo que pasó no te haya causado problemas en tu trabajo. Durante mucho tiempo me he sentido culpable, cobarde, inductora de un hecho censurable. Y he pasado mucho miedo, Amelia. Miedo de no saber de ti ni de Armand. Miedo del silencio. Miedo de no poder compartirlo con nadie, de la falta de desahogo —se sinceró Violeta.

—Olvidalo, es la mejor forma de superarlo. Armand y yo te quisimos preservar, así que no me vengas ahora con remordimientos. Yo creo que hicimos un favor a la humanidad quitando de en medio a ese tipejo. Ya ves la repercusión que tuvo el caso —dijo Amelia con ironía—, ni un triste funeral, ni una investigación al menos para cubrir las apariencias. O se tragarón la puesta en escena o les daba igual cómo hubiese acabado ese hombre. Eso sí, en el trabajo hubo mucho revuelo los primeros días.

La policía estuvo por allí, nada, mera rutina. Pienso que más de dos se alegraron de su muerte. Un cerdo menos —añadió con dureza.

—¿Has sabido algo de Armand últimamente?

—No lo he vuelto a ver. Creo que se fue a Francia después de lo sucedido, a pasar allí una temporada para poner distancia por si acaso lo relacionaban. La verdad, ese hombre hizo la parte más dura. Yo, lo reconozco, no hubiera podido hacerlo. Creo que él sigue enamorado de ti, y que si le dices que se tire por un barranco, lo hace.

Violeta sonrió con amargura. Y a continuación le tomó el pelo a su amiga.

—Entonces, según eso, los dos estáis enamorados de mí...

Amelia soltó una carcajada de las suyas, la cogió del brazo y le dijo haciendo teatro mientras caminaban:

—Es que, señorita Saramago, no sé si es usted consciente, pero tiene un gran poder de seducción. Consigue todo lo que se propone o casi todo. Resulta muy convincente.

Antes de separarse, Violeta le rogó que durante su ausencia fuera a visitar alguna vez a América. Amelia agradeció la confianza pero rehusó, le pareció algo descabellado.

—¿Pero tú te imaginas la cara que pondría tu suegra viendo entrar en sus salones a una prostituta? No, hija, no; una tiene su dignidad. Si acaso alguna vez me acercaré por el colegio y la veré a través de la verja a la hora del recreo. Eso sí me gustará, pero sin dar explicaciones a nadie —le contestó su amiga.

Esta vez Violeta era consciente de que el periódico la mandaba a un terreno inhóspito y alejado de toda civilización. De entrada, si llegaba hasta el Amazonas debería tener en cuenta que esa punta sureña del mapa, donde se encontraba la pequeña población fronteriza de Leticia, pertenecía a Perú, zona siempre en conflictos y guerras entre Colombia y Perú, por lo que tendría que obtener los permisos correspondientes para pasar a otro país, y a partir de ahí adentrarse en los asentamientos indígenas que habitaban en lo más profundo de la selva. Solo de esta forma, llegando hasta las entrañas de la jungla, podría conocer a esas tribus que mantenían sus costumbres intactas, sin contaminar, porque se ocultaban y temían lo desconocido. La esperaba un largo viaje cruzando Colombia hacia el sur. Las primeras etapas las haría a través del Magdalena y el Orinoco para llegar a Tolima y Huila. Aprovecharía la presencia de Quintín Lame en estos resguardos para estar con él, pedirle consejo y abrirle su corazón una vez más. Necesitaba verlo y confesarle el plan que habían urdido para matar a un hombre. Violeta deseaba descargar el peso de su conciencia en la única persona que probablemente podría entender el paso dado. Desde luego no iba a contárselo a su padre —razón por la que había distanciado el envío de cartas a Galicia—, pero a Quintín Lame, sí. Pasara lo que pasase, aunque censurase su conducta o la dejara de considerar una buena y honesta mujer, tenía que decirse. Entender la condición humana no era fácil porque todos tenemos un lado oscuro, y a eso se aferraba Violeta para contarle al indio lo que había sido capaz de hacer, utilizando a sus dos amigos como ejecutores del plan.

En esa zona adoraban a Quintín Lame. Gracias a su liderazgo, sus esfuerzos y su dedicación constante, los huilas y los tolimas habían podido iniciar la recuperación de su territorio, ya que sus resguardos habían sido suprimidos en el siglo XIX. Violeta comprobó con enorme satisfacción que las ideas de Quintín Lame habían ido germinando en esos valles. Se encontró con organizaciones avanzadas en las que primaban la salud de las colectividades, la cultura y la educación, sin la dependencia de los poderes locales o de la Iglesia, que ya no se ocupaban de ellos y cuando lo hicieran había sido para robarles y aniquilarles. Estas comunidades llevaban ya unos años experimentando el esplendor del proyecto de la escuela liberal; algo que emocionaba a Violeta porque le recordaba a sus comienzos en la Institución Libre de Enseñanza y la experiencia vivida en Muros de la mano de su padre cuando todavía era una niña.

La alegría fue mayor si cabe cuando se encontró con Belinda, que en esta ocasión había acompañado a su marido en ese largo recorrido por los resguardos del Orinoco.

—Es la ventaja de tener tantos hijos: ahora los mayores cuidan de los pequeños, y yo puedo cuidar de este hombre que ya no es tan joven y me necesita, aunque no lo reconozca porque se cree invencible —le dijo abrazándola con inmenso cariño. Contenta de volver a ver a la mujer dorada.

Ambas se pusieron al día, aunque Belinda conocía el resumen de los últimos años de Violeta por boca de Manuel en sus idas y venidas de Bogotá a las montañas. La india le dijo que la encontraba cambiada y que se alegraba mucho de que fuera madre de una niña colombiana, a la que esperaba conocer algún día.

—Sí, Belinda, las dos hemos cambiado. Somos más viejas. —Rieron—. A mí me han pasado muchas cosas y he vivido intensamente estos años desde que abandoné los Bosques de Niebla. Ya no queda nada de aquella joven inocente y apasionada. A veces pienso —reflexionó— que la selva me protegía de todos los males... Creo que la mujer dorada ha perdido mucho brillo.

Belinda la miró con dulzura y acarició su rostro.

—Sigues siendo muy hermosa y llena de luminosidad. Una mujer valiente y luchadora. Buena discípula de Quintín Lame, eso sí que es una gran verdad. Y ser así desgasta mucho; por eso te veo cambiada. Porque las heridas de dentro se ven también por fuera. Pero aún eres joven, tienes mucha vida por delante. Encontrarás otro hombre que te proteja y sepa amarte y cuidarte como mereces, aunque me parece que no va a ser tarea fácil...

—Lo sé, no me conformo con cualquier cosa —contestó orgullosa Violeta.

En cierto momento de la conversación y ante la ausencia de Manuel, que había salido a atender la llamada de un vecino del poblado, Violeta le preguntó por Leonardo.

—Hace mucho tiempo que no lo vemos. También dejó las montañas y dicen que se instaló en Barranquilla, creo que trabajaba en una fábrica de café —explicó la india.

Violeta calló y meditó esa información. Le extrañaba que el joven hubiera abandonado la selva, un lugar donde se sentía seguro y protegido; pero no hizo más preguntas.

Cuando volvió Quintín Lame se pusieron a hablar de su próximo recorrido por la cuenca del Amazonas. Un viaje en el que Violeta invertiría un año en investigaciones y toma de contacto con las tribus escondidas y no contaminadas por la civilización. Una tarea difícil que supondría un nuevo reto para su espíritu audaz: conocer la madre de todas las selvas.

Manuel Quintín Lame le aconsejó que descansara unos días con ellos, y de esta forma podrían contrastar itinerarios: el que le habían dado en la sede del diario de Bogotá y las rutas que le sugeriría el indio, como buen conocedor de la cuenca del Amazonas. Al anochecer dejaron a Belinda preparando la cena de bienvenida y se acercaron a una de las escuelas mixtas donde los niños de los resguardos aprendían.

—Al final te hice caso, mujer dorada, y en Tolima y Huila las escuelas están llenas de niños y niñas; creo que hay más niñas, la verdad —dijo sonriente enseñándole las dependencias, a esas horas vacías.

Violeta deseaba aprovechar este momento a solas para contarle lo que la quemaba por dentro. No podía pensar en otra cosa mientras se lo guardara para ella sola.

—Manuel, tengo que hablarle de algo que he hecho y he obligado a hacer a otros. Solo me quedaré tranquila si se lo cuento y me comprende. No me arrepiento de haberlo hecho —dijo como analizando sus propias palabras—. Creo que lo volvería a hacer, pero me siento responsable, y me pesa mucho por dentro.

El indio la observó, notó su calma mientras hablaba y su resolución, a la vez que su desconcierto interior. Sabía que si lo había elegido a él, la cosa debía de ser grave. No preguntó. Esperó a que ella se explicase.

—Ideé un plan para matar a Thomas Foster. Lo hicimos, y hasta el momento nadie nos ha relacionado con el crimen. Fue en el prostíbulo donde trabaja mi amiga Amelia, y contamos con la inestimable ayuda de Armand Doisneau, un amigo francés, también perjudicado por los sucios manejos del finado. —Acabada la somera explicación respiró aliviada, como si sus pulmones salieran de debajo del agua y se llenaran de aire. Miró a Quintín Lame y vio asombro en sus ojos oscuros.

—¿Ese hombre maligno ha desaparecido? —fue su única pregunta, por lo demás retórica.

—Sí. Hace tiempo ya —contestó calmada.

—¿Y tú has intervenido físicamente en el hecho? —siguió preguntando atónito el indio.

—No, mis amigos me preservaron. Cuando lo hicieron yo estaba en casa de mis suegros con mi hija. Oficialmente murió de un ataque al corazón mientras utilizaba los servicios de una prostituta. Nunca me han querido contar los detalles, aunque me los imagino.

—¿Cuántas personas son conocedoras de lo que en verdad sucedió? —siguió indagando el indio.

—Amelia, Armand Doisneau y ahora usted.

Violeta quería que Quintín Lame dejara de hacer preguntas y le dijera algo más. No sabía interpretar su mirada. Estaba inquieta, nerviosa, presa de la ansiedad. Por una vez, no estaba segura de la reacción del líder indígena. Temía que la echara de su lado o que dejara de admirarla. Estaban sentados en un banco de la escuela y en la pizarra colgada en la pared aparecía escrita con una piedra de tiza esta frase: «Hay que saber enfrentarse al enemigo.» Quintín Lame se levantó de pronto, se acercó a la pizarra y señaló con el dedo las palabras escritas.

—Esto enseñamos aquí a nuestros hijos, a defenderse, a luchar por sus derechos. También a esperar y organizarse. Tú, mujer dorada, lo has hecho. Lo único que lamento es que no contaras conmigo para ayudarte en la tarea. Ese hombre no merecía respeto. Cuando nosotros luchamos en los levantamientos también matamos, porque si no, nos matan. Nos defendemos porque si no, nos aniquilan. Urdimos planes porque si no, nos sorprenden y nos cazan como a bestias. Has hecho lo que muchos desearían hacer y no se atreven. No te enorgullezcas por ello. Mantén la niebla del silencio y trata de olvidar. Si tus amigos son leales, no tendrás problemas. Has cruzado una línea; el peligro está ahora en que no veas la línea. La línea siempre debe estar ahí para recordar que no hay que cruzarla.

Violeta asimiló esas palabras. Tenía en tanta estima su ecuanimidad y sinceridad que se sintió redimida.

—Gracias, Manuel. Necesitaba contárselo y oír sus palabras, que no son exculpatorias, ni pretendía que lo fueran, pero me siento en paz ahora, porque estaba

desorientada con tantas cosas que han pasado, tanta violencia, crueldad, corrupción, cobardía, miedo. Ya no sabía... —dudó qué palabra utilizar— dónde estaba la línea. ¿Le puedo abrazar, Manuel? Necesito tanto su abrazo...

Quintín Lame abrió sus enormes brazos y la acogió con ternura. No lo dijo, lo calló, pero en lo más profundo de su ser sentía admiración por esa frágil mujer que se comportaba con la determinación y valentía de un ser humano consecuente. Sin falsas caretas, sin concesiones al engaño ni a la autocomplacencia.

Salieron de la escuela reconfortados por aquella conversación sincera. Notaron la creciente humedad del anochecer y regresaron a la casa, donde Belinda había preparado una cena a base de pescados asados que desprendían un aroma delicioso, aliñados con hierbas aromáticas y envueltos en hojas de palma. Al ver juntos a los esposos, Violeta notó la ausencia de Rodrigo a su lado. «Ahora estaría aquí gozando de la cena compartida con buenos amigos, en este lugar lejano, dispuesto incluso a acompañarme en esta peligrosa excursión por el Amazonas. Estoy segura de que se hubiera apuntado a este viaje, sabiendo que dejaba a su hija al cuidado de sus padres», y sonrió mirando las llamas que saltaban y chisporroteaban al contacto con la grasa de los pescados recién cogidos en los ríos. Quintín Lame la miró, y supo lo que estaba pensando. Le ofreció un cuenco de chicha y le dijo:

—Rodrigo está aquí con nosotros. Vive en ti, Violeta, y te acompañará en ese viaje que vas a emprender. Te has convertido en una mujer fuerte.

Para Violeta, esas palabras fueron como bálsamo para las heridas. Le dieron fuerzas para seguir, tanto que se atrevió a preguntarle en presencia de Belinda:

—Y ¿por qué no me acompaña a conocer esas tribus? ¿No siente curiosidad por comprobar si siguen intactas todavía?

Belinda le lanzó una mirada de reproche porque sabía que su marido era capaz de cualquier locura que se le propusiera; pero estaba empezando a experimentar los achaques de la edad y, aunque se tratara de un hombre corpulento y fuerte, ya no tenía el vigor de antaño.

—Te acompañaré hasta Ipiales. Pero a partir de ahí debes seguir sola, porque yo ya tengo los huesos doloridos; me canso mucho más que antes, y sería un lastre para tus pasos todavía jóvenes y ligeros. Conozco gente por allí que te podrá servir de gran ayuda. Además —prosiguió el indio, mirando a Belinda—, si no le hago caso a mi mujer es capaz de abandonarme en cuanto me dé media vuelta. Ahora, ella manda mucho...

Los tres rieron con ganas, apurando los cuencos de chicha elaborada en la misma aldea, y dejaron las raspas de los pescados limpias de cualquier resto de carne. Belinda respiró aliviada al asegurarse de que su hombre no se iba a adentrar en la selva amazónica, ya no era joven para hacerlo, y sobre todo se sentía satisfecha de que no sucumbiera a los caprichos o deseos de la joven gallega, y Violeta agradeció el gesto caballeroso de Manuel de acompañarla hasta la frontera de Ecuador.

En el departamento de Nariño, los Andes se alzaban imponentes en su camino hacia el sur. El llamado «Pasaje de los Volcanes» que atravesaba Ecuador empezaba en esta región. Quintín Lame le enseñó la laguna de la Concha, y cerca de Ipiales Violeta descubrió el elevado santuario de Las Lanjas, ese impresionante edificio neogótico construido sobre un puente de piedra que salva un profundo cañón. Al verlo, recordó las precisas explicaciones que le diera en su día el ingeniero francés sobre ese tipo de construcciones extrañas pero espectaculares que tanto le atraían. Le pareció una construcción asombrosa y eso que todavía faltaba la tercera o cuarta fase para culminar la obra.

En esas últimas horas juntos, el indio le aconsejó que cuando llegara a su destino, en las profundidades de la mayor selva del mundo, fuera precavida y no intentara nunca ir sola, que fuese siempre acompañada de gente fiable —le había dado varios nombres, porque ya no sabía si algunos habrían muerto o seguirían estando en esos lugares secretos y alejados de toda civilización—, y sobre todo había insistido en que cuando estuviera cerca de los asentamientos indígenas no pretendiera entrar, que se quedara a la vista, cerca de las orillas y remansos del Amazonas, para que fueran ellos los que se aproximaran si sentían curiosidad. Nunca a la inversa.

—Debes respetar su territorio y no cruzar la línea, hasta que ellos se acerquen a ti movidos por el interés. Deberás ser paciente e intentarlo varios días, incluso semanas, hasta que su curiosidad sea mayor que la tuya; entonces, solo entonces, quizá lo consigas —le aconsejó.

Violeta sabía que muy pocas personas habían entablado contacto con esos indígenas vírgenes de cualquier tipo de cultura ajena. El periódico que le enviaba era consciente de la baza que suponía que fuera una mujer, una pionera, la que estableciera contacto con los mal llamados «salvajes». Si lo lograba, venderían muchos ejemplares y Fidel Cano se marcaría un tanto ante la competencia, muy ávida en ese principio de siglo de noticias espectaculares y sensacionalistas. Algo que, por otra parte, en Colombia era habitual.

Agradeció los consejos de Manuel. Los necesitaba y le otorgaban confianza. Antes de despedirse consensuaron los itinerarios y el trayecto a seguir. Su objetivo era encontrar alguna de las tribus aisladas que habitaban en la Amazonia y luego contarle para los lectores de *El Espectador*. Las condiciones que había impuesto Violeta al periódico se limitaban a que las únicas imágenes serían sus propios relatos y dibujos. Si lograba entrar en sus vidas cotidianas quería hacerlo en igualdad de condiciones y no arrastrando a un fotógrafo y su cámara, algo que podía asustar todavía más a los indígenas y hacer fracasar el proyecto. Sabía que eran muy vulnerables y asustadizos, y que esa experiencia que iba a emprender en solitario no tenía nada que ver con sus conocimientos de otras comunidades indígenas que sí habían estado en contacto, en mayor o menor grado, con algún tipo de civilización.

Tras semanas de recorrer ríos inmensos y caudalosos como únicas vías de transporte llegó hasta los inicios amazónicos en la preciosa aldea de Nariño, que estaba a unos 75 kilómetros al norte de Leticia. La mayoría de sus habitantes eran indígenas: los tikunas, cocomas y yaguas. Era una buena base para adentrarse en las selvas ignotas. En la minúscula aldea con su puerto fluvial sobre el Amazonas volvieron a surgir los recuerdos del pueblo donde nació, Lariño, al otro lado del océano. «Una letra, solo una letra, y dos mundos tan alejados y distintos. Es como si mi vida estuviera trazada con una línea en un mapa», pensaba. En ese precioso lugar recorrió sus calles arboladas y durmió oyendo los sonidos de la selva y el repiqueteo de la lluvia. Tras visitar el lago Tarapoto, donde en sus aguas cálidas saltaban los increíbles delfines grises y rosas, algo que le indicó Manuel que no se perdiera antes de adentrarse en las profundidades de la selva, volvió a Nariño para localizar al hombre que Quintín Lame le había sugerido como guía. Eso si tenía la suerte de no estar en prisión, que era donde al parecer pasaba la mitad de su vida. La otra mitad la dedicaba a negocios de dudosa licitud como las casas de póquer, los burdeles portuarios y la droga. Por esa zona, a los cosechadores de coca se les llamaba raspachines, y Zebelio Macán llevaba muchos años en ello. Era un antiguo raspachín. Pese a su historial, Quintín Lame le dijo que era persona de fiar si daba su palabra e iba recomendada por el legendario líder indio.

Violeta no lo dudó ni un instante: ese sería su hombre si lo encontraba. Los ambientes portuarios fueran de mar o de río tenían algo en común en cualquier parte del mundo: el trapicheo, el comercio legal e ilegal, los intercambios de todo tipo, el juego y las prostitutas. Y aunque Nariño fuera una pequeña aldea, era junto con Leticia la capital, los dos únicos lugares donde se agotaba la civilización y comenzaba la selva. Razón de peso para que se dieran todos los vicios y placeres. Como mujer inteligente que era, sabía que no encontraría otro guía con el que fuera mejor protegida. Rastreó el puerto y preguntó por él en ese pequeño rincón del mundo antesala de la jungla. Todo el mundo lo conocía y se extrañaba de que una mujer de aspecto europeo se interesara por él. Nadie le daba señas de su paradero, y alguno le dijo que seguramente estaría en la prisión de Leticia, descansando una temporada. Esperó dos días en Nariño, tiempo suficiente para que corriera la voz, esperanzada en que, si estaba en la aldea, le picara la curiosidad y se presentara, más tratándose de una mujer joven y extranjera.

Al tercer día decidió coger una embarcación y bajar hasta Leticia, esa pequeña población fronteriza situada a orillas del Amazonas, en el cruce de aguas donde confluyen las fronteras de Colombia, Brasil y Perú. Allí pasó la frontera ficticia, porque como casi todas las fronteras se trataba de una delimitación política, fruto de guerras y acuerdos firmados en mesas de despachos, y en un solo paso estaba en Perú. Como era de esperar, no notó ninguna diferencia, ni en el acento ni en el aspecto de la gente. Solo sintió que el calor era todavía más intenso, y la humedad se volvía pegajosa. Siguió la pista de Zebelio algo desesperanzada, ya que si no daba con él debería elegir el segundo nombre de los aconsejados por Quintín Lame. Y eso no le gustaba. Al no conocer la ciudad, dejó notas a los dueños de las cantinas más sórdidas. Todavía no consideró necesario acercarse a la prisión para preguntar por un preso. Esperaría a que apareciera: había dejado suficientes cebos para que picara. Al menos en ello confiaba mientras preparaba su penetración en la selva amazónica.

En ese compás de espera tomó la decisión de entrar en una barbería de Leticia y cortarse el pelo. El barbero le dijo que nunca había cortado un pelo tan largo y ¡de mujer!

—Mi local, señorita, con todos mis respetos, es para hombres. Yo no la quiero molestar, pero aquí no la puedo atender aunque fuera mi más ferviente deseo —

contestó el hombre apurado. Pero Violeta ya se había sentado en la butaca de afeitados, aprovechando la ausencia de clientela a esas horas tan tempranas de la mañana.

—Solo quiero que me corte la melena justo por debajo de las orejas. Es algo sencillo. Lo haría yo misma si tuviera unas buenas tijeras, pero creo que usted lo hará mejor. Este calor es inaguantable y el pelo largo me molesta para mi trabajo —le explicó al tiempo que le ofrecía una buena suma de pesos para convencerlo de que empezara a cortar de una vez.

El barbero suspiró resignado y comenzó a cortar el pelo dorado de Violeta, entre comentarios de admiración por su calidad y su color.

—Es una lástima, señorita, un cabello tan hermoso... Una bonita melena siempre es un adorno más en una mujer de por sí tan bella —comentó con criterio profesional. Durante la operación no cesó de hablar, como si fuera un loro cubano, pensó Violeta, y de preguntar qué se le había perdido a una mujer en la jungla.

Al final, para aplacar su curiosidad, le contó que era reportera de un periódico de Bogotá e iba en busca de tribus aisladas.

Salió de la barbería con un aspecto totalmente distinto, muy afrancesado y cómodo, según reconoció el barbero, orgulloso de su habilidad con las tijeras.

Un hombre la estaba esperando a la sombra de un enorme árbol fumando un cigarrillo toscamente liado. Por su aspecto nada recomendable se figuró que se trataba de Zebelio Macán. Era enjuto, de baja estatura, seco, y con su escaso pelo gris recogido en una coleta. Vestía como todo el mundo por esas latitudes, de claro, con camisa y pantalones arrugados y sucios. Violeta no estaba del todo segura, por lo que decidió seguir su camino como si nada.

—¿Es usted la persona que me anda buscando? —dijo el hombre con una voz ronca que pareció salirle del fondo de las tripas.

Violeta se paró en seco y se volvió para mirar el rostro que acompañaba a esa voz cavernosa y de acento raro. El acento se debía a que le faltaban los dientes de arriba, y el aire se le escapaba al hablar. Sin embargo, sus ojos, pequeños y oscuros, parecían acostumbrados a ver en la oscuridad. Su mirada era felina y de largo alcance.

—Sí, si es usted Zebelio Macán. Le busco de parte de Quintín Lame y me llamo Violeta, Violeta Saramago —contestó tratando de sonreír, pero sin conseguirlo ante el aspecto intimidatorio y descuidado del hombre.

El curioso individuo asintió con la cabeza y le entregó uno de los mensajes que había ido dejando por las cantinas de la ciudad.

—Vengo observando sus movimientos desde hace dos días y le juro que desde que salió de la barbería resulta difícil reconocerla con ese pelo que le han dejado. —Y emitió un sonido sibilante parecido a una risa casi humana, como el de una serpiente.

Violeta enrojeció y se dio cuenta de que el hombre tenía razón. ¿A quién se le ocurriría cambiar de aspecto cuando se busca ser reconocida?, aunque a continuación pensó que ese sujeto no tenía por qué conocerla. Lo cierto es que se sintió incómoda en su presencia y con sus sagaces comentarios. Y, desde luego, no le gustó nada que llevara dos días siguiéndola. Aun con todo, si ese hombre era quien decía ser le convenía como guía, si es que aceptaba el encargo. Estaba claro que pocas cosas le pasarían desapercibidas, y esa cualidad era fundamental para moverse en la selva.

Hablaron y le explicó la naturaleza de su cometido y que Quintín Lame lo había recomendado a él como guía.

—¿Se conocen ustedes desde hace mucho tiempo? —preguntó luego, intrigada. Pero su respuesta fue evasiva.

—Es una larga historia, que ahora no viene al caso. Para abreviar, le diré que Quintín me salvó la vida hace tiempo y estoy en deuda; así que si usted necesita un guía para adentrarse en esos lugares tan incómodos, tiene suerte, ha encontrado a su hombre: Zebelio Macán, para servirle, señorita.

Sellado el acuerdo, fueron a una cantina porque Violeta tenía hambre y necesitaba beber algo que la reconfortara de tantas emociones, a la vez que era un modo inteligente de facilitar el conocimiento mutuo entre dos seres tan dispares. Zebelio le contó que acababa de salir de prisión y se encontraba «desprovisto de fondos», por lo que le venía como anillo al dedo ser contratado por una mujer europea a cambio de una cantidad razonable, a lo que Violeta no puso ninguna pega. Entre otras cosas, porque pagaba el periódico. No le preguntó por qué había ingresado en prisión, prefería no saberlo. Lo que sí preguntó con acierto era si conocía algunas lenguas de las comunidades indígenas que iban a buscar. El hombre respondió escuetamente que sí.

Quedaron para el día siguiente a fin de preparar la ruta, y se despidieron. Violeta le adelantó la mitad de la cantidad pactada.

—Para sus gastos —le dijo, mientras pensaba que de todos los guías que había conocido en su vida, este era el más extraño y siniestro de todos.

«Me va a costar pegar ojo teniéndolo a mi lado», pero no le quedaba más remedio que confiar en el criterio de su admirado Manuel, y en la conducta del antiguo raspachín, reconvertido en sus temporadas libres en «guía de señoritas», como había tenido la desfachatez de comentar con otro de sus silbidos guturales al apurar su segundo vaso de chicha. Camino de la fonda donde se alojaba, la asaltaron las dudas acerca de lo acertado de contratar a aquel hombre para aventurarse en la selva, pero pensó en lo que le aconsejaría su padre: «No te vas a casar con él, solo debes tener claro si te vale como guía experto, aunque no sea simpático ni amable contigo. Puede ser que un tipo así te resuelva muchos problemas.» Suspiró y quiso pensar en la parte positiva de la elección: y a tenía un guía que al parecer se las sabía todas...

Se durmió pensando en lo mucho que echaba de menos a su primer guía en los Bosques de Niebla, el mulato Dionisio. Y antes de caer en las profundidades del sueño recordó, como cada noche, los ojos enormes y ya intensos de la pequeña América y su risa infantil inundando todos los rincones de su vida. En esa imagen siempre encontraba la paz.

Violeta emprendió el viaje tratando de ser positiva y de entablar una cordial relación con Zebelio a pesar de su casi siempre hostil apariencia. Resultaba evidente que no se caían bien, pero les esperaba la selva amazónica y eso eran palabras mayores para unir hasta los enemigos más irreconciliables. Su primer objetivo era prudente: llegar a la primera comunidad indígena conocida, aunque preservaban con orgullo y tenacidad su identidad frente a la entrada de extranjeros a los que temían porque conocían sus intenciones de invasión y expolio. Estas zonas de la selva eran ricas en minas de oro y la riqueza de sus árboles era codiciada por los madereros ilegales, que ya habían empezado a arrasar sus bosques con la tala indiscriminada de árboles.

La mañana en que se deslizaban silenciosamente en canoa por entre la jungla, siguiendo uno de los afluentes del río Yavarí, sería difícil de olvidar por la belleza y grandiosidad del paisaje. Violeta tenía la sensación de que se dirigían hacia un mundo desconocido, donde el temor y la fascinación se unían en un mismo latido. El silencio en el río era tan denso que imponía un profundo respeto. Mientras penetraban en la selva, el calor, la humedad y los implacables mosquitos amenazaron con doblegar su ánimo, pero al encontrarse con los ojos como puntas minerales de Zebelio, reaccionó y se rehízo como pudo. No debía empezar el recorrido desmayándose de calor ante la mirada vigilante del guía, que manejaba la canoa como si hubiera vivido sobre ella toda su vida. Cuando dejaron la canoa de tronco y la amarraron a una raíz, el sol comenzaba a ocultarse y ya estaban dentro de la frondosidad selvática. Zebelio preparó el campamento, dos hamacas colgadas de cuatro árboles estratégicamente elegidos para descansar unas seis horas hasta que amaneciera y pudieran continuar el camino.

Violeta aprovechó esos escasos minutos de luz para escribir en los cuadernos sus impresiones: «La primera vez que la ves, que entras en ella, experimentas la sensación de que un monstruo enorme estuviera respirando dentro. Hay tanta vida que los oídos te estallan de sonidos diferentes. Presientes a través de tantas resonancias que no estás sola, que cientos de ojos, de latidos, de transformaciones se están produciendo en ese mismo instante y es imposible dormir, porque la vida te desborda. Es un fragor inquietante.»

Acababa de entrar en la selva amazónica pero ya intuía que ese lugar misterioso y fascinante sobrepasaba todo lo conocido hasta ahora, que no era poco porque Violeta, con el Amazonas, acabaría recorriendo las cuatro partes más importantes del país. Al final, por puro agotamiento logró cerrar los ojos y dormir un poco, calculó que solo cuatro horas, aunque cuando se pusieron en marcha Zebelio le dijo que había dormido seis horas largas. Le intrigó saber cómo estaba tan seguro de eso si ella se había dormido oyendo sus acompasados ronquidos, como un sonido más de la prodigiosa orquesta de la naturaleza. Le preguntó si identificaba alguno de los sonidos que se habían oído toda la larga noche, y el guía respondió que no había oído nada especial.

—Lo normal: los monos obstinados que gritan su celo y se llaman entre ellos, loros, insectos, aves de toda clase, nutrias cerca del agua. No sé qué decirle, lo de siempre...

Retomaron el río. La proa de la canoa deslizándose de nuevo, avanzando hacia un lugar donde el Yavarí desembocaba en la inmensidad del Amazonas. En un claro aparecieron en la orilla unos cuantos niños acucillados mirándoles curiosos, tranquilos, sin inquietarse. Era buena señal. Parecía que esos indígenas habían visto a otros alguna vez y no les extrañaba su presencia, aunque les molestara, como enseguida pudieron comprobar. Violeta se congratuló de la pericia de Zebelio, que con suavidad había llegado al primer objetivo del viaje.

—Estos indígenas parecen amistosos —comentó tranquila al ver la belleza y serenidad de los niños, que ahora se levantaban de su postura y corrían hacia el poblado para avisar de la llegada de extraños.

—Eso parece. Estos poblados hablan nuestro idioma, y han estado en contacto con la civilización aunque viven apartados. Hacen bien, ¡para lo que hay que ver allí! —contestó Zebelio con su habitual descreimiento.

Bajaron de la canoa y se encaminaron hacia las grandes chozas de caña y techo de paja distribuidas en torno a la Maloka, la vivienda indígena considerada el lugar principal y sagrado de la comunidad. A medida que avanzaban con algo de temor y respeto, los nativos se acercaron a recibirlos expectantes pero a la vez corteses. Violeta confiaba en que el aspecto poco fiable a primera vista de su guía no estropeará el acercamiento con esa gente tan hermosa y pacífica. Se equivocó en la apreciación, porque lo que no sabía era que Zebelio Macán y era conocido en esa tribu. Años atrás había estado allí con sus trapicheos y logrado la amistad del chamán del poblado, que afortunadamente todavía vivía.

Los hombres de la comunidad llevaban una corona de flores alrededor de la cabeza sujetando su pelo lacio, y cubrían su cuerpo de cintura para abajo con una túnica roja ceñida a las caderas que les llegaba por debajo de las rodillas, igual que las mujeres. La única diferencia era que ellas se adornaban con varios collares largos que medio escondían sus pechos libres. Era un pueblo coqueto y todos, desde los más ancianos a los niños, llevaban el pelo perfectamente cortado a la altura de la nuca y un curioso flequillo a ras de las cejas. Se veía que se tomaban su tiempo en el arreglo personal y que sabían cuidar sus cuerpos de color canela. Violeta los halló hermosos y elegantes. A lo largo de sus incursiones en las comunidades indígenas del centro y el norte nunca había conocido a un pueblo tan bello y adornado como este. El clima caluroso también debía influir en el lucimiento del cuerpo que exhibían con orgullosa naturalidad. Sin embargo, ella procuraba ir totalmente cubierta por precaución, ya que su piel blanca no estaba acostumbrada al fuerte sol de esas latitudes, y los mosquitos y otros insectos encontraban un excelente manjar en su cuerpo. No obstante, los años pasados en el Caribe habían bronceado y curtido su piel y la habían hecho menos vulnerable a la intensa luz del ecuador.

Tras los saludos y cortesías de rigor, Zebelio y Violeta fueron invitados a entrar en la Maloka para hablar con los jefes de la comunidad. La enorme choza circular disponía de una abertura central en el techo por donde entraba una luz tamizada pero fuerte, y por donde se escapaba el humo de la hoguera que tenían dentro. Esa luz similar a un potente foco y el humo ascendente conferían al lugar un aspecto mágico. Se sentaron en círculo en el suelo cubierto de hojas de palma y varios hombres presentes, incluido Zebelio, empezaron a meterse rapé de tabaco por la nariz, y otros a mambear coca. A Violeta no le extrañó, ya que a lo largo de sus incursiones por distintas selvas había visto que los indígenas lo hacían casi todo el tiempo. Les ayudaba en la concentración y les evitaba el cansancio acumulado durante el día. En un rincón de la Maloka, un grupo de mujeres preparaban los condimentos para ofrecer un delicioso ceviche que le dieron a probar a Violeta.

En unos minutos, cuando el rapé de tabaco y la coca empezaron a surtir efecto, el jefe yanomamo comenzó a hablar. Al cabo de un rato, la conversación se animó e intervinieron dos o tres hombres más defendiendo con ardor sus postulados. Al principio Violeta se extrañó de que hablaran tan a la defensiva, como si creyeran que ellos habían ido hasta allí para engañarlos. Pero había visto que, nada más entrar, el jefe había intercambiado unas palabras en un dialecto desconocido con Zebelio, y que se saludaron como si ya se conocieran de antes, y eso la tranquilizó un poco.

—Queremos tener la selva tal y como está, sin la selva no hay vida; acá hay plantas medicinales que nos curan, peces en el río que permiten nuestra manutención. La selva nos da alimento; es como un mercado, un gran mercado, nos da medicinas para curar nuestras enfermedades. No necesitamos nada. Solo que nos dejen vivir en este lugar, donde hemos nacido y también moriremos para continuar con el ciclo de la naturaleza —dijo con vehemencia uno de los hombres jóvenes que participaba en la conversación.

Violeta y Zebelio escuchaban en silencio. Violeta estaba tan de acuerdo con lo que decían que movía la cabeza todo el rato en gesto de asentimiento.

—Antes de que existiera el Gobierno estábamos nosotros. Somos vivientes de la selva. No queremos que vengan aquí, nos pueden contagiar sus raras enfermedades. Nosotros respiramos aire puro y nos quieren enfermar, invadir y echarnos de nuestras tierras para sacar el oro de las minas, cortar con sus hachas nuestros árboles, arrasar nuestros bosques. Nosotros encontramos alimentos sin profanar para seguir viviendo bien. Nosotros somos vivientes. No queremos que vengan —repetía una anciana sin dientes que removía el puchero donde coga sustancia el ceviche.

Violeta hizo una señal con la mano para pedir permiso y sacar de su mochila un cuaderno donde anotar aquella conversación. Encontraba verdaderamente asombrosa la manera de expresarse, el razonamiento impecable de sus argumentos y el buen español que hablaban allí, en las entrañas de la selva amazónica. Mientras transcribía las palabras del jefe, del joven y la anciana, pensaba que tenían toda la razón: de la selva obtenían todo el material para levantar sus casas, confeccionar las lanzas y flechas con que cazaban, pescaban y se defendían de los intrusos, los utensilios que utilizaban para cocinar y los frutos para adornarse. Eran felices así, viviendo como hace siglos lo hicieran sus antepasados. No necesitaban ni el progreso ni sus inventos, más bien al contrario, pues estos acabarían con su modo de vida. En pocos años su población se vería diezmada y la selva dejaría de ser el pulmón de la humanidad, además de un prodigio de la naturaleza.

Todo lo que escuchaba de esos indios pacíficos le recordaba la lucha de los campesinos e indígenas del Valle del Cauca, sus comienzos revolucionarios, y el pensamiento de Quintín Lame para impedir la extinción de los resguardos y las comunidades indígenas. Al poder nunca le habían gustado las tierras de propiedad colectiva regidas por un cabildo de indios, muchos veían en los resguardos el germen de la futura organización socialista. El mismo Manuel Quintín Lame había vuelto a ser detenido en Popayán por alentar los levantamientos entre los huilas y tolimas cuando huyó del Cauca.

Una vez que los cabecillas de la tribu se desahogaron con entusiasmo, Zebelio le indicó a Violeta que era el momento de que les explicara su cometido, por qué estaban allí. Respiró hondo y se sintió algo insegura antes de empezar a hablar, con tantas miradas pendientes de ella; además, presentía que dijera lo que dijese no iba a contar con el apoyo de su guía, que a su lado mantenía una mueca parecida a una sonrisa burlona. Resumiendo, y ayudada por el dulce tono de su acento gallego, explicó que querían llegar hasta los nantis y los yoras.

—Solo queremos conocerlos, ver cómo viven. No queremos oro ni madera de caoba. Queremos acreditar su existencia para poder defenderlos de los que intentan expropiar la selva —dijo, no muy convencida de sus propios argumentos, y rezó a sus dioses conocidos para que Zebelio se mantuviera en silencio y no descubriera que ella trabajaba para una empresa que vendía noticias. Temía que si se identificaba como reportera se acabaría la cordialidad y los echarían de la Maloka, aunque se reservaba la baza de Quintín Lame si las cosas se ponían feas.

—Nosotros no queremos saber cómo viven más allá de la selva. Nosotros no tenemos esa curiosidad. No necesitamos que nos defiendan, solo que nos dejen ser como somos —contestó uno de los cabecillas de la tribu.

En ese tenso momento, mientras intentaba encontrar un buen argumento que rebatiera la inteligente respuesta del nativo, se asustó al ver que Zebelio levantaba el brazo para intervenir.

—Todos necesitamos que nos defiendan. Esta mujer ha luchado junto a Quintín Lame por los derechos de los indígenas en el Valle del Cauca. Es su mensajera y lleva su voz a la selva del Amazonas.

Al oír el nombre de Quintín Lame se produjo un murmullo en el corro de hombres y mujeres sentados. Entonces, el jefe de la comunidad hizo un gesto para que la mujer siguiera hablando. Violeta se extendió un poco más en el asunto y sacó de su mochila un ejemplar de la biografía del líder indígena criado en la selva, y se lo tendió al jefe. El libro, cuya portada era una gran fotografía de perfil de Manuel con gesto orgulloso y retador, circuló de mano en mano en el corro. Lo tocaban como si se tratara de un objeto sagrado, y aunque eran analfabetos supieron perfectamente que ese libro hablaba bien del líder indio. Afortunadamente, la fama de Quintín había llegado hasta allí, pensó con alivio Violeta. Y miró con sincero agradecimiento a Zebelio por sus acertadas palabras. A partir de ahí la tensión se relajó y todos comenzaron a comer y beber, compartiendo el interés de conocerse mutuamente. No obstante, uno de los jóvenes nativos que había hablado en primer término le hizo ver a Violeta que si llegaban hasta esas dos tribus aisladas tendrían que arreglárselas por su cuenta, porque allí no sabían quién era Quintín Lame y el acercamiento sería muy difícil, sino imposible. Lo sabían, pero ahora Violeta se sintió respaldada por su nuevo y desconcertante guía, que no era tan huraño como se empeñaba en aparentar.

Al caer la noche, Violeta fue invitada a dormir en una de las chozas de las mujeres, junto a la hamaca de la *makuna*, donde la abuela más vieja del poblado, en un tono sosegado y misterioso comenzó a desgranar historias de sus antepasados, hasta que fueron adormeciéndose entre imágenes del pasado y tradiciones transmitidas

de generación en generación.

Violeta esperó a que la *makuna* terminara sus relatos para levantarse de la hamaca y disfrutar del cielo estrellado en plena selva. Un espectáculo realmente hermoso que convenía no perderse, le había aconsejado Manuel antes de partir para Popayán. Siempre que miraba el cielo estrellado en soledad buscaba una estrella que se transformaba en un ser querido. De esta forma recordaba a su padre, el doctor Saramago, y pensaba qué estaría haciendo en ese momento, a su madre, Rosalía, y a su hermano Andrés, casado ya y con dos chiquillos, tal y como le contaba Odilo en la última carta recibida en Bogotá. Buscó las dos más brillantes para pensar en Rodrigo y en su hija América. Otra lejana y parpadeante se convirtió en Manuel Quintín Lame, y aprovechó para agradecerle toda su ayuda, su carisma y su credibilidad que siempre le abrían las puertas en situaciones peliagudas. A los pocos minutos comenzó a llover intensamente y el cielo se apagó. Reinaba una total oscuridad y Violeta volvió a la choza.

Buscó su hamaca junto a la *makuna* procurando no hacer ruido y se tumbó. Le vino a la cabeza el día que en una taberna de Bogotá, con Amelia y Armand Doisneau, la conversación había derivado hacia la política y la cada vez más influyente presencia en los aledaños del poder del norteamericano de la United Fruit. Como fabulando, ella había dicho que sería fácil eliminarlo tendiéndole una trampa en el burdel, drogarlo y acabar con su nefasta existencia. Y Amelia, entusiasmada con la idea, repuso: «Eso es fácil, de ese me encargo yo. A una compañera la dejó marcada, y eso lo va a pagar de un modo u otro.» Y el ingeniero francés comentó con su habitual elegancia: «De ninguna manera voy a permitir que una señora haga todo el trabajo. El final será cosa mía.» Recordaba que los tres se habían reído de la ocurrencia y entrecrocado sus vasos en un brindis macabro, sin saber que una semana más tarde todo sucedería tal y como habían comentado entre risas, como un desahogo ante tanta impunidad. Volvió a sentirse culpable de haber sugerido un plan que inicialmente solo había sido una conversación entre amigos, pero que caló en las tres conciencias como una misión ineludible, justa y necesaria. Un plan perfectamente estudiado hasta en los mínimos detalles durante los días siguientes. No podía dejar de pensar en esos momentos. Estaba agotada y quería dormir, desconectarse de una vez por todas de unos pensamientos que la perseguían de vez en cuando. Todo salió bien, pero Violeta no era de las que se engañaba a sí misma. En esa clarividencia tenía su mayor tortura. Volvió a levantarse de la hamaca porque no encontraba la postura para relajarse ya no su cuerpo, sino su mente. El ruido de sus movimientos despertó a la abuela, que la miró extrañada y le preguntó:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué está tan agitada?

—Lo siento, siento haberla despertado, no podía dormir. Necesito dormir, pero no puedo. Estoy agotada y no consigo conciliar el sueño —respondió, desesperada porque amanecería en pocas horas y tendrían que enfrentarse a otra etapa, esta vez mucho más incierta.

La anciana se incorporó de la hamaca y echó unas hierbas en un pequeño recipiente de barro con agua que reposaba sobre las brasas de un fuego extinguido.

—Beba esto sin respirar. Dormirá.

Violeta la miró con cariño y bebió del cuenco con avidez. El sabor era amargo y seco como la tierra, pero al cabo de unos minutos sus músculos se relajaron y notó cómo se hundía suavemente en la hamaca y se olvidaba de todo. En ese momento sintió que ese estado era lo más parecido a la felicidad.

Al encontrarse por la mañana, Violeta y Zebelio eran conscientes de que algo había cambiado en su relación, que las cartas ya estaban boca arriba y podían confiar el uno en el otro.

—De buena me libró ayer en la reunión con los jefes. Dijo las palabras oportunas. Yo no sabía muy bien cómo salir del apuro —le agradeció Violeta sinceramente.

Zebelio emitió un gruñido de los suyos, como queriendo decir que ya se había dado cuenta y así aprendería a no ser tan desconfiada. Volvieron por la canoa y retomaron los meandros del río Yavarí que se abrían paso entre grandes extensiones de selva virgen y les ofrecía la oportunidad de ver el Amazonas de cerca y sin demasiados obstáculos. En esa larga travesía por el protegido río que formaba la frontera entre Brasil y Perú, durante más de ochocientos kilómetros, tuvieron acceso a los tres ecosistemas del Amazonas: la tierra firme con clima seco, el *várzea* o bosque seminundado, y el *igapó*, el bosque inundado. Desde la canoa comprobaron la multitud de fauna tropical que albergaban esos sistemas de cuenca. Para Violeta, el animal más simpático de los que llevaba vistos era el tití pigmeo, que se dejaba ver saltando de rama en rama para seguirles durante más de media hora, atento al trayecto de la canoa.

—Una vez tuve un medio domesticado. Son mejores y hacen más compañía que las personas —dijo de pronto Zebelio, mirándolo mientras clavaba el largo remo en el fondo del río para dar un suave impulso a la canoa.

—¿Se adaptó bien a vivir en la ciudad? Me refiero al mono —preguntó Violeta, que ya empezaba a mostrar su sentido del humor ante el taciturno Zebelio.

El guía ni se inmutó, aunque había captado la indirecta.

—Eso fue hace tiempo. Cuando vivía por aquí, en las profundidades de la selva. El bicho no me dejaba en paz, iba todo el día subido a mi hombro, y ¡cómo le gustaba la chicha! Cogía grandes borracheras, el mono cabrón.

Poco a poco Violeta fue conociendo la enigmática vida de su guía. En su época juvenil había estado cinco años con una india de las tribus de la zona, de ahí su conocimiento de la selva. Al parecer, la mujer había enfermado durante un embarazo y muerto en el parto. Violeta intuyó que el niño había sobrevivido, pero que Zebelio no quiso saber nada de él y se marchó de la selva dejándolo al cuidado de la tribu. Ahora comprendía su carácter amargado y el cinismo que le servía para protegerse del sentimiento de fracaso a partir de la pérdida de su mujer, a la que debía de haber amado mucho.

—Hay gente que paga muchos pesos por estos bichos, los titis pigmeos. Yo mismo he ganado buenas sumas por cazar alguno. Creo que los utilizan para fines científicos, y eso a los indígenas de por aquí no les gusta nada. Hay tribus que luchan para que se prohíba la caza de monos. Y no sé, pero creo que ahora mismo está prohibida porque no se ven cazadores de monos por los alrededores —comentó Zebelio como la cosa más natural del mundo.

—Me parece una cosa horrible, pobres monos. Estoy totalmente de acuerdo con que se les proteja.

—Sí, pero también investigan con ratas para curar enfermedades y ahí nadie se lleva las manos a la cabeza. Hay mucha hipocresía en la sociedad. La maldad existe, debe existir para que exista la bondad, es así de simple, no le dé más vueltas. —Y añadió soltando su silbido de serpiente—: Si no existiéramos los feos nadie se daría cuenta de que también hay gente bonita. Todo es puro contraste, señorita.

Violeta se quedó pensativa, admirando la elocuencia de Zebelio. «Ahora resulta que este hombre es un filósofo», y sonrió mirando desde la popa de la canoa su figura enjuta y desgastada por la vida, remando con una fuerza inusitada, afianzado en la proa en una inestabilidad casi milagrosa.

Pasado un tiempo, Zebelio abandonó su posición en la proa y se tumbó espatarrado frente a Violeta, que se imaginó que estaba cansado de conducir la canoa. Sacó de su gastada mochila una bola de coca y comenzó a masticar con ansiedad. Violeta estaba en guardia porque ya llevaban cerca de veinte minutos a la deriva en una embarcación frágil en medio de un río como el Amazonas. De momento, la canoa se movía suavemente, más bien parecía deslizarse, pero temía que las aguas cambiaran en cualquier momento y saliera algo mal, empezaran a zozobrar y naufragaran en la inmensidad de ese océano fluvial. Observó que el guía se estaba quedando transido, tan relajado que parecía dormido si no fuera porque tenía los ojos abiertos y una sonrisa de felicidad que dejaba al descubierto su boca desdentada. Intentó levantarse y llegar hasta la proa para coger el mando del remo y acercarse a la orilla más cercana, pero cuando su falda rozó el cuerpo de Zebelio, este le agarró la pantorrilla y murmuró con autoridad:

—Tranquila, mujer, vuelva a su asiento. Todo está controlado. —Y cruzó los brazos sobre su desnutrido vientre y se quedó dormido.

A regañadientes, Violeta regresó a su sitio sin dejar de mirar a todos lados. Tenía miedo. De nuevo le costaba confiar en la experiencia de ese hombre lacónico, que tomaba decisiones sin explicar previamente lo que se proponía y por qué. Eso la sacaba de quicio: la incertidumbre. Ahora se lamentaba de no haber preguntado si en esa parte del Amazonas había cocodrilos; estaba tan nerviosa que se los imaginaba sigilosos deslizándose cerca de la canoa o en las orillas, agazapados, prestos a lanzarse al agua para atacar su presa. En el agua vio flotar manchas oscuras que parecían caimanes, aunque no sabía si solo eran producto de su imaginación aterrizada porque al capitán del barco se le había ocurrido disfrutar de su nirvana particular.

Tras cuatro días más de navegación y de adentrarse en la inmensa llanura amazónica en busca de uno de los últimos pueblos de indígenas aislados que quedaban en Colombia, a Zebelio le pareció que estaban en una zona donde creía recordar haber visto de lejos a un grupo de nativos en las profundidades de la selva virgen.

—Espero que no me falle la memoria o más bien el instinto, porque le estoy hablando de hace por lo menos diez años; aunque para ellos el tiempo siga estancado —dijo mientras atravesaban bosques tan tupidos de árboles que resultaba imposible ver más allá de un palmo, pero el guía insistía en que por ahí cerca estaban las chozas en las que los indios vivían durante la estación de las lluvias.

»Seguramente se habrán movido de sitio, porque las presiones sobre estos bosques aumentan con los años. Las selvas están siendo objeto de “clareos” y de talas indiscriminadas desde hace mucho tiempo. Siempre ha sido así, y cada vez irá a más la deforestación. Aquí hay materia codiciada por el hombre blanco: el llamado “oro rojo”. Ya sabe, la caoba. Es muy buscada por la zona y donde están estos árboles están los asentamientos que buscamos. Así que en cuanto descubren que alguien merodea por los alrededores, los indios se esconden y huyen. No quieren ningún tipo de contacto. Hacen bien, porque se han aniquilado tribus enteras —explicó el guía mientras escudriñaba palmo a palmo el terreno que pisaban.

De pronto se detuvo en seco y señaló a Violeta lo que estaba viendo.

—¡Es una señal! Vamos bien, estamos cerca de ellos. Ahora hay que irse —añadió, enigmático.

Se trataba de dos lanzas cruzadas en forma de cruz. Los indígenas las colocaban así para avisar a los foráneos de que se mantuvieran alejados.

También Violeta notó su presencia escondida pero cercana, pero no preguntó. Obedeció a Zebelio y salieron de la espesura a un claro lo más rápido que pudieron, una zona de playa en la orilla del Amazonas. Recordaba las palabras de Quintín Lame: «Es mejor la prudencia y esperar a que su curiosidad sea mayor que la tuya. No traspases la línea, respeta su territorio, y espera a que ellos se acerquen a ti.» Vio un grueso árbol caído que atravesaba una parte muy angosta del río y llegaba hasta una especie de isleta de arena, y lo cruzó casi a la carrera, delante del guía, que se quedó algo perplejo ante su reacción, pero la siguió. Tuvo que reconocer que le pareció una buena idea alejarse lo más posible de la señal de advertencia. Podía ser peligroso estar cerca del alcance de las flechas. Tras la carrera y la emoción de saber que iban bien, Violeta y Zebelio se tumbaron en la isleta, exhaustos. Debían recobrar el aliento y decidir qué hacer.

—Según me explicó Quintín Lame, estas tribus son nómadas. Se han tenido que adaptar a esta vida para protegerse del colonialismo, de la avaricia de los cazadores blancos y las empresas madereras. Dependiendo de las estaciones, se desplazan por la selva en pequeños grupos de familias extensas. En la estación de las lluvias, con niveles de agua altos, viven lejos de los ríos, en el corazón de la selva, por donde hemos estado y usted recordaba haber visto hace años las chozas. Por lo tanto, ahora que estamos en la estación seca se supone que estarán por las orillas. ¿No es así? —preguntó Violeta para ver si el guía coincidía con su razonamiento y la información de Quintín Lame.

—Sí, por eso he dicho que están cerca. Seguramente ahora nos estarán viendo o apuntando con sus lanzas. Somos un blanco perfecto.

—Entonces, ¿qué sugiere que hagamos?

Zebelio no dudó ni un instante.

—Marcharnos de aquí y descansar al otro lado del río. Ellos no cruzarán si creen que nos hemos ido. ¡Vamos!

Violeta recogió su mochila, sobre la que intentaba descansar un rato, e hizo caso al guía. Cruzaron de nuevo el río por la parte menos profunda, con el agua hasta la cintura, y en esta ocasión sí preguntó por los cocodrilos.

—Pues no tenemos modo de saberlo, señorita, pero yo ahora mismo no me preocuparía de los caimanes, sino de las flechas de esos malditos salvajes.

—No debería hablar así de ellos. Por lo que sé, son pacíficos. Lo que sucede es que los nantís y los yoras son extremadamente vulnerables a cualquier forma de contacto con foráneos, no tienen inmunidad frente a las enfermedades que podemos transmitirles sin pretenderlo. Un simple estornudo nuestro puede invadir de virus todo el poblado, y la gente puede morir por eso, el contagio podría aniquilar a tribus enteras. Como usted dice, hacen bien en esconderse de nosotros. Somos sus enemigos...

—Ya... y entonces, ¿qué hacemos aquí usted y yo? ¿Admirar el paisaje? —respondió Zebelio con su habitual sarcasmo.

Se instaló el silencio entre ellos y también cesó la lucha dialéctica. Estaban demasiado cansados y temerosos como para seguir discutiendo sobre el objetivo de esta peligrosa incursión en la selva. Instalaron las hamacas y Zebelio, sin soltar el machete, se colocó el sombrero sobre la cara para echarse otro sueño de esos que tanto inquietaban a Violeta. Porque cuando el guía adoptaba tal posición se sentía absolutamente desprotegida de todo lo que se movía a su alrededor. Pensaba en la multitud de serpientes que reptaban por la maleza sin ser vistas, entre ellas la temible boa anaconda, muy común en la zona. Subió a la hamaca y cogió de la mochila una pequeña bola de coca. Necesitaba concentrarse y serenarse un poco, porque estaba a punto de que le estallara el corazón. Le gustaría quitarse por un momento las botas altas que llevaba puestas desde que salieran de Leticia, pero eso no era muy recomendable en la selva. Aflojó solo los cordones y trató de mover los dedos de los pies para que circulara mejor la sangre en sus extremidades. Para animarse se decía que todo estaba saliendo bien, a pesar de los peligros a que continuaban expuestos. Extrajo el cuaderno y comenzó a escribir sus impresiones del día, antes de que se le olvidara algún detalle. Al rato cayó en un profundo sueño, rendida por el agotamiento.

A mediodía los niveles del río habían bajado lo suficiente como para acercarse a la orilla y observar si en el otro lado había algún movimiento. Zebelio indicó que en los meandros de los ríos se formaban playas, donde solían acampar familias enteras para pescar y desenterrar huevos de tortuga. Esos grandes huevos que las tortugas acuáticas enterraban en la arena eran una fuente importante de proteínas para la tribu, y daba la casualidad de que estaban en la época de desove de las tortugas del Amazonas.

—Excelente idea. Vamos a buscar esos meandros. Ha llegado el momento de ser vistos. De exponernos a ellos desde lejos, y ya veremos qué pasa —dijo Violeta, resuelta y ansiosa por establecer contacto de una vez. Ya estaba cansada de dar tantos rodeos. Llevaba demasiados días padeciendo picaduras de insectos, llagas en los pies, insomnio crónico, hambre de comida civilizada, y sin poder darse un baño como Dios manda, siempre temerosa de los cocodrilos o de la mirada de acero de Zebelio.

Como si fuera la cosa más natural del mundo, se instalaron en medio de una isla creada por uno de los meandros del Amazonas. Estaban situados justo en el centro del río, a la misma distancia de una y otra orilla. Tenían que recorrer los mismos metros para huir hacia un lado u otro, si es que aparecían los nativos.

—Lo que estamos haciendo es muy peligroso. A mí no me gusta nada. Ahora sí somos el blanco perfecto —refunfuñó el guía, que no paraba de moverse en el pequeño trozo de tierra creado por la bajada del río—. Es una locura —repetía nervioso.

—Esperaremos. Se trata de que ellos comprueben que somos vulnerables en este momento, de que no podemos hacerles nada y que se sientan atraídos por el espectáculo —explicó Violeta sentándose con las piernas abiertas, tratando de calmarse.

Pasaron cerca de dos horas hasta que observaron movimiento en la orilla. Un grupo de unas quince personas entre hombres, mujeres y niños. Poco a poco, con temor y mucho cuidado, iban saliendo de la maleza a la orilla del río. Los hombres llevaban lanzas y flechas, pero no en actitud amenazante. No las dirigían hacia los dos extraños situados en el centro del río mirándolos sin moverse. Iban desnudos, únicamente llevaban una especie de faja hecha con cordones de paja rodeándoles la cintura, que dejaba a la vista el sexo de hombres y mujeres. Violeta observó con curiosidad que esa raza de nativos apenas tenía pelo en sus partes íntimas. En Galicia se les llamaría «barbilampiónes», aunque sí exhibían largas cabelleras. Preguntó a Zebelio para qué servía ese cinturón ancho que llevaban en la cintura y que dejaba el sexo al aire. Le pareció algo incómodo e inútil al no servir para proteger sus partes. El guía le contestó que suponía que lo utilizaban para colgar herramientas para la pesca y la caza.

—Nunca se lo he preguntado, se lo puedo asegurar, ni me importa —contestó tenso ante la situación.

Violeta admiró sus cuerpos atléticos y magros, de una excelente musculatura, incluso en los hombres de más edad. Las mujeres eran hermosas, y algunas estaban embarazadas. Tenían la piel bastante clara, y aunque desde lejos no se apreciaba muy bien, parecían llevar el cuerpo pintado de color rojizo. Los niños fueron los primeros en señalar reiteradamente hacia ellos. Luego se escondieron asustados tras sus padres. El grupo se movía nervioso, sin dejar de mirarlos, y alguno levantó su lanza en señal de advertencia. Otros gritaban haciendo gestos con los brazos para que se fueran, para que se alejaran de ahí. Resultaba evidente que se sentían molestos ante esa inesperada aparición que les interrumpía su jornada de pesca. Pero no se retiraron, permanecieron en la playa desconcertados y muy alerta.

—¿Qué idioma hablan? ¿Qué dicen? —preguntó angustiada Violeta.

—Se parece a las lenguas tupíes, pero no lo entiendo muy bien. El tupí es la lengua autóctona más extendida entre las tribus vírgenes del Amazonas, pero hay

muchas variantes. Lo que está claro es que quieren que nos larguemos de aquí. Y yo estoy de acuerdo, deberíamos marcharnos. Ya los ha visto. Vámonos. Misión cumplida.

—¡Espere! Por favor, no me deje sola. Se les ve pacíficos. Es cuestión de temple. Tenemos que resistir aquí hasta ver alguna señal de acercamiento.

—Pero ¿qué más quiere? No me diga que pretende discutir con ellos el modo en que van vestidos o enseñarles el libro de Quintín Lame —respondió Zebelio con ironía.

Violeta le lanzó una mirada de desaprobación.

—Esperaba un poco más de comprensión por su parte. He llegado hasta aquí con mucho esfuerzo, con su ayuda, desde luego, y no me voy a ir ahora que los hemos encontrado. Quiero comunicarme con ellos de algún modo y ver cómo viven. Tengo que contarle, Zebelio. Esa es la misión. —Y añadió, por si acaso—: Además, si se va ahora perderá la otra mitad de la cantidad acordada. Usted verá lo que hace. Sea razonable, por favor. Se lo ruego.

Zebelio, resignado, terminó por sentarse junto a Violeta. Los nativos seguían con su desconcierto: caminaban de un lado a otro, se llevaban las manos a la cabeza; alguno, más agresivo, continuaba gritándoles que se fueran, las mujeres protegían a sus hijos y otros se dedicaban a desenterrar los huevos de tortugas ante la atenta y vigilante protección de los más jóvenes. ¿Acaso creían que esos extranjeros estaban ahí para quitarles los huevos de las tortugas?

—Eso es —dijo de pronto Violeta—. Cuando se lleven lo que han venido a buscar y vean que no nos movemos de aquí, entonces ya no pensarán que les vamos a robar los huevos. Hay que esperar y ver cuál es su siguiente reacción. Es lo que me dijo Quintín Lame que había que hacer en estos casos.

El guía sacó un enorme puro y se puso a fumar con resignación. El aroma del tabaco llegó pronto hasta la ribera donde permanecía el grupo de indígenas al acecho. Tenían una vista excelente y les sorprendió la rapidez con que el extraño hombre había hecho fuego entre las manos. Se quedaron atónitos mirando ese extraño objeto que chupaba y que a distancia olía tan bien. Los indígenas fumaban, y eso no les sorprendió en absoluto; lo que les maravillaba era cómo había encendido ese trozo de tabaco tieso entre sus labios. A la distancia no alcanzaban a ver el mechero que produjo una chispa y encendió el cigarro. Hablaron entre ellos, parecía que discutían, hasta que uno comenzó a cruzar el río por donde apenas cubría, seguido de otro, ambos con largas lanzas en la mano, que utilizaron como bastón para apoyarse contra la corriente. Al verlos avanzar, Zebelio y Violeta comprendieron lo que les había despertado tanta curiosidad como para acercarse. Por si acaso, Zebelio se guardó el mechero en un bolsillo del chaleco. Para este viaje a la selva había descartado traer fósforos, pues hubieran quedado inservibles al cruzar el río mojados hasta la cintura. Aunque ahora, viendo el interés de los indígenas por el fuego, lamentó no llevar una colección de fósforos para deslumbrarlos.

Casi ni respiraban de emoción cuando se acercaron a escasos tres metros de ellos. Efectivamente, llevaban el cuerpo pintado de polvos rojos brillantes; posteriormente, sabrían que elaboraban la pintura machacando las semillas de un árbol que abundaba en la selva, y con esos polvos adornaban sus cuerpos a la vez que se protegían del sol porque su piel era clara. Zebelio, animado por el interés que despertaba su cigarro, exhaló una larga bocanada para que el humo y su agradable olor llegara a sus narices, a la vez que ofrecía el puro al que estaba más cerca. El otro permaneció atrás cubriéndole las espaldas con recelo. A Violeta le parecieron eternos esos segundos de tensión, hasta que el indio más atrevido cogió con sumo cuidado el puro que le ofrecía Zebelio, lo miró por los dos lados, y se lo llevó a los labios aspirando como si lo hubiera hecho toda su vida. Al principio tosió un poco pero enseguida se rehizo y continuó fumando y echando el humo una y otra vez, mientras se reía y decía algo al compañero que se iba acercando y se encontraba ya a la misma altura. Los dos frente a Zebelio y Violeta.

Inquieta, la joven rompió el silencio y preguntó al guía si había averiguado en qué dialecto o lengua hablaban.

—¿Por qué no les dice algo en tupí a ver si lo entienden? —sugirió.

Zebelio lo intentó, pero lo que no lograba con las palabras, lo consiguió con los gestos. Por señas le indicó al indio más atrevido que le dejara fumar también a su compañero. Los cuatro pasaron un buen rato sentados en círculo, con las lanzas clavadas en la arena, pasándose el cigarro habano de mano en mano, hasta llegar a Violeta, que también lo cogió y dio una pequeña calada para no atragantarse, ya que nunca había fumado un cigarro, y solo le gustaba el olor del tabaco cubano, más dulce que el colombiano. Los tres hombres rieron al ver la cara de la mujer blanca tragándose el humo, y continuaron así un rato. Zebelio rogó que ninguno se marease, porque esa no era manera de apurar un puro de ese calibre, pero la situación no permitía cambiar el ritmo. Ahora eran ellos quienes debían marcar los pasos a seguir. Mientras tanto, en la orilla el grupo permanecía expectante y sin dejar de mirar a los del pequeño islote. Alguien, el de más edad y autoridad, se adentró un poco en el agua y les hizo un gesto con el brazo para que volvieran, gritando algo reiterativo.

En ese momento capital podían ocurrir dos cosas: que los dos indios se fueran con el puro y sus lanzas para unirse al grupo, o que les hicieran un gesto amistoso para que les acompañaran. Violeta suspiró con la mejor de sus sonrisas para que fuera la segunda opción. Se levantaron los cuatro y Zebelio intentó articular unas palabras en la lengua autóctona tratando de preguntar si podían acompañarlos. Todo ello con ademanes ilustrativos y señalando con los brazos el lugar donde se encontraba el grupo.

Afortunadamente, se produjo el milagro de la comunicación y el entendimiento. Ambos nativos asintieron con la cabeza y comenzaron a cruzar el río, ellos delante. Violeta estallaba de felicidad pero Zebelio aún no las tenía todas consigo. No se fiaba de lo que pudiera pasar cuando estuvieran rodeados de todo el grupo, a su merced. Se lamentó, eso sí, de no llevar más puros y fósforos en su macuto, porque había sido el elemento desencadenante del acercamiento. «Y luego dicen que fumar va mal para la salud», reflexionó cínico con el agua hasta el cuello tras tropezar con una piedra y casi perder el equilibrio.

La expectación fue mutua cuando llegaron a la orilla y se miraron con curiosidad y prevención. Las mujeres y las criaturas fueron las primeras en acercarse a Violeta y reírse de sus largas faldas totalmente mojadas. Para esa gente era algo inconcebible vestir de forma tan incómoda para cruzar ríos. Luego se atrevieron a tocar su pelo rubio, tan corto ahora, y se quedaron admiradas del extraño color de sus ojos. Para Violeta esa reacción era conocida, ya le había pasado algo parecido cuando llegó a los Bosques de Niebla huyendo de la hacienda de su tío Eliodoro. El que parecía jefe del grupo se aproximó a Zebelio y, para su sorpresa, comprobó con enorme satisfacción que hablaba la lengua tupí. Le preguntó qué hacían por estos lugares tan alejados de la civilización, y a Zebelio, que tenía una inteligencia de superviviente, se le ocurrió decir lo más oportuno en estas circunstancias:

—Hemos venido para aprender cómo se encuentran los huevos de tortuga.

La respuesta funcionó a la perfección. El jefe se sintió halagado por el hecho de que los blancos vinieran a aprender algo de su cultura y de sus métodos de caza, y sonrió condescendiente.

Durante tres largas horas todos los componentes del grupo, incluidos los niños, se pusieron a desenterrar los codiciados huevos y a transportarlos en unas mallas que colgaban de los cinturones sujetos a sus cinturas. A Zebelio no le quedó más remedio que participar en la faena para justificar su coartada, aunque se le vía agotado y muy, muy enfadado, por tener que trabajar cuando había cumplido con holgura su misión de guía, pensaba con razón. Violeta intentó colaborar para mostrar su mejor disposición, aunque también estuvo a punto de desfallecer de cansancio —tantas horas de espera al sol en medio del río agotarían a cualquiera—. Entonces se le acercó una de las nativas jóvenes, embarazada al menos de ocho meses, calculó Violeta viéndole la tripa, le sujetó la muñeca y con gestos le indicó que se sentara a su lado a esperar a que los hombres terminasen el trabajo. La hubiera abrazado, tal como solía hacer debido a su carácter cariñoso, pero se contuvo porque desconocía si ese gesto era apropiado en su etnia o podía parecer una ofensa. Ante lo desconocido, lo mejor era practicar la prudencia, pensó. Violeta antes de tumbarse en la arena y relajar todo su cuerpo en tensión, se desabrochó las botas mojadas y descalzó sus pies doloridos, con varias llagas en las plantas y en el empeine. Sacó de su mochila el pañuelo de seda que le había regalado —¡hacia ya tantos años de aquello!— Adela de Marzoa, y que siempre había conservado con cariño como recuerdo de su travesía en el *Lusitania*, y se secó la sangre de las heridas. El instinto le decía que era mejor mojar sus pies en el agua del río y ponerlos al sol para que se secaran las llagas abiertas de tanto caminar con las botas por la selva. La joven india le miró los pies horrorizada, esperó a que Violeta volviera de la orilla y, cuando se volvió a sentar, le insinuó con señas que no se asustara porque la iba a curar. Sentía tanto dolor en los pies que se dejó hacer sin rechistar. La india secó sus pies con el pañuelo de seda y sacó de su cinturón de cordones, colocado por debajo de su vientre deformado por el embarazo, una hoja de palma perfectamente cerrada con hilos de lianas, de la que extrajo un ungüento que aplicó con delicadeza sobre las heridas. Escocía mucho y Violeta arrugó el rostro en un gesto de dolor intenso. Después de la cura se tumbó desfallecida en la arena, esperando que se calmara ese latido constante en sus pies inflamados.

Cuando regresaron los hombres con los huevos de tortuga, uno, al ver a Violeta con los pies en tal estado, la cogió en brazos y se puso en marcha a través de la densa selva hasta el poblado de chozas, totalmente oculto entre la maleza y los árboles. Se trataba de una hilera de cuatro chozas rectangulares, bastantes grandes, con techos de paja que llegaban prácticamente al suelo y una pequeña abertura en un extremo. Se veía que aprovechaban los estrechos surcos entre los árboles para construir ahí sus viviendas, totalmente camufladas por el paisaje. Al ver el poblado, Zebelio se dijo que hubiera sido imposible descubrirlo.

Dado el lamentable estado de los pies de Violeta, no les quedó otro remedio que quedarse en la tribu más tiempo del previsto hasta que curasen sus llagas, lo cual fue una bendición para ella, ya que le permitía conocer mejor su modo de vida y sus costumbres. Las mujeres del poblado le habían prohibido calzarse las botas y habían confeccionado una especie de calzado con hojas atadas a sus pantorrillas para que a medida que cicatrizaran las heridas pudiera caminar al menos un poco. Todos los días le practicaban una cura con agua calentada al fuego y aplicaban el milagroso ungüento que escocía como el vinagre, pero que sanó sus maltrechos pies en menos de una semana.

Violeta no podía esperar más amabilidad y atenciones en los hombres y mujeres de esa tribu primitiva. Tenían una organización simple, muy semejante a las sociedades cazadoras de la Antigüedad: los hombres se encargaban de las provisiones y las mujeres del cuidado de la prole y la comida. Eran nómadas y sus movimientos dependían de las estaciones. Sin embargo, en los últimos años un peligro se cernía sobre ellos: la tala de árboles estaba forzando a los indígenas a huir de sus asentamientos. Y el Gobierno, en lugar de expulsar a los madereros, cerraba los ojos e insinuaba que los indígenas aislados no existían, para así arrasar la selva sin problemas y sin incómodos testigos.

Violeta comprendió el grave problema al que se enfrentaban estas tribus tan vulnerables y pacíficas. Había observado el miedo que tenían y participó —a través de las traducciones de Zebelio— en conversaciones con sus miembros. Estaba convencida de que sin pruebas de su existencia el mundo exterior no los apoyaría. Para el resto del mundo era mejor creer que no existían o negar su existencia. De esa forma podían robar a sus anchas la infinita riqueza de la selva amazónica. Cuando Violeta se hubo curado de sus heridas, fue conducida por varios miembros de la tribu hasta zonas de la selva donde se veía claramente las huellas de la tala de árboles indiscriminada. Comprobó in situ el expolio y la tristeza que producían en esos amables indios los «clareos» en la selva. «Tengo que contar esta vergüenza y el peligro de exterminio que sufren estas buenas gentes», pensó, indignada por la codicia de los más fuertes.

La convivencia con los nantis estaba resultando mejor de lo esperado. Eran amables, cariñosos, silenciosos, inteligentes y felices. Al menos era lo que había visto en ese tiempo a su lado. Además, se alimentaban muy bien a base de mandioca, su comida principal, y de papaya y plátanos, así como de una gran variedad de pescado y carne: ciervos, monos, tapires y pecarís. En su dieta diaria no faltaban los frutos secos, las bayas, larvas y raíces. No era de extrañar que lucieran esos cuerpos flexibles y fuertes a la vez, y que hasta los más ancianos conservaran el vigor de una vida sana. Sin embargo, el que aguantaba como podía era Zebelio, que ya empezaba a estar harto de vivir entre los que secretamente seguía llamando «salvajes». Todos los días el jefe de la tribu y dos o tres jóvenes lo llevaban a recoger huevos de tortuga a enclaves diferentes; puesto que creían que el motivo de su presencia allí era ese, movidos por su bondad querían enseñarle todo sobre el particular. Regresaba cada día agotado de andar kilómetros y de localizar y desenterrar «esos malditos huevos». Violeta le prometió que en cuanto sus pies pudieran calzarse las botas se marcharían. Ella también estaba deseando volver a Bogotá y abrazar a su hija.

Salto de Tequendama, 1923

Con el paso de los años Violeta se había convertido en una reputada cronista, especializada en las comunidades indígenas colombianas. Su incursión al Amazonas tuvo gran repercusión y logró dar visibilidad a esas tribus aisladas que muy pocos conocían, y que durante mucho tiempo fueron negadas por las autoridades y por el mismo Gobierno de Colombia. *El Espectador*, consciente de su trayectoria profesional, le ofreció convertirse en columnista del periódico, además de encargarle de vez en cuando algún que otro viaje siempre que estuviese disponible, ya que América se había transformado en una preciosa adolescente y su madre no quería perderse esos años de desarrollo. Los periódicos de Bogotá reconocían su valía y sabían que su firma era un aval de credibilidad y de venta de ejemplares, muchos lectores ansiaban leer las crónicas de sus intrépidos viajes a lugares que ellos probablemente no pisarían jamás. Por otra parte, la sociedad la respetaba como viuda de un mártir de la revolución estudiantil, aunque hubieran pasado ya muchos años desde aquel funesto día, y además la consideraban una mujer valiente y moderna que había logrado criar a una hija sin un hombre al lado y sin renunciar a su trabajo. Algo que a principios de los años veinte empezaba a estar muy considerado y no denostado como hasta poco tiempo antes.

Los felices años veinte con sus aires de modernidad y optimismo también llegaron a Colombia. El país ingresó de pleno en el siglo xx tras dejar atrás una sociedad fundamentalmente agraria y minera, agravada por las continuas guerras civiles que caracterizaron el siglo xix y los primeros años del xx. Ya en 1910, una reforma constitucional prohibió la participación en la política de los militares en activo, hecho que junto a la creación de un ejército nacional y permanente marcaron esa separación entre política y militares que caracterizaría a Colombia a lo largo del siglo xx. Todo el mundo parecía contagiado de la época de prosperidad económica que vivía Estados Unidos en el período de entreguerras. Norteamérica se convirtió en el proveedor mundial de las necesidades industriales y de consumo de una Europa destrozada por la Gran Guerra y, por tanto, incapaz de producir. A este panorama había que añadir la deuda de Inglaterra y Europa con los norteamericanos. El imperio comenzó a forjarse de forma imparable. Fueron años en los que los norteamericanos, fascinados por el consumo, se endeudaron hasta las cejas para comprarse todo tipo de modernos electrodomésticos a plazos, la radio irrumpió como medio de comunicación masivo, la Ford instauró la cadena de montaje como sistema de producción y comenzó la construcción de rascacielos. Todo parecía posible en Norteamérica, el país del bienestar y la prosperidad. Un imperio al que los países latinoamericanos idolatraban e intentaban imitar dentro de sus escasas posibilidades. La locura de la producción, del consumo masivo y la construcción se disparó en las grandes capitales. Y como se comprobó un poco más tarde, nadie vio el abismo al que conducía la crisis de la superproducción generada durante los dorados años veinte. Casi sin darse cuenta, se pasó de las alegrías y el optimismo ante el futuro a la *crack* del 29, que acarreó una gran recesión económica que afectaría duramente a los países latinoamericanos.

Pero todavía estamos en 1923 y Violeta vivía sus años de gloria como profesional, los salones de la élite de Bogotá empezaban a disputársela como un trofeo a exhibir o como una mujer nada convencional que representaba el ideal de modernidad en esos años llenos de frivolidad y entusiasmo por la vida. Durante todo ese tiempo no había sabido nada de Armand Doisneau, como si un manto de silencio cubriera aquel oscuro suceso urdido entre los tres amigos. Con Amelia sí había continuado su inquebrantable amistad a su vuelta del Amazonas. Tras el lamentable «incidente» —como ella seguía llamando al asesinato de Thomas Foster—, dejó el prostíbulo del barrio de Perseverancia y, con el dinero ahorrado, montó una casa de citas en una zona cercana a la plaza de la Candelaria. Algo mucho más discreto, elegante, y que la alejaba de cualquier tipo de sospechas. Amelia pensó, con oportuna astucia por su parte, que «si todos huyen del lugar de los hechos, yo también. No vaya a ser que se reabra el caso y me toque bailar con la más fea». Llevaba muchos años trabajando para la madama y necesitaba cambiar de aires: montar su propio negocio, «con un estilo más moderno», solía decir. Violeta se percató del cambio en su amiga: se la veía feliz, satisfecha de no tener que trabajar por cuenta ajena y ser ella la que mandara e impusiera sus normas.

—Los tiempos han cambiado, amiga mía. Mientras tú estabas por esas horribles selvas jugándote la vida, yo he visto crecer a tu hija hasta convertirse en una señorita fina y delicada. Nos saludábamos a través de la verja del jardín, pues América siempre me ha reconocido, y puedes estar orgullosa como madre porque es un encanto de criatura. Tiene la mezcla perfecta entre la alegría y el entusiasmo de Rodrigo y la fortaleza y obstinación de su madre.

Eso le dijo Amelia cuando Violeta regresó a Bogotá y la puso al día de la evolución de América. También se acordaba de que se quedó horrorizada del aspecto que traía: su hermosa melena cortada como si fuera uno de esos indios de la selva, su rostro quemado, bronceado en extremo para la moda pálida de aquellos años, más delgada de lo habitual en ella, de por sí flaca, y con unas fiebres que le costó meses superar con reposo y los cuidados de su suegra, doña Leticia Gallardo, de la pequeña América y de la propia Amelia, que llegaba siempre a tiempo de hacerla reír un rato con sus ocurrencias, pretendidamente cosmopolitas. La que más disfrutaba de esas jornadas de obligado reposo era América, que a la vuelta de su elitista colegio se sentaba junto a la cama de su madre para escuchar las historias —que no cuentos— que le contaba de su periplo amazónico. Preguntaba una y otra vez por qué los indígenas aislados iban desnudos y si eran guapos o feos, y le gustaba mucho el personaje de Zebelio Macán.

—Cuéntame cosas de ese gruñón que te hacía la vida imposible, pero te salvaba siempre del peligro —le pedía a su madre.

Se sentía tan orgullosa de tener una madre así, diferente, aventurera, distinta a las demás madres que iban todos los días a buscar a sus hijas al colegio La Enseñanza... No le importaba, porque a ella la iban a buscar sus abuelos: los señores Galán, un matrimonio respetado y venerado en Bogotá. América ya conocía por entonces lo que había pasado con su padre, al que idolatraba, y lo tenía en un pequeño altar en su mesilla de noche: una foto del joven Rodrigo serio, sentado y cogiendo la mano de Violeta, de pie tras él, sonriente y feliz de mostrar a su prometido. A veces encendía velas para pensar en su padre y rendirle homenaje, mientras se le escapaba alguna lágrima, porque lo veía tan joven, tan guapo, que le costaba entender por qué no estaba ahí, junto a ella, viéndola crecer. Pero llegaba su abuela, soplabla la vela y la reñía con firmeza.

—Bastantes desgracias hemos tenido ya en esta familia para que ahora la niña provoque un incendio.

En la nueva casa de citas de Amelia en La Candelaria solo admitía a hombres que superasen su particular evaluación personal y que no fueran sospechosos de maltrato o prácticas sadomasoquistas. Del mismo modo, solo contrataba a chicas que hubieran alcanzado la mayoría de edad y no ocultaran un oscuro pasado. Se sentía empresaria y eso la llenaba de orgullo.

—Ahora soy yo la que corta el bacalao —afirmaba, y nunca mejor dicho, porque no olvidaba los tiempos en que sus manos olían a pescado las veinticuatro horas del día, un olor odioso que la perseguía allá donde fuera. Ni la lejía con que maltrataba sus manos lograba borrar aquel olor a pescadería del puerto de La Coruña, donde había trabajado diez años de su vida.

A principios de 1923, todos los periódicos de Bogotá se hicieron eco de que por fin se había construido la casona del Salto de Tequendama. Una edificación obra del arquitecto Carlos Arturo Tapias, levantada con los auspicios políticos del entonces presidente Pedro Nel Ospina. Las noticias decían que se había hecho justicia levantando un modesto refugio en el mirador del Salto de Tequendama, uno de los paseos preferidos por la sociedad bogotana para ver las impresionantes vistas del salto al vacío del río Bogotá con su espectacular estruendo. Violeta se acordó de su amigo el ingeniero francés, segura de que había tenido algo que ver en eso. El francés estaba obsesionado con convertir la terminal del Ferrocarril del Sur en algo acogedor y que pudiera albergar las visitas de los turistas, legión para ver El Salto, pensó emocionada por la noticia. Pero al tiempo que se alegraba de que su proyecto fuera progresando y hubiera logrado convencer a políticos, arquitectos y constructores, también se recriminaba de su actitud, obstinada en negarse a visitar el famoso salto cada vez que Armand se lo había propuesto a lo largo de tantos años. No sabía por qué razón, siempre había tenido un temor irracional a ese lugar. Siempre había postergado su visita. Pero mientras reflexionaba sobre la noticia recibió un mensaje de Fidel Cano para que se pasara por su despacho. Le adelantaba que deseaba que visitase ese lugar como reportera y escribiera una crónica. «El destino parece a veces cosa de brujas», pensó al recibir la nota de su jefe.

—Será como un día de fiesta, verá que el lugar es impresionante, puede llevar a la niña, le encantará. Ah, se me olvidaba: allí mismo le esperará un fotógrafo para

que saque unas instantáneas de la nueva casona del ferrocarril. Prepárese: se va a encontrar con una congregación, no cabrá ni un alfiler, ese sitio es muy popular entre los bogotanos. Procuren llegar una o dos horas antes de la apertura si no quieren verse engullidas por la multitud, feliz y arrolladora en su día festivo —le advirtió el editor.

Le extrañó que Armand no diese señales de vida. Lo último que supo de él fue que había puesto mar de por medio, regresando a Francia durante una temporada. Eso le había dicho Amelia antes de partir para el Amazonas. Había pasado el tiempo, pero también era verdad que Violeta seguía viviendo en la misma casa que compartiera con Rodrigo. Por mucho que se empeñaron sus suegros en que se quedaran en la mansión, Violeta no aceptó. Deseaba volver a aquel piso pequeño donde todo le recordaba a su amado. Pensaba que se lo debía y que necesitaba convivir con su hija en estos años tranquilos y alejarla un poco de unos abuelos que le consentían todos los caprichos y la protegían en exceso. «Bastante tiene ya con el ambiente elitista del colegio. No quiero que se convierta en una muchachita débil y remilgada», pensó con buen criterio.

Como solía cuando preparaba un trabajo, Violeta se documentaba sobre el particular leyendo todo lo que se había escrito acerca del popular Salto de Tequendama. Un lugar situado a tres mil metros de altitud desde donde el río Bogotá caía de una altura de 157 metros sobre un abismo rocoso y formaba una cascada impetuosa que horadaba el suelo formando un lago rocoso, oscuro y mortal, popularmente conocido como «el Lago de los Muertos» por la cantidad de gente que allí se había tirado para acabar con su vida. El Salto se hallaba en una región boscosa de neblina permanente, con una vegetación de robles en su parte alta, y exuberantes plantas tropicales al pie de la cascada. Le llamó la atención la descripción que del lugar había hecho años atrás el naturalista Humboldt, y que Violeta descubrió entre montones de documentación sobre el particular en la hemeroteca de *El Espectador*.

El Salto de Tequendama debe su aspecto imponente a la relación de su altura y de la masa de agua del Bogotá que se precipita en caída libre. Si a esto añadimos el gran muro de roca bañado por la cascada y que por su blancura y la regularidad de sus capas horizontales recuerda el calcáreo jurásico, los reflejos de la luz que rompe en la nube de vapor que flota sin cesar por encima de la catarata, la división al infinito de esta masa vaporosa que vuelve a caer en perlas húmedas y deja tras de sí algo como una cola de cometa, el ruido de la cascada parecido al rugir del trueno repetido por el eco de la montaña, la oscuridad del abismo, y el contraste entre los robles que arriba recuerdan la vegetación de Europa y las plantas tropicales que crecen al pie de la cascada, si le añadimos todo eso, pues, esa escena indescriptible posee un carácter único y grandioso. Abajo, sobre los salientes de las rocas, se producen una sucesión de cascadas, debajo de las cuales todo se pierde en un mar de espuma y de vapor.

Sintió un tremendo escalofrío al imaginar el lugar.

Repasó algunos ejemplares recientes y encontró una crónica fechada en 1921, que con el título «Un salto mortal» firmaba un tal Ricardo Uribe Escobar en *El Correo*. Describía el Salto como el lugar indicado para ir a suicidarse. El cronista escribía: «Un caballero bogotano se arrojó al Salto de Tequendama, que es como decir que se lanzó al abismo horrible de la muerte. Es indudablemente el más bello modo de salir de Colombia para siempre: un suicidio poético, épico, heroico y acuático. Mucho mejor que morir en una cama incómoda y vergonzosa.» El artículo continuaba con una implicación personal: «Yo quisiera poder ejecutar mi salto mortal en el mismo Salto de Tequendama, tranquilamente, sin avisar a nadie y dejando una tarjeta de despedida para la Patagonia. Así los periodistas no se verían obligados a hacerme el suelto necrológico de cliché.» Y acababa con fina ironía: «Pero ahora recuerdo que no sé nadar.» Violeta sonrió con la gausa del cronista pero no pudo evitar estremecerse.

Después de lo que había leído, no le apasionaba en absoluto acercarse hasta allí, y menos en compañía de América. Se lo dijo, pero como la excursión era en domingo, la niña le contestó que no quería quedarse sola o en casa de los abuelos. Insistió con un argumento que terminó de convencerla.

—Para una vez que puedo acompañarte en una aventura, vas y quieres dejarme otra vez sola. Ya no soy una niña pequeña, mamá, tengo doce años. Casi todas mis amigas y sus familias conocen el Salto, todo el mundo ha ido allí de excursión. Es alucinante —dijo América, sintiéndose excluida.

En eso tenía razón la pequeña. El Salto era muy popular y los bogotanos acudían allí para hacerse fotografías, celebrar cumpleaños, pasar un día de merienda en la selva húmeda y experimentar la atracción de las cosas que producen miedo pero sintiéndose a salvo. Se acordaba de que Armand Doisneau le había contado que la primera película de Colombia, un cortometraje de diez minutos, se había rodado en ese lugar.

—De acuerdo, pero no te separarás de mi lado ni un segundo. Hoy se abren las puertas del refugio y habrá multitud de curiosos y de gente llegada de todos los sitios. Sabes que me dan aprensión las aglomeraciones; no las soporto. Un simple empujón y nos caemos al vacío. Esa es la condición, América, ¿entendido?

—Sí, mamá, me cogeré todo el rato de tus faldas —contestó pícaro y encantada de pasar un domingo diferente junto a Violeta.

Le revolvió el pelo con cariño y le dijo que fuera a hacer los deberes del colegio mientras ella preparaba su mochila y su cuaderno de notas para la visita. Al fin y al cabo, estaba solo a cincuenta kilómetros de Bogotá. Harían ese trayecto en ferrocarril y sería un bonito día de domingo. Debía reconocer que el Salto de Tequendama constituía uno de los patrimonios medioambientales más importantes del país. Un lugar que era sitio sagrado para los muiscas y sitio de visita obligada para la sociedad capitalina de los años veinte. Pese a sus infundados o irracionales temores no podía negar a su hija que la acompañara, aunque fuera por trabajo.

Al llegar, el paisaje resultaba sobrecogedor, envuelto en una niebla que lo hacía más misterioso todavía. No se había podido imaginar el espectáculo cuando Armand le contaba su idea de construir algún día un gran hotel de lujo en la estación de la terminal del Ferrocarril del Sur. Vieron la nueva construcción, una casona erigida detrás del mirador y que iba a funcionar como restaurante y refugio de los cientos y miles de visitantes que llegaban a Tequendama y bajaban hasta el mirador para ver de frente la cascada, «con su patético estruendo», pensó sin decirlo Violeta, mientras sujetaba con fuerza a América por los hombros, intentando retenerla porque la niña se quería acercar hasta la balastrada del mirador para ver de más cerca.

—¡No, América, que te vas a empapar! ¡Quedémonos aquí! —gritó su madre.

Hicieron bien en adelantarse dos horas. Empezaba a haber gente y algunos fotógrafos, entre ellos el que había mandado *El Espectador*, y los habituales curiosos que no se perdían un acto público donde hubiera alguna autoridad de por medio. Esas horas de adelanto sin apreturas, todavía con poca gente alrededor, lograron relajar a Violeta, que estaba deseando que el fotógrafo hiciera sus placas siguiendo sus instrucciones, para poder alejarse del mirador y refugiarse en la casona. No sabía por qué, pero estaba algo angustiada. Le daba miedo ese lugar y todas las historias de suicidios que arrastraba como el vapor de sus aguas. Sobre todo temía a la multitud exaltada por el espectáculo.

En cuestión de una hora el ferrocarril comenzó a vomitar gente sin parar, familias enteras con sus cestas para el almuerzo, políticos locales, militares, y colegios cercanos que habían organizado la excursión para ese domingo; hasta había grupos musicales con guitarras y palos. Horrorizada, Violeta cogió de la mano a América y se encaminó hacia la casona. Sentía más miedo a las muchedumbres que a internarse en la selva amazónica con sus mosquitos, anacondas y caimanes. Todavía faltaba una hora para la apertura del refugio, pero su credencial de cronista de *El Espectador* abría todas las puertas. La niña protestó, pero Violeta la calmó señalándole un gran ventanal desde donde se podía ver la grandiosa caída de agua y toda la gente arremolinada en el mirador, que incluso —temerariamente— lo rebasaba por los laterales tratando de bajar por el suelo resbaladizo para ver el salto jugándose la vida. Dentro del refugio de dos plantas y con grandes ventanales desde los que se divisaba el imponente espectáculo de la cascada se estaba bien, protegidas del tumulto y el ruido ensordecedor de las aguas cayendo.

—Madre, ¡esto es grandioso! Qué bien que podamos estar aquí dentro. Mira, mira cómo se aprietan allá abajo. Me encanta este lugar. ¿Sabes?, es misterioso, dicen que las almas de los suicidas rondan para asustar a los visitantes —comentó América, fascinada por las leyendas que corrían y de poder ver el Salto desde allí arriba a resguardo de la muchedumbre.

Violeta, que se había sentado un momento para recuperarse de tanto estruendo y agobio, se la quedó mirando atónita.

—¿De dónde has sacado tú esas historias? —preguntó.

—Mamá, en el colegio se habla de estas cosas. Todo el mundo sabe que la gente viene aquí a suicidarse. —Y suspiró con un gesto de fastidio por la aparente ignorancia de su madre.

Antes de que Violeta pudiera rehacerse, una voz a sus espaldas la hizo girarse expectante. Era Armand Doisneau, que se acercaba con una sonrisa de sorpresa y felicidad que inundaba de luz el recinto, en esos momentos casi vacío.

América vio cómo su madre y un hombre desconocido se fundían en un prolongado y cálido abrazo.

¡Cuántos pensamientos y recuerdos se cruzaron en esos momentos entre ellos! La alegría de encontrarse de nuevo era evidente. Se notaba en sus gestos y en sus silencios. Efectivamente, como intuía Violeta, Armand Doisneau había conseguido coordinar las voluntades necesarias para que ese refugio se levantara en la estación terminal del Ferrocarril del Sur con parada en el Salto de Tequendama y acogiera toda la atracción turística que el insólito paisaje concitaba. De momento su construcción resultaba sencilla, pero era solo un primer paso para convertirlo después en un gran hotel de lujo, al estilo francés y con el derroche al que parecía estar abocado el nuevo siglo. Violeta encontró a su viejo amigo con mucho mejor aspecto que la última vez, como si hubiera rejuvenecido con el paso de los años. Conservaba el aire seductor y elegante que tanto le había llamado la atención cuando lo conoció en el barco.

—Armand, nunca podré agradecerle suficientemente lo que hizo por mí. Ha demostrado ser un amigo leal y valiente —le dijo emocionada, volviendo a un pasado que no lograba olvidar.

—Salió todo bien, ¿no? Pues ya debería haber cerrado ese capítulo —le recriminó con cariño el francés.

A continuación se separaron del abrazo, y Armand Doisneau reparó en la adolescente que permanecía frente a ellos sin pestañear, con el rostro serio y la mirada intensa, sin duda heredada de Rodrigo.

—Y esta preciosidad debe de ser su hija. *Mon Dieu!* Cómo es posible que ya esté tan alta. —Se acercó a la pequeña y con uno de sus gestos galantes le besó la mano, extasiado al contemplar su belleza, mezcla de sangre europea y tropical.

América le contestó en perfecto francés, ya que llevaba seis años educándose en un colegio religioso donde el francés era idioma de obligada enseñanza al tratarse de una fundación francesa. Violeta miró orgullosa la desenvoltura de su hija y reconoció que no se había equivocado al hacer caso a sus suegros y llevarla a ese colegio de señoritas donde enseñaban hasta idiomas.

No les dio tiempo para más comentarios porque iba a comenzar el acto y Armand era una de las personas que lo presidirían, junto con los empresarios de la firma alemana que había levantado el edificio. El acto fue sencillo porque ahora solo se mostraba la ampliación del inmueble que había venido funcionando como estación del Ferrocarril del Sur, y que albergaba un restaurante en su segunda planta.

A la hora del almuerzo, Armand pudo librarse del protocolo y las invitó a comer en el restaurante. Violeta buscó al fotógrafo para que se uniera a ellos en la mesa, pero este se excusó, agradeciendo la invitación, porque debía continuar haciendo fotografías del interior y de la gente que, a esa hora y con el buen tiempo reinante, ocupaba los alrededores del Salto para una comida campestre, ya que se había despejado la niebla. Los excursionistas sentados sobre mantas que les protegían de la humedad del suelo esparcían sus viandas y descorchaban las botellas de vino mientras admiraban el nuevo edificio de arquitectura colonial, blanco y acogedor contra la frondosidad de una vegetación inagotable, cuya luminosidad cambiaba en función de que surgiera la niebla casi perenne de Tequendama.

—Mi querido amigo, así que finalmente se salió usted con la suya. Ha conseguido levantar la casona en la estación del ferrocarril. Me alegro mucho de que lograra su sueño. Se lo merece, después de tanto esfuerzo. Estaba segura de que brindaríamos juntos en este lugar soñado por usted —le dijo Violeta, admirando el lugar.

—Muchas gracias. Pero mis ambiciones respecto al lugar no se paran aquí. Lo cierto es que desde que conocí este enclave, me quedé fascinado y pensé que sería un buen negocio construir aquí un refugio restaurante. Y si los alemanes siguen invirtiendo, esto se convertirá pronto en el mejor y más lujoso hotel de Bogotá. Recuerden lo que les digo. Cada año visitan este lugar legendario miles y miles de personas. Ya han visto cómo está hoy el Salto. No cabe ni un alma —respondió satisfecho el ingeniero.

América, a la que su madre había colocado de espaldas a uno de los enormes ventanales desde donde se veía caer la sobrecogedora cascada, pero no oír su ruido ensordecedor, se volvió para admirar de nuevo la impresionante visión y dijo con absoluta naturalidad:

—Pues en el colegio hay niñas que dicen que en este lugar se producen apariciones sobrenaturales y se oyen gritos desgarradores. Seguro que son las almas de los suicidas que se aparecen para darnos miedo a los vivos.

—América, te prohíbo que hables de esas tonterías. Ya está bien de supersticiones sin fundamento. Es la segunda vez que mencionas el tema. Pensaba que en ese colegio al que vas además de francés os enseñaban a tener sentido común —replicó molesta su madre.

—No se enfade, Violeta. Solo es una niña, y está en una edad en que las historias macabras atraen mucho —le echó un cable Armand, guiñándole un ojo a la jovencita, que sonrió.

—Entonces disfrutemos de la velada y hablemos de cosas más agradables. Hay que celebrar la vida y no la muerte —repuso Violeta muy seria, levantando su copa para brindar.

—Tiene usted toda la razón. ¡Hay muchas cosas que celebrar! —asintió el francés—. Por ejemplo, que Violeta Saramago se haya convertido en la cronista de moda en Colombia y en una reputada escritora a la que todos los editores se disputan. Y que sigue siendo una mujer muy hermosa. Como su preciosa hija.

—No me avergüence usted, Armand, con sus halagos. No es para tanto, se lo aseguro —contestó Violeta tratando de no sonrojarse, sin lograrlo.

Tras el almuerzo se despidieron, Violeta debía regresar a Bogotá para escribir su crónica y entregarla en el diario. Estaba deseando marcharse de allí y llevarse a América. Lo mejor del día había sido encontrarse con su buen amigo Armand y constatar que había logrado hacer realidad su sueño. Habían quedado en verse pronto en la ciudad para hablar de muchas cosas que deseaban comentar, pero que no podían en presencia de la niña. En el tren de regreso, América le preguntó quién era ese hombre tan simpático que hablaba tan bien francés, y si se iba a casar con él.

—Pero qué cosas se te ocurren, hija mía, ¿cómo me voy a casar con ese hombre si podría ser mi padre? Yo creo que tendrá la edad de tu abuelo Odilo —contestó Violeta.

Y a continuación le explicó que eran viejos amigos desde la travesía en el *Lusitania*. A la niña le encantaba que le contara sus experiencias, sus viajes y todos los líos en que se había ido metiendo —bueno, no todos, claro— a lo largo de su vida, porque le parecían cuentos donde la heroína era siempre su madre. Poco a poco, acurrucada a su lado, se fue quedando dormida con el traqueteo del tren.

Violeta tendría que hablar seriamente con la superiora del colegio, porque no le gustaban las fantasías de su hija sobre temas tan morbosos, aunque entendía que la niña estaba comenzando la adolescencia y los suicidios románticos atraían a esa edad —como había comentado Armand—, y teniendo en cuenta además que vivían en Colombia, donde el concepto de muerte y los fenómenos paranormales se vivían de forma mucho más habitual y festiva que en España. Pero aun así, no quería pasar por alto la educación que estaba recibiendo América en ese colegio de monjas.

Su intención se vio reforzada el día en que América llegó llorando del colegio y se encerró en el cuarto de baño porque no quería ver a su madre. Violeta le dijo reiteradamente que abriera la puerta, quería saber qué le pasaba. Cuando la pequeña abrió, su madre la abrazó y la besó secándole los lagrimones de la cara, y le preguntó qué había pasado en el colegio para que trajera ese disgusto.

—Hoy en el recreo les he contado a mis amigas que estuve con mi madre en la inauguración del refugio del Salto de Tequendama, y que lo pudimos ver todo maravillosamente bien desde dentro del edificio porque como tú eres famosa nos dejaron pasar y nos invitaron a comer con las autoridades. Entonces una de las niñas me dijo que no presumiera tanto porque yo era una hija natural, una hija del pecado. Mamá, se avergüenzan de mí porque dicen que vosotros dos no estabais casados. ¡Es horrible! No quiero volver a ese colegio. Estoy señalada. —Y rompió a llorar de nuevo, desconsolada ante la crueldad de sus compañeras de colegio.

—¿Y tú qué les contestaste? Les dirías algo, ¿no? —le preguntó sorprendida Violeta.

América se secó las lágrimas y bajó la vista, avergonzada, sin atreverse a mirar a su madre.

—No, no dije nada. Me fui de allí corriendo. Me quedé pasmada. No sabía de qué me estaban hablando.

Violeta se sintió dolida e irritada, pero trató de comprender el desconuelo de su hija, demasiado joven todavía para encajar esos comentarios crueles tan propios de la maldad intencionada de la infancia. Ahora se arrepentía de haber consentido llevarla a un colegio religioso donde seguían inculcando la hipócrita moral de las convenciones sociales, tan apartadas de la vida que llevaban Rodrigo y ella. Cayó en la cuenta de que una vez, años atrás, América le había preguntado por qué no había ninguna fotografía de su boda. «Porque a tu padre lo mataron antes de que pudiéramos casarnos; pensábamos hacerlo, pero no nos dejaron tiempo», había sido su respuesta, la mejor para una niña de nueve años que ya empezaba a preguntar demasiadas cosas sobre un padre al que no había conocido.

—América, escúchame bien: no debes avergonzarte de tus padres. Rodrigo fue un gran líder estudiantil y lo convirtieron en un mártir de la revolución. Debes sentirte orgullosa de ser su hija. Lo que tienen esas niñas bien que te hablan como serpientes venenosas es sencillamente envidia. Sí, envidia de que tú tengas una madre como yo, profesionalmente valorada y respetada, y de un padre como Rodrigo al que cada año (y tú lo sabes) el nueve de junio se le rinde homenaje en el cementerio donde descansan sus restos y en todas las universidades del país se le recuerda. Ten claro algo más, querida mía, tú eres hija del amor más hermoso, tú eres hija de la bondad, la generosidad y la valentía ante una sociedad corrompida y asesina. No lo olvides nunca.

Terminada su explicación, la volvió a abrazar. Deseaba proteger a lo que más quería, por eso añadió:

—Esas niñas que te hacen daño seguramente tienen unos padres vulgares, con una foto de boda vulgar, como todas, en una iglesia. Nuestra foto de boda es la que tienes en la mesita de noche. Ese día, tu padre y yo nos habíamos casado de verdad, con más autenticidad que en una iglesia. —Y le mandó ponerse el abrigo porque ya mismo se iban al colegio para hablar muy seriamente con la directora—. Vamos, América. Me van a oír cuatro palabras bien dichas, ¡faltaría más! A una Galán Saramago no se la puede tratar de este modo.

América le dio la mano sin rechistar, asustada del enfado tan grande que llevaba su madre. Por el camino, Violeta pensó que su hija no había sacado su carácter. Se imaginaba ella a los doce o trece años en la misma situación y seguro que les hubiera respondido alguna barbaridad. Pero América era mucho más dócil, más vulnerable, más insegura. Violeta confiaba en poder espabilarla un poco ahora que iba a estar más tiempo a su lado.

La escena en el despacho de la monja directora, que por cierto se llamaba sor María Gabriela de las Virtudes, resultó fuerte y tensa. Violeta expuso lo que le había contado su hija y puso en duda la educación que impartían a las niñas en ese colegio. La superiora era una mujer altiva que no se arrugó ante las críticas ni las toleraba, y a lo largo de la reunión —nada amistosa— insinuó que Violeta podía sacar a su hija del colegio sin ningún problema, ya que las colegialas no estaban obligadas a quedarse.

—Lo sentiré por América, que es una alumna encantadora, y por sus abuelos, los señores de Galán Gallardo, que como usted sabe eligieron este centro para confiarnos la educación de su nieta —añadió.

Violeta estaba fuera de sí y reprimía sus réplicas por estar América delante. Así y todo, le dejó claro que no iba a tolerar que deshonraran la memoria del padre de su hija, ni la suya, ni que se cebaran en una niña diciéndole que era «hija natural» o «hija del pecado».

—Por favor, señora Galán Saramago —aquí la monja remarcó intencionadamente los apellidos—, comprenda usted que esos comentarios inapropiados han sido dichos por niñas de doce años. Tampoco hay que darle mayor trascendencia. No podemos controlar lo que hablan entre ellas en los recreos, como usted comprenderá.

—Venía con la esperanza de que usted me dijera que iba a hablar con esas arpías para que delante de mi hija le pidieran perdón, y que también hablaría con sus padres para advertirlos del suceso. Estos comentarios hay que cortarlos de raíz, pero ya veo que usted ni siquiera ha contemplado estas medidas; sin embargo, me indica el camino de salida, algo que por otra parte estoy dispuesta a hacer. ¡Qué carajo! Mi hija no se merece este colegio —estalló Violeta, fuera de sí y con acento gallego.

—Como guste —respondió la monja secamente y se levantó de la mesa, dando por concluida la visita.

Lo que más fastidió a Violeta fue que la directora, al acompañarlas a la puerta, acarició el pelo de América a modo de despedida. «¡Qué desfachatez!», pensó llena de rabia.

Al salir del colegio, Violeta, que notaba a su hija totalmente acobardada después de la discusión, le explicó con cariño que había que enfrentarse a los hechos y no dejar que las calumnias corrieran como el agua, inundando todo lo que encontraban a su paso.

—Pero, mamá, yo no me quiero ir de este colegio, tengo otras amigas que son buenas conmigo. ¿Qué va a pasar ahora? Te has enfadado tanto con la directora que me han echado. Ahora sí que todas se reirán de mí —dijo América, desolada y todavía más avergonzada.

Violeta se contuvo y meditó las palabras de la pequeña América. Se dio cuenta de que se había dejado llevar por su ímpetu, por la indignación ante lo que le había contado la niña. Ahora, mientras caminaba hacia la casa de sus suegros de la mano de su hija, pensaba que quizás hubiera debido reflexionar antes de presentarse en el despacho de «esa hipócrita vestida de negro que intenta representar la virtud». Pero no soportaba que nadie pudiera manchar la memoria de Rodrigo y que avergonzaran a su hija de esa manera tan cobarde.

—Ni siquiera se ha disculpado —dijo alterada.

Le dolía enormemente ver sufrir a América, y comprendió que cambiar de colegio a esa edad podía ser todavía peor que permanecer en «ese nido de víboras». Así que decidió hablar con Julián y Leticia y adoptar una decisión de forma conjunta. No quería volver a precipitarse llevada por su genio, aunque sabía que tenía toda la razón. «¡Dios mío, qué difícil es educar a una hija! Tener la certeza de que lo que haces o decides es bueno para ella, aunque estés convencida de que es lo justo y razonable», pensó desconcertada.

—No te preocupes más, cariño mío. Vamos a hablarlo con los abuelos y entre los cuatro veremos qué se puede hacer. No se ha hundido el mundo. Lo arreglaremos, ya verás —le dijo Violeta, viendo con satisfacción que América volvía a sonreír con ese mismo gesto que ponía su padre cuando su cara se iluminaba de pronto.

Don Julián y doña Leticia no daban crédito a lo que les contaba primero América —su madre le pidió que empezara ella contando el incidente a los abuelos— y luego Violeta, que hizo un breve resumen de la desagradable reunión mantenida con la directora del centro. Ambos se mostraron indignados y ofendidos. Incluso, hubo un momento en que Julián Galán estuvo totalmente de acuerdo con Violeta y dijo que él hubiera hecho lo mismo.

—Resulta intolerable que esa monja no se disculpe ante ti y ante América por lo sucedido, y encima os anime a abandonar el colegio. Será bruja. Pues me va a oír a mí, al padre de Rodrigo Galán, que va a hablar por los dos. A mi nieta no se la insulta en un colegio de señoritas —remachó.

Violeta nunca lo había visto así, tan natural, tan ofendido y tan auténtico. Sin los corsés de la exquisita educación y los buenos modales. América asistía asombrada a los desahogos de su familia, y de vez en cuando se atrevía a repetir que ella no quería cambiarse de colegio. Más que nada, para que entre los tres, que hablaban por los codos y con mucha vehemencia, no se olvidaran de su opinión.

—Una vez aclarada la situación, y puesto que la directora ya es sabedora de lo ofendida que está la familia, porque tú, Violeta, te has adelantado a decirle cuatro palabras, vamos a hacer lo siguiente, si os parece bien. Mañana nos personamos en el colegio Julián y yo para tratar de reconducir la situación. Todo por el bien de la niña, que como vemos no quiere abandonar el centro. Teniendo en cuenta además de que estamos a mitad de curso y con el cambio de colegio perdería un año. Yo creo, y confío que estéis de acuerdo, que lo que tiene que primar es el interés de América —resumió con tranquilidad y sosiego doña Leticia, viendo con agrado que su nieta se acercaba a su lado y la abrazaba agradecida.

Antes de hablar, Violeta miró a su suegro, que asentía, y a América, que se enroscaba mimosa en la cintura de su abuela, y a continuación puntualizó:

—Me parece bien, si es lo que quiere América, pero con una sola condición: que la superiora obligue a esas niñas a disculparse y pedir perdón a mi hija en su despacho y delante de ella, y que se ponga en contacto con los padres de las deslenguadas para advertirlos del comportamiento vergonzoso de sus hijas. Es lo que yo le exigí hace unas horas sin obtener respuesta alguna... Lo siento, queridos suegros, pero si no hay disculpas me parece humillante que América siga en ese centro.

La condición les pareció razonable. Era la reparación mínima exigible en un centro de enseñanza que presumía de dispensar una buena educación a sus pupilas. Don Julián, que seguía alterado con el tema, propuso que en la visita a la directora les acompañara también Violeta.

—Como la esposa de Rodrigo a todos los efectos —dijo enérgico.

—Gracias, don Julián, se lo agradezco mucho, pero prefiero no volver a encontrarme con esa señora, por muy monja que sea.

Llegados a un acuerdo, doña Leticia tocó la campanilla para que trajeran la merienda y pasaron a hablar de temas intrascendentes como el tiempo tan alborotado que estaba haciendo últimamente en Bogotá, y lo rápido que crecía América, casi ya tan alta como su madre. Violeta les acompañó al cenador, donde los sirvientes habían preparado una suculenta merienda-cena. Trató de rehacerse pero por dentro sentía algo parecido al rencor, al desprecio hacia una clase social tanto seglar como religiosa que solo reaccionaba cuando el mal ya estaba instalado. Estaba hecha un lío, porque al mismo tiempo reconocía que con sus viajes y su trabajo había permanecido alejada de su hija durante mucho tiempo y quizá fuera tarde para intentar educarla como hubiera deseado. Comprendía, con total lucidez, que América se encontraba más a gusto y protegida con los abuelos que con ella misma. Las elecciones en la vida tienen sus consecuencias, y esta era una de ellas. Pero no se rindió, América era lo máspreciado que le quedaba de Rodrigo e iba a luchar por no perderla, por tratar de transmitirle sus modelos de conducta y de guiar sus pasos en ese camino contradictorio y caprichoso de la adolescencia. Sentía un profundo cansancio y una sensación muy parecida a la frustración. Se le ocurrió pensar que se desenvolvía mejor en medio de la naturaleza con personas primitivas y distintas que como madre tratando de comprender cómo funcionaba la mente de una adolescente. «Me he olvidado de cómo era a la edad de mi hija. Me estoy volviendo vieja», se dijo. Pero no se engañaba, sabía perfectamente que cuando ella era una adolescente rebelde y entusiasta tenía como referente la figura de su padre, Odilo Saramago, que la comprendía y sabía conducirla como a un potrillo salvaje. «¡Nos comunicábamos tan bien!» Y tenía que reconocer que con América no lo había conseguido.

—Violeta, vamos a hacer una cosa —dijo don Julián—. Deja que América se quede a dormir esta noche en casa, y mañana por la mañana la llevamos nosotros al colegio como si no hubiera pasado nada. Lógicamente, antes pasaremos por el despacho de la directora para ponerla en su sitio. De eso no te quepa la menor duda, querida. A ver si a nosotros se atreve a decirnos dónde está la puerta.

—Sí, sí, madre, deja que me quede con los abuelos esta noche, por favor —dijo contenta la niña, dando palmas.

Violeta estaba cansada, agotada y también algo derrotada. Quería irse a su casa. Se despidió de sus suegros agradeciéndoles su comprensión, aunque admitía que no le había gustado nada el último comentario de don Julián referido a que a ellos no se atrevería a indicarles dónde estaba la puerta. «Eso sobraba.» Le dio un beso a su hija, no sin antes advertirle:

—Ya sabes, mañana tienes que ir al colegio con la cabeza muy alta.

—Sí, mamá, no te preocupes. Lo que me tienen esas niñas es envidia. Es lo que tú dijiste: son unas envidiosas. Buenas noches y descansa.

Esas palabras de su pequeña la reconfortaron un poco de las dudas en las que andaba inmersa cuando la embargaba la inseguridad. Quizá tenía razón, no debía preocuparse tanto y dejar que las cosas se calmaran con el paso del tiempo.

El asunto quedó zanjado con la visita de los abuelos a la directora del colegio. Las niñas que habían insultado a América fueron reprendidas y obligadas a pedir disculpas, tal y como exigía Violeta. La monja cambió de actitud frente a los señores Galán y lamentó el incidente, comprometiéndose además a hablar muy seriamente con los padres de las adolescentes difamadoras.

—Algo así no volverá a ocurrir en este centro —llegó a decir sor Gabriela María de las Virtudes ante la presencia altiva y resuelta de los abuelos de América.

La niña volvió a coger confianza en sí misma y regresó a las aulas con la cabeza erguida. Eso sí, las niñas que la insultaron ya no formaban parte de su círculo de amistades. Y como solía ocurrir a esas edades en los centros escolares, se formaron dos grupos: las amigas de América y las enemigas de América, este último mucho más reducido. Por otra parte, y para cortar definitivamente las habladurías malsanas entre niñas de tan corta edad, antes de que terminase el curso escolar don Julián decidió donar una importante suma de dinero al centro. Un detalle que fue muy celebrado por toda la congregación religiosa. Tanto, que incluso a una de las monjas más jóvenes y entusiastas se le ocurrió proponer —sin éxito— colocar una placa en el patio de recreo a la memoria del joven mártir colombiano Rodrigo Galán Gallardo. La directora refunfuñó que no tenía sentido, tratándose de un colegio de señoritas.

Amelia y Violeta se veían con más frecuencia, al estar la primera más libre de horarios y tener el negocio en el mismo barrio. Amelia estaba orgullosa de la marcha de su negocio. Para darle un aire de mayor respetabilidad decidió llamarlo «Club Social El Encuentro». Eso era exactamente lo que ponía en una discreta placa dorada y reluciente a un lado de la entrada a la casa de citas. Salían a comer juntas con frecuencia, ya que América se quedaba a almorzar en el colegio en régimen de mediopensionista, para así aprovechar más el tiempo dedicado a los estudios y a la formación de una señorita de la alta sociedad bogotana. Una vez más, los abuelos paternos habían logrado persuadir a Violeta, convencidos de que todas las niñas escolarizadas en buenos colegios hacían lo mismo durante la etapa inicial de la adolescencia.

En uno de esos encuentros Amelia le contó que la semana anterior había aparecido por su club un señor muy conocido en el Valle del Cauca, de nombre Eliodoro Saramago.

—Yo no lo vi ni lo atendí, pero en los registros que llevamos de entrada de clientela estaba escrito este nombre, aunque muchos firman con nombres falsos o con el de otros, más que nada para hacer la puñeta a alguno. Ya te puedes imaginar. Te lo digo porque me parece a mí que este debe ser tu famoso tío Eliodoro, ¿no?

—Vaya, parece que al final todos caen en el mismo «nido» —contestó Violeta, desconcertada de oír el nombre de su tío en tales circunstancias—. Bueno, cuéntame, además de pagar un servicio, ¿hizo alguna pregunta, indagó algo? Vamos, hija, que me tienes en ascuas —protestó ante la sonrisa de Amelia.

—Ahí es donde quiero ir yo, que no me dejas hablar, de lo nerviosa que te pones. Mira, estuvo con una de las chicas de mi absoluta confianza y al finalizar el encuentro le preguntó si ese lugar estaba regentado por una gallega y que le gustaría saludar a «una paisana». Ese hombre te buscaba a ti, y trata de tirar del hilo para dar contigo. Supongo que tu tío, el potentado hacendado de los cafetales, leerá periódicos y sabrá que te has convertido en una persona reconocida y respetada en el mundo de las letras.

—Dudo mucho de que lea periódicos, y si los lee no pasará de las páginas de política y economía —respondió Violeta con cierto desdén.

Se quedó pensativa. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de la hacienda. ¿Y si traía noticias de su padre? Bueno, Odilo Saramago le seguía escribiendo con regularidad, manteniéndola al corriente de la familia. De todas formas, Amelia tenía razón: la buscaba y algo quería para haberse desplazado hasta la ciudad. De pronto, sintió un escalofrío al pensar: «¿Y si anda tras la pista de la muerte de Mr. Foster?, al fin y al cabo eran amigos, ¡eran íntimos!» Supuso que si su tío había llegado hasta la nueva casa de citas de Amelia no tardaría en encontrarla, pero al punto rechazó ese pensamiento ya que no tenía sentido. Había pasado demasiado tiempo como para reabrir un caso tan confuso como ese. En cualquier caso, no le apetecía encontrarse con él a estas alturas de su vida. Hacía tiempo que toda su admiración infantil y juvenil por el gran tío Eliodoro, pionero de la emigración gallega a ultramar, había caído al fondo del desprecio. En las plantaciones había presenciado demasiada humillación a los campesinos y confabulaciones secretas para exterminar a los indígenas de los Bosques de Niebla. Ya no era una jovencita inexperta a la que se pudiera engañar fácilmente. A su edad, sabía perfectamente quiénes eran sus amigos y quiénes sus enemigos.

El sábado por la mañana Violeta se dirigió contenta a buscar a América al colegio. Todo el fin de semana lo pasarían juntas y eso era algo que hacía felices a ambas. También visitarían a los abuelos, como siempre. Ese día estaba especialmente contenta porque los obreros habían terminado de acondicionar un piso muy pequeño anexo al suyo que quedó libre de inquilinos, circunstancia que aprovechó Violeta para ampliar su vivienda tirando tabiques y pagando el doble de alquiler, al objeto de proporcionarle una habitación amplia a su hija y sus amigas. Estaba deseando que lo viera América. ¡Había quedado precioso! Ahora disponían de cerca de noventa metros cuadrados, un lujo que no todo el mundo se podía permitir en el centro de la ciudad.

—Qué bien, mamá, ahora invitaré a mis amigas a casa y podrán quedarse a dormir. Antes no les decía nada porque como la casa era tan pequeña... —dijo una América radiante, deseosa de ver cómo habían quedado las obras.

Violeta la comprendía. Estaba en una edad en que las amigas eran muy importantes; casi más que la familia. Se acordaba de ella misma en Galicia, escapándose a todas horas de la casa de sus padres para reunirse con Juan e Inés y jugar en la playa hasta el atardecer, o entrar a escondidas en la trastienda de la ferretería de Isidro para imaginarse otros mundos, hacer planes y contarse sus cosas.

Antes de llegar a vislumbrar la fachada del edificio, Violeta ya había reconocido la figura de Eliodoro Saramago, que esperaba pacientemente en el portal. «Ya nos ha encontrado», pensó tratando de esbozar una sonrisa que borrara su gesto de contrariedad.

Eliodoro, tan expresivo como siempre, abrió mucho los brazos para saludarlas.

—Violeta, ¡cuánto tiempo! Tu padre estaría orgulloso si te viera en este instante. Te has convertido en una celebridad. Y esta niña tan hermosa es tu hija, supongo. Es una Saramago. Los mismos ojos de la familia. —Y las abrazó con un gesto exagerado. A continuación se agachó un poco para examinar a la pequeña y explicarle, ante el mutismo de Violeta, que él era su tío abuelo.

—No, señor. Mi abuelo de aquí se llama don Julián Galán —aclaró América, dando un paso atrás, temerosa.

Hechas las presentaciones, a Violeta no le quedó más remedio que invitarle a pasar.

—¿Y cómo usted por aquí, después de tantos años? —preguntó mientras decía a su hija que fuera a ver qué le parecían las nuevas habitaciones.

—Sé todo lo que sucedió, mi querida sobrina, pero no he querido molestarte con mi presencia; sin embargo, el tiempo pasa y la sangre tira. Simplemente quería conocer a tu hija. A una Galán Saramago. Sabía que seguías por Colombia y deseaba volver a verte antes de hacerme demasiado viejo.

Violeta se inquietó al oírle decir «sé todo lo que sucedió». Por un instante no supo si también se estaba refiriendo a la desaparición del americano. El hecho de que estuviera indagando en la casa de citas regentada por Amelia la obligaba a ponerse en guardia. Se calló astutamente y esperó a que él terminara de explicarse.

—Me ha costado un poco encontrarle. Siempre te has escabullido muy bien. Eres lista, de eso no cabe duda. —Y sacó del bolsillo interior de su levita un cigarro puro, pidió permiso y lo encendió con parsimonia, llenando la habitación del delicioso aroma del buen tabaco cubano.

—¿Cómo está su familia? ¿Se encuentran todos bien? —preguntó Violeta para cambiar el tono de la conversación y observó como Eliodoro resoplaba resignado.

—Ya sabes cómo son, ¡qué te voy a contar que no hayas visto con tus propios ojos! Mi esposa, dedicada en cuerpo y alma a las fiestas de sociedad, y mis hijos (esos inútiles) derrochando mi dinero y mal llevando la hacienda. Para mayor desgracia, ambos se casaron, y ahora tengo que alimentar a las esposas y a toda su prole. Esos no se van como tú, Violeta, a hacer su vida. Esos se quedan a esperar que estire la pata para heredar y arruinar la plantación —contestó con desprecio.

A Violeta siempre le había sorprendido el desdén con que habitualmente hablaba de sus hijos y su mujer; aunque lo entendía, porque los había conocido y le parecían bastante miserables. Pero creía que los defectos de la familia se ocultaban más en esa clase social potentada a la que pertenecía su tío. Ese era el único rasgo que admiraba en el hermano mayor de su padre: su sinceridad para reconocer lo que tenía en casa.

Eliodoro Saramago se levantó del sofá y dio una vuelta por el piso mientras alababa la luz y los alegres colores de las paredes. Enseguida se encontró con América, que había terminado ya de recorrer las nuevas habitaciones. Por un momento, al verla, le vino la imagen de aquel niño que escapó de la plantación a los Bosques de Niebla al morir su madre de cólera. No sabría decir qué era, algo en sus ojos verdes, en su piel tostada, en su pelo oscuro y brillante. Era verdad que apenas conoció a Leonardo, ni siquiera recordaba cómo se llamaba aquel chiquillo que había llegado de España con su madre enviados por su hermano Odilo en un barco que cruzó el océano para «borrarlos de su vida», recordó de pronto Eliodoro.

—Pues fíjate, Violeta, que yo a esta niña tan encantadora le veo muchos rasgos de los Saramago; menos el color dorado de la piel... —dijo pensando en voz alta, sin quitar los ojos de la pequeña América.

—Resultado evidente. Esta niña se parece mucho a su padre, Rodrigo Galán, y como es natural lleva en su sangre la mezcla de razas de Colombia y la parte europea de los Saramago —repuso Violeta, un poco cansada de tanta obviedad.

—Así es, querida sobrina. La niña es un producto perfecto. Por cierto, aunque haya pasado tanto tiempo tengo que expresarte mi más sentido pésame por el triste y prematuro fallecimiento de tu prometido. Fue una tragedia. ¡Muerto en la flor de la vida! —exclamó Eliodoro, poniéndose de pie y llevándose la mano al pecho.

—Déjese de comedias, tío Eliodoro. A Rodrigo Galán lo asesinaron vilmente. Un tiro por la espalda acabó con su vida, y las balas provenían de la Policía Nacional, comandadas por el general Cortés Vargas. ¿Le suena la coincidencia? Porque a mí me recuerda mucho a lo que pasó en la Masacre de los Cafetales. Seguro que por allí andaba también aquel amigo suyo, me refiero al corrupto Thomas Foster, que en paz descance —añadió Violeta sin poderse contener. Si había algo que la sacaba de sus casillas era que no se respetara la memoria de Rodrigo.

Eliodoro Saramago sacó un pañuelo de su chaqueta y se secó el sudor de la frente. Hacía tiempo que nadie le hablaba en ese tono. Ese era un privilegio que solo él podía ejercer como amo y señor de las plantaciones del Cauca, pero admitió que la bravura de Violeta siempre le había gustado. Era eso, precisamente eso, lo que echaba en falta en sus hijos varones, incapaces de enfrentarse a los problemas pero hábiles en urdir engaños y trampas, arrastrándose como las serpientes, con sigilo.

—Es verdad, lo leí al cabo de un tiempo. Al menos a Cortés Vargas lo destituyeron de forma fulminante. Y Mr. Foster murió hace unos años de un ataque al corazón. El pobre hombre manejaba muchas cosas a la vez, tenía que acabar así, abarcaba demasiadas responsabilidades —concluyó Eliodoro, encajando el devenir de la historia con naturalidad.

América se acercó mimosa a su madre diciéndole que tenía hambre.

—Sí, mi amor, ahora mismo prepararemos la cena. El tío Eliodoro ya se marcha. Ha sido una sorpresa volver a vernos después de tantos años y celebro que todo siga como siempre por las plantaciones. Gracias por su visita. —Y ambas se despidieron educadamente, obligando a Eliodoro a desistir de cualquier tentación de quedarse a cenar o de permanecer más tiempo en la casa.

—Ya sabes, Violeta, que en la hacienda siempre serás bien recibida, tú y ahora América; al menos mientras yo viva. De eso puedes estar segura.

Violeta se dejó abrazar de nuevo, fríamente, por su tío. Sabía que era sincero en esas últimas palabras.

La siguiente visita inesperada resultó mucho más agradable para Violeta y América: era Armand Doisneau, que había regresado a Bogotá de sus viajes misteriosos. A veces Violeta no sabía muy bien si era oportuno preguntar en qué andaba metido. Primero fue el Canal de Panamá, luego la frustrada representación de una compañía francesa para la concesión del ferrocarril en Santa Marta, de nuevo el Ferrocarril del Sur, y ahora parecía haber centrado todos sus esfuerzos en Tequendama y la soñada ampliación a hotel de lujo de la casona del Salto. De cualquier forma, la presencia del ingeniero siempre era celebrada con alegría por Violeta y América, quien se mostraba encantada de poder practicar francés con un nativo y sentirse el centro de los halagos de un caballero tan refinado y exquisito como Armand. «Se llevan bien estos dos», pensaba contenta Violeta cuando los veía practicar el idioma de Molière con soltura. Esta vez vino cargado de regalos porque había estado en París.

—¡Dios mío! Ha estado en París. Lo que daría yo por visitar París. Dígame, Armand, ¿es tan maravilloso como dicen? —exclamó América excitada, porque para ella, como para todo el continente, París era una referencia casi inalcanzable y soñada.

—Cuéntenos, cuéntenos, Armand, sin dejarse ningún detalle. ¿Cómo es la moda de las mujeres ahora en París? ¿Ha traído periódicos? ¿Cómo se recupera el país después de la guerra? —preguntó Violeta, ansiosa de conocer noticias del corazón de Europa.

Armand sonrió feliz al constatar la ávida curiosidad de madre e hija, y les pidió un poco de paciencia porque primero quería darles los regalos, incluido uno para Amelia. A Violeta le entregó varios ejemplares de diarios parisinos, una revista de moda con figurines a color, y una delicada pulsera de oro con minúsculos brillantes engarzados en su parte central.

—Pero hombre de Dios, es demasiado para mí, no puedo aceptarlo, es una joya demasiado valiosa, Armand —dijo tras haberse sonrojado al abrir el estuche de terciopelo negro.

—Mamá, ¡es preciosa! Pruébatela, por favor, a ver cómo te queda. Si no quieres llevarla, me la pondré yo —dijo América, abriendo sus enormes ojos verdes.

Para América había elegido unos guantes de piel burdeos y una discreta estola de piel para el cuello, para los otoños fríos de Bogotá. Y para Amelia una caja con un surtido de medias de seda y un collar de perlas de dos vueltas largas, muy al gusto de la época.

—Y ahora, si me permiten las señoras... Una vez hecha la entrega de regalos a dos damas tan hermosas, necesito descansar y una bebida un poco fuerte para

reponerme. ¡Los años no pasan en balde! Estoy como se decía en el ejército: «fuera de servicio» —bromeó un Armand agotado mientras caía rendido en el sofá granate.

—¿Un whisky irá bien para su estado? —le preguntó Violeta, guiñándole un ojo.

—Es justo lo que necesito, querida amiga. Pero ¡qué modernos se han vuelto en esta casa colombiana! —respondió el francés.

—Hay momentos en los que la chicha no es suficiente. Yo misma lo he descubierto hace poco.

—Sí, es verdad, mamá cuando trabaja para los encargos que tiene siempre se sirve un vaso de estos —reveló indiscreta América.

Violeta acompañó a Armand con otro whisky y admiró los regalos con satisfacción. A América los guantes le sentaban estupendamente. Eran de su talla. La chiquilla se pasó la tarde con los guantes puestos y Violeta la riñó porque los iba a ensuciar.

—Si le parece bien, Armand, cuando repose un poco, me acercaré hasta donde trabaja Amelia para avisarle de su presencia y de los regalos. Se volverá loca de alegría de verle. Podemos ir a cenar todos para celebrarlo, ¿qué le parece? —propuso Violeta con entusiasmo.

Pero enseguida supo que no era muy buena idea.

—Lo siento mucho, y se lo agradezco, pero las piernas no me sostienen. Me iré al hotel enseguida a descansar y mañana será otro día. Se lo prometo, queridas damas: mañana seré todo suyo; pero hoy no me atrevo a enfrentarme a las energías de tres mujeres jóvenes y hermosas. Prefiero retirarme a tiempo. Una buena retirada puede convertirse después en una victoria. Al menos, eso espero. —Y sonrió fatigado, haciendo además de levantarse.

Violeta cambió de planes sobre la marcha y le dijo a América que le ayudara a preparar algo ligero para cenar mientras Armand Doisneau terminaba su bebida.

—De eso nada, Armand. No se levante y acábese su whisky. Usted se queda esta noche en nuestra casa a dormir y a reponerse —decretó—. ¿Sabe?, hemos hecho reformas y ahora hay más habitaciones. No tenemos problemas de espacio; y para nosotras será un honor y un placer que nos acompañe. ¿Verdad, América?

Como era natural, América se mostró encantada con la idea de tener a un caballero tan amable en su casa.

A continuación, Violeta indicó a su hija que preparase la cama en la pequeña habitación de invitados, mientras ella iba a la cocina. A Armand le pareció un sueño poder quedarse una noche cerca de Violeta, en su casa, viéndola moverse de aquí para allá, sentir su perfume, y admirar la belleza aún intacta de una mujer que empezaba a entrar en la madurez con todo su esplendor. Sintió algo muy parecido a la felicidad. Aunque fuera brevemente, iba a experimentar la sensación de estar en una familia. Era el mejor regalo que podían hacerle esa noche a un hombre solitario cansado. Suspiró y observó moverse de espaldas el cuerpo bien formado de Violeta, que con los años había ganado algo de peso.

—Mamá, entonces ¿qué hago; te ayudo en la cocina o preparo la cama del señor Armand? —preguntó América con los brazos en jarras y los guantes rojos todavía puestos ante las órdenes contradictorias de su madre.

Violeta le indicó dónde estaban las sábanas blancas que guardaba en la cómoda de su dormitorio-despacho, y le dijo que se diese prisa.

—Y quitate esos guantes, que no son para andar por casa. ¡Qué criatura más coqueta me ha salido! —dijo en voz alta desde la cocina trajinando con los platos.

Los tres cenaron en el saloncito unas deliciosas arepas que Violeta preparó en un abrir y cerrar de ojos, muy aderezadas en esta ocasión con huevos, manteca y queso. Durante la cena Armand siguió hablando de la Ciudad Luz, bastante apagada después de una guerra devastadora, pero con un ímpetu y una alegría de vivir que se sobreponía a cualquier circunstancia.

—Los locos años veinte hacen furor en París y extienden su estilo al resto del mundo. Se nota que los franceses, como el resto de Europa, quieren olvidar la tragedia de la contienda mundial, y se lanzan a un torbellino de desmesura y lujo, bailes y fiestas interminables...

—¡Cómo me gustaría estar allí y ser mayor de edad para bailar en los salones parisinos! —exclamó América con ojos soñadores.

Violeta sonreía viendo el entusiasmo de su hija, a su juicio un poco precoz, dado que solo tenía doce años. Volvió a pensar que eran muy diferentes. A la edad de su hija lo que más le gustaba era correr descalza por las playas de Lariño, Louro y Carnota, hasta desfallecer de cansancio y contemplar el mar embravecido que le hablaba de otros países, de otros mundos, más allá del horizonte. «Cómo le gustaría a mamá conocer a su nieta. Es justo la niña que hubiera deseado tener, en vez de una adolescente un poco salvaje, rebelde y nada femenina como era yo a su edad», meditaba perdida en las tierras de su infancia.

En cuanto terminaron la mandó a la cama porque al día siguiente había que madrugar para ir al colegio. El fin de semana había terminado, y el lunes, con toda su rigidez germánica, marcaba el inicio del trabajo en todos los ámbitos de la vida.

América protestó un poco, pero obedeció enseguida. Dio un beso en la mejilla a Armand y otro a su madre, que la acompañó hasta su cuarto para arroparla y darle las buenas noches.

—Mamá, ¿tú crees que Armand se quedará a vivir con nosotras algún día? —preguntó inesperadamente América.

—Hija mía, qué obcecación tienes con que todo el mundo se venga a vivir con nosotras: primero querías que viniera Luz Marina, ahora Armand Doisneau. Las personas tienen su vida al margen de nosotras. Lo más importante es que seamos amigos y nos veamos de vez en cuando. Ahora duerme, que por hoy ya has tenido suficientes emociones.

—Mamá, a mí me hubiera gustado tener tus cabellos dorados y ondulados. Mi pelo tan negro y liso no me gusta. Se parece al de los indígenas.

—Vamos, ya basta de decir tonterías, América. Tienes el mismo pelo que tu padre Rodrigo. Muy hermoso, por cierto. A mí me parece mucho más bonito que el mío, en el que ya empiezan a surgir alguna que otra cana sin pedir permiso.

Apagó la luz de la mesilla de noche, cerró la puerta de su dormitorio y fue al salón, donde Armand estaba despejando la mesa y llevando los platos a la cocina.

—Por favor, déjelo, Armand, es usted nuestro invitado. Tiene que descansar, vamos a acostarnos.

El francés no salía de su asombro cuando Violeta cogió su mano y se encaminó hacia su propio dormitorio. No se atrevía a hablar, ni siquiera reaccionó. Siguió dócilmente a Violeta, que iba apagando las luces y abrió la puerta de la alcoba, cerrándola a su espalda cuando ambos estuvieron dentro.

El corazón le latía deprisa. Había tomado una iniciativa desde hacía mucho tiempo larvada, y era consciente de que podía ser rechazada por un hombre mayor y cansado, aunque rendido a sus pies. Sin embargo, era algo que deseaba hacer. Estaba confusa pero quería dar un poco de amor a ese hombre leal que siempre había permanecido a su lado, admirándola y amándola en silencio desde que se conocieron en el *Lusitania*. Al ver que Armand se quedaba paralizado en medio de la habitación, sin saber qué hacer ni qué decir, le dijo:

—Esta noche necesito que alguien me abrace y duerma a mi lado. Y usted está aquí, amigo mío —dijo, tratando de dar un tono frívolo a sus palabras.

El ingeniero francés no necesitó más explicaciones. Lo entendió todo. Se desvistió con cuidado y se metió en la cama como quien profana un lugar sagrado. Tapado con las sábanas, vio con devoción como Violeta se quitaba la ropa hasta quedarse completamente desnuda. Admiró su cuerpo proporcionado y esbelto; y comenzó a sentir pavor, miedo de no estar a la altura de las circunstancias cuando ella se introdujo en la cama. Entonces Violeta, con mucha ternura, le acarició la cara y le dijo:

—Tranquilo, Armand. Vamos a dormir. Lo necesitamos ambos. Buenas noches. —Y se dio media vuelta.

Él la abrazó por detrás con ternura, sin atreverse casi a rozar su cuerpo. Aspiró el olor de su cabello, ahora suelto y libre, y pensó que las mujeres rubias huelen a horno de pan. Era un aroma especial, cálido, nutritivo, suave, delicioso. Trató de seguir despierto para ser consciente de que tenía entre sus brazos a la mujer que había venerado durante todos esos años, pero el cansancio físico y la edad no perdonaban. Casi enseguida cayó profundamente dormido. Violeta sonreía en su lado de la cama y agradeció el calor tibio del hombre pegado a su espalda. Hacía tiempo que no dormía junto a un hombre.

Por la mañana, muy temprano, cuando Violeta despertó Armand seguía dormido como un niño. No era de extrañar que todavía estuviera extenuado porque en mitad de la noche se habían amado con una excitación inusitada, sobre todo para un hombre de más de sesenta años. Ese ímpetu había pillado por sorpresa a Violeta, aunque reconocía que había sido muy agradable. Siempre había sentido cierta curiosidad por hacer el amor con un hombre mayor. Acostumbrada a tener amantes más jóvenes que ella, la tentaba ese acercamiento a la madurez masculina, y el ingeniero francés era el prototipo de hombre que en el trato cercano irradiaba una corriente de seducción muy difícil de pasar inadvertida.

América y Violeta desayunaron en la cocina y se prepararon para ir al colegio. Al pasar por la habitación de invitados, la niña se dio cuenta de que la cama estaba sin abrir, y con buena lógica dedujo que el ingeniero francés había pasado la noche en la habitación de su madre.

—¿Volveremos a ver al señor Armand? ¿Es que se ha marchado ya, sin despedirse de mí? —preguntó inquieta en cuanto salieron a la calle.

—No, tranquila, hija, Armand nunca se marcharía sin despedirse de tí. Es un caballero. Hoy comeremos con Amelia para que le dé su regalo, y al atardecer iremos a recogerte al colegio. Creo que se va a quedar unos días en casa. ¿Te parece bien?

—Oh, sí, mamá. Adoro que me cuente cosas de París y de sus fiestas —respondió la niña, encantada con que Armand permaneciese unos días con ellas.

Durante la comida en el barrio de La Candelaria los tres amigos hablaron a sus anchas y repasaron los últimos años, de forma breve y sin entrar en muchos detalles. Para ellos lo importante era encontrarse y constatar que se encontraban bien, que iban remontando las dificultades de la vida. Amelia agradeció con efusividad el regalo. De entrada, nada más abrir el envoltorio, le estampó un par de besos sonoros que dejaron marcadas de carmín las mejillas del francés.

—Oh, *là là!* Pero qué maravilla, qué delicadeza por su parte. Ni a un buen marido se le ocurren regalos tan acertados para una mujer. La verdad, no entiendo como un hombre como usted, Armand, todavía permanece viudo. Es usted un modelo de virtudes, querido amigo. ¿Y dice usted que estos collares tan largos y con dos vueltas se llevan en París? —Y Amelia se los puso encima de la blusa mirando a sus amigos para obtener su aprobación.

Violeta pensaba en cómo había cambiado la opinión de Amelia respecto a Armand, ya que aunque siempre fuera algo exagerada en sus comentarios laudatorios o críticos, lo cierto era que cuando lo conoció durante la travesía le había parecido un hombre siniestro, pagado de sí mismo y despreciativo hacia una pasajera de tercera clase. Sin embargo, luego, las circunstancias les convirtieron en cómplices de un secreto, y a veces eso une más que la propia hermandad de sangre.

Cuando Violeta le mostró la pulsera regalo de Armand, que lucía en su muñeca, Amelia comprendió que algo había surgido entre sus dos amigos. Esos detalles y las caras de felicidad que mostraban eran suficientes indicios como para sospechar que «por fin habían pasado a mayores», pensó con satisfacción. En contra de su temperamento, se mostró discreta y no preguntó nada directamente. Ya tendría ocasión de hablar con su amiga para conocer los detalles de un encuentro íntimo que presuponía con absoluta certeza.

Por su parte, Armand Doisneau estaba radiante y accedió a quedarse unos días más con Violeta y América, pero poco tiempo porque sus obligaciones le reclamaban. Había conseguido su deseo más anhelado: demostrar su amor a Violeta, incluso amarla físicamente. Algo que hasta entonces solo había tenido cabida en sus fantasías, sabedor de que su amistad y adoración hacia ella solo se mantendrían intactas si permanecían alejadas del sexo. A sus años y con su experiencia, era consciente de que lo que había pasado esa noche no volvería a suceder. No tenía sentido que una mujer como Violeta y un hombre como él se convirtieran en amantes o pretendieran emprender una vida juntos. Conocía a Violeta lo suficiente como para comprender que esa relación se convertiría en pocos años en una carga para ella. Y eso era lo último que él deseaba ser, una carga. Es más, Armand incluso pensaba que Violeta le había franqueado su habitación como un acto de agradecimiento a su comportamiento audaz en la resolución del caso de Mr. Foster, sin menospreciar por ello su entrega llena de sinceridad, pasión y ternura. «Las cosas están bien así», reflexionó, viendo la alegría de las dos mujeres al enseñarse sus regalos en la mañana soleada de la placita donde estaban.

—Armand, ya que viaja tanto a Europa últimamente, quiero preguntarle si en estos tiempos la travesía es adecuada para una persona algo enferma y debilitada —preguntó de pronto Violeta con gesto preocupado.

Armand y Amelia se quedaron perplejos, porque no se imaginaban a quién podía estar refiriéndose Violeta.

—Se trata de mi padre. Las últimas cartas que me llegan desde Galicia me preocupan. Parece que no se encuentra muy bien, aunque no explica de qué se trata para no preocuparme. Dice que son cosas de la edad. Nada importante. Y parece que están decididos a coger el barco y venir a conocer a su nieta colombiana, porque mi hermano Andrés ya tiene dos hijos. Llevo meses disuadiéndoles porque mi madre no soporta embarcarse y le horroriza el mar, y a mi padre un viaje así le debilitaría todavía más. Ese viaje nos corresponde hacerlo a mi hija y a mí, pero América está inmersa en su formación en el colegio de señoritas, y mis suegros no quieren oír hablar de que pierda ritmo en sus estudios. Me aconsejan que espere unos años a que la niña termine su instrucción aquí, para luego viajar a Galicia. Yo creo que, en el fondo, temen que nos quedemos en España y no volvamos. No sé, estoy confusa: por un lado no quiero obligar a América a emprender un viaje tan largo y alejarla por un tiempo del ambiente en que se ha criado y donde tan a gusto se encuentra, y por otro entiendo a mi padre y sus deseos de vernos después de tantos años, aunque no estimo prudente que se embarque estando mal de salud —les dijo, abriendo su corazón y para conocer su opinión al respecto.

—¿Qué edad tiene su padre, Violeta? —preguntó Armand, sintiéndose solidario con Odilo Saramago.

—Setenta y tres —respondió Violeta.

Amelia, que parecía ver clara la situación, se apresuró a intervenir adelantándose a Armand.

—Si quieres mi opinión, pienso que lo que dicen tus suegros es lo más razonable: cuando la niña termine su instrucción os vais a Galicia para que tus padres conozcan a su nieta y pasáis allí una buena temporada. No creo que tus padres estén para muchos troles. Enfrentarse a un viaje tan largo hasta Bogotá, a esas edades, debe resultar agotador —razonó con su lógica aplastante.

Violeta escuchó las palabras de su amiga y pensó en su padre. Le costaba aceptar que un hombre fuerte como Odilo Saramago estuviera enfermo. Conservaba la imagen de ese padre joven, todopoderoso, comprensivo y protector que había visto por última vez en el puerto de Vigo. Pero habían pasado veinte años desde entonces y Violeta desconocía el deterioro del doctor Saramago. Durante todo ese tiempo se habían escrito innumerables cartas, habían utilizado los servicios de telégrafos para situaciones urgentes, pero nunca hasta ahora el padre había dejado entrever su deteriorada salud. Además, Violeta reconocía que tras el feo asunto del norteamericano dejó de escribir a Galicia, dado que no se sentía con fuerzas ni tan siquiera para mentir, quería poner distancia y olvidar primero ella misma los hechos para luego reanudar la relación epistolar con su querido padre. Y ahora presentía que su padre quería acelerar el viaje para verlas antes de que fuera demasiado tarde. Esa sensación le desasosegaba profundamente.

—Para su tranquilidad, Violeta, si usted me lo permite, la puedo acompañar a las oficinas de la empresa franco-alemana para la que trabajo y utilizar el teléfono del director. Es una centralita de larga distancia, muy moderna. Allí podrá realizar una llamada transoceánica y hablar directamente con su padre. Solo entonces conocerá su estado y se quedará más tranquila —le propuso Armand al verla tan inquieta.

—Me parece una excelente idea. No sabe cuánto se lo agradezco. Solo al oír su voz sabré cómo se encuentra en realidad y podré disuadirle de emprender el viaje hasta que se reponga —repuso Violeta, y en ese mismo instante se le quitó un gran peso de encima. Tomó la mano de Armand y la apretó con cariño. Acto seguido recapacitó y preguntó nerviosa—: ¿Podré llevar a América para que hable con sus abuelos? ¡Sería maravilloso, Armand!, aunque quizá suponga un abuso por mi parte; pero yo pagaré el coste de la llamada. Que su empresa no se preocupe por eso. Sacaré el dinero de donde sea.

—¡Por favor, Violeta! Ese asunto déjelo de mi cuenta. La empresa me debe más de un favor. Y por supuesto que América hablará con sus abuelos. Me siento recompensado siendo de utilidad a su familia, querida amiga —respondió el francés, haciendo gala de su talante caballeroso.

En la casa del doctor Saramago todos estaban agitados esa mañana. Unos días antes había llegado un cable para anunciar cuándo se produciría esa llamada telefónica desde Bogotá. Rosalía y Odilo esperaban con ansiedad que sonara el teléfono del despacho del alcalde de Lariño. De hecho, era el único aparato que existía en el pueblo, y el alcalde se mostró encantado de poder hacer un favor a un hombre tan respetado en la comarca. Toda la familia estaba allí reunida, incluido su hermano Andrés, su esposa y sus dos hijos pequeños. Todos querían aprovechar la oportunidad de la tecnología para oír la voz de Violeta y de América. Odilo estaba tan nervioso, pese al temple del que siempre había hecho gala, que Rosalía tuvo que calmarlo.

—A ver si te tranquilizas, que te va a dar un infarto como sigas así de excitado. Déjame hablar en primer lugar, así te irás calmando un poco. Y vosotros, niños, a callar; no quiero oír una voz hasta que hayamos hablado con Violeta y la nena. ¿Entendido? —dijo con autoridad reprendiendo a los niños que no paraban de enredar cerca del teléfono, al que consideraban un artilugio mágico.

El alcalde había tenido la delicadeza de dejar a la familia a solas en su despacho y cerrar la puerta al salir. Intuía la importancia de la llamada que iba a producirse en unos instantes. Dentro del despacho reinaba un silencio sepulcral, como si cualquier ruido pudiera impedir el sonido del timbre. Se diría que la familia entera contenía la respiración. De repente, el teléfono sonó y Rosalía cogió el auricular con determinación.

—¿Violeta? Hija mía, hálame, estoy aquí en Lariño, soy yo, tu madre —dijo nerviosa, sin saber muy bien dónde fijar la mirada.

—Madre, ¡qué alegría tan grande oír su voz! ¿Están todos bien? ¿Y padre? ¿Cómo se encuentra?

Al mismo tiempo que hablaban y se contaban cosas, les parecía asistir a un milagro: el hecho de que sus voces sonaran tan cercanas, como si estuvieran en la misma habitación y no a miles de kilómetros de distancia, separadas por un inmenso océano. Violeta sabía que la red de cables submarinos había unido América con Europa en 1901. Y mientras hablaba emocionada con su madre, pensaba en esos tubos acorazados por donde iban las líneas telegráficas que descansaban en el lecho marino, transmitiendo millones de conversaciones a grandes distancias. Como seguramente estaba pensando Rosalía: «Esto es cosa de magia.»

La conversación resultó inteligible, aunque atropellada por las preguntas y respuestas que se superponían con la emoción y el temor a que la comunicación se pudiera cortar en cualquier momento. Tras Rosalía se puso Odilo, que trataba de calmar su corazón acelerado por la emoción.

—Padre, escúcheme bien. Ahora me contará cómo se encuentra de salud, pero antes le ruego que se quite de la cabeza la idea de embarcarse para venir a vernos. La travesía todavía tiene sus riesgos, pese a que ahora es mucho más corta que cuando vine; pero luego hay que cruzar media Colombia para llegar a Bogotá. Es un viaje muy cansado para su edad, padre. Y a madre le supondría un enorme sacrificio subirse a un barco porque teme al mar. Nosotras no tardaremos en ir a Galicia, podrá conocer a América muy pronto. Padre, se lo prometo —le dijo Violeta de un tirón porque oía algunas interferencias y quería que su mensaje resultara claro.

Odilo escuchaba a su hija como si fuera música celestial. No podía creer que estuviese oyendo la voz de su querida Violeta. No interrumpía, afirmaba y sonreía en silencio, saboreando cada una de sus palabras. Finalmente, cuando ella acabó de decir lo que quería, intervino con cierta ironía gallega.

—Violeta, tu madre ya me ha dejado claro que ella no se sube a un barco tan grande ni atada. Así que viajaría yo solo, por eso no te preocupes. A mí me encantaría vivir esa experiencia, hija mía, y no puedo esperar mucho porque me estoy volviendo viejo —le dijo Odilo con espíritu pretendidamente jovial.

—¡Padre! Pero cómo me voy a tranquilizar si se embarca usted solo. Eso sería todavía peor. Dígame qué le pasa. En sus últimas cartas hablaba de que se cansaba mucho y tenía dolores.

—Van y vienen. Supongo que son cosas de la edad, que no pasa en balde. He tenido que dejar de montar a *Acantilado II*, pero estoy bien. Sigo trabajando en el consultorio; ahora tengo la ayuda de un médico joven recién licenciado en Madrid, que es el que visita las aldeas de la zona.

—¿Murió *Acantilado*? —preguntó Violeta con tristeza al recordar al precioso caballo en el que había aprendido a montar. Y también porque *Acantilado* siempre había estado asociado en su recuerdo a la poderosa figura de su padre.

—Claro, es ley natural; resistió como un valiente. Murió de viejo. Si venís pronto, enseñaré a montar a América, como te enseñé a ti. ¿Te acuerdas de las cabalgadas por la playa? —añadió Odilo con nostalgia.

Rosalía, como mujer práctica que era, estaba nerviosa porque imaginaba que esas llamadas debían ser muy caras, y no eran para hablar de caballos ni de recuerdos, sino de temas importantes para ponerse de acuerdo. Así que hizo ademán de arrebatar el auricular a su marido, que se giró y no lo soltó.

—Padre, le quiero muchísimo. No se imagina cuánto le he echado en falta todos estos años, por un lado tan felices y por otro tan duros para mí, pero no los cambiaría por nada del mundo porque sé que todo va unido. Voy a pasarle a su nieta para que hable con ella. Es una niña maravillosa. —Y le pasó el auricular a América, para que conociera de primera voz a sus abuelos españoles.

—¿Aló? Abuelito Odilo, qué placer hablar con usted. Mi mamá me ha hablado mucho de ustedes. Yo estoy deseando conocer Europa y verles a todos. Mi mamá dice que en cuanto acabe mis estudios acá en Bogotá partiremos para España para visitarles, y a lo mejor vamos a París —le dijo la niña con su dulce acento colombiano y sus exquisitos modales de colegio de señoritas, que a Odilo Saramago le sonaron extraños y demasiado formales para una niña de doce años.

—Mi querida América, estamos deseando abrazarte. No crezcas demasiado rápido, para que te pueda enseñar esta parte de tierra a la que también perteneces, pequeña —respondió Odilo sin poder contener las lágrimas.

Rosalía volvió a intervenir, pero más enérgicamente, y arrebató el auricular a su marido para poder oír la voz de su nieta. Después se pusieron brevemente su hermano Andrés y sus dos hijos.

—Esta conversación le debe de estar costando un dineral. Tenemos que despedirnos. Procurad ser breves. Parece que nuestra hija por fin está bien, y la niña es ya toda una señorita. ¡Ojalá que puedan venir pronto a vernos! —comentó alejada del teléfono, controlando que los nietos terminaran pronto y pudiera volver a escuchar a su hija.

Quería decirle que no estaban para viajes, que ya eran mayores, y que era mejor que vinieran ellas cuando pudieran. Con las emociones a flor de piel, no sabía lo que Violeta había recomendado a su padre. Por eso Rosalía estaba inquieta: conocía a su marido, y sabía que padecía de algo aunque no lo dijera. En un año había experimentado un bajón, ya no era el mismo, pero no quería inquietar a su hija en esos momentos y delante de todos. Se lo escribiría en una carta. «Bastantes sufrimientos y preocupaciones ha tenido ya esta pobre hija mía como para añadirle uno más», pensó.

Finalizada la llamada, la familia Saramago salió emocionada del despacho de la alcaldía.

—¿Todo bien, don Odilo? —preguntó el alcalde, que se acercó ceremonioso para acompañarles a la salida del ayuntamiento.

—Sí, todo bien. Hemos conocido a nuestra nieta colombiana. Se llama América, un nombre muy hermoso y de una gran responsabilidad —le contestó con cierta sorna.

—Qué cosas tiene usted, don Odilo —respondió, sonriendo el alcalde de Lariño.

Tras hablar con su hija, Odilo reconoció que tenía razón: no estaba para esos viajes transoceánicos, por muy modernos que fueran ahora los buques. Además, no podía obligar a su esposa a que le acompañara. Enfermaría de miedo al mar, a la inestabilidad de verse flotando y sin los pies en la tierra. «Tendría que haber ido antes. Tendría que haber cogido el barco cuando murió Rodrigo. Ahora me temo que ya es demasiado tarde», pensó con sentimiento de culpa. Efectivamente, el doctor Saramago se encontraba débil desde hacía un año, mucho más frágil de lo que correspondería a su edad. Como buen médico, conocía su cuerpo y los síntomas, y esas evidencias le desconcertaban aún más. Hacía unos meses, sin decir nada a su mujer y su hijo, había viajado a Santiago para hablar con un colega y someterse a los modernos rayos X. En las placas realizadas se observaron algunas alteraciones en los pulmones. El doctor Saramago sabía, porque los había detectado muchas veces a lo largo de tantos años de ejercicio médico, que los tumores malignos o ulceraciones muchas veces estaban relacionados con la proliferación anormal de las células. No se conocía mucho sobre este tipo de enfermedades ni de sus remedios, pero estaba convencido de que padecía un tumor maligno que le iba debilitando por dentro. «Como la carcoma cuando ataca la buena madera, y la destruye poco a poco», reflexionaba con tristeza. De todas formas, se había propuesto aguantar hasta que ellas llegaran.

Violeta salió preocupada de las oficinas de la firma franco-alemana en la que, gracias a la influencia de Armand, había podido hablar con su familia en Galicia. Ninguno mencionó la enfermedad, pero presentía que a su padre le pasaba algo. Por lo menos había logrado disuadirle de embarcarse rumbo a América. Eso ya era un triunfo. Le parecía extraño y contradictorio que tuviera que pararle los pies y decirle que no viniera a verlas, cuando era lo que más deseaba en este mundo: verlo, abrazarlo, contarle por todo lo que había tenido que pasar, pedirle consejo para educar a una adolescente que ya se le empezaba a escapar a poco que se despistara y aflojara la cuerda. Miró a Armand Doisneau, tan lleno aún de vitalidad y energía, y sintió una profunda tristeza de que su padre no se encontrara como él, aunque el francés fuera unos años más joven.

De vuelta al piso de Candelaria, Armand respetó el silencio reflexivo de Violeta y se puso a conversar con América, que no paraba de hablar de que había conocido a sus abuelos españoles, a su tío Andrés y a sus primos.

—Tienen un raro acento. No hablan como nosotros. A los pequeños no les entendía nada. Yo creo que no hablaban español; pero me han parecido todos muy dulces. Y, ¿sabe?, el abuelito Odilo me ha dicho que cuando vayamos a Galicia me va a enseñar a montar a caballo, como hizo con mi madre cuando era una muchacha como yo.

—Tus primos hablan gallego, por eso no los entendías. A mí, fijate lo que es la vida, ya se me olvidó por completo —le aclaró Violeta.

El último día de estancia en el piso de Violeta antes de su partida para atender sus negocios, Armand fue requerido con insistencia por la pequeña América para que le volviera a contar cómo eran las fiestas parisinas y cómo iban vestidas las jóvenes en esos salones tan deslumbrantes y sofisticados. Esa noche, América se durmió imaginando que bajaba las escaleras de una gran mansión para asistir a una fiesta en París, vestida con un precioso vestido blanco decorado con lentejuelas doradas que deslumbraba tanto como las arañas de luz que colgaban de los altos techos del salón de baile. Fantaseó, dejó volar su imaginación infantil, y se durmió pensando que concitaba todas las miradas, tanto masculinas como femeninas, mientras bajaba despacio y con estudiada elegancia los alfombrados escalones.

América descendía pausadamente por la gran escalinata imperial flanqueada en cada extremo por dos lámparas de pie alto coronadas con tulipas de cristal soplado traídas de Venecia. Parecía aturdida por los brillos de las arañas de luz que colgaban desafiantes de los techos del salón principal y por los reflejos de los espejos, que multiplicaban la presencia de los invitados. La orquesta arrancó con una música suave que invitaba a iniciar el baile inaugural. Acababa de cumplir dieciocho años y esa noche estaba radiante. Bajó despacio, apoyándose levemente en la barandilla de madera barnizada, tratando de controlar la elegancia de sus movimientos y el dominio inestable de sus zapatos de tacón. La hija de Violeta se había convertido en una hermosa joven de rasgos marcados, suavizados por la dulzura de sus ojos claros. Muchos fueron los hombres que clavaron su mirada en la bella joven que descendía por la escalinata con garbo de principiante. Llevaba el pelo cortado a la moda de los alegres años veinte. Una melena muy corta, que dejaba al descubierto su cuello esbelto, y un flequillo sobre las cejas pobladas que acentuaba todavía más la intensidad de su mirada felina, remarcada por una sombra de ojos muy oscura en contraste con el carmín rojo pasión en sus labios. En la cabeza lucía una discreta diadema con una estrella brillante, tocado aconsejado por su madre, muy al gusto de la época y con el que América estaba realmente deslumbrante.

En estos años la moda femenina había cambiado mucho y las mujeres habían acertado las faldas, dejando ver sus piernas incluso por encima de las rodillas en el caso de las jóvenes como América. La moda estilo charlestone había hecho furor entre las damas, y en esa fiesta de inauguración del hotel la mayoría vestía cómodos vestidos sueltos, solo ajustados en las caderas, y adornados con largos collares de perlas o fantasiosos broches *art déco* que cerraban los escotes, algunos de vértigo y otros moderados. América llevaba un precioso vestido blanco de gasa con una cinta ancha de raso rosa marcando sus caderas. Por delante el vestido era cerrado y sin mangas, pero dejaba al descubierto toda su espalda morena, de piel deliciosamente joven y tersa. Ese vestido le había parecido a Violeta demasiado atrevido para su edad, sobre todo por esa espalda desnuda hasta la cintura, pero Armand había mediado a favor de la joven afirmando que era perfecto para un cuerpo tan armonioso como el de América.

Toda la élite de Bogotá se había reunido esa noche en la fiesta de inauguración del lujoso Hotel del Salto. Los enormes espejos de los salones reflejaban la elegancia y ostentación de los interiores, decorados al gusto francés. Era un gran día, muy esperado y celebrado por la burguesía colombiana, presta a disfrutar de la fastuosidad de un hotel convertido en lugar de moda y de referencia al lado del popular salto del río Bogotá. Esplendor y lujo retaban a la naturaleza salvaje del bosque húmedo, envuelto siempre en una densa niebla que parecía querer ocultar la belleza del lugar.

En los salones, los invitados admiraban y comentaban con interés los artesonados policromados, los amplios ventanales terminados en arcos de medio punto, las caprichosas molduras de los techos y la profusa decoración floral que engalanaba las paredes. Un enorme lucernario de cristales de colores que coronaba el centro del salón atraía todas las miradas hacia arriba. El objetivo de la enorme claraboya era que durante el día el sol inundara de luz las estancias. Los más curiosos y detallistas alababan la calidad de los muebles de caoba recién desembalados para la ocasión, y pisaban con delicadeza las alfombras que suavizaban el taconeo rítmico de las damas. Mientras, unos camareros atléticos y bien vestidos, iban y venían infatigables con bandejas suspendidas en el aire, repartiendo generosamente copas de champán entre los afortunados asistentes al acto inaugural.

El 3 de marzo de 1928 era el gran día para Armand Doisneau, al haber logrado convertir el refugio del Salto de Tequendama en ese lujoso hotel que siempre anheló para transformarlo en lugar de encuentro de la élite bogotana. Cinco años habían pasado desde entonces, pero consiguió su sueño. El paisaje espectacular, las vistas hermosas y aterradoras del salto en caída libre al profundo lago, unidos al lujo, opulencia y confort de los interiores del hotel eran una fórmula perfecta para atraer todavía a más turistas y aristócratas que se podían pagar una estancia en sus prohibitivas habitaciones. Con la nueva construcción, el sitio había alcanzado más renombre, no solo en Bogotá sino en toda Colombia. Y por esta razón estaban allí Violeta y su hija para celebrar el éxito logrado por su querido amigo, al que no veían desde que las había acompañado a sus oficinas en Bogotá para que telefonaran a sus familiares en Galicia.

—¿Cómo pasa el tiempo de rápido, querido Armand! La última vez que nos vimos América estaba a punto de cumplir trece años. Y ahora... ya lo ve: convertida en toda una mujer, y preciosa, por cierto. Yo creo que es la joven más hermosa de toda la fiesta —dijo sin dudarla la orgullosa madre, que no podía dejar de contemplar la belleza de la muchacha.

—Así es, Violeta, y yo me siento muy feliz de que las dos mujeres más encantadoras de la fiesta me honren con su amistad y compañía. Esta noche disfruto del mejor regalo que jamás pudiera imaginar. También le confesaré, querida amiga —añadió de pronto, suspirando—, que pensaba que no iba a llegar a ver terminado este hotel. Son ya muchos los años que acumulo, demasiados para mis huesos, a todas horas quejosos. Si no le importa, Violeta, vamos a sentarnos un rato, porque la estoy viendo venir y es capaz de sacarme a bailar...

Violeta rio con ganas la ocurrencia de Armand Doisneau y le acompañó hacia uno de los magníficos sofás tapizados en exquisito terciopelo verde oscuro, desde donde podrían contemplar las evoluciones de los bailarines.

—Ni que me hubiera adivinado el pensamiento. Me encanta bailar, y ya se me iban los pies tras la música. Pero hablemos, querido Armand, hablemos y disfrutemos con la visión de América, que se ve tan feliz esta noche. Casi tan feliz como usted, ¿no es así? —apuntó Violeta, sentándose a su lado y agarrándole cariñosamente un brazo, mientras trataba de sacar un cigarrillo de su pitillera plateada para fumar con placer.

—Vaya. ¿Esto es nuevo? ¿Desde cuándo fuma, Violeta? Nunca la había visto fumar —dijo Armand.

—No hace mucho que empecé a encontrarle gusto. Me ayuda a concentrarme cuando escribo mis crónicas. Además —sonrió con picardía—, piense que las mujeres sin marido debemos tener algún vicio, y este resulta muy asequible...

Ambos rieron la gracia y miraron satisfechos el ambiente exquisito, la opulencia de la decoración y el lujo que les rodeaba.

Armand Doisneau se sentía realmente orgulloso del impresionante hotel abierto al hospedaje de los viajeros ricos que visitaban el Salto de Tequendama. La aristocracia capitalina, los políticos y personalidades de todo el país, así como los grandes empresarios, podían disfrutar del esplendor de sus quince habitaciones, cada una diferente y con una decoración especial que sutilmente evocaba el morbo de las leyendas que, como lugar encantado, atesoraba. Todo muy recargado, al gusto de la sociedad bogotana de la época, contagiada de los anhelos de prosperidad que se respiraban en América.

El edificio, de estilo colonial y muy afrancesado en los detalles, tenía cinco niveles de pisos y 1.480 metros cuadrados de construcción al borde de la montaña, justo frente al imponente Salto de Tequendama. Erigido con grandes piedras del lugar, pintadas posteriormente de color rojo, daban a la casona un aspecto imponente en contraste con el verdor exuberante de la naturaleza circundante. Los muros de contención sobre la roca del precipicio albergaban dos sótanos y servían de poderosa cimentación para sostener las tres plantas principales del edificio. De ese potente muro salía una hilera de escaleras exteriores, sinuosas y resbaladizas, que bajaban la montaña hasta el inmenso agujero donde rompía el salto con el atronador rugido de sus aguas embravecidas. Al ingeniero francés también se le había ocurrido la feliz idea de colocar un ascensor hidráulico que descendiera de la planta baja a los sótanos y llegase al exterior de una salida excavada en la roca para que los más osados pudieran contemplar el Lago de los Muertos en todo su dramático estruendo.

—Su construcción ha supuesto todo un reto para la ingeniería ya que no hay vías de acceso fáciles para levantar semejante mole —explicó Armand, encantado de describirlo.

—Sí, ya me he dado cuenta. El hotel, con sus cinco plantas, se yergue sobre un precipicio. Me parece admirable e inusitada su construcción y belleza arquitectónica, pero el lugar me sigue dando miedo, Armand —repuso Violeta, reconociendo sus irracionales temores.

—Pues todavía no ha visto usted los dos sótanos que encierran mil leyendas. Es increíble, porque abajo el estruendo de la catarata se duplica en el silencio de los bajos y sus bóvedas. El ruido del agua allí es atronador. Incluso parece que temblaran las paredes, pero no se preocupe, todo está bien sujeto. La construcción es impecable. Se lo puedo asegurar.

—Se lo ruego, Armand, no me explique cómo son los sótanos. No quiero saberlo, ni se me ocurriría visitarlos. Bastante triste y trágico es pensar que muchas personas han elegido para suicidarse este lugar desde su construcción en 1923. Sinceramente, pienso que toda la majestuosidad de los salones y de esta pomposa

inauguración no pueden ocultar el drama de los suicidios de gente desesperada que se tira al vacío. Me conmueve y aterroriza esa atracción mortal que ejerce este lugar. Es como un imán irresistible.

—Discúlpeme, Violeta. Cegado por mi pasión por la arquitectura y la ingeniería, me he olvidado de sus temores, pero hay que reconocer que estamos ante un icono de la arquitectura de Colombia —replicó el ingeniero.

Violeta apagó el cigarrillo en un pequeño cenicero de plata que había sobre una mesita de caoba, suspiró acomplejada por sus fobias hacia un lugar donde todo el mundo parecía estar encantado y feliz, y comentó abarcando con la mirada el gran salón de baile:

—¿Dónde está América? La he perdido de vista.

La joven había dejado de bailar hacia un rato. Quería recorrer los otros salones y los pasillos interminables cuyo suelo crujía al pisar los tablones de madera extraída de los bosques cercanos. Al atravesar los amplios corredores abiertos con ventanales enormes desde los que se divisaba la densa niebla y el Salto en permanente actividad, se quedó extasiada mirando a través de los cristales la espectacular visión. No podía apartar los ojos de la frenética caída del agua. Tras unos segundos en los que parecía como hipnotizada a pesar de la oscuridad exterior, oyó una voz al fondo del corredor que se dirigía a un grupo de congregados en una estancia iluminada, al parecer una biblioteca. Era una voz de hombre bien timbrada y muy agradable. Daba la impresión de que estaba contando historias sobre los suicidas de Tequendama. Se acercó al grupo que permanecía sentado escuchando al contador de historias, y se quedó de pie apoyada en una gran columna de capitel corintio.

—Pues sí, amigos, este lugar y sus magníficos miradores al Salto se ha convertido en el lugar preferido de los desesperados para acabar con su vida en exactamente seis segundos, que es el tiempo que tarda la caída de un cuerpo desde la cima hasta el Lago de los Muertos. Nombre que, como todos ustedes ya habrán comprendido, se debe a que ante la imposibilidad de acceder al final de la cascada muchos cuerpos se perpetúan en el tremendo agujero rocoso. De ahí que el fondo del salto se denomine el Lago de los Muertos. Y aunque ninguna autoridad lleve la cuenta oficial del número de suicidios, se habla de mil vidas que terminaron en el fondo de estas impetuosas aguas.

América escuchaba ensimismada a aquel hombre de cara risueña y sonrisa cautivadora. Desde niña le habían fascinado las historias macabras de suicidas, mitos y leyendas paranormales. Solo escuchaba la voz del hombre que hablaba, no oía la música que continuaba amenizando el baile en los salones contiguos, donde las parejas recorrían ágiles las elegantes estancias.

Quien así se dirigía a una concurrencia entregada era nada menos que Gabriel García Ponce, convertido en el escritor más renombrado y querido de Colombia. Estaba pronunciando una charla informal sobre los suicidas de Tequendama basada en sus textos periodísticos, donde narra los sucesos acaecidos los últimos años. No en vano el tema del suicidio o «el abrazo voluntarioso a la muerte», como lo llamaba, fue una de sus grandes obsesiones cuando escribía sus columnas en los años en que anduvo por Cartagena y Barranquilla. Ahora estaba explicando al auditorio el carácter altamente contagioso del suicidio. Mantenía que «la simple representación literaria del motivo y su posterior lectura por parte de gentes especialmente sensibles o proclives a la desesperación, vendrían a exacerbar en gran medida la voluntad del suicida». También comentó un aspecto que le llamó poderosamente la atención a la joven América, y era el exhibicionismo del suicida, ese momento buscado de muerte pública alejada de toda intimidad en el supremo acto de quitarse la vida.

—Me estoy refiriendo a la acrobática muerte de lugar común (muerte de cajón sin cajón) con la que los resentidos del amor resuelven por partida doble sus conflictos sentimentales y sus conflictos higiénicos, en ese baño de un kilómetro de altura que es el Salto de Tequendama —explicaba con cinismo el escritor.

América, cada vez más atraída por la voz y los relatos espeluznantes del, para ella, desconocido orador, se sentó en uno de los sillones del tercer círculo que rodeaba al disertante y preguntó a la persona que tenía al lado, un caballero mayor de mostachos blancos como la nieve:

—¿Qué ha querido decir con eso de «cajón sin cajón»?

El anciano sonrió ante la ingenuidad y belleza de la joven que así le inquiría, y le explicó:

—Todo el mundo sabe que los fatales clavadistas del Salto ahorran a sus familiares (si los tienen) la caja de muerto y el funeral, porque sabrá usted que a los suicidas se les niega cristiana sepultura... Como verá, en el fondo hacen un favor a la sociedad de la que se quieren apartar con tanto empeño.

Justo en ese momento el orador se refirió a la Piedra de los Suicidas. Una piedra grande de superficie más o menos plana y tremendamente resbaladiza que se encontraba por debajo del Salto, desde donde los suicidas se lanzaban al vacío y al rugido de las aguas. Allí, atraídos por el magnetismo del lugar, dejaban sus últimos mensajes antes de «clavarse» contra el fondo rocoso alborotado por los remolinos. Tan famosa se había hecho esa piedra que frente a ella, al otro lado del lago, se había colocado hacia dos años una placa con la imagen de la Virgen de los Suicidas, para que se pudieran encomendar a ella antes de saltar.

—Una pareja de novios caminaba cerca del Salto. Tras una pausa, el hombre besó a la mujer, subió a la piedra, se quitó el sombrero que llevaba, le introdujo un papel y lo tiró hacia el prado. Acto seguido y ante la mirada de varios turistas, saltó al vacío perdiéndose instantáneamente en el inmenso caudal, despeñado. Su novia solo alcanzó a gritarle que no lo hiciera y, desconcertada, decidió correr para arrojarse también. Sin embargo, una policía que custodiaba el lugar llegó a tiempo de detenerla y salvar su vida —contó García Ponce a propósito de los suicidios con espectadores.

A continuación comenzó a relatar otra historia real que también había tenido como escenario ese lugar:

—Un joven de veintitrés años, rubio, con una cicatriz en la mejilla, vestido de paño verde a rayas y de quien nunca se supo su identidad, llegó en el Ferrocarril del Sur a esta estación y se alojó en el entonces llamado Refugio del Salto. Al dejar su alojamiento se dirigió a la catarata, subió a la piedra y sacó un libro que empezó a leer a la Virgen. Todavía no eran las nueve y el policía de turno no había llegado, pero cuentan que los ocupantes de un coche que pasaba por allí, al ver la escena bajaron y corrieron hacia el lugar. El joven, al darse cuenta de la gente que venía gritando hacia él, se lanzó al abismo.

El escritor hizo una pausa en su relato, bebió agua con unas gotas de anís, y prosiguió la narración de los sucesos que un día había cubierto en sus inicios como periodista. Contó que uno de los que más le llamó la atención fue el suicidio de una joven llamada Davinia Esmeralda Ugarte.

—Era una mujer joven que viajó desde Cartagena con el único propósito de quitarse la vida en el Tequendama. Era morena y robusta y escogió vestir de luto para su vuelo hacia la eternidad. La Policía encontró en los alrededores unas fotografías rotas de ella misma, junto con una copla que escribió antes de lanzarse. El motivo sin duda fue el mal de amores. La copla que dejó esta mujer no tiene desperdicio. Escuchen ustedes, que procedo a su lectura: «Mañana, cinco de enero, me lanzaré al Tequendama sin testigos. ¡Oh, vida vana y traidora, tormento torpe y nefando de la ausencia! Espera de horas tras hora y siempre estás extrañando su presencia. Boca del abismo cruel. Hondura de la tremenda catarata. ¿Para qué vivir sin él?»

El orador sabía que debía ir terminando y dejar de sobrecoger los ánimos del auditorio con historias tan tristes, pero a la vez, como hombre informado de lo que pasaba no solo en Tequendama sino en el resto del mundo, pensaba que, mientras en Colombia la gente se suicidaba por amores no correspondidos, en Norteamérica los millonarios se arrojaban por las ventanas de sus lujosas oficinas antes de enfrentarse a la terrible realidad del desastre económico. Le vino a la cabeza el famoso Jueves Negro en Nueva York, y esos hechos le parecieron más sórdidos y mucho menos románticos que los suicidas de Tequendama. Suspiró antes de volver al tema de la conferencia y no logró explicarse cómo los locos y felices años veinte estaban desembocando en una catástrofe que iba a arrastrarlos a todos, como la catarata del Tequendama.

García Ponce terminó su exposición diciendo que esas eran algunas de las historias de los fatales clavadistas.

—Seis segundos de caída libre, repetidos una y otra vez por décadas imprimieron una memoria trágica en uno de los paisajes más bellos y lúgubres de Bogotá.

Los aplausos estallaron entusiastas ante la brillante oratoria del escritor y el magnetismo macabro de unas historias reales cuyos protagonistas, mejor dicho sus restos, permanecían descuartizados en el fondo siempre en ebullición del Lago de los Muertos. Justo a unos metros de donde se encontraban los complacidos visitantes, fumando excelentes habanos o bebiendo deliciosos licores y satisfechos de haber oído a una celebridad relatar algunos casos de los suicidas de Tequendama.

El grupo se fue disolviendo poco a poco y América se quedó pensativa, tratando de asimilar las tragedias relatadas por el escritor como si fueran cuentos para niños morbosos. El anciano que estaba a su lado se volvió hacia ella y le preguntó si conocía el suceso más reciente ocurrido mientras terminaban las obras de ampliación del hotel.

—¿Quiere que se lo cuente? ¿O ya es demasiado para una muchacha tan bonita y dulce como usted?

—Por favor, me gustaría escucharlo —contestó América, insaciable con ese tipo de historias.

Y el anciano de los mostachos como la nieve le contó que por ahora el último suicidio ocurrido allí era el de un taxista con un pasajero dentro que se lanzó a la catarata desde la carretera. Los compañeros del gremio y los bomberos de Bogotá dedicaron todos sus esfuerzos a tratar de rescatar los cuerpos de los desafortunados, pero esa temporada el Bogotá bajaba con fuerza atronadora y resultó imposible acercarse siquiera a las orillas del lago, donde a veces aparecía y desaparecía un trozo de llanta o de carrocería del automóvil. Descendiendo por cuerdas, se jugaron la vida para adentrarse en los frenéticos remolinos, pero retrocedían ante el temor de resultar también engullidos. Por fin, al noveno día lograron sacar el cuerpo desfigurado del conductor.

—Los que lo vieron dicen que el cuerpo estaba desnudo y magullado, solo conservaba un zapato y tenía la corbata incrustada en la frente. Aseguran que fue espeluznante descubrir ese cadáver. Al otro no lo encontraron nunca. Y le voy a decir algo más, jovencita —se explayó a gusto el viejo, encantado de tener una oyente tan devota—, debido a estos sucesos la zona del Salto de Tequendama se ha prestado a diferentes mitos y leyendas, hechos paranormales que algunos pobladores del lugar aseguran haber experimentado: extrañas situaciones, voces de ultratumba, sonidos y lamentos que salen de los sótanos del hotel. Los suicidas, al no poder ser enterrados, no descansan en paz y se aparecen cuando les da la gana.

América ya no pudo seguir escuchando y salió huyendo de la biblioteca.

Atravesó las galerías acristaladas con arcos rebajados que comunicaban los salones, y estuvo a punto de tropezar con una pilastra que sostenía un enorme jarrón de porcelana inglesa repleto de rosas rojas. Sus ojos húmedos no querían llorar porque se estropearía el maquillaje. Buscó a su madre. Quería volver al salón de baile y olvidarse de los suicidas del Tequendama. Era un día de celebración de la vida, no de recordar a los muertos. Se desorientó corriendo de galería en galería con el sordo rumor del Salto al otro lado de los cristales. Al fin, guiada por la música de la orquesta, llegó al salón principal y encontró a su madre conversando todavía con Armand Doisneau, aunque algo intranquila por su ausencia.

—¡América! ¿Dónde te habías metido? Me tenía preocupada —dijo, acariciándole la cara un tanto pálida.

—Madre, he estado oyendo una conferencia que impartía un señor que hablaba muy bien, con una hermosa voz, sobre los suicidas del Tequendama. Estoy aterrorizada de las cosas que han pasado aquí mismo.

Violeta la retuvo a su lado y la abrazó con amor antes de reprocharle su morboso interés en temas tan macabros. Notó que estaba helada y pálida.

—Ya sabes mi opinión sobre ese asunto. Anda, vete a los servicios de damas y ponte un poco de colorete en las mejillas. Esta noche tienes que ser la reina de la fiesta, hija mía. No desaparezcas de pronto, que me asustas, y olvida a los suicidas. Tú estás llena de juventud y de vida. Disfruta tu momento y baila hasta marearte, que por aquí veo a muchos hombres que se mueren de ganas por sacarte a bailar.

América besó a su madre y se fue en busca de la *toilette* para retocarse un poco. Violeta se quedó pensativa, preguntándose quién sería el orador que había cautivado a su hija con historias tan truculentas.

Cuando América volvió a aparecer resplandeciente, Armand, en un arrebato, la sacó a bailar, esperando que su reuma no le impidiera evolucionar en la pista con una joven tan hermosa entre sus brazos. Violeta aprovechó para levantarse del sofá e indagar sobre el misterioso conferenciante, no sin antes decirle al oído al francés:

—No pierda de vista a mi hija, por favor. Ahora vuelvo.

Tras recorrer galerías interminables, llegó al salón biblioteca. Sentado de espaldas, mirando la oscuridad del Salto a través de los ventanales, había un hombre de abundante cabello negro ensortijado entreverado con algunas canas, fumando un habano con indolencia mientras en la otra mano sostenía un vaso de whisky irlandés. Ella se lo quedó mirando en silencio y se dio cuenta de que esa nuca le resultaba familiar. En la sala apenas quedaba nadie, salvo un par de hombres que discutían con vehemencia de política al otro extremo de donde se encontraba Violeta y el hombre sentado de espaldas.

Violeta lo vio tan concentrado en sus pensamientos, disfrutando de ese momento de paz y silencio en soledad, que dedujo que debía de ser el orador que se había referido a los suicidas del Tequendama, y que ahora se relajaba de la tensión de hablar en público, tratando además de ser elocuente. Esperó unos segundos más y se plantó ante él tapándole la visión del Salto.

—¿Gabriel García Ponce? ¡Es usted! —exclamó al reconocer al prestigioso escritor que en su día había conocido en Cali y del que se había quedado prendada.

Ahora, al reencontrarlo experimentó un desasosiego inquietante y turbador.

El escritor se levantó como un rayo al ver a la atractiva mujer que le abordaba en su momento de descanso. Enseguida reconoció a Violeta Saramago. Su pelo claro recogido en la nuca y con ondas a los lados, a la moda del momento. Su cara dulce y risueña en la sonrisa y, sobre todo, esos ojos que habían ganado profundidad y reposo con los años y ahora miraban con más sabiduría y entereza que cuando la había visto por última vez al norte de Colombia.

Ambos se abrazaron y se mecieron con alegría sincera. Gabriel García Ponce, impetuoso, le quitó con delicadeza los prendedores que llevaba en el pelo para ver surgir la cascada de su melena rubia sobre los hombros.

—Cuando en Cali, mientras esperábamos para imprimir los textos de Quintín Lame, usted dejó suelto su hermoso cabello rubio en aquella cantina a las tantas de la madrugada creí morir de amor. Nunca, mientras viva, podré olvidar la belleza de ese momento, las luces de la noche reflejadas en su pelo, cómo sacudí la cabeza, coqueta, la sonrisa que esbozó a continuación. ¡Pura magia!, mi querida Violeta. Sigue siendo una mujer hermosísima.

Violeta se sonrojó como un tomate y recogió rápida las horquillas y prendedores para recolocarse el pelo en su sitio. Se alegró mucho de verle. En ese tiempo había leído todas sus obras y le parecía un milagro su capacidad narrativa y cómo fluían sus palabras sin ningún esfuerzo. Al menos eso pensaba, y así se lo dijo en esos momentos atropellados del encuentro, cuando habían transcurrido los años y la vida les había marcado a cada uno de manera diferente.

—O sea que era usted el que estaba explicando a un público embelesado los suicidios de este lugar —dijo con un mohín de reproche en sus labios.

—Sí, me han pagado unos buenos pesos por dictar esta conferencia en plan distendido, aprovechando la inauguración del hotel. Parece ser que lo sórdido sigue atrayendo, querida colega. Pero, dígame, ¿estaba usted entre el público? No la he visto.

—Yo no, pero sí mi hija, a la que por cierto le atraen estos temas. Es algo que me pone enferma; no lo puedo evitar. Desde niña ha sentido una inclinación especial hacia los temas misteriosos y truculentos —se sinceró Violeta, preocupada.

—Ah, entonces ya sé quién es su hija. Mientras hablaba reparé en una preciosa jovencita alta, morena, con unos impresionantes ojos verdes, apoyada en esa columna de allí. Pero no se acercó a saludarme o a decirme cuánto le habían gustado las horribles historias que conté. En cierto momento se fue, la perdí de vista —repuso Gabriel.

—Pues sí, la descripción coincide con América. Acaba de cumplir dieciocho años, y esta es su primera fiesta de sociedad; pero ha salido asustada de las cosas que usted ha contado. Parece que no ha caído rendida a sus pies. No sé si debo presentársela... dadas las circunstancias —sonrió juguetona.

—Me muero de ganas de conocer a su hija, ahora ya convertida en toda una mujer. ¡Dios mío, qué alegría tan grande coincidir con usted en el Hotel del Salto! Esto hay que celebrarlo por todo lo alto —decidió el novelista con la energía que le caracterizaba. Y cogió por el brazo a Violeta, encaminándose ambos hacia el salón de baile.

Mientras cruzaban los interminables corredores alfombrados e iluminados con exquisitos quinqués apoyados en columnas, el célebre escritor pensaba en lo curiosos que eran sus encuentros con Violeta. Las dos veces que habían estado juntos terminaron besándose con ardor, pasando con naturalidad al tuteo en el tratamiento, pero después, el alejamiento prolongado les había obligado a tratarse con la cortesía debida a la buena educación. Habían sido encuentros efímeros, plenos de atracción pero rápidos en las despedidas. Cada uno presa de sus obligaciones. En esas cosas meditaba García Ponce con la esperanza de que este nuevo encuentro se sellara al menos con otro beso apasionado, como mínimo.

Al verlos llegar juntos, América y Armand Doisneau se quedaron sorprendidos, sobre todo la joven, al reconocer del brazo de su madre al orador de los suicidas del Tequendama. Con una simpática sonrisa, García Ponce procedió a los saludos y presentaciones de rigor, muy diferente del gesto serio y contrariado del ingeniero francés, que veía en la inoportuna presencia del famoso escritor un competidor imbatible. América se quedó extasiada al comprobar por boca de su madre la identidad del hombre que hacía solo unos momentos encandilaba al público, y a ella misma, en la biblioteca del hotel.

—Yo también he leído sus libros, señor. *Cien años de melancolía* me pareció una obra maestra, y *El amor en los tiempos de incertidumbre*, su último libro, es pura magia. Lo estoy leyendo ahora. Me acompaña allá donde voy. No sé qué decirle... ¡Estoy tan emocionada! —dijo América, nerviosa y excitada de encontrarse con el escritor de moda en Colombia.

—Pues no diga nada más, hermosa joven, y concédame este baile. Así se le irá el susto por las historias horribles que he contado hace un rato.

Y García Ponce la enlazó por la cintura y ambos evolucionaron con un brío envidiable por el centro de la pista de baile, ante la mirada celosa y compungida de Armand, que obviamente ya no estaba para esos trotes.

Para acabar de rematar la situación, Violeta al verlos moverse con tanta soltura, comentó:

—Es envidiable la fuerza y energía que conserva García Ponce. Me parece un hombre maravilloso, además de un gran narrador.

La pareja despertó la admiración de la gente. Sus evoluciones resultaban graciosas y elegantes. América estaba radiante en brazos de García Ponce y sentía las miradas de envidia de las otras mujeres y la admiración de los hombres. Con tanto movimiento se le habían subido los colores y sus piernas esbeltas y bien formadas se adaptaban con precisión al cuerpo del hombre, que marcaba con autoridad los pasos distinguidos del tango que en ese momento interpretaba la orquesta.

Armand, en vista del embelesamiento de sus dos acompañantes femeninas con el reputado escritor, se disculpó discretamente y se alejó del salón de baile. Estaba cansado y necesitaba tomar el aire. Fuera, el fragor del agua en el silencio de la noche resultaba sobrecogedor, pero al francés le gustaba esa sensación en la que se imponía la fuerza de la naturaleza por encima de cualquier otra cosa artificial o humana. Salió a una de las terrazas de la primera planta a contemplar el salto a sus anchas. Dejó que el vapor de agua y la niebla densa mojaran su cara; no le importaba que sus huesos doloridos por la humedad se quejaran. «Ya pasará», pensó mientras admiraba el increíble y ensordecedor espectáculo para él solo. Al cabo de un tiempo de estar ahí absorto, volvió a entrar en el hotel iluminado espléndidamente, y cogió el ascensor hidráulico para bajar hasta las inmediaciones del lago donde rompía el Salto. «Tengo que probar su funcionamiento, no vaya a ser que alguien quiera bajar y se quede colgado aquí dentro», se dijo con responsabilidad profesional. Todo funcionaba a la perfección. Allí abajo el rugido del agua era todavía mayor. Impresionaba y estremecía. Armand permaneció unos segundos contemplando el profundo y perenne batir de las aguas y retrocedió asustado al darse cuenta de que estaba totalmente empapado.

Esa noche, Armand se retiró pronto a sus habitaciones, con dolor de huesos y de corazón.

América cayó rendida pero feliz en la cama con dosel y baldaquino en una de las magníficas habitaciones seleccionadas para los quince afortunados invitados.

Y Violeta, que tenía la habitación contigua, se acercó a darle las buenas noches y la encontró profundamente dormida. Incluso llevaba todavía puesta la preciosa diadema con la estrella brillante en la frente. Sonrió y se la quitó con cuidado de no despertarla. Le retiró parte del flequillo y la besó en la frente, oliendo su perfume y su aroma de mujer en plena efervescencia. «Es lo mejor que he hecho en mi vida», se dijo al cerrar satisfecha la puerta del dormitorio de su hija.

Antes de entrar en su habitación, dudó unos instantes pero al final se dirigió apresurada a la habitación de Gabriel. Antes, en el salón de baile, le había mencionado discretamente el número de la suite que le habían asignado como invitado especial a la inauguración del hotel. Llamó suavemente con los nudillos, no fuera a ser que estuviera dormido, como todo el mundo parecía estarlo a tales horas de la madrugada.

La puerta se abrió al instante y apareció la sonrisa espléndida y acogedora de Gabriel. La tomó en sus brazos, como si fuera una novia al entrar por primera vez en el hogar, mientras se besaban con ternura, demorando cada gesto, apreciando cada estremecimiento de su piel madura. Esta vez sin prisas, sin despedidas ni responsabilidades que atender. Tenían horas por delante para demostrarse ese amor antiguo y aplazado tanto tiempo. Y a ello se entregaron lentamente, sin hablar y sin preguntas. Violeta, antes de dormirse, pensaba que si no hubiera conocido a Rodrigo, el hombre que ahora roncaba rítmicamente a su lado, sería el candidato ideal para compartir su vida. «Tenemos tantas cosas en común... Desde que lo conocí en Cali, siempre pensé que haríamos buena pareja. Y sin embargo hemos llevado caminos diferentes.» Y se durmió, satisfecha de haber dado ese paso.

Al día siguiente, cuando los ilustres invitados fueron apareciendo a partir del medio día para desayunar, con los ojos todavía abotargados por los excesos de la noche anterior, los camareros tuvieron que echar las enormes y pesadas cortinas de terciopelo color canela para amortiguar la intensa luz que penetraba por las galerías acristaladas y ventanales del salón comedor. Observó que América ya estaba sentada a la mesa con Doisneau, que se levantó educadamente para retirarle la silla cuando la vio aparecer radiante como una diosa a horas tan tardías de la mañana.

—Mamá, qué tarde vienes a desayunar. ¿Descansaste bien anoche de las emociones de la fiesta? Yo he dormido como nunca. Me encanta este lugar. Nunca olvidaré la noche de ayer, fue fantástica y plena de emociones. Tengo agujetas de tanto bailar. ¡Es maravilloso! —dijo América exultante de alegría.

—Me alegro, hija mía. Sí, la verdad es que la inauguración de este impresionante hotel, la fiesta, el encuentro con el gran novelista colombiano, todo, absolutamente todo, fue perfecto. Gracias, Armand, por invitarnos a este acontecimiento —añadió, echando un vistazo al resto de mesas para ver si localizaba a García Ponce.

—No hay porqué, Violeta. Celebro que a partir de ahora sus reservas respecto a este lugar se debiliten y aprecie su grandeza en su totalidad —contestó Armand, un tanto intrigado por su tardanza en bajar a desayunar.

Acabado el desayuno, América y Armand salieron al exterior para dar un paseo por las inmediaciones del Salto. Hacía un día espléndido y la niebla a esas horas del mediodía se reservaba para bajar más tarde y cubrirlo todo con su tenaz persistencia. Violeta se disculpó y dijo que enseguida se reuniría con ellos. Estaba inquieta porque aún no había visto a Gabriel. Resuelta, se dirigió a la recepción del hotel para preguntar si habían dejado la llave de la habitación reservada a Gabriel García Ponce.

—Sí, señora. El señor García Ponce bajó esta mañana bastante temprano, dejó la llave y se marchó. Ha sido un honor contar con su presencia en la inauguración del Gran Hotel del Salto —respondió educadamente el recepcionista.

—¿Ha dejado algún mensaje para mí? —preguntó Violeta, tratando de disimular su sorpresa.

—No, señora. No ha dejado nada. Yo le pedí un autógrafo de su último libro, *El amor en tiempos de incertidumbre*, y me lo firmó muy amablemente. ¿Desea algo más la señora? —inquirió solícito el joven.

—No, gracias, eso es todo.

Y se marchó hacia donde le esperaban su hija y su buen amigo, con una sensación muy difícil de explicar. No podía entender cómo se había ido así, sin despedirse, sin una nota que justificara su repentina marcha, sin poder besarle de nuevo en los labios amigos.

Cuando llegó adonde estaban esperándola, la sacudió el impetuoso fragor de la catarata y tuvo ganas de llorar, pero se contuvo con entereza. No quería estropear ese momento de plenitud en plena naturaleza salvaje a su hija, que se inclinaba peligrosamente sobre la balastrada de la terraza para que las gotas de agua le salpicaran la cara.

—¡América! Haz el favor de retirarte de ahí. Me da miedo que te acerques tanto al precipicio —le ordenó temerosa.

Su hija hizo caso y, al verla tan asustada, la abrazó con fuerza y le besó la cara mojándola de agua.

—Ya ve, Armand, mi madre es una mujer valiente pero tiene sus fobias. No es tan perfecta como casi todo el mundo cree —dijo América, riéndose y cogiéndola de la mano para iniciar el descenso por los peldaños sinuosos que bajaban hasta aquel gran agujero en permanente ebullición.

—Que no, que yo no bajo ahí ni por nada del mundo. Y tú tampoco deberías, que el suelo está muy resbaladizo. ¡Qué ganas tenéis de sentir la atracción del abismo! No puedo entenderlo. —Y se resistió a descender por los escalones manchados de musgo húmedo—. Por favor, Armand, disuada usted a América. ¡Es una locura!

—Mamá, pero si todo el mundo está bajando, tranquilízate, por favor. Quiero ver de cerca el Lago de los Muertos.

Armand percibió el miedo reflejado en los ojos de Violeta, y optó por mediar en la discusión, invitando a América a descender por el ascensor, que a esas horas de la mañana nadie podía utilizar puesto que solo él tenía la llave de su puesta en marcha.

A Violeta le pareció mejor esta opción, dada la insistencia de la joven en bajar al fondo del precipicio, y se quedó en el mirador esperándoles con impaciencia. Encendió un cigarrillo y se fue calmando poco a poco. Su pensamiento volvió a Gabriel García Ponce. Lo extrañaba, lo añoraba tremendamente. Le habría gustado disfrutar de su compañía un tiempo más. Incluso se había hecho ilusiones sobre su futuro juntos, quizá durante un tiempo. No obstante, reconocía que era una ingenua. No sabía nada de su vida privada, pues nunca habían hablado de esas cosas cuando se encontraban de forma casual a lo largo de esos años. Sentía su orgullo herido y el

dolor de las desapariciones sin despedida, como había hecho ella años atrás con Leonardo cuando abandonó los Bosques de Niebla y se marchó a Bogotá, sin explicaciones, sin palabras, solo con la desazón de la falta de razones y la falta de respuestas. Todavía retenía el olor del cuerpo de Gabriel, cuando ya se iba borrando el de Leonardo y el recuerdo de la presencia arrolladora de Rodrigo. No podía seguir con esta incertidumbre. Necesitaba alguna razón, una explicación para que las piezas encajaran. Abandonó la terraza y volvió a la recepción del hotel. Afortunadamente, esa mañana estaba otra persona: un señor mayor con aspecto de encargado. Se identificó como cronista de *El Espectador* y preguntó por el señor García Ponce, ya que debía encontrarse con él para hacerle una entrevista. El encargado, muy amablemente, le dio la respuesta que Violeta intuía de antemano, pero que quería verificar por sí misma.

—Lo siento mucho, señora. El señor García Ponce tenía reservadas dos habitaciones: una suite para el matrimonio y otra para sus hijos; pero al final vino solo, dio la conferencia programada y se marchó esta mañana muy temprano, después de recibir un cable de su esposa desde Cartagena. Parecía algo urgente.

Violeta sonrió con una mueca de tristeza y agradeció la información, más que suficiente para entenderlo todo. Ahora ya estaba más tranquila. Las piezas encajaban. Pero aun así, ella, en la misma situación hubiera dejado una nota, un mensaje sin mentiras pero reconociendo lo hermoso de su último encuentro. «Será cuestión de detalle o de valentía, pero no esperaba este vacío en él», pensó decepcionada. Reunió su coraje habitual y bajó a los sombríos sótanos para encontrarse con su hija y Armand.

«Tendré que empezar a olvidarlo, para no sufrir. Está claro que nuestros caminos se cruzan pero ni siquiera coincidimos en un trecho juntos», se dijo con resignación, identificando entre toda la gente a Armand y Violeta, que se amontonaban entusiasmados para ver el final del terrible Salto. Pensó que ya era el momento de preparar el viaje a Galicia y de que América, una vez acabada su graduación, conociera por fin a sus abuelos españoles. En cuanto llegaran a Bogotá, se encargaría de reservar los pasajes y escribiría a su padre para anunciarle su regreso en fechas breves. También sería una forma de mantener su mente ocupada en los preparativos del viaje y así olvidar la arrebatadora sonrisa del escritor.

Sin embargo, los imprevistos de la vida les harían una vez más retrasar el viaje a España, porque el diario *El Espectador* acababa de recibir un importante premio europeo y Fidel Cano, con lo más florido de su redacción, había decidido recoger la distinción en el Hotel del Salto, lugar de moda y escenario también elegido por los promotores europeos del galardón, que deseaban conocer tan espléndido y exótico sitio rodeado de selva. Ese fue el motivo por el que madre e hija tendrían que postponer el viaje unos meses, hasta el verano, y visitar nuevamente el exquisito y singular hotel.

El periódico y los editores de Bogotá tiraron la casa por la ventana para recibir como se merecía tan prestigioso galardón y organizaron una gran fiesta a la que acudiría toda la burguesía bogotana, una buena representación de la clase política, del mundo del arte y la cultura. La organización del premio corría a cargo de los editores franceses y alemanes, que en esta ocasión actuaban como anfitriones de la gala, motivo por el cual los colombianos se sintieron muy halagados. Había pasado solo un año desde la inauguración del hotel y este lucía con todo su esplendor. Todavía más debido al acontecimiento de carácter europeo que iban a albergar sus salones y que les hicieron esmerarse en todos los detalles. Las columnas de la fachada exterior se decoraron con flores alrededor de sus capiteles corintios. Las ventanas del torreón brillaban como diamantes, tan limpias las dejaron para la fiesta, los ojos de buey de las plantas superiores se repintaron de nuevo, y los tejados a cuatro aguas por las persistentes lluvias del bosque húmedo se limpiaron cuidadosamente del musgo y el verdín crecido a fin de que se apreciara mejor la armonía de sus artesonados. El imponente edificio rojo pompeya resplandecía una semana antes de que se entregara el prestigioso premio al diario colombiano. Igualmente, a fin de tamizar la luz en los espacios de disertación se encargaron más cortinas de terciopelo dorado para unos salones y verde musgo para otros, así como sedas evanescentes en las galerías con ventanales de medio punto para que entrara la luz a raudales y los invitados pudieran admirar el Salto a salvo de la humedad.

Como no podía ser de otro modo, Violeta, como miembro destacado de la redacción, sería una de las encargadas junto con Fidel Cano, su director, de recoger el premio y pronunciar unas palabras de agradecimiento. Nunca había estado tan nerviosa. Hablar en público no era lo suyo, así que le rogó al director que se alargara todo lo que considerase conveniente, ya que ella quería ser muy breve. A Violeta Saramago iban a reconocerle su extraordinaria contribución al conocimiento de las comunidades indígenas de Colombia y el profundo respeto que mostraba en el tratamiento informativo de sus costumbres y su cultura. Tendría que estar presente en el acto Manuel Quintín Lame, pero al parecer no se encontraba bien de salud y no iba a poder acercarse a recoger el premio por la parte que le tocaba, como fuente de inspiración y líder indiscutible de los indios yanaconas. América, a quien a sus diecinueve años le encantaban las fiestas y los acontecimientos sociales, estaba feliz de volver a acompañar a su madre, y también por retrasar un poco más el viaje a España. Adoraba el Gran Hotel del Salto y la posibilidad de pasar unos días en sus elegantes interiores la entusiasmaba. Por su parte, Violeta acariciaba la idea de ver a Gabriel García Ponce, ya que durante su juventud había trabajado como periodista en diversos medios locales, y este era al fin y al cabo un prestigioso reconocimiento europeo a las letras colombianas.

La tarde noche en que se entregaba el premio, el edificio se veía deslumbrante en mitad de la selva. Como una aparición. Los colombianos querían sorprender a la organización europea y habían colocado en el exterior candelabros de varios brazos con tulipas de color rosado que otorgaban una luz acogedora y tenue a lo largo de la fachada principal. Ese día también habían cortado el tráfico y prohibido la entrada al Salto de Tequendama al público en general. Querían tenerlo todo controlado y que la exquisitez reinara en los alrededores del hotel. Lo único que no podía prever la organización era una posible lluvia tropical que cayese en tromba y desluciera la entrada de las autoridades y homenajeados, pero de momento solo hacía acto de presencia la niebla como cada día al atardecer. Y la niebla era uno de los encantos del Tequendama.

Todo transcurrió según el guión establecido y los aplausos apagaron el fragor exterior de la cascada durante varios minutos. De hecho, los editores europeos que visitaron el edificio por fuera antes de proceder a la entrega de premios, alabaron y ensalzaron su arquitectura de estilo colonial con toques afrancesados. En esos años, y en consonancia con los alegres años veinte, la república conservadora de Colombia se había caracterizado por la profusión de obras públicas e infraestructuras de elegante arquitectura y refinado buen gusto. El Hotel del Salto era un buen ejemplo de esa tendencia.

Con un discurso breve y medido, Violeta dedicó sus primeras palabras de agradecimiento a Manuel Quintín Lame, su fuente de inspiración y casi de vida, se atrevió a decir. Y tanto ella como su hija se convirtieron en el centro de atención de la jornada. Sobre todo para unos fotógrafos que no cesaban de disparar sus molestos flashes para inmortalizar a una de las veteranas cronistas acompañada de su preciosa hija América.

Para el gran día Violeta había elegido un vestido negro recto y largo hasta los tobillos, solo insinuando la cintura, y con un pronunciado escote en uve que dejaba al descubierto sus hombros y buena parte de la espalda. Como único adorno se había puesto al cuello la pequeña esmeralda que un día le regalara Quintín Lame, colgada de una cadencia de oro. Llevaba guantes largos por encima del codo de color granate y zapatos altos de ante del mismo tono, el pelo marcado con grandes ondas y recogido —como solía— en la parte alta de la nuca con dos hermosos prendedores brillantes en forma de golondrinas. Con la sobriedad y elegancia de su atuendo, aún seducía a sus cincuenta años. Y a su lado, siempre sonriendo tímidamente, la joven América, que regresaba un año más tarde a su admirado y querido hotel y volvía a reinar como la protagonista de un cuento de hadas. La joven había elegido para ese día un extravagante vestido de lamé gris, casi blanco, con dibujos *art déco*, y un turbante de lentejuelas doradas cubriendo su cabeza, por donde aparecían dos mechones de pelo negro pegados a sus mejillas. Un pañuelo de seda rosa apagado envolvía su cuello de gacela joven. En esa etapa de su vida ambas mujeres estaban radiantes y satisfechas.

Don Julián y doña Leticia no quisieron perderse el acontecimiento, y aunque eran reacios a ir más allá de los límites de sus jardines, en un detalle que les honraba se desplazaron en los Ferrocarriles del Sur hasta Tequendama para estar al lado de Violeta y de su querida nieta en día tan señalado, en el que además del premio periodístico iban a celebrar la graduación de la joven. Tenían previsto quedarse en el hotel tres días para aprovechar las lujosas estancias, conocer a las ilustres personalidades congregadas en el evento y no perderse las espectaculares vistas que ofrecía el lugar más popular de Colombia.

Violeta agradeció sentirse arropada por la familia de Rodrigo, ya que la suya propia se hallaba tan lejos, pero además estaba contenta porque ya tenía guardados en

un cajón de su casa de Bogotá los billetes de embarque, esta vez en primera clase, para cruzar el Atlántico rumbo a su añorada Galicia. En la última carta recibida, Odilo escribía que «iba tirando» y que resistiría todo el tiempo que fuera necesario para conocer a su nieta. Parecía, por las puntualizaciones de Rosalía, que había experimentado una ligera mejoría y se encontraba muy alegre y motivado con el anuncio de la inminente visita de «las colombianas», como las denominaban últimamente en el pueblo gallego.

Únicamente extrañaba a Gabriel García Ponce, que no había hecho acto de presencia ni se le esperaba, por lo que pudo averiguar del propio Fidel Cano. Al parecer, le habían otorgado un importante galardón de las Letras en Francia, y desde hacía una semana se encontraba con su familia en París, le comentó el editor. Violeta se asombró y se entusiasmó a partes iguales ante la noticia.

—Un reconocimiento importante para el escritor colombiano más grande —dijo—. ¡Es magnífico! No me había enterado, Fidel. ¡Qué coincidencia, ¿no?! Aquí viene Europa a entregarnos un premio y el colombiano más ilustre viaja en dirección contraria para recoger el suyo.

También echaba de menos a su querido amigo Armand Doisneau, que no había podido acercarse como hubiera sido su deseo, pues esos días sufría un ataque de ciática que le impedía moverse y con mayor motivo viajar.

El tercer y último día de estancia en el hotel le llegó un cable urgente en que el mulato Dionisio le pedía que, si podía, fuera inmediatamente a los Bosques de Niebla, porque Manuel Quintín Lame se apagaba.

Estimada y muy querida señorita Violeta: Manuel Quintín Lame se está despidiendo de todo el mundo acá en las montañas. Anda muy enfermo y no se recupera pese a todos los médicos que le han visitado y a los chamanes que le acompañan día y noche. Él se apaga, y varias veces ha preguntado por usted. Si tuviera la gentileza de regresar a estos bosques que una vez fueron también suyos, la esperaríamos con los brazos abiertos y el corazón alegre de ver de nuevo a la mujer dorada, tan querida para todos nosotros en estos momentos de oscura tristeza.

DIONISIO

No se lo podía creer. Algo había presentido cuando unas semanas atrás había tanteado la posibilidad de traerlo al hotel y compartir con él la distinción concedida. Ya entonces le llegaron rumores de que estaba enfermo. Pero el mensaje de Dionisio parecía más bien una sentencia de muerte. No perdió ni un minuto en decidir emprender el viaje para llegar a tiempo de abrazarle. No estaba tan lejos. Afortunadamente, sus suegros seguían en el hotel y podían quedarse al cuidado de su nieta. América ya era mayor, pero el lugar —a pesar del ambiente agradable que las envolvía siempre que habían estado— no disipaba sus irracionales temores. No se marcharía a ver a Quintín Lame si tuviera que dejar a América sola en ese hotel, pero sabía que se lo debía.

Cuando llegó a los Bosques de Niebla se temió lo peor. Los habitantes de los poblados cercanos merodeaban por la aldea de Quintín Lame, había antorchas encendidas alrededor de la casa familiar y también en los senderos del bosque que conducían allí. Reinaba un silencio profundo, respetuoso, solo roto por los murmullos monocordes de los hechiceros y chamanes. Dionisio había bajado a la plantación a buscarla para subir juntos hasta el lecho del jefe y yanacona. La recibió Belinda, que se arrodilló a sus pies en señal de supremo agradecimiento por llegar a tiempo. Estaban todos sus hijos y otros diez jóvenes de todas las edades y ambos sexos, con un curioso parecido en sus rasgos con los del patriarca. Más tarde se enteraría de que Manuel Quintín Lame tenía descendencia en casi todas las comunidades por las que había pasado, y que incluso hubo una época de su juventud en que las mujeres yacían con él para que su simiente no se perdiera y procrearan hijos e hijas con el valor, la inteligencia y el pensamiento del líder indígena. Por lo visto, había sido un hombre de un enorme vigor sexual, según le explicaría cuando todo acabase la propia esposa.

Manuel estaba tumbado en la cama con su larga cabellera encanecida y desparramada por los almohadones, sudaba mucho y tenía fuertes dolores que le calmaban con morfina mezclada con infusiones de hoja de coca. Permanecía con los ojos cerrados y la expresión concentrada, como si esperara temeroso la próxima punzada de dolor. Pero en cuanto Violeta se acercó, abrió sus grandes ojos oscuros y cansados y sonrió, cogiéndole una mano; la suya ardía.

—¡Manuel! Estoy aquí. Ya sabe, nos tenemos que servir mutuamente en tiempo de oscuridad —dijo, traduciendo el significado de «yanacona», que el propio indio le había enseñado. Y se inclinó a su lado para besarle en la frente.

Estaba muy débil y apenas resultaban audibles sus palabras, pero entendió perfectamente las de Violeta. La complicidad entre ambos todavía no se había apagado del todo.

—Ha venido la mujer dorada. Yo siempre estaré en su interior y en las altas estrellas del tercer círculo, como está ahora Rodrigo. Nunca estarás sola, pase lo que pase —dijo Quintín Lame, tratando de sonreír sin lograrlo por el dolor.

Violeta contemplaba la corpulencia del hombre valiente ahora reducida por la enfermedad y el dolor que le torturaba con una frecuencia insoportable. «Siempre encuentra las palabras adecuadas, aunque esté muriéndose y aturdido por las drogas», pensó sin soltar su mano, que apretó con fuerza para darle las gracias sin palabras. Se volvió hacia Belinda, rogándole con la mirada que impidieran que sufriera. No podía verlo así. Belinda se acercó y le suministró un poporo lleno de morfina y coca que él tragó con dificultad. Poco a poco, la droga fue haciendo efecto y el cuerpo del hombre se relajó, desaparecieron las arrugas de su frente y su corazón dejó de latir.

En ese momento estallaron los lloros, las oraciones y los gemidos. Se rompió el silencio y abrieron todas las puertas y ventanas para que el espíritu de Quintín Lame saliera de su cuerpo y se elevara hacia la luz de las estrellas, que empezaban tímidamente a refulgir en el Bosque de Niebla. Todos los hijos engendrados por el líder indígena fueron pasando ante su lecho para mostrar respeto. Y Belinda se abrazó a Violeta, entregándole su cariño y agradecimiento. Fue entonces cuando le dijo en voz muy baja:

—Fuiste como una hija para Manuel. Él te quería y respetaba. Eres la única mujer blanca y española que admiró. Algunas veces se sinceraba conmigo y me decía que Violeta debería haber sido hombre. Y luego se reía y añadía que «a lo mejor es un valiente soldado disfrazado de doncella para engañar al enemigo». Antes de caer en el trance de la muerte me hizo entrega de uno de sus cuadernos, a los que tú le aficionaste cuando llegaste a los Bosques de Niebla, y dejó esto escrito para cuando vinieras a su lecho. Tómalo, ahora es tuyo.

Violeta, emocionada, se secó las lágrimas y se sentó al lado del cuerpo de Manuel Quintín Lame. Leyó pausadamente las palabras para que le acompañaran en su vuelo hacia las estrellas.

—«Yo empecé un camino de abrojos y espinas, y al continuar ese camino me vi obligado a cruzar dos ríos, uno de lágrimas y otro de sangre, y esos dos ríos corrían como los ríos cristalinios que tiene la naturaleza, los que bañan las cinco partes del mundo: los que arrastran sin cesar las arenas... Y así es la humanidad que ha pasado ante la inteligencia infinita.»

Durante tres días seguidos se oficiaron ceremonias en la aldea donde vivió y en los poblados vecinos, con su cuerpo presente para que pudiera ser visto y honrado por los suyos, llegados de diferentes comunidades indígenas de Colombia. Al tercer día llevaron su cadáver a Tierradentro y lo enterraron junto a un gran árbol para que sus raíces se nutrieran de sus restos. En el lugar elegido se comenzó a excavar una gran fosa que albergaría su cuerpo de forma definitiva. El mausoleo se levantaría en plena selva húmeda y las paredes se decorarían con sus pensamientos y los símbolos de la cultura yanacona. Tres artesanos esculpirían una enorme estatua que recordara su figura, y se colocaría a la entrada de la tumba para protegerla, y el cóndor la sobrevolaría y vigilaría que nadie la profanara. De esta forma, el último reposo del líder indigenista podría ser visitado y venerado como caudillo que fue para toda la población nativa de los Bosques de Niebla del Cauca y más allá de su propio

territorio. Su influencia había llegado a la Sierra Nevada de Santa Marta y al Amazonas, donde su nombre siempre fue conocido y sería respetado por las generaciones futuras.

Violeta se sintió satisfecha de haber llegado a tiempo de despedirse de él. El gran indio había sido su padre en aquellos años en los que ella buscaba su camino y su identidad como persona. Recordaba el respeto que le despertaba su figura imponente cuando se había refugiado en las montañas huyendo de las plantaciones de café y de la maldad prepotente de los hacendados, de cómo habían congeniado enseguida y comenzado a trabajar juntos, codo con codo, para propagar su ideario y la defensa de su raza. Como siempre hacía ante el vacío que dejaba un ser querido, Violeta agradeció a la vida que hubiera puesto en su camino a Quintín Lame, de quien tanto había aprendido y que había sido su guía para cruzar sin desmoronarse los momentos más trágicos de su existencia. Se despidió de Belinda y sus hijos. Intuyó que ya no volvería a los Bosques de Niebla, que esa etapa de su vida se cerraba con la muerte de Quintín Lame y la ausencia de Leonardo, del que nadie había vuelto a saber nada en los bosques.

Al marcharse volvió a inquietarse: quería recoger a su hija lo antes posible del hotel y volver con ella y sus suegros a Bogotá para preparar el viaje a España. Y antes tenía que escribir la crónica de la desaparición de Manuel Quintín Lame para *El Espectador*, al que buena parte de Colombia lloraba en su recuerdo.

Leonardo, 1929 (Gran Hotel del Salto de Tequendama)

La ciudad de Barranquilla experimentaba la eclosión de prosperidad de los comienzos del siglo XX. Su puerto se ampliaba y al calor de su comercio y de las exportaciones se abrieron nuevas fábricas de envasado de café. En una de ellas se había asentado Leonardo desde que saliera de los bosques de los Andes. Conocía bien el producto y era el encargado de una de las secciones de envasado final y carga en los contenedores que llevaban el café de Colombia a todo el mundo. Era un empleado respetado por su entrega casi obsesiva al trabajo y seguía siendo un hombre huraño y poco hablador. A sus cuarenta y cinco años no se había casado, aunque convivió varios años con la joven india que frecuentaba su choza en la selva húmeda. Pero cuando tomó la decisión de abandonar aquello se marchó solo, como había llegado. En el poblado de abajo del río nunca entendieron por qué se fue de un día para otro. Sus conocidos intuían que algo había tenido que ver la mujer dorada en esa decisión. Porque desde que Violeta se trasladara a Bogotá el muchacho nunca volvió a ser el mismo. En Barranquilla tenía amantes, una detrás de otra, debido a una belleza física que no había empeorado con los años, sino que incluso había ganado con la madurez. Pero las mujeres le duraban poco porque Leonardo se cansaba enseguida de ellas. Las utilizaba como cuerpos para desahogarse pero con ninguna establecía vínculos de convivencia, ni siquiera soportaba una mujer a su lado más de una semana. Tenía a Violeta grabada a fuego en su corazón y ninguna otra mujer aguantaba la comparación de su recuerdo. No era un hombre instruido ni cultivado, apenas leía y apenas le interesaban los periódicos, con sus politiquerías destinadas a los incrédulos. Pero un día oyó comentar en la fábrica a uno de sus compañeros, un joven guajiro de Ríohacha, que a lo mejor dejaba la fábrica y se iba a buscar trabajo a Bogotá. Contó al grupo que le escuchaba que habían construido un moderno hotel, una maravilla, y, por lo que decían los periódicos, necesitaban personal y pagaban bien, mejor que en la fábrica. Ese simple comentario le llenó de interés y acudió en busca de los diarios atrasados que colgaban de un alambre en la pared del comedor colectivo.

Efectivamente, mencionaban el elegante Hotel del Salto de Tequendama y el acto en que se había otorgado el premio europeo de la prensa al mejor diario colombiano. Para su sorpresa, en una de las fotos aparecía Violeta al lado de una joven morena de rasgos suavemente mestizos y de inmensos ojos claros. Aunque no podía apreciar el color porque la fotografía era en blanco y negro, sabía que eran verdes como los de su madre y como los suyos. Leyó ansioso el pie de foto y salió de toda duda: «La reputada cronista Violeta Saramago al recibir el premio a *El Espectador* junto con su encantadora hija América, de diecinueve años, en el baile que tuvo lugar tras la concesión del prestigioso galardón.» Se llenó de indignación y sorpresa al conocer la existencia de la joven y su asombroso parecido con él. Arrancó la hoja con furia y se la guardó en el bolsillo del mono para observarla con más detenimiento en la soledad de su casa.

Para Leonardo, ciego de ira, todo coincidía. Estaba convencido de que en su último encuentro amoroso en Cañaveral Violeta se había quedado embarazada y él era el padre de la criatura, aunque ella se lo ocultó porque quería, y así se lo dijo, que desapareciera para siempre de su vida. «Han pasado diecinueve años desde que nos amamos en aquella habitación de Cañaveral, desde que ella se entregó como nunca. Y fruto de aquel amor es esta joven de la fotografía, ¡mi hija!», dedujo en su delirio de hombre obsesionado y rechazado. Miraba una y otra vez el hermoso rostro de América y veía sus mismos rasgos. Se miró en el espejo para cerciorarse del parecido con la joven. En su frenética locura ante el descubrimiento, recortó la foto y la pegó en un cartón.

Con esa prueba en la mano, iba por las cantinas cercanas al puerto y borracho de odio y licor la enseñaba y decía al que quería oírle que esa muchacha era su hija.

—Nos parecemos, ¿verdad? —preguntaba ansioso y derrotado a los parroquianos.

—La chica es guapa. Sí que se parece a ti. Es clavadita: los mismos ojos, el pelo moreno y liso, la piel que se adivina más oscura que la de la blanquita que está a su lado —le dijo el tabernero, cogiendo la fotografía y mirándola con detenimiento.

—¡Enhorabuena, Leonardo! Qué callado te lo tenías, pendejo —exclamó otro parroquiano.

—¿Y dónde hiciste ese trabajo tan fino? —preguntó un tercero, animado por el alcohol.

La respuesta de Leonardo fue un puñetazo directo a la boca que le partió el labio. El hombre comenzó a sangrar asustado y salió de la taberna gritando que Leonardo estaba loco, que siempre había sido un bicho raro, como todos los indios.

Resentido y fracasado, abandonó la última taberna del puerto y se sentó en el muelle para despejarse un poco con la brisa marina. Rememoraba sin poderlo evitar su tragedia, la triste herencia que le había dejado su madre en un trocito de papel que guardaba todavía entre sus escasas pertenencias. Se consideraba un estúpido porque durante mucho tiempo había soñado con hacer de Violeta su mujer, ocultando para siempre sus orígenes comunes y sus vínculos de sangre. «Sabe Dios que lo intenté tragándome mi orgullo de hombre humillado por su abandono. La seguí hasta el norte para recuperarla después de la muerte de su prometido, y estuve a punto de conseguirlo cuando la tenía de nuevo entre mis brazos. Pero tuvo que despreciarme otra vez. Es lo que hace siempre: usarme y rechazarme», pensaba casi en voz alta, llevado por la intensidad de sus pensamientos.

Miró el agua tranquila a sus pies meciéndose entre los barcos, y por un instante tensó su excelente musculatura para tirarse al mar y dejarse ahogar definitivamente. No lo hizo, se relajó y concentró todas sus energías en un plan de venganza. Quería destruir a Violeta: si no la podía tener, la destruiría. Y de la manera más cruel posible: contar la verdad de su complicado parentesco a la joven América, a la que él consideraba hija suya. «Ya es hora de que desvele mi secreto. Ella debe saber que soy su padre, y que nuestro origen es el mismo porque yo también soy un Saramago. Ese será el peor castigo para Violeta», caviló, poniéndose en pie para volver a su casa y prepararse para emprender viaje al Hotel del Salto de Tequendama.

Cruzó media Colombia para llegar a su objetivo. En el último tramo cogió el Ferrocarril del Sur hasta Bogotá. En la ciudad, se equipó en una renombrada sastrería con la indumentaria apropiada de un caballero para no desentonar en el lujoso hotel. Eligió un esmoquin negro con pajarita ancha de terciopelo verde oscuro, por indicación del amable sastre, que le hizo los arreglos sobre la marcha, mientras alababa su estatura y el formidable cuerpo con que la madre naturaleza le había dotado.

—Señor, el traje le cae como un guante. Está usted elegantísimo, si me permite que exprese mi admiración a sus excelentes hechuras. ¿Va usted a asistir a algún acontecimiento especial? —le preguntó mientras estiraba un poco la levita por detrás para comprobar que el excelente paño no presentara ninguna arruga.

—Sí, voy a conocer a mi hija. Hace diecinueve años que no la veo —respondió secamente.

El amable sastre tosó levemente, nervioso y sorprendido por la respuesta de su cliente.

—Entonces, la ocasión lo merece. Va usted a deslumbrarla, si me concede la confianza.

Leonardo no respondió. Pagó en efectivo y antes de abandonar la tienda le preguntó si necesitaría un abrigo para el clima de Tequendama. El sastre le respondió que era una zona selvática muy húmeda y que por las noches seguro que bajaba la temperatura. Le enseñó un precioso gabán de pura lana gris marengo y Leonardo se lo llevó puesto sobre los hombros.

—Ha sido un placer servirle, señor. Que lo pase usted muy bien en el Hotel del Salto —le dijo el sastre al despedirle, abriéndole solícito la puerta de la calle.

Leonardo se giró, lo miró extrañado y preguntó.

—¿Cómo sabe usted que voy al Hotel del Salto?

Los ojillos picarones del sastre se iluminaron un instante al responderle con una amplia sonrisa:

—Señor, con esa planta y el traje que lleva, su destino no puede ser otro que los glamurosos salones del hotel de moda en Colombia.

Leonardo cruzó la noche bogotana camino a la estación, donde cogió el tren que le conduciría al Salto de Tequendama. Una vez en el vagón, sacó de su bolsillo un sobre cerrado en el que se leía: «Para América Saramago.» Se quedó pensativo mirándolo. Su intención era dejarlo en la recepción del hotel, o bien avisar a un conserje para que se lo entregara en mano a su destinataria, y marcharse a continuación. Dudaba sobre la actuación y los pasos a seguir. No sabía si se atrevería a hacerlo en presencia de Violeta. No estaba seguro de querer conocer a la muchacha. Por un lado sí, pero por otro temía ese encuentro. Solo el odio le mantenía firme en la ejecución de su venganza. «Si al final las cosas se complican —pensó—, siempre puedo dejar el sobre y huir como un cobarde.»

Cuando el tren estaba a punto de llegar al Salto, Leonardo se quedó maravillado del aspecto exterior del hotel. A lo lejos, el edificio profusamente iluminado parecía

una gigantesca luciérnaga. Nunca en su vida había visto algo tan hermoso. A medida que se acercaba, se sintió fuera de lugar; solo la elegancia de su indumentaria le protegía contra sus complejos de indio turbado.

Una vez dentro, pasó desapercibido entre la gente que paseaba alegre por sus dependencias. Las puertas estaban abiertas, la música sonaba envolviendo las risas y conversaciones de hombres y mujeres, las lámparas de lágrimas le parecían estrellas relucientes. Leonardo miraba alrededor atónito y deslumbrado por la sofisticación del ambiente. Se sorprendió de ver a las mujeres beber, fumar y bailar un ritmo endiabladamente rápido en el que parecía que las piernas se les iban a descoyuntar. Nunca había visto la modernidad de las grandes fiestas y la relajación de las costumbres, sobre todo en las mujeres, que se había instalado en la alta sociedad después de la Primera Guerra Mundial y antes de la Gran Depresión, y que ya había hecho acto de presencia en el norte del continente americano. Si Leonardo leyera los periódicos sabría que en Nueva York había personas que se tiraban por las ventanas de los rascacielos porque lo habían perdido todo en unas horas, pero él todavía vivía en su selva interior, en su mundo oscuro y vengativo.

Se acercó un poco aturrido a la recepción para alojarse por una noche. Creía que era lo que debía hacer para poder estar allí sin que lo echaran de inmediato. El recepcionista, muy amable, le dijo que lo lamentaba muchísimo ya que todas las habitaciones estaban ocupadas, pero que por supuesto la fiesta acababa de empezar y era bienvenido al Hotel del Salto. Leonardo, con gesto serio y decidido, sacó el sobre del bolsillo interior de su esmoquin y se lo entregó.

—Es para que se lo entreguen a la señorita América Saramago —dijo.

La mano enguantada del conserje lo miró y, al leer el destinatario, intuyó que debía de haber algún error, dado que el nombre y el apellido no concordaban, pero su exquisita educación y oficio le obligaban a coger el sobre y, para aclarar la posible confusión, dijo:

—La señorita América está esta noche en el hotel. Si quiere dárselo personalmente, con mucho gusto un mozo le acompañará hasta donde se encuentre. Creo que se quedará en el hotel unos días más. Su madre, la señora Violeta Saramago, ha tenido que marcharse urgentemente —le informó, dejando la carta sobre el mostrador, en terreno neutral.

Leonardo meditó qué hacer durante unos largos segundos. Finalmente decidió dejarle el sobre al recepcionista.

—Muchas gracias. No es necesario que nadie me acompañe, y la encontraré —contestó.

—Entonces, ¿guardamos la carta aquí en la recepción para la señorita América? —preguntó el hombre para tener claro qué debía hacer.

—Sí. Quiero darle una sorpresa, pero más tarde —respondió Leonardo, rápido de reflejos esta vez.

El recepcionista, un hombre con muchos años de oficio, colocó el sobre en el casillero de la habitación 14, correspondiente a América, y vio alejarse al elegante caballero, al que en ese momento un mozo le pedía solícito que le entregara el gabán para dejarlo en el guardarropía y le daba una plaquita dorada con un número.

Atravesó los alfombrados corredores y se encaminó a los salones que se abrían espléndidos tras unas puertas blancas y acristaladas, decoradas con molduras caprichosas. A medida que caminaba pausadamente en busca de su presa se fue tranquilizando. Afortunadamente el servicial recepcionista le había liberado de su peor temor: que Violeta estuviese en el hotel. Ahora tenía campo libre, y con esa sensación de seguridad meditó si se atrevería a abordar a América y desvelarle su secreto, o se contentaría con observarla desde una prudente lejanía. Para Leonardo, esto era algo muy parecido a ir de cacería. Primero tenía que encontrarla entre tantas mujeres hermosas, vestidas —para él— de un modo extraño, todas con brillos, plumas, flecos en las faldas y en el torso, y turbantes de atrevidos colores. Lo que más le llamaba la atención era que todas, absolutamente todas, llevaban los labios rojos, bebían y fumaban como los hombres o más.

Las mujeres que Leonardo había conocido en la fábrica no se podían permitir el lujo de llevar los labios pintados de *rouge* durante las largas jornadas laborales, y las que frecuentaba en las tabernas, alguna vez iban pintadas así los fines de semana, pero era algo que no le gustaba porque no era cómodo para besarlas. Al hombre mestizo le gustaban las mujeres sin maquillaje, aunque reconocía que las que había en esa gran fiesta eran realmente hermosas. No obstante, le parecían todas iguales. Iba a resultar más difícil de lo que esperaba encontrar a la joven América entre tantas damas a la moda.

Su entrada en uno de los salones de baile hizo girar más de una cabeza de mujer y de algún que otro hombre. Algo cohibido, se sentó en una butaca cerca de una orquesta que en esos momentos tocaba un jazz tranquilo, lo que hacía que la gente abandonara por unos minutos el frenético charleston, y regresara a los grupos y las conversaciones banales propias de esas horas de la noche. A su lado, en una mesita baja había una caja de plata abierta que contenía unos espléndidos puros, y prensa del día con ejemplares de *El Espectador* y *El Tiempo*. Para entretenerse en la espera y sosegar su ánimo alerta de cazador, cogió un puro, lo encendió y comenzó a fumar al tiempo que hojeaba los periódicos. En uno de ellos escribían sobre Quintín Lame y su enfermedad, cuyo fatal desenlace parecía inminente. Leonardo dedujo que Violeta se había marchado del hotel para ver al líder indígena en sus horas finales. Nadie se lo tuvo que explicar. Tanto Leonardo como Violeta habían vivido en la selva húmeda de los Andes y sabían intuir o presentir los acontecimientos. No sintió pena alguna. El jefe indio siempre había preferido tener a su lado a Violeta, y le había otorgado su confianza y el poder de decisión, mientras que nunca se había fijado en él, que sin embargo pertenecía a su pueblo. Su corazón era duro como la piedra: tenía respeto por la figura de Quintín Lame, pero ese respeto nacía del temor a su superioridad, no del reconocimiento de sus virtudes como persona. Dejó el diario sobre la mesa y se concentró en su misión. No deseaba que nada distrajera su propósito de venganza. Se levantó y abandonó el salón para proseguir su búsqueda por las galerías profusamente iluminadas que conducían a otras dependencias. En uno de los espejos que cubrían las paredes de arriba abajo se miró y casi no se reconoció vestido así, como un caballero. Realmente era el hombre más guapo de esa noche en el Hotel del Salto. Si Violeta viera esa figura reflejada en el espejo pensaría que Odilo Saramago se había aparecido esa noche. Su parecido le resultaría sorprendente con el padre que ella recordaba, cuando ella era una joven de diecinueve años en Galicia y admiraba a su progenitor. Pero Violeta estaba muy lejos de allí, ajena a la desconcertante presencia de Leonardo en los salones del hotel.

Por su parte, a esas horas de la noche, don Julián y doña Leticia hacía rato que se habían retirado a sus aposentos, cansados de tanto bullicio. Antes le habían aconsejado a su nieta que no se acostara demasiado tarde. Les gustaría desayunar por la mañana en su compañía, para lo que debería levantarse a «una hora decente», habían dicho.

En una de las pequeñas salitas contiguas a los salones de baile había un grupo de cinco personas sentadas cómodamente escuchando con atención a un tal Nelson Mariano Barboza contar historias paranormales y apariciones extrañas que habían tenido lugar, aseguraba, en lo que fuera la casona del Salto antes de convertirse en lujoso hotel. Era un hombrecillo de baja estatura y enjuto de unos sesenta años que vivía en la zona desde hacía dieciocho años, y durante un tiempo había residido en la casona como chico de los recados.

—La verdad, en esos años que viví acá experimenté cosas de miedo. Una vez oí ruidos por la noche, cerca del cuartito de servicio donde dormía, y se me apareció una de las almas que se arrojan al Salto; y a muchas de las personas que han vivido aquí por varios años también les ha pasado lo mismo —explicaba Barboza.

Una señora extranjera que escuchaba sobrecogida las historias de aparecidos se atrevió a comentar que ella desconocía que este maravilloso sitio, lleno de brillos y esplendor, tuviera esa fama de lugar tenebroso rodeado de muerte desde hacía tantos años.

—Pues sí, señora, con todos mis respetos, diré algo más. Todavía recuerdo cuando rescatamos a una dama que se lanzó en un vehículo y fue asombrosa la manera tan desfigurada en que quedó. Nosotros llegamos a las dos horas de haberse tirado y vimos todo muy fresco —explicó con naturalidad no exenta de morbo el que fuera encargado de los recados entre la estación del tren y el refugio.

América, que era una de las oyentes del grupo, se llevó las manos a la boca para contener una exclamación de horror al imaginarse la escena. Ese gesto no le pasó desapercibido a Leonardo, que sigilosamente se había acercado a la salita y escuchaba la plática del antiguo empleado, al que seguramente la dirección del hotel habría contratado esos días para entretener a los ilustres invitados con historias macabras. Esperó pacientemente a que el hombre terminara sus relatos, hábilmente mezclados con dosis de realidad y ficción a partes iguales, y que tenían el efecto de entretener a los clientes más rezagados a la hora de retirarse a sus habitaciones.

Se quedó mirando fijamente a la joven, tratando de descubrir si bajo sus ropajes brillantes y el turbante dorado que ocultaba su pelo se escondía la persona que buscaba. América notó la fuerza de su mirada y se giró para encontrarse con unos ojos verdes clavados en los suyos. Se levantó tímida para retirarse a su habitación y pasó al lado del hombre elegante y desconocido que la seguía mirando con descaro, pero con una seriedad poco habitual en casos de galanteo. Cuando estuvieron a la misma altura, Leonardo la abordó con suavidad.

—Señorita, veo que le interesan las historias tristes y sorprendentes. Me gustaría contarle una que está relacionada con usted y conmigo, aunque le parezca

extraño.

América se lo quedó mirando y reconoció que nunca había visto un hombre de rasgos tan bellos y expresión tan melancólica. Le pareció mayor para intentar seducirla, pero en esos ambientes sofisticados donde las costumbres distendidas marcaban el comportamiento de la época, todo era posible. Así que, atraída por esa mirada que parecía implorar y ordenar más que demostrar afanes de conquista, accedió con una sonrisa deslumbrante.

—Estoy muy cansada, la verdad, pero reconozco que me intriga usted con su forma tan misteriosa de abordarme. Sentémonos aquí un momento. Le doy cinco minutos, y luego me retiraré. Lástima que haya llegado usted tan tarde —dijo la joven, sentándose frente a él en una butaca situada al lado de un gran ventanal desde donde se percibía entre brumas la caída de agua y su rumor inagotable de energía.

Antes de empezar a hablar, Leonardo se atrevió a pedirle que se quitara el turbante.

—Me gustaría ver su pelo —dijo con autoridad.

América suspiró ante el atrevido pedido del caballero, pero a esas horas de la noche accedió. Lo cierto es que llevaba tiempo deseando quitarse aquel turbante que le oprimía la cabeza y pasarse los dedos por su hermoso cabello negro, aprisionado entre lentejuelas toda la noche. Sin el turbante apareció su rostro con la intensidad de su hermosura natural. América sacudió la cabeza complacida, abrió mucho los ojos y levantó sus espesas cejas negras a la espera de que el hombre comenzara a contar su historia.

Leonardo no era hombre de retóricas envolventes ni de preámbulos, así que habló de la única forma que sabía, directa y exponiendo los hechos que le quemaban por dentro desde hacía tantos años. Se desabrochó la pajarita y el alzacuello del esmoquin y sacó del saquito que siempre llevaba colgado alrededor del cuello el papel arrugado que le había dado su madre antes de morir. Lo desdobló con sumo cuidado y se lo entregó a la inocente joven que le miraba expectante. América apartó unos segundos sus ojos de los de él, cogió el papel amarillento por el paso del tiempo y leyó. Al principio no entendió el significado de las palabras.

Leonardo, aunque no lleves su apellido, sino el mío, tú eres un Saramago. Tu padre es Odilo Saramago: aquel médico que subía a la montaña de O Pindo y te daba caramelos y siempre te hacía sacar la lengua para mirarla, ¿te acuerdas? Eras tan pequeño que puede que no te acuerdes. Pero eres el hijo del médico de Lariño. No quiso reconocerte o no pudo, tenía familia y nos alejó de su lado para evitar el escándalo. Ahora, ya lo sabes. Te quiere, tu madre India.

Leonardo esperó cauteloso y en silencio a que América comenzara a asimilar aquello.

—Pero, entonces, ¿usted se llama Leonardo? —preguntó la muchacha, con el corazón acelerado.

Él no necesitó pronunciar ninguna palabra. Asintió con la cabeza sin dejar de mirar a la joven, que estaba a punto de desmoronarse ante sus ojos. Roto por dentro ante el dilema que había provocado, no supo si abrazar y pedir perdón a una presunta hija que acababa de conocer, y por la que empezaba a sentir un inesperado amor filial escondido en lo más recóndito de su alma, o seguir el guión de la venganza prevista y contener sus sentimientos para que la joven llegara al final del laberinto y despreciara a su madre por haberle ocultado que el verdadero padre de América era nada menos que el hermanastro de su madre.

—¡Esto es inaudito! ¿Está insinuando que es el hijo natural de mi abuelo Odilo Saramago, el médico gallego al que voy a conocer pronto? —dijo América rápida en sus conclusiones.

—Sí, así es, América —respondió en voz baja, también emocionado.

—No puede ser, esto es de locos, no me lo puedo creer —replicó consternada, para, siguiendo la capacidad deductiva de su mente joven, añadir—: Entonces, ¿usted y mi madre son hermanos? ¿Ella lo sabía? ¿Se conocían ustedes? Si no es una broma pesada, necesito saberlo. Por favor, Leonardo, dígame toda la verdad. Ha venido hasta aquí para eso, ¿no? Pues hable, se lo suplico —pidió la chica con lágrimas contenidas, mientras estrujaba el papel en un puño.

Había llegado el momento que tanto deseaba Leonardo, pero ahora que estaba frente a una muchacha que había tenido una vida regalada, de fiesta en fiesta, criada entre algodones, mimada y protegida por la alta sociedad de Bogotá, por un momento le temblaron las piernas. No obstante, el odio y el resentimiento acumulado en su corazón le impidieron pensar en la parte de verdad que pudiera existir en la vida de esa pobre joven asustada. Solo quería llegar al final y culminar su tarea, que no era otra que vengar a su madre India y destrozar, a través de su hija, la vida de la mujer que había amado obsesivamente. Cogió aire y respondió con claridad, sin piedad alguna, a esa chica que le imploraba y a la que se le había borrado su maravillosa sonrisa:

—Tu madre y yo fuimos amantes durante varios años. La última vez que estuvimos juntos fue hace diecinueve años en la zona del Caribe, a los pies de la Sierra Nevada de Santa Marta. —Hizo una pausa y siguió—: Ella desconoce nuestro vínculo de hermanos. Nunca ha querido enfrentarse a los hechos, y yo nunca se lo dije, porque me enamoré perdidamente de ella. Ahora las cosas han llegado demasiado lejos. Yo soy tu padre, América —resumió cruelmente Leonardo.

—Pero no es posible... Mi padre es Rodrigo Galán, a quien mataron cuando era un estudiante todavía. Yo estoy aquí con mis abuelos, los señores Galán Gallardo... —titubeó desconcertada.

—América, ¿conociste a Rodrigo? ¿Has reparado en el parecido físico que tenemos tú y yo? Los mismos ojos verdes, el mismo pelo, la misma piel. Todo lo demás es un montaje que ha preparado la alta burguesía en la que te has criado para ocultar la verdad de tu origen. Convenía tapar que el embarazo de Violeta provenía de un mestizo pobre e ignorante como yo, aunque hoy me hay a disfrazado de caballero para poder hablar contigo en este lujoso hotel —remató sin compasión Leonardo.

Ante el desconcierto de la joven y su silencio, Leonardo continuó y le contó la historia de su vida. Cómo fueron embarcados su madre y él rumbo a Colombia para ocultar su existencia; los años en la plantación; la prematura muerte de su madre enferma de cólera; la huida a los Bosques de Niebla con quince años para no seguir siendo tratado como un niño esclavo; el conocimiento posterior de Violeta en la selva y los momentos de amor apasionado que vivieron juntos, hasta que un día ella decidió abandonar los bosques, abandonarle a él y comenzar una nueva vida en Bogotá. Y finalmente cómo la había buscado al cabo de los años para reiterarle su amor, volviendo a ser rechazado.

—¿Y por qué me cuenta todo esto ahora? —preguntó abatida América, que se daba cuenta de cómo ese hombre, ese extraño para ella, estaba destrozando su vida.

—Porque me acabo de enterar de tu existencia por una fotografía en los periódicos. Porque tu madre me la ocultó durante diecinueve años. Porque me ha humillado y rechazado siempre, porque yo era poca cosa para una Saramago. Y ahora debe saber que yo también soy un Saramago, aunque nadie me lo reconozca. Y porque ha llegado el momento de la verdad, América, y tú debes enfrentarte a los hechos —le contestó Leonardo con toda la crueldad de que era capaz.

Y todavía tuvo el arrebato de pedirle que le devolviera el papel arrugado que América retenía en su puño derecho. Ella abrió la mano y se lo entregó, no sin antes decir un educado «perdón».

Leonardo ya había dicho todo lo que tenía que decir. Se levantó de la butaca y, con calma, volvió a introducir la «herencia de su madre» en el saquito que colgaba de su cuello. Se abrochó la camisa y salió de la estancia con paso seguro y firme. Satisfecho, como quien ha cumplido un penoso deber y ha descargado su conciencia después de muchos años de rencor y odio. Al salir a uno de los corredores, todavía espléndidamente iluminados, sintió un atisbo de pena por la joven que permanecía sentada en el borde de la butaca asimilando la terrible verdad. Reconoció su vulnerabilidad, y también se dio cuenta de que la chica no había sacado el carácter de Violeta. Ella no le hubiera dejado marcharse así, sin más preguntas, se le hubiera encarado para llegar hasta el final de sus deducciones. «Se parece más a mí, es insegura y débil, pero lo superará. Yo tuve que superarlo a la misma edad y en un ambiente menos cómodo», se dijo con ironía para convencerse de que su dramática confesión había sido oportuna y acertada.

La vida le había tratado mal y eso se notaba en su comportamiento casi siempre a la defensiva y con el rencor que albergaba en su mente atormentada. Quería salir cuanto antes de ese hotel donde todo el mundo parecía divertirse. No se sentía cómodo ni a gusto en ese ambiente. Había hecho lo que él creía que debía hacer, pero no se sentía feliz por ello. Satisfecho, sí; feliz, no. Antes de llegar al guardarropía para recoger su gabán, una mujer joven y hermosa con aspecto de haber bebido más de dos copas le abordó atrevida.

—¡Caballero! ¿No se irá usted a marchar a estas horas de la madrugada dejándome aquí sola?

—Déjeme en paz —contestó con hostilidad Leonardo.

La desconocida dama no se amilanó por la desairada respuesta y, mirándolo de arriba abajo, susurró en tono de guasa:

—Lástima, un ejemplar así no se ve todos los días. Que tenga usted buenas noches.

Al pasar por la recepción camino a la salida del hotel miró si en la casilla correspondiente seguía estando el sobre. Ahí continuaba, levemente inclinado junto a la

llave de la habitación de América. De pronto, pensó que ya no tenía razón de ser que la muchacha leyera esa carta, pues ya estaba al corriente de su secreto. Se acercó al recepcionista, que a esas horas era un joven empleado con síntomas de sueño en sus apreciables ojeras, y le pidió que cambiara de lugar el sobre que él mismo había ordenado dejar antes para la habitación 14, y lo colocara en la habitación de Violeta.

—Me equivoqué en el nombre —explicó—. Es para la señora Violeta Saramago y debe usted ponerlo en la casilla correspondiente a su habitación.

—Ah, por supuesto, señor. A ver... —dijo consultando el libro de registro—. Efectivamente, lo ponemos entonces en la habitación número quince, correspondiente a Violeta Galán Saramago. ¿Es correcto así, señor?

Leonardo entonces se dio cuenta de que no había acertado con los apellidos de madre e hija. Vamos, que llevado por su carácter obsesivo se había hecho un lío, pero era tarde y no quería perder un minuto más en ese hotel.

—Sí, así está bien. Gracias.

La densa niebla de la selva y el vapor del Salto de Tequendama lo envolvieron completamente al salir al exterior, y sintió frío. Disponía del tiempo justo para coger el último ferrocarril que salía para Bogotá, a esas horas repleto de la clase trabajadora que vivía por los alrededores y madrugaba para llegar puntual a las fábricas de la capital.

Recorrió los vagones de tercera clase y de segunda, abarrotados de obreros, hombres y mujeres con cara de sueño que miraban al distinguido hombre que pasaba a su lado como si fuera una aparición. Llegó al único vagón de primera, vacío. Se acomodó en su asiento y cerró los ojos. Pensaba que todo había salido a la perfección, pero no podía evitar que los ojos verdes y asustados de aquella muchacha le surgieran constantemente en la mente, al mismo ritmo que el traqueteo del tren. Miraba su propio rostro reflejado en la ventanilla y veía también la mirada triste y desconcertada de América. Sus mismos rasgos. Algo parecido al remordimiento afloró vagamente, pero su mente lo rechazó de forma tajante. Por fin tenía que sentirse liberado. Ya no había cabida para los sentimientos, sobre todo cuando le habían robado la niñez y la juventud y los Saramago le habían convertido en un fracasado, en un hombre resentido e ignorado para el resto de su vida. Así pensaba y se defendía de sus propios sentimientos, rechazándolos, justo cuando por fin había sido capaz de cumplir su venganza. Tenía muchas ganas de llegar a la fábrica donde transcurría su vida en Bogotá, quitarse aquella elegante indumentaria que no le correspondía, y volver a meterse en el mono de trabajo, oír el ruido acompasado de las máquinas, repetir los gestos y movimientos mecánicos una y otra vez, sentirse una pieza más en el engranaje industrial para no pensar, para no sentir, para no volverse loco.

La sala donde Leonardo y América habían mantenido la conversación se fue vaciando. Solo ella permanecía sentada en la butaca, mirándose la punta de los zapatos, abstraída en sus pensamientos, concentrada en lo que acababa de contarle aquel hombre misterioso. Esa historia, pensaba América, no tenía nada que ver con los desgraciados seres que habían ido hasta allí para suicidarse, no se parecía a esas historias de terror que tanto le gustaba escuchar. Aquel desconocido le había cambiado la vida con una confesión que desprendía autenticidad. Era verdad que se parecían físicamente, se había percatado de ello mientras le miraba hablar con aplomo, extasiada, asustada y desesperada, casi sin capacidad de reacción. América ya no se sentía la que creía ser, acababa de perder su identidad en una edad crítica, esa en que las personas buscan desesperadamente saber quiénes son para autoafirmarse y empezar a recorrer su propio camino.

Reaccionó al darse cuenta de que un mozo iba apagando las lámparas del salón con discreción profesional. Se levantó de la butaca como una autómatas y se dirigió a la recepción para coger la llave de su habitación. El joven recepcionista se la entregó y le deseó buenas noches y un feliz descanso. América encaminó sus pasos lentos y pesados, como si de repente cargara con un peso enorme que le costaba soportar. No estaba su madre, y sus abuelos dormían en otra habitación en el extremo opuesto del largo corredor. «Si estuviera mi madre, la despertaría para contarle las cosas horribles que ese hombre, que dice ser mi padre, me ha dicho. La obligaría a decirme la verdad sobre su vida. La obligaría a reconocer su gran mentira. Su increíble y falso montaje», pensó al entrar en su habitación, mirando de reojo la número 15, ahora vacía y cerrada.

Su cerebro estaba a punto de estallar por la velocidad con que se cruzaban sus pensamientos contradictorios. Ya no admiraba a su madre, la consideraba una manipuladora, una persona egoísta que siempre había hecho lo que quería hacer sin importarle la vida de los demás. La odiaba, era una mentirosa. Odiaba lo que le había hecho a ese tal Leonardo ocultándole la existencia de una hija durante tantos años. Le parecía un ser deleznable capaz de seducir a todos los hombres con los que se cruzaba, incluso a su hermano de sangre. Le retumbaban en los oídos aquellas palabras de las niñas del colegio hacía tiempo: «Eres hija del pecado, eres hija del pecado.» América ya no podía más. El dolor era demasiado intenso para una personalidad insegura y vulnerable. Aturdida por el conocimiento del secreto de su madre, no se reconocía, ya no sabía quién era, pensaba que su vida había sido una gran mentira, y solo veía un camino para enfrentarse a ese pozo negro que le habían señalado, dominado por una palabra que le taladraba la mente: incesto, incesto, incesto. «Soy producto de un incesto.» Poco a poco se desnudó y dejó caer el precioso vestido de lamé, que se deslizó a sus pies formando un círculo brillante en la oscura habitación. Después se quitó los zapatos y las medias de cristal. Se quedó en combinación de satén blanca. Abrió las dos pesadas hojas del ventanal con salida a una terraza amplia, compartida por dos habitaciones, la 14 y la 15, y apoyó los brazos en la fría balaustrada de piedra. Estaba temblando, pero ni siquiera notó el frío de la noche, ni el vapor del Salto de Tequendama. Solo escuchaba el atronador sonido del agua al romper allí abajo, en aquel agujero oscuro como su mente. Con la agilidad propia de su juventud, se encaramó a la balaustrada del mirador asegurando sus pies descalzos sobre la piedra, y saltó al abismo acompañada de un grito aterrador amortiguado por el fragor de la catarata. Su cuerpo se hundió de manera violenta en las profundidades de las aguas.

Nadie en el hotel se percató de lo que acababa de suceder. En las habitaciones que daban al Salto todos dormían con los ventanales bien cerrados, por la humedad, el ruido y el frío que a esas horas bajaba del Bosque de Niebla. Y las escasas personas que trabajaban en la madrugada, en recepción y cocinas, se encontraban en la parte central del edificio, donde ni siquiera llegaba el ruido atronador de la cascada.

En el sobre que descansaba en la casilla 15 había una nota en la que Leonardo había reproducido en primer lugar el mensaje que le dejara su madre, y alguna que otra puntualización, con la intención de que la joven preguntase a su madre sobre sus extraños vínculos familiares:

«Leonardo, aunque no llesves su apellido, sino el mío, tú eres un Saramago. Tu padre es Odilo Saramago: aquel médico que subía a la montaña de O Pindo y te daba caramelos y siempre te hacía sacar la lengua para mirarla, ¿te acuerdas? Eras tan pequeño que puede que no te acuerdes. Pero eres el hijo del médico de Lariño. No quiso reconocerte o no pudo, tenía familia y nos alejó de su lado para evitar el escándalo. Ahora, ya lo sabes. Te quiere, tu madre India.»

Este es el mensaje que mi madre me dio antes de morir en la plantación de Eliodoro Saramago, de donde hui siendo un adolescente, y años después en la selva húmeda de los Andes conocí a tu madre Violeta. Nos hemos amado mucho, y fruto de ese amor eres tú. Nunca me atreví a contarle a tu madre que somos hermanos, porque si lo hubiera hecho la habría perdido para siempre. Ahora que me acabo de enterar de tu existencia, escondida para mí, debes conocer la verdad de tu origen, y Violeta también.

LEONARDO SARAGAMO

Cuando Violeta llegó al hotel al día siguiente, una vez enterrado Quintín Lame, encontró a todo el personal revuelto, nervioso y con caras de haber visto un fantasma. La Policía había sido llamada por los suegros de Violeta, alarmados porque su nieta no había bajado al desayuno y tampoco a la hora del almuerzo, y se estremecieron al comprobar que su habitación estaba cerrada con llave. Un comisario de la Policía fue la primera persona que se acercó a Violeta para informarle de que

se tenían lo peor.

—Señora, lamentamos enormemente comunicarle que, por todos los indicios observados hasta el momento, su hija se suicidó anoche. Todavía no sabemos la hora exacta, pero estamos interrogando al personal de servicio y del turno de noche que la vieron antes de dirigirse a su habitación —informó con la frialdad propia del cargo.

Violeta lo miró intensamente, dejó en el suelo la mochila con que se había marchado hacia tres días del hotel, y corrió por las galerías de la primera planta hasta la habitación de América. Dos policías custodiaban la puerta para impedir que nadie tocara las pruebas del suceso. Tras ella llegó corriendo y jadeando el comisario, que no se esperaba una reacción tan rápida por parte de la mujer.

—Soy su madre. Tengo que entrar. Nadie me lo va a impedir. Por favor, no aumenten más la crueldad de este momento, se lo suplico —imploró Violeta.

Los dos jóvenes policías la retuvieron por los hombros y miraron expectantes a su superior en espera de una orden.

—Déjenla pasar —ordenó—. Señora, se lo ruego, no toque nada. Debemos comprobar todas las hipótesis.

Violeta entró en la habitación, iluminada a esas horas de la temprana tarde con toda la luz diurna, y se quedó paralizada al ver el ventanal abierto de par en par, y en el suelo, junto a la cama, el precioso vestido de lamé que brillaba intensamente al sol, los zapatos y las medias. Se acercó y se arrodilló junto a las prendas de su hija. Las cogió, las abrazó, las olió con amor, como intentando recuperarla por un instante. Permaneció así, arrodillada frente al ventanal abierto, con la ropa entre sus brazos, llorando y meciéndose, maldiciendo para sus adentros una y otra vez el Salto de Tequendama y su fatal atracción hacia la muerte romántica.

—Señor, ¿qué hacemos? Está tocando las pruebas —advirtieron los policías, alarmados.

El comisario les indicó que lo dejaran correr y no interrumpiesen ese momento; comprendía que era una madre enfrentándose al peor momento de su vida.

Violeta se incorporó, todavía con el vestido entre sus brazos, y salió al mirador, acercándose con temor a la balastrada, justo en el lugar donde América había dado el salto mortal. Miró hacia abajo vienciendo el miedo y solo vio los violentos remolinos de agua con su frenética actividad devoradora, que engullían todo lo que caía, por supuesto también el cuerpo de América, del que no quedaba rastro alguno.

Miró más atentamente y observó como allí abajo, en el Lago de los Muertos, había guardias y bomberos sujetados con cuerdas y manejando palos largos que eran engullidos por la fuerza de la corriente, intentando encontrar el cuerpo de la joven.

—Señora, acabamos de empezar la operación de búsqueda, pero debido a la bravura con que baja estos días el río, será difícil encontrar señal alguna. Aunque sus suegros ya nos han ordenado que no cejemos en el empeño de seguir buscando ininterrumpidamente. Pero en mi opinión, si puedo decirlo, deberíamos esperar a que el río baje con menos ímpetu, para que nuestros hombres puedan rastrear el lago sin poner en riesgo su vida.

Violeta lo escuchaba y asentía con la cabeza sin apartar los ojos del Salto. Los policías estaban tensos, alerta, no fuera a ser que la madre también intentara reunirse con su hija. Las historias de los suicidas de Tequendama formaban parte del imaginario colectivo, y los agentes ya habían visto demasiados casos parecidos como para fiarse de dejar sola a aquella mujer apoyada en la balastrada y con medio cuerpo fuera, mirando el fondo del inmenso agujero natural que se abría en medio de la selva.

Por fin se apartó de la balastrada de la terraza y entró en la habitación de su hija, sin desprenderse del vestido. Se sentó en la cama que permanecía sin abrir y, con un hilo de voz, le dijo al comisario:

—Por favor, necesito estar a solas unos minutos. No se preocupe, no me voy a lanzar ahí abajo.

El policía cerró el enorme ventanal y corrió un poco las cortinas, en un gesto de delicadeza que le honraba.

—Por supuesto, señora, estaremos al otro lado de la puerta, a su servicio, señora.

Antes de que salieran los hombres de la habitación, Violeta, volviendo un poco a la realidad del momento, preguntó que dónde estaban los señores Galán Gallardo.

—A doña Leticia Gallardo la ha tenido que asistir el médico del hotel porque le sobrevino un ataque de nervios, ahora está sedada y descansa en sus aposentos, junto a su marido don Julián Galán, que ha preguntado por usted. Quería saber si ya había regresado de su viaje. Le hemos dicho que ya se encuentra aquí, y que pronto se reunirá con ellos. Como usted comprenderá, a pesar del doloroso trance tenemos que hacerles varias preguntas, tanto a usted como a sus suegros. Nos debemos a la investigación en curso —contestó educadamente el comisario.

Violeta paseaba sus ojos por la habitación de su hija tratando de comprender por qué había dado ese paso. Conocía la afición de América por las historias truculentas y la fascinación que ejercía sobre ella ese lugar, «ahora maldito», pensó enfurecida; pero no le resultaba comprensible su reacción. «Algo ha tenido que pasar para que decidiera acabar con su vida», se repetía sin encontrar respuestas. Su mente analítica empezó a trabajar enmascarando momentáneamente el dolor de la pérdida. Miró debajo de las almohadas, bajo la cama, en los cajones de la cómoda, en las mesillas, en el equipaje, en sus libros; buscó una nota, algo que explicara su decisión final. Nada. No había dejado nada para ella. «¡Dios mío!», exclamó desolada. Salió de la habitación, dando un susto a los tres policías que vigilaban fuera y que esperaban una mayor demora por su parte, y con aplomo y entereza les entregó el vestido de América para que lo analizaran, con la petición de que después se lo devolvieran.

—Mi hija ha debido tener un motivo para suicidarse; y ese motivo está o ha estado en este lugar durante mi ausencia. Les voy a pedir un favor: quiero estar presente en todos los interrogatorios al personal del hotel desde este mismo momento. A mi hija la dejé feliz y alegre, estaba radiante. Carecía de motivos para quitarse la vida. No tiene lógica el suicidio o el asesinato. Hay que averiguar lo que ha pasado, no se puede descartar ninguna posibilidad —dijo resuelta, tratando de no derrumbarse.

—¿No quiere ver ahora a sus suegros? —preguntó extrañado un agente.

—No, ahora quiero hablar con las personas que vieron por última vez a América —dijo rotunda, enfilando a buen paso el corredor hacia la recepción del hotel.

Tres empleados la esperaban tras el mostrador, con rostros compungidos; eran los recepcionistas de los tres turnos del día anterior. Esperaban con silencioso respeto a que Violeta les preguntase algo para darle su más sentido pésame. Pero ella ya había visto el sobre blanco que descansaba en su casilla.

—¿Qué es ese sobre? ¿Por qué nadie me ha dicho nada hasta ahora?

—Señora —respondió tímido uno de los recepcionistas—, acaba usted de llegar y ha subido corriendo a la habitación catorce. No nos ha dado tiempo... —Y se lo entregó con la mano enguantada y temblorosa.

Entretanto, el recepcionista más veterano salió del mostrador para acercarle una silla a Violeta. «Necesitará sentarse, la pobre mujer», pensó con acierto. Nadie había tocado el sobre desde que la noche anterior se había cambiado de la casilla 14 a la 15 por orden de Leonardo. Por supuesto, la Policía lo había visto pero esperaba a que lo abriera su destinataria.

Violeta rehusó la silla y se retiró con el corazón encogido hacia el salón más cercano. Allí se sentó en una butaca, abrió el sobre y desplegó la carta con ansiedad. En un acto reflejo, sus ojos fueron directamente a la firma antes de leer su contenido. «Leonardo Saramago. ¡Dios mío! ¿Qué es esto?» El texto breve y conciso no dejaba lugar a dudas. Violeta tuvo que respirar profundamente, le faltaba el aire, le faltaba oxígeno como cuando paseaba por las calles de Bogotá. Un sudor frío le corrió por la frente y a punto estuvo de perder el conocimiento. El recepcionista veterano, que la vigilaba a distancia, al verla en ese estado, pálida y al borde del desvanecimiento, se acercó solícito con un vaso de agua en el que echó discretamente unas gotas de un frasquito que sacó del bolsillo. Se lo ofreció y Violeta bebió con avidez, sin soltar la carta, y al poco comenzó a respirar con normalidad y recuperar el color de sus mejillas.

Como si estuviera en el cinematógrafo, toda su vida pasó por la pantalla de sus ojos cerrados. Su amado y reverenciado padre, el doctor Saramago, ocultando una doble vida con otra familia a la que hizo desaparecer de su lado. Leonardo, ese niño solo y triste, sin raíces y sin saber quién era ni de dónde provenía. Cómo se conocieron en la selva y cuánto se amaron. El olor de la piel de Leonardo, que todavía no había olvidado. Ahora entendía mejor su carácter siempre reservado, inseguro y susceptible. Sus inquietantes silencios. «Él sabía que éramos hermanos, y aun así se dejó seducir por mí, porque fui yo la que sedujo a ese hermoso mestizo en los Bosques de Niebla. Nadie me contó la verdad. Solo yo misma intuí que éramos demasiado diferentes para convivir un tiempo prolongado, para compartir nuestras vidas. Cuánto debió de sufrir, y cómo sufrí yo misma cuando le rechacé en aquel pueblito del Caribe.» Y, finalmente, el error, el inmenso error de creer que era el padre de América y su cruel venganza al desvelarle su secreto. «¿Cómo pudo ser tan cobarde de acercarse a una joven tan inocente como América para contarle semejante historia?! ¿Cómo pudo ser tan cruel?!»

Violeta creía conocer la respuesta. Sabía que Leonardo era un cobarde, siempre lo había sido. «A mí no se atrevió a contarme que éramos hijos del mismo padre, nunca me reveló esa verdad dolorosa y escondida que nos atañía a ambos, y tampoco ahora tuvo el coraje de preguntarme por esa errónea deducción suya, y que ha acabado con la vida de mi hija», reflexionó con la lucidez propia del conocimiento que tenía de la naturaleza humana.

No podía más, la cabeza le iba a estallar si seguía atando cabos, pero debía hacerlo. No podía parar cuando toda la información estaba en sus manos. Entonces, con profunda tristeza, entendió la reacción de una joven tan sensible como América. «Ella no pudo aceptar ser hija del incesto. No esperó a hablar conmigo sobre ello, ni siquiera cuestionó las palabras de ese hombre desconocido para ella. Le creyó, y se sintió tan sucia que se lanzó al agua purificadora del Salto. Solo así dejó de sufrir mi pobre pequeña, mi querida hija. ¡Dios mío! ¡Qué cruel y retorcida es la vida! Mi hija se ha suicidado por una falsedad escrita en un papel. ¿Por qué dudó de que su padre fuera Rodrigo? ¿Por qué no esperó a que yo le aclarase todas esas dudas vertidas en su joven corazón por un ser ruin y vengativo?», se dijo en su terrible monólogo interior.

Se rehízo como pudo, sacando fuerzas de no sabía dónde. A lo mejor del mismo dolor, del propio sufrimiento, incluso del sentimiento de culpa por no haber estado esa noche en el hotel junto a ella para que Leonardo no se le acercara, o para que no dejara la carta maldita en la recepción. Entonces fue cuando se dio cuenta de algo evidente: Leonardo debió de abordarla y hablar con ella, darle todo tipo de detalles para destruirla y para que odiara a su madre. Eso era más propio de él, de su resentimiento nutrido, crecido y envenenado por el paso del tiempo.

A una distancia prudencial estaban el comisario dando órdenes a un grupo de agentes, junto con varios mozos del hotel, y el recepcionista jefe, que sentía una profunda lástima por esa mujer destrozada pero valiente, que quería enfrentarse a los hechos para descubrir la verdad de lo ocurrido esa noche en el Hotel del Salto.

Violeta, hechas sus deducciones y una vez leída la carta, preguntó abiertamente a todos por los detalles de las últimas horas de su hija en el hotel.

Estaba en lo cierto. Todos hablaban de un caballero elegantemente vestido y de extraordinaria presencia, de unos cincuenta años, que llegó entrada la noche, quiso alojarse pero no había habitaciones disponibles, dejó un sobre y preguntó por América, porque ya le habían comunicado en recepción que Violeta se encontraba de viaje. Habían estado hablando durante más de una hora en el salón Escarlata, y luego el caballero se había marchado del hotel, mientras la joven permaneció sentada en el mismo sitio un buen rato. Explicaron que se la veía como absorta, como si le hubieran contado una historia terrible.

—Yo, que era el mozo del turno de noche, me extrañé de que siguiera sentada sola en el salón, y discretamente fui apagando las lámparas para que se percatara de la hora que era. Creo que se dejó un pañuelo en la butaca. ¿Quiere ver el lugar, señora? —le ofreció el muchacho.

—Por favor —musitó Violeta casi vencida por el dolor.

Efectivamente, reconoció el turbante de lentejuelas doradas, que reposaba en uno de los brazos de la butaca.

—Ella lo llevaba atado con un nudo en la parte de atrás. ¡Estaba preciosa! Entonces... ¿alguno de ustedes vio cómo se lo quitaba, o si fue el caballero el que lo hizo? —preguntó Violeta.

Los camareros y los mozos se miraron dubitativos, pero no supieron qué contestar. Esa noche el hotel estaba muy animado, a rebosar de invitados y de clientes, hubo baile hasta muy tarde y la gente se movía de un espacio a otro con fluidez.

Violeta percibió en sus caras, y en las de los policías que ya les habían sometido a un interrogatorio más exhaustivo que el suyo, que aunque América deslumbraba por su belleza, esa noche había muchas mujeres hermosas y bastante movimiento en el hotel, como para que el servicio estuviera atento a algo más que no fuera su propio trabajo.

Agotada, decidió retirarse a su habitación. Necesitaba cerrar los ojos un rato, descansar un poco para luego continuar con sus pesquisas y poder enfrentarse al sufrimiento de sus suegros. Debía medir sus fuerzas; era algo que había aprendido en la selva, y desde entonces lo practicaba en los momentos más dramáticos o peligrosos de su vida. Le dijo amablemente al conserje que la despertaran —en caso de que pudiera dormir— al cabo de una hora. Entonces subiría a ver a sus suegros.

Una vez a a solas, abrió su mochila, de la que no se había desprendido a lo largo de sus viajes, y sacó una pequeña bola de hoja de coca, la masticó de mala gana, bebió agua de una jarra de cristal tallado que reposaba sobre un tapete de encaje blanco, y se tumbó en la cama tal y como estaba vestida. Únicamente se quitó las botas con restos de barro de Tierradentro, el lugar donde hacía un día había sido enterrado Quintín Lame. «Ahora todo gira alrededor de la muerte», pensó antes de caer en un sueño inducido, lleno de pesadillas y de sobrecogedores saltos al vacío. Se durmió aferrada al turbante de América, colocado sobre la almohada para seguir oliendo su pelo, su perfume, su vida, ahora retenida en ese trozo de tela dorado.

El encuentro con sus suegros fue desolador. Estaban destrozados. Se abrazaron y lloraron sin consuelo. Doña Leticia repetía una y otra vez «¿por qué?, ¿por qué?», sin esperar respuesta. Don Julián, más entero, le explicaba a Violeta que ellos se habían ido a acostar pronto porque no aguantaban el barullo del hotel, la música y la gente que alborotaba por los salones.

—América estaba bien, contenta. No paraba de bailar con unos y otros, reía, brillaba como una estrella en el firmamento. Le dijimos que no se acostara muy tarde porque queríamos desayunar en su compañía. Así nos despedimos, con su inmensa sonrisa iluminando nuestra retirada. ¡Qué tragedia!, Dios mío, ¡qué tragedia! —lamentó don Julián.

Violeta les preguntó si la Policía había hablado con ellos esa mañana antes de que ella llegara, y don Julián contestó que muy poco, porque Leticia había sufrido una aguda crisis nerviosa y hubo que atenderla en la enfermería del hotel.

—Hemos estado todo el tiempo en nuestra habitación, tratando de calmarnos y esperando que tú vinieras. Somos muy mayores para soportar interrogatorios y dar explicaciones de algo que no tiene ningún sentido —dijo don Julián.

La respuesta de su suegro despejó todas sus dudas. Afortunadamente, la Policía no les había atosigado demasiado y les había dejado reponerse en esos momentos de dolor y pérdida. «Mejor así —pensó—, mejor que no sepan el porqué de la tragedia. Mejor que no conozcan la existencia de ese hombre que habló con mi querida hija cuando ellos se fueron a acostar.» Violeta no tenía valor para explicarles el secreto de Leonardo, ahora ya su secreto.

Después de estar un rato con ellos y tomar un café bien cargado, se acercó a hablar con Santos Juárez, el comisario, y le pidió como un favor especial que dejara a sus suegros partir por la mañana, sin retenerlos para los trámites pertinentes.

—Ellos ya saben que se trata de un suicidio. Sería demasiado cruel añadir más detalles. Si me quiere usted preguntar por la carta, le diré que es de índole personal y privada, y es mejor que mis suegros no sepan nada de su existencia —le explicó, tratando de resultar convincente.

—Pero... —el policía se quedó un instante pensativo— si la carta tiene que ver con el caso, me veré obligado a confiscarla como una prueba más de...

—No se preocupe, la carta tiene que ver conmigo, no con mi hija —le interrumpió Violeta.

Luego comunicó a sus suegros que se haría cargo de todo y que lo mejor sería que volvieran a Bogotá a primera hora de la mañana. Ella regresaría en cuanto la Policía acabara con sus protocolos de actuación para esa clase de sucesos.

Doña Leticia suspiró y expresó en voz alta sus pensamientos.

—Adoraba este hotel, y se ha convertido en su tumba. ¿Por qué el Señor nos castiga con una desgracia tras otra? Ni siquiera podremos darle cristiana sepultura. —Y se tumbó boca abajo en la cama, llorando amargamente, sin consuelo, sin entender por qué el destino se había vuelto a fijar en ellos para destrozarnos la existencia.

Don Julián no dijo nada, aunque comprendía a su mujer. Para una familia religiosa y tradicional resultaba muy duro pensar que el cuerpo de su nieta no descansaría junto a la tumba de su padre. Pero en este caso la ley de la Iglesia era taxativa: los suicidas no podían ser enterrados en ningún camposanto. Por su parte, Violeta también callaba y pensaba que sería muy difícil recuperar los restos de su hija, triturados de una forma inmisericorde y constante por el batir de las aguas. Le vinieron a la cabeza las crónicas llenas de cinismo que había leído para documentarse del lugar y cómo hablaban de los suicidas de Tequendama, que tenían «el detalle de ahorrar la caja a su familia».

Viéndoles tan frágiles en su dolor, con la humillación de tener que afrontar el suicidio de su nieta ante la estirada sociedad a la que pertenecían, los entendía y se obligó a comprometerse en algo que le iba a resultar tremendamente complicado de cumplir.

—Les prometo que América descansará junto al panteón de su padre Rodrigo Galán Gallardo. Será lo último que haga en esta vida, pero les juro que al menos lo intentaré con todas mis fuerzas. —Y se acercó a ellos para rodearlos en un prolongado abrazo.

Sabía que acababa de meterse en un buen lío, pero su carácter rebelde y luchador no soportaba fácilmente los convencionalismos sociales ni las fragantes injusticias perpetuadas por la estulticia y el conformismo de la gente común. «Mi hija, o lo que quede de ella, tiene derecho a estar junto a los restos de su padre.» Y de esta forma espontánea, amorosa y coherente, Violeta iba a librar una nueva batalla, en dos frentes que apenas conocía: el poder eclesiástico y el poder político. Con todas sus fuerzas, con todo su ímpetu, con todo su dolor y toda su rabia.

—¡Hija mía! —respondió entre sollozos Leticia—, eso es imposible.

—Ya veremos, doña Leticia, ya veremos —dijo Violeta cerrando la puerta tras ella.

El Hotel del Salto había vuelto a la normalidad. Pese a las dramáticas circunstancias, la vida seguía y los turistas de alta categoría llegaban atraídos por la novedad, las sofisticadas instalaciones y el insólito hecho de tener la selva húmeda a dos pasos de salones donde podían saborear un cóctel con un financiero alemán y escuchar la mejor música de jazz, junto con el continuo fragor del Salto de Tequendama al otro lado de los cristales. Además, dada la familia de la fallecida, tanto la Policía departamental como los responsables del hotel habían guardado la debida discreción y solo se había facilitado una versión oficial: «Una joven dama ha caído al vacío en la última semana. Se está procediendo al reconocimiento de su identidad, ya que no se alojaba en el hotel, sino que merodeaba por los alrededores del Salto de Tequendama. Hay una investigación en curso, ya que también se baraja la posibilidad de que la joven resbalara y cayera fatalmente al abismo.» Otra cosa, claro está, es lo que el personal del hotel sabía y comentaba con discreción entre ellos, como una rumorología que nutría y enriquecía la leyenda del lugar.

En esa nota oficial se evidenciaba la mano de Violeta Saramago, que había movido los hilos, ayudada por su persuasivo encanto, con el comisario Santos Juárez. También había ejercido su influencia con Fidel Cano, para que *El Espectador* y sus cronistas de sucesos no metieran las narices en el asunto, y con su querido amigo Armand Doisneau, que al fin y al cabo conservaba su autoridad en el establecimiento hotelero. El primer paso ya estaba dado: que el nombre de América Galán Saramago no saliera titulado la noticia de un nuevo suicidio en Tequendama. Mientras Violeta pudiera retenerlo ahí ganaría tiempo para conseguir la comprensión y la autorización de los estamentos religiosos con vistas a un posible y discreto entierro junto a su padre Rodrigo.

¡Cuánto echaba de menos a Quintín Lame en esos días en que la muerte parecía bailar en círculos a su alrededor! Recordaba sus últimas palabras, casi inaudibles para los demás: «Pase lo que pase, nunca estarás sola.» Era como si el indio hubiese sentido que algo fatal le iba a suceder de forma inmediata. Se debatía pensando cómo lo haría Manuel en esta situación. Le preocupaba el compromiso adquirido con sus suegros respecto al entierro de América en el cementerio católico de Bogotá. Para el jefe yanacona todo hubiera sido más sencillo: sin permisos, sin leyes, sin autorizaciones. Hubiera elegido un buen lugar en los Bosques de Niebla para enterrar junto a un gran árbol las pertenencias de la joven, en ausencia de restos mortales. Allí Violeta conocía a gente que la quería bien y la hubiera ayudado a realizar con sus manos un hermoso monumento a la memoria de la joven América. Y Violeta, y los suyos, siempre tendrían un lugar donde ir a visitarla, porque su espíritu siempre reposaría allí. «Pero ¿y Rodrigo?», se preguntó sin encontrar respuesta.

Violeta tenía demasiadas responsabilidades, demasiados frentes abiertos para conseguir éxito en sus pretensiones. Tenía cincuenta años y el dolor inhumano de la muerte de su hija estaba a punto de hacerla tambalear. Había tenido que reconstruir su mundo tras la muerte sin sentido de Rodrigo, y ahora le tocaba reconstruir su vida tras la pérdida de la hija de una forma tan absurda, tan voluntaria, tan vengativa, tan cruel. Porque Violeta sabía que el suicidio era un reproche que se ejercía contra algo y contra alguien cercano, y, en su caso, sabía que América tenía muchas cosas que reprocharle. «Ella creyó a ciegas todo lo que Leonardo le contó. Y su identidad entró en una crisis insalvable al pensar que era fruto del incesto», se decía una y otra vez, buscando entender qué había pasado por la cabeza de su hija para hacer lo que hizo. Era tan fuerte, tan insostenible el dolor de la pérdida de su hija, que apenas ocupaba su mente en reflexionar sobre el tremendo descubrimiento que suponía ser hermana de Leonardo. Un hermano desconocido al que había amado con pasión y deseo, al que sedujo siendo un joven indio y siguió amando cada vez que se volvían a encontrar, sin poderlo evitar, porque Leonardo ejercía sobre ella un magnetismo especial. Se podría resumir con una sola palabra: erotismo. Un erotismo que los envolvía en cuanto se tocaban o estaban cerca. En esos momentos, el resto del mundo dejaba de existir.

Tenía en sus manos la carta fatídica, releída muchas veces mientras continuaba en el hotel a disposición de la Policía, aunque deseaba marcharse de allí para no regresar jamás. No encontraba motivos en su misiva para culpar a Leonardo como instigador del suicidio de América. Conocía a Leonardo y ahora entendía el origen de ese odio acumulado en la soledad de su secreto, aunque lo consideraba incapaz de desear la muerte de una joven a la que él consideraba su propia hija. «Cruel, sí, hasta un grado extremo; cruel y vengativo, porque vino hasta aquí para vengarse de mi rechazo a través de mi pobre y vulnerable hija. Pero no la conocía y pensó que era como yo, más fuerte, y que se enfrentaría a mí para despreciarme y odiarme, o al menos para pedirme explicaciones. Esa fue su tremenda equivocación y su habitual cobardía: no encararme a mí, sino vengarse en el ser más débil y frágil.»

Sintió deseos de venganza, de ir en su búsqueda, llamarle cobarde y asesino en la cara, pero recapitó y pensó que era absurdo. Todo había sido un horrible malentendido, una jugarreta del destino. Lo despreciaba tanto que no quería verlo de nuevo. Pensaba que Leonardo ya tenía bastante penitencia con su rencor y su indeleble sentimiento de humillación y fracaso. Su peor castigo sería cuando se enterase de que la maravillosa joven con la que había hablado una noche, a la que él consideraba hija suya, se había tirado al vacío por su culpa. «Esa será la tortura que le acompañará toda su inútil vida.»

Finalmente, recogió las pertenencias de América y solicitó a la gerencia del hotel que se las enviaran a su domicilio de Bogotá. Solo metió en su mochila el vestido de lamé, que ya le habían devuelto. Habló con Santos Juárez y le pidió que la mantuviera informada de cualquier novedad en el caso. E insistió en que siguieran buscando el cadáver de su hija, y si apareciera algo que únicamente se lo comunicaran a ella.

—Se lo pido como si se trataran de los restos de uno de sus propios hijos. Compréndalo, se lo ruego. No hay ninguna ventaja en airear este triste suceso, ni hay sospechosos que investigar, ni asesinos que detener —le dijo.

—Señora Galán Saramago, no se apure usted. Continuaremos con nuestra tarea, con la ayuda técnica de los bomberos, y la discreción será la norma. Si tenemos suerte y encontramos algo, nos pondremos en contacto con usted para su identificación. Ahora, hace bien en irse de aquí, donde si permanece se volverá loca con los recuerdos y la espera ansiosa de encontrar algo en ese pozo encabritado de allí abajo.

Violeta Saramago abandonó el Hotel del Salto con un dolor desbordado, imposible de calmar o amortiguar. Sentada en uno de los vagones, lleno de gente trabajadora que acudía a las fábricas de la ciudad, recordaba ese mismo trayecto hecho hace años con América, cuando era todavía una niña y se adormecía acurrucada a su lado. Daría lo que le quedaba de vida por recuperar unos minutos del calor de aquel cuerpo junto al suyo, la cabeza descansando en su hombro, el olor de algún mechón rebelde que a veces le caía sobre la cara y que ella apartaba con cariño colocándose detrás de la oreja. Poder sentir de nuevo el ritmo acompasado de su respiración, tomar su mano entre las suyas y percibir el latido de su existencia.

Al llegar a la estación, se sorprendió al ver que Amelia la estaba esperando en el andén de los Ferrocarriles del Sur. «Pero ¿cómo se habrá enterado?», pensó, encantada de verla.

—¡Amelia, mi querida amiga! ¿Qué haces tú aquí? —le dijo, estrechándola en un abrazo prolongado y agradecido.

—No hagas preguntas, límitate a dejarte ayudar un poco. Querida, lo necesitas. —Y la besó en las mejillas y los ojos, que ya no eran verdes sino rojos, por el sufrimiento y el dolor experimentado.

Cogieron un taxi rojo al vuelo y se encaminaron hacia el barrio de La Candelaria, donde por unos días Amelia se encargaría de cuidar a su amiga y vigilar que no cayese en el oscuro pozo de la depresión. Violeta no tenía fuerzas para rebelarse ni para argumentar todo lo que le quedaba por hacer: resolver el viaje a España, visitar a

sus suegros, tratar de lograr un entierro digno para su hija, hablar con Armand de lo que había pasado...

—Habrà tiempo para todo, Violeta; pero ahora eres tú la que necesita ser salvada. Y no se hable más, que me abruman con tu sentido de la responsabilidad. Ah —continuó—, se me olvidaba decirte que Armand está ingresado en una residencia para enfermos crónicos de reumatismo. Está bien, le he ido a visitar dos veces. Allí le cuidan bien.

Así pues, Violeta dedujo que había sido Armand quien la había puesto al corriente del lamentable suceso. Su vinculación con el hotel hacía suponer que había recibido información sobre la terrible muerte de la señorita América, y que dado su estado de salud no había podido acudir en persona para consolarla como hubiera deseado. Suspiró profundamente al llegar a su piso y poder descansar, aunque solo fuera físicamente, de los avatares del destino. Agradeció la leal compañía de su amiga y su sentido común al cuidarla sin mencionar, de momento, nada relacionado con lo sucedido. Unos días de descanso en buena compañía, de desahogos necesarios sobre lo ocurrido y de plantearse ambas todo tipo de preguntas para las que sí tenía respuestas, le sirvieron para recomponerse lentamente y confiar su atormentado corazón a su amiga. Como decía Quintín Lame, «hay que vaciarse del sufrimiento para que las pequeñas alegrías encuentren un hueco, un rincón donde quedarse», recordaba con nostalgia.

Con el ímpetu restablecido, se concentró en lograr los permisos necesarios y bajo mano de un juez, conocido de Fidel Cano, que autorizó a la familia de América a abrir la lápida de Rodrigo Galán para introducir junto a su ataúd una preciosa caja de madera tallada que, a falta de restos mortales, contenía prendas y pequeños objetos personales de la joven. Volvieron a colocar la enorme lápida funeraria en su sitio con una inscripción debajo de la de Rodrigo. «América Galán Saramago 1910-1929», rezaba. De la discreta ceremonia oficiada en el mismo cementerio se encargó don Julián Galán, que había sobornado generosamente al párroco con una cantidad de pesos nada desdeñable, «para mejoras en el camposanto», le dijo. De esta forma, Violeta consiguió cumplir la promesa hecha a sus suegros, que respiraron tranquilos al tener un lugar «decente» donde rezar, visitar y honrar «como Dios manda» a su hijo y su nieta, malogrados en plena juventud.

A Violeta también la reconfortaba haber logrado aunar los consejos que le habría dado Quintín Lame sobre el enterramiento de América con las costumbres religiosas de la sociedad a la que pertenecía su hija. Ella se había quedado con el brillante vestido de lamé porque todavía conservaba su olor —«el olor es el último rastro de la memoria», le había dicho una vez el indio—, y porque cuando lo había visto reluciente, tirado en aquella habitación del hotel, había sido como una señal mágica de ese terrible azar con que juega la vida imprevisiblemente.

En esa mañana lluviosa, con una tormenta de los Andes cayendo en vertical sobre el cementerio de Bogotá, estaban reunidos frente al mausoleo del estudiante y mártir Rodrigo Galán Gallardo para asistir a la sencilla ceremonia de acogida de América junto a su padre, los señores Galán Gallardo, Violeta, Amelia y Armand Doisneau, que hizo un esfuerzo sobrehumano para estar ahí desoyendo el crujir de sus viejos y desgastados huesos. Una pequeña comitiva de despedida bajo enormes paraguas negros, que contrastaban con el alegre y vistoso colorido de los ramos de flores y coronas con lazos y leyendas alusivas a la juventud y belleza interior y exterior de América, encargadas por los presentes.

Cumplido ese acto, los suegros de Violeta volvieron a encerrarse en su mansión con el servicio como única compañía. Las elegantes verjas que daban entrada a la casa iban a permanecer cerradas durante mucho tiempo. En sus hermosos jardines ya no se volverían a oír las risas infantiles agudas y estridentes, ni las otras juveniles más cantarinas, ni los murmullos de las confidencias alegres de América y sus amigas cuando pasaban juntas el fin de semana en la casa de los abuelos. Tanto Violeta como ellos sabían que había concluido un capítulo de sus vidas. Durante un tiempo, don Julián y doña Leticia permanecieron aislados en sus aposentos, avergonzados aunque no lo dijeran, sin contacto alguno con la exclusiva sociedad de la que formaban parte y en la que la discreción imperaba sobre la malsana curiosidad o los sentimientos afectivos auténticos. Nunca sabrían si su círculo social habría aceptado el desgraciado accidente de su nieta porque no se iban a arriesgar a salir al exterior. La gran verja de hierro solo se abriría para visitar el cementerio y la tumba donde se guardaba el espíritu de Rodrigo y el de su amada nieta América.

También sabían, porque Violeta se lo había dicho, que tenía los billetes para viajar a España. «Los», porque eran dos. El objetivo de este viaje transoceánico era que los abuelos españoles conocieran por fin a su nieta colombiana. Algo que ya no podría ser, ya que América no había soportado el dolor de su pérdida de identidad y de ver cómo todo su mundo se desmoronaba en un instante. No estaba preparada para enfrentarse a eso. Los señores Galán Gallardo desconocían el verdadero motivo del suicidio de su nieta, pero sabían que Violeta iba a embarcar rumbo a Europa y que nunca regresaría. En Colombia ya no le quedaban raíces a las que agarrarse. Eso era lo que pensaban calladamente, sin comentarlo entre ellos, sin conversar, como algo tan obvio que no merecía la pena discutirlo, entre otras cosas porque el dolor era tan intenso que había reabierto la herida casi cicatrizada de la muerte de Rodrigo, y solamente les quedaban fuerzas para sobrevivir entre las sombras de su tremenda soledad.

Violeta iba a dar el paso decisivo. Ya tenía los billetes, y el embarque se produciría en unos días. No había querido o podido, o no había tenido tiempo para escribir o hablar con sus padres para contarles la nueva tragedia que asolaba su vida, y también la de ellos. Había tenido demasiadas cosas que hacer, círculos que cerrar, enterrar simbólicamente a una hija y despedirse de sus amigos. No le quedaban fuerzas para truncar una alegría tan intensa como la del regreso de la hija con una nieta de momento desconocida por la tristeza de una realidad que no cumplía esas expectativas. «No tengo derecho a hacerles sufrir antes de tiempo. Me parece tan cruel que no lo voy a hacer. Mejor que al llegar se den cuenta de la situación y vaya contestando a sus preguntas como pueda», pensaba Violeta, hecha un lío sobre la manera de proceder. Además, tenía que revisar su relación con su padre, con el admirado y venerado Odilo Saramago, que seguía enfermo y debía de estar sacando fuerzas de flaqueza para ver a «las colombianas», a su querida hija Violeta y a su esperada nieta América.

Dos días antes del embarque decidió poner un cable urgente desde la oficina de Telégrafos principal de Bogotá, en el que les anunciaba escueta y sutilmente: «Llegada al puerto de Vigo el martes 26 sobre las cinco de la tarde, si los alisios son favorables. Que padre no haga el viaje si se encuentra débil. Violeta.» Era un mensaje con claves implícitas, pero no se le ocurrió otra manera de actuar. Sus padres eran mayores y las emociones fuertes podían producir efectos nefastos. Confiaba en que su hermano Andrés se hiciera cargo de la situación y fuera a recogerla él solo al puerto de Vigo. Andrés había emigrado hacía cinco años a Alemania, y trabajaba en el puerto de Hamburgo, ciudad a la que logró llevarse a su mujer y sus dos hijos. Cuando supo que Violeta y América regresaban por un tiempo, pidió permiso en el trabajo para estar en la casa familiar cuando llegasen. Era consciente de que su padre no estaba para muchos trotes. Su viaje desde Alemania tenía un doble motivo: el reencuentro —después de tantos años— con su hermana, conocer a su sobrina colombiana y llegar a tiempo de ver a su padre con algo de salud antes de que se apagara definitivamente.

La noche anterior al embarque, Amelia recogió en casa a Violeta y tras despedirse con un emotivo abrazo del ingeniero francés en la residencia donde le cuidaban y daban el tratamiento adecuado para sus dolencias, propuso ir a cenar al restaurante Las Margaritas, para recordar tiempos felices «y decimos hasta la vista al menos con buen sabor de boca».

—Amelia, todavía conservo el billete de América, es una pena porque está pagado y no me devuelven el dinero. ¿Te animas a embarcar conmigo y visitar tu tierra por un tiempo, el que tú quieras? —le dijo Violeta con sus convincentes ojos verdes surcados ya de finas arrugas.

Amelia se mostró asombrada porque no esperaba semejante proposición. Tal y como era, su respuesta fue inmediata. No tenía nada que pensar al respecto.

—Pero ¡tú estás loca! ¿Qué se me ha perdido a mí en Galicia? Me costó mucho trabajo, ahorros y esfuerzos salir de allí. No tengo familia a la que ver, ni me espera nadie. No quiero acabar casada con un paleta gallego al que ya no le podré dar hijos, y ver cómo se emborracha en las tabernas del puerto los fines de semana. No me gusta el mar, y el pescado solo si me lo sirven ya cocinado. Gracias, querida, de verdad, te lo agradezco. Pero no volvería a España ni por todo el oro del mundo. Me encuentro bien en Bogotá, mi negocio funciona y manejo las riendas. Aquí soy respetada, prostituta vieja pero respetada. En Galicia, ¿qué sería? Te lo diré: una señalada —dijo de carrerilla, con sus afirmaciones acompañadas de elocuentes gestos con los brazos, que a punto estuvieron de tumbar a un joven camarero que pasaba por su lado con la inestable bandeja llena de deliciosos platillos de degustación.

—Bueno, está bien, cálmate, que te va a dar algo. Y no hace falta que grites tanto al hablar, que se está enterando todo el local —le soltó Violeta, tratando de contenerla un poco.

Amelia cogió la botella de vino y se llenó la copa hasta el borde. De un par de tragos la dejó vacía, sirvió a Violeta y volvió a llenarse la suya.

—Vamos a brindar por tu regreso, pues supongo que el viaje será de ida y vuelta, ¿no? —preguntó intencionadamente—. Hubiera estado bien hacer ese largo viaje juntas, Violeta, esta vez sin distinciones sociales... De verdad, no sabes cómo te voy a echar de menos. Para mí eres la hermana que nunca tuve.

Mientras daban buena cuenta de los platos que les iban sirviendo, las dos amigas conversaron sobre cómo iba a enfrentarse Violeta a los terribles secretos de su familia. A Violeta le interesaba la opinión de su amiga ante el desmoronamiento que había supuesto para ella el comportamiento de su padre, que había ocultado una amante y un hijo a los que embarcó contra su voluntad como emigrantes para que desaparecieran de su vida.

—No sé cómo podré enfrentarme a su mirada —le confió, vencida por la decepción—. Toda mi vida lo he tenido como modelo de conducta por la rectitud de su carácter y por su bondad. Y, como ves, he vivido en la ignorancia más absoluta. Nunca me habló de la existencia de ese hijo natural que vivía en la misma plantación que yo, él como esclavo y yo como la respetada sobrina del patrono. Debería haberse sincerado conmigo, pero por lo visto nunca le importó ese niño abandonado que era de su misma sangre. Lo borró de su vida, y sin pretenderlo hizo de Leonardo un monstruo de resentimiento y odio. Y el azar hizo el resto: nos conocimos y nos enamoramos. Lo que sigue ya no tengo fuerzas ni para nombrarlo con palabras.

Violeta calló porque la emoción la embargó al pensar en el suicidio de América. Cogió la copa de vino y bebió para serenarse. Amelia le acariciaba la mano sobre el mantel. Tenía razón su amiga. El destino, o lo que demonios fuera, había sido demasiado cruel con ella, pero tenía que darle ánimos ahora que se disponía a regresar a su tierra natal.

—Sí, todo se ha enredado terriblemente en tu vida, pero ya ha pasado lo peor y, como te decía tu amigo el indio grandullón, debes vivir con los mejores recuerdos de Rodrigo y América. Has sido afortunada de haber tenido a estas personas a tu lado, te han amado y las has amado. Quédate con eso, Violeta. No te amargues con los finales. Y respecto a tu padre... —dudaba qué decirle— pues tampoco hay que exagerar. Yo creo que en la Galicia que dejamos atrás la mayoría de los maridos mantenían oculta a la querida de turno, y a los hijos de estas cuando las dejaban preñadas, si no los hacían desaparecer antes o después del parto... ya me entiendes. ¿A que tú en tu pueblo conocías a algún hijo de cura? A más de uno, seguro. Yo no soy quién para darte consejos, pero con la edad que tendrá tu padre ahora y la enfermedad que arrastra... y yo no le amargaría el momento del reencuentro. Pero tú eres muy dueña y señora de hacer lo que creas que debes hacer. ¡Menuda eres!

Con Amelia, a Violeta le pasaba igual que con Quintín Lame: siempre encontraba alivio en sus atinados juicios. La escuchaba con interés pero sin saber qué haría hasta tener a su padre delante.

—Venga, no tortures más tu hermosa cabecita. Deja de cavilar. Cuando llegues a Galicia ya sabrás lo que tienes que hacer. Anda, vamos a disfrutar de la comida, y dime por favor que volverás, que no te quedarás allí para siempre —le rogó Amelia.

Violeta le sonrió sin costarle. Los dilemas que le bullían en la cabeza le impedían saber qué haría con su vida. En este momento bastante tenía con intentar ser fuerte y sobrellevar un viaje que iba a ser de felicidad y ahora temía hacerlo en soledad.

—Cómo cambia todo, Amelia —dijo de pronto—. Cuando me embarqué para venir a América estaba sola, tenía poco más de veinte años y me sentía fuerte y segura. Ahora que me embarco de regreso a Galicia, tengo cincuenta años, estoy vacía, más sola todavía al perder lo que más amaba, y vuelvo llena de miedos e incertidumbres.

—Así es la vida. Una puñetera mierda, si me permites la vulgar expresión. Pero tú vas a renacer, te lo digo yo, que para estas cosas soy un poco meiga —le dijo su amiga, guiñándole un ojo.

El día del embarque en el *Olympic*, a mediodía, lucía un sol radiante en el agitado puerto de Cartagena de Indias, y un calor agobiante que hacía que todos los pasajeros, caballeros y señoras, se abanicasen constantemente mientras subían a aquel imponente trasatlántico que iba a cruzar el océano rumbo a Europa. Esta vez Violeta apenas llevaba equipaje. No tuvo ánimos para cargar con regalos para la familia, ni las mismas fuerzas físicas que a los veinte años para arrastrar maletas, aunque viajase en primera clase. Eso sí, no se desprendió de sus dos mochilas, una ya muy vieja y usada en sus viajes por la selva, y otra más nueva comprada en un mercadillo de Bogotá. En una guardaba envuelto como un tesoro el vestido de fiesta que llevaba América antes de saltar, la piedra de la playa de Lariño que aún conservaba, y la pequeña esmeralda que un día le regalara Quintín Lame. El anillo de compromiso que le había dado la madre de Rodrigo siempre lo llevaba puesto. Sin embargo, la pulsera de oro y pequeños brillantes obsequio del ingeniero francés se la había regalado a Amelia, que no quiso aceptarla, pero ante su insistencia acabó accediendo. «Solo la cojo por tener un recuerdo tuyo», le había dicho emocionada al recibirla.

Esta vez nadie había venido a despedirse, entre otras cosas porque ya se había despedido de todos en Bogotá. Su querido y viejo amigo, el editor Fidel Cano, le había encargado que cuando estuviera integrada en Galicia no dudara en viajar a Sevilla por encargo de *El Espectador* para mandar crónicas del gran acontecimiento español y universal durante ese año, la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929, donde Colombia tendría un hermoso pabellón y también presencia destacada en la Fuente de Homenaje a la Hispanidad, un hermoso conjunto escultórico que daba entrada a la exposición, con elementos alegóricos que representaban a Iberia, flanqueada por dos hombres jóvenes recostados en el agua, uno como la representación del río Guadalquivir y otro como la del río Magdalena. A Violeta le pareció bien que su jefe se acordara de ella para seguir encargándole trabajo, ahora que necesitaba estímulos para agarrarse a la vida, y el trabajo era una tabla de salvación que nunca fallaba.

Al subir por la pasarela del buque percibió toda la agitación de la tripulación y los pasajeros propia del comienzo de un largo viaje, aunque las distancias con los modernos motores se hubieran acortado considerablemente en los últimos años. Como buena observadora, se dio cuenta de que había pasajeros norteamericanos que huían de la Gran Depresión que asolaba la economía del país, y también personas alegres y satisfechas de poder ser testigos del acontecimiento cultural del momento en Europa, la Exposición Iberoamericana de Sevilla, que unía dos continentes y proclamaba el esplendor de un país que descubrió otros mundos diferentes hermanados por una lengua común. Se asomó a la barandilla de proa y dejó que la cálida y húmeda brisa marina le refrescara el rostro mientras el *Olympic* realizaba la maniobra de zarpap con elegante suavidad.

Cartagena de Indias, la ciudad dorada y multicolor, iba quedándose pequeña a medida que el buque cobraba velocidad y sus motores cogían ritmo al unísono, adentrándose en línea recta hacia el horizonte. ¡Cuántos recuerdos visualizaba Violeta de esa hermosa ciudad amurallada que iba desapareciendo de forma imperceptible ante sus ojos! Recordaba a la caribe Luz Marina, negra como el carbón, y sus acogedores murmullos al pasear sus anchas caderas por la casa del barrio antiguo. También rememoraba la visita sorpresa del joven escritor Gabriel García Ponce y sus apasionadas despedidas, que siempre terminaban en golosos besos insaciables, acuciados por las prisas; y al evocar los besos del escritor, ya toda una celebridad en Colombia, sintió un estremecimiento entre las piernas. Se extrañó al experimentar tan agradables sensaciones ya olvidadas o desterradas por el protagonismo que había adquirido el sufrimiento en su vida. «Todavía estoy viva», se dijo al ser capaz de volver a sentir placer en su edad madura.

La luz intensa reflejada en el mar y la partida del buque hacia el infinito actuaron como una terapia de purificación. Continuó allí, aferrada a la barandilla de madera de popa, con la mirada fija en un punto invisible. Colombia y todo un continente se alejaban, se difuminaban y desaparecían engullidos por el océano. Oyó un sonido familiar: la campanilla que anunciaba a los señores pasajeros que se abría el restaurante. Abandonó lentamente la quilla y con paso seguro se introdujo en el luminoso comedor de primera clase. El *maitre*, al verla entrar, se dirigió amable hacia ella y le preguntó:

—*Excuse moi, madame*, es usted la señora Violeta Saramago, ¿verdad? —Y le hizo una pequeña reverencia, indicando que lo siguiera.

Violeta sonrió. «Al menos el hecho de cumplir años sirve para que la reconozcan a una y la instalen en una buena mesa.» Le dijo que viajaba sola y que preferiría que la colocase en una mesa sin compartir con nadie.

—Por supuesto, *madame*, lo que usted desee. En esta mesa junto al ojo de buque y en una discreta posición podrá observar todo el salón. Es más entretenido. ¿Le parece bien? —preguntó solícito.

—Es perfecta. Gracias.

—Para nosotros es un honor tener entre el pasaje a la célebre cronista de *El Espectador*. He procurado no perderme ninguna de sus incursiones por las selvas de Colombia —le dijo el hombre con una agradable sonrisa de complicidad.

Halagada, Violeta se sentó de espaldas a la pared, revestida de un mullido raso estampado con flores de lis, y saboreó con deleite la esbelta copa de champán que le sirvió un joven camarero mulato.

Cómo disfrutaría si Amelia la hubiese acompañado según le habría propuesto. Supuso que habría logrado alcanzar algo parecido a la felicidad teniendo a su amiga como compañera de viaje y confidente de sus alegrías y tristezas. Pero estaba claro que la vida no coge siempre el rumbo que nosotros deseamos tomar. Y como una cosa llevaba a la otra, a continuación pensó en el rostro hermoso, intenso y fuera de lo común de su hija América, no pudiendo evitar el ardor en los ojos previo al llanto. Justo cuando se secaba los ojos con la servilleta, oyó que alguien a su lado pronunciaba su nombre haciendo aspaviento.

—¡Violeta Saramago! ¡No me lo puedo creer! ¿Es usted la misma muchacha gallega que hace años cruzó el charco por vez primera?

Violeta no daba crédito, pero ante ella tenía al regordete Segismundo Marzoa, aquel empresario oriundo de Galicia que se dedicaba en Cuba al negocio del tabaco. Estaba cambiado pero no mucho: había perdido el pelo y su cráneo bronceado y reluciente se adornaba en los laterales con unas larguísimas patillas blancas que le encastraban la sonrisa. Se levantó educadamente al reconocerlo y se asombró de que después de tantos años él la hubiera reconocido.

—Querida, por muy viejo que sea, a mí una mujer hermosa no se me olvida. Está usted espléndida. Como los buenos vinos, ha ganado con el paso del tiempo —le dijo zalamero, y le rogó que tuviera la bondad de acompañarlo a su mesa—. Mi mujer se va a llevar una extraordinaria sorpresa al verla, querida amiga.

Violeta se excusó y le dijo —con mucho tacto y amabilidad— que el primer día de embarque prefería estar sola; pero que a los cafés se reuniría con ellos porque también estaba deseando saludar a su esposa.

—¡Qué feliz coincidencia! —añadió todavía desconcertada.

Y es que necesitaba tiempo para asimilar los tremendos giros que le deparaba la vida. El matrimonio Marzoa era una agradable compañía, sin duda, pero demasiado animados para el ánimo atribulado de Violeta en una travesía en la que estaba de vuelta de muchas cosas. «Demasiadas, quizá», pensó mientras saludaba con la mano enguantada hacia una mesa más alejada, donde Adela de Marzoa continuaba haciendo aspavientos para que se decidiera a ir a su mesa.

Como cabía esperar, la travesía con los Marzoa de acompañantes resultó mucho más corta. A pesar de los años transcurridos el matrimonio se conservaba extraordinariamente bien. Seguían haciendo gala de la misma vitalidad y entusiasmo por la vida que cuando los había conocido hacía veintisiete años en el *Lusitania*. Se notaba que la vida los había tratado bien. Según le contó doña Adela con todo lujo de detalles, volvían temporalmente a España, con una parada en Vigo para visitar a la poca familia que todavía les quedaba y después bajarían hasta Sevilla, donde Segismundo estaría al frente del Pabellón del Tabaco en la Exposición Iberoamericana.

Durante la travesía Violeta disfrutó de su amistad, aunque de vez en cuando intentaba escaparse de sus inagotables energías y propuestas, para poder reflexionar sobre cómo debería enfrentarse a su familia y contarles todas las pérdidas que acumulaba su vida. Y para pensar necesitaba estar sola.

Cuando el *Olympic* atracó en los muelles de Vigo llovía a cántaros. El desembarco fue mucho más rápido ante la climatología adversa, ya que los pasajeros se dieron mucha prisa para no mojarse demasiado. Antes de divisar la ondulada tierra gallega y sus mortales acantilados, el corazón le empezó a golpetear en el pecho como queriendo salirse. Era una sensación nueva, imposible de describir con palabras, porque para ella era la primera vez que regresaba a los orígenes y no precisamente cargada de equipaje, ni rica, ni con marido, ni siquiera con descendencia. Regresaba sola, como había partido. Si se ponía dramática —a veces no lo podía evitar—, pensaba que en realidad regresaba con dos muertes a sus espaldas: Rodrigo y América, y una tercera que tenía olvidada aunque de vez en cuando aparecía para molestar: la de Mr. Thomas Foster. Pero esto último era algo que ni siquiera dolía; reconocía que fue un accidente que formaba parte de su vida y ni se arrepentía ni se preocupaba por ello. Simplemente le molestaba recordarlo.

Desde el buque resultaba imposible ver quiénes habían ido a recibirla. Solo se veían montones de paraguas negros para protegerse de la lluvia pertinaz. Violeta bajó cubriéndose con un sombrero de ala corta de terciopelo marrón y una capa de terciopelo azul marino. No vio a nadie de su familia en el muelle, y comenzó a preocuparse, temiendo que no hubiera llegado el cable que envió, o que hubiera pasado algo grave que les había impedido acudir a recibirla. Miró a todos los lados, pensando que a lo mejor no reconocía a su hermano Andrés: veintisiete años eran muchos para identificar a alguien a quien se dejó con apenas veinte.

—¡Violeta! ¡Violeta! ¡Aquí, aquí! ¡Soy yo, Andrés! —gritó su hermano, cerrando el paraguas momentáneamente para que lo reconociera.

Se fundieron en un abrazo interminable, y Violeta se dio cuenta de cómo había crecido su hermano. Andrés seguía siendo el espigado muchacho que viera por última vez en ese mismo muelle de Vigo, pero ahora con bastante menos pelo y unos kilos de más. Incluso con los cambios propios de la edad le parecía el hermano más guapo del mundo.

—Hermanita, no has crecido nada con los años. Estás igual que cuando te marchaste. Te he reconocido nada más posar los ojos en ti —bromeó un Andrés alegre de tenerla de nuevo entre sus brazos. Luego miró alrededor buscando a América—. Pero bueno, ¿dónde está la colombiana? ¿Dónde la tienes escondida? —preguntó, y se inquietó al ver la cara de Violeta.

Ella supo que había llegado el momento, el momento cruel, inmensamente cruel, de repartir el dolor entre la familia más querida, entre los tuyos. No cabía esperar. No había nada que pudiese amortiguar la desilusión, la turbación, el desconcierto de escuchar estas palabras.

—América no está. América ha muerto.

Andrés continuó mirando por encima del hombro de Violeta el trasiego de gente que bajaba por las pasarelas del buque, los abrazos repetidos, las alegrías de los reencuentros. No le hacía caso. Quería pensar que era una broma de mal gusto, aunque sabía que Violeta nunca había sido una bromista, más bien siempre recurría a la ironía. Las bromas absurdas siempre habían sido cosa suya, desde que eran unos críos.

La cogió por los hombros sacudiéndola un poco y la miró de nuevo. Violeta permaneció callada, vacía, mojada, herida de muerte, culpable de propagar el dolor y la decepción entre una familia que tanto había esperado de ella. Andrés comprendió entonces que estaba diciendo la verdad y que su sobrina ya no existía. La abrazó con la fuerza que provoca la tristeza y el desamparo súbitos, y, tomando la iniciativa, le dijo que había traído un coche y que ya estaba bien de mojarse como dos idiotas.

Antes de subir al vehículo que Andrés había alquilado para ir a recogerla, Violeta propuso que fueran a una de las tabernas del puerto y hablaran tranquilamente ellos dos, antes de encontrarse con los padres. Andrés metió el equipaje en el coche y, con el paraguas protegiéndoles de la lluvia que arreciaba por momentos, se dirigieron a la taberna más próxima.

—¿Cómo está papá? —fue la pregunta que le quemaba en la boca a Violeta.

Andrés trató de rehacerse; seguía desconcertado y aturdido ante la incomprensible ausencia de América y el silencio de Violeta. Las preguntas iban a estallarle en el cerebro si su hermana no se lo explicaba, pero comprendió que Violeta necesitaba saber primero cómo se encontraba su padre.

—Está aguantando para veros; bueno... —corrigió rápido— para verte, pero yo creo que se muere. Llevo un mes aquí desde que vine de Hamburgo y cada día que pasa se le nota el empeoramiento. Ya sabes cómo es, trata de darnos ánimos, disimula, pero se está apagando. No sé si aguantará la noticia que traes, Violeta —añadió, desbordado por el llanto.

—¿Qué tiene? ¿Está recibiendo el tratamiento adecuado? Él es médico, lo tiene que saber. —En la correspondencia mantenida con su padre nunca se había mencionado qué enfermedad padecía, aunque ella lo preguntara en sus cartas.

—Tiene un tumor maligno en el pulmón, y en el último año parece que se le ha reproducido por otras partes. No lo sé, Violeta. Es una enfermedad de la que se sabe poco todavía. Incluso en Alemania dudan cómo tratarla. Se habla de radiaciones, pero padre no quiere oír hablar de ello.

—Ah, sí, es verdad. Por lo que me cuentas, debe tener que ver con los estudios sobre el radio y los efectos de la radiactividad, descubiertos por Marie Curie, a la que dieron el Premio Nobel de Física en 1903 —dedujo rápidamente Violeta.

—Puede ser, no sé, no entiendo de esas cosas, pero el caso es que ese posible tratamiento todavía no está muy desarrollado para este tipo de enfermedades. En Francia y Alemania hay mucha controversia al respecto; y en España... yo creo que ni saben de qué se trata —explicó Andrés con desdén impotente.

Los hermanos Saramago pasaron dos horas largas hablando y poniéndose al corriente de sus vidas. Violeta no lo quería engañar con eufemismos y le contó la verdad sobre la muerte de América. Le explicó que había sido un suicidio, y ahí se paró. Mientras no viese a su padre no quería desvelar el secreto de Leonardo. No quería que su hermano odiase al padre en los últimos momentos de su existencia, o quizá no tuvo valor para destrozar la figura paterna delante de su hermano. Se lo guardó hasta ver cómo estaban las cosas en la casa familiar.

—Pero ¿por qué se suicidó una chica de diecinueve años, que era feliz según nos contabas en tus cartas? Recuerdo cuando hablamos con ella en aquella conferencia telefónica, su dulce voz, su acento encantador, su entusiasmo por conocer Europa. Algo tuvo que pasar, Violeta, algo muy grave para que tomara esa decisión. —Y Andrés, destrozado, se llevó las manos a la cabeza.

—Andrés, claro que pasó algo que la condujo a esa terrible decisión, pero no te lo voy a contar ahora. A nuestros padres les diremos que fue un fatal accidente fruto de su curiosidad e imprudencia, que se resbaló cuando bajaba a ver más de cerca el Salto de Tequendama. ¿De acuerdo? A ellos no les puedo amargar todavía más el poco tiempo que les queda de vida. A ti sí te contaré una historia que sucedió hace mucho tiempo y que el destino llevó a oídos de mi pobre América. No pudo soportarlo. Era muy joven y muy influenciable, demasiado protegida por todos, sobre todo por sus abuelos paternos, desde su nacimiento. Todas las circunstancias adversas se juntaron una fatídica noche para que ella reaccionara así, sin pensarlo, con una total inmadurez por su parte. Y... yo no estaba con ella, Andrés, yo no estaba con ella —explicó desolada Violeta.

Bebió con cara de asco un sorbo del café que les habían servido y acarició el rostro confuso de su hermano. Sus ojos verdes eran del mismo color del mar batido por las olas del temporal.

—Confía en mí y sé paciente. No deseo hacerte sufrir innecesariamente, pero esa historia nos atañe a los dos como hermanos que somos. Bueno —rectificó—, más a mí, claro.

Al llegar a Lariño, el corazón de Violeta le golpeó con más fuerza todavía. Antes de que su hermano abriera la puerta de la casa intentó esbozar una sonrisa, pero no le salía. Y la cara de Andrés estaba seria, ajena a toda alegría. Al oír los pasos, Rosalía salió a su encuentro con los brazos abiertos, su cabello totalmente blanco recogido en un moño, y con unos pequeños lentes sobre su nariz algo respingona. Ella sí sonreía con cara de felicidad. Una felicidad largamente esperada, ansiada y largamente aplazada, imposible de contener ahora que tenía delante a Violeta. Se lanzó con brío a abrazar a su hija pródiga, «a la rebelde de la familia», como siempre la llamaba antes de partir.

—¡Dios mío, Violeta! ¡Qué alegría más grande! Por fin estás en casa. Mírala a ella, qué aires trae: elegante y hermosa como una dama. Estás preciosa, hija mía. Pero... ¡vaya cara que traéis los dos! Parece que lleguéis de un funeral. —Rosalía estaba tan emocionada que no paraba de hablar y de mirar una y otra vez a su hija, tanto que de pronto cayó en la cuenta de que faltaba su nieta—. ¿Dónde está América? ¿Dónde está esa preciosidad colombiana? Que me la voy a comer a besos.

Violeta y Andrés se miraron con absoluta impotencia. Fue el hijo quien dio el paso y, cogiendo a su madre por el codo, le dijo que luego le explicarían, que ahora lo importante era que Odilo viese a Violeta.

—Pero qué tonterías son esas —protestó Rosalía, dejándose llevar cogida del brazo de cada uno de sus hijos hasta el despacho de su marido.

Odilo Saramago había empeorado mucho en la última semana. Tanto, que el especialista de Santiago que le visitaba cada quince días lo había obligado a guardar cama y solo levantarse para lo imprescindible. También contaba con los cuidados diarios y puntuales del joven ayudante, que hasta hacía poco pasaba consulta con él en el pueblo y en las aldeas cercanas de la costa. Sin embargo, para celebrar la llegada de su hija y su nieta había hecho un tremendo esfuerzo y, ayudado por su mujer y su hijo, se había empeñado en que le llevaran a su despacho. Sentado en su sillón favorito, cubierto con una manta y en una posición desde la que podía ver toda la playa desierta de Lariño frente a él, esperaba casi sin respiración la entrada de su adorada Violeta.

La hija se quedó inmóvil, tratando de asimilar su imagen, apenas reconocible en comparación con el recuerdo que guardaba de él. Para ella, el único real. Encontró a un hombrecillo en los huesos, viejo y con una palidez mortuoria en la cara, que intentaba sonreír pero no podía. Solo sus ojos parecían conservar vida todavía. Sacó de debajo de la manta unas manos heridas por los pinchazos de las inyecciones e hizo un gesto para que Violeta se acercara. Tenía algo que decirle.

—Perdóname, Violeta, perdóname —dijo Odilo Saramago con un hilo de voz, irreconocible también para ella.

Ella lo abrazó con sumo cuidado, temiendo romperlo o hacerle daño. Se arrodilló junto a él, le tomó las manos, que parecían garras de ave por su extrema delgadez, y lo besó suavemente en la frente. Todavía había algo de calor en un cuerpo que suponía descompuesto por dentro, y cuando buscó sus ojos, él ya los había cerrado para siempre. Violeta se abrazó a su cintura con fuerza, estrechó ese cuerpo enfermo y valiente que había tenido a raya a la muerte hasta ese mismo instante. Solo entonces murmuró en su oído que le quería, que se fuera tranquilo porque le había perdonado.

Rosalía se acercó a su marido para comprobar si había dejado de respirar, y ordenó a Andrés que corriera en busca del médico.

Violeta permaneció así, arrodillada y abrazada a su padre, notando cómo el calor abandonaba ese cuerpo martirizado por la enfermedad. Lloró amargamente, pero se sintió en paz. Había llegado a tiempo para perdonarle. En su interior bullía el recuerdo de América, de una criatura inocente víctima de un malentendido que tenía su origen en el hombre que ahora yacía inerte y que había muerto sin poderla conocer. Los sentimientos hacia su padre se debatían en su corazón, lo culpabilizaba de haber ocultado una parte de su vida por cobardía y de haber engendrado un ser resentido que había cumplido la venganza más cruel en la persona de su única hija, de la nieta que su padre ansiaba conocer y abrazar. Sin embargo, lo había perdonado en el último instante de vida.

Los días siguientes fueron de duelo para la familia. El patriarca había fallecido tras una larga enfermedad, y al mismo tiempo Rosalía tenía que reunir las fuerzas necesarias en una mujer ya anciana para asimilar que su nieta también había muerto, a raíz de un desgraciado accidente justo antes de embarcar para España. Afortunadamente, Rosalía era fuerte y supo ocupar el lugar que le correspondía en los funerales de su marido, junto a sus dos hijos. Eso era lo principal para esta gallega curtida en el sacrificio y la entrega a la familia, y a lo que se debía con doloroso orgullo.

La fama, el conocimiento y el respeto que tenía el difunto en la zona hicieron que el funeral fuera un acto masivo al que asistieron colegas de Santiago, Muros, Orense, Vigo y hasta Madrid. También hicieron acto de presencia los amigos de los círculos políticos que frecuentaba, de las tertulias a las que acudió hasta que se le descubrió la enfermedad, y pacientes agradecidos de los pueblos de la Costa da Morte a los que había atendido generosamente durante toda su vida. El pueblo de Lariño, la iglesia y el cementerio estaban desbordados de gente que quería dar el último adiós a un hombre bueno, a un ciudadano ejemplar. Tanto era así, que el alcalde de Muros propuso instalar la capilla ardiente en la alcaldía de Lariño durante unas horas antes de enterrarlo en el cementerio, donde una sencilla lápida recordaba a los Saramago de anteriores generaciones.

—Así, damos tiempo a que llegue la gente y se despida del doctor. Porque la reacción que estamos teniendo rebasa nuestras expectativas, pese a que todos sabíamos de la valía de vuestro padre como médico ilustrado y hombre ejemplar —les dijo a Andrés y Violeta, sobrepasado por las circunstancias y para que aceptaran su propuesta.

Les pareció una idea acertada siempre que fuera el ayuntamiento el que corriera con la organización y los gastos, porque ellos no podían hacerse cargo de semejante desfile de gente y muestras de cariño. Violeta lo agradeció y le explicó al alcalde que su madre Rosalía necesitaba descanso, tranquilidad y llorar la pérdida de su esposo y su nieta. Querían protegerla de tanta exposición pública, aunque fueran muestras de respeto y afecto hacia su marido, y aunque para ellos supusiera estar al pie del

cañón, sin desfallecer y recogiendo los pésames agotadores de tanta gente conocida y desconocida.

Durante las horas que permanecieron en la capilla ardiente velando el cadáver, Violeta y Andrés tuvieron oportunidad de reencontrarse con sus amigos de la niñez y la adolescencia. Por allí pasaron conmovidos Inés y su marido el pescador Antonio, seguidos de una cuadrilla de adolescentes desconocidos para ellos; también acudió Juan acompañado de su mujer, la bordadora —según recordaba vagamente Violeta—, y tres muchachos taciturnos, fuertes y morenos, como Juan.

Agradecía para sus adentros la presencia de su hermano Andrés a su lado, porque eran muchas las emociones que se agolpaban en su corazón. Estaba saturada de sentimientos viejos y nuevos, y ni siquiera podía ordenarlos, ya que todo transcurría a la vez, como si un huracán tuviera el centro de su génesis en ella y estuviera a punto de engullirla. Realmente, pensaba mientras se dejaba besar en el sepelio como una autómatas, qué distinto resultaba todo a cómo había imaginado que sería su vuelta a Galicia para ver a sus padres, con la compañía orgullosa de su hija América, y el reencuentro con su hermano Andrés. «Nada ha salido como esperaba. Y todo ha sucedido al mismo tiempo; en un círculo infernal de muerte y desolación», se dijo abotargada por el cansancio y la impostada presencia de ánimo que debía mantener en el funeral de su padre: «Un héroe de la comunidad», reflexionó con su sutil ironía.

Ni siquiera se percató de la emocionada mirada de Juan, el amigo de la infancia, el compañero de juegos y de iniciación sexual. Solo lo había reconocido en la fila como uno más del pueblo, sin detenerse a colocarlo en un lugar especial entre sus recuerdos. En cierto momento le dijo al oído a su hermano Andrés, que permanecía firme como una roca a su lado, que iba a salir unos minutos para fumar un cigarrillo.

—Si no lo hago ahora me voy a desvanecer aquí mismo, ante el ataúd de padre.

Andrés se la quedó mirando con expresión de asombro, y pensó que su hermana, a pesar de los años transcurridos, no había cambiado mucho. Seguía siendo la muchacha fuerte, imbatible y rebelde que era cuando jugaban a perseguirse por la playa de Lariño al atardecer. «No hay quien la dome. Como solía decir padre, que en paz descanse», pensó Andrés levantando las cejas en un gesto de conformidad para que saliera a fumar, mientras él continuaba con el ritual de dar la mano y aguantar palmadas en la espalda.

Fuera, en la calle mayor del pueblo, a esas horas permanecía vacía, Violeta sacó su pitillera de plata y encendió con avidez un cigarrillo. Eran de una marca americana que había comprado en el barco. Tenía que reconocer que era un tabaco rubio buenísimo, suave y algo dulzón. Aspiró el humo con placer y recapitó en soledad sobre las últimas palabras de su padre: «Perdóname, Violeta, perdóname.» Se preguntó si fue mera coincidencia de estados de ánimo, si las dijo por haberla dejado marchar tan joven, o por estar muriéndose justo cuando ella regresaba, o porque era consciente de que ella conocía el secreto de Leonardo y sus terribles consecuencias. «Pero ¿quién se lo dijo, cómo lo pudo saber?», se preguntó angustiada. No tenía sentido insistir. Nunca lo sabría. Lo importante era que había llegado a tiempo para perdonarle. «¿Quién soy yo para juzgarle y condenarle?», pensó. Tiró la colilla al suelo y la aplastó con la suela del zapato. Debía apoyar a su hermano ahí dentro y velar la memoria del hombre que yacía en el féretro.

Tras el entierro de Odilo Saramago todo volvió a la normalidad en el pueblo, y la tristeza por su pérdida se fue transformando en nostalgia dulcificada por los recuerdos de un hombre importante en la vida de muchas personas, su hija incluida. Andrés regresó a Alemania, donde le esperaba su mujer y sus hijos, estremecido por la historia que le había revelado su hermana. Comprendió que ella necesitara compartirla con él, aunque hubiera preferido no saberlo.

Pasados los primeros días de duelo y de confortar a Rosalía como pudo, Violeta sintió la urgente necesidad de buscar las huellas de Leonardo. Recordaba la carta que le había dejado en el Hotel del Salto. Hablaba de cuando Odilo subía al monte O Pindo para visitar a algunos pacientes en las aldeas de arriba. «Allí debía de tener a su amante, y allí debió de nacer Leonardo», dedujo apresuradamente. Preguntó a su madre si todavía tenían a *Acantilado II* y si era manso, si se dejaba montar por desconocidos.

—Ahora lo usa el médico ayudante de tu padre, que en su gloria esté, cuando visita pueblos un poco alejados. Es joven y le gusta montar. Pero ¿dónde vas a ir tú a tu edad montada a caballo? ¿Estás loca? ¿No te parece que ya ha habido bastantes desgracias en esta familia para andar haciendo excentricidades? Tienes cincuenta años, ya no estás para esos trotes —le recriminó Rosalía.

—Madre, en Colombia he montado a caballo durante años. Es algo que no se olvida, y me encuentro perfectamente de salud. Solo le he preguntado si es dócil o me tirará en cuanto me suba a sus lomos.

—Es dócil como un cordero. Pero ¿para qué necesitas montar a caballo ahora? —insistió Rosalía, que no comprendía los caprichos de su hija.

Violeta la tranquilizó y le dijo que necesitaba darse una vuelta por los alrededores para ver los paisajes de su niñez. Le aseguró que se cansaría menos que si iba andando.

Llegó al paso a la aldea de O Pindo y desmontó. Necesitaba conocer el lugar donde había empezado todo: el amor, la mentira, el encubrimiento, un niño recién nacido y quizás el motivo por el que América se suicidó. Nada de lo que vio, las cuatro casas, una aldea casi deshabitada, todavía menos poblada que cuando su padre la frecuentaba, le resultó familiar. Incluso dudaba de si alguna vez había estado por allí cuando era niña. Entró en la única taberna y pidió un vaso de Ribeiro. Tenía sed después de la cabalgada a lomos de *Acantilado II*. El tabernero, un hombre viejo y con cara de pocos amigos, miró a Violeta asombrado: una mujer desconocida en su local, donde solo entraban hombres, siempre los mismos, y encima pidiendo un vaso de vino. Violeta se sentó en la mesa al fondo y cuando el tabernero se acercó con una botella de Ribeiro casero y una taza, le preguntó a bocajarro:

—Busco la casa donde pasaba consulta hace muchos años el doctor Saramago. Una casa en el monte, algo escondida. Usted ya me entiende...

—El doctor Saramago, que en paz descanse —puntualizó el tabernero haciéndose el enterado—, tenía más de un paciente por esta zona, señora. No sé a qué se refiere, ni lo que busca. Aquí siempre hemos vivido muy tranquilos. —Y se marchó después de limpiar la mesa con un trapo sucio.

Violeta dejó unas monedas sobre la barra y se marchó. Sabía que ese hombre no hablaría. Cuando ya estaba a punto de subirse al caballo se le acercó uno de los parroquianos y la abordó con sigilo.

—Usted debe de andar buscando la choza de la meiga de O Pindo.

Asintió con la cabeza, a la espera de que al desconocido se le soltara más la lengua, porque parecía que tenía ganas de hablar.

—Es allá arriba en el monte, donde clarean los árboles, pero no encontrará nada. La vieja murió hace mucho tiempo. Luego se quemó la choza por problemas de higiene. ¿Me entiende usted? —Se hizo de rogar; al parecer disfrutaba dosificando la información que le iba a brindar con pelos y señales. Pero a su tiempo, más tarde, dominando la situación.

La confusión de Violeta le obligó a decir que no, que no entendía nada, y que ella solo buscaba la casa donde había nacido, unos cincuenta años atrás, un niño llamado Leonardo.

—Ya veo que acorta usted el camino, señora. La vieja era la abuela de ese niño. Tenía una hija mestiza, una mujer de una gran belleza, a la que se veía muy poco por el pueblo. El doctor Saramago y la chica eran amantes. Todo el mundo de por aquí lo sabía, pero esas son cosas de refajo que conviene no menear. Cuando la joven se quedó preñada aguantaron ahí arriba cinco años, y después el doctor metió a su amante y al crío en un barco rumbo a América. Sí, creo que el niño se llamaba Leonardo. Me suena ese nombre —añadió el hombre, recordando—. Por supuesto, el médico dejó de venir por aquí. Una triste historia, la de la vieja meiga de O Pindo. Una triste historia... sí señora. A saber qué habrá sido de ellos. Por aquí no han vuelto. Ni la madre ni el hijo.

Violeta le agradeció la información. No quería saber nada más. Ya tenía todos los datos para reconstruir la vida secreta de su padre. Montó de nuevo y subió hasta el lugar donde el viejo le había indicado. No había restos de nada, la hierba había crecido y cuarenta y cinco años era mucho tiempo para que quedasen evidencias de algo en pleno monte, donde todo crecía y se renovaba. Desmontó y caminó hasta una formación rocosa desde la que se divisaba una espléndida vista de la costa. Presintió

que su padre había estado en ese lugar admirando ese mismo paisaje. Quizá despidiéndose de su amante para siempre. Suspiró y respiró intensamente. Ahora ya conocía el origen de Leonardo, quizá mejor que él mismo.

Mientras regresaba a la casa de su madre descubrió que era capaz de sentir pena y compasión por ese niño arrancado de sus orígenes y obligado a realizar como un fardo una travesía peligrosa en la que muchos pasajeros de tercera clase morían o llegaban enfermos a un incierto destino.

Sin embargo, le costaba comprender tanta crueldad en la decisión de su padre. «Tuvo que elegir entre las dos familias y los alejó de su lado para evitar el escándalo», pensó reconociendo que creemos conocer a los seres más queridos, pero nunca conoceremos sus secretos.

Al llegar a casa de su madre, la abrazó con ternura y la llenó de besos. Quiso decirle, pero solo lo pensó, que se iba a quedar para cuidarla y atenderla todo el tiempo que fuera preciso, porque ahora era momento de perdonar y de regresar a donde todo había empezado. Violeta sabía que solo aquí encontraría la paz que necesitaba para seguir viviendo. Como le habría dicho Quintín Lame: «Debes vivir para ti, para tu querida hija América y para tu amado Rodrigo. Debes ser fuerte para vivir con sus recuerdos más hermosos. Solo de ese modo los harás felices y sus espíritus te acompañarán siempre. Nunca estarás sola.»

Le dijo a su madre que no preparara cena, que la haría ella cuando volviera. Fue a su habitación, que seguía intacta, tal y como la había dejado, pero con la fotografía de estudio de Rodrigo y ella colocada en un precioso marco dorado, un poco recargado para su gusto, sobre la mesilla de noche. Sonrió relajada y ligera, como si las penas le pesaran menos. Cogió de su mochila la piedra que siempre había ido con ella y salió rápida para la playa de Lariño.

—Vengo enseguida, madre. Voy a ver atardecer. Llevo años esperando este momento —le dijo en voz alta desde la entrada de la casa.

—Esta mujer no puede parar quieta ni un segundo. Es como su padre, que en paz descansa. —Y sin hacer caso de su hija, se metió en la cocina a preparar el caldo con grelos que ya tenía cortados y listos para echar a la olla.

Al volver a pisar descalza la arena de Lariño se sintió renovada. Empuñó con fuerza la piedra ovalada de tacto suave y de un gris profundo como el cielo y la playa que amaba. Había deseado tanto y durante tantos años volver a este lugar, para ella único en el mundo... Abrió la palma y la contempló una vez más. Sonreía triste y feliz al mismo tiempo. No sabría explicarlo, pero era así como se sentía exactamente. El atardecer galaico descendía suavemente sobre el faro cercano y sobre Finisterre, al oeste, donde una lucecita lejana se encendió en un latido constante y protector. Se encaró al mar y escuchó su bramido ancestral y renovado. Viejo y nuevo, como la vida, como ella, que había regresado a sus orígenes cargada de años y de secretos que desvelar. A lo lejos, en el horizonte, entre la bruma y la niebla, le pareció ver dibujada la silueta del Gran Hotel del Salto y por un momento creyó oír de nuevo el rumor de las cascadas, el murmullo de las aguas que se precipitan hacia el abismo. Se acuclilló junto a la orilla y lanzó lo más lejos que pudo la piedra al mar calmo que ahora contemplaba. Ya no la necesitaba. Ya había llegado.

Septiembre de 2014

NOTA DE LA AUTORA

Este libro es una combinación de elementos y personajes de fábula y de algunos hechos históricos que sucedieron en Colombia en una época determinada y que me han servido para recrear y llenar de contenido la vida de la protagonista. En algunos casos me he permitido la licencia de inspirarme en hechos reales como la terrible Masacre de las Bananeras, ocurrida en el municipio de Ciénagas en 1928, llamándola la Masacre de los Cafetales, situándola en otro lugar y adelantándola en el tiempo, siempre desde el respeto y como tributo a la memoria de lo allí ocurrido. Buceando en la historia de Colombia he encontrado personajes y sucesos tan impactantes que los he incorporado a la narración con otros nombres, como es el caso del joven prometido de Violeta, Rodrigo Galán, inspirado en el mártir del movimiento estudiantil Gonzalo Bravo, asesinado también en 1928 por la Policía Nacional en Bogotá. En otros, no he podido resistirme a incorporar al líder indígena colombiano Manuel Quintín Lame a la novela como un personaje secundario de lujo que me ha servido para defender la causa indigenista y explicar su inmensa figura y obra. Confieso que mientras mi imaginación creaba personajes y buscaba situaciones para desarrollarlos me encontré, en las investigaciones previas sobre la época y el país, con personajes reales tan apasionantes que inmediatamente formaron parte del recorrido de ficción respetando su identidad. Así surgen entre las páginas el general y diputado Rafael Uribe Uribe, la dirigente política María de los Ángeles Cano, conocida como la Flor del Trabajo, el editor Fidel Cano, o referencias históricas al papel desarrollado en Colombia en esos años por la United Fruit Company (UFCO) y sus manejos de corrupción con los gobiernos locales. Sin olvidar pequeñas apariciones estelares como la de Emilia Pardo Bazán en la parte española. Mención especial merece el guiño literario que me atrevo a hacer con Gabriel García Márquez, al que no pude evitar sacar en una novela que transcurre en Colombia. Convertido por la magia de la narración en Gabriel García Ponce, un joven periodista y escritor que enamora a la protagonista y con la que tiene varios encuentros. Todavía vivía el mago de las palabras cuando lo introduje como un homenaje lleno de reconocimiento y amor.

Para terminar decir que navegar con el pensamiento por unos años tan atractivos, convulsos, de grandes cambios, dinámicos, revolucionarios y sangrientos, como fue el final del siglo XIX y los comienzos del siglo XX ha sido un ejercicio saludable de repaso histórico intenso que me ha hecho «sudar la camiseta» y disfrutar con la oleada de descubrimientos científicos, innovaciones tecnológicas, ambiciones y competiciones que desembocaron en la primera Gran Guerra. He intentado que Violeta fuera el reflejo del cambio de sociedad entre dos siglos, que viviera o sintiera esa atmósfera tan cargada de cambios y de expectativas a través de sus emociones, sentimientos y pasiones. Quizás el Gran Hotel del Salto, donde se desencadena el desenlace de toda la novela, simbolice ese contraste tremendo entre la selva (mundo primitivo, natural y salvaje) con el lujo y la sofisticación de una sociedad que avanza alegre y despreocupada hacia el desastre del 29.

Por último quiero hacer mención a algunas referencias bibliográficas consultadas:

TIRADO MEJÍA, Álvaro. *Colombia en la Repartición Imperialista 1870-1914*. Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República. Anexo: «Detrás de la Masacre.»

REYES CÁRDENAS, Catalina. *Cambios en la vida femenina durante la primera mitad del siglo XX en Colombia*.

CONTO, Juan Pablo. Crónicas en páginas de Internet, 070. *Los suicidas del Tequendama*. Historiador de la Universidad de los Andes y estudiante de la Maestría en Periodismo.

AGRADECIMIENTOS

A Miguel Ángel Liso, por indicarme la puerta adecuada cuando me empeñé en que una gran editorial se fijara en mí y por estar siempre cuando le llamo.

A Ernest Folch, por esa entrevista que duró más de treinta minutos y fue cuando pensé que la cosa iba bien. Recuerdo esa mañana al bajar del Ave llena de nervios y cargada con mis libros para que él los viera. Me gustó su juventud, su precisión, su amabilidad y la oportunidad que me brindó con su arriesgada propuesta.

A mis editoras Carol París y Marta Rossich por su seguimiento a lo largo de la novela. Me hicieron trabajar duro, pero sus consideraciones siempre fueron acertadas.

Al profesor de Literatura de la Universidad de Zaragoza, Antonio Domínguez, a quien entregué el manuscrito para su lectura una vez corregido para que viera lo que a los autores se nos escapa técnicamente a lo largo de tantas páginas imaginadas y vividas con intensidad. Parecíamos una pareja de traficantes intercambiándonos folios revisados y dejando una nueva entrega en un bar de chinos cuando no teníamos tiempo para vernos con tranquilidad y los plazos apremiaban.

A la profesora de Historia de América de la Universidad de Zaragoza, Palmira Vélez Jiménez, por dedicarme una larga tarde para resolver mis dudas históricas y geográficas.

A mi familia y amigos, por haberse alegrado conmigo, entusiasmado conmigo y por haber brindado prematuramente por el proyecto cuando ni yo misma sabía si iba a ser capaz de hacerlo. Ellos confiaron plenamente en mí y me animaron con sus palabras llenas de cariño.

A Ediciones B por poner a prueba a una escritora de provincias, de cierta edad, joven de espíritu, y que supongo que a partir de ahora forma parte de los «nuevos talentos» de la narrativa española. Esto es algo que digo con mi proverbial ironía...